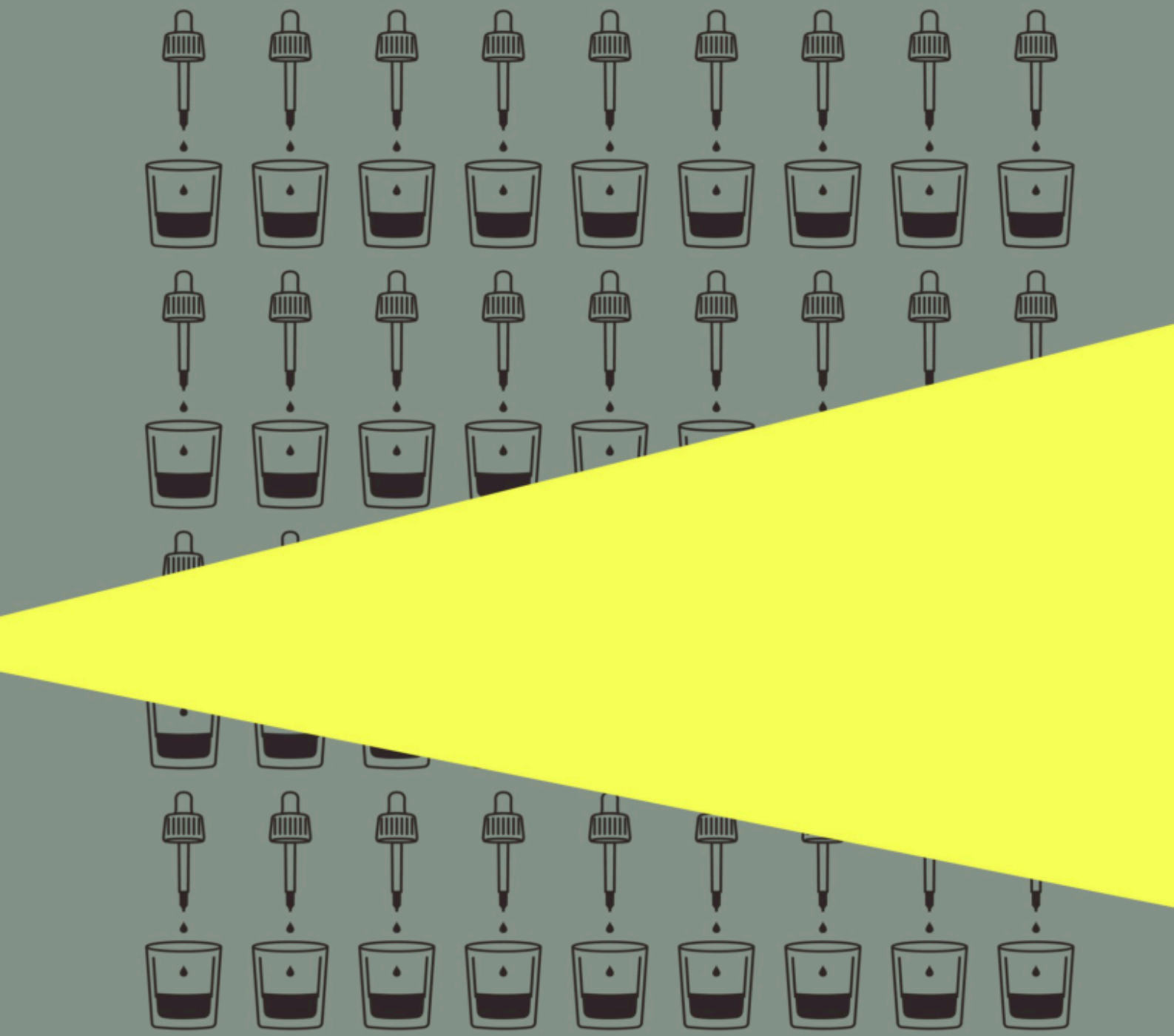
THÉRÈSE DESQUEYROUX

FRANÇOIS MAURIAC



TRADUCCIÓN DE ANNA CASABLANCAS CERVANTES · PRÓLOGO DE FERNANDO BONETE VIZCAÍNO

EL AUTOR

François Mauriac nació en Burdeos, Francia, en 1885. Su padre murió cuando él solo tenía dieciocho meses y creció, junto a sus cuatro hermanos mayores, al cargo de su madre, una mujer profundamente católica. Se licenció en la Universidad de Burdeos y, en 1906, se trasladó a París, donde escribió su primera novela: *L'Enfant chargé de chaînes* (1913). Un año después de casarse, participó en la Primera Guerra Mundial, y fue destinado al escuadrón médico auxiliar en Salónica, donde estuvo muy enfermo. Con la publicación de *Le Baiser au lépreux* (1922) alcanzó una gran popularidad y, cinco años después, en 1927, publicó la que es considerada su obra maestra, THÉRÈSE DESQUEYROUX, llevada dos veces al cine. En 1933 fue nombrado miembro de la Academia Francesa. Mauriac fue un escritor muy comprometido; a través de sus artículos en *Le Figaro* y *L'Express* defendió el lado republicano en la Guerra Civil española y, durante la Segunda Guerra Mundial, formó parte de la Resistencia francesa contra la invasión alemana. Su defensa de la causa argelina le valieron amenazas de la banda terrorista OAS. En 1952 le otorgaron el Premio Nobel de Literatura y, en 1958, la Gran Cruz de la Legión de Honor. Murió en París en 1970.

LA TRADUCTORA

Anna Casablancas Cervantes nació en Sabadell (Barcelona) en 1975. Es doctora en Filología Inglesa por la Universitat Autònoma de Barcelona, con una tesis sobre la representación de la maternidad en la obra de Doris Lessing. Actualmente ejerce como profesora asociada de literatura inglesa y americana en esa misma universidad, y es autora de varios artículos académicos sobre la novela inglesa contemporánea. Junto a Joan Curbet, ha traducido algunas obras clásicas de Honoré de Balzac (*La Duquesa de Langeais, Ferragus*) y en la actualidad está trabajando en *La muchacha de los ojos de oro*, del mismo autor. Es una lectora constante y apasionada.

Fernando Bonete Vizcaíno es doctor en Comunicación Social, y director del Grado en Humanidades y profesor de la Universidad CEU San Pablo. En el ámbito de posgrado, dirige el Máster en Economía Circular y Desarrollo Sostenible CEU-Expansión en colaboración con la Escuela de Unidad Editorial y es profesor del Máster Universitario en Tecnología Educativa y Competencias Digitales de la Universidad Europea. Colaborador habitual de medios como *El Debate*, *Cope*, *Trece*, en redes sociales es uno de los divulgadores digitales más importantes de España. Su cuenta @en_bookle reúne a cientos de miles personas de todo el mundo en torno a la cultura y los libros, y es el perfil de Instagram sobre literatura con mayor volumen de seguidores y alcance de España.

THÉRÈSE DESQUEYROUX

Primera edición: enero de 2024
Título original: *Thérèse Desqueyroux*
© de la traducción: Anna Casablancas Cervantes
© del prólogo: Fernando Bonete Vizcaíno
© de la nota del editor: Jan Arimany
© de esta edición:
Trotalibros Editorial
C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª
AD500 Andorra la Vella, Andorra
hola@trotalibros.com
www.trotalibros.com
ISBN: 978-99920-76-60-6
Depósito legal: AND.457-2023
Maquetación y diseño interior: Klapp
Corrección: Marisa Muñoz
Diseño de la colección y cubierta: Klapp
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

FRANÇOIS MAURIAC

THÉRÈSE DESQUEYROUX

TRADUCCIÓN DE
ANNA CASABLANCAS CERVANTES

PRÓLOGO DE
FERNANDO BONETE VIZCAÍNO

PITEAS · 25

PRÓLOGO

El sacerdote belga Charles Moeller, uno de los críticos literarios más reputados del siglo XX, escribió su monumental *Literatura del siglo XX y cristianismo* (LC) para profundizar en aquellos autores de su tiempo que, convencidos de su fe, dubitativos o directamente ateos —están Bernanos y Greene, pero también Unamuno y Kafka, Camus y Gide— se relacionaban en uno u otro sentido con el humanismo cristiano y con las esperanzas y desvelos humanos que adquieren nuevas luces —con sus sombras para muchos de ellos— bajo el prisma o interrogante de la fe. Respecto de este trabajo esencial de Moeller para el estudio de la literatura contemporánea se preguntaba el académico Luis María Ansón en *El Cultural* (2014) si «¿Se podrá escribir a finales de esta centuria un libro como el de Charles Moeller y titularlo *Literatura del siglo xxi y cristianismo*?»; a lo que él mismo respondía: «No estoy muy seguro. El proceso de descristianización de Europa, que llegó a alcanzar grados de gran intensidad, parece haber tocado fondo».

Una década después, la duda expresada por Ansón puede persistir con legitimidad, aunque por motivos quizás distintos. El proceso de descristianización de Europa no tocó fondo por entonces —si aquello se consideraba el fondo, restaban por estimarse las zonas abisales para la fe recorridas en estos últimos diez años —. En el momento en que se publica esta novela, las estadísticas indican que España ha dejado de ser católica practicante por primera vez en su historia; justo ahora, en 2024. Acontecimiento nacional con especial significación histórica también para Europa si tenemos en cuenta que los primeros pasos del «proceso de descristianización» que sigue atravesando el continente se evidencian, como dijo Gambra, «cuando los españoles, agotados, se rinden a los hechos en la Paz de Westfalia».

De otra parte, en fechas cercanas a este reciente aldabonazo para la Iglesia, la Academia Sueca ha concedido el Nobel de Literatura 2023 al escritor noruego Jon Fosse. En Hainburg —localidad donde Fosse tiene su domicilio— el alcalde de la ciudad no conocía al galardonado; el párroco sí: «Siempre ha celebrado misa con nosotros». La anécdota desvela lo que muchos no querían creer: que Jon Fosse es católico, que su obra es el testimonio más importante de la presencia de Dios en la literatura de nuestro tiempo, y que la comprensión —no compartición, pero sí comprensión— de la fe es un rasgo fundamental para entender su narrativa.

Si el reconocimiento a las letras de mayor prestigio internacional sintoniza de algún modo con las inquietudes de nuestros días, como parece demostrarse en la figura de Abdulrazak Gurnah, Nobel de Literatura 2021, con su preocupación por las «periferias» —estoy generalizando—; o en Annie Ernaux, Nobel de Literatura 2022, con su preocupación por el desentrañamiento de la memoria personal femenina —vuelvo a generalizar—; entonces la concesión de este galardón a un católico de un país de mayoría protestante no practicante, un católico que demuestra serlo en cada página de lo escrito a partir de su conversión, y que encuentra en la fe una verdad que ilumina su vida y la de sus protagonistas podría sintonizar, de algún modo también, con las inquietudes de nuestros días, dirigidas a una búsqueda cada vez más acuciante de algo grande con lo que «dar voz a lo indecible», por utilizar las palabras de la Academia —generalizo por última vez—.

También católico, también Premio Nobel de Literatura (1952) —concedido por su «discernimiento profundamente espiritual»—, pero alejado de los vanguardismos literarios de su tiempo —como Bernanos, como Greene— François Mauriac ha estado por completo desaparecido en nuestra lengua —a efectos prácticos — desde, al menos, aquel momento en que el proceso de descristianización parecía haber tocado fondo, y casi desaparecido —también a efectos prácticos— desde la descatalogación de sus *Obras completas* (Plaza & Janés) y *Obras escogidas* (Aguilar), y la paulatina y más reciente desaparición de los últimos títulos sueltos de su novelística espiritual en los más diversos y dispersos sellos editoriales.

«¿Se podrá escribir a finales de esta centuria un libro como el de Charles Moeller y titularlo *Literatura del siglo xxi y cristianismo*?». Yo tampoco estoy muy seguro. Pero si las cifras no lo son todo y los sustratos culturales —siempre difíciles de dinamitar pese a todo— permanecen todavía, el Nobel para Fosse, así como la recuperación de la ficción de Mauriac que inicia ahora Trotalibros, mantiene el suspense interrogativo y, por ende, la esperanza. ¿Acaso no fue esta la actitud de Moeller?: «Si apenas hay ya cristiandad, en cambio sí hay cristianos» (LC, v. I, 19).

«Thérèse Desqueyroux, soy yo»

El éxito de público y crítica de *El desierto del amor* (1925), así como el Gran Premio de Novela que le otorga la Academia Francesa en 1926 afianza, a sus cuarenta años de edad, la labor literaria de Mauriac, en la que pocos de sus allegados confiaban —«algunos miembros de mi familia empezaron a creer que entraba dentro de lo posible el que yo llegase a hacer lo que se llama una buena carrera» (OC, v. I, pág. ١٢)—.

En esta primera obra de éxito comparece como protagonista una Marie Cross cuyas miserias morales y padecimientos familiares y matrimoniales —características compartidas con una mayoría de personajes femeninos principales y secundarios del escritor—, servirán de ensayo para su siguiente novela, THÉRÈSE DESQUEYROUX (1927), a la que da título el nombre y apellido de recién casada de la heroína a la que Mauriac quedará vinculado en vida y para la posteridad: «Vive, con todo, más que ninguna otra de mis heroínas: no como yo mismo, sino en el sentido en que Flaubert decía: "Madame Bovary, soy yo", en mis antípodas en más de un aspecto, pero, sin embargo, hecha de todo cuanto he debido superar de mí mismo, o rodear, o ignorar» (OC, v. I, pág. 16).

Thérèse es la máxima expresión del tipo moral que interesa a Mauriac, la persona de carácter degradado, consecuencia de un siglo exhausto marcado por acontecimientos desoladores —una Francia que se cree y se creerá vencedora de las grandes contiendas mundiales sin serlo del todo nunca—, y cuyo contacto con su entorno le depara un mayor envilecimiento y pocas, o nulas, oportunidades de redención. «Muchos se sorprenderán de que haya podido imaginar una criatura aún más odiosa que cualquiera de mis otros protagonistas», nos dice el escritor en el prefacio de esta novela dirigiéndose directamente a Thérèse —porque la cree viva, dialoga con ella—.

Que Mauriac centrara su atención en este perfil, el de quien no está salvado y, más aún, quizás no quiera estarlo —por elección propia, por indolencia o «por circunstancias»—, le deparó —como a Greene, aunque sin ser Mauriac converso como Greene— la crítica de la beatería de su tiempo, con toda probabilidad reflejada en esta novela en la «devota amiga» de Thérèse, Anne de la Trave. En las palabras iniciales de THÉRÈSE DESQUEYROUX —pero también, recordemos, «a» Thérèse Desqueyroux—, palabras que serían recomendables releer, junto con la cita de Baudelaire que encabeza el volumen una vez terminada la novela, se pregunta y se justifica Mauriac: «¿Sabría yo alguna vez decir algo de los seres rebosantes de virtud y que llevan el corazón en la mano? Los "del corazón en la mano" no tienen historia, pero conozco aquella de los corazones enterrados y enteramente unidos a un cuerpo de barro».

Una búsqueda sin frutos

Thérèse está inspirada en una envenenadora que Mauriac pareció conocer en el banco de los acusados de una audiencia de los tribunales de lo penal en Burdeos. Lo de menos, sin embargo, es el talante homicida, el intento de asesinato y envenenamiento al que la Thérèse de la ficción somete a su marido, pues tenemos noticia del mismo en los primeros compases del relato, así como del amañado sobreseimiento de la causa al mismo tiempo que de su culpabilidad. Lo de más son los interrogantes que nos acompañarán hasta el mismísimo final del relato —al lector como a sus personajes, incluida la propia y sufriente Thérèse—, todos encabezados por el punzante, incansable y extenuante «por qué» que mueve las conciencias de los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar. En relación a la trama, el principal interrogante a despejar para acceder al corazón de su mensaje es, entonces, por qué quiso Thérèse acabar con la vida de su marido.

Además de la que nos ocupa, Mauriac dedicó tres novelas más a esclarecer estas razones —quince años de la vida de Thérèse en la ficción—. El resto de la tetralogía, *Thérèse en casa del doctor* y *Thérèse en el hotel* —ambas novelas cortas de 1933—, y *El fin de la noche* (1935) es sumamente interesante para alcanzar una mayor comprensión de la respuesta que puede ofrecerse a los porqués de la novela inicial —fragmentos de aquellas servirán aquí para exponer y apoyar una determinada interpretación de THÉRÈSE DESQUEYROUX sin destripar esta (más de la cuenta)—. En cualquier caso, ninguna de las tres últimas completan, en lo esencial, un retrato moral que queda perfectamente delineado —aunque con una dificultad mayor para el lector que en el resto de entregas del ciclo, mucho más explícitas pero, quizás por ello, menos brillantes— en los temas centrales de la primera.

En primer lugar, el tormento inaguantable del matrimonio al que se llega por azar o por costumbre; segundo, la soledad y la incomunicación a las que pueden someter los lazos familiares; tercero —al que abocan, pero también provocan los dos anteriores—, la irresistible necesidad de amor, la profunda insatisfacción por carecer de él, la desesperada búsqueda por hallarlo y las miserias de no encontrarlo.

Sobre el primero de los temas cabe preguntarse, como si fuera tan infrecuente, pero nunca lo fue, ni siquiera en nuestros días, o sobre todo en nuestros días —valor universal de la literatura de todos los tiempos porque es valor de los hombres y mujeres de todos los tiempos— cómo llega a casarse una persona sin que medie el amor, el verdadero amor; es decir, cómo llega a casarse una persona por azar. Porque si no media el amor, ni media el interés material o social —y a Thérèse no la mueve el interés por los pinos de la landa ni, como a su padre, la posibilidad de escalar en sociedad—, entonces actúa el azar.

Pues subestimando la fuerza de la inercia que, como admite Thérèse para sí misma, arrastra a quien «no ha premeditado nada en ningún momento de su vida» y «ha bajado una cuesta imperceptible, primero despacio y más rápido después», una vez se coge velocidad, el único refugio está en la coartada: la caricatura de Bernard, «él era más refinado que la mayoría de los chicos con los que hubiera podido casarme»; o la «ilusión pueril de convertirse, con ese matrimonio, en la cuñada de Anne» —y cabría aplicar una trampa similar de falsa autojustificación al resto de personajes de la novela, en especial a Bernard, quien se casa, en todo caso, porque «se casaría con la joven más rica e inteligente de la landa», explicación que no pasa de un ventajoso *al menos* o un *no está mal*—.

Para cuando la mentira que se cuenta a sí misma se evapora —se acaba la cuesta, se frena y se para, tema que retomará Mauriac en *Thérèse en casa del doctor*— nuestra protagonista se encuentra confinada en

Argelouse, ese paraje familiar y matrimonial que —se prefigura en el comienzo de la novela— «es realmente un extremo de la tierra, uno de esos lugares más allá de los cuales resulta imposible avanzar»; el culmen de una vida que Thérèse no desea y que, para postre, nunca deseó, y desde la que no es posible avanzar.

De esta cárcel de indiferencia, acedia e incomunicación que configura el segundo de los grandes temas de la novela —y de la que nuestra protagonista es, como dueña inconsciente, pero dueña al fin y al cabo, su última responsable— intentará escapar Thérèse de la peor de las maneras: el envenenamiento, primero por omisión, después por convicción, de su marido. Una salida desesperada para una persona desesperada, pero una salida que, por su extrema gravedad, queda sin justificación posible. Lo que le espera a la vuelta del juicio es peor todavía.

Le espera, como lo llamó Mauriac —también a él lo atormentó en primera persona, y sirve de escenario a sus novelas más notorias—, el «rencor de la vida de familia» agravado por el abominable acto cometido; rencor que se esbozó, como el personaje de Thérèse, en *El desierto del amor* —no su mejor novela, pero sí su preferida—, y alcanzó su cenit en *Nudo de víboras* (1932) —su mejor novela, aunque no su preferida—, pero que en el ínterin se había convertido en el centro de las más oscuras motivaciones y tormentos de THÉRÈSE DESQUEYROUX —ni la mejor, ni su preferida, pero sí la más célebre de sus novelas—.

También le espera el peso de la conciencia y de los remordimientos. Thérèse que se sabe responsable de los peores y más injustificados desprecios hacia su marido, su familia y hasta para su hija —«hubiera querido conocer a un Dios que le concediera que esa criatura desconocida, mezclada aún con sus entrañas, no se manifestara jamás» o, igual de dura, «fue al día siguiente de su parto cuando verdaderamente empezó a no poder soportar la vida»—. Quince años más tarde, en *El fin de la noche*, dirá acerca del momento en que es liberada por el sobreseimiento de la causa: «Aquella noche no había dudado de que entraba en una cárcel peor que el más estrecho sepulcro, en la cárcel de su acción, y que ella no se evadiría nunca» (OC, v. I, pág. 768).

¿Es normal o esperable que Thérèse sea recibida con rencor tras su detestable acto? ¿Merece Thérèse el trato al que es sometida? ¿Debe Thérèse sufrir el azote perpetuo de sus remordimientos como penitencia de su execrable actitud? La respuesta a estas preguntas nos conducen al tercero de los temas centrales de la novela, en torno al cual giran el resto, y con el que Mauriac quiere interpelar al lector mismo para que se ponga en juego. De la respuesta depende que Thérèse quede o no liberada de su carga, no tanto por la posibilidad del perdón —no valen para ella las palabras de Anne: «No te puedes imaginar qué alivio después de la confesión, [...] una puede volver a comenzar su vida desde cero»—, como porque reciba la compasión que busca incansable y no encuentra; en *Thérèse en el hotel*, respondiendo a las palabras que le dirigía Mauriac sobre el barro: «Nada podía esperar ya del amor, tan ignorado ahora como en los días de mi juventud. No sé nada de él; salvo el deseo que siento de conocerlo; este deseo que a la vez me posee y me ciega; me arroja a todos los caminos muertos, me arroja sobre los muros, me hace tropezar en los baches del camino, me tiende, extenuada, en las cunetas llenas de barro» (OC, v. I, pág. 759).

De la respuesta a estas preguntas depende que Thérèse prosiga o no con su calvario, vagando donde la dejamos en busca de unas migajas de misericordia. De la respuesta depende que adoptemos un corazón nuevo, o conservemos el corazón de piedra.

Fernando Bonete Vizcaíno

Bibliografía del prólogo

Ansón, L. M. (2014, 18 de abril). Literatura del siglo XXI y cristianismo. En *El Cultural* https://www.elespanol.com/elcultural/opinion/primera_palabra_luis_maria_anson/20140418/literatura-siglo-xxi-cristianismo/2500060_0.html

Mauriac, F. (1969). *Memorias interiores. Nuevas memorias interiores.* Plaza & Janés.

Mauriac, F. (1970). *Obras completas. I-IV*. Plaza & Janés. (OC)

Moeller, C. (1970). *Literatura del siglo xx y cristianismo. I-IV*. Gredos. (LC)

Riquer, M. de y Valverde, J. M. (1991). *Historia de la Literatura Universal 9. De las vanguardias a nuestros días (I)*. Planeta.

THÉRÈSE DESQUEYROUX

«Señor, ¡ten piedad, ten piedad de los locos y de las locas!
¡Oh, Creador! ¿Pueden existir monstruos a ojos de Aquel,
el único que sabe por qué existen, cómo están hechos
y cómo podrían no haberse hecho…?».
CHARLES BAUDELAIRE

Thérèse, muchos dirán que no existes. Pero yo sé que existes, yo que, desde hace años, te espío y a menudo te detengo al pasar, te desenmascaro.

De adolescente recuerdo haber percibido, en una sofocante audiencia de lo penal, tu pequeño rostro blanco y sin labios entregado a los abogados menos feroces que las señoras acicaladas.

Más tarde, en un salón de campo, te me apareciste bajo los rasgos de una joven huraña, a quien irritaban las atenciones de sus viejas parientas, de un marido ingenuo: «Pero ¿qué es lo que tiene, entonces? —decían—, si la colmamos de todo».

Desde aquel momento, ¡cuántas veces he admirado, sobre tu frente amplia y hermosa, la mano un poco demasiado grande! Cuántas veces, a través de los barrotes de una familia, te he visto dar vueltas, a paso de loba; y escrutarme con tu ojo malvado y triste.

Muchos se sorprenderán de que haya podido imaginar una criatura aún más odiosa que cualquiera de mis otros protagonistas. ¿Sabría yo alguna vez decir algo de los seres rebosantes de virtud y que llevan el corazón en la mano? Los «del corazón en la mano» no tienen historia, pero conozco aquella de los corazones enterrados y enteramente unidos a un cuerpo de barro.

Hubiera querido que el dolor, Thérèse, te entregase a Dios y, durante mucho tiempo, deseé que fueras digna del nombre de Santa Locusta.[1] *Pero muchos que, sin embargo, creen en la caída y en la redención de nuestras almas atormentadas, hubieran gritado ante tal sacrilegio.*

Al menos, en esta acera donde te abandono, tengo la esperanza de que no estés sola.

I

El abogado abrió una puerta. Thérèse Desqueyroux, en aquel pasillo oculto del Palacio de Justicia, sintió la bruma en la cara y la aspiró profundamente. Temía que la estuvieran esperando, dudaba en salir. Un hombre, con las solapas alzadas, se separó de un platanero. Ella reconoció a su padre. El abogado gritó: «Sobreseimiento» y después se dirigió a Thérèse.

—Puede salir, no hay nadie.

Bajó los peldaños mojados. Sí, la plazoleta parecía desierta. Su padre no la besó, ni siquiera la miró. Interrogaba al abogado Duros que respondía a media voz, como si los estuvieran espiando. Ella oía sus palabras confusamente:

—Mañana recibiré la notificación oficial del sobreseimiento.

—¿Ya no puede haber sorpresas?

—No, se acabó el juego, como suele decirse.

—Tras la declaración de mi yerno, estaba cantado.

—Cantado… cantado… nunca se sabe.

—Puesto que, según su propia confesión, no contaba nunca las gotas…

—Ya sabe, Larroque, en este tipo de asuntos, el testimonio de la víctima…

La voz de Thérèse se elevó:

—No hubo víctima.

—He querido decir: víctima de su imprudencia, señora.

Los dos hombres, durante un instante, observaron a la joven inmóvil, arrebujada en su abrigo, y ese rostro lívido que no expresaba nada. Preguntó dónde estaba el coche, su padre la había hecho esperar en la carretera de Budos, fuera de la ciudad, para no llamar la atención.

Cruzaron la plaza, las hojas de platanero estaban pegadas a los bancos empapados de lluvia. Afortunadamente, los días se habían acortado bastante. Además, para llegar a la carretera de Budos, se pueden seguir las calles más desiertas de la subprefectura. Thérèse caminaba entre los dos hombres, a los que miraba de frente, y de nuevo discutían como si ella no estuviera presente, pero, molestos por ese cuerpo de mujer que los separaba, lo empujaban con el codo. Entonces se quedó un poco atrás y se quitó el guante de la mano derecha para arrancar el musgo de las viejas piedras que iba bordeando. A veces un obrero en bicicleta, o una carreta, la adelantaban y las salpicaduras de barro la obligaban a agazaparse contra el muro. Pero el crepúsculo envolvía a Thérèse, evitaba que los hombres la reconocieran. El olor a panadería y a neblina ya no era para ella únicamente el olor del atardecer en un pueblo, reconocía en ello el olor de la vida que se le había devuelto al fin. Cerraba los ojos al aliento de la tierra dormida, herbácea y mojada, se esforzaba por no oír los planes del hombrecito de piernas cortas que, ni una vez, se había vuelto hacia su hija. Se habría podido desplomar al borde de aquel camino: ni él ni Duros se habrían dado cuenta. Ya no temían alzar la voz.

—La declaración de monsieur Desqueyroux fue excelente, sí. Pero estaba esa receta: a fin de cuentas, se trataba de una falsificación… Y fue el doctor Pédemay quien había puesto la denuncia…

—Ha retirado su denuncia…

—Aun así, la explicación que ella dio: ese desconocido que le entrega una receta…

Thérèse, menos por fatiga que por escapar de aquellas palabras con las que la mareaban desde hacía semanas, disminuyó el paso en vano, imposible no oír el falsete de su padre.

—Se lo he dicho una y otra vez: «Pero, infeliz, encuentra otra cosa… encuentra otra cosa…».

Se lo había dicho lo suficiente, en efecto, y podía tener la conciencia tranquila. ¿Por qué sigue inquietándose? Lo que él llama el honor del apellido está a salvo, de aquí a las elecciones senatoriales, nadie se acordará de esta historia. Así fantasea Thérèse, que quisiera no alcanzar a los dos hombres. Pero en el fuego de la discusión, se paran en medio de la carretera y gesticulan.

—Créame, Larroque, afróntelo. Tome la ofensiva en *Le Semeur* del domingo, ¿prefiere que me encargue yo? Haría falta un título como *El rumor infame*…

—No, amigo, no, no. Además, ¿qué responder? Es demasiado evidente que la instrucción se ha hecho de cualquier manera, ni siquiera se ha recurrido a los peritos en escritura. El silencio, el ahogamiento, no conozco otro medio. Voy a intervenir, voy a ponerle precio, pero, por la familia, hay que tapar todo esto… hay que tapar…

Thérèse no oyó la respuesta de Duros, pues habían aligerado el paso. Respiró otra vez la noche lluviosa, como un ser amenazado de asfixia y, de repente, se despertó en ella el rostro desconocido de su abuela materna, Julie Bellade… desconocido. En vano se hubiera buscado en casa de los Larroque o de los Desqueyroux un retrato, un daguerrotipo, una fotografía de aquella mujer de quien nadie sabía nada, solo que

un día se fue. Thérèse imagina que ella misma podría haber sido borrada así, destruida, y que más tarde ni siquiera se le habría permitido a su hija, a su pequeña Marie, encontrar en un álbum la imagen de aquella que la trajo al mundo. Marie, a esta hora, ya se duerme en una habitación de Argelouse adonde Thérèse llegará tarde esta noche, y entonces podrá oír en las tinieblas, ese sueño infantil, se inclinará, y sus labios buscarán, como si de agua se tratara, esa vida dormida.

Al borde de la cuneta, los faroles de una calesa, cuya capota estaba bajada, iluminaban dos grupas flacas de caballos. Más allá se erigía, a derecha e izquierda de la carretera, una sombría muralla de bosque. De un talud al otro, las copas de los primeros pinos se unían y, bajo este arco, se internaba el camino misterioso. Sobre ella, el cielo se abría como un lecho cubierto de ramas. El cochero contemplaba a Thérèse con voracidad. Cuando le preguntó si llegarían a tiempo a la estación de Nizan para coger el último tren, él la tranquilizó, pero aun así, valía más no demorarse.

—Es la última vez que le doy este suplicio, Gardère.

—¿La señora no tiene nada más que hacer aquí?

Ella agitó la cabeza y el hombre la siguió devorando con los ojos. ¿Tendría que soportar que la examinasen así toda su vida?

—Entonces, ¿estás contenta?

Su padre parecía darse cuenta por fin de que estaba allí. Thérèse, con una breve mirada, escrutó el rostro manchado de hiel, esas mejillas erizadas de pelos duros de un blanco amarillento que los faroles iluminaban vivamente. Le dijo en voz baja:

—He sufrido tanto… estoy destrozada…

Luego se interrumpió, ¿para qué conversar? Él no la escucha, ya no la ve. ¿Qué le importa lo que Thérèse padezca? Solo se interesa por la interrupción de su ascenso al Senado, comprometido por culpa de esta hija —todas ellas unas histéricas si es que no son idiotas—. Por suerte, ya no se llama Larroque, es una Desqueyroux. Una vez esquivado el tribunal penal, puede respirar. ¿Cómo evitar que los adversarios sostengan la querella? Mañana mismo irá a ver al prefecto. Gracias a Dios, tiene al director de *La Lande Conservatrice* bajo control: esta historia de chiquillas… Coge a Thérèse del brazo:

—Sube rápido, es la hora.

Entonces el abogado —puede que pérfidamente para que Thérèse no se marchara sin haberle dirigido palabra alguna— preguntó si iba a reunirse esa misma noche con monsieur Bernard Desqueyroux. Ella respondió:

—Pues claro, mi marido me espera…

Comprendió, por primera vez desde que se había despedido del juez, que en efecto, en unas horas, cruzaría el umbral de la habitación donde su marido estaba acostado, aún un poco enfermo, y que se iniciaba una sucesión de días, de noches, a lo largo de los que debería vivir siempre pegada a ese hombre.

Instalada en casa de su padre, a las puertas de la pequeña ciudad, desde el inicio de la instrucción del sumario, sin duda había hecho a menudo el mismo viaje que emprendía esa noche, pero entonces no tenía más preocupación que la de informar a su marido. Escuchaba, antes de subir al coche, los últimos consejos de Duros acerca de las respuestas que debía dar monsieur Desqueyroux cuando le interrogaran de nuevo —ninguna angustia por parte de Thérèse en aquel momento, ningún malestar en cuanto a la idea de reencontrarse cara a cara con aquel hombre enfermo; no se trataba entonces de lo que había pasado de verdad, sino de lo que era importante decir o no decir—. Jamás los dos esposos habían estado más unidos que por esta defensa, unidos en una sola carne —la carne de su pequeña Marie—. Reconstruían, de cara al juez, una historia simple, bien trabada y que pudiera satisfacer su lógica. Thérèse, en aquel momento se subía a la misma calesa que la espera esta noche, ¡qué impaciencia por acabar ese viaje nocturno del que ahora no desea ver el final! Recuerda que nada más subir al coche, hubiera deseado estar ya en aquella habitación oscura de Argelouse, y se acordó de la información que Bernard Desqueyroux esperaba: que no tema afirmar que ella le había hablado una noche sobre aquella receta de la que un desconocido le había suplicado que se encargase, con el pretexto de que no osaba ir a ver al farmacéutico, a quien debía dinero…, pero Duros no era del parecer de que Bernard llegase a afirmar que se acordaba de haberle reprochado a su mujer tal imprudencia…

Una vez disipada la pesadilla, ¿de qué hablarían esta noche, Bernard y Thérèse? Imagina la casa perdida donde él espera, imagina la cama en el centro de esa habitación embaldosada, la lámpara baja sobre la mesa, entre periódicos y frascos… Los perros guardianes que el coche ha despertado aún ladran, luego se callan y de nuevo reinará ese silencio solemne, como durante las noches en que ella contemplaba a Bernard, presa de vómitos atroces. Thérèse se esfuerza en imaginar la primera mirada que pronto intercambiarán, luego, esa noche, y el día siguiente, el otro día, las semanas, en esa casa de Argelouse donde ya no tendrán que construir juntos una versión confesable del drama que han vivido. No habrá nada entre ellos, sino lo que hubo realmente… lo que hubo realmente… Presa del pánico, Thérèse balbucea, se vuelve hacia el abogado —pero es al viejo a quien se dirige—:

—Pienso instalarme unos días junto a monsieur Desqueyroux. Luego, si la mejoría persiste, volveré con mi padre.

—¡Ah! ¡Eso no, no, no, pequeña!

Y como Gardère se agitaba en su asiento, monsieur Larroque continuó en voz baja:

—¿Te has vuelto loca de remate? ¿Dejar a tu marido en este momento? Tenéis que ser como uña y

carne… como uña y carne, ¿me has oído? Hasta la muerte…

—Tienes razón, padre. ¿Dónde tendría la cabeza? Entonces, ¿vendrás tú a Argelouse?

—Pero, Thérèse, os esperaré en casa los jueves de feria, como siempre. ¡Vendréis como siempre habéis venido!

Era increíble que no comprendiese que la más mínima excepción en sus costumbres sería su muerte. ¿No estaba lo bastante claro? ¿Podía contar con Thérèse? Bastante dolor había causado ya a la familia…

—Harás todo lo que tu marido te ordene. No te lo puedo explicar mejor.

La empujó al coche.

Thérèse vio la mano del abogado aproximarse a ella, sus duras uñas negras:

—Bien está lo que bien acaba —dijo él, y lo dijo de corazón.

Si el asunto hubiese seguido su curso, apenas habría obtenido beneficio pues la familia habría recurrido al letrado Peyrecave, del Colegio de Abogados de Burdeos. Sí, todo iba bien…

El olor a cuero enmohecido de los coches antiguos le gusta mucho a Thérèse… Se consuela de haber olvidado sus cigarrillos porque detesta fumar en la oscuridad. Los faroles iluminan los taludes, una franja de helechos, la base de los pinos gigantescos. Los montones de piedrecitas destruyen la sombra del equipaje. De vez en cuando pasa un carro y las mulas por sí mismas giran a la derecha sin que el mulero, dormido, se mueva. A Thérèse le parece que nunca alcanzará Argelouse, espera no llegar nunca. Aún falta más de una hora en coche hasta la estación de Nizan y después ese pequeño tren que se para indefinidamente en cada estación. Del mismo Saint-Clair, donde se bajará, hasta Argelouse, tendrá que recorrer diez kilómetros en carreta —tan mala es la carretera que ningún coche se atreve a meterse por allí de noche—. El destino puede surgir aún en cualquier etapa, liberarla. Thérèse cede a esa ilusión que se podría haber apoderado de ella la víspera del juicio, si la inculpación se hubiera mantenido: la esperanza de un terremoto. Se quita el sombrero, apoya contra el cuero maloliente su pequeña cabeza pálida y agitada y abandona su cuerpo al traqueteo. Hasta esa noche había vivido acorralada. Ahora que está a salvo, mide su cansancio. Mejillas hundidas, pómulos, labios aspirados, y esa frente ancha, magnífica, componen el rostro de una condenada, sí —aunque los hombres no la hayan declarado culpable—, condenada a la soledad eterna. Su encanto, el que antes todo el mundo consideraba irresistible, lo poseen todos esos seres cuyas facciones muestran un tormento secreto, la punzada de una herida interior, si no están agotados de ocultarlo. En el fondo de esa calesa traqueteante, en ese camino abierto en el espesor oscuro de los pinos, una joven desenmascarada acaricia dulcemente con la mano derecha su cara quemada viva. ¿Cuáles serán las primeras palabras de Bernard, cuyo falso testimonio la ha salvado? Sin duda, no tendrá ninguna pregunta esta noche… pero ¿mañana? Thérèse cierra los ojos, los vuelve a abrir y, como los caballos van al paso, se esfuerza en reconocer esa pendiente. ¡Ah! No prever nada. Quizás sea más fácil de lo que imagina. No prever nada. Dormir… ¿Por qué no está ya en la calesa? Ese hombre tras un tapiz verde: el juez de instrucción… otra vez él… él ya sabe, sin embargo, que el asunto está zanjado. Su cabeza se balancea de izquierda a derecha: no se puede emitir la disposición de sobreseimiento, hay un dato nuevo. ¿Un dato nuevo? Thérèse se aparta para que el enemigo no vea su rostro descompuesto. «Rememore sus recuerdos, señora. En el bolsillo interior de esa chaqueta vieja —esa que usted no usa más que en octubre, para la caza de la torcaz—, ¿no olvidó usted nada allí? ¿No escondió nada?». Imposible protestar: se ahoga. Sin perder de vista a su presa, el juez pone en la mesa un paquete minúsculo, lacrado en rojo. Thérèse podría recitar la fórmula inscrita en el sobre que el hombre descifra con voz cortante:

Cloroformo: 30 gramos
Aconitina: gránulos n.º ٢٠
Digitalina sol.: 20 gramos

El juez estalla en carcajadas… El freno chirría contra la rueda. Thérèse se despierta, su pecho dilatado se llena de neblina —debe ser el descenso del riachuelo blanco—. De esta forma soñaba, de adolescente, que un error la obligaba a volver a pasar de nuevo los exámenes del Certificado Elemental. Esta noche saborea el mismo alivio que en sus despertares de entonces: apenas un pequeño malestar porque el sobreseimiento no era aún oficial: «Pero sabes bien que tiene que ser notificado en primer lugar el abogado…».

Libre… ¿Qué más puede desear? Hacer posible su convivencia junto a Bernard no sería más que un juego. Entregarse a él hasta el fondo, no dejar nada en la sombra: esa es la salvación. Que todo lo que estaba oculto aparezca a la luz, y desde esta misma noche. Esta decisión llena a Thérèse de alegría. Antes de llegar a Argelouse, tendrá tiempo de «preparar su confesión», según la expresión que su devota amiga Anne de la Trave repetía cada sábado de sus felices vacaciones. Hermana Anne, querida inocente, ¡qué lugar ocupas en esta historia! Los seres más puros ignoran en qué están envueltos cada día, cada noche, y aquel veneno que germina bajo sus pasos infantiles.

Desde luego tenía razón la niña cuando le repetía a Thérèse, estudiante razonadora y socarrona: «No te puedes imaginar qué alivio después de la confesión, tras el perdón, cuando, tras haber hecho limpieza, una puede volver a comenzar su vida desde cero». A Thérèse le bastaba con haber decidido confesarlo todo para, en efecto, sentir desde ese momento, una especie de desahogo delicioso: «Bernard lo sabrá todo, le diré…».

«¿Qué le diría? ¿Por dónde empezar? ¿Bastan las palabras para comprender todo el encadenamiento confuso de deseos, resoluciones, actos imprevisibles? ¿Cómo lo hacen todos aquellos que reconocen sus propios crímenes?... No reconozco mis crímenes, no deseé aquello por lo que se me inculpa. No sé qué deseé. Nunca he sabido hacia donde se dirigía esa fuerza enajenada dentro y fuera de mí, lo que destruía a su paso, a mí misma me aterrorizaba…».

Una humeante lámpara de petróleo iluminaba la pared enlucida de la estación de Nizan y una carreta aparcada. —¡Cómo se volvían a formar las tinieblas alrededor!—. De un tren estacionado venían mugidos,

balidos tristes. Gardère tomó el bolso de Thérèse y de nuevo la devoró con los ojos. Su mujer le debía haber recomendado: «Fíjate bien en cómo es, qué cara tiene…». Para el cochero de monsieur Larroque, Thérèse recuperaba instintivamente esa sonrisa que hacía decir a la gente: «No se pregunta uno si es guapa o fea, se sucumbe a su encanto…». Le pidió que fuera a comprar su billete a la taquilla, pues temía cruzar la sala de espera en la que dos campesinas sentadas con una canasta en las rodillas agitaban la cabeza mientras hacían punto.

Cuando le trajo el billete le dijo que se quedara con el cambio. Él se tocó la gorra con la mano y luego, tomando las riendas, se volvió por última vez para examinar a la hija de su patrón de arriba abajo.

El tren todavía no estaba dispuesto. Antaño, en época de vacaciones de verano o al principio del curso escolar, Thérèse Larroque y Anne de la Trave disfrutaban de esta pausa en la estación de Nizan. Comían en la fonda un huevo frito con jamón y luego iban, cogiéndose por la cintura, por el camino que, si bien esta noche se muestra tenebroso, en el recuerdo de sus años pasados Thérèse lo ve emblanquecido por la luz de la luna. Entonces se reían de sus largas sombras entremezcladas. Sin duda hablaban de sus maestras, de sus compañeras, una defendiendo su convento, la otra su instituto. «Anne…». Thérèse pronuncia su nombre en voz alta en la oscuridad. Era de ella, de quien tenía que hablar a Bernard en primer lugar… El más preciso de los hombres, este Bernard: clasifica todos los sentimientos, los aísla, ignora el entramado de trayectos, de recorridos entre ellos. ¿Cómo adentrarlo en esas regiones difusas en las que Thérèse ha vivido y ha sufrido? Pero es necesario. Dentro de un rato, al entrar en la habitación, no habrá otro gesto posible más que sentarse al borde de la cama y arrastrar a Bernard, de etapa en etapa, hasta el momento en que interrumpa a Thérèse: «Te comprendo, levántate, date por perdonada».

Cruzó a tientas el jardín del jefe de estación, olió los crisantemos sin verlos. Nadie en el compartimento de primera, donde, por otra parte, la lamparilla no habría bastado para iluminar su rostro. Era imposible leer, pero ¿qué relato no habría parecido insulso a Thérèse en comparación con su terrible vida? Podía morir de vergüenza, de angustia, de remordimiento, de cansancio, pero no moriría de aburrimiento.

Se acurrucó, cerró los ojos. ¿Era verosímil que una mujer de su inteligencia no llegase a hacer inteligible este drama? Sí, con su confesión terminada, Bernard la absolvería.

—Vete en paz, Thérèse, no te preocupes. En esta casa de Argelouse esperaremos juntos la muerte, sin que nos pueda separar lo acontecido. Tengo sed. Baja tú misma a la cocina. Prepara un vaso de naranjada. Me lo beberé de un trago, aunque esté turbio. ¿Qué importa si el sabor me recuerda al que tenía antes mi chocolate del desayuno? ¿Te acuerdas, querida, de aquellos vómitos? Tu querida mano sostenía mi cabeza, no apartabas tu mirada de aquel líquido verdoso, mis síncopes no te asustaban. Sin embargo, te pusiste pálida aquella noche en que me di cuenta de que tenía las piernas inertes, insensibles. Tiritaba, ¿te acuerdas? Y ese imbécil del doctor Pédemay estaba estupefacto de que tuviera la temperatura tan baja y el pulso tan acelerado…

«¡Ah!, piensa Thérèse, no, no habrá comprendido nada. Habrá que volver al principio de todo…». ¿Dónde está el comienzo de nuestros actos? Nuestro destino, cuando queremos aislarlo, se parece a esas plantas que son imposibles de arrancar con todas sus raíces. ¿Se remontará Thérèse hasta su infancia? Pero la infancia es un fin por sí misma, una culminación.

La infancia de Thérèse: de la nieve a la fuente del río más sucio. En el instituto, parecía vivir indiferente y como ausente a las pequeñas tragedias que desgarraban a sus compañeras. Las maestras a menudo les ponían como ejemplo a Thérèse Larroque: «Thérèse no pide otra recompensa que la alegría de cumplir en su interior un tipo de humanidad superior. Su consciencia es su única y suficiente luz. El orgullo de pertenecer a la élite humana la sostiene mejor que lo hiciera el miedo al castigo…». Así se expresaba una de sus maestras. Thérèse se pregunta: «¿Era tan feliz? ¿Era tan cándida? Todo lo que precede a mi boda toma en el recuerdo ese aspecto de pureza; contrasta, sin duda, con la imborrable suciedad del matrimonio. El instituto, más allá de mi época de esposa y madre, se me aparece como un paraíso. En aquel entonces, yo no me daba cuenta de ello. ¿Cómo hubiera podido saber que en aquellos años anteriores a la vida yo vivía mi auténtica vida? Pura, ¡un ángel!, sí. Pero un ángel lleno de pasiones. Fuera lo que fuera lo que afirmaban mis maestras, yo sufría y hacía sufrir. Disfrutaba con el daño que causaba y con el que recibía de mis amigas, puro sufrimiento que no alteraba remordimiento alguno pues los dolores y las alegrías nacían de los placeres más inocentes».

La recompensa de Thérèse era, durante la temporada de calor, no juzgarse indigna de Anne, con quien se reunía bajo los robles de Argelouse. Era preciso que pudiera decir a la niña educada en el Sacré-Cœur: «Para ser tan pura como lo eres tú, yo no necesito todas esas bandas ni todas esas cantinelas…». La pureza de Anne de la Trave era, sobre todo, fruto de la ignorancia. Las damas del Sacré-Cœur interponían mil velos entre la realidad y sus niñitas. Thérèse las menospreciaba por confundir virtud e ignorancia. «Tú, querida, no sabes nada de la vida…», repetía en aquellos veranos lejanos de Argelouse. Aquellos hermosos veranos… Thérèse, en el pequeño tren que por fin arranca, admite que su pensamiento tiene que remontarse hasta ellos, si quiere ver claro. Es una verdad increíble que, en los albores puros de nuestras vidas, las peores tormentas ya estuvieran anunciadas. Mañanas demasiado azules: mala señal para el tiempo de la tarde y la noche. Anuncian parterres destrozados, ramas rotas y todo ese fango. Thérèse no ha reflexionado, no ha premeditado nada en ningún momento de su vida, no ha dado ningún giro brusco: ha bajado una cuesta imperceptible, primero despacio y más rápido después. La mujer perdida de esta noche es la persona joven y radiante que fue durante los veranos de este Argelouse al que regresa, furtiva y protegida por la noche.

¡Qué cansancio! ¿Para qué desvelar los motivos secretos de lo que ha sucedido? La joven mujer, a través

de los cristales, no distingue más que los reflejos de su rostro muerto. El ritmo del tren se interrumpe, la locomotora lanza un largo silbido, se acerca con prudencia a una estación. Un farol balanceado por un brazo, voces en dialecto, berridos agudos de los lechones descargados: ya en Uzeste. Otra estación más, y ya estará en Saint-Clair desde donde tendrá que recorrer la última etapa hacia Argelouse en carreta. ¡Qué poco tiempo le queda a Thérèse para preparar su defensa!

Argelouse es realmente un extremo de la tierra, uno de esos lugares más allá de los cuales resulta imposible avanzar, lo que aquí se llama un barrio: unas cuantas fincas, sin iglesia, ni ayuntamiento, ni cementerio, diseminadas alrededor de un campo de centeno, a diez kilómetros del pueblo de Saint-Clair, al que las une una sola carretera llena de baches. Ese camino lleno de surcos y de agujeros se transforma, más allá de Argelouse, en senderos arenosos, y hasta el océano no hay más que ochenta kilómetros de ciénagas, de lagunas, de pinos secos, de páramos donde, al final del invierno, las ovejas tienen el color de la ceniza. Las mejores familias de Saint-Clair provienen de este vecindario perdido. Hacia mediados del siglo pasado, cuando la resina y la madera empezaron a incrementar los escasos recursos que sacaban de sus rebaños, los abuelos de los que hoy viven se establecieron en Saint-Clair, y sus hogares de Argelouse se convirtieron en granjas. Las vigas esculpidas del tejadillo, a veces una chimenea de mármol, atestiguan su antigua dignidad. Cada año se hunden un poco más y la gran ala cansada de uno de sus tejados casi toca el suelo.

Sin embargo, dos de esas viejas viviendas siguen siendo casas de amos. Los Larroque y los Desqueyroux dejaron sus hogares de Argelouse tal como los recibieron de sus antepasados. Jérôme Larroque, alcalde y consejero general de B. que tenía a las puertas de esta subprefectura su residencia principal, jamás quiso cambiar nada en esa propiedad de Argelouse que le venía de su mujer —fallecida de parto cuando Thérèse estaba en la cuna— y no se sorprendía de que a la chiquilla le gustara pasar allí las vacaciones. Se instalaba allí desde julio bajo el cuidado de una hermana mayor de su padre, la tía Clara, una solterona sorda que también amaba esta soledad, porque allí no veía, decía ella, moverse los labios de los demás, y sabía que allí no se podía oír más que el viento entre los pinos. Monsieur Larroque se alegraba de que Argelouse, que lo liberaba de su hija, la acercara a ese Bernard Desqueyroux con quien un día contraería matrimonio, según el deseo de ambas familias, aunque el acuerdo no tenía carácter oficial.

Bernard Desqueyroux había heredado de su padre una casa vecina a la de los Larroque en Argelouse, nunca se le veía allí antes del comienzo de la caza y solo se quedaba a dormir en octubre, cuando había instalado su puesto no lejos de allí. En invierno, ese joven sensato cursaba en París la carrera de Derecho; en verano solo pasaba unos pocos días con su familia: le exasperaba Victor de la Trave, con quien su madre, viuda, se había casado; no tenía un céntimo y sus despilfarros eran el hazmerreír de Saint-Clair. Su hermanastra Anne le parecía demasiado joven entonces como para prestarle atención. ¿Pensaba más en Thérèse? Toda la región los casaba porque sus propiedades parecían hechas para fusionarse y el chico listo estaba de acuerdo con toda la región en ese punto. Pero no dejaba nada al azar y ponía todo su orgullo en la buena organización de la vida: «Uno solo es desafortunado por su propia culpa…», repetía ese joven rechoncho. Hasta su boda, tenía trabajo y placer a partes iguales; si bien no despreciaba ni la comida, ni el alcohol, ni sobre todo la caza, trabajaba «con ahínco», según decía su madre. Porque un marido debe ser más instruido que su mujer y la inteligencia de Thérèse ya era célebre, un espíritu fuerte, sin duda… pero Bernard conocía las razones que hacen ceder a una mujer y, además, no era malo, le repetía su madre, «tener un pie en cada campo», el padre Larroque podía serle útil. A los veintiséis años, Bernard Desqueyroux, tras algunos viajes «preparados de antemano con esmero» a Italia, a España, a los Países Bajos, se casaría con la joven más rica e inteligente de la landa, quizás no la más hermosa, «pero uno no se pregunta si es hermosa o fea, se sucumbe a su encanto».

Thérèse sonríe con esta caricatura de Bernard que dibuja mentalmente: «En realidad, él era más refinado que la mayoría de los chicos con los que hubiera podido casarme». Las mujeres de la landa son muy superiores a los hombres que, desde el colegio, solo viven entre ellos y apenas maduran; la landa permanece en sus corazones; su pensamiento aún sigue allí; para ellos no existen nada más que los placeres que les proporciona; perder el parecido con sus campesinos, renunciar al dialecto, a las maneras burdas y salvajes, sería traicionarla, abandonarla un poco más. Bajo la dura corteza de Bernard, ¿no había una especie de bondad? Cuando estuvo a punto de morir, los agricultores decían: «Después de él, ya no habrá señor aquí». Sí, bondad, y también rectitud de espíritu, mucha buena fe, casi no habla de lo que no conoce, acepta sus límites. De adolescente, no era nada feo, un Hipólito tosco, menos interesado en las chicas que en las liebres que perseguía por la landa.

Sin embargo, no es a él a quien Thérèse, con los párpados cerrados y la cabeza contra el cristal del vagón, ve surgir en bicicleta en aquellas mañanas de antaño, por la carretera de Saint-Clair a Argelouse, hacia las nueve, antes de que el calor llegue al máximo, ni tampoco al prometido indiferente, sino a su hermana pequeña, Anne, con la cara encendida, mientras las cigarras empezaban a oírse entre los pinos y bajo el cielo comenzaba a roncar la hoguera de la landa. Millones de moscas surgían de los altos brezales: «Vuelve a ponerte el abrigo para entrar al salón, es una nevera…». Y la tía Clara añadía: «Pequeña, podréis beber cuando

ya no estéis empapadas en sudor…». Anne gritaba a la sorda inútiles palabras de bienvenida: «No te desgañites, querida, lo comprende todo con el movimiento de los labios…». Pero la chica articulaba en vano cada palabra y deformaba su boca minúscula: la tía respondía cosas que no venían a cuento hasta que las amigas no tenían más remedio que huir para reírse a gusto.

Desde el fondo del compartimento oscuro, Thérèse contempla aquellos días puros de su vida, puros pero alumbrados por una frágil e imprecisa felicidad. No sabía entonces que aquel turbio resplandor de alegría sería el único que tendría en este mundo. Nada le advirtió de que todo su destino cabía en un salón oscuro, en medio del implacable verano, en el sofá de rejilla rojo al lado de Anne que sostenía un álbum de fotografías sobre sus rodillas juntas. ¿De dónde le venía aquella felicidad? ¿Compartía Anne tan solo uno de los gustos de Thérèse? Odiaba la lectura, solo le gustaba coser, parlotear y reír. No tenía ni idea de nada, mientras que Thérèse devoraba con el mismo apetito las novelas de Paul de Kock, las *Charlas del lunes,* la *Historia del consulado,*[2] todo lo que se encuentra por los armarios de una casa de campo. Ningún gusto común, salvo el de estar juntas aquellas tardes en que el fuego del cielo asediaba a los hombres encerrados en la semipenumbra. Anne se levantaba a veces para ver si el calor había decaído. Pero, con las contraventanas apenas abiertas, la luz brotaba de golpe como un trago de metal fundido, y parecía quemar la estera, así que había que cerrarlo todo de nuevo y resguardarse.

Incluso en el crepúsculo, cuando el sol ya solo enrojecía la base de los pinos y una última cigarra insistía muy cerca del suelo, el calor seguía estancado bajo los robles. Tras sentarse a la orilla de un lago, las amigas se tendían en la linde del campo. Las nubes tormentosas les sugerían imágenes efímeras, pero antes de que Thérèse tuviera tiempo de distinguir la mujer alada que Anne veía en el cielo, la niña decía que ya no era más que un extraño animal alargado.

En septiembre, podían salir después de la merienda para entrar en la región de la sed: ni un solo chorrito de agua en Argelouse, hay que andar mucho sobre la arena antes de llegar al manantial del arroyo llamado Hure. Sus aguas, abundantes, atraviesan los bajos fondos de praderas estrechas entre las raíces de los alisos. Los pies descalzos de las niñas se volvían insensibles en el agua glacial, luego, apenas secos, quemaban de nuevo. Una de aquellas cabañas que usan en octubre los cazadores de torcaces, las acogía como antes el salón oscuro. Nada que decirse, ninguna palabra, los minutos se escapaban de esas largas pausas inocentes sin que las niñas pensaran en moverse como no se mueve el cazador cuando, al acercarse una bandada, hace la señal de silencio. Así les parecía que un solo gesto habría ahuyentado su felicidad casta e indeterminada. Anne se echó la primera impaciente por matar alondras al atardecer; Thérèse, que odiaba ese juego, sin embargo la seguía, insaciable de su presencia. Anne descolgaba en el vestíbulo el calibre 24, el que no retrocede. Su amiga, que seguía en el talud, la veía entre el centeno apuntar al sol como para apagarlo. Thérèse se tapaba los oídos, un grito ebrio se interrumpía en el azul, y la cazadora recogía el pájaro herido, lo sujetaba con una mano cuidadosa y, acariciando con los labios las cálidas plumas, lo ahogaba.

—¿Vendrás mañana?

—¡Oh! No, todos los días no.

No deseaba verla todos los días, respuesta razonable a la que no había nada que objetar, toda protesta habría parecido, incluso a Thérèse, incomprensible. Anne prefería no volver, nada se lo hubiera impedido, sin duda, pero ¿para qué verse cada día? Acabarían, según decía, cogiéndose manía. Thérèse respondía: «Sí… sí… sobre todo, que no sea una obligación: vuelve cuando el corazón te lo pida… cuando no tengas nada mejor que hacer». La adolescente desaparecía en bicicleta por la carretera ya sombría haciendo sonar el timbre.

Thérèse volvía a la casa, los campesinos la saludaban de lejos, los niños no se le acercaban. Era la hora en que las ovejas se diseminaban bajo los robles y de repente corrían todas juntas, y el pastor gritaba. Su tía la observaba desde el umbral y, como hacen los sordos, hablaba sin parar para que Thérèse no le hablara. ¿Qué era esa angustia? No tenía ganas de leer, no tenía ganas de nada, de nuevo deambulaba: «No te alejes: van a poner la mesa». Volvía al borde de la carretera vacía hasta donde podía alcanzarle la vista. La campana tintineaba a la entrada de la cocina. Tal vez esta noche habría que encender la lámpara. El silencio no era más profundo para la sorda inmóvil con las manos cruzadas sobre el mantel, que para esta chica un poco aturdida.

Bernard, Bernard, ¿cómo introducirte en este mundo confuso, a ti, que perteneces a la raza ciega, a la raza implacable de los simples? Pero, reflexiona Thérèse, ya en las primeras palabras me interrumpirá: «¿Por qué se casó usted conmigo? Yo no iba tras usted…». ¿Por qué se había casado con él? Es cierto que él no había mostrado ninguna prisa. Thérèse recuerda que la madre de Bernard, la señora de Victor de la Trave, repetía a todos los presentes: «Él hubiera esperado, pero ella quería, ella quería, ella quería. Por desgracia no tiene nuestros principios; por ejemplo, fuma como un carretero, se quiere hacer notar, pero tiene una personalidad muy recta, franca como el oro. Pronto habremos conseguido que vuelva a los buenos principios. Cierto, no todo nos sonríe en esta boda. Sí… la abuela Bellade… lo sé… pero ya está olvidado, ¿verdad? Apenas se puede decir que fuera un escándalo, lo pudieron tapar muy bien. ¿Usted cree que es hereditario? Se dice que el padre tiene ideas equivocadas, pero no le ha dado más que buenos ejemplos: es un santo laico. Y tiene muchas influencias. Hay que estar bien con todo el mundo. En fin, hay que tomárselo bien. Y bueno, créanme si quieren: es más rica que nosotros. Es increíble, pero es así. Y adora a Bernard, que no es poca cosa».

Sí, lo había adorado: ninguna otra actitud requería menos esfuerzo. En el salón de Argelouse o bajo los robles que bordeaban el campo, ella solo tenía que levantar los ojos hacia él, que sabía cómo llenarla de candor amoroso. Una presa así a sus pies halagaba al chico, pero no lo sorprendía. «No juegues con ella, le

repetía su madre, se angustia».

«Me casé con él porque…». Thérèse, con el ceño fruncido y la mano sobre los ojos, intenta acordarse. Existía esa ilusión pueril de convertirse, con ese matrimonio, en la cuñada de Anne. Pero era sobre todo a Anne a quien le divertía, para Thérèse ese vínculo casi no contaba. En realidad, ¿por qué ruborizarse? Las dos mil hectáreas de Bernard no la habían dejado indiferente. «Ella siempre había llevado la propiedad en la sangre». Cuando tras largas comidas, se trae el alcohol a la mesa ya recogida, Thérèse a menudo se quedaba con los hombres, cautiva de sus palabras acerca de los campesinos, los postes de minas, las gemas, la trementina. Las valoraciones de las propiedades la apasionaban. No hay duda de que el dominio sobre una gran extensión de bosque la había seducido: «Además, él también estaba enamorado de mis pinos…». Pero Thérèse quizás había obedecido a un sentimiento más oscuro que se esfuerza por sacar a la luz: quizás en el matrimonio buscara menos un dominio, una posesión que un refugio. Lo que la había precipitado, ¿no era el pánico? Una chica práctica, hogareña, que tenía prisa por ocupar su sitio, por encontrar su lugar definitivo, quería estar segura contra no sabía qué peligro. Nunca había parecido tan sensata como en la época de su compromiso: se introducía en un bloque familiar, «se colocaba», entraba en un orden. Se salvaba.

En aquella primavera de su noviazgo, seguían el camino de arena que va de Argelouse a Vilméja. Las hojas muertas de los robles aún ensuciaban el azul, los helechos secos cubrían el suelo que perforaban los nuevos brotes de un verde ácido. Bernard decía: «Tenga cuidado con el cigarrillo; podría estar aún encendido, no queda agua en la landa». Ella preguntó: «¿Es cierto que los helechos contienen ácido prúsico? Bernard no sabía si contenían suficiente para poder envenenar. Le preguntó con ternura: «¿Tiene ganas de morir?». Ella se rio. Él expresó el deseo de que fuera más sencilla. Thérèse recuerda haber cerrado los ojos, mientras dos manos grandes sujetaban su pequeña cabeza, y una voz le decía al oído: «Aquí dentro todavía hay algunas ideas falsas». Ella respondió: «A usted le toca destruirlas, Bernard». Observaron el trabajo de los albañiles que añadían una habitación a la granja de Vilméja. Los propietarios, de Burdeos, querían instalar allí a su hijo menor «que era tísico». Su hermana había muerto del mismo mal. Bernard sentía mucho desdén por aquellos Azévédo: «Juran por Dios que no son de origen judío… pero no hay más que verlos. Y además, tuberculosos, todas las enfermedades…». Thérèse estaba tranquila. Anne iba a volver del convento de Saint-Sébastien para la boda. Debía pretender al hijo de los Deguilhem. Le había pedido a Thérèse que le describiera «a vuelta de correo» los vestidos de las otras damas de honor: «¿No podía tener algunas muestras? Todas querían escoger tonos que fueran adecuados…». Thérèse nunca había conocido una paz semejante, lo que ella creía que era paz, pero que no era más que un duermevela, el letargo de ese reptil en su vientre.

IV

El sofocante día de la boda, en la estrecha iglesia de Saint- -Clair, donde el chismorreo de las damas ahogaba el sonido del armonio sofocado y sus olores triunfaban sobre el incienso, aquel día Thérèse se sintió perdida. Había entrado sonámbula en la jaula y con el estruendo que hizo la pesada puerta al cerrarse, de repente la infeliz criatura se despertó. Nada había cambiado, pero sintió que no podía perderse sola a partir de entonces. Ardería en lo más profundo de una familia, al igual que un fuego malicioso se arrastra bajo el brezal, abraza a un pino y luego otro, y va formando, poco a poco, un bosque de antorchas. Ningún rostro sobre el que descansar la mirada en aquella multitud, excepto el de Anne, pero la alegría infantil de la chica la aislaba de Thérèse: ¡su alegría! Como si ignorara que esa misma noche las separarían, y no solo en el espacio, sino también a causa de lo que Thérèse estaba a punto de sufrir, de lo que su cuerpo inocente iba a soportar sin remedio. Anne permanecía en la orilla donde esperan los seres intactos, Thérèse iba a confundirse con la muchedumbre de las que ya han servido. Se acuerda de que en la sacristía, al inclinarse para besar ese pequeño rostro jovial levantado hacia el suyo, notó de repente aquel vacío alrededor del cual ella había creado un universo de dolores inciertos y de alegrías inciertas; descubrió, en el espacio de unos segundos, una desproporción infinita entre las fuerzas oscuras de su corazón y el amable rostro embadurnado de polvos.

Mucho tiempo después de aquel día, en Saint-Clair y en B., la gente nunca comentaba esas bodas de Camacho —en las que más de cien campesinos y sirvientes habían comido y bebido bajo los robles— sin recordar que la esposa, «que, si bien no es propiamente hermosa, es un verdadero encanto», aquel día les pareció a todos fea e incluso horrorosa: «No parecía ella, era otra persona…». La gente solo advirtió que estaba distinta de su apariencia habitual; lo atribuyeron al vestido blanco, al calor; no habían reconocido su verdadero rostro.

La noche de aquella boda medio campesina, medio burguesa, los grupos en los que lucían los vestidos de las chicas obligaron al coche de los esposos a reducir la velocidad y los vitorearon. En la carretera cubierta de flores de acacia, adelantaron a tartanas zigzagueantes, conducidas por gentes alegres que habían bebido demasiado. Thérèse, recordando la noche que siguió, murmura: «Fue horrible…», luego rectifica: «Bueno no… no tan horrible…».

Durante aquel viaje a los lagos italianos, ¿sufrió mucho? No, no, jugaba a ese juego: no traicionarse. A un prometido se le embauca con facilidad, pero ¡a un marido! Cualquiera sabe proferir las palabras mentirosas; las mentiras del cuerpo exigen otra ciencia. Simular el deseo, la alegría, la fatiga dichosa, no lo puede hacer cualquiera. Thérèse supo doblegar su cuerpo a esos ardides y saboreaba en ellos un placer amargo. Su imaginación la ayudó a concebir que, en ese mundo desconocido de sensaciones al que un hombre la forzaba a penetrar, tal vez habría también una posible felicidad para ella, pero ¿qué felicidad? De la misma forma en que, ante un paisaje sumergido en la lluvia, nos imaginamos cómo habría sido bajo el sol, Thérèse descubrió así la voluptuosidad.

Bernard, aquel chico de mirada desierta, siempre inquieto porque los números de los cuadros no se correspondían con los del Baedeker,[3] satisfecho de haber visto en el menor tiempo posible todo lo que había que ver, ¡qué víctima más fácil! Estaba encerrado en su placer como esos adorables cerditos que son tan divertidos de ver a través de la rejilla, cuando gruñen felices ante un comedero —«el comedero era yo», piensa Thérèse—. Parecía apresurado, atareado, serio, era metódico. «¿De verdad crees que esto está bien?» se atrevía a preguntar a veces Thérèse, estupefacta. Él se reía, la tranquilizaba. ¿Dónde había aprendido a clasificar todo lo concerniente a la carne, a distinguir las caricias del hombre honrado de las del sádico? Nunca dudaba. Una noche en París, donde se detuvieron en el camino de regreso, Bernard salió ostensiblemente de un *music-hall* cuyo espectáculo lo había escandalizado: «¡Pensar que los extranjeros ven esto! ¡Qué vergüenza! Y es por esto, por lo que nos conocen…». Thérèse se admiraba de que ese hombre púdico fuera el mismo del que tendría que soportar, en menos de una hora, las pacientes invenciones de la sombra.

«Pobre Bernard, ¡no era peor que cualquier otro! Pero el deseo transforma al ser que se nos acerca en un monstruo que no se le parece. Nada nos separa más de nuestro cómplice que su delirio: siempre he visto a Bernard adentrarse en el placer, y yo me hacía la muerta, como si ese loco, ese epiléptico, al más mínimo gesto, hubiera podido estrangularme. La mayoría de las veces, al límite de su último goce, de repente descubría su soledad y el monótono empeño se interrumpía. Bernard volvía sobre sus propios pasos y me volvía a encontrar como en una playa en la que había sido abandonada, con los dientes apretados, fría».

Una sola carta de Anne: a la pequeña no le gustaba demasiado escribir, pero de milagro, no había una sola línea que no agradase a Thérèse: una carta expresa bastante menos nuestros sentimientos verdaderos que los que debemos sentir para que sea leída con alegría. Anne se quejaba de no poder ir a Vilméja a partir de la

llegada del hijo de los Azévédo; había visto desde lejos su *chaise longue* entre los helechos; los tísicos la horrorizaban.

Thérèse releía esas páginas a menudo y no esperaba otras. Por eso se sorprendió mucho a la hora del correo —la mañana siguiente a la velada interrumpida del *music-hall*— al reconocer en tres sobres la escritura de Anne de la Trave. Varias «listas de correos» le habían hecho llegar a París aquel paquete de cartas, puesto que ya habían quemado varias etapas, «ansiosos, según Bernard, por volver a su nido», pero en realidad porque ya estaban hartos de estar juntos; él se moría de aburrimiento lejos de sus fusiles, de sus perros, del albergue donde el picón granadina tiene un sabor que no tiene en ninguna otra parte y, encima, ¡esa mujer tan fría, tan burlona, que nunca muestra placer, a quien no le gusta hablar de lo que es interesante! En cuanto a Thérèse, deseaba volver a Saint-Clair de la misma forma que una deportada aburrida en un calabozo provisional siente curiosidad por conocer la isla donde deberá consumirse lo que le queda de vida. Thérèse había descifrado con esmero la fecha impresa en cada uno de los tres sobres y ya estaba abriendo el más antiguo, cuando Bernard soltó una exclamación, gritó unas palabras que no comprendió porque la ventana estaba abierta y los autobuses cambiaban de velocidad en ese cruce. Había dejado de afeitarse para leer una carta de su madre. Thérèse todavía puede ver el chaleco de punto, los musculosos brazos desnudos, esa piel pálida y de repente el rojo fuerte del cuello y la cara. En esa mañana de julio, ya reinaba un calor bochornoso, el sol humeante volvía más sucias las fachadas muertas, más allá del balcón. Se acercó a Thérèse gritando: «¡Esto es demasiado! ¡Vaya! Tu amiga Anne se ha pasado. Quién hubiera dicho que mi hermana pequeña…».

Y como Thérèse lo interrogaba con la mirada:

—¿Te puedes creer que se ha encaprichado del chico Azévédo? Sí, exacto: esa especie de tísico para el que hicieron ampliar Vilméja… Pues sí: parece ir en serio… Dice que esperará hasta la mayoría de edad… Mamá escribe que está completamente loca. ¡Mientras los Deguilhem no lo sepan! El pequeño Deguilhem sería capaz de no pedirle matrimonio. ¿Tienes cartas suyas? En fin, vamos a enterarnos… Venga, ábrelas pues.

—Quiero leerlas por orden. Además, no podría mostrártelas.

Él la reconoció bien, siempre lo complicaba todo. Al final, lo esencial era que hiciera entrar en razón a la pequeña:

—Mis padres cuentan contigo: tú lo puedes todo con ella… sí… ¡sí! Te esperan como su salvación.

Mientras se vestía, él fue a enviar un telegrama y a reservar dos billetes para el Sud-express. Ella podía empezar a llenar el fondo de los baúles:

—¿A qué esperas para leer las cartas de la pequeña?

—A que tú no estés.

Hasta bastante rato después de que él cerrara la puerta, Thérèse permaneció echada, fumando cigarrillos, con la mirada puesta en las grandes letras doradas y ennegrecidas que estaban fijadas en el balcón de enfrente, luego rasgó el primer sobre. No, no, no era esa tontita querida, no podía ser aquella niña de convento con poca cabeza la que había inventado esas palabras ardientes. No podía ser que de ese corazón seco —porque tenía el corazón seco, ¡Thérèse lo sabía!— hubiera brotado ese Cantar de los Cantares, ese largo lamento feliz de una mujer poseída, de una carne casi muerta de gozo, desde el primer ataque:

> … Cuando lo encontré, no podía creer que fuera él: jugaba a correr con el perro pegando gritos. ¿Cómo habría podido imaginar que era ese enfermo grave?… pero no está enfermo: solo toman precauciones, debido a las desgracias que hubo en su familia. Ni siquiera está delicado, delgado más bien, y además acostumbrado a estar mimado, consentido… No me reconocerías: soy yo quien va a buscar su chaqueta, cuando el calor afloja…

Si Bernard hubiera entrado en la habitación en aquel instante, se habría dado cuenta de que esa mujer sentada en la cama no era su mujer, sino un ser que le era desconocido, una criatura extraña y sin nombre. Tiró su cigarrillo y rasgó otro sobre:

> … Esperaré el tiempo que haga falta, ninguna resistencia me da miedo, tampoco mi amor teme nada. Me retienen en Saint-Clair, pero Argelouse no está tan lejos como para que Jean y yo no podamos reunirnos. ¿Te acuerdas del puesto de caza? Fuiste tú, querida, quien escogió con antelación los lugares donde iba a conocer tanta felicidad… ¡Oh! Sobre todo, no vayas a creer que hacemos nada malo. ¡Es tan delicado! No tienes ni idea de cómo es un chico de esta clase. Ha estudiado mucho, ha leído mucho, como tú, pero en un hombre joven no me molesta y nunca he pensado en burlarme de él. ¡Qué no daría yo por saber tanto como tú! Querida, ¿cuál es entonces esa dicha que tú ya posees y que yo todavía no conozco, como para que el simple acercamiento ya sea tan delicioso? Mientras estoy junto a él en la cabaña de las torcaces, donde tú siempre querías que nos llevásemos la merienda, siento la dicha en mí, como si la pudiera tocar. Me digo que, sin embargo, debe existir una felicidad más allá de esta felicidad y cuando Jean se aleja, tan pálido, el recuerdo de nuestras caricias, la espera de lo que sucederá mañana, me vuelve sorda a las quejas, a las súplicas, a las injurias de esa pobre gente que no sabe… que nunca ha sabido… Querida, perdóname, te hablo de esta alegría como si tú tampoco la conocieras, pero no soy más que una principiante a tu lado: también estoy completamente segura de que estarás con nosotros contra aquellos que nos hacen daño…

Thérèse rasgó el tercer sobre, solo algunas palabras garabateadas:

> Ven, querida, nos han separado: me tienen bajo custodia. Creen que te pondrás de su lado. Les he dicho que confiaría en tu juicio. Te lo explicaré todo: él no está enfermo… Soy feliz y sufro. Soy feliz de sufrir por su culpa y amo su dolor como la señal del amor que siente por mí…

Thérèse no siguió leyendo. Al deslizar la hoja dentro del sobre, se dio cuenta de que había una foto que no había visto antes. Cerca de la ventana, contempló aquel rostro: era un joven cuya cabeza parecía desproporcionada a causa del espeso cabello. Thérèse, con esta prueba, reconoció el lugar: el talud donde Jean Azévédo estaba de pie, como un David —detrás había un campo donde pastaban algunas ovejas—. Llevaba su chaqueta en el brazo, tenía la camisa un poco abierta. Thérèse levantó los ojos y se asombró al ver su rostro en el espejo. Tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de apretar los dientes, tragar saliva. Se frotó agua de Colonia en las sienes, en la frente. «Ella conoce esa felicidad… y yo, ¿qué? ¿Y yo? ¿Por qué yo no?». La fotografía se quedó en la mesa, junto a ella brillaba un alfiler…

«Lo hice. Soy yo quien lo hizo…». En el tren que traquetea y que, al bajar, se precipita, Thérèse repite: «Hace ya dos años, en aquella habitación de hotel, cogí el alfiler, agujereé la fotografía de aquel chico en el lugar del corazón, no con furia, sino con calma, como si se tratara de un acto ordinario; en los lavabos, tiré la fotografía así perforada y tiré de la cadena».

Cuando Bernard volvió, se dio cuenta de que estaba seria, como alguien que ha reflexionado mucho, y que incluso ya ha decidido cómo comportarse. Pero se equivocaba fumando tanto: ¡se iba a intoxicar! Según Thérèse, no hacía falta dar demasiada importancia a los caprichos de una chiquilla. Ella confiaba en poder hacerle ver… Bernard deseaba que Thérèse lo tranquilizase, todo por la alegría de llevar en el bolsillo los billetes de vuelta; se sentía halagado de que los suyos ya hubieran recurrido a su mujer. Le advirtió de que, costase lo que costase, para el último almuerzo de su viaje irían a un restaurante del Bois. En el taxi habló de sus proyectos para el inicio de la caza, tenía prisa por probar ese perro que Balion entrenaba para él. Su madre escribía que, gracias a las picas de fuego, la yegua ya no cojeaba… Aún había poca gente en aquel restaurante cuyo numeroso servicio les intimidaba. Thérèse recuerda aquel olor: geranio y salmuera. Bernard nunca había bebido vino del Rhin: «De verdad que no lo regalan». Pero no todos los días eran fiesta. La estatura de Bernard ocultaba la sala a Thérèse. Detrás de los grandes ventanales, se paraban los coches silenciosos. Junto a las orejas de Bernard, veía moverse lo que sabía que eran los músculos temporales. De repente, tras los primeros sorbos, se puso muy rojo: un apuesto chico de campo al que durante semanas solo le había faltado el espacio en que quemar su ración cotidiana de comida y alcohol. No lo aborrecía, pero ¡qué ganas de estar sola para pensar en su sufrimiento, para buscar dónde le dolía! Tan solo que él no estuviera allí para no tener que esforzarse en comer, en sonreír, no preocuparse por tener que componer su cara, por apagar su mirada, dejar que su espíritu vagara libremente por esa desesperación misteriosa: una criatura que escapa de la isla desierta donde imaginó que viviría a tu lado toda su vida; cruza el abismo que te separa de los demás, se une a ellos, cambia de planeta, al fin… pero no: ¿quién ha cambiado alguna vez de planeta? Anne siempre había pertenecido al mundo de los vivos sin más. La cabeza dormida que Thérèse contemplaba sobre sus rodillas durante aquellas vacaciones solitarias no era más que un fantasma: no había conocido nunca a la verdadera Anne de la Trave, a la que hoy se reúne con Jean Azévédo en un puesto de caza abandonado entre Saint-Clair y Argelouse.

«¿Qué tienes? ¿No comes? No hay que dejar nada: al precio que cuesta, sería una lástima. ¿Es el calor? ¿No te irás a marear? A menos que sea una molestia… ya».

Ella sonrió, solo su boca sonreía. Dijo que estaba pensando en esa aventura de Anne —tenía que hablar de Anne—. Y como Bernard declaró que estaba muy tranquilo desde que ella había tomado cartas en el asunto, le preguntó por qué sus padres estaban en desacuerdo con ese matrimonio. Él pensó que se burlaba, y le suplicó que no empezara a defender un sinsentido:

—Para empezar, sabes bien que son judíos: mamá conoció al abuelo Azévédo, que había rechazado el bautismo.

Pero Thérèse aseguraba que no había nada más antiguo en Burdeos que los apellidos de israelitas portugueses:

—Los Azévédo ya formaban parte de la élite cuando nuestros antepasados, miserables pastores, tiritaban de fiebre al borde de sus ciénagas.

—Vamos a ver, Thérèse, no discutas por discutir, todos los judíos son lo mismo… y además es una familia de degenerados, tuberculosos hasta la médula, todo el mundo lo sabe.

Ella encendió un cigarrillo, con un gesto que siempre había sorprendido a Bernard:

—Pues recuérdame entonces de qué murió tu abuelo, tu bisabuelo. ¿Te has preocupado al casarte conmigo por saber qué enfermedad se llevó a mi madre? ¿Crees que no encontraríamos tantos tuberculosos y sifilíticos entre nuestros antepasados como para envenenar el universo?

—Lo estás llevando demasiado lejos, Thérèse, deja que te lo diga: no toques a la familia, ni en broma ni para hacerme rabiar.

Sacó pecho, ofendido, queriendo imponer respeto a Thérèse y a la vez no parecerle ridículo. Pero ella insistía:

—¡Nuestras familias me hacen reír con su prudencia de topos! Este miedo a las taras aparentes es solo comparable a su indiferencia por otras más numerosas, pero menos conocidas… Tú mismo empleas también esa expresión: enfermedades secretas, ¿no? Las enfermedades más temibles para la raza, ¿no son las más secretas por definición? Nuestras familias nunca piensan en ellas, aunque se ocupan muy bien de tapar, enterrar, sus miserias: a no ser por sus criados, nunca sabríamos nada. Menos mal que están los criados…

—No voy a replicarte: cuando empiezas, lo mejor es esperar a que acabes. A mí no me haces demasiado daño: sé que te diviertes. Pero en casa, sabes, esto no irá así. No bromeamos en lo que a la familia respecta.

¡La familia! Thérèse dejó que su cigarrillo se apagara; con la mirada fija, observaba esa jaula de numerosos barrotes vivos, esa jaula tapizada de orejas y de ojos donde, inmóvil, en cuclillas, con el mentón en las rodillas y los brazos rodeándole las piernas, esperaría la muerte.

—Vamos, Thérèse, no pongas esa cara: si te vieras…

Sonrió y se volvió a enmascarar:

—Me estaba divirtiendo. ¡Eres un simplón, querido!

Pero en el taxi, cuando Bernard se acercaba a ella, su mano se apartaba, lo rechazaba.

Aquella última noche, antes de regresar a casa, se acostaron hacia las nueve. Thérèse se tomó una pastilla, pero ansiaba demasiado el sueño como para que llegara. Por un instante su mente se hundió hasta que Bernard, con un murmullo incomprensible, se dio la vuelta; entonces sintió ese cuerpo grande y ardiente contra ella, lo rechazó y, para no padecer su fuego, se acostó en el extremo de la cama, pero unos minutos después, rodó de nuevo hacia ella como si la carne sobreviviera en él al espíritu ausente e, incluso en sueños, buscara confuso su presa habitual. Con un manotazo que, sin embargo, no lo despertó, lo apartó de nuevo… ¡Ah! ¡Rechazarlo de una vez por todas, y para siempre! Echarlo fuera de la cama, a las tinieblas.

A través del París nocturno, las bocinas de los coches se contestaban como en Argelouse los perros, los gallos, cuando brilla la luna. De la calle no subía frescor alguno. Thérèse encendió una lámpara y, con el codo en la almohada, observó a ese hombre inmóvil a su lado, ese hombre en su vigésimo séptimo año: había retirado las sábanas; no se oía su respiración; su cabello despeinado le tapaba la frente todavía pura, su sien sin arrugas. Dormía, Adán desarmado y desnudo, con un sueño profundo, como eterno. Después de tapar ese cuerpo con las sábanas, la mujer se levantó, buscó una de las cartas que había dejado a medio leer, se acercó a la lámpara:

> … Si me dijera que lo siguiera, lo dejaría todo sin mirar atrás. Nos detenemos al borde, al límite de nuestra última caricia, pero por su voluntad, no por mi resistencia, o más bien es él quien se resiste, y yo quien desearía alcanzar aquellas profundidades desconocidas cuyo simple acercamiento supera toda felicidad, según él me repite. Por lo que dice, siempre hay que quedarse en esto, está orgulloso de frenar en pendientes donde, una vez lanzados, los demás se deslizan irremediablemente…

Thérèse abrió la ventana, rompió las cartas en pedacitos, asomada al abismo de piedra que un solo volquete, a esa hora antes del amanecer, hacía retumbar. Los fragmentos de papel se arremolinaban, se posaban en los balcones de las plantas inferiores. El olor vegetal que la joven respiraba, ¿qué campiña se lo enviaba hasta ese desierto de asfalto? Imaginaba la mancha de su cuerpo aplastado contra la calzada, y a su alrededor, ese torbellino de agentes, de merodeadores…

Demasiada imaginación como para matarte, Thérèse. En realidad, no deseaba morir, un trabajo urgente la requería, no de venganza ni de odio, pero esa pequeña idiota, allí en Saint- -Clair, que creía que la felicidad es posible, tenía que saber, como Thérèse, que la felicidad no existe. Si ellas no tienen nada más en común, al menos que tengan esto: el hastío, la ausencia de toda tarea elevada, de todo deber superior, la imposibilidad de esperar otra cosa que no sean los simples hábitos cotidianos, un aislamiento sin consuelo. El alba iluminaba los tejados, volvió a la cama con el hombre inmóvil, pero en cuanto estuvo tendida junto a él, enseguida se le acercó.

Se despertó lúcida, razonable. ¿Para qué ir tan lejos? Su familia le pedía socorro, iba a hacer lo que exigiera su familia, así estaría segura de no desviarse. Thérèse estaba de acuerdo con Bernard cuando le repetía que si Anne desaprovechaba el matrimonio con Deguilhem sería un desastre. Los Deguilhem no son de su mundo: su abuelo era pastor… Sí, pero tienen los pinos más hermosos de la región y Anne, después de todo, no es tan rica: nada que esperar, por parte de su padre, más que viñedos en los humedales, cerca de Langon, inundados un año de cada dos. A Anne no se le podía escapar el matrimonio con Deguilhem por nada del mundo. El olor a chocolate en la habitación provocó náuseas a Thérèse. Ese pequeño malestar confirmaba otros indicios: embarazada, ya. «Más vale tenerlo enseguida, dijo Bernard, después ya no tendremos que pensar en ello». Y contempló con respeto a la mujer que llevaba en sus entrañas al único dueño de innumerables pinos.

V

¡Saint-Clair, pronto! Saint-Clair… Thérèse mide con los ojos el camino que su pensamiento ha recorrido. ¿Conseguirá que Bernard la siga hasta allí? No se atreve a esperar que él esté de acuerdo en andar a paso tan lento por ese camino tortuoso. Sin embargo, no se ha mencionado nada de lo esencial: «Cuando haya alcanzado con él este desfiladero en que me encuentro, todavía me quedará todo por descubrir». Analiza su propio enigma, interroga a la joven burguesa recién casada cuya sensatez todos alababan durante su establecimiento en Saint-Clair. Resucita las primeras semanas vividas en la casa fresca y sombría de sus suegros. Por el lado que da a la Plaza Mayor, los postigos están siempre cerrados, pero a la izquierda, una reja deja ver el jardín abrazado por heliotropos, geranios y petunias.

Entre el matrimonio La Trave, emboscado al fondo de un pequeño salón tenebroso de la planta baja, y Anne, vagando por aquel jardín del que le habían prohibido salir, Thérèse iba y venía, confidente, cómplice. Decía a los La Trave: «Atribúyanse el mérito de ceder un poco, ofrézcanle viajar antes de tomar una decisión: haré que ella les obedezca en esto; en su ausencia, actuaré». ¿Cómo? Los La Trave entreveían que entablaría relación con el joven Azévédo: «No puede esperar nada de un ataque directo, madre». A juicio de madame de la Trave, nada había trascendido todavía, gracias a Dios. La empleada de Correos, madeimoselle Monod, era la única confidente, había detenido varias cartas de Anne: «Pero esa chica es una tumba. Además, la tenemos vigilada… no se irá de la lengua».

«Procuremos hacerla sufrir lo menos posible…» —repetía Hector de la Trave;[4] pero él, que antes cedía a los caprichos más absurdos de Anne, solo podía apoyar a su mujer, diciendo: «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos…», y también: «Un día nos lo agradecerá». Sí, pero de aquí a entonces, ¿no se pondrá enferma? Los dos esposos guardaban silencio con la mirada perdida; sin duda seguían mentalmente, bajo el ardiente sol, a su hija consumida, a quien horrorizaba cualquier alimento; aplasta las flores que no ve, recorre las verjas a paso de cierva, buscando una salida… Madame de la Trave sacudía la cabeza: «Yo no puedo tomarme el jugo de carne en su lugar, ¿verdad? Ella se harta de fruta en el jardín para poder dejar su plato intacto en las comidas». Y Hector de la Trave: «Después nos reprocharía haber dado nuestro consentimiento… Y aunque solo fuera por los desdichados que habría traído al mundo…». Su mujer le reprochaba que parecía que estuviera buscando excusas: «Por suerte, los Deguilhem no han regresado todavía. Tenemos suerte de que esperen esta boda como agua de mayo…». Esperaron a que Thérèse saliera de la sala, para preguntarse el uno al otro: «Pero ¿qué es lo que le metieron en la cabeza en ese convento? Aquí ella solo ha tenido buenos ejemplos, hemos supervisado sus lecturas… Thérèse dice que no hay nada peor para hacer perder la cabeza a las chicas que las novelas de amor de *l'Oeuvre des bons libres,* pero es tan paradójico… Además, gracias a Dios, Anne no tiene la manía de leer, nunca le he tenido que hacer observación alguna al respecto. En esto sí que es una mujer de la familia. En el fondo, si la pudiéramos hacer cambiar de aires… ¿Te acuerdas de lo bien que le sentó Salies tras aquel sarampión que se complicó con una bronquitis? Iremos donde ella quiera, no puedo decir nada mejor. En realidad, es una criatura digna de compasión». Monsieur de la Trave suspiró a media voz: «¡Oh! Un viaje con nosotros… ¡Nada! ¡Nada!», respondió a su esposa que, un poco sorda, le preguntó: «¿Qué has dicho?». Desde lo más hondo de aquella fortuna con la que se había situado, ¿de qué viaje de amor se acordaba, de repente, aquel hombre mayor? ¿Qué horas benditas de su juventud amorosa?

En el jardín, Thérèse se había reunido con la chica, cuya ropa del año anterior había quedado demasiado grande: «¿Y bien?», gritó Anne al aproximarse su amiga. La ceniza de los caminos, los prados secos y crujientes, el olor de los geranios abrasados, y aquella joven más consumida que cualquier planta en esa tarde de agosto, no son nada que Thérèse no reencuentre en su corazón. A veces, los chaparrones tormentosos las obligaban a guarecerse en el invernadero, el granizo hacía retemblar los cristales.

—¿Qué más te da marcharte, si no lo ves?

—No lo veo, pero sé que respira a diez kilómetros de aquí. Cuando el viento sopla del este, sé que él oye la campana al mismo tiempo que yo. ¿Te daría igual que Bernard estuviera en Argelouse o en París? No veo a Jean, pero sé que no está lejos. El domingo en misa, ni siquiera intenté volver la cabeza, porque desde nuestros sitios solo se puede ver el altar y un pilar nos separa de la concurrencia. Pero a la salida…

—¿No estaba el domingo?

Thérèse lo sabía, sabía que Anne, arrastrada por su madre había buscado en vano un rostro ausente entre la multitud.

—Quizás estaba enfermo… Retienen sus cartas, no puedo saber nada.

—De todos modos, es extraño que no encuentre la manera de hacerte llegar una nota.

—Si tú quisieras, Thérèse… Sí, sé muy bien que tu situación es delicada…

—Accede a ese viaje, y puede ser que durante tu ausencia…

—No puedo alejarme de él.

—De todas formas, se irá, querida. En unas semanas se marchará de Argelouse.

—¡Ah! Cállate. Es una idea insoportable. Y sin una sola palabra suya para ayudarme a vivir. Me muero, a cada instante tengo que acordarme de aquellas palabras suyas que más alegría me dieron, pero a fuerza de repetírmelas, ya no puedo estar segura de que en efecto las dijera; mira, las que me dijo en nuestro último encuentro, me parece oírlas aún: «No hay en mi vida nadie más que tú…». Dijo esto, o quizás fuera: «Eres lo más preciado de mi vida…». No me puedo acordar exactamente.

Con las cejas fruncidas, buscaba el eco de la palabra consoladora cuyo sentido ampliaba hasta el infinito.

—Bueno, ¿cómo es ese chico?

—No te lo puedes ni imaginar.

—¿Tan poco se parece a los demás?

—Quisiera hacerte un retrato de él… pero está tan lejos de lo que yo supiera decirte… Después de todo, quizás te parecería demasiado corriente… pero estoy muy segura de que no.

Ya no distinguía nada particular en el joven deslumbrante por todo el amor que ella le brindaba. «A mí, pensaba Thérèse, la pasión me volvería más lúcida; no se me escaparía nada del ser que desease».

—Thérèse, si me resignara a ese viaje, ¿tú le verías? ¿Me traerías sus palabras? ¿Le harías llegar mis cartas? Si me voy, si tengo el valor de marcharme…

Thérèse abandonaba el reino de la luz y penetraba de nuevo, como una avispa sombría, en el despacho donde los padres esperaban que el calor cediera y que su hija se rindiera. Hicieron falta muchas de estas idas y venidas para que Anne se decidiera, por fin, a partir. Y sin duda, Thérèse no lo hubiera conseguido jamás a no ser por el regreso inminente de los Deguilhem. Anne temblaba ante este nuevo peligro. Thérèse le repetía que para ser un chico tan rico «no estaba mal, ese Deguilhem».

—Pero Thérèse, apenas lo he mirado: lleva lentes, es calvo, es un viejo.

—Tiene veintinueve años…

—Eso es lo que digo: es un viejo y, además, viejo o no viejo…

En la cena, los La Trave hablaban de Biarritz, se preocupaban por encontrar hotel. Thérèse observaba a Anne, ese cuerpo inmóvil, sin alma. «Esfuérzate un poco… hay que esforzarse», repetía madame de la Trave. Con un gesto de autómata, Anne se acercaba la cuchara a la boca. Ninguna luz en sus ojos. No existía nada ni nadie para ella, salvo aquel ausente. Una sonrisa a veces recorría sus labios, con el recuerdo de una palabra oída, de una caricia recibida, en la época en que en una cabaña de brezo, la mano demasiado fuerte de Jean Azévédo desgarró un poco su blusa. Thérèse miraba el busto de Bernard inclinado sobre el plato: como estaba sentado a contraluz, no veía su cara, pero oía ese lento masticar, esa rumia del alimento sagrado. Ella se levantó de la mesa. Su suegra dijo: «Prefiere que no nos demos cuenta. Quisiera mimarla, pero a ella no le gusta que la cuiden. Sus malestares son lo mínimo que se puede tener en su estado. Aunque se lo diga, fuma demasiado». Y la señora evocaba recuerdos de embarazo: «Recuerdo que cuando te esperaba, tenía que oler una bola de caucho: era lo único que me mantenía el estómago en su sitio».

—Thérèse, ¿dónde estás?

—Aquí, en el banco.

—¡Ah! Sí, veo tu cigarrillo.

Anne se sentó, apoyó la cabeza en un hombro inmóvil, miró al cielo y dijo:

—Él ve las estrellas, oye el ángelus… —Y también—: Abrázame, Thérèse.

Pero Thérèse no se inclinaba sobre esa cabeza confiada. Ella solo preguntaba:

—¿Sufres?

—No, esta noche no sufro: he comprendido que, de un modo u otro, me reuniré con él. Ahora estoy tranquila. Lo esencial es que él lo sepa, y lo sabrá por ti: estoy decidida a hacer ese viaje. Pero a mi regreso, atravesaré las murallas, tarde o temprano me lanzaré sobre su corazón, estoy tan segura de ello como de mi propia vida. No, Thérèse, no, tú, al menos, no me sermonees, no me hables de la familia…

—No pienso en la familia, querida, sino en él; no se irrumpe así en la vida de un hombre; él también tiene su familia, sus intereses, su trabajo, quizás una aventura…

—No, él me dijo: «No tengo a nadie más que a usted en mi vida…». Y en otra ocasión: «Nuestro amor es lo único que me importa en este momento…».

—¿En este momento?

—¿Qué crees? ¿Piensas que hablaba solo del minuto presente?

Thérèse no necesitaba preguntarle más si sufría: la oía padecer en la sombra, pero no sentía piedad alguna. ¿Por qué habría tenido ella piedad? ¡Qué dulce debe ser repetir un nombre, un apellido que designa a cierto ser al que te encuentras estrechamente unido! Solo pensar que está vivo, que respira, que se duerme por la noche con la cabeza encima del brazo doblado, que se despierta al alba, que su cuerpo joven desplaza la bruma…

—¿Lloras, Thérèse? ¿Es por mí que lloras? Tú... tú me quieres.

La pequeña se puso de rodillas, apoyó la cabeza en el regazo de Thérèse y, de pronto, se incorporó de nuevo:

—He sentido en la frente un no sé qué que se agita…

—Sí, desde hace unos días, se mueve.

—¿El pequeño?

—Sí, está vivo ya.

Regresaron a la casa, enlazadas como en el pasado, por la carretera de Nizan, por la carretera de Argelouse. Thérèse se acuerda de que tenía miedo de esa carga temblorosa, ¡cuántas pasiones, en lo más profundo de su ser, tuvieron que penetrar esa carne todavía informe! Se vio a sí misma esa noche, sentada en su habitación ante la ventana abierta —Bernard le había gritado desde el jardín: «No enciendas, por los mosquitos»—. Ella había contado los meses hasta ese nacimiento, hubiera querido conocer a un Dios que le concediera que esa criatura desconocida, mezclada aún con sus entrañas, no se manifestara jamás.

VI

Lo extraño es que Thérèse recuerda los días que siguieron a la marcha de Anne y los La Trave como un momento de letargo. En Argelouse, donde se había convenido que encontraría el medio de actuar con ese Azévédo y hacer que se dejase llevar, no pensaba más que en descansar, en dormir. Bernard había consentido en no vivir en su casa, sino en la de Thérèse, más confortable, y donde la tía Clara les ahorraba todas las molestias de los quehaceres de la casa. ¿Qué le importaban a Thérèse los demás? Que se las arreglen solos. Nada le gustaba más que aquel aturdimiento hasta que se viera liberada. Bernard la irritaba cada mañana recordándole su promesa de abordar a Jean Azévédo. Pero Thérèse le reprendía: empezaba a soportarle con menos facilidad. Puede ser que su estado, como creía Bernard, no fuera ajeno a ese humor. Él mismo sufría entonces los primeros embates de una obsesión tan común en la gente de su raza, aunque es raro que se manifieste antes de la treintena: el miedo a la muerte sorprendía en un chico tan robusto. Pero ¿qué responderle cuando protestaba: «No sabéis cómo me siento»?... Esos cuerpos de grandes comilones, productos de una especie ociosa y sobrealimentada, no tienen más que el aspecto de la fuerza. Un pino plantado en la tierra abonada de un campo crece con rapidez, pero el corazón del árbol se pudre muy pronto y, en su mejor momento, hay que talarlo. «Es cosa de los nervios», le repetían a Bernard, pero él sentía ese decaimiento, esa grieta. Y, además, era inimaginable: ya no comía, ya no tenía hambre. «¿Por qué no vas al médico?». Alzaba los hombros, fingía indiferencia. En realidad, la incertidumbre le parecía menos temible que una sentencia de muerte, quizás. A veces, de noche, un estertor despertaba a Thérèse sobresaltada: la mano de Bernard tomaba la suya y la apoyaba sobre el lado izquierdo de su pecho para que se diera cuenta de la alteración. Ella prendía la vela, se levantaba, vertía valeriana en un vaso de agua. «¡Qué casualidad, pensaba, que esa mezcla fuera beneficiosa! ¿Por qué no mortal? Nada calma, nada adormece, verdaderamente, si no es para toda la eternidad. Ese hombre quejica, ¿por qué tenía tanto miedo de lo que sin duda lo apaciguaría?». Se dormía antes que ella. ¿Cómo esperar dormir junto a ese corpachón cuyos ronquidos a veces se volvían angustiosos? Gracias a Dios, él ya no se le acercaba, pues el amor le parecía el más peligroso de todos los ejercicios para su corazón. Los gallos del amanecer despertaban las aparcerías. El ángelus de Saint-Clair tañía en el viento del este, los ojos de Thérèse por fin se cerraban. Entonces el cuerpo del hombre se agitaba de nuevo, se vestía rápido como un campesino —apenas metía la cabeza en el agua fría—. Salía corriendo hacia la cocina, ávido como un perro de los restos de la despensa; comía rápidamente unas sobras de pollo, un trozo de confit frío, o también un racimo de uvas y un mendrugo de pan frotado con ajo, ¡su única comida buena del día! Tiraba unos trozos a Flambeau y a Diana, cuyas mandíbulas chasqueaban. La niebla tenía el olor del otoño. Era la hora en que Bernard ya no sufría, en que sentía de nuevo en él su juventud todopoderosa. Pronto pasarían las torcaces: había que ocuparse de los reclamos, arrancarles los ojos. A las once se reencontraba con Thérèse, todavía acostada.

—¿Y bien? ¿Qué hay del hijo de Azévédo? Sabes que madre espera noticias en Biarritz, en la oficina de correos.

—¿Y tu corazón?

—No me hables de mi corazón. Basta que me hables de él para que lo sienta de nuevo. Desde luego esto prueba que son los nervios… ¿Tú también crees que es de los nervios?

Ella no le daba nunca la respuesta que deseaba:

—Nunca se sabe, solo tú sabes lo que sientes. Que tu padre muriera de una angina de pecho no es una razón… sobre todo a tu edad… Es evidente que el corazón es la parte débil de los Desqueyroux. ¡Qué gracioso eres, Bernard, con tu miedo a la muerte! ¿Tú no sientes, como yo, la honda sensación de tu inutilidad? ¿No? ¿No sientes que la vida de la gente de nuestra clase se parece terriblemente a la muerte?

Él alzaba los hombros: ella le aburría con sus paradojas. No es difícil ser ingenioso, solo hay que llevar la contraria a todo lo que es razonable. Pero se equivocaba —añadía— desperdiciando sus energías con él, valía más reservarse para la entrevista con el hijo de Azévédo.

—¿Sabes que tiene que marcharse de Vilméja hacia mediados de octubre?

En Villandraut, la estación que precede a Saint-Clair, Thérèse piensa: «¿Cómo persuadir a Bernard de que no amaba a ese chico? Seguro que cree que lo adoraba. Como todos los seres para quienes el amor permanece profundamente desconocido, se imagina que un crimen como del que se me acusa solo puede ser pasional». Bernard debería comprender que, en aquella época, ella estaba muy lejos de odiarle, aunque a menudo le parecía desagradable y no imaginaba que otro hombre pudiera serle de ninguna ayuda. Bernard, en resumidas cuentas, no estaba tan mal. Detestaba en las novelas el retrato de seres extraordinarios, de esos que jamás se encuentran en la vida.

El único hombre superior que creía conocer era su padre. Se esforzaba en otorgar cierta grandeza a aquel

radical testarudo, desconfiado, que jugaba en varios tableros: propietario industrial —además de un aserradero en B., trabajaba él mismo su resina y la de sus numerosos parientes en una fábrica de Saint-Clair—. Político sobre todo, a quien sus maneras tajantes habían traicionado, pero muy tenido en cuenta en la prefectura. ¡Y qué desprecio por las mujeres! Incluso por Thérèse, en la época en la que todos elogiaban su inteligencia. Y desde el drama: «¡Todas unas histéricas, cuando no son idiotas!» repetía al abogado. Era anticlerical, pero se mostraba pudibundo por propia voluntad. Aunque de vez en cuando tarareara un estribillo de Béranger, no podía soportar que se tocaran según qué temas en su presencia, y se sonrojaba como un adolescente. Bernard sabía por monsieur de la Trave que monsieur Larroque se había casado virgen: «Desde que es viudo, estos caballeros a menudo me han repetido que no se le conoce ninguna amante. ¡Menudo personaje, tu padre!». Sí, era un personaje. Pero si desde lejos Thérèse tenía una imagen idealizada de él, cuando se acercaba, se daba cuenta de su bajeza. Venía poco a Saint-Clair, más a menudo a Argelouse, pues no le gustaba encontrarse con los La Trave. En su presencia, y a pesar de que estaba prohibido hablar de política, desde la sopa empezaba una discusión tonta que enseguida se volvía agria. Thérèse se habría avergonzado de mezclarse en ella: se enorgullecía de no abrir la boca, salvo que se tocara la cuestión religiosa. En ese caso, se lanzaba a ayudar a monsieur Larroque. Todos gritaban, hasta el punto de que la tía Clara podía percibir fragmentos de frases, se lanzaba a la pelea, y con su horrible voz de sorda daba rienda suelta a su pasión de vieja radical «quién sabe lo que pasa en los conventos»; «en el fondo, pensaba Thérèse, más creyente que ningún La Trave, pero en guerra abierta contra el Ser infinito que había permitido que fuera sorda y fea, que muriera sin haber sido amada ni poseída jamás». Desde el día en que madame de la Trave había abandonado la mesa, evitaron de común acuerdo la metafísica. Además, la política bastaba para sacar de quicio a aquellas personas que, de derechas o de izquierdas, no podían por menos que coincidir en este principio esencial: la propiedad es el único bien de este mundo, y nada mejor para vivir que ser dueño de tierras. Pero ¿hay que sacrificarse? Y, si uno se resigna, ¿en qué medida? A Thérèse, que «llevaba la propiedad en la sangre», le hubiera gustado que la cuestión se planteara con este cinismo, pero detestaba las falsas apariencias con las que los Larroque y los La Trave enmascaraban su pasión común. Cuando su padre proclamaba «una entrega incondicional a la democracia», ella lo interrumpía: «No vale la pena, estamos solos». Decía que lo sublime en política le daba náuseas; se le escapaba lo trágico del conflicto de clases en un país donde el más pobre es propietario, y solo aspira a poseer más; donde el interés común por la tierra, la caza, el comer y el beber, crea entre todos, burgueses y campesinos, una fraternidad estrecha. Pero Bernard, además, tenía educación, se decía que había salido de su agujero; la misma Thérèse se alegraba de que fuera un hombre con quien se podía charlar: «En general, muy superior a su entorno…». Así le juzgaba ella hasta el día de su encuentro con Jean Azévédo.

Era la temporada en que el frescor de la noche duraba toda la mañana y desde la merienda, por mucho que hubiera calentado el sol, desde lejos un poco de bruma anunciaba el crepúsculo. Las primeras torcaces pasaban, y Bernard no regresaba nunca antes de la noche. Sin embargo, aquel día, después de una mala noche, se decidió a ir a Burdeos para que lo examinaran.

«No deseaba nada entonces, piensa Thérèse. Caminaba una hora por la carretera, porque una embarazada tiene que andar un poco. Evitaba los bosques donde, a causa de los puestos de caza, hay que detenerse cada poco, silbar, esperar a que el cazador te autorice a seguir con un grito; pero a veces un silbido largo responde al tuyo y una bandada cae abatida sobre los robles, hay que agacharse para no espantarla. Luego regresaba, dormitaba frente al fuego del salón o de la cocina, atendida en todo por tía Clara. Igual que un dios no mira a su criada, yo no prestaba atención a esa solterona todo el día mascullando historias de cocina y de aparcerías; hablaba y hablaba para no tener que intentar oír nada, casi siempre anécdotas siniestras de los aparceros que cuidaba, a los que velaba con una lúcida devoción: viejos abocados a morir de hambre, condenados al trabajo hasta la muerte, enfermos abandonados, mujeres esclavizadas por extenuantes tareas. Con una especie de alegría, tía Clara citaba en su dialecto inocente sus palabras más atroces. En realidad, solo me quería a mí, que ni siquiera la veía ponerse de rodillas, desatarme los zapatos, quitarme las medias, calentarme los pies con sus viejas manos».

Balion se ponía a sus órdenes cuando tenía que ir al día siguiente a Saint-Clair. Tía Clara preparaba la lista de los recados, reunía las recetas para los enfermos de Argelouse: «Vaya primero a la farmacia, Darquey no tendrá todo el día para preparar los medicamentos…».

«Mi primer encuentro con Jean… Tengo que acordarme de cada detalle: yo había decidido ir a ese puesto de caza abandonado donde solía merendar con Anne y donde sabía que, desde entonces, le gustaba encontrarse con ese Azévédo. No, no imaginé que sería una caminata difícil. Pero por aquel lado los pinos habían crecido demasiado como para poder vigilar las torcaces y no me arriesgué a molestar a los cazadores. Ese puesto ya no servía porque el bosque que lo rodeaba tapaba el horizonte, las copas separadas ya no respetaban esas anchas avenidas del cielo donde el vigía puede ver surgir las bandadas. Acuérdate: ese sol de octubre aún quemaba, me fatigaba por aquel camino de arena, las moscas me atormentaban. ¡Cómo me pesaba el vientre! Anhelaba sentarme en el banco podrido del puesto de caza. Al abrir la puerta, salió un joven con la cabeza descubierta, reconocí a Jean Azévédo desde el primer momento e imaginé que interrumpía una cita, por la confusión que mostraba su rostro. En vano intenté escabullirme; era extraño que él solo pensara en retenerme: “No, no, entre, señora, le juro que no me molesta en absoluto”.

»Me sorprendió que no hubiera nadie en la cabaña en la que entré a instancias suyas. ¿Podía haber huido

la pastora por otra salida? Pero no había crujido ninguna rama. Él también me había reconocido y enseguida el nombre de Anne de la Trave le vino a los labios. Yo estaba sentada, él de pie, como en la fotografía. Observé, a través de la camisa de tusor, el lugar donde había clavado el alfiler: curiosidad despojada de toda pasión. ¿Era guapo? Una frente proporcionada, los ojos aterciopelados de su raza, mejillas demasiado prominentes y, además, lo que me disgusta de los chicos de esa edad: los granos, indicios de sangre en movimiento, todo lo que supura, sobre todo esas palmas sudorosas que se secó con un pañuelo antes de estrecharme la mano. Pero su hermosa mirada ardía, me gustaba aquella boca grande siempre entreabierta sobre unos dientes afilados: hocico de perro joven que tiene calor. ¿Y yo? ¿Cómo era yo? Muy de familia, lo recuerdo. Lo miré por encima del hombro, lo acusé, con tono solemne, "de traer el desconcierto y la división a una familia honorable". ¡Ah! Acuérdate de su extrañeza no fingida, de esa carcajada juvenil: "Entonces, ¿cree que me quiero casar con ella? ¿Cree que persigo ese honor?". Con estupor, medí de un vistazo el abismo entre la pasión de Anne y la indiferencia del chico. Se defendió con arrojo, ciertamente, ¿cómo no ceder al encanto de una criatura deliciosa? No está prohibido jugar y, justo porque la cuestión del matrimonio entre ellos estaba fuera de cualquier consideración, el juego le había parecido anodino. Sin duda había fingido compartir las intenciones de Anne… y como, haciendo una escena yo lo interrumpía, él replicaba con vehemencia que la misma Anne podía atestiguar que no había ido demasiado lejos; que, por lo demás, no dudaba en absoluto que madeimoselle de la Trave le debería las únicas horas de verdadera pasión que conocería durante toda su penosa existencia. "Dice usted que ella sufre, señora, pero ¿cree que puede esperar algo mejor de su destino que ese sufrimiento? A usted la conozco de oídas, sé que se le pueden decir las cosas y que no se parece a la gente de aquí. Antes de que ella se embarque en la travesía más lúgubre a bordo de una vieja casa de Saint-Clair, yo le he dado a Anne un capital de sensaciones, de sueños, que quizás puedan salvarla de la desesperación y, en cualquier caso, del embrutecimiento". Ya no me acuerdo de si me crispó aquel exceso de pretensión, de afectación, o si incluso me conmovió. A decir verdad, su discurso fue tan rápido que al principio no lo seguí, pero pronto mi mente se acostumbró a esa locuacidad: "¿Creerme a mí capaz de desear semejante boda, de arrojar el ancla en esa arena o de cargar en París con una chiquilla? Guardaré una imagen adorable de Anne, es cierto, y en el momento en que usted me ha sorprendido, la verdad es que estaba pensando en ella… Pero ¿cómo puede uno asentarse, señora? Cada minuto tiene que aportar su dicha, una dicha distinta de todas las que la han precedido".

»Esa avidez de animal joven, esa inteligencia en un solo ser, todo eso me pareció tan extraño que le escuchaba sin interrumpirle. Sí, desde luego estaba deslumbrada, con tan poca cosa, ¡por Dios! Pero lo estaba. Me acuerdo del pisoteo, de las campanas, de los gritos salvajes de pastores que anunciaban desde lejos que se acercaba un rebaño. Dije al chico que quizás pareciera raro que estuviéramos juntos en aquella cabaña; hubiera querido que él respondiera que más valía no hacer ningún ruido hasta que hubiera pasado el rebaño; me habría alegrado de ese silencio compartido, de esa complicidad —ya empezaba a volverme exigente y deseaba que cada minuto me aportara algo por lo que vivir—. Pero Jean Azévédo abrió sin protestar la puerta del puesto de caza y, con mucha ceremonia, se apartó. Solo me siguió hasta Argelouse después de haberse asegurado de que yo no veía ningún obstáculo en ello. Ese regreso, ¡qué rápido me pareció, aunque mi compañero encontró tiempo para tocar mil temas! Renovaba extrañamente todo lo que yo creía conocer un poco: por ejemplo, sobre la cuestión religiosa, cuando yo retomaba lo que acostumbraba a decir en familia, él me interrumpía: "Sí, sin duda… pero es más complicado que eso…". En efecto, añadía al debate claridades que me parecieron admirables… Al fin y al cabo, ¿eran tan admirables?... Estoy segura de que a día de hoy vomitaría ese guiso: decía que durante mucho tiempo había creído que nada importaba excepto la búsqueda, la persecución de Dios: "Embarcarse, hacerse a la mar, huir como de la muerte de aquellos que están convencidos de que lo han encontrado, que se inmovilizan y construyen refugios donde dormir; durante mucho tiempo los he despreciado…".

»Me preguntó si había leído *La vida del padre De Foucauld* de René Bazin y, como fingí reír, me aseguró que ese libro lo había trastornado: "Vivir peligrosamente, en el sentido profundo, añadió, quizás no sea tanto buscar a Dios como encontrarlo y, al descubrirlo, permanecer en su órbita". Me describió "la gran aventura de los místicos", se lamentó de que su temperamento le impedía intentarla, "pues, hasta donde se remontaba su memoria, no recordaba haber sido puro". Tanta desvergüenza, esa facilidad para entregarse, ¡qué distinto de la discreción provinciana, del silencio que cada uno de nosotros guarda acerca de su vida interior! Las habladurías de Saint-Clair no se refieren más que a las apariencias: los corazones no se desvelan jamás. En el fondo, ¿qué sé yo de Bernard? ¿No hay infinitamente más en él que en esa caricatura con la que me contento, cuando tengo que representarla? Jean hablaba y yo permanecía muda: nada me venía a los labios más que frases habituales en nuestras discusiones de familia. Igual que aquí todos los coches son "a la medida", es decir, lo bastante anchos para que las ruedas encajen a la perfección en los surcos de las carretas, todos mis pensamientos, hasta aquel día, habían sido "a la medida" de mi padre, de mis suegros. Jean Azévédo iba con la cabeza descubierta, volví a ver la camisa abierta sobre un pecho de niño, su cuello demasiado fuerte. ¿Había sucumbido a cierto encanto físico? ¡Oh, Dios mío! Pero es que era el primer hombre que conocía al que le importaba más que nada la vida espiritual. Sus maestros, sus amigos parisinos de quienes me recordaba sin cesar las opiniones o los libros, me impedían considerarlo un fenómeno: formaba parte de una élite numerosa, "los que existen", decía. Citaba nombres, sin imaginar siquiera que yo no los conocía; y yo fingía que no los oía por primera vez.

»Cuando en una curva del camino apareció el campo de Argelouse, exclamé: “!Ya!”. Humaredas de hierbas quemadas se esparcían a ras de esa pobre tierra que había dado su centeno; por una grieta del talud, un rebaño se colaba como leche sucia y parecía pastar la arena. Jean tenía que atravesar el campo para llegar a Vilméja. Le dije: “Le acompaño: todas estas cuestiones me apasionan”. Pero no encontramos nada más que decirnos. Los tallos del centeno cortado me hacían daño a través de las sandalias. Tenía la impresión de que deseaba estar solo, sin duda para entretenerse con un pensamiento que se le había ocurrido. Le hice darse cuenta de que no habíamos hablado de Anne; me aseguró que no éramos libres de escoger el tema de nuestros coloquios, ni mucho menos el de nuestras meditaciones: “o entonces, añadió con soberbia, hay que someterse a los métodos inventados por los místicos… Los seres como nosotros siempre seguimos las corrientes, obedecemos a las inclinaciones…”. Así lo reconducía todo a sus lecturas de ese momento. Nos citamos para decidir un plan de conducta con respecto a Anne. Hablaba distraídamente y, sin responder a una pregunta que le hice, se agachó: con un gesto infantil me mostró una seta que acercó a su nariz, a sus labios».

En el umbral, Bernard aguardaba el regreso de Thérèse:

—¡No tengo nada! ¡No tengo nada! —gritó en cuanto vio su vestido en las sombras—. ¿Te puedes creer que a pesar de lo robusto que me ves, tengo anemia? Parece imposible, pero es cierto: no hay que fiarse de las apariencias, voy a seguir un tratamiento… el tratamiento Fowler: es arsénico, lo importante es recobrar el apetito.

Thérèse recuerda que al principio no se irritó: todo lo que le llegaba de Bernard la afectaba menos de lo habitual, como si el golpe viniera de más lejos. No lo oía, tenía el cuerpo y el alma orientados hacia otro universo donde habitan los seres ávidos que solo desean saber, comprender y, según una palabra que Jean había repetido con aire de profunda satisfacción «convertirse en lo que son». Cuando en la mesa por fin habló de su encuentro, Bernard exclamó:

—¿Y no me lo decías? ¡Qué rara eres! ¿Y bien? ¿Qué habéis decidido?

Improvisó sobre la marcha el plan que, en efecto, había que seguir: Jean Azévédo accedió a escribir una carta a Anne en la que, con tacto, sabría quitarle toda esperanza. Bernard rio cuando Thérèse le aseguró que al chico no le importaba en absoluto ese matrimonio:

—¡Que un Azévédo no quiere casarse con Anne de la Trave! ¡Ah! ¡Ya! ¿Estás loca? Simplemente sabe que no hay nada que hacer, esa gente no se arriesga cuando sabe que va a perder. Sigues siendo una ingenua, pequeña.

A causa de los mosquitos, Bernard no quiso que se encendiera la lámpara, así que no vio la mirada de Thérèse. «Había recuperado el apetito, decía, el médico de Burdeos le había devuelto la vida».

«¿Volví a ver a Jean Azévédo a menudo? Se fue de Argelouse hacia mediados de octubre… quizás dimos cinco o seis paseos, solo me centro en aquel en que nos ocupamos de redactar juntos la carta para Anne. El chico ingenuo se detenía en expresiones que creía tranquilizadoras, pero que a mí me horrorizaban, aunque no se lo decía. Confundo nuestros últimos trayectos en un recuerdo único. Jean Azévédo me describía París, sus amistades, y yo imaginaba un reino en que la ley fuera “llegar a ser uno mismo”. “Aquí estás condenada a la mentira hasta la muerte”. ¿Pronunciaba tales palabras con intención? ¿De qué le parecía yo sospechosa? Resultaba imposible oírle y poder soportar ese clima asfixiante: “Mire, me decía, esta inmensa y uniforme superficie de hielo en la que todas las almas se encuentran atrapadas, a veces una grieta descubre agua negra: alguien ha luchado, ha desaparecido, la costra se forma de nuevo… porque cada uno, aquí, como en todas partes, nace con su propia ley; aquí, como en todas partes, cada destino es particular y, sin embargo, debemos someternos a ese insulso destino común; algunos resisten: de ahí esos dramas sobre los que las familias guardan silencio. Como decimos por aquí: ‘Debemos guardar silencio…’”.

»—¡Es cierto! —exclamé. A veces he preguntado sobre tal tío abuelo, sobre tal antepasado cuyas fotografías han desaparecido de todos los álbumes, y nunca he recibido una respuesta, salvo una vez, esta confesión: “Desapareció… lo hicieron desaparecer”.

»¿Temía Jean Azévédo un destino así para mí? Aseguraba que nunca se le hubiera ocurrido hablar de estas cosas con Anne porque, a pesar de su pasión, era un alma totalmente simple, apenas rebelde, y que pronto sería esclavizada: “¡Pero usted! Siento en todas sus palabras un hambre y una sed de sinceridad…”. ¿Tendría que informar a Bernard de estas conversaciones con exactitud? ¡Qué locura esperar que pudiera comprender algo de ellas! Que sepa, en todo caso, que no me rendí sin luchar. Recuerdo haber objetado al chico que había adornado con hábiles frases el consentimiento más vil a la decadencia. Incluso recurrí a los recuerdos de lecturas moralizantes que hacíamos en el instituto. “¿Ser uno mismo? Repetí, pero solo lo somos en la medida en que nos creamos a nosotros mismos”. —No es necesario dar más detalles, pero tal vez habría que desarrollarlo para Bernard—. Azévédo negaba que existiera una degradación peor que renegar de uno mismo. Aseguraba que no había ni héroe ni santo que no hubiera dado más de una vuelta sobre sí mismo, que no hubiera alcanzado todos sus límites: “Hay que superarse para encontrar a Dios”, repetía. Y añadía: “Aceptarse obliga a los mejores de entre nosotros a enfrentarse a sí mismos, pero a cara descubierta y en un combate sin trampas. Y es por esto que sucede a menudo que estos liberados se convierten a la religión más estricta”.

»No podría discutir con Bernard el buen fundamento de esta moral, incluso le concedería que se trata de pobres sofismas, pero que comprenda, que se esfuerce en comprender hasta qué punto una mujer como yo podría verse afectada, y lo que yo sentía, por la noche, en el comedor de Argelouse cuando Bernard, al fondo de la cocina cercana, se quitaba las botas y contaba en dialecto el botín de la jornada —las torcaces cautivas se debatían hinchando el saco tirado encima de la mesa—. Bernard comía despacio, con la alegría del apetito reconquistado, contaba con amor las gotas de Fowler: “Esto es salud”, repetía. Ardía un gran fuego, y, para el postre, no tenía más que girar su sillón para estirar sus pies con zapatillas de fieltro hacia las llamas. Sus ojos

se cerraban sobre *La Petite Gironde*. A veces roncaba, pero también a menudo ni siquiera lo oía respirar. Las pantuflas de Balionte estaban aún por la cocina; entonces ella llevaba las palmatorias. Y se hacía el silencio, ¡el silencio de Argelouse! La gente que no conoce esta landa perdida no sabe lo que es el silencio: rodea la casa, como si estuviera solidificada en esta espesa masa de bosque donde no vive nada, salvo en ocasiones una lechuza ululando —creíamos que en la noche escuchábamos el sollozo que reteníamos—.

»Fue sobre todo tras la marcha de Azévédo cuando conocí ese silencio. Mientras supiera que Jean aparecería de nuevo, su presencia hacía inofensivas las tinieblas exteriores, su sueño cercano poblaba las landas y la noche. En cuanto se fue de Argelouse, después de aquel último encuentro en que me citó para un año después, y en el que me dijo lleno de esperanza, que para ese momento yo ya sabría cómo liberarme —todavía hoy ignoro si hablaba así a la ligera o con una segunda intención; me inclino a creer que aquel parisino ya no aguantaba más el silencio, el silencio de Argelouse, y que adoraba en mí su único auditorio—, desde que le dejé, creí que entraba en un túnel indefinido, que me hundía en una sombra que crecía sin cesar y, a veces, me preguntaba si alcanzaría por fin el aire libre antes de asfixiarme. Hasta mi parto, en enero, no ocurrió nada…».

Aquí Thérèse duda, se esfuerza por apartar su pensamiento de lo que ocurrió en la casa de Argelouse, dos días después de la marcha de Jean: «No, no, pensaba, no tiene nada que ver con lo que tendré que explicarle luego a Bernard; no tengo tiempo que perder con las pistas que no llevan a ninguna parte». Pero el pensamiento es rebelde, imposible evitar que corra hacia donde quiera: Thérèse no destruirá en su memoria esa noche de octubre. En el primer piso, Bernard se desvestía; Thérèse esperaba a que el leño se consumiese del todo para reunirse con él, feliz de quedarse sola un momento: «¿qué estaría haciendo Jean Azévédo a aquella hora? Quizás estuviera bebiendo en aquel pequeño bar del que le había hablado; quizás —la noche era tan suave— estuviera paseando en coche, con un amigo, por un desierto Bois de Boulogne; quizás estuviera trabajando en su escritorio, y París retumbara en la distancia; el silencio, era él quien lo creaba, quien lo conquistaba sobre el estruendo del mundo; no le era impuesto desde fuera como el que ahogaba a Thérèse; este silencio era su obra y no se extendía más allá del fulgor de la lámpara, de las estanterías cargadas de libros…». Así pensaba Thérèse y, entonces, el perro ladró, luego gimió, y una voz conocida, una voz extenuada, en el vestíbulo, lo calmó: Anne de la Trave abrió la puerta, llegaba de Saint-Clair a pie, de noche, con los zapatos llenos de barro. En su pequeño rostro envejecido brillaban los ojos. Tiró su sombrero a una butaca; preguntó:

—¿Dónde está?

Thérèse y Jean, con la carta escrita y echada al correo, habían dado el asunto por terminado, muy lejos de imaginar que Anne fuera incapaz de aceptarlo, ¡como si un ser pudiera someterse a la razón, al razonamiento, cuando se trata de la propia vida! Había burlado la vigilancia de su madre y se había subido a un tren. En la carretera tenebrosa de Argelouse, el trozo de cielo claro entre las cimas la había guiado. «La cuestión era volver a verlo, si ella lo volvía a ver lo reconquistaría, tenía que volver a verlo». Tropezó, se torció los pies en los baches, tal prisa tenía por llegar a Argelouse. Y ahora Thérèse le dice que Jean se ha ido, que está en París. Anne niega con la cabeza, no la cree, necesita no creerla para no derrumbarse de fatiga y de desesperación:

—Mientes como has mentido siempre.

Y como Thérèse protestó, ella añadió:

—¡Ah! ¡Tú sí posees el sentido de familia! Te haces la independiente… Pero desde tu boda, te has convertido en una mujer de familia… Sí, sí, lo he comprendido: creías hacerme un bien; me traicionaste para salvarme, ¿no? Ahórrate las explicaciones.

Cuando volvió a abrir la puerta, Thérèse le preguntó que adónde iba.

—A Vilméja, a su casa.

—Te repito que no está allí desde hace dos días.

—No te creo.

Salió. Thérèse entonces encendió el farol colgado en el vestíbulo y la alcanzó:

—Te vas a perder, pequeña Anne: te vas por el camino de Biourge. Vilméja es por allí.

Atravesaron la bruma que salía de un prado. Los perros se despertaron. Aquí están los robles de Vilméja y la casa no está dormida, sino muerta. Anne da vueltas alrededor de este sepulcro vacío, golpea la puerta con los dos puños. Thérèse, inmóvil, ha dejado el farol en la hierba. Ve el fantasma ligero de su amiga pegarse a cada ventana de la planta baja. Sin duda Anne repite un nombre, pero sin gritarlo, sabiendo que es inútil. La casa la oculta por unos instantes y luego reaparece, llega otra vez a la puerta, se deja caer deslizándose en el umbral, con los brazos rodeando las rodillas que esconden su rostro. Thérèse la levanta, la arrastra. Anne, tropezando, repite:

—Mañana por la mañana me iré a París. París no es tan grande, lo encontraré en París… —Pero con el tono de una niña al límite de la resistencia y que empieza a abandonarse.

Bernard, despierto por el ruido de sus voces, las esperaba, en batín, en el salón. Thérèse no puede ahuyentar el recuerdo de la escena que estalló entre el hermano y la hermana. Este hombre capaz de agarrar rudamente las muñecas de una chiquilla extenuada, de arrastrarla hasta una habitación del segundo piso, de echar el cerrojo a la puerta, es tu marido, Thérèse: este Bernard que dentro de dos horas será tu juez. El sentido de la familia lo inspira, lo salva de cualquier titubeo. Siempre sabe, en cualquier circunstancia, lo que conviene hacer en interés de la familia. Llena de angustia, preparas un largo alegato, pero solo los hombres sin

principios pueden ceder a una razón ajena. Bernard se burla de sus argumentos: «Sé lo que tengo que hacer». Siempre sabe lo que tiene que hacer. Si alguna vez duda, dice: «Lo hemos hablado en familia y hemos decidido que…». ¿Cómo puedes dudar de que no haya preparado su sentencia? Tu suerte está echada para siempre: más te valdría dormir.

VIII

Después de que los La Trave hubieron llevado a Anne rendida a Saint-Clair, Thérèse no salió de Argelouse hasta que llegó su alumbramiento. Conoció de verdad su silencio durante esas noches desmesuradas de noviembre. Una carta dirigida a Jean Azévédo había quedado sin respuesta. Sin duda, él estimaba que aquella provinciana no valía la molestia de una correspondencia. Además, una mujer embarazada nunca deja un bello recuerdo. Tal vez, en la distancia, considerara a Thérèse aburrida, ¡ese imbécil al que hubieran retenido falsas dificultades y actitudes! Pero ¿qué podía él comprender de esa simplicidad engañosa, de esa mirada directa, de esos gestos nunca vacilantes? En realidad la creía capaz, como a la pequeña Anne, de tomarlo al pie de la letra, de dejarlo todo y seguirlo. Jean Azévédo desconfiaba de las mujeres que entregan las armas demasiado pronto para que el asaltante tenga la oportunidad de levantar el asedio. A nada temía tanto como a la victoria, como al fruto de la victoria. Thérèse, sin embargo, se esforzaba por vivir en el universo de ese chico, pero los libros que Jean admiraba, y que se había hecho enviar desde Burdeos, le parecieron incomprensibles. ¡Qué ociosidad! No había que pedirle que trabajara en la canastilla: «No es lo suyo», repetía madame de la Trave. Muchas mujeres mueren de parto en el campo. Thérèse hacía llorar a tía Clara cuando decía que acabaría como su madre, que estaba segura de que no escaparía, y no olvidaba añadir que «le daba igual morir». ¡Mentira! Jamás había deseado tan ardientemente vivir; Bernard nunca le había mostrado tanta solicitud: «No se preocupaba por mí, sino por lo que llevaba en mi seno». Con su horrible acento, la machacaba en vano: «Toma más puré… No comas pescado… Ya has caminado bastante por hoy…». «Esto no me conmovía más de lo que puede conmover a una nodriza extraña a la que se exprime por la calidad de su leche. Los La Trave veneraban en mí un cáliz sagrado, el receptáculo de su progenie; no había duda de que, llegado el caso, me sacrificarían por este embrión. Perdí el sentido de mi existencia individual. No era más que el sarmiento; a ojos de la familia, solo contaba el fruto ligado a mis entrañas».

»Hasta el final de diciembre, hubo que vivir en estas tinieblas. Como si no hubieran bastado los innumerables pinos, la lluvia ininterrumpida multiplicaba alrededor de la casa sombría sus millones de barrotes móviles. Cuando la única carretera de Saint-Clair amenazó con volverse impracticable, me trasladaron al pueblo, a la casa apenas menos tenebrosa que la de Argelouse. Los viejos plátanos de la plaza aún se disputaban las hojas con el viento lluvioso. Incapaz de vivir fuera de Argelouse, tía Clara no quiso permanecer a mi cabecera, pero hacía el camino a menudo, hiciera el tiempo que hiciese, en su coche "a la medida"; me traía las chucherías que tanto me gustaban de niña, y que creía que me seguían gustando, esas bolas grises de centeno y miel, llamadas *miques*, el pastel denominado *fougasse* o *roumadjade*. Solo veía a Anne en las comidas, y ya no me dirigía la palabra; parecía resignada, reducida, había perdido de golpe su frescura. Sus cabellos, demasiado tirantes, descubrían unas feas orejas pálidas. No se pronunciaba el nombre del hijo de Deguilhem, pero madame de la Trave afirmaba que, aunque Anne aún no decía que sí, tampoco decía que no. ¡Ah! Jean la había sabido juzgar: no había hecho falta mucho tiempo para pasarle la brida y ponerla al paso. Bernard no se encontraba tan bien porque había empezado a beber en los aperitivos de nuevo. ¿Qué palabras intercambiaban esos seres a mi alrededor? Recuerdo que hablaban mucho del párroco —vivíamos enfrente de su casa—. Se preguntaban, por ejemplo, "por qué había cruzado cuatro veces la plaza durante el día, y cada vez había tenido que regresar por otro camino…"».

A raíz de algunos comentarios de Jean Azévédo, Thérèse prestaba aún más atención a ese cura todavía joven, sin comunicación con sus parroquianos, que le encontraban orgulloso: «No es del tipo que hace falta aquí». Durante sus escasas visitas a casa de los La Trave, Thérèse observaba sus sienes blancas, su frente ancha. Ningún amigo. ¿Cómo pasaba las veladas? ¿Por qué había escogido esa vida? «Es muy riguroso, decía madame de la Trave, reza sus oraciones todas las tardes, pero le falta unción, no lo encuentro lo que se dice "piadoso". Y en cuanto a las obras benéficas, no les hace ningún caso». Ella lamentaba que hubiera suprimido la fanfarria del patronato; los padres se quejaban de que ya no acompañaba a los niños al campo de fútbol: «Está muy bien que tenga siempre la nariz metida en sus libros, pero una parroquia se pierde con rapidez». Thérèse, para oírlo, frecuentó la iglesia. «Se ha decidido, hija mía, justo en el momento en que su estado se lo hubiera dispensado». Los sermones del cura acerca del dogma o la moral eran impersonales. Pero Thérèse se interesaba por una inflexión de la voz, por un gesto, una palabra a veces parecía más grave… ¡Ah! Tal vez él la podía haber ayudado a desenredar ese mundo confuso en ella; distinto a los demás, él también había escogido la parte trágica; a su soledad interior había añadido ese desierto que crea la sotana alrededor del hombre que la viste. ¿Qué consuelo sacaba él de aquellos ritos cotidianos? Thérèse hubiera querido asistir a su misa entre semana, cuando, sin más testigo que el monaguillo, murmuraba palabras, inclinado sobre un trozo de pan. Pero esta idea habría parecido rara a su familia y a la gente del pueblo, habrían proclamado una

conversión.

Por mucho que Thérèse hubiera sufrido en aquella época, fue al día siguiente de su parto cuando verdaderamente empezó a no poder soportar la vida. Nada trascendió al exterior, ninguna escena entre ella y Bernard y mostraba más deferencia hacia sus suegros que incluso su propio marido. Aquello era lo trágico: que no había razón para la ruptura, era imposible prever un acontecimiento que impidiese que las cosas siguieran su curso hasta la muerte. El desacuerdo supone un punto de encuentro donde chocar, pero Thérèse nunca se chocaba con Bernard, y aún menos con sus suegros; sus palabras no la herían; pensaba que no era necesario responder. ¿Tenían siquiera un vocabulario común? Ellos daban un sentido distinto a las palabras esenciales. Si algún grito sincero se le escapaba a Thérèse, la familia admitía, de una vez por todas, que la joven adoraba las salidas de tono. «Hago como que no la oigo, decía madame de la Trave, y si insiste, no le doy importancia, ya sabe que con nosotros eso no sirve…».

Sin embargo, madame de la Trave soportaba mal la actitud de Thérèse de no poder sufrir que la gente se asombrara constantemente de cómo se le parecía la pequeña Marie. Las exclamaciones acostumbradas —«No se puede negar de quien es hija…»—, sumían a la mujer en sentimientos extremos que no siempre sabía disimular. «Esta niña no tiene nada mío, insistía. Vea esa piel morena, esos ojos de azabache. Mire mis fotos: era una niña paliducha».

No quería que Marie se le pareciera. Con esa carne desprendida de la suya, no deseaba tener nada en común. Empezó a correr el rumor de que el instinto maternal no la sofocaba. Pero madame de la Trave aseguraba que ella amaba a su hija a su manera: «Claro que no hay que pedirle que vigile su baño o le cambie los pañales: no es lo suyo, pero la he visto pasar veladas enteras sentada junto a la cuna, absteniéndose de fumar para contemplar como duerme la pequeña… Por otra parte, tenemos una criada muy eficiente y, además, está Anne; ¡ah! le juro que esta sí será toda una madraza…». Desde que había un bebé en casa, era cierto que Anne había vuelto a vivir. Una cuna siempre atrae a las mujeres, pero Anne, más que ninguna, trataba a la niña con profunda alegría. Para acceder más libremente a la pequeña, había hecho las paces con Thérèse, sin que subsistiera nada de su antigua ternura, salvo algunos gestos, algunos apelativos familiares. La chica temía, sobre todo, los celos maternales de Thérèse: «La pequeña me conoce mejor que a su madre. En cuanto me ve, se ríe. El otro día, la tenía en brazos y se puso a gritar cuando Thérèse quiso cogerla. Me prefiere, hasta el punto de que a veces me siento incómoda…».

Anne se equivocaba al sentirse incómoda. En ese momento de su vida, Thérèse se sentía despegada de su hija como de todo lo demás. Percibía los seres y las cosas y su propio cuerpo e incluso su mente, como un espejismo, un vapor suspendido fuera de ella misma. Solo, en esa nada, Bernard adquiría una realidad horrible: su corpulencia, su voz nasal, y ese tono perentorio, esa satisfacción. Salir del mundo… Pero ¿cómo?, y ¿adónde ir? Los primeros calores agobiaban a Thérèse. Nada la advirtió de lo que estaba a punto de cometer. ¿Qué sucedió aquel año? No se acuerda de ningún incidente, de ninguna disputa, se acuerda de haber detestado a su marido más que de costumbre. El día del Corpus, mientras estaba tras los postigos semicerrados, observaba la procesión. Bernard era casi el único hombre detrás del dosel. El pueblo, en unos instantes, quedó desierto, como si hubiera sido un león y no un cordero lo que se había soltado en la calle… La gente se escondía para no verse obligada a descubrirse o arrodillarse. Una vez hubo pasado el peligro, las puertas se reabrieron una por una. Thérèse divisó al cura, que avanzaba con los ojos casi cerrados, llevando algo extraño con las dos manos. Sus labios se movían, «¿a quién le hablaba con ese aire de dolor?». Y a continuación, detrás de él, Bernard «que cumplía con su deber».

Varias semanas se sucedieron sin que cayera ni una gota de agua. Bernard vivía con el terror del incendio, y de nuevo sufría del corazón. Quinientas hectáreas se habían quemado por la zona de Louchats: «Si hubiera soplado el viento del norte, mis pinos de Balisac se habrían perdido». Thérèse esperaba no se sabe el qué de aquel cielo inalterable. Ya no llovía nunca… Un día, todo el bosque de alrededor crepitaría, y ni siquiera el pueblo se salvaría. ¿Por qué los pueblos de las landas no arden nunca? Le parecía injusto que las llamas siempre escogieran a los pinos, jamás a los hombres. En la familia discutían sin descanso acerca de la causa del siniestro: ¿un cigarrillo arrojado? ¿La malevolencia? Thérèse soñó que una noche se levantaba, salía de la casa, llegaba al bosque con más brezo, lanzaba su cigarrillo hasta que una inmensa humareda desteñía el cielo del amanecer… Pero rechazaba este pensamiento porque llevaba el amor a los pinos en la sangre, no era hacia los árboles adonde se dirigía su odio.

Hela aquí en el momento de enfrentarse al acto que ha cometido. ¿Qué explicación dar a Bernard? Nada que hacer, aparte de recordarle punto por punto como llegó a suceder. Era el día del gran incendio de Mano. Unos hombres entraron en el comedor donde la familia almorzaba apresuradamente. Algunos aseguraron que el fuego parecía muy alejado de Saint- -Clair, otros insistían en que se hiciera sonar el toque de alarma. El perfume de la resina quemada impregnaba ese día tórrido y el sol estaba como ensuciado. Thérèse ve de nuevo a Bernard, con la cabeza vuelta, escuchando el informe de Balion mientras que su fuerte mano velluda se distrae sobre el vaso y unas gotas de Fowler caen en el agua. Se traga el remedio de golpe, sin que, atontada por el calor, Thérèse haya pensado en advertirle que ha doblado la dosis habitual. Todo el mundo se ha levantado de la mesa salvo ella, que está partiendo almendras frescas, indiferente, ajena a esa agitación, desinteresada de ese drama, como de todo drama que no sea el suyo. El toque de alarma no suena. Bernard al fin regresa: «Por una vez has tenido razón en no inquietarte: el incendio es por la parte de Mano…». Le pregunta: «¿Me he tomado las gotas?» y sin esperar la respuesta, de nuevo echa algunas en su vaso. Ella se ha

callado por pereza, sin duda, por cansancio. ¿Qué espera en este instante? «Es imposible que haya premeditado callarme».

No obstante, aquella noche, cuando en la cabecera de Bernard, que vomitaba y lloraba, el doctor Pédemay la interrogó sobre los incidentes de la jornada, ella no dijo nada de lo que había visto en la mesa. Hubiera sido fácil, sin embargo, sin comprometerse, dirigir la atención del médico hacia el arsénico que tomaba Bernard. Hubiera podido encontrar una frase tal como: «En aquel momento no me di cuenta… estábamos todos frenéticos por el incendio… pero ahora juraría que ha tomado una dosis doble…». Permaneció muda, ¿sintió siquiera la tentación de hablar? El acto que, durante el almuerzo, estaba ya en ella sin saberlo, empezó entonces a emerger del fondo de su ser, todavía sin forma, pero medio impregnado de consciencia.

Cuando el médico se fue, observó a Bernard dormido por fin; pensó: «Nada prueba que sea eso, puede ser un ataque de apendicitis, aunque no haya ningún otro síntoma… o un caso de gripe infecciosa». Pero Bernard se levantó a los dos días. «Cabía la posibilidad de que fuera eso». Thérèse no lo hubiera jurado, hubiera querido estar segura. Sí, no tenía la impresión de ser presa de una tentación horrible en absoluto, se trataba de una curiosidad un tanto peligrosa de satisfacer. «El primer día que, antes de que Bernard entrase en la sala, eché unas gotas de Fowler en su vaso, recuerdo haberme repetido: “Una sola vez, para cerciorarme… así sabré si es esto lo que le puso enfermo. Solo una vez y ya está”».

El tren disminuye la velocidad, silba largamente, vuelve a arrancar. Dos o tres luces en la sombra: la estación de Saint-Clair. Pero Thérèse ya no tiene nada que examinar, se ha precipitado en el crimen abierto, el crimen la ha absorbido; lo que sigue, Bernard lo sabe tan bien como ella misma: esa repentina recaída en su mal, y Thérèse velándolo día y noche, aunque pareciese estar al límite de sus fuerzas y que fuera incapaz de ingerir nada —hasta el punto de que él la convenció de que probara el tratamiento Fowler y consiguiera una receta del doctor Pédemay—. ¡Pobre doctor! Se asombraba de aquel líquido verduzco que vomitaba Bernard, nunca hubiera creído que pudiera haber un desajuste tan grande entre el pulso y la temperatura de un enfermo, en repetidas ocasiones había observado en la fiebre tifoidea un pulso tranquilo a pesar de una fiebre alta, pero ¿qué podían significar esas pulsaciones precipitadas y esa temperatura por debajo de lo normal? Gripe infecciosa, sin duda, la gripe, eso lo explica todo.

Madame de la Trave pensó en traer a un prestigioso médico consultor, pero no quería ofender al doctor, ese viejo amigo y, además, Thérèse temía asustar a Bernard. Sin embargo, hacia mediados de agosto, tras una crisis más alarmante, Pédemay, por iniciativa propia, quiso la opinión de uno de sus colegas. Por suerte, desde el día después, el estado de Bernard mejoró; tres semanas más tarde, se hablaba de convalecencia. «Me he librado de una buena, decía Pédemay. Si el gran hombre hubiera tenido tiempo de venir, se habría llevado la gloria de esta curación».

Bernard pidió que lo llevaran a Argelouse, contando con estar curado para la caza de la torcaz. Thérèse se cansó mucho en aquella época: una crisis aguda de reuma obligó a tía Clara a guardar cama; todo recaía sobre la joven: dos enfermos, un niño, sin contar las tareas que tía Clara había dejado por hacer. Thérèse puso mucha buena voluntad por relevarla con los pobres de Argelouse. Dio la vuelta a las aparcerías, se ocupó, como su tía, de que cumplimentaran las recetas, pagó las medicinas de su bolsillo. No pensaba en entristecerse porque la aparcería de Vilméja permaneciera cerrada. Ya no pensaba en Jean Azévédo ni en nadie. Atravesaba, sola, un túnel, vertiginosamente, y estaba en el lugar más oscuro; hacía falta salir de esas tinieblas, de ese humo, sin pensarlo, como una bestia, alcanzar el aire libre, ¡rápido, rápido!

A principios de diciembre, una recaída derrotó a Bernard: una mañana se levantó tiritando con las piernas inertes e insensibles. ¡Y lo que ocurrió después! El médico consultor traído una noche de Burdeos por madame de la Trave; su largo silencio tras examinar al enfermo —Thérèse sujetaba la lámpara y Balionte aún se acuerda de que estaba más blanca que las sábanas—; en el descansillo mal iluminado, Pédemay, bajando la voz porque Thérèse podía oírles, explica a su colega que Darquey, el farmacéutico, le había enseñado dos de sus recetas falsificadas: en la primera, una mano criminal había añadido licor de Fowler, en la otra figuraban dosis bastante altas de cloroformo, digitalina, aconitina. Balion las había llevado a la farmacia, junto con muchas otras. Darquey, atormentado por haber dispensado esos tóxicos, corrió al día siguiente a casa de Pédemay… Sí, Bernard conoce todas estas cosas tan bien como la misma Thérèse. Una ambulancia lo trasladó de urgencia a Burdeos, a una clínica, y desde aquel día empezó a mejorar. Thérèse permaneció sola en Argelouse, pero a pesar de su soledad, percibía a su alrededor un inmenso rumor, una bestia agazapada que oye acercarse la jauría, abrumada como después de una carrera desenfrenada, como si, cerca de la meta, con la mano ya tendida, de repente la hubieran tirado al suelo con las piernas rotas. Su padre vino una noche, al final del invierno, le rogó que se disculpara. Todavía se podía salvar todo. Pédemay había consentido en retirar su denuncia fingiendo que ya no estaba seguro de que una de las recetas no estuviera toda escrita con su letra. En cuanto a la aconitina, el cloroformo y la digitalina, no podía haber prescrito unas dosis tan altas, pero como no se habían encontrado trazas en la sangre del enfermo…

Thérèse se acuerda de esta escena con su padre, en la cabecera de tía Clara. Un fuego de leña iluminaba la habitación, ninguno de ellos quería la lámpara. Ella explicaba con la voz monótona de una niña que recita una lección —la lección que ella repasaba en las noches sin sueño—: «Encontré en el camino a un hombre que no era de Argelouse y me dijo que, ya que yo enviaba a alguien a casa de Darquey, esperaba que yo me ocupara de su receta; le debía dinero a Darquey y prefería no presentarse en la farmacia… Me prometió que vendría a casa a buscar los medicamentos, pero no me dejó ni su nombre ni su dirección».

—Encuentra otra cosa, Thérèse, te lo suplico en nombre de la familia. ¡Encuentra otra cosa, desgraciada!

Su padre repetía sus reproches con testarudez; la sorda, medio incorporada sobre sus almohadas, sintiendo sobre Thérèse una amenaza mortal, gimió:

—¿Qué te dice? ¿Qué quiere de ti? ¿Por qué te hace daño?

Encontró fuerzas para sonreír a su tía, para cogerle la mano, mientras que, como una niña con el catecismo, recitaba: «Había un hombre en el camino, estaba demasiado oscuro como para verle la cara, no me dijo en qué aparcería vivía. Otra noche vino a buscar las medicinas. Por desgracia nadie le vio en la casa».

Saint-Clair por fin. Al bajar del vagón, nadie reconoció a Thérèse. Mientras Balion entregaba su billete, ella había dado la vuelta a la estación y, por entre las tablas apiladas, llegó a la carretera donde estaba estacionada la carreta.

Ahora esta carreta le supone un refugio por el camino hundido, ya no teme encontrarse con nadie. Toda su historia, penosamente reconstruida, se desmorona, no queda nada de esa confesión preparada. No, nada que decir en su defensa, ni siquiera una razón que alegar, lo más simple será callarse o solo responder a las preguntas. ¿Qué puede temer? Esa noche pasará, como todas las noches, mañana saldrá el sol, está segura de que saldrá de esto, pase lo que pase. Y no puede ocurrir nada peor que esta indiferencia, este desapego total que la separa del mundo e incluso de su propio ser. Sí, la muerte en vida, saborea la muerte tanto como la puede saborear una persona viva.

Sus ojos habituados a la oscuridad reconocen, al girar la carretera, aquella aparcería donde algunas casas bajas parecen animales acostados y dormidos. Aquí, Anne, antaño, tenía miedo de un perro que siempre se lanzaba a las ruedas de su bicicleta. Más allá, unos abedules descubrían una hondonada; en los días más tórridos, en ese lugar, un frescor fugitivo se posaba en las mejillas ardientes de las dos chicas. Un niño en bicicleta, con los dientes brillantes bajo un sombrero para el sol, un sonido de cascabel, una voz que grita: «¡Mirad! ¡Sin manos!». Esta imagen confusa retiene para Thérèse todo lo que busca en esos días pasados para que descanse un corazón al límite de sus fuerzas. Repite de forma mecánica palabras al ritmo del trote del caballo: «Inutilidad de mi vida, vacío de mi vida, soledad sin fin, destino sin salida». ¡Ah! Bernard no hará el único gesto posible. ¡Si al menos abriera los brazos sin preguntar nada! ¡Si ella pudiera apoyar la cabeza en un pecho humano, si pudiera llorar junto a un cuerpo vivo!

Descubre el talud del campo donde Jean Azévédo se sentó un día de calor. ¡Y pensar que creyó que existía un lugar en el mundo donde habría podido llenarse de gozo en medio de seres que la comprendieran, que tal vez la admiraran, la amaran! Pero su soledad está atada a ella más estrechamente que a un leproso su úlcera: «Nadie puede hacer nada por mí, nadie puede hacer nada contra mí».

—Aquí están el señor y la señorita Clara.

Balion tira de las riendas. Dos sombras avanzan. Bernard, tan débil aún, se había puesto ante ella impaciente por tranquilizarse. Ella se levanta a medias, de lejos anuncia: «¡Sobreseimiento!». Sin otra respuesta que «¡Estaba cantado!». Bernard ayudó a la tía a subir a la carreta y tomó las riendas. Balion regresaría a pie. La tía Clara se sentó entre los esposos. Hubo que gritarle al oído que todo estaba solucionado —solo tenía un conocimiento confuso del drama—. Como de costumbre, la sorda empezó a hablar hasta perder el aliento; decía que ellos siempre habían tenido la misma táctica y que era el mismo asunto Dreyfus que volvía a empezar: «¡Calumniad, calumniad, que siempre quedará algo! Ellos eran extraordinariamente fuertes y los republicanos se equivocaban al no mantenerse alerta. En cuanto se les deja el más mínimo respiro, esas bestias apestosas se te saltan encima…». Ese griterío dispensaba a los esposos de intercambiar palabra.

La tía Clara, resoplando, subió penosamente la escalera con una palmatoria en la mano:

—¿No os acostáis? Thérèse debe estar agotada. Encontrarás en la habitación una taza de caldo y pollo frío.

Pero la pareja permaneció de pie en el vestíbulo. La vieja vio a Bernard abrir la puerta del salón, dejar paso a Thérèse, desaparecer tras ella. Si no hubiera sido sorda, habría pegado la oreja… pero no había que desconfiar de ella, emparedada viva. Apagó la vela, pero volvió a bajar a tientas y puso el ojo en la cerradura: Bernard desplazaba una lámpara, su cara vivamente iluminada parecía a la vez intimidada y solemne. La tía percibió la espalda de Thérèse sentada, había tirado su abrigo y su sombrero sobre una butaca, el fuego hacía humear los zapatos mojados. Por un momento giró la cabeza hacia su marido y la vieja se alegró de que Thérèse sonriera.

Thérèse sonreía. En el breve intervalo de espacio y tiempo, entre la caballeriza y la casa, andando al lado de Bernard, de repente había visto, había creído ver lo que era importante que hiciera. El mero acercamiento a ese hombre había reducido a nada su esperanza de explicarse, de confiarse. Los seres que mejor conocemos, ¡como los deformamos cuando no están! Durante todo el viaje se había esforzado, a su pesar, en recrear un Bernard capaz de comprenderla, de intentar comprenderla, pero al primer vistazo le apareció tal como era en realidad: alguien que nunca se ha puesto, ni una sola vez en la vida, en el lugar del otro; alguien que ignora ese esfuerzo por salir de sí mismo, por ver lo que el adversario ve. De hecho, ¿Bernard la escucharía siquiera?

Recorría a grandes zancadas la amplia estancia húmeda y baja, y el suelo podrido por algunos lados crujía bajo sus pasos. No miraba a su mujer, tan lleno de palabras que había premeditado desde hacía tiempo. Y Thérèse, también ella, sabía lo que iba a decir. La solución más simple es siempre en la que nunca pensamos. Iba a decir: «Desaparezco, Bernard. No se preocupe por mí. Ahora mismo, si usted quiere, me adentro en la noche. El bosque no me da miedo, ni las tinieblas. Me conocen, nos conocemos. Fui creada a imagen de este país árido donde nada está vivo, salvo los pájaros que pasan, los jabalíes nómadas. Acepto ser repudiada, queme todas mis fotografías, que ni siquiera mi hija sepa mi nombre, que sea, a ojos de mi familia, como si yo no hubiera existido jamás».

Y ya Thérèse abre la boca y dice:

—Déjeme desaparecer, Bernard.

Al sonido de esta voz, Bernard se ha dado la vuelta. Desde el fondo de la habitación se precipita, las venas de la cara hinchadas, balbucea:

—¿Qué? ¿Se atreve a tener una opinión? ¿Emitir un deseo? Basta. Ni una palabra. No tiene más que escuchar, recibir mis órdenes, conformarse con mis decisiones irrevocables.

Ya no farfulla más, ahora reúne las frases preparadas con cuidado. Apoyado en la chimenea, se expresa con un tono grave, se saca un papel del bolsillo, lo consulta. Thérèse ya no tiene miedo, quiere reírse, es grotesco. Poco importa lo que él diga con ese acento innoble que hace reír a la gente en todas partes, excepto en Saint-Clair. Ella se irá. ¿Para qué todo ese drama? No hubiera tenido importancia alguna que ese imbécil hubiera desaparecido del mundo de los vivos. Repara, sobre el papel que tiembla, en sus uñas mal cuidadas, no lleva gemelos, es uno de esos campesinos ridículos fuera de su agujero, cuya vida no importa a ninguna causa, a ninguna idea, a ningún ser. Es costumbre que se dé una importancia infinita a la existencia de un hombre. Robespierre tenía razón, y Napoleón, y Lenin… La ve sonreír, se exaspera, alza la voz, está obligada a escuchar:

—La tengo en mis manos, ¿comprende? Obedecerá las decisiones tomadas en familia, si no…

—Si no… ¿qué?

Ya no pensaba en aparentar indiferencia, adoptó un tono desafiante y burlón, gritó:

—¡Demasiado tarde! Ha declarado en mi favor, ya no puede retractarse. Sería acusado de falso testimonio…

—Siempre se puede descubrir un elemento nuevo. La guardo en mi secreter, esa prueba inédita. No hay prescripción, gracias a Dios.

Ella se estremeció, preguntó:

—¿Qué quiere de mí?

Él consulta sus notas y, durante unos segundos, Thérèse permanece atenta al silencio prodigioso de Argelouse. La hora de los gallos aún queda lejos, ninguna agua viva corre en este desierto, ningún viento alborota las copas innumerables.

—No cedo ante consideraciones personales. Me aparto, solo cuenta la familia. El interés de la familia siempre ha dictado todas mis decisiones. Consentí, por el honor de la familia, en burlar a la justicia de mi país. Dios me juzgará.

Este tono pomposo hería a Thérèse. Hubiera querido suplicarle que se expresara con más sencillez.

—Es importante para la familia que todo el mundo nos crea unidos y que a sus ojos no parezca que dudo de su inocencia. Por otra parte, quiero protegerme de la mejor manera posible…

—¿Le doy miedo, Bernard?

—¿Miedo? No: horror —murmuró él. Luego dijo—: Démonos prisa y que todo sea dicho de una vez por todas: mañana nos iremos de esta casa para establecernos al lado, en la casa Desqueyroux. No quiero a su tía en mi casa. Balionte le servirá las comidas en su habitación. Le queda prohibido el acceso al resto de las habitaciones, pero no le impediré recorrer los bosques. Los domingos asistiremos juntos a misa mayor en la iglesia de Saint-Clair, tienen que verla de mi brazo. Y el primer jueves de cada mes iremos, en coche descubierto, a la feria de B., a casa de su padre, como hemos hecho siempre.

—¿Y Marie?

—Marie se va mañana con su niñera a Saint-Clair, luego mi madre se la llevará al Midi. Encontraremos una razón cualquiera de salud. De todas formas, ¿no esperaría usted que se la fuéramos a dejar? ¡Hay que ponerla a salvo, a ella también! Cuando yo falte, será ella quien, a los veintiún años, tendrá la propiedad. Tras el marido, la hija… ¿Por qué no?

Thérèse se levanta, retiene un grito:

—Entonces cree que es por los pinos que yo…

Entre las mil razones secretas de su acto, este imbécil no ha sabido descubrir ninguna, e inventa el motivo más bajo:

—Naturalmente, por los pinos… ¿Por qué si no? Basta con proceder por eliminación. La desafío a que me indique otro móvil… Por lo demás, no tiene importancia y ya no me interesa, ya no me hago más preguntas, usted ya no es nada, lo que sí existe es el nombre que lleva. En unos meses, cuando todos estén convencidos de nuestro entendimiento y Anne se haya casado con el hijo Deguilhem… Usted sabe que los Deguilhem exigen un retraso, que quieren reflexionar… en ese momento, por fin podré establecerme en Saint-Clair y usted se quedará aquí. Estará neurasténica, o cualquier otra cosa.

—¿Locura, por ejemplo?

—No, eso perjudicaría a Marie. Pero no faltarán razones plausibles.

Thérèse murmura:

—En Argelouse… hasta la muerte…

Se acerca a la ventana, la abre, Bernard, en ese instante, saborea una alegría auténtica: esta mujer que siempre lo había intimidado y humillado, ¡como la ha dominado esta noche! ¡Qué despreciada se debe sentir! Experimenta el orgullo de su moderación. Madame de la Trave le repetía que era un santo, toda la familia elogiaba su grandeza de ánimo: tenía, por vez primera, la sensación de esa grandeza. Cuando, con mil precauciones, en el sanatorio, le habían desvelado el atentado de Thérèse, su sangre fría, que tantos elogios le había proporcionado, no le había costado ningún esfuerzo. Nada es de verdad tan grave para los seres incapaces de amar, porque no había amor en él, Bernard no había experimentado más que esa especie de alegría temblorosa tras haber evitado un grave peligro: lo que puede sentir un hombre a quien se le revela que ha vivido, durante años y sin saberlo, en intimidad con un loco furioso. Pero esta noche Bernard podía sentir su fuerza, dominaba la vida. Se admiraba de que ninguna dificultad pueda resistir a una mente recta y razonable; incluso al día siguiente de una tormenta tan grande, estaba dispuesto a sostener que uno nunca es desgraciado, salvo por su propia culpa. Incluso el peor de los dramas lo había resuelto como cualquier otro asunto. Casi nada de esto se sabría, salvaría las apariencias, ya no lo compadecerían, no quería que lo compadecieran. ¿Qué hay de humillante en haberse casado con un monstruo, cuando se tiene la última palabra? La vida de soltero tiene ventajas, además, y la proximidad de la muerte había acrecentado maravillosamente su gusto por las propiedades, por la caza, por el automóvil, por lo que se come y por lo que se bebe: ¡por la vida, al fin!

Thérèse permanecía de pie frente a la ventana, veía un poco de grava blanca, olía los crisantemos que una verja protege de los rebaños. Más allá, una masa negra de robles escondía los pinos, pero su aroma resinoso llenaba la noche; parecidos al ejército enemigo, invisible pero muy próximo, Thérèse sabía que cercaban la casa. Estos guardianes, de los que escucha una sorda queja, la verían languidecer a lo largo de los inviernos, jadear durante los días tórridos; ellos serían los testigos de este ahogo lento. Vuelve a cerrar la ventana y se acerca a Bernard:

—¿Cree usted que me retendrá a la fuerza?

—Como le parezca… pero sepa bien que solo saldrá de aquí esposada.

—¡Qué exageración! Le conozco: no se muestre peor de lo que en realidad es. ¡No expondrá a la familia a esta vergüenza! Estoy muy tranquila.

Entonces, como un hombre que lo ha sopesado todo, le explicó que irse sería declararse culpable. En ese caso, el descrédito solo podría ser evitado por la familia amputándose el miembro gangrenado, rechazándolo, renegando de él ante los hombres.

—Esa era la opción que, de entrada, mi madre hubiera querido que tomáramos, ¡figúrese! Estuvimos a punto de dejar que la justicia siguiese su curso y, si no hubiera sido por Anne y por Marie… Pero aún hay tiempo. No tenga prisa en responder. La dejo hasta mañana.

Thérèse dijo a media voz:

—Me queda mi padre.

—¿Su padre? Pero si estamos de acuerdo en todo. Tiene su carrera, su partido, las ideas que representa: no piensa más que en evitar el escándalo, cueste lo que cueste. Al menos reconozca lo que ha hecho por usted. Si la instrucción se hizo de cualquier manera, fue gracias a él… Además, ha debido expresarle su voluntad formal… ¿no?

Bernard ya no alzaba la voz, se volvió casi cortés. No era que sintiese la menor compasión, pero esta mujer, a la que ni siquiera oía respirar, se había rendido al fin, había encontrado su verdadero lugar. Todo volvía a su orden. La felicidad de otro hombre no habría resistido un golpe así: Bernard estaba orgulloso de haber logrado ese enderezamiento; todo el mundo se puede equivocar; todo el mundo, además, se había equivocado con Thérèse, incluso madame de la Trave que, por costumbre, juzgaba a la gente con rapidez. Es que la gente, hoy en día, no tiene suficientemente en cuenta los principios; ya no creen en el peligro de una educación como la que ha recibido Thérèse, un monstruo, sin duda; por mucho que se diga, si hubiera creído en Dios… El miedo es el comienzo de la sensatez. Así pensaba Bernard. Y él aún se decía que el pueblo, impaciente por saborear su vergüenza, ¡se decepcionaría, cada domingo, al ver a una pareja tan unida! ¡Casi le urgía que fuera domingo, para ver las caras de la gente! Por otra parte, la justicia no perdería nada. Cogió la lámpara, su brazo iluminaba la nuca de Thérèse:

—¿Aún no sube?

Ella no pareció oírle. Él salió, dejándola en la oscuridad. Al pie de la escalera, tía Clara estaba encogida en el primer escalón. Como la vieja lo miraba, sonrió con esfuerzo, la tomó del brazo para que se levantara. Pero ella se resistió —perro viejo junto a la cama de su dueño que agoniza—. Bernard puso la lámpara sobre la baldosa, y gritó al oído de la vieja que Thérèse ya se sentía mucho mejor, pero que quería estar sola un momento, antes de ir a dormir:

—¡Ya sabe que es uno de sus caprichos!

Sí, la tía lo sabía: siempre había tenido la mala suerte de acercarse a Thérèse cuando quería estar sola. A menudo le había bastado a la vieja con entreabrir la puerta, para sentirse inoportuna.

Se puso de pie con esfuerzo y, apoyada en el brazo de Bernard, llegó hasta la pieza que ocupaba encima del gran salón. Él entró detrás de ella, se ocupó de encender una vela sobre la mesa, y después de besarla en la frente, se alejó. La tía no había dejado de mirarlo. ¿Qué no descifraría ella en los rostros de los hombres que no oía? Deja a Bernard el tiempo de llegar a su habitación, abre despacio la puerta… pero él aún está en el descansillo, apoyado en la barandilla está liando un cigarrillo; ella se vuelve apresuradamente, con las piernas temblorosas, casi sin respiración, hasta el punto de no tener fuerzas para desvestirse. Se acuesta en su cama, con los ojos abiertos.

X

En el salón, Thérèse estaba sentada a oscuras. Algunas brasas aún vivían bajo la ceniza. Ella no se movía. Del fondo de su memoria afloraban, ahora que era demasiado tarde, los retazos de esa confesión preparada durante el viaje, pero ¿por qué reprocharse no haberse valido de ella? En realidad, esa historia demasiado bien construida no guardaba relación alguna con la realidad. Esa importancia que le había gustado atribuir a las charlas del joven Azévédo, ¡qué tontería! ¡Como si eso pudiera contar para algo! No, no, ella había obedecido a una ley profunda, una ley inexorable; no había destruido a esa familia, era ella la que sería destruida; tenían razón al considerarla un monstruo, pero ella también los juzgaba monstruosos. Sin que lo pareciera desde fuera, iban a aniquilarla con metódica lentitud. «De ahora en adelante, este poderoso mecanismo familiar actuará contra mí, por no haber sabido frenarlo ni salir a tiempo del engranaje. Es inútil buscar otras razones más que esta: "porque fueron ellos, porque fui yo…". Ponerme la máscara, salvar las apariencias, dar el cambio, ese esfuerzo que pude lograr durante menos de dos años, imagino que otros seres —que son mis semejantes— perseveran en ello hasta la muerte, salvados tal vez por la costumbre, cloroformizados por el hábito, embrutecidos, dormidos en el seno de la familia materna y todopoderosa. Pero yo, pero yo, pero yo…».

Se levantó, abrió la ventana, sintió el frío del alba. ¿Por qué no huir? Solo había que saltar esa ventana. ¿La seguirían? ¿La entregarían de nuevo a la justicia? Era un riesgo que había que correr. Cualquier cosa antes que esta agonía interminable. Thérèse ya arrastra una butaca, la apoya contra el ventanal. Pero no tiene dinero, los miles de pinos le pertenecen en vano. Sin la mediación de Bernard no puede tocar ni un céntimo. Valdría lo mismo hundirse en la landa, como hiciera Daguerre, ese asesino acorralado por quien Thérèse había mostrado tanta lástima de niña —se acuerda de los gendarmes a los que Balionte servía vino en la cocina de Argelouse— y había sido el perro de los Desqueyroux el que había descubierto la pista del miserable. Lo habían recogido medio muerto de hambre en los brezales. Thérèse lo había visto maniatado en una carreta de paja. Decían que había muerto en el barco antes de llegar a Cayena. Un barco… el presidio… ¿No son capaces de entregarla como han dicho? Esa prueba que Bernard decía tener… mentira, sin duda, a menos que haya descubierto, en el bolsillo de la vieja esclavina, el paquete de venenos…

Thérèse se cerciorará de la verdad. Emprende a tientas la escalera. A medida que sube, ve con más claridad debido a que el amanecer, allí arriba, ilumina las ventanas. Aquí, en el rellano de la buhardilla, está el armario donde cuelga la ropa vieja, la que nunca se regala porque sirve para la caza. Esta esclavina descolorida tiene un bolsillo hondo: tía Clara guardaba allí su chaqueta en los tiempos en que ella también, en un refugio de caza solitario, aguardaba las torcaces. Thérèse desliza en él la mano, saca el paquete lacrado:

> Cloroformo: 30 gramos.
> Aconitina: gránulos n.º 20.
> Digitalina sol.: 20 gramos.

Relee esas palabras, esas cifras. Morir. Siempre ha tenido terror a morir. Lo esencial es no mirar a la muerte de frente, prever solo los gestos indispensables: verter el agua, diluir el polvo, beber de un trago, echarse en la cama, cerrar los ojos. No esperar ver nada más allá. ¿Por qué temer ese sueño más que cualquier otro sueño? Si tiembla es porque la madrugada es fría. Baja, se detiene delante de la habitación donde duerme Marie. La niñera ronca igual que gruñe una bestia. Thérèse empuja la puerta. Las persianas filtran el día que nace. La estrecha cama de hierro es blanca en la oscuridad. Dos puños minúsculos se posan sobre la sábana. Sobre la almohada se dibuja un perfil todavía informe. Thérèse reconoce esa oreja demasiado grande: su oreja. La gente tiene razón: ahí hay una réplica de ella misma, entumecida, dormida. «Me voy, pero aquí se queda toda esta parte de mí misma, y todo ese destino se cumplirá hasta el final, sin omitir un ápice». Tendencias, inclinaciones, leyes de la sangre, leyes ineludibles. Thérèse ha leído que los desesperados se llevan a sus hijos con ellos a la muerte; la buena gente deja caer el periódico: «¿Cómo son posibles semejantes cosas?». Debido a que es un monstruo, Thérèse siente profundamente que esto es posible, y que por nada… Se arrodilla, apenas toca una pequeña mano con sus labios, se asombra de lo que surge de lo más profundo de su ser, le sube hasta los ojos, le quema las mejillas: unas pobres lágrimas, ¡ella que no llora nunca!

Thérèse se levanta, sigue mirando a la niña, al fin se va a su habitación, llena el vaso de agua, rompe el sello de cera, duda ante las tres cajas de veneno.

La ventana estaba abierta, los gallos parecían rasgar la niebla cuyos jirones diáfanos retenían los pinos entre sus ramas. Campiña húmeda de aurora. ¿Cómo renunciar a tanta luz? ¿Qué es la muerte? No se sabe lo que es la muerte. Thérèse no tiene la certeza de la nada. Thérèse no está del todo segura de que no haya nadie allí. Thérèse se odia a sí misma por sentir semejante terror. Ella que no vaciló en precipitar allí a otro, se echa atrás ante la nada. ¡Cuánto la humilla su cobardía! Si existe, ese Ser —y ella ve de nuevo, fugazmente, el

abrumador día del Corpus Christi, el hombre solitario aplastado bajo una capa de oro, y esa cosa que lleva con las dos manos, y sus labios que murmuran, y ese gesto de dolor—, que Él desvíe la mano criminal antes de que sea demasiado tarde y, si es su voluntad que una pobre alma ciega franquee el paso, al menos que Él acoja con amor a ese monstruo, su criatura. Thérèse vierte en el agua el cloroformo cuyo nombre, más familiar, la asusta menos porque suscita imágenes de sueño. ¡Tiene que darse prisa! La casa se despierta: Balionte ha cerrado las contraventanas de la habitación de tía Clara. ¿Qué es lo que grita a la sorda? Por lo general, la criada sabe hacerse entender con el movimiento de los labios. Un ruido de puertas y de pasos precipitados. Thérèse solo tiene el tiempo de tirar un chal sobre la mesa para esconder los venenos. Balionte entra sin llamar:

—¡La señorita ha muerto! La he encontrado muerta, en su cama, completamente vestida. Ya está fría.

A pesar de todo, han colocado un rosario entre los dedos de la vieja impía, un crucifijo sobre su pecho. Entran aparceros, se arrodillan, salen, no sin mirar con detenimiento a Thérèse que está de pie al lado de la cama —«¿Y quién sabe si no ha sido otra vez ella quien ha dado el golpe?»—. Bernard ha ido a Saint-Clair para informar a la familia y para todos los trámites. Se debe haber dicho que este accidente ha ido de perlas, desviará la atención. Thérèse mira ese cuerpo, ese viejo cuerpo fiel que se tendió bajo sus pasos cuando ella iba a precipitarse a la muerte. Azar, coincidencia. Si le hablaran de una voluntad particular, se encogería de hombros. La gente se dice entre ellos: «¿Ha visto usted? ¡Ni siquiera finge llorar!». Thérèse habla en su corazón a aquella que ya no está: vivir, pero como un cadáver entre las manos de los que la aborrecen. Intentar no ver más allá.

En el funeral, Thérèse ocupó su lugar. El domingo que siguió entró en la iglesia con Bernard, que, en lugar de pasar por el lateral, según su costumbre, atravesó ostensiblemente la nave. Thérèse no se retiró el velo de crepé hasta haber tomado asiento entre su suegra y su marido. Un pilar la hacía invisible a la concurrencia, delante de ella solo estaba el coro. Rodeada por todas partes: la multitud detrás, Bernard a la derecha, madame de la Trave a la izquierda, y solo le queda abierto, como el ruedo al toro que sale de la oscuridad, ese espacio vacío, donde, entre dos niños, un hombre disfrazado está de pie, susurrando, con los brazos un poco separados.

XI

Bernard y Thérèse regresaron por la noche a Argelouse, a la casa de los Desqueyroux, que había estado casi deshabitada durante años. Las chimeneas humeaban, las ventanas cerraban mal, y el viento pasaba por debajo de las puertas que las ratas habían roído. Pero el otoño fue tan hermoso aquel año que al principio Thérèse no sufrió esas incomodidades. La caza retenía a Bernard hasta la noche. Apenas llegaba, se instalaba en la cocina y cenaba con los Balion: Thérèse oía el ruido de los tenedores, las voces monótonas. La noche cae rápidamente en octubre. Los pocos libros que se había hecho traer de la casa vecina le resultaban demasiado conocidos. Bernard dejó sin respuesta la petición que ella le hizo de enviar un pedido a su librería de Burdeos; solo permitió a Thérèse que renovara su provisión de cigarrillos. Atizar… pero el humo resinoso expulsado irritaba su garganta ya enferma por el tabaco. Cuando Balionte se había llevado los restos de una cena rápida, Thérèse apagaba la lámpara y se acostaba. ¡Cuántas horas permanecía echada sin que el sueño la liberara! El silencio de Argelouse no la dejaba dormir: prefería las noches de viento, ese lamento indefinido de las ramas esconde una dulzura humana. Thérèse se abandonaba a aquel arrullo. Las noches agitadas del equinoccio la dormían mejor que las noches en calma.

Aunque las veladas le parecían interminables, a veces regresaba antes del crepúsculo, bien porque al verla una madre había cogido a su hijo de la mano y lo había metido de malos modos en la granja, bien porque un boyero cuyo nombre conocía no había respondido a su saludo. ¡Ah! ¡Qué bueno hubiera sido perderse, desaparecer en lo más profundo de una ciudad populosa! En Argelouse no había siquiera un pastor que no conociera su leyenda, incluso se la culpaba de la misma muerte de tía Clara. No se habría atrevido a cruzar ningún umbral, salía de su casa por una puerta escondida, evitaba las casas, un lejano traqueteo de carreta era suficiente para meterse por un camino lateral. Caminaba con rapidez, con el corazón angustiado de una presa, se tendía en los brezales a esperar que pasara una bicicleta.

El domingo, en la misa de Saint-Clair, no sentía ese terror y disfrutaba de un cierto reposo. La opinión del pueblo le parecía más favorable. No sabía que su padre y los La Trave la describían con los rasgos de una víctima inocente y herida de muerte: «Tememos que la pobrecita no se reponga, no quiere ver a nadie y el médico dice que no hay que contrariarla. Bernard la cuida mucho, pero su ánimo está dañado…».

La última noche de octubre, un viento furioso venido del Atlántico, atormentó largamente las copas de los árboles, y Thérèse, en un duermevela, permanecía atenta a aquel ruido de océano. Pero al amanecer no fue la misma queja quien la despertó. Empujó las contraventanas y la habitación permaneció a oscuras, una lluvia fina, intensa, corría por los tejados de las dependencias del servicio, sobre las hojas aún abundantes de los robles. Bernard no salió ese día. Thérèse fumaba, tiraba el cigarrillo, iba al descansillo, y oía a su marido deambular de una estancia a otra en la planta baja. Un olor a pipa se insinuó hasta dentro de la habitación y se impuso al del tabaco rubio de Thérèse, y reconoció el aroma de su antigua vida. El primer día de mal tiempo… ¿Cuántos tendría que vivir junto a esa chimenea donde moría el fuego? En las esquinas el moho despegaba el papel. En las paredes quedaba la huella de los retratos antiguos que Bernard se había llevado para adornar el salón de Saint-Clair, y los clavos oxidados que ya no aguantaban nada. Sobre la chimenea, en un marco triple de carey falso, las fotografías estaban pálidas como si los muertos que representaban estuvieran en ellas muertos por segunda vez: el padre de Bernard, su abuela, Bernard peinado al estilo *enfant Edouard.*[5] Todo ese día entero aún por vivir, en esa habitación, y luego semanas, meses…

Cuando se acercaba la noche, Thérèse no aguantó más, abrió la puerta con suavidad, bajó, entró en la cocina. Sentado en una silla baja frente al fuego, vio a Bernard, que se levantó de repente; Balion interrumpió la limpieza de un fusil; Balionte dejó caer la labor. Los tres la miraban con tal expresión que les preguntó:

—¿Me tienen miedo?

—El acceso a la cocina le está prohibido. ¿Es que no lo sabe?

Ella no respondió, retrocedió hasta la puerta. Bernard la volvió a llamar:

—Ya que la veo… le comunico que mi presencia aquí ya no es necesaria. Hemos sabido crear en Saint-Clair una corriente de simpatía; la creen, o fingen creerla, un poco neurasténica. Se comprende que prefiere vivir sola y que yo la venga a ver a menudo. En adelante la dispenso de la misa…

Ella balbuceó que «no la aburría en absoluto tener que ir». Él respondió que no era su diversión lo que importaba. Se había conseguido el resultado deseado:

—Y puesto que la misa no significa nada para usted…

Ella abrió la boca, pareció que estaba a punto de hablar, permaneció en silencio. Él insistió para que no comprometiera un éxito tan rápido, tan inesperado, con alguna palabra, algún gesto. Preguntó cómo estaba Marie. Él dijo que estaba bien, y que se marcharía a Beaulieu al día siguiente con Anne y madame de la Trave. Él mismo iría a pasar unas semanas, dos meses a lo sumo. Abrió la puerta, desapareció ante Thérèse.

Al amanecer sombrío oyó a Balion con los arneses. Luego la voz de Bernard, el piafar de los caballos, el

traqueteo de la carreta que se alejaba. Por último, la lluvia sobre las tejas, sobre los cristales empañados, sobre el campo desierto, sobre cien kilómetros de landas y marismas, sobre las últimas dunas movedizas, sobre el océano.

Thérèse encendía un cigarrillo con el que acababa de fumar. Hacia las cuatro se puso un impermeable y se internó en la lluvia. Tuvo miedo de la noche, regresó a su habitación. El fuego se había apagado, y como estaba temblando, se acostó. Hacia las siete, se negó a comer un huevo frito con jamón que Balionte le había subido, ¡ese sabor a grasa al final le daba náuseas! Siempre confit o jamón. Balionte le dijo que no tenía nada mejor que ofrecerle: monsieur Bernard le había prohibido las aves. Se quejó de que Thérèse la hiciera subir y bajar para nada —estaba enferma del corazón, tenía las piernas hinchadas—. Esa tarea le resultaba ya demasiado pesada, lo que hacía estaba bien para monsieur Bernard.

Thérèse tuvo fiebre aquella noche y, extrañamente lúcida, construía en sus pensamientos toda una vida en París: volvió a ver aquel restaurante del Bois donde había estado, pero sin Bernard, con Jean Azévédo y unas mujeres jóvenes. Dejaba su estuche de carey en la mesa, encendía un Abdullah. Hablaba, abría su corazón, y la orquesta sonaba de fondo. Cautivaba a un círculo de rostros atentos, pero nada sorprendidos. Una mujer dijo: «Igual que yo… yo también he sufrido eso». Un hombre de letras la cogió aparte: «Debería escribir todo lo que ocurre en su interior. Publicaremos el diario de una mujer de hoy en día en nuestra revista». Un hombre joven que sufría por ella la llevaba a casa en su coche. Subían la avenida del Bois, no se sentía preocupada, sino que disfrutaba de aquel joven cuerpo conmovido, sentado a su izquierda. «No, esta noche no, le decía ella. Esta noche ceno en casa de una amiga. Y ¿mañana por la noche? Tampoco. ¿Nunca tiene una velada libre? Casi nunca… por no decir nunca…».

Había un ser en su vida gracias al cual todo el resto del mundo le parecía insignificante, alguien que nadie de su círculo conocía, una criatura muy humilde, muy oscura, pero toda la existencia de Thérèse giraba en torno a ese sol solo visible a su mirada y cuyo calor solo su carne conocía. París rugía como el viento en los pinos. Ese cuerpo contra su cuerpo, por ligero que fuera, le impedía respirar, pero prefería perder el aliento que alejarlo. —Y Thérèse hace el ademán de abrazarlo, y con la mano derecha estrecha su hombro izquierdo y las uñas de la mano izquierda se clavan en su hombro derecho—.

Se levanta descalza, abre la ventana, las tinieblas no son frías, pero ¿cómo imaginar que llegará el día en que ya no llueva? Lloverá hasta el fin del mundo. Si tuviera dinero, se escaparía a París, iría directamente a casa de Jean Azévédo, se le confiaría, él le encontraría trabajo. Ser una mujer sola en París, que se gana la vida, que no depende de nadie… ¡Estar sin familia! No permitir más que a su corazón escoger a los suyos, no según la sangre, sino según el espíritu, y según la carne también; descubrir a sus verdaderos familiares, por escasos que fueran, por diseminados que estuvieran… Por fin se durmió, con la ventana abierta. El frío y húmedo amanecer la despertó, los dientes le castañeteaban, no tenía ánimo para levantarse y cerrar la ventana, incapaz incluso de alargar el brazo, de tirar de la colcha.

No se levantó, aquel día, ni se aseó. Engulló algunos bocados de confit y bebió café para poder fumar —en ayunas, su estómago ya no soportaba el tabaco—. Trató de recordar sus imágenes nocturnas; por lo demás, ya no había apenas ruido en Argelouse, y la tarde no era menos oscura que la noche. En esos días, los más cortos del año, la lluvia abundante unifica el tiempo, confunde las horas, un crepúsculo se une al otro en un silencio inmutable. Pero Thérèse no tenía ganas de dormir y sus ensoñaciones se volvían más precisas; de forma metódica, buscaba en su pasado rostros olvidados, bocas que había amado de lejos, cuerpos indistintos que algunos encuentros fortuitos, algunos azares nocturnos habían acercado a su cuerpo inocente. Componía una felicidad, inventaba una alegría, creaba de arriba abajo un amor imposible.

—Ya no se levanta de la cama, deja el confit y el pan —decía poco después Balionte a Balion—. Pero te juro que vacía bien toda la botella. Esa golfa bebería tanto como le diéramos. Y, además, quema las sábanas con sus cigarrillos. Acabará provocando un incendio. Fuma tanto que tiene los dedos y las uñas amarillos, como si las hubiera metido en árnica. ¡Menuda desgracia! Sábanas tejidas en casa… ¡Espera sentada a que te las cambie a menudo!

También decía que no se negaba a barrer la habitación ni a hacer la cama. Pero era una holgazana que no quería salir de las sábanas. Y no valía la pena que Balionte, con sus piernas hinchadas, subiera jarras de agua caliente: las volvía a encontrar, por la noche, en la puerta de la habitación donde las había dejado por la mañana.

El pensamiento de Thérèse se separó del cuerpo desconocido que evocaba para su dicha, se hartó de su felicidad, experimentó hasta la saciedad el placer imaginario, se inventó otra evasión. Estaban arrodillados alrededor de su cama, habían traído a un niño moribundo de Argelouse —uno de los que huían cuando se acercaba— a la habitación de Thérèse, ella posaba sobre él su mano completamente amarilla de nicotina, y se incorporaba curado. También inventaba otros sueños más humildes: arreglaba una casa a la orilla del mar, veía el jardín con su imaginación, la terraza, disponía las estancias, escogía cada mueble, uno por uno, buscaba el sitio para los que ya tenía en Saint-Clair, discutía consigo misma acerca de la elección de las telas. Luego, la decoración se deshacía, se volvía menos precisa, y no quedaba más que una pérgola, un banco frente al mar. Thérèse, sentada, reposaba la cabeza sobre un hombro, se levantaba al son de la campanilla para comer, entraba en el cenador sumido en la oscuridad y, a su lado caminaba alguien que la rodeaba con sus brazos, la atraía. Un beso, piensa, debe detener el tiempo, imagina que en el amor existen los segundos infinitos. Lo imagina, no lo sabrá jamás. Aún ve la casa blanca, el pozo, una bomba chirría, los heliotropos

regados perfuman el patio, la cena será un descanso antes de la felicidad de la velada y no se puede mirar a la noche de frente porque sobrepasa el poder de nuestro corazón: así, el amor que le ha sido vedado a Thérèse más que a cualquier otra criatura, la posee, la penetra. Apenas oye los chillidos de Balionte. «¿Qué grita la vieja? Que monsieur Bernard volverá del Midi un día u otro, sin avisar, "y ¿qué dirá cuando vea esta habitación? ¡Una auténtica pocilga! La señora se tiene que levantar por las buenas o por las malas"». Sentada en su cama, Thérèse contempla con estupor sus piernas esqueléticas, y sus pies le parecen enormes. Balionte la envuelve con un batín, la lleva a una butaca. Ella busca los cigarrillos a su lado, pero la mano se cae al vacío. Un sol frío entra por la ventana abierta. Balionte está inquieta, con una escoba en la mano, jadea, profiere insultos, Balionte que, sin embargo, es buena, en la familia dicen que cada Navidad, la muerte del cerdo que ha cebado, le hace saltar las lágrimas. Guarda rencor a Thérèse por no responderle; a su parecer, el silencio es una injuria, una señal de desprecio.

Pero no dependía de Thérèse que hablara. Cuando sintió en su cuerpo el frescor de las sábanas limpias, creyó haber dicho «gracias», pero en realidad, ningún sonido había salido de sus labios. Balionte, al irse, le soltó: «¡Estas no va a quemarlas!». Thérèse tuvo miedo de que se hubiera llevado los cigarrillos, tendió la mano hacia la mesa: los cigarrillos ya no estaban. ¿Cómo vivir sin fumar? Sus dedos tenían que tocar de continuo esa cosita seca y caliente; tenía que poder olerlos indefinidamente y que la habitación se sumiera en la bruma que su boca había aspirado y rechazado. Balionte no volvería a subir hasta la noche, ¡toda una tarde sin tabaco! Cerró los ojos, y sus dedos amarillos aún hacían el movimiento habitual alrededor de un cigarrillo.

A las siete Balionte entró con una vela, puso la bandeja en la mesa: leche, café, un trozo de pan. «¿No necesita otra cosa, entonces?». Con malicia esperaba que Thérèse reclamara sus cigarrillos, pero Thérèse no volvió su cara pegada a la pared.

Sin duda, Balionte había descuidado cerrar bien la ventana: una ráfaga de viento la abrió, y el frío de la noche llenó la habitación. Thérèse se sentía sin fuerzas para retirar las mantas, para levantarse, para correr descalza hasta el ventanal. Con el cuerpo encogido, con la sábana estirada hasta los ojos, permaneció inmóvil, recibiendo solo el soplo helado sobre sus párpados y su frente. El inmenso rumor de los pinos llenaba Argelouse, pero a pesar de aquel ruido del océano, seguía siendo el silencio de Argelouse. Thérèse pensó que, si le hubiera gustado sufrir, no se habría hundido tan profundamente bajo las mantas. Intentó retirarlas un poco, no pudo permanecer más que unos segundos expuesta al frío. Después lo logró por más tiempo, como jugando. Sin que fuera de forma deliberada, el dolor se convirtió así en su ocupación y, ¿quién sabe?, su razón de ser en el mundo.

—Una carta del señor.

Como Thérèse no cogía el sobre que le entregaba, Balionte insistió: es posible que el señor dijera cuando regresaría, tenía que saberlo para tener todo preparado.

—Si la señora quiere que la lea…

Thérèse dijo:

—¡Lea! ¡Lea! —Y, como hacía siempre en presencia de Balionte, se giró cara a la pared.

No obstante, aquello que Balionte descifró la sacó de su sopor:

> Me ha alegrado mucho saber, por los informes de Balion, que todo marcha en Argelouse…

Bernard anunciaba que volvería por carretera, pero, como había previsto parar en varias ciudades, no podía concretar la fecha exacta de su regreso.

> A más tardar, el 20 de diciembre. No se sorprenda de verme llegar con Anne y el hijo de Deguilhem. Se han prometido en Beaulieu, pero aún no es oficial, el hijo Deguilhem se empeña en verla antes. Cuestión de cortesía, asegura. Tengo la impresión de que quiere formarse una opinión sobre lo que ya sabe. Usted es lo bastante inteligente como para salir airosa de esta prueba. Recuerde que está delicada, que su ánimo se ha debilitado. En fin, lo pongo en sus manos. Sabré reconocerle el esfuerzo por no perjudicar la felicidad de Anne, ni comprometer la dichosa conclusión de este proyecto tan satisfactorio para la familia, en todos los aspectos. De la misma manera, tampoco vacilaría, en caso contrario, en hacerle pagar bien cara toda tentativa de sabotaje, aunque estoy seguro de que no hay nada que temer.

Era un hermoso día claro y frío. Thérèse se levantó, dócil a las voces de Balionte, y de su brazo dio algunos pasos por el jardín, pero le costó mucho terminarse la pechuga de pollo. Quedaban diez días antes del 20 de diciembre. Si la señora accedía a moverse un poco, era más que suficiente para ponerse en forma.

—No se puede decir que ponga mala voluntad —decía Balionte a Balion—. Hace lo que puede. Monsieur Bernard sabe cómo enderezar a los perros malos. ¿Sabes, cuando les pone el «collar de fuerza»? A esta no ha tardado en volverla una perra sumisa. Pero igualmente haría bien en no fiarse…

Thérèse, en efecto, ponía todo su empeño en renunciar al sueño, al adormecimiento, a la aniquilación. Se obligaba a andar, a comer, pero sobre todo a recobrar la lucidez, a ver con sus ojos humanos las cosas, los seres y, como si hubiera regresado a una landa que ella misma hubiera incendiado, como si hubiera pisado esa ceniza, como si se hubiera paseado por entre los pinos quemados y negros, intentaría hablar, sonreír en medio de esa familia, de su familia.

El día 18, hacia las tres, con un cielo cubierto pero sin lluvia, Thérèse estaba sentada frente al fuego de su habitación, con la cabeza apoyada en el respaldo, con los ojos cerrados. Un temblor de motor la despertó. Reconoció la voz de Bernard en el vestíbulo, también oyó a madame de la Trave. Cuando Balionte, sin aliento, empujó la puerta sin llamar, Thérèse ya estaba de pie ante el espejo. Se estaba maquillando las mejillas, los labios. Decía: «No debo darle miedo a ese chico».

Pero Bernard había cometido un error al no subir primero a ver a su mujer. El hijo de Deguilhem, que había prometido a su familia «no perderse detalle», se dijo que eso al menos, era una falta de entusiasmo y daba que pensar. Se apartó un poco de Anne, se levantó el cuello de piel, haciendo notar que «estos salones rurales, ni siquiera hay que intentar calentarlos». Le preguntó a Bernard:

—¿No tiene usted un sótano debajo? Entonces la madera del suelo se pudrirá siempre, a no ser que se haga poner una capa de cemento debajo…

Anne de la Trave llevaba un abrigo de petigrís, un sombrero de fieltro sin cinta ni lazo.

—Aunque no tiene adornos —decía madame de la Trave—, es más caro que nuestros sombreros de antaño con sus plumas y sus penachos. Es verdad que el fieltro es muy bonito, es de la Casa Lailhaca, pero es el modelo de Reboux.

Madame de la Trave acercó sus botines al fuego, su cara, imperiosa y fofa a la vez, estaba vuelta hacia la puerta. Había prometido a Bernard estar a la altura de las circunstancias. Por ejemplo, le había advertido: «No me pidas que la bese. No se puede pedir eso a una madre. Ya tendré bastante con tocar su mano. Ya ves: Dios sabe que lo que hizo es espantoso. Bien, pues, no es eso lo que más me indigna, ya sabíamos que hay gente capaz de asesinar… ¡sino su hipocresía! ¡Eso es espantoso! Acuérdate: "Madre coja este sillón, se encontrará mejor…". ¿Y te acuerdas de cuando tenía tanto miedo de afligirte? "Pobre amor mío, tiene horror a la muerte, una consulta acabará con esto…". Dios sabe que yo no sospechaba nada, pero ese "pobre amor mío" en su boca me sorprendió…».

Ahora, en el salón de Argelouse, a madame de la Trave solo le preocupa lo molestos que se sienten todos; observa los ojos de urraca del hijo de Deguilhem fijos sobre Bernard.

—Bernard, tendrá que ir a ver qué hace Thérèse… tal vez esté peor.

Anne —indiferente, como despegada de lo que pueda suceder— la primera en reconocer un paso familiar, dice:

—La oigo bajar.

Bernard, con una mano apoyada en el corazón, sufre una palpitación. Era absurdo no haber llegado el día anterior, habría arreglado de antemano la escena con Thérèse. ¿Qué diría? Estaba obligada a comportarse sin hacer nada que se le pudiera reprochar. ¡Qué despacio baja la escalera! Están todos de pie, vueltos hacia la puerta que Thérèse abre por fin.

Bernard recordaría, muchos años después, que, al acercarse a ese cuerpo arruinado, a esa carita blanca y empolvada, pensó primero: «Sala de Audiencias». Pero no era debido al crimen de Thérèse. Por un segundo volvió a ver aquella imagen coloreada del *Petit Parisien* que, entre muchos otros, decoraba los cobertizos de madera del jardín de Argelouse y, mientras las moscas zumbaban y las cigarras chirriaban fuera en un día de fuego, sus ojos de niño escrutaban ese dibujo rojo y verde que representaba *La secuestrada de Poitiers*.

Así contemplaba ahora a Thérèse, exhausta, descarnada, y advirtió la locura de no haber alejado a esa mujer terrible a toda costa, como se arroja al agua un artefacto que, de un momento al otro, puede explotar. Fuera o no de forma consciente, Thérèse suscitaba el drama, peor que el drama: el suceso, tenía que ser criminal o víctima… hubo, por parte de la familia, un rumor de asombro y de piedad tan poco fingido que el hijo Deguilhem vaciló en sus conclusiones, no supo qué pensar. Thérèse dijo:

—Si es muy sencillo, el mal tiempo me impedía salir, había perdido el apetito. Ya casi no comía. Vale más adelgazar que engordar… pero hablemos de ti, Anne, estoy contenta…

Le tomó las manos —estaba sentada, Anne de pie—. La contemplaba. En ese rostro que parecía roído, Anne reconocía bien esa mirada cuya insistencia antes la irritaba. Recuerda que le decía: «¿Cuándo dejarás de mirarme así?».

—Me alegro de tu felicidad, mi pequeña Anne.

Sonrió brevemente ante «la felicidad de Anne», al hijo de los Deguilhem, a ese cráneo, a esos bigotes de gendarme, a esos hombros caídos, a ese chaqué, a esos muslitos gruesos bajo un pantalón de rayas grises y negras —pero ¡qué! Era un hombre como todos los hombres, en fin, un marido—. Luego volvió a posar su mirada sobre Anne, y le dijo:

—Quítate el sombrero… ¡Así! Ya te reconozco, querida.

Anne ahora veía muy de cerca una boca algo gesticulante, esos ojos siempre secos, esos ojos sin lágrimas, pero no sabía lo que Thérèse pensaba. El hijo de los Deguilhem dijo que el invierno en el campo no es tan terrible para una mujer que ama su hogar:

—Hay siempre tantos quehaceres en una casa.

—¿No me preguntas por Marie?

—Es verdad, háblame de Marie…

Anne pareció de nuevo desafiante, hostil. Desde hacía meses, repetía a menudo, con la misma entonación que su madre: «Se lo habría perdonado todo, porque, en fin, es una enferma, pero lo que no puedo digerir es su indiferencia hacia Marie. Una madre que no se interesa por su hijo, podéis buscar todas las excusas que queráis, lo encuentro innoble».

Thérèse leía el pensamiento de la chica: «me desprecia porque no le he hablado de Marie desde el principio. ¿Cómo explicárselo? Ella no comprendería que estoy llena de mí misma, que me ocupo de todo. Anne solo espera tener hijos para anularse en ellos, como lo hizo su madre, como lo hacen todas las mujeres de la familia. Yo todavía tengo que encontrarme, me esfuerzo por alcanzarme… Anne olvidará su adolescencia junto a la mía, las caricias de Jean Azévédo, desde el primer llanto del crío que le haga ese gnomo sin ni siquiera quitarse el chaqué. Las mujeres de la familia aspiran a perder toda existencia individual. Es hermosa, esa entrega total a la especie, puedo sentir la belleza de esa desaparición, de ese aniquilamiento… Pero yo, pero yo…».

Intentó no escuchar lo que decían, y pensar en Marie. La pequeña ya debía de hablar: «Quizás me divertiría oírla unos segundos, pero enseguida me aburriría, me impacientaría por volver a encontrarme sola conmigo misma…». Interroga a Anne:

—Marie ya debe hablar bien…

—Repite todo lo que queremos. Es graciosísima. Basta con un gallo, o con la bocina de un auto para que levante el dedito y diga: «¿Oyes la *sísica*?». Es un amor, un encanto.

Thérèse piensa: «Tengo que escuchar lo que dicen. Tengo la cabeza vacía, ¿qué cuenta Deguilhem hijo?». Hace un gran esfuerzo, presta atención.

—En mi propiedad de Balisac, los resineros no son tan fuertes como aquí: cuatro recogidas de resina, mientras que los campesinos de Argelouse hacen siete u ocho.

—Al precio que está la resina, ¡ya tienen que ser vagos!

—Ya sabe que hoy en día un resinero se hace jornadas de cien francos… bueno, creo que estamos aburriendo a madame Desqueyroux…

Thérèse tenía la nuca apoyada en el respaldo. Todo el mundo se levantó. Bernard decidió que no volvería a Saint- -Clair. El hijo de Deguilhem aceptó conducir el coche que el chófer devolvería a Argelouse al día siguiente con el equipaje de Bernard. Thérèse hizo un esfuerzo por levantarse, pero su suegra se lo impidió.

Cierra los ojos, oye a Bernard decir a madame de la Trave:

—Estos Balion, ¡Habrase visto! Les voy a echar una reprimenda… Me van a oír.

—Ten cuidado, no te pases, no sea que se vayan. En primer lugar, saben demasiado y, además, para las

propiedades… Balion es el único que conoce bien todos los límites.

Madame de la Trave responde a una reflexión de Bernard que Thérèse no ha oído:

—De todas formas, sé prudente, no te fíes demasiado de ella, vigila sus movimientos, no la dejes entrar sola en la cocina o en el comedor… Ah, no, no… no se ha desmayado: está dormida o lo finge.

Thérèse vuelve a abrir los ojos, Bernard está delante de ella, sostiene un vaso y dice:

—Tómese esto. Es vino español. Un buen reconstituyente.

Y como él siempre hace lo que ha decidido, entra en la cocina y monta en cólera. Thérèse oye el dialecto chillón de Balionte y piensa: «Bernard ha tenido miedo, está claro. Pero ¿miedo de qué?». Regresa:

—Creo que comerá usted con más apetito en el comedor que en su habitación. He dado órdenes para que le pongan un cubierto, como antes.

Thérèse reconoció al Bernard de la época de la instrucción del sumario: el aliado que quería apartarla del asunto a cualquier precio. Quiere que se cure, cueste lo que cueste. Sí, es evidente que ha tenido miedo. Thérèse lo observa sentado frente a ella y atizando el fuego, pero no adivina la imagen que sus grandes ojos contemplan en la llama, aquel dibujo rojo y verde del *Petit Parisien: La secuestrada de Poitiers*.

Por mucho que llueva, la arena de Argelouse no retiene ningún charco. En el corazón del invierno, basta una hora de sol para pisar impunemente, en alpargatas, los caminos tapizados de agujas elásticas y secas. Bernard cazaba todo el día, pero volvía para las comidas, preocupado por Thérèse, la cuidaba como nunca lo había hecho. Pocas tensiones en su relación. La obligaba a pesarse cada tres días, a no fumar más de dos cigarrillos después de cada comida. Thérèse, siguiendo el consejo de Bernard, caminaba mucho: «El ejercicio es el mejor aperitivo».

Ya no tenía miedo de Argelouse. Le parecía que los pinos se separaban, abrían sus hileras, le hacían señas para que se fuera. Una tarde, Bernard le dijo:

—Le pido que espere hasta la boda de Anne, toda la región tiene que vernos juntos una vez más, después será libre.

No pudo dormir durante la noche siguiente, una alegría inquieta la mantenía con los ojos abiertos. Al alba oyó los innumerables gallos, que no parecían responderse: cantaban todos juntos, llenaban el cielo y la tierra con un solo clamor. Bernard la soltaría al mundo como antes había soltado a la landa a aquella mujer que no supo dominar. Una vez casada Anne, la gente diría lo que le pareciera: Bernard sumergiría a Thérèse en lo más profundo de París y se daría a la fuga. Estaban de acuerdo entre ellos. Nada de divorcio ni de separación oficial, se inventarían, de cara a la gente, un motivo de salud —«solo se encuentra bien viajando»—. Le liquidaría fielmente la cantidad correspondiente a su resina cada Día de Todos los Santos.

Bernard no interrogó a Thérèse acerca de sus proyectos, que se fuera a otra parte a ahorcarse.

—No estaré tranquilo —decía a su madre— hasta que se haya largado.

—Tengo entendido que volverá a usar su nombre de soltera… lo que no impide que si hace de las suyas la podamos localizar.

Pero Thérèse, según él afirmaba, solo se rebelaba. Quizás, una vez libre podría ser más razonable. En todo caso, había que arriesgarse. Era también la opinión de monsieur Larroque. De cualquier forma, valía la pena que Thérèse desapareciera, se la olvidaría más rápido, la gente perdería la costumbre de hablar de ella. Era importante permanecer en silencio. Esta idea había arraigado en ellos y nada les hubiera hecho desistir: había que soltar las riendas a Thérèse. ¡Qué impacientes estaban!

A Thérèse le gustaba la sobriedad que el final del invierno impone a una tierra ya tan desnuda. Sin embargo, el sayal obstinado de las hojas muertas seguía unido a los robles. Descubrió que el silencio de Argelouse no existe. En los momentos de más calma, el bosque se queja como se llora sobre uno mismo, se mece, se duerme y las noches no son más que un susurro indefinido. Habría amaneceres de su vida futura, de aquella vida inimaginable, amaneceres tan desiertos que quizás extrañaría la hora del despertar en Argelouse, el clamor único de los innumerables gallos. Ella recordará, en los veranos venideros, las cigarras del día y los grillos de la noche. París: ya no más pinos desgarrados, sino seres temibles, la multitud de hombres tras la multitud de árboles.

Los esposos se extrañaban de que entre ellos subsistiera tan poco malestar. Thérèse pensaba que los seres se nos hacen soportables cuando estamos seguros de que podemos dejarlos. Bernard se interesaba por el peso de Thérèse, pero también por sus intenciones; hablaba delante de él más libremente que nunca: «En París… cuando esté en París…». Viviría en un hotel, tal vez buscaría un apartamento. Pensaba asistir a cursos, conferencias, conciertos, «retomar su educación desde la base». Bernard no pensaba controlarla y sin preocuparse se comía la sopa, vaciaba su vaso. El doctor Pédemay, que a veces se los encontraba por la carretera de Argelouse, decía a su mujer: «Lo más sorprendente es que no parece que estén haciendo teatro».

XIII

Una mañana cálida de marzo, hacia las diez, el flujo humano ya se desbordaba, sacudía la terraza del Café de la Paix donde Bernard y Thérèse estaban sentados. Ella tiró su colilla y, como hacen los landeses, la aplastó con cuidado.

—¿Tiene miedo de incendiar la acera?

Bernard se esforzó en reír. Se reprochaba haber acompañado a Thérèse hasta París. Sin duda, al día siguiente de la boda de Anne, lo había hecho por los cuchicheos, pero sobre todo había obedecido al deseo de la joven. Él se decía que estaba hecha para las situaciones falsas: mientras permaneciera en su vida, corría el riesgo de ser condescendiente con actitudes poco razonables. Incluso en una mentalidad tan equilibrada, tan sólida como la suya, esa loca guardaba una cierta influencia. En el momento de separarse de ella, no pudo evitar una tristeza que jamás hubiese reconocido: nada le resultaba más ajeno que un sentimiento de aquel tipo, provocado por otros, pero sobre todo por Thérèse… era imposible de imaginar. ¡Qué impaciente se sentía por escapar de ese desconcierto! Solo respiraría libremente en el tren del mediodía. El coche le esperaba aquella noche en Langon. Enseguida, al salir de la estación, en la carretera de Villandraut, empiezan los pinos. Observaba el perfil de Thérèse, sus pupilas que a veces se detenían en un rostro entre la multitud, lo seguían hasta que desaparecía. Y de repente:

—Thérèse, quería preguntarle…

Desvió los ojos, ya que nunca había podido aguantar la mirada de esa mujer, luego, muy deprisa:

—Quisiera saber… ¿Fue porque me detestaba? ¿Porque le horrorizaba?

Escuchó sus propias palabras con asombro, con exasperación. Thérèse sonrió y luego lo miró con un aire grave: ¡por fin!, Bernard le hacía una pregunta, la misma que se le habría ocurrido a ella de estar en su lugar. Esta confesión preparada durante mucho tiempo, en la victoria, a lo largo de la carretera de Nizan, luego en el pequeño tren de Saint-Clair, aquella noche de investigaciones, aquella búsqueda paciente, aquel esfuerzo por remontarse hasta el origen de su acto, en suma, aquel regreso agotador a sí misma, tal vez estuviera a punto de obtener su recompensa. Sin buscarlo, había confundido a Bernard, lo había enredado y ahora él la interrogaba como alguien que no ve claro, que vacila… Menos simple… y por tanto, menos implacable. Thérèse lanzó una mirada complaciente, casi maternal, sobre ese hombre nuevo. Sin embargo, le respondió con tono de burla:

—¿No sabe que fue por sus pinos? Sí, quería poseer yo sola sus pinos.

Él se encogió de hombros:

—Ya no lo creo, aunque alguna vez lo creyera. ¿Por qué lo hizo? Ahora ya me lo puede decir.

Ella observaba el vacío: en la acera, al borde de un río de lodo y de cuerpos apresurados, en el momento de sumergirse, de debatirse o resignarse a quedar estancados, percibió un destello, un amanecer, imaginó un regreso al país secreto y triste, toda una vida de meditación, de perfeccionamiento, en el silencio de Argelouse: la aventura interior, la búsqueda de Dios… Un marroquí que vendía alfombras y collares de cristal creyó que ella le sonreía, se les acercó. Ella dijo, con el mismo aire burlón:

—Iba a responderle: «No sé por qué lo hice», pero ahora quizás lo sepa, ¡figúrese! Puede que fuera por ver en sus ojos una inquietud, una curiosidad, el desconcierto, en suma: todo lo que descubro en ellos desde hace un segundo.

La reprendió, con un tono que recordó a Thérèse su viaje de novios:

—Así que va a seguir teniendo ingenio hasta el final… En serio: ¿Por qué?

Ya no reía, preguntó a su vez:

—Un hombre como usted, Bernard, siempre conoce todas las razones de sus actos, ¿no es así?

—Seguramente… Sin duda… Al menos me lo parece.

—Me hubiera gustado tanto que nada le quedara oculto. Si supiera a qué tortura me sometí para ver claro… Pero todas las razones que le hubiera podido dar, comprenda, apenas las hubiera pronunciado, me habrían parecido mentiras…

Bernard se impacientó:

—En fin, de todas formas hubo un día en que usted se decidió… en que tuvo la intención…

—Sí, el día del gran incendio de Mano.

Se habían acercado el uno al otro, hablaban a media voz. En esa esquina de París, bajo un sol ligero, con ese viento demasiado fresco que olía a tabaco de ultramar y agitaba las persianas amarillas y rojas, Thérèse encontró extraño evocar la tarde agobiante, el cielo saturado de humo, el firmamento fuliginoso, ese penetrante olor a antorcha que esparcen los pinares consumidos, y su propio corazón adormecido donde el crimen tomó forma lentamente.

—Así es como pasó: fue en el comedor, oscuro como siempre al mediodía, usted hablaba con la cabeza un poco girada hacia Balion y se olvidó de contar las gotas que le caían en el vaso.

Thérèse no miraba a Bernard, ocupada en no descuidar la más mínima circunstancia, pero le oyó reír y lo miró con atención: sí, se reía con su risa estúpida y dijo:

—¡No! Pero ¿por quién me toma?

No la creía, pero en realidad, ¿era creíble lo que decía? Se rio burlonamente y ella reconoció al Bernard seguro de sí mismo que no se dejaba tomar el pelo. Había reconquistado su amor propio; ella se sintió de nuevo perdida; él bromeó:

—Entonces, ¿la idea se le ocurrió así, de golpe, por intercesión del Espíritu Santo?

¡Cómo se detestaba por haber interrogado a Thérèse! Significaba perder todo el beneficio del desprecio con que había abrumado a esa loca: ella volvió a levantar la cabeza. ¡Pues claro que sí! ¿Por qué había cedido al brusco deseo de comprender? ¡Como si con los perturbados hubiera algo que comprender! Pero esto se le había escapado, no había reflexionado acerca…

—Escuche Bernard, esto que le digo, no es por persuadirle de mi inocencia, ¡nada más lejos!

Puso un extraño empeño en cargar con la culpa: para haber actuado así, como sonámbula, oyéndola hablar, tenía que haber acogido y alimentado en su corazón pensamientos criminales durante meses. Además, una vez que lo había hecho por primera vez, ¡con qué furor lúcido había continuado con su plan! ¡Con qué tenacidad!

—No me sentía cruel salvo cuando mi mano vacilaba. Me arrepentía de prolongar sus sufrimientos. Había que llegar hasta el final, ¡y cuánto antes! Cedía ante un horrible deber. Sí, era como un deber.

Bernard la interrumpió:

—¡Cuanta verborrea! Intente, pues, decirme, de una vez por todas, lo que quería. La desafío.

—¿Lo que quería? Sin duda, será más sencillo decir lo que no quería: no quería interpretar un personaje, hacer gestos, pronunciar fórmulas, renegar, al fin, en cada momento, de una Thérèse que… Que no, Bernard, mire, solo intento ser sincera, ¿cómo es posible que todo lo que le cuento suene tan falso?

—Hable más bajo, el señor que está delante de nosotros se ha girado.

Bernard tan solo deseaba terminar, pero conocía a esa maniaca: se lo pasaría en grande buscando tres pies al gato. Thérèse también comprendía que ese hombre, cercano por un momento, de nuevo se había alejado hasta el infinito. Sin embargo, insistía, intentó, con su hermosa sonrisa, dar a su voz las inflexiones bajas y roncas que a él le habían gustado.

—Pero ahora, Bernard, siento que la Thérèse que, por instinto, aplasta su colilla porque los brezales se incendian con nada, la Thérèse que disfrutaba contando los pinos ella misma, liquidando su resina, la Thérèse que estaba orgullosa de casarse con un Desqueyroux, de ocupar su rango en el seno de una buena familia de la landa, contenta por fin de situarse, como suele decirse, esta Thérèse es tan real, está tan viva, como la otra. No, no, no había ninguna razón para sacrificarla por la otra.

—¿Qué otra?

Ella no supo qué responder, y él miró su reloj. Ella dijo:

—De todos modos, tendré que volver, por mis asuntos… y por Marie.

—¿Qué asuntos? Soy yo quien administra los bienes de la comunidad. No volvamos sobre lo convenido ¿de acuerdo? Usted tendrá su lugar en todas las ceremonias oficiales en las que importe que nos vean juntos por el honor de la familia y por el bien de Marie. En una familia tan numerosa como la nuestra, no faltan bodas, ¡gracias a Dios! Ni entierros. Para empezar, me sorprendería que el tío Martin aguante hasta el otoño: esta será una ocasión para usted, puesto que parece que ya tiene suficiente…

Un agente a caballo acercaba un silbato a sus labios, abría compuertas invisibles, una multitud de peatones se apresuraba a cruzar la calzada negra antes de que la ola de taxis la cubriera:

—Me tenía que haber marchado, una noche, hacia la landa del Midi, como Daguerre. Hubiera tenido que caminar a través de los pinos raquíticos de esa tierra mala, andar hasta el agotamiento. No habría tenido el valor de hundir la cabeza en el agua de una laguna —como hizo aquel pastor de Argelouse el año pasado, porque su nuera no le daba de comer—. Pero me hubiera podido acostar en la arena, cerrar los ojos… Es cierto que están los cuervos, las hormigas que no esperan…

Contempló la riada humana, esa masa viva que iba a abrirse bajo su cuerpo, a envolverla, a arrastrarla. Ya no había nada más que hacer. Bernard vuelve a sacar el reloj.

—Las once menos cuarto, el tiempo justo para pasar por el hotel…

—No tendrá demasiado calor en el viaje.

—Incluso me tendré que abrigar en el coche esta noche.

Imaginó la carretera por la que circularía, creyó que el viento frío le bañaba la cara, ese viento que huele a marisma, a virutas resinosas, a fuego de hierbas, a menta, a bruma. Miró a Bernard, sonrió de la forma en que antaño hacía decir a las señoras de la landa: «No se puede decir que sea hermosa, pero es un verdadero encanto». Si Bernard le hubiera dicho: «Te perdono, ven…», se habría levantado, lo habría seguido. Pero Bernard, emocionado por un instante, solo sentía horror por los gestos desacostumbrados, por las palabras distintas a las que es costumbre intercambiar cada día. Bernard estaba hecho «a la medida», como sus carretas, necesitaba sus surcos. Cuando los haya reencontrado, esta misma noche, en el comedor de Saint-Clair, saboreará la calma, la paz.

—Quiero pedirle perdón por última vez, Bernard.

Ella pronuncia estas palabras con solemnidad y sin esperanza, un último esfuerzo por retomar la conversación. Pero él protesta:

—No hablemos más de esto…

—Se va a sentir muy solo, aunque no esté allí, yo ocupo un lugar, sería mejor para usted que me hubiera muerto.

Él se encogió de hombros y, casi jovial, le rogó «que no se preocupara por él».

—¡Cada generación de Desqueyroux ha tenido su solterón! Tenía que ser yo. Cumplo todos los requisitos. —¿Será usted quien diga lo contrario?—. Solo lamento que hayamos tenido una hija porque el apellido se extinguirá. Es cierto que, aunque siguiéramos juntos, no habríamos querido más hijos… así que, en resumen, todo va bien… No se moleste, quédese aquí.

Hizo una seña a un taxi, volvió atrás para recordar a Thérèse que ya había pagado las consumiciones.

Ella observó un buen rato la gota de oporto al fondo de la copa de Bernard. Luego volvió a mirar a los transeúntes. Algunos parecían esperar, iban y venían. Una mujer se giró dos veces, sonrió a Thérèse —¿obrera o vestida de obrera?—. Era la hora en que se vaciaban los talleres de costura. Thérèse no pensó en irse, ni se aburría ni estaba triste. Decidió no ir a ver a Jean Azévédo aquella tarde y soltó un suspiro de alivio, no tenía ganas de verle, ¡volver a hablar!, ¡buscar fórmulas! Conocía a Jean Azévédo, pero no conocía a los que deseaba cerca, solo sabía de ellos que apenas exigirían palabras. Thérèse ya no temía la soledad. Era suficiente con permanecer inmóvil: como su cuerpo, tendido en la landa del Midi, habría atraído a las hormigas, a los perros, aquí ya presentía, alrededor de su carne, una agitación oscura, un revuelo. Tenía hambre, se levantó, vio en un espejo de Old England[6] a la joven que era: ese traje de viaje muy ajustado le quedaba bien. Pero de su tiempo en Argelouse conservaba un rostro que parecía roído: esos pómulos demasiado pronunciados, esa nariz corta. Pensó: «No tengo edad». Almorzó, como a menudo hacía en sus sueños, en la Rue Royale. ¿Por qué volver al hotel si no le apetecía? Sentía una cálida satisfacción gracias a esa media botella de Pouilly. Pidió cigarrillos. Desde una mesa vecina, un joven le tendió su mechero encendido, y ella sonrió. La carretera de Villandraut, por la noche, entre esos pinos siniestros, ¡y decir que hacía apenas una hora deseaba internarse en ella con Bernard! ¿Qué importa amar una región u otra, los pinos o los arces, el océano o la llanura? No le interesaban nada más que los seres vivos, los de carne y hueso. «Lo que yo amo no es la ciudad de piedra, ni las conferencias, ni los museos, es el bosque vivo que se agita y que abre pasiones más furiosas que cualquier tempestad. El gemido de los pinos de Argelouse, por la noche, era conmovedor solo porque parecía humano».

Thérèse había bebido un poco y fumado mucho. Se reía sola como una ingenua. Se maquilló minuciosamente las mejillas y los labios. Luego, una vez en la calle, vagó sin rumbo.

[1] Esclava de la Antigua Roma que actuó como envenenadora de confianza al servicio de Agripina envenenando a Claudio y a su hijo Británico. *(N. de la T., como todas las demás)*.

[2] Paul de Kock (1794-1871), novelista que no ha pasado a la posteridad. *Les Causeries du lundi* de Charles Augustin Sainte-Beuve (1851-1881). *Histoire du Consulat et de l'Empire* de Adolphe Thiers (1845-1862).

[3] Colección de guías de viaje muy populares en la época, publicadas por Karl Baedeker (1801-1859).

[4] En las distintas ediciones en francés de THÉRÈSE DESQUEYROUX se menciona aquí a Hector de la Trave, aunque en otras apariciones del personaje se le nombra Victor de la Trave. El manuscrito del autor no permite dilucidar el nombre definitivo del personaje.

[5] Corte de pelo muy popular a principios del siglo XX. El nombre viene del cuadro *Los hijos del rey Eduardo IV de Inglaterra*, pintado por Paul Delaroche en 1852.

[6] Tienda elegante en el Boulevard des Capucines.

NOTA DEL EDITOR

«Debería, por supuesto, estar avergonzada,
pero no lo está. Debería zarandearse a sí misma
y empezar de nuevo, pero no puede».
Expiación, Elizabeth von Arnim

El 25 de mayo de 1906, en el Palacio de Justicia de Burdeos arranca el juicio de Henriette-Blanche Canaby, de soltera Sabourin, acusada de intentar envenenar a su marido con arsénico. Más de trescientas personas se apiñan ante las puertas del edificio para verla salir, entre ellas un tímido estudiante de literatura de veinte años llamado François Mauriac. Este caso tenía conmocionada a la Francia ensimismada de la *Belle Èpoque*, no solo porque había ocurrido en el seno de una respetable familia burguesa de la provincia, sino porque la víctima, el marido, defendía a la acusada. No se hablaba de otra cosa: Henriette-Blanche tenía treinta y nueve años, cinco menos que Émile, su marido. ¿Y tenían hijos? Sí, sí, dos hermosas niñas. ¿Y por qué lo hizo? Se dice que la muy indecente tenía un amante y se quiso deshacer de su marido para poder casarse. ¿Y cómo se supo? Parece que fue el farmacéutico quien, extrañado de las compras de Henriette, se lo contó al médico, y este ató cabos. Pero ¿por qué la defiende? ¿Por amor? ¿Por las niñas? ¿Para evitar el escándalo? Quién sabe, él insiste en que lleva años tomando el licor de Fowler y que su mujer no es culpable de nada... Quién sabe… La bruma de sensacionalismo se disipó con la sentencia: Henriette fue absuelta y, poco después, ya fuera del foco público, abandonó a su marido para instalarse sola en París.

Más de diez años después de estos sucesos, en pleno periodo de entreguerras, Mauriac publicó su obra más importante, escrita a partir de los recuerdos del caso de Henriette-Blanche Canaby. La Primera Guerra Mundial había despertado a la nación del sueño de la belleza eterna. El mismo Mauriac sirvió en un hospital de Tesalónica, donde cayó gravemente enfermo. Aunque sobrevivió, sufrió una profunda crisis de fe a pesar de ser un católico convencido. Fue entonces cuando escribió THÉRÈSE DESQUEYROUX, paradigma de la literatura que le proporcionó notoriedad y reconocimiento como escritor. Historias de pecadores que, consciente o inconscientemente, se alejan de la luz de Dios y se adentran en las tinieblas arrastrados por sus pasiones, la culpa o la soledad. Mauriac no juzga a Thérèse, no la señala, no le tira la primera piedra, creó y se acercó a una protagonista ambigua, compleja, incomprendida, muy avanzada a su tiempo, feminista y con deseos homosexuales; un Tom Ripley femenino. Cierra su carta con «la esperanza de que no estés sola».

Thérèse intentó envenenar a su marido. Esto lo sabe todo el mundo. Lo que nadie entiende son los motivos para cometer un crimen así: Bernard es un hacendado que la trata bien; a pesar de su apatía de hombre rústico, la ama. Son padres de una niña encantadora, viven en el sur de Francia, rodeados de bosques de pinos, se relacionan con buenos amigos y forman parte de la burguesía de la provincia. ¿Qué razones podía tener Thérèse para hacer algo así? ¿Es, como en el caso de la señora Bovary, para perseguir una sola pasión verdadera, un súbito fulgor en la quietud que reina en las innumerables hectáreas de bosques de pinos? La madera del pino es muy utilizada por su flexibilidad, su ligereza y resistencia, sobrevive en lugares secos, adversos, sin necesidad de muchos cuidados. Pero tiene un inconveniente: arde con mucha facilidad. Un solo fulgor desata un incendio imparable que devasta el pinar.

Una de las cosas que más me gustan de ser lector es vivir ese momento en el que, alineadas mil casualidades, un libro se abre en tus manos y te lleva a adentrarte en una historia que te sorprende, te emociona, te impacta. Cuando THÉRÈSE DESQUEYROUX llegó a mí no sabía nada de su argumento ni de su autor. Sin embargo, desde el principio, acompañando a Thérèse al salir del juzgado en absoluto silencio, mientras su padre y el abogado discuten los pormenores de la absolución, esa misteriosa protagonista me atrapó por completo. Sentía la necesidad de dirigirme a ella, como hace el propio autor en su nota inicial, romper el aura de silencio que la rodea: ¿Quién eres, Thérèse? ¿Qué esperas? ¿Qué ves en tu padre, en tu marido, en el abogado? ¿En qué crees? ¿Qué sientes? Me fascinó el contraste entre el mundo exterior —tranquilo, resguardado por las apariencias, las convenciones sociales y los modales, en el que los intereses de los hombres determinan el destino de las mujeres—, y el interior de Thérèse —sacudido por unas ansias de libertad, una insatisfacción vital, un deseo voraz, una frustración, un odio y una pasión irreprimibles—. ¿Dónde está la violencia que late a lo largo de toda la narración? Su marido, su padre y el abogado se erigen como defensores de ese mundo exterior, de la sociedad. Bernard testifica a favor de Thérèse para mantener la

quietud en los pinares, lo único que importa, algo superior a cualquier individuo, a cualquier sentimiento, propio o ajeno, es el buen nombre de la familia, la respetabilidad. Como los miembros de la familia Bott en *Expiación*, de Elizabeth von Arnim (Piteas 21), todos se afanan en silenciar ese grito desesperado. Silencio, que solo suene la armonía del pulcro apellido, los trapos sucios se lavan en casa. Entierra tus sentimientos y actúa según las normas porque solo así tu marido puede hacer dinero, tu padre puede ganar elecciones, tu hija se podrá casar con un buen partido. ¿Cuántas mujeres habrán abrazado la infelicidad, sometiéndose a esta voz implacable? Sin embargo, Thérèse es su incendio interior, es el modelo de vida burgués crepitando, ennegreciéndose, agrietándose, estremeciéndose, consumiéndose. No es casualidad que empiece a envenenar a Bernard el día del gran incendio de Mano. ¿Dónde está la violencia?

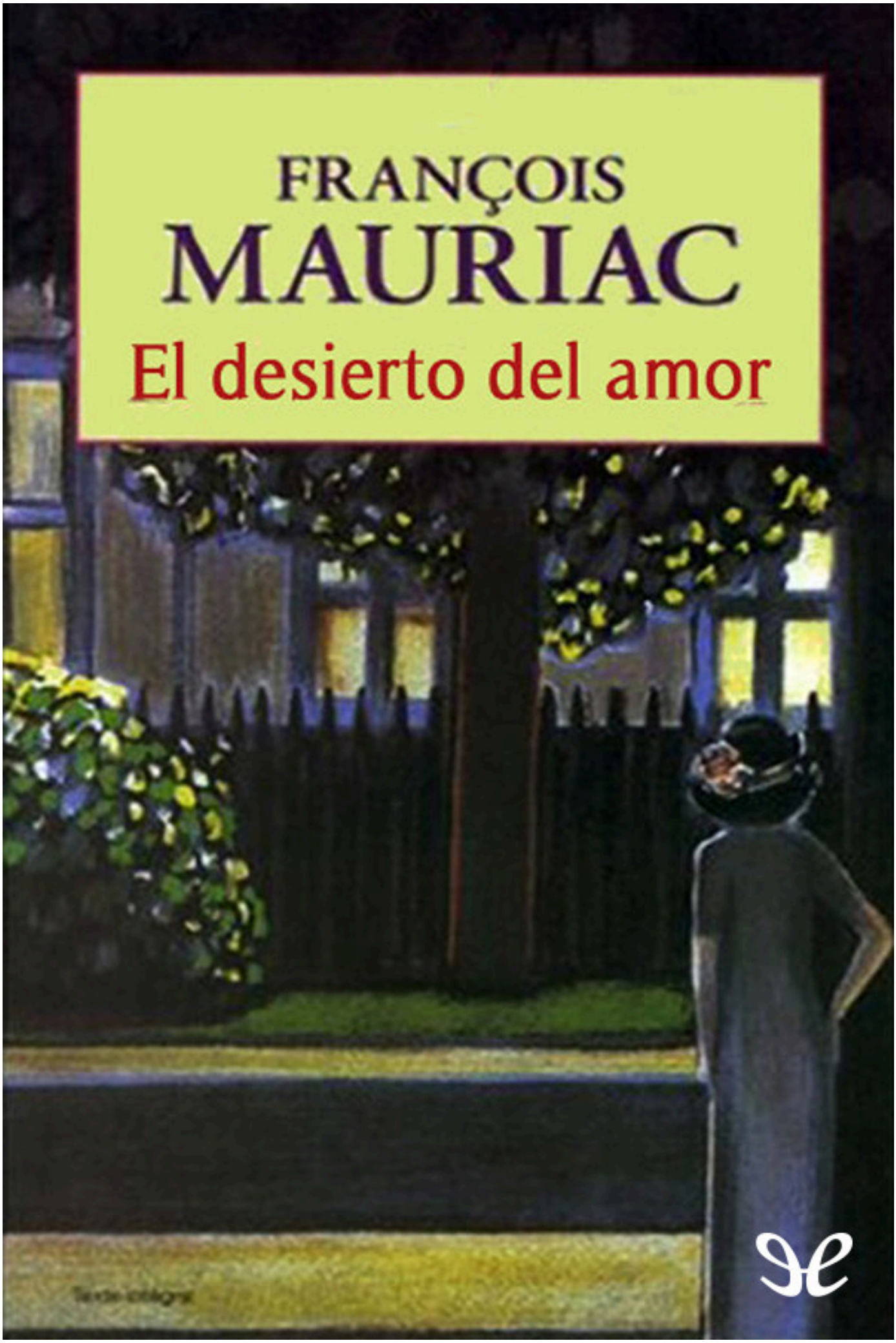
Mauriac creó una de esas protagonistas cuya profundidad psicológica hace que salgan de las páginas del libro para adentrarse en el imaginario colectivo. Por petición de sus lectores siguió escribiendo historias protagonizadas por Thérèse. A pesar del éxito que obtuvo y de su innegable vigencia, este clásico de la literatura francesa estaba completamente desaparecido en español. Esta edición, con la nueva traducción de Anna Casablancas Cervantes, que por primera vez traslada a nuestro idioma el característico estilo de Mauriac, respetando su peculiar sintaxis con frases inacabadas, pretende poner punto y final a tan injusto olvido.

Henriette-Blanche murió el 31 de octubre de 1952 a sus ochenta y seis años, sola. Unos pocos días después, François Mauriac ganó el Premio Nobel de Literatura «por el discernimiento profundamente espiritual y la intensidad artística con los que en sus novelas ha penetrado en el drama de la vida humana».

Jan Arimany

Table of Contents

EL AUTOR
LA TRADUCTORA
EL PROLOGUISTA
PRÓLOGO
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
NOTA DEL EDITOR


FRANÇOIS
MAURIAC
El desierto del amor

La protagonista de *El desierto del amor*, Maria Cross, cruza por un sinfín de miserias morales hasta conseguir dominar los oscuros instintos que su aparición enciende en Raymond y Paul, el padre y el hijo de una anodina familia burguesa. Para ello deberá enfrentarse al vacío de los sinsentidos de su propia existencia y atravesar ese ardiente desierto.

epublibre

François Mauriac

El desierto del amor

ePub r1.0
Titivilius 20.03.15

Título original: *Le Désert de l'amour*
François Mauriac, 1925
Traducción: Ximena Garcés de Arteche
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivilius
ePub base r1.2

PRÓLOGO

Recogido en la comodidad de un sillón, con un cuaderno casero en las rodillas, François Mauriac ha escrito sus relatos a rachas febriles. ¿Preparando otra novela?, le preguntaban con asombro profano las damas de la buena sociedad, que era también la del académico inquieto y mundano. No sabían ellas que las novelas no surgían del esfuerzo, sino del recuerdo, como los soles se desprenden de una nebulosa (la comparación es del mismo novelista). La nebulosa era la memoria de su adolescencia en el Burdeos natal: el conjuro de aquel mundo familiar fue siempre para Mauriac el punto de partida. El universo novelesco se alzaba, como una emanación, del mundo descubierto con tristeza en los primeros años.

El mismo Mauriac confesaba que ningún drama podía tomar vida en su espíritu si no lo situaba en los lugares en que él había vivido siempre. Tenía que poder seguir a sus personajes de un cuarto a otro. No podía concebir una novela sin tener presente, con todos sus rincones, la casa en que la acción había de desenvolverse. Las alamedas más secretas del jardín tenían que resultarle familiares y el paisaje del contorno conocido, y no con un conocimiento superficial. «A menudo —confesaba—, la cara de mis personajes permanece indistinta, y no veo de ellos más que la silueta. Pero siento el olor enmohecido del corredor que atraviesan y conozco perfectamente los ruidos que escuchan de día y de noche, cuando salen del vestíbulo y avanzan hacia la escalinata.»

No es extraño, así, que se haya observado que cada una de sus novelas podría llevar un subtítulo que la situara en el tiempo y en el espacio: Le baiser au lépreux *(1922) o el verano en las Laudas,* Le désert de l'amour *(1925) o Talence bajo la tempestad,* Destins *(1927) o el sol en las viñas,* Thérèse Desqueyroux *(1926) o Argelouse con lluvia. Por cierto que estas obras pertenecen a la época de mayor plenitud creadora de Mauriac, en torno de los cuarenta años —nació en 1885—; el ritmo y la densidad de la producción novelesca se mantienen con* Le noeud de vipéres *(1932) y* Le mystère Frontenac *(1933). Luego los soles de esta creación se desprenden más espaciadamente de la lejana nebulosa de la adolescencia bordelesa, pero ni la calidad ni la concentración se han perdido en obras entre las que, por lo menos, habría que citar* La pharisienne *(1941) y* Le sagouin *(1951).*

En contraste con las sombras devoradoras de su obra, la vida de Mauriac fue la de un hombre afortunado, rico en talentos y bienes. Educado en un ambiente burgués y devoto, se licencia en Letras en su Burdeos natal, va a París a los 21 años para ingresar en la Ecole des Chartes y consigue el ingreso, pero la deja pronto para escribir: un artículo de Maurice Barres le ha dado el espaldarazo. Se casa en 1913 y, terminada la guerra, publica con éxito una novela casi cada año. Le désert de l'amour le vale, en 1925, el Gran Premio de Novela de la Academia. Presidente de la Socíete des Gens de Lettres en 1932, académico en 1933, ensaya con fortuna el teatro y se dedica, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, al periodismo. El editorialista de «Le Fígaro», el comentarista del «Bloc Notes», en «L'Express» o en «Le Fígaro Littéraire» interviene con íntima pasión en las polémicas de la vida pública, conservador cuando responde a la tradición familiar, progresista cuando su espíritu de creyente cristiano le empuja afuera, más allá de las previstas casillas del ambiente en que vive; pero siempre personal y vivo, nervioso y aun caprichoso en la reacción, acerado en la crítica, seductor en el estilo. La cima de esta brillante carrera literaria llega, junto con la consagración mundial, con la concesión del premio Nobel de Literatura, en 1952. Los señores de la Academia sueca no hablan de oídas. La justificación que suele acompañar a tal galardón es en este caso certera: el premio, dicen, se le concede «por el análisis penetrante del alma y la intensidad artística con que ha interpretado en forma de novela la vida humana».

En El desierto del amor se encuentran, en efecto, esas virtudes del Mauriac novelista: el penetrante análisis y la intensidad artística. La acción es escasa; la pasión, febril. En la tranquila vida provinciana, en esas vidas ordenadas, presididas por el deber, la pasión se conserva, se concentra. Nada, observa Mauriac la gasta, ningún soplo la evapora; «la pasión se acumula, se estanca, se corrompe, envenena, corroe el vaso vivo que la encierra». Por cierto que en estos verbos encontramos ya el gusto del novelista por las expresiones que indican corrupción. Y en el contraste «vaso vivo» la alusión a la antinomia materia y espíritu, carne y alma, alusión que es fácil encontrar repetidamente en la novela. Un día, por ejemplo, Lucie Courrèges, la mujer del doctor Courrèges, cree oír

el grito ahogado de ese «enterrado vivo» que es su marido, de ese «minero sepultado».

En la figura del doctor Courrèges puso el novelista lo más lúcido de su mirada, lo más fino de su toque descriptivo, y como una soterrada ternura. Mauriac no conoció a su padre, que murió cuando él tenía veinte meses; y diríamos que ha concentrado sabiamente en ese doctor Courrèges los mejores hallazgos de un padre imaginado, y también los más evocadores objetos. En casa de Mauriac niño, en Burdeos, abrían a veces un armario y encontraban el sombrero hongo del padre, «¡el hongo del pobre papá!». Ese es probablemente el hongo que lleva —como el lector podrá comprobar— el buen doctor Courrèges.

El doctor es el más atareado de los personajes que cruzan por esta historia, casi el único atareado, entre el laboratorio, la consulta, las visitas. Sin embargo, el doctor no ignora lo que ignora su mujer, y el novelista apunta, al paso, que el amor sabe hacerse un hueco en las vidas más llenas y que «un hombre de Estado agobiado, en torno a la hora en que su amante le espera, detiene el mundo». En el caso del doctor, esos huecos los colma principalmente la imaginación. En el mundo de este «desierto del amor», lo más es imaginario y el mínimo de acción lo aportan los encuentros. El poder del novelista en este relato se aplica a mostrar lo incierto de las relaciones humanas: ni nadie es visto como él mismo se ve, ni nadie permanece igual a lo largo de un mismo encuentro. Cambian las dimensiones y las actitudes: la que se mira como amante, se comporta como discípulo; lo que se iba a decir, lo que se había ensayado, no puede decirse, porque, «desde el momento en que no se puede decir todo, no se puede decir nada», y uno mismo escucha con sorpresa la supervivencia en la propia boca de palabras mentirosas, restos de una fe muerta. Eso es a veces lo que los demás escuchan, «como recibimos la luz de un astro extinguido desde hace siglos».

Entre dos generaciones de Courrèges que recibieron el don de gustar —ese don que el doctor vio en su padre y reconoce en su hijo Raymond—, él descubre en sí un destino solitario. Solo en sus imaginaciones, solo en los encuentros que desea amorosos, solo en el seno de su familia, cercado por la «Ilíada *miserable» de los minúsculos episodios domésticos, las historias de criadas, las rencillas de mujeres. La mirada penetrante del novelista descubre en esta soledad una sed de compañía que, con la reducción por la edad, con la disminución que en los hombres obra el tiempo, lleva un día al anciano, «cadáver sonriente», a confesar el consuelo y la satisfacción de vivir en el espesor de la familia: los mil pinchazos mínimos de las inquietudes domésticas, explica, atraen la sangre hacia la piel, hacia la superficie, y la apartan de la llaga secreta, profunda, que el hombre lleva dentro. Y el marido envejecido confiesa que nada le es más necesario que la importunidad de su esposa, y pide al hijo que no se quede solo.*

Raymond Courrèges, el hijo, es uno de los típicos adolescentes que Mauriac ha sacado de la experiencia de sus años jóvenes: «sombría figura angélica», sensibilidad en carne viva que le hace sentirse en el centro de la risotada universal: «toda la vida había de acordarse de ese momento en que una mujer le había juzgado no sólo repugnante (lo que no hubiera sido nada), sino también grotesco». Padres y maestros le creen capaz de todo. No se da cuenta él mismo de que, en la ostentación que hace del desorden y la suciedad, lo que hay, más que nada, es el pobre orgullo de su edad, una especie de humildad desesperada. Así lo hace ver el novelista: la derrota de un adolescente, apunta, llega cuando se convence —cuando se deja persuadir— de su propia miseria. Este es el muchacho que una tarde de invierno, en el tranvía en que vuelve a casa, se encuentra frente a una cara de mujer, sentada entre dos obreros, que le mira con tranquilidad, atentamente. Raymond no siente —cosa rara— ni incomodidad ni vergüenza. El rostro de la mujer es un rostro a la vez inteligente y animal, impasible. Un día y otro día coinciden en silencio. Bajo aquella mirada, Raymond empieza a cambiar; ahora se afeita, cuida el vestir. El efecto de aquella mujer en su vida será duradero, y el Raymond Courrèges que conocemos en un bar de París, a los treinta y cinco años —cuarenta tenía Mauriac cuando se publicó la novela—, no sería el mismo si una tarde de invierno, cuando volvía a casa con los libros de estudio, no hubiera encontrado en el tranvía a una mujer que resultó llamarse Maria Cross.

Si los dos Courrèges, padre e hijo, se nos presentan nítidamente, bajo una luz como de escena iluminada por una claridad fulgurante y tormentosa, de relámpago súbito, a Maria Cross, esa mujer que a expensas de un hombre rico y casado vive en una casa lujosa y miserable de los alrededores de Burdeos, la vemos con los ojos de dos hombres que un día descubren una relación distinta de la sangre: padre e hijo se descubren «parientes por parte de Maria Cross». No estamos, sin embargo, seguros de conocerla a través de los ojos turbados de estos dos hombres. Maria Cross queda lejana, lo mismo en sus tardes de lectura, música y pereza que en su ciudadela tardía de casada. Pero de lo que no nos queda duda es de que también ella tiene ante sí un desierto. En la noche, «atraída, como aspirada por la tristeza vegetal» —nos dice el novelista, en unas líneas en que la vida humana y la de la naturaleza se combinan de manera característica—, Maria siente la tentación de perderse, de disolverse, «para que al fin su desierto interior se confundiera con el del espacio, para que el silencio en ella no fuera ya diferente del silencio de las esferas».

La metáfora del desierto no sólo surge en estas páginas a propósito de Maria Cross. También el doctor

Courrèges habla una vez del desierto que le separa —pues el desierto separa— de su mujer y sus hijos; y en otra ocasión piensa en un desierto entre él y aquella mujer, desierto que tampoco hubiera podido franquear aunque hubiera tenido veinticinco años… En estos desiertos interiores, la pasión produce de vez en cuando la ilusión fugaz de una compañía, quizá incluso de una comunión. La relación de persona a persona se descubre en revelaciones instantáneas, en momentos fugaces. Mauriac tiene el don de condensar mucha vida en una escena breve; por eso pudo ser también dramaturgo, aunque en el teatro le falta ese calor húmedo de la descripción significativa de paisaje y objetos, esa atmósfera que envuelve y sofoca, esa visión febril. El aire febril —el adjetivo es inevitable— se muestra también, por cierto, en los cambios repentinos, en los descubrimientos bruscos. La vida, le hace observar Mauriac al doctor Courrèges, ignora la preparación. De pronto se rompen las amarras, se leva el ancla, el barco se mueve y no se sabe aún que se mueva, pero al cabo de una hora no será más que una mancha en el mar. No es la muerte lo que se lleva a los que amamos; al contrario, los guarda y los fija en su juventud adorable. Mauriac concluye sombríamente: «la muerte es la sal de nuestro amor; es la vida la que disuelve el amor».

El estilo y el talante de François Mauriac tienen su sitio en una tradición francesa del drama interior. Mauriac meditó y aprendió bajo las sombras graves de Pascal y de Racine. Del primero recibió la frase temblorosa y rápida, la iluminación al sesgo, el atajo súbito y revelador; del segundo, la frase noble, la alta y contenida palpitación, un poco solemne. De ambos, un sentido dramático —no digamos trágico— del cristianismo. Cuando se escribe que Mauriac es un novelista católico francés, hay quien entiende que es una especie de novelista ideológico, doctrinal, o quizá simplemente sujeto a una ortodoxia. Y el novelista Mauriac no tiene mucho que ver con eso. Más cierto sería decir que Mauriac no hubiera sido el novelista que fue si no se hubiera educado en el ambiente devoto y burgués de una familia de Burdeos a principios de siglo y no se hubiera nutrido de las turbadoras memorias de su adolescencia y de las lecturas espiritualmente próximas y reveladoras de Pascal y Racine. Que es como decir que puede situársele con toda naturalidad en el panorama —y en la tradición— de la literatura francesa. O, expresado de otra manera, que pertenece a la familia formada por los que el epígrafe de una colección llama «escritores de siempre».

LORENZO GOMIS

CAPÍTULO PRIMERO

Durante muchos años, Raymond Courrèges alimentó la esperanza de volver a encontrar en su camino a Maria Cross, pues deseaba ardientemente vengarse de ella. Muchas veces siguió en la calle a una transeúnte pensando que era aquella a la cual buscaba. Luego el tiempo había apaciguado en tal forma su rencor que, cuando el destino volvió a ponerlo frente a esa mujer, no experimentó, en el primer momento, esa mezcla de felicidad y furor que un encuentro semejante debía haberle producido. Cuando entró aquella tarde en un bar de la calle Duphot, no eran más que las diez de la noche, y el mulato del jazz canturreaba solo ante un *maître* de hotel atento. En la estrecha *boîte*, donde hasta la medianoche las parejas estarían pisoteándose, roncaba, como si fuera una gorda mosca, un ventilador. Al portero, que extrañado dijo: «No estamos acostumbrados a verlo tan temprano, señor…», Raymond contestó sólo con una señal de la mano indicando que interrumpieran ese zumbido. El portero, confidencialmente, quiso en vano convencerlo de que «el nuevo sistema, sin producir viento, absorbía el humo». Courrèges le dio tal mirada que el hombre se batió en retirada hacia el guardarropa; pero, en el techo, el ventilador calló como si hubiera sido un moscardón que se detiene en el vuelo.

El joven, entonces, después de haber deshecho la línea inmaculada de los manteles y luego de haber reconocido en el espejo su rostro, que se mostraba como en uno de sus peores días, interrogóse: «¿Qué es lo que no marcha?» ¡Cáspita! Odiaba las tardes perdidas, y esta sería una tarde perdida por culpa de ese animal de Eddy H… Debió forzar al muchacho, cazarlo en su redil para traerlo al cabaret. Durante la comida, y apenas se hubo sentado en el borde de la silla, impaciente, Eddy se excusó de su falta de atención, pues le dolía la cabeza. Se aprontaba ya para un placer futuro y próximo. Una vez que hubo tomado su café, Eddy huyó, alegre, brillantes los ojos, las orejas rojas, las ventanillas de la nariz abiertas. Durante todo el día Raymond habíase hecho una agradable imagen de esta tarde y de esa noche; pero sin duda Eddy había preferido ofertas de placer más refrescante que ninguna confidencia.

Extrañóse Courrèges de sentirse no sólo decepcionado y humillado sino también triste. Se sentía escandalizado al ver que cualquier camarada le resultaba irreemplazable. Eso era una novedad en su vida: hasta los treinta años había sido incapaz de ese desinterés que exige la amistad. Por lo demás se encontraba demasiado ocupado con las mujeres; había, pues, despreciado todo aquello que no le parecía objeto de posesión, y podía haber dicho, como un niño goloso: «Sólo amo aquello que se devora.» En ese tiempo usaba a sus amigos como testigos o como confidentes: para él un amigo era antes que nada un par de orejas. Gustaba también de probarse a sí mismo que los dominaba, que los dirigía; tenía la pasión de influir, y halagábale poder desmoralizarlos metódicamente.

Raymond Courrèges se habría hecho una clientela tal como su abuelo el cirujano, como su tío abuelo jesuita, como su padre el doctor, si hubiera sido capaz de subordinar sus apetitos a una carrera, y si su gusto por el placer no le hubiera impedido siempre perseguir lo que no le producía satisfacción inmediata. Sin embargo, llegaba a la edad en la que sólo aquellos que se dirigen al alma pueden establecer su dominio: Courrèges sabía sólo enseñar a sus discípulos el mejor rendimiento del placer. Pero los más jóvenes deseaban tener cómplices de su misma generación, por lo cual su clientela mermaba. En el amor, la caza siempre abunda; pero el pequeño rebaño de aquellos que han empezado a vivir con nosotros se reduce cada año. Courrèges odiaba, por tener su misma edad, a esos sobrevivientes de las sombrías heridas de la guerra, que, con el pelo gris, su panza y sus cráneos, habíanse hundido en el matrimonio o estaban deformados por la profesión. Los acusaba de ser los asesinos de su juventud y de traicionarla antes que la juventud renunciara a ellos.

Ponía su orgullo en estar entre los muchachos de posguerra.

Esa tarde, en el bar aún vacío, donde sólo se oía una mandolina ensordecida (la llama de la melodía muere, renace, titubea), Raymond mira ardientemente su rostro bajo sus espesos cabellos reflejados en los

espejos, ese rostro que no representa los treinta y cinco años. Piensa que la vejez, antes de marcar su cuerpo, marca su vida. Si bien se siente orgulloso al oír que las mujeres se preguntan: «¿Quién es ese joven tan alto?», sabe también que los muchachos de veinte años, más perspicaces, no lo contaban entre los jóvenes de su efímera raza. Sin ir más lejos, ese Eddy no tenía nada mejor que hacer que hablar de sí mismo hasta el alba entre el estruendo del saxófono; pero, tal vez, en estos momentos, en otro bar, no hace otra cosa sino analizar sus sentimientos frente a un muchacho nacido en 1904, que sin cesar lo interrumpe con unos «yo también» y «lo mismo que yo»…

Surgieron algunos jóvenes que habían adoptado, para atravesar la sala, rostros engreídos y orgullosos, de los cuales quisieron desprenderse al ver la soledad de la sala. Se aglutinaron alrededor del barman. Courrèges, sin embargo, no había aceptado jamás sufrir por culpa de otro, ya fuese amante o amigo. Se dedicó, pues, siguiendo su método, a descubrir la falta de proporción entre la insignificancia de Eddy H… y la turbación que le producía su abandono. Se alegró de no encontrar ninguna raíz al tratar de arrancar de él esta brizna de sentimiento. Enardecióse hasta llegar a pensar que podría echarlo a la calle, y sin estremecerse, enfrentóse con la idea de no volver a verlo. Casi con alegría díjose: «Voy a barrerlo…» Suspiró aliviado; luego se dio cuenta de que subsistía en él una inquietud, cuyo principio no era Eddy. ¡Ah! Sí, la carta que palpaba en el bolsillo de su *smoking*… Era inútil que volviera a leerla: el doctor Courrèges usaba con su hijo un lenguaje elíptico, fácil de retener:

Me alojo en el
Grand-Hotel
mientras dure el Congreso Médico. Estoy a tu disposición, por la mañana antes de las nueve; por la tarde después de las once. Tu padre.

Raymond murmuró: «No faltaba más…», y tomó sin sospecharlo un aire desafiante. Reprochaba a su padre que no pudiera despreciarlo como al resto de la familia. A los treinta años, en vano Raymond reclamó la dote que su hermana casada recibió. Después del rechazo de sus padres, había quemado sus naves; pero la fortuna pertenecía a la señora Courrèges; muy bien sabía Raymond que su padre habríase mostrado generoso si hubiera podido hacerlo: el dinero no significaba nada para él. Repitió: «No faltaba más…» Pero no pudo dejar de percibir una llamada en ese seco mensaje. No era tan ciego como la señora Courrèges, a la cual irritaban la frialdad y la brusquedad de su marido; tenía por costumbre repetir: «¿Qué me importa que sea bueno si no me doy cuenta de ello? ¡Imagínese cómo sería si fuera malo!»

Raymond se siente incómodo por la llamada de ese padre, al cual le cuesta mucho odiar. No, por cierto, no contestará: pero de todos modos… Más adelante, cuando Raymond Courrèges recordó las circunstancias de esa noche, rememoró la amargura que había sufrido al entrar al pequeño bar vacío. Pero olvidó las causas, y estas eran la defección de un camarada llamado Eddy y la presencia de su padre en París; creyó que su humor agrio había nacido de un presentimiento y que existía un lazo entre su estado de ánimo y el acontecimiento que aproximábase a su vida. Sostuvo siempre, desde entonces, que ni Eddy ni el doctor Courrèges habrían podido mantenerlo en tal angustia. Pero apenas se sentó frente a un cóctel, su espíritu y su carne, por instinto, sintieron la proximidad de aquella que, en ese mismo minuto, en un taxi que ya llegaba a la esquina de la calle Duphot, hurgaba en su pequeña cartera diciendo a su compañero:

—Qué tontería: olvidé mi lápiz labial.

El hombre contestó:

—Debe haber algunos en el baño.

—¡Qué horror!, y cogeré…

—Gladys te prestará el suyo.

La mujer entró: un sombrero campanudo eliminaba la parte alta del rostro y sólo dejaba entrever el mentón, donde el tiempo marca la edad de las mujeres. Los cuarenta años habían dado sus toques por aquí y por allá en esa parte baja del rostro: insinuando una papada. El cuerpo, bajo las pieles, estaba recogido. Enceguecida como si saliera del toril, se detuvo en el umbral del bar deslumbrante. Cuando su compañero, el cual se había demorado al discutir con el chófer, se hubo reunido con ella, Courrèges, sin reconocerlo en el primer momento, se dijo: «He visto en alguna parte este rostro…; es un rostro de Burdeos.» De súbito, un nombre acudió a sus labios, mientras observaba el rostro de ese cincuentón, cara que rebosaba satisfacción de sí mismo: Victor Larousselle… Latiéndole el corazón, Raymond examinó de nuevo a esa mujer; ésta, habiéndose dado cuenta de que era la única persona que tenía puesto el sombrero, se lo quitó bruscamente,

y frente al espejo esponjó su cabello recién cortado. Aparecieron los ojos, grandes y tranquilos, y luego una frente amplia claramente delimitada, en ciertos sectores, por el nacimiento aún joven de una cabellera oscura. En lo alto del rostro, estaba concentrado todo lo que aquella mujer acumulaba de juventud sobreviviente. Raymond la reconocía a pesar del pelo corto, del cuerpo que había engordado y de la lenta destrucción que partía del cuello y subía a la boca y las mejillas. La reconoció como hubiera reconocido un camino de su infancia al que le hubieran derribado las encinas que lo bordeaban. Courrèges sumaba el número de años, y después de algunos segundos decíase: «Tiene cuarenta y cuatro años; yo tenía dieciocho, y ella veintisiete.» Como todos aquellos que mezclan la felicidad con la juventud, tenía una oscura conciencia, aunque siempre despierta, del tiempo transcurrido. Sus ojos no cesaban de medir el abismo del tiempo muerto; cada ser que jugó un papel en su destino fue colocado, sin tardar, en su lugar, y al reconocer el rostro era capaz de recordar hasta el año de su nacimiento. «¿Me reconocerá?» No habría vuelto la cara tan bruscamente si ella no lo hubiera reconocido. Aproximándose a su compañero le suplicaba, sin duda, que no permanecieran allí, ya que él contestó en voz muy alta, con el tono de un hombre al cual le gusta que lo admire la galería: «No, esto no está aburrido. En un cuarto de hora más estará tan lleno como un huevo.» Empujó una mesa no muy lejos de aquella en que estaba apoyado Raymond; sentóse pesadamente; mostraba, en su rostro, en el cual fluía la sangre, además de los signos de la arteriosclerosis, una desembozada satisfacción. Pero como la mujer permanecía de pie e inmóvil, la interpeló: «¡Bien! ¿Qué esperas?» De súbito la satisfacción desapareció de sus ojos y de sus labios gruesos y casi amoratados. Creyendo hablar en voz baja, agregó: «Naturalmente, basta que esté entretenido aquí para que tú te aburras…» Sin duda, ella le decía: «Ten cuidado, nos escuchan», porque él casi gritó: «Sé comportarme, ¡caramba! ¡Y aunque así fuese!, ¿qué?»

Sentada no lejos de Raymond, la mujer habíase tranquilizado. Hubiera sido necesario que el joven se inclinara para poder verla, y sólo dependía de ella el poder huir de su mirada. Courrèges adivinó esa seguridad, comprendió, de súbito, ¡y con qué terror!, que esa ocasión deseada por él desde los diecisiete años podía perderse. Pasados diecisiete años, creía volver a encontrar intacto su deseo de humillar a esta mujer que lo había humillado, demostrarle qué clase de hombre era él: de aquellos que no aceptan que una hembra se burle de ellos. Durante muchos años habíase complacido en imaginar las circunstancias que los pondrían frente a frente y con qué habilidad la sojuzgaría; haría llorar a aquella ante la cual hiciera un papel tan triste… Verdad es que si esta tarde, en lugar de esa mujer, él hubiera reconocido a cualquiera otra comparsa de su época de estudiante, a los dieciocho años —su compañero preferido en esa época, o ese jornalero que le causaba horror—, no habría descubierto en él, al mirarla, ninguna huella de esa camaradería o ese odio que sintiera el niño que ya no era. Pero ante esta mujer, ¿no volvía a encontrarse tal como fue un jueves del mes de junio de 19…, en el crepúsculo, sobre ese camino de un arrabal polvoriento que olía a lirios, ante el dintel cuyo timbre no volvería a sonar nunca más para él? ¡Maria! ¡Maria Cross! De ese adolescente hosco, tímido que fue entonces, ella había hecho un hombre nuevo, ese que sería siempre. Pero ella, esa Maria Cross, ¡qué poco había cambiado! Siempre sus ojos en actitud de interrogar, su frente llena de luz. Courrèges decíase a sí mismo que su compañero preferido de 19… sería hoy, esta noche, un hombre macizo, calvo, con barbas: pero el rostro de ciertas mujeres permanece, hasta la madurez, bañado por la infancia; es, quizá, esa eterna infancia la que fija nuestro amor y lo libra del tiempo. Era la misma mujer, después de diecisiete años de pasiones desconocidas, como esas vírgenes cuya sonrisa no podía alterar ninguna llama de la Reforma o del Terror. Ese hombre, satisfecho de sí mismo, cuya impaciencia y humor se manifestaban ruidosamente, pues las personas que esperaba no llegaban, conversaba con ella:

—Seguro que ha sido Gladys la causante de su retraso… Yo, que siempre estoy acostumbrado a cumplir con exactitud, tengo horror a los que no son así. Es curioso, no me gusta hacer esperar a los demás: es más fuerte que yo. Sin embargo, ciertas personas son de tal descortesía…

Maria Cross le tocó el hombro y debió repetirle: «Nos están oyendo…»; gruñó diciendo que él no decía nada que no se pudiera escuchar y que le parecía increíble que fuese ella precisamente la que pretendiera enseñarle a vivir.

Su sola presencia dejaba a Courrèges entregado sin defensa a eso que ya no era. Aunque hubiera conservado una conciencia muy clara del tiempo transcurrido, detestaba hacer surgir en él imágenes muy precisas, y a nada temía más que a las rebeliones de los fantasmas; pero no podía hacer nada esa noche, contra ese torrente de rostros desencadenado dentro de él por la presencia de Maria: oyó cómo daban las seis y cómo golpeaban los bancos escolares; ni siquiera había llovido lo bastante como para que desapareciera el polvo; tampoco estaba el tranvía lo suficientemente iluminado como para poder terminar de leer *Afrodita*: tranvía lleno de obreros a los cuales la fatiga, una vez terminada la jornada, ponía una nota de dulzura en el rostro.

CAPÍTULO SEGUNDO

Entre el colegio —donde se le expulsaba de clase y era el niño sucio que vagaba por los corredores pegado a las paredes— y la casa de la familia, en los *alrededores*, se extendía ese espacio de tiempo que lo liberaba, ese largo viaje de regreso en tranvía, por fin solo entre seres indiferentes, sin miradas: especialmente en invierno, pues la noche apenas alumbrada de cuando en cuando por un farol o por los vidrios de un bar, lo separaba del mundo, lo aislaba dentro del olor a lana mojada de las ropas de trabajo; un cigarrillo apagado, pegado en unos labios caídos: el sueño que derriba rostros de arrugas carbonizadas, un diario deslizándose de unas macizas manos; esa mujer que con su cabeza descubierta, levantaba hacia las lámparas un folletín, moviendo sus labios como si estuviera rezando. Por fin, un poco pasado la iglesia de Talence, había que bajarse.

El tranvía, cual movediza llama de bengala, alumbraba por unos segundos los árboles y setos desnudos de una propiedad, y luego el niño escuchaba cómo disminuía el estruendo de las ruedas en el camino lleno de charcos que olían a madera podrida y a hojas. Tomaba entonces el caminillo que bordeaba el jardín de los Courrèges, empujaba el portón entrecerrado de las dependencias; la lámpara del comedor alumbraba ese macizo apoyado contra la casa, en el cual, durante la primavera, se plantaban las fucsias que aman la sombra. Raymond tenía ya la frente endurecida, las cejas tan próximas la una a la otra, que formaban una sola línea tupida sobre los ojos, y la esquina derecha de la boca, un poco caída; entraba al salón y lanzaba un saludo colectivo a las personas apretujadas alrededor de una lámpara de luz débil. Su madre le preguntaba cuántas veces tendría que decirle que se limpiara los zapatos en el felpudo de la entrada y si pensaba sentarse a la mesa «con esas manos». La abuela Courrèges susurraba a media voz a su nuera: «Sabes lo que dice Paul: no hay que poner nervioso inútilmente al niño.» De ese modo, apenas aparecía él, nacían, por su culpa, agrias palabras.

Se sentaba en la sombra. Inclinada sobre su bordado, Madeleine Basque, su hermana, al entrar Raymond, no levantaba ni siquiera la cabeza. Le interesaba menos que el perro. Raymond era «la plaga de la familia»; repetía de buenas ganas «que sería la oveja negra de la familia»; y su marido Gaston Basque, agregaba: «Sobre todo teniendo un padre tan débil.»

La bordadora levantaba la cabeza, permanecía unos minutos escuchando, y decía: «Ahí está Gaston…», dejando su trabajo. «No oigo nada», contestaba la señora Courrèges. «Sí, sí; ahí viene», y aunque ningún otro oído, fuera del de ella, percibiera el menor ruido, Madeleine se levantaba, atravesaba corriendo las gradas, desaparecía en el jardín guiándose con un infalible conocimiento, como si ella perteneciese a una especie diferente de animales donde el macho y no la hembra fuese la portadora del olor para atraer al cómplice a través de la sombra. Muy pronto los Courrèges oían una voz de hombre, y la risa complaciente y sumisa de Madeleine. La pareja no atravesaría el salón sino que subirían, por una puerta oculta, al piso donde estaban los dormitorios y no descenderían hasta el segundo toque de la campana.

Bajo la lámpara suspendida, alrededor de la mesa, se reunían la abuela Courrèges, su nuera Lucie Courrèges, el joven matrimonio y cuatro niñitas algo colorinas como Gaston Basque: las mismas ropas, los mismos cabellos, las mismas manchas de acemite, se apretujaban como si fueran pájaros domesticados sobre un bastón: «Y que no se les hable», decretaba el teniente Basque. «Si alguien les habla se les castigará: se lo advierto a todo el mundo.»

El lugar del doctor permanecía desocupado durante largo rato, aunque se encontrara en la casa. Llegaba, a la mitad de la comida, con un paquete de revistas. Su mujer le preguntaba si había oído la campana; decía que con tanto desorden no había forma de que las sirvientas permaneciesen en casa. El doctor movía la cabeza como si quisiera espantar una mosca, y abría una revista. No lo hacía por afectación sino por economía de tiempo en un hombre sobrecargado de trabajo, cuyo espíritu encontrábase asediado por toda clase de afanes: conocía el valor de un minuto. Al extremo de la mesa, los Basque aislábanse indiferentes a

todo aquello que no se relacionara con ellos o con sus niños; Gaston contaba, a media voz, sus trajines para no irse de Burdeos: el coronel había escrito al Ministerio… Su mujer lo escuchaba sin perder de vista los niños y sin dejar de velar por su educación: «No limpies el plato con el pan. —¿No sabes usar el cuchillo? —No te revuelques de esa forma. —Pon las manos sobre la mesa. —Las manos, no los codos. —No te daré más pan, te lo advierto. —Bebiste bastante agua…».

Los Basque formaban un islote hecho de desconfianza y secretos. «No me dicen nada.» Todos los agravios o motivos de queja que la señora Courrèges alimentaba contra su hija, estaban comprendidos en ese «no me dicen nada». Sospechaba que Madeleine estaba encinta, vigilaba su talle, interpretaba sus malestares. Los sirvientes siempre lo sabían antes que ella. Creía que Gaston tenía un seguro de vida, ¿pero de cuánto? Desconocía lo que ellos realmente habían recibido a la muerte del señor Basque.

En el salón, después de cenar, Raymond no respondía nada a su madre, la cual rezongaba: «Entonces, ¿no tienes ninguna lección que estudiar, ninguna composición que preparar?» Raymond tomaba a una de las niñitas y parecía amasarla entre sus fuertes manos; la levantaba muy derecha sobre su cabeza para que pudiera tocar el cielo raso; hacía molinetes con ese flexible cuerpo, mientras Madeleine Basque, como gallina enfadada e inquieta, a la cual el gozo de la niña desarmaba, exclamaba: «¡Cuidado! Vas a dañarla… Es tan bruto…» La abuela Courrèges dejaba, entonces, su tejido, alzaba sus gafas y una sonrisa arrugaba su rostro; recogía, apasionadamente, ese testimonio en favor de Raymond: «¡Cómo se te ocurre! Adora a los niños: eso no se le puede negar: sólo los niños le caen en gracia.» La anciana sostenía que si no hubiese sido bueno no los habría amado: «No hay más que verlo con sus sobrinas para darse cuenta de que no es mala persona.»

¿Amaba a los niños? Cogía cualquier cosa que fuera fresca, tibia y viva, como para defenderse de aquellos a los cuales llamaba «los cadáveres». Raymond lanzaba sobre el diván el cuerpecillo, alcanzaba la puerta, y corría, a grandes zancadas, por las avenidas llenas de hojas; el cielo, más claro entre las ramas desnudas, guiaba su carrera. En el primer piso, tras un vidrio, la lámpara del doctor Courrèges se mantenía encendida. ¿Iría a acostarse Raymond también esta noche sin abrazar a su padre? ¡Ah! Bastaba esos cuarenta y cinco minutos de silencio hostil por la mañana: pues desde el alba la berlina del doctor transportaba al padre y al hijo. Raymond bajábase a las puertas de
Saint-Genes
, y a través de los bulevares llegaba hasta su colegio, mientras el doctor proseguía su camino al hospital. Tres cuartos de hora en esa caja que olía a cuero fétido entre dos cristales que chorreaban agua: permanecían uno al lado de otro. El médico que unos instantes más tarde hablaría, abundante y autoritariamente, en su pabellón a los estudiantes, buscaba en vano, desde hacía meses, las palabras con las cuales podría alcanzar a ese ser que engendrara. ¿Cómo abrirse camino hasta ese corazón híspido? Cuando se enorgullecía de haber encontrado la solución y dirigía a Raymond palabras largamente meditadas, no reconocía estas mismas palabras y hasta su voz lo traicionaba: pues, muy a su pesar, era burlona y seca. Siempre fue un martirio para él no poder expresar sus sentimientos.

Esta bondad del doctor Courrèges se había hecho célebre gracias únicamente al testimonio de sus actos; sus actos eran los únicos testigos de esa bondad oculta en él, enterrada viva en él. Era imposible obtener de él que aceptara sin refunfuños ni alzamientos de hombros una palabra de gratitud. Zarandeándose al lado de su hijo en estas albas lluviosas, ¡cuántas veces había interrogado este rostro que se ocultaba! Pese a sí mismo, el doctor interpretaba algunos signos en este rostro de ángel malo —esa falsa dulzura de los ojos demasiado ojerosos—. «El pobre niño me cree su enemigo, pensaba el padre, yo tengo la culpa y no él.» No contaba con esa presciencia de los adolescentes, para saber quiénes los aman. Raymond oía la llamada y no mezclaba a su padre con los otros, pero se hacía el sordo; por lo demás, él mismo no habría sabido qué decir a este padre cohibido —ya que él cohibía a este hombre— y este mismo hecho lo helaba.

Sucedía, sin embargo, que a veces el doctor no podía dejar de llamarle la atención; pero siempre lo más suavemente posible y esforzándose en tratar a Raymond como a un camarada.

—El director del colegio ha vuelto a escribirme por tu culpa. ¡Vas a volver loco al pobre padre Farge! Según parece hay pruebas de que tú fuiste el que hizo circular, mientras estudiaban, ese tratado de obstetricia… lo habrías robado de mi biblioteca. Te confieso que la indignación del padre Farge me parece exagerada; estáis en edad de conocer la vida y es mejor después de todo que la conozcáis a través de obras serias… Así se lo escribí al director… Pero también encontraron en el cesto de los papeles del estudio un número de *La Gaudriole*: naturalmente, sospechan de ti; cargas con todos los pecados de Israel… Ten cuidado, hijo, terminarán por echarte seis meses antes de los exámenes…

—No.

—¿Por qué no?

—Porque como estoy repitiendo tengo muchas posibilidades de que no me suspendan este año. ¡Los conozco! ¡Te imaginas si se van a desprender de alguien que tenga probabilidades de salir bien! Por si te interesa, te diré que si ellos me echan, me atraparían los jesuitas. Prefieren que los contamine, como dicen en el colegio, antes que perder un bachiller para sus estadísticas. Conoces la sonrisa triunfante de Farge el día de los premios: ¡presentó treinta candidatos, hay veintitrés doctorados y dos *posibles*! ¡Estruendosos aplausos!… ¡Asquerosos!

—No, hijito…

El doctor daba énfasis a ese «hijito». Tal vez era el instante de deslizarse en ese corazón que no se entregaba. Hacía mucho tiempo que el hijo no se permitía nada que pareciera un abandono. A través de sus cínicas palabras entreveíase una chispa de confianza. ¿A qué palabras recurrir que no hirieran al niño, para convencerlo de que existen hombres sin cálculos ni ardides, los cuales, generalmente más hábiles, son los maquiavelos de una causa sublime, y precisamente aquellos que desean nuestro bien son los que nos hieren…? El doctor buscaba la mejor fórmula; el camino del arrabal habíase transformado en la calle de una mañana clara y triste obstruida por los carricoches de los lecheros. Unos minutos más y cruzaría por la garita, por esa cruz de
Saint-Genes
, que, al pasar, adoraban los peregrinos de Santiago de Compostela, donde sólo se apoyaban ahora los inspectores de autobuses. No sabiendo qué decir cogió con su mano esa mano cálida; repitió, a media voz: «Hijito…», y vio, entonces, que Raymond, la cabeza apoyada contra el cristal, dormía, o más bien simulaba hacerlo. El adolescente había cerrado los ojos, los cuales habrían podido traicionar, a pesar suyo, cierta debilidad, el deseo de someterse: un rostro estrictamente hermético, huesudo, como tallado en sílex, en el cual la sensibilidad sólo aparecía en esa doble magulladura de los párpados… Poco a poco, el niño libertó su mano.

Esa mujer, que está allí sentada sobre la banqueta, separada de él por una sola mesa, podría escucharlo sin que tuviera que elevar la voz, ¿cuándo entró en su vida?: ¿antes de esa escena en el coche, o más tarde? Parece haberse calmado ya, y bebe, sin temer que Raymond la reconozca. Durante algunos instantes gira los ojos hacia él, pero los retira inmediatamente. Su voz, que él reconoce, domina, de improviso, el bullicio: «Aquí está Gladys…» No más entrar, una pareja se coloca entre ella y su acompañante, y todos hablan a la vez: «No lográbamos que nos atendieran en el guardarropa… —Siempre somos los primeros en llegar… —Bueno: lo importante es que estéis aquí…»

No; debía haber transcurrido más de un año antes de que ocurriera esa escena en el coche, entre su padre y Raymond: una tarde, sentados a la mesa (tal vez hacia el fin de la primavera; no estaba encendida la lámpara del comedor), la abuela Courrèges había dicho a su nuera: «Lucie, sé para quién son esos cortinajes blancos que visteis en la iglesia.»

Raymond creyó que iba a surgir una de esas interminables conversaciones, cuyas múltiples e insignificantes palabras morían alrededor del doctor. La mayoría de las veces se trataba de discusiones domésticas. Cada una defendía a sus criados: Ilíada miserable en la cual las riñas de la servidumbre desencadenaban, en el Olimpo del comedor, diosas protectoras. Muchas veces también los matrimonios se disputaban una mujer para que trabajara por el día: «Contraté a Travaillote para la próxima semana», decía, por ejemplo, la señora Courrèges a Madeleine Basque. La joven replicaba que no se había zurcido aún la ropa de los niños.

—Siempre logras contratar a Travaillote.

—¡Pues bien! Dile que venga a María-nariz-rota.

—María-nariz-rota trabaja muy lentamente, y además tengo que pagarle el tranvía.

Pero esa tarde, la mención de los cortinajes blancos de la iglesia suscitó una disputa mucho más grave. La abuela Courrèges agregó:

—Se trata del pequeño de Maria Cross: murió de una meningitis. Parece que pidió un entierro de primera.

—¡Qué falta de tacto!

Al oír esta exclamación de su mujer, el doctor, que leía una revista mientras tomaba su sopa, levantó los ojos. Como siempre, la esposa, entonces, bajó los suyos, pero en su tono de cólera le dijo que era una lástima que el sacerdote no hubiera puesto en su lugar a esa mujer que mantenía Larousselle a vista y paciencia de toda la ciudad y que desplegaba un lujo insolente: caballos, coches, y todo lo demás. El doctor extendió la mano:

—No juzguemos. No somos nosotros los ofendidos.

—¿Y el escándalo? ¿No significa nada?

Ante una mueca que hizo el doctor, ella comprendió que él admirábase de su vulgaridad, y trató de bajar el tono de la voz; pero segundos después, volvía a exclamar que esa mujer le producía horror… La propiedad en la cual había vivido durante tanto tiempo su vieja amiga la señora Bouflard, suegra de Victor Larousselle, estaba habitada ahora por una bribona… Cada vez que pasaba frente a la casa, se le partía el alma…

El doctor, con voz tranquila, casi en voz baja, la interrumpió para decirle que esta tarde sólo había en esa casa una madre a la cabecera de su hijo muerto. Entonces, la señora Courrèges, solemne y con el índice levantado, pronunció:

—¡La justicia de Dios!

Los niños oyeron el ruido de la silla que el doctor bruscamente apartó de la mesa. Metió la revista en su bolsillo, y sin decir palabra alcanzó la puerta, esforzándose por que su paso fuera lento; pero la familia, atenta, lo oyó subir la escalera de cuatro en cuatro peldaños.

—¿Dije algo extraordinario?

La señora Courrèges interrogó con su mirada a su suegra, al joven matrimonio, a los niños, a la criada. Sólo se oía el ruido de los cuchillos y tenedores y la voz de Madeleine: «No mordisquees el pan… Deja ese hueso…» La señora Courrèges, después de observar el rostro de su suegra, agregó:

—Es como una enfermedad.

Pero la anciana, metida la nariz en su plato, pareció no haberla escuchado. Entonces Raymond estalló en risas.

—Vete a reír afuera. Volverás cuando te hayas calmado.

Raymond tiró su servilleta. ¡Cuán apacible veíase el jardín! Sí: debía haber sido al final de la primavera, pues recordaba el vuelo ruidoso de algavaros, y habían servido fresas de postre. Sentóse en medio del prado sobre la piedra caliente de la alberca, cuyo surtidor jamás había funcionado. En el primer piso la sombra de su padre erraba de una ventana a la otra. En ese crepúsculo, polvoriento y pesado, de una campiña cercana a Burdeos, la campana sonaba a largos intervalos pues había muerto el niño de esa mujer que ahora, en este mismo instante, vaciaba su vaso tan cerca de Raymond que podía casi tocarla con su mano extendida. Después de haber bebido champaña, Maria Cross mira con más libertad al joven, como si ya no temiera que la reconociera. Decir que ha envejecido no es decir bastante: a pesar de sus cabellos cortos y pese a que viste a la última moda, su cuerpo, sin embargo, conserva las formas de las modas de 19… Es joven, pero con esa juventud que floreció y se detuvo hace quince años: joven como ya no se es más. Las mismas ojeras que tenía en aquel tiempo, cuando decía a Raymond: «Tenemos los mismos ojos.»

Raymond recordaba que, al día siguiente de esa tarde en que su padre dejó la mesa, bebía su chocolate al alba, en el comedor, y como las ventanas estaban abiertas sobre la bruma, tiritaba un poco en medio de un olor a café recién molido. La grava del sendero crujía bajo las ruedas de la vieja berlina: el doctor se había retrasado esa mañana. La señora Courrèges, vestida con una bata color ciruela, los cabellos tirantes y trenzados todavía según el rito nocturno, besó la frente del colegial, que no interrumpió su desayuno:

—¿No ha bajado tu padre?

Agregó que debía entregarle unas cartas para el correo. Pero Raymond adivinó el motivo de su presencia en la mañana; de tanto vivir apretujados unos contra otros, los miembros de una misma familia se daban, a la vez, el gusto de no hacerse confidencias y de sorprender los secretos del vecino. La madre decía de su nuera: «Nunca me dice nada; eso no impide que la conozca a fondo.» Cada uno pretendía conocer a fondo a los demás, y en cambio pretendía pasar por indescifrable frente a los otros. Raymond creyó saber el motivo que su madre tenía para encontrarse allí: «Deseaba desquitarse.» Después de esa escena de la víspera, merodeaba alrededor de su marido tratando de granjearse el perdón. La pobre mujer descubría siempre tarde que sus palabras eran sin lugar a dudas, las que más herían al doctor. Como sucede en ciertos sueños dolorosos, cada esfuerzo que realizaba para acercarse a su marido lo alejaba de él; le era imposible decir y hacer algo que no le fuera odioso. Enredada en una torpe ternura, avanzaba a tientas, y con sus brazos tendidos sólo sabía herirlo.

Cuando oyó que en el primer piso se cerraba la puerta del doctor, la señora Courrèges echó en la taza el café hirviente; una sonrisa iluminó su rostro empapado por el insomnio, estregado por la lenta lluvia de los días laboriosos e iguales: sonrisa que se apagó rápidamente al aparecer el doctor. Lo miraba, de pies a cabeza, con desconfianza:

—¿Vas con tu sombrero de copa y tu capote?

—Lo estás viendo.

—¿Vas a un matrimonio?

—…

—¿A un entierro?

—Sí.

—¿Quién murió?

—Alguien al cual tú no conoces, Lucie.

—Dime quién es, de todas maneras.

—El chico Cross.

—¿El hijo de Maria Cross? ¿La conoces? No me lo has dicho. No me has dicho nada. No obstante, desde que hablamos en la mesa acerca de esa bribona…

El doctor, de pie, bebía su café. Respondió, con su voz más suave, con voz que, aunque estrangulada, había alcanzado la cima de su exasperación:

—Después de veinticinco años no has comprendido que hablo lo menos posible de mis enfermos.

No, ella no comprendía y encontraba sorprendente que ella se enterara por casualidad, mientras estaba de visita, que a tal señora la atendiera el doctor Courrèges:

—¡Qué agradable es para mí ver la extrañeza de la gente!: «¿Cómo, usted no sabía?»: entonces me veo obligada a contestar que no tienes ninguna confianza en mí, que no me dices nunca nada… ¿Cuidabas al niño? ¿Y de qué murió? Bien me lo puedes decir a mí, no diré nada; por lo demás, no tiene importancia para gente como esa…

El doctor, como si no la oyera ni la viera, púsose su abrigo, y gritó a Raymond: «Apúrate. Hace rato que han dado las siete.» La señora Courrèges trotaba tras ellos:

—¿Qué he dicho de malo otra vez? Ya estás enfadado de nuevo.

Se oyó golpear la puerta de entrada; un macizo de arbustos ocultaba ya la vieja berlina, y el sol comenzaba a abrir la bruma; la señora Courrèges, dirigiéndose a sí misma palabras confusas, volvió a la casa.

En el coche, el colegial observaba a su padre con ardiente curiosidad, con el deseo de recibir una confidencia. Tal vez en ese instante podrían haberse aproximado; pero en esos momentos el doctor estaba a kilómetros de distancia de ese niño, al cual había deseado tantas veces capturar; la joven presa ofrecíase a él ahora, y no lo sabía; mascullaba en su barba como si se hubiera encontrado solo: «Debería haber llevado un cirujano… Siempre se puede intentar la trepanación…» Echó hacia atrás su sombrero de copa, enfadado; bajó un cristal y tendió su rostro hirsuto al camino lleno de carricoches. A las puertas de la ciudad, repitió distraídamente: «Hasta la tarde», pero no siguió a Raymond con la mirada.

CAPÍTULO TERCERO

Durante ese verano que se aproximaba, Raymond Courrèges cumplió diecisiete años. Había sido un verano tórrido, sin agua y tan terrible que ningún otro después volvió a aplastar, con su cielo intolerable, la ciudad pedregosa. Recuerda, sin embargo, esos veranos de Burdeos cuyas colinas la defienden contra el viento norte, sitiada hasta sus puertas por los pinos y la arena donde el calor se concentra y acumula. Burdeos, ciudad desnuda de árboles, fuera del jardín público. Los niños se morían de sed: les parecía que, tras sus altas rejas solemnes, se consumía el último verdor del mundo.

Pero, tal vez, Courrèges confundía en su recuerdo el fuego del cielo de ese año con la llama interior que arrasaba con él y otros sesenta muchachos de su edad, encerrados entre los barrotes de un patio separado de los otros cursos por un muro de letrinas. Necesitábanse dos vigilantes para domesticar ese rebaño de niños que morían y de hombres que empezaban a nacer. Impelidos por una dolorosa germinación, la joven selva humana crecía en pocos meses, frágil y sufriente. Pero en tanto que el mundo y sus costumbres pulían a casi todos esos vástagos de buena familia, Raymond Courrèges, desvergonzadamente, echaba fuera el fuego que lo consumía. Causaba miedo y horror a sus maestros, los cuales trataban de apartar de sus compañeros a ese muchacho de rostro desgarrado (su piel infantil no soportaba la hoja de afeitar). Era, ante los ojos de los buenos alumnos, ese sucio individuo de quien se cuenta que esconde dentro de su billetera fotografías de mujeres y que en la capilla lee, bajo la tapa de un misal, *Afrodita*. «Había perdido la fe…» Esta palabra aterrorizaba el colegio, como si dentro de un asilo de locos hubiera corrido el rumor de que el loco más furioso había roto su camisa de fuerza y erraba desnudo por los jardines. Los pocos domingos en que no se encontraba castigado, Raymond Courrèges lanzaba su uniforme y su gorro adornado con el monograma de la Virgen entre las ortigas, se ponía un abrigo comprado hecho donde Thierry y Sigrand, cubría su cabeza con un ridículo casco de policía urbano y recorría las sórdidas casuchas de la feria: lo habían visto en el tiovivo con una ramera de edad indefinible.

Cuando en el día de la distribución de premios, a la asamblea embrutecida por el calor, se le notificó que el alumno Courrèges se había examinado definitivamente con «bastante bien», sólo él sabía la razón del esfuerzo desplegado, a pesar del aparente desorden de su vida, para no fracasar en el examen. Una idea fija lo había obsesionado apartándole de toda otra persecución, acortándole las horas de castigo contra el muro decrépito del patio de recreo: la idea de partir, de huir al alba de un día de verano, por la gran ruta de España que pasaba frente a la propiedad de los Courrèges: ruta que jalonaban enormes piedras, recuerdo del Emperador, de sus cañones y de sus convoyes. ¡Embriaguez saboreada de antemano: cada paso lo alejaba un poco más del colegio y de su opaca familia! Habíase convenido que si Raymond aprobaba, su padre y su abuela le darían cada uno cien francos; como tenía ya ochocientos, juntaría así los mil francos gracias a los cuales prometíase recorrer el mundo y poner entre él y los suyos un espacio indefinido. Por este motivo, sin turbarse con el juego de los demás, trabajaba durante sus castigos. A veces volvía a cerrar el libro y caía glotonamente en su sueño: las cigarras cantaban en los pinos de sus futuras rutas; la posada donde rendido descansaba en un pueblo sin nombre, era fresca y sombría; el claro de luna despertaba a los gallos y el niño volvía a partir con la fresca, saboreando el gusto del pan entre sus dientes; a veces se dormía sobre una parva: una paja escondía una estrella, la mano mojada de la madrugada lo despertaba…

Sin embargo, no había huido ese muchacho al cual profesores y padres juzgaban capaz de todo; sus enemigos, sin darse cuenta, eran los más fuertes: la derrota de un adolescente se produce cuando aquél se deja convencer de su miseria. A los diecisiete años, el más salvaje muchacho acepta benévolamente la imagen de sí mismo que le imponen los demás. Raymond Courrèges era bello, pero no dudaba que era un monstruo de fealdad y mugre; no distinguía las líneas puras de su rostro y sólo se sentía seguro de provocar en los demás repugnancia. Causábase horror y creía no ser capaz jamás de devolver al mundo la antipatía que él le provocaba. Por este motivo, más fuerte que su deseo de evadirse era el deseo de esconderse, de

sustraer su rostro, de no sentir el odio ajeno. Ese libertino a quien los niños de la Congregación no osaban dar la mano, ignoraba como ellos a la mujer y no se hubiera juzgado digno de gustar ni a la más miserable fregona. Sentía vergüenza de su cuerpo. En ese despliegue de desorden y suciedad, ni los padres ni los profesores supieron ver una miserable baladronada de adolescente con el objeto de hacerles creer que su miseria era voluntaria: pobre orgullo, humildad desesperada.

Las vacaciones transcurridas después de su examen final, lejos de haber sido las vacaciones de la evasión, fueron un tiempo de oculta cobardía: paralizado por la vergüenza, creía leer el desprecio en los ojos de la criada que hacía su cuarto, y no se atrevía a sostener la mirada con que a veces el doctor lo envolvía por largo rato. Como los Basque pasaban el mes de agosto en Arcachon, ni siquiera le quedaban los cuerpos de los niños, livianos como plantas, con los que le gustaba jugar en forma salvaje.

Desde la partida de los Basque, la señora Courrèges repetía de buena gana: «Qué agradable es estar solos por fin.» Vengábase así de un comentario de su hija: «Gaston y yo estábamos muy necesitados de una pequeña cura de soledad.» En realidad, la pobre mujer vivía todos los días esperando una carta, y cuando rugía la tempestad imaginaba inmediatamente a todos los Basque naufragando en una embarcación. Su casa se encontraba medio desocupada y le hacía daño ver los cuartos vacíos. ¿Qué podía esperarse de ese hijo que corría siempre por los caminos, que volvía sudando y lleno de odio para lanzarse como una bestia sobre los alimentos?

—Me dicen: usted tiene su marido… ¡Ah! ¡Bah!

—Se olvida, pobre hija, lo ocupado que está siempre Paul.

—Ya no tiene sus clases, madre. La mayor parte de su clientela está en las termas.

—Sus clientes pobres no se van. Y además está su laboratorio, el hospital, sus artículos…

La esposa movía amargamente la cabeza: sabía que esta actividad del doctor nunca moriría por falta de alimento; jamás, hasta la muerte de ese hombre, un intervalo de reposo, en el cual, desocupado y ocioso, el doctor pudiera entregarle el don total de algunos instantes. No creía que esto fuera posible; no sabía que el amor, aun en las vidas más ocupadas, sabe cavarse su lugar; hasta un hombre de Estado, sobrecargado de trabajo, detiene el mundo cuando llega el momento de reunirse con su amante. Esta ignorancia le impedía sufrir. A pesar de que ella conocía esa clase de amor que consiste en acosar a un ser inaccesible que nunca da la cara, su misma impotencia para lograr de él una sola mirada de atención, le impedía imaginarse que el doctor pudiera ser distinto con otra mujer. No, no quería creer que pudiera existir otra mujer capaz de atraer al doctor más allá de ese mundo incomprensible de estadísticas, investigaciones donde se acumulan manchas de sangre o de pus sujetas entre dos vasos, y pasarían muchos años antes de que ella descubriera que muchas tardes el laboratorio había permanecido desierto, los enfermos habían esperado en vano a aquel que los aliviaría de sus dolencias: en un salón sombrío prefería quedarse inmóvil, el rostro vuelto hacia una mujer tendida.

Para poder fabricarse, dentro de sus laboriosos días, esos espacios secretos, el doctor tenía que redoblar su actividad; despejaba su camino de obstáculos para alcanzar, al fin, ese tiempo de contemplación y de amoroso silencio donde una prolongada mirada satisfacía su deseo. A veces, muy cerca de esa hora esperada, recibía un mensaje de Maria Cross: ya no era libre; el hombre del cual dependía concertó una velada en un restaurante del arrabal; el doctor no habría sido capaz de seguir viviendo si, al término de la carta, Maria Cross no le hubiera propuesto otro día. Por un repentino milagro, toda su existencia organizábase alrededor de esa nueva cita; a pesar de que tenía comprometidas todas sus horas, de una sola ojeada veía, como un hábil jugador de ajedrez, todas las posibles combinaciones y las piezas que era necesario mover para encontrarse justo a la hora, inmóvil, sin nada que hacer, en el salón ahogado por los cortinajes, el rostro vuelto a esa mujer tendida. Y cuando había transcurrido la hora en la cual debía reunirse con ella, no habiéndose ella excusado, se regocijaba pensando: «Podría esto haber pasado…, y en cambio tengo ahora por delante toda esta felicidad…» Sabía cómo llenar los días que lo separaban de ese encuentro: el laboratorio, sobre todo, era un refugio para él; perdía la conciencia de su amor; esa búsqueda abolía el tiempo, consumía las horas hasta que llegaba súbitamente el instante de cruzar la puerta de esa propiedad donde vivía Maria Cross, tras la iglesia de Talence.

Devorado, pues, por esta pasión, durante aquel verano se preocupó cada vez menos de su hijo. Depositario de tantos secretos vergonzosos, el doctor repetía a menudo: «siempre creemos que los “otros sucesos” no nos conciernen: que el asesinato, el suicidio, el escándalo son cosas de los demás… y sin embargo…» Y sin embargo, jamás supo que, durante ese agosto mortal, su hijo había estado muy cerca de realizar un gesto irreparable. Raymond deseaba huir, pero, al mismo tiempo, esconderse, no ser visto. No se

atrevía a entrar en un café, en una tienda. Solía pasar diez veces frente a una puerta antes de decidirse a abrirla. Esa fobia hacía imposible toda evasión, pero se ahogaba en esa casa. En las noches, la muerte se le aparecía como la más simple de todas las cosas; abría el cajón del escritorio, en el cual su padre escondía un revólver de modelo antiguo: sólo Dios sabía por qué no hallaba las balas. Una tarde atravesó las viñas, amodorradas bajo la siesta, descendió hacia el vivero, al pie de un árido prado: aguardaba a que las plantas, los helechos enlazaran sus piernas, de manera que ya no fuera capaz de desembarazarse de esa agua cenagosa; por fin su boca y sus ojos llenaríanse de limo; nadie lo volvería a ver y no vería cómo los otros lo observaban. Los mosquitos bailaban sobre esa agua; cual piedrecillas, los sapos turbaban esa tiniebla movediza. Atrapado entre las plantas, un animal despachurrado emblanquecía. Lo que salvó a Raymond ese día no fue el miedo sino el asco.

Por fortuna, no solía estar solo. El tenis de los Courrèges atraía a la juventud de las propiedades colindantes. La señora Courrèges echaba en cara a los Basque por haberle exigido que gastara dinero en hacer una cancha de tenis y que se hubieran ido cuando podían haberla aprovechado. Sólo los extraños disfrutaban de ella: con una raqueta en la mano, muchachos vestidos de blanco, a los cuales no se oía llegar debido a sus silenciosas zapatillas, aparecían en el salón a la hora de la siesta, saludaban a las señoras, apenas preguntaban por Raymond, y luego retirábanse a la zona de luz, donde pronto resonaban sus *play*, sus *out* y sus risas. «No se dan el trabajo de cerrar la puerta», gemía la abuela Courrèges, cuya idea fija era no dejar entrar el calor. Tal vez Raymond habría consentido en jugar, pero la presencia de las muchachas lo inhibía. ¡Ah! especialmente las señoritas Cousserouge:
Marie-Thérèse
,
Marie-Louise
y
Marguerite-Marie
, tres robustas rubias, las cuales, debido a la abundancia de sus cabellos sufrían siempre de jaqueca, condenadas como estaban a llevar sobre sus cabezas una enorme arquitectura de trenzas amarillas, mal sujetas por los peines y siempre en peligro de derrumbarse. Raymond las odiaba. ¿Qué les daba por reírse? Se «desternillaban». Para ellas los otros eran «para morirse de risa». En verdad, no se reían más de Raymond que de cualquier otro, pero su mal consistía en creerse el centro de toda la risa del mundo. Por lo demás, él tenía una razón muy precisa para odiarlas: la víspera de la partida de los Basque, no se atrevió Raymond a negar a su cuñado la promesa de montar un inmenso caballo que el teniente dejaba en las caballerizas. Pero a esa edad le bastaba con montar para que fuera presa de un vértigo que lo convertía en el más ridículo de los jinetes. Las señoritas Cousserouge lo sorprendieron una mañana en una avenida boscosa: cabalgaba agarrado al pomo de la silla; luego fue depositado bruscamente sobre la arena. No podía verlas sin dejar de recordar los grandes aspavientos que hicieron en aquella ocasión; en cada uno de sus encuentros, ellas le recordaban las circunstancias de su caída.

¡Qué tempestad es capaz de desencadenar la broma más inocente en un corazón joven, en ese equinoccio de la primavera! Raymond no distinguía la una de la otra, y en su odio sólo consideraba de las Cousserouge: como algo parecido a un monstruo gordo de tres moños, siempre sudoroso, cloqueando bajo los árboles inmóviles de esas tardes, de agosto de 19…

Algunas veces cogía el tranvía, atravesaba el horno ardiente de Burdeos, y alcanzaba hasta los muelles donde, en el agua muerta, manchas de petróleo y aceite formaban arco iris y retozaban cuerpos consumidos por la miseria y por la escrófula. Reían, se perseguían; sus pies desnudos chasqueaban sobre las baldosas dejando diminutas huellas mojadas.

Octubre regresó: la jornada se había cumplido, Raymond había atravesado el momento más peligroso de su vida, se salvaría, estaba ya salvado al entrar al colegio. Los nuevos libros de estudio cuyo olor tanto amaba, le ofrecían, en ese año en el cual estudiaría filosofía, en un cuadro sinóptico, todos los sueños y sistemas humanos. Se salvaría, pero no por sus propias fuerzas. Se acercaba el tiempo en que llegaría una mujer, aquella misma que lo miraba esa tarde a través del humo y las parejas de ese pequeño bar, con esa frente amplia y tranquila, no alterada por el tiempo.

Durante los meses de invierno que vivió antes de ese encuentro, cayó en un profundo embotamiento: una especie de torpor lo dejaba inerme; sin defensa, ya no era el eterno castigado. Después de esas vacaciones en que fue torturado por la doble obsesión de la huida y de la muerte, realizaba, de buenas ganas, los gestos ordenados, y la disciplina ayudábalo a vivir. Pero sólo lo hacía para gozar más de la dulzura del retorno cotidiano, ese trajín de todas las tardes de un arrabal a otro. Una vez franqueada la puerta del colegio, entraba en el misterio de ese pequeño camino húmedo que a veces olía a bruma y otras

rezumaba un aliento a frío seco. Le eran familiares todos esos cielos tenebrosos, ora despejados y roídos por las estrellas, ora cubiertos de nubes iluminadas interiormente por la luna que no veía. Luego estaba la garita, el tranvía siempre asaltado por gente agobiada, sucia y tranquila; el gran rectángulo amarillo hundíase en el campo, más iluminado que el *Titanic*, y caminaba entre jardincillos trágicos, sumergidos en el fondo del invierno y de la noche.

En la casa él ya no se sentía objeto de una eterna indagación; la atención general habíase concentrado sobre el doctor.

—Me inquieta —decía la señora Courrèges a su suegra—: feliz usted, pues no se hace mala sangre: envidio una naturaleza como la suya.

—Paul está con *surmenage*; trabaja demasiado, es cierto; pero posee una reserva de salud que me tranquiliza.

La nuera se encogió de hombros, y no trataba de comprender lo que la vieja mascullaba para sí misma: «No está enfermo; la verdad es que sufre.»

La señora Courrèges repetía: «Los médicos se especializan en no cuidarse.» En la mesa lo espiaba; él levantaba hacia ella un rostro crispado.

—Hoy es viernes: ¿por qué, entonces, chuleta?

—Necesitas sobrealimentación.

—¿Qué sabes tú de eso?

—¿Por qué no consultas a Dulac? Un médico no sabe cuidarse solo.

—Después de todo, pobre Lucie, ¿por qué piensas que estoy enfermo?

—No te ves a ti mismo; da miedo mirarte; todo el mundo se da cuenta de ello. Ayer, no más, no recuerdo quién, me preguntó: «Pero, ¿qué tiene su marido?» Deberías tomar un remedio para el hígado. Estoy segura de que se trata de eso.

—¿Por qué el hígado y no otro órgano?

Declaraba con tono perentorio: «Tengo esa impresión.» Lucie tenía la certeza precisa de que era el hígado, y nada la haría desistir de ello; al preocuparse del doctor mostrábase más fastidiosa que las moscas: «Ya tomaste dos tazas de café; ordenaré en la cocina que no vuelvan a llenar la cafetera; es el tercer cigarrillo después del desayuno, no lo niegues; las tres colillas están en el cenicero.»

—La prueba de que se siente enfermo —decía ella un día a su suegra— es que ayer lo sorprendí frente a un espejo mirando muy de cerca su rostro. ¡Él, que jamás se había preocupado de su físico! Parecía como si tratara de desarrugarse la frente y las sienes; llegó hasta abrir la boca y mirar sus dientes.

La abuela Courrèges observaba, por encima de sus lentes, a su nuera, como si temiera descifrar sobre ese rostro desconfiado algo más grave que la inquietud: una sospecha. La anciana sentía que el beso de su hijo por la noche era más prolongado que antaño y tal vez ella sabía lo que significaba el peso de esa cabeza de hombre que por algunos segundos se abandonaba: habíase acostumbrado desde la adolescencia de su hijo a adivinar sus heridas, que sólo podían ser curadas por un solo ser en el mundo: el autor de ellas. Pero la esposa, si bien había sido lastimada en su ternura durante años, sólo creía en un mal físico; y cada vez que el doctor se sentaba frente a ella apoyando sus dos manos unidas sobre su rostro adolorido, repetía:

—Todos nosotros opinamos lo mismo: debes consultar a Dulac.

—Dulac no me diría nada nuevo.

—¿Acaso puedes auscultarte a ti mismo?

El doctor no respondía, atento como estaba a la angustia de su corazón. ¡Ah! Por cierto contaba mejor los latidos de su corazón que los de otro pecho cualquiera, jadeante como se encontraba todavía después de ese juego al que se había entregado al lado de Maria Cross: ¡cuán difícil es introducir una palabra más tierna, una ilusión amorosa en una conversación con una mujer diferente que impone a su médico un carácter sagrado, que lo reviste de una paternidad espiritual!

El doctor revivía los detalles de esa visita: había estacionado su coche sobre el camino frente a la iglesia de Talence y había continuado a pie el camino lleno de charcos. El crepúsculo fue tan rápido que se hizo la noche antes que él hubiera franqueado la puerta de entrada. Al final de la avenida descuidada, una lámpara enrojecía los vidrios del primer piso de una casa baja. No había tocado el timbre; ningún sirviente lo había precedido a través del comedor; había entrado sin llamar al salón donde Maria Cross, extendida, no se levantó; aún más, había proseguido durante algunos segundos su lectura. Luego: «Bien doctor, estoy a su disposición.» Le tendía sus dos manos y apartaba un poco sus pies para que pudiera sentarse en el diván. «No tome esa silla, está quebrada. Aquí hay lujo y miseria, usted sabe…»

El señor Larousselle había instalado a Maria Cross en esa casa de campo, donde el visitante tropezaba con la rotura de los tapices y los pliegues de los cortinajes disimulaban los hoyos. A ratos, Maria Cross permanecía silenciosa; para que el doctor tomara la iniciativa de una conversación favorable a la confesión que se proponía hacer, hubiera sido necesario que no existiera ese espejo que reflejaba un rostro cubierto por la barba, los ojos sanguinolentos y estropeados por el microscopio, la frente ya calva en la época en que Paul Courrèges preparaba el internado. De todas maneras, tendría suerte: una mano pequeña colgaba tocando casi la alfombra: habíala cogido entre las suyas diciendo a media voz: «Maria…» Ella no había retirado su mano confiada: «No, doctor, no tengo fiebre.» Y como siempre sólo hablaba de sí misma, había agregado: «Hice una cosa, amigo mío, que usted aprobará: dije al señor Larousselle que ya no necesitaba el coche, que podía venderlo junto con los aparejos y despedir a Firmin. Usted sabe cómo es él: incapaz de comprender algo de un sentimiento noble; rió, adujo que no valía la pena por un capricho de algunos días "trastornar todo aquí". Me he puesto firme, y sea el tiempo que sea uso sólo el tranvía: hoy mismo, cuando volví del cementerio. Pensé que usted estaría contento de mí. Me siento menos indigna de nuestro pequeño muerto; me siento menos… menos mantenida.»

Pronunció apenas esta última palabra. Unos bellos ojos llenos de lágrimas, levantados hacia el doctor imploraban humildemente una aprobación; inmediatamente se la dio con voz grave y fría a esa mujer que sin cesar lo invocaba: «Usted que es tan grande… usted el más noble ser que he conocido jamás… su sola existencia basta para hacerme creer en el bien…» Quería protestar: «No soy lo que usted piensa, Maria; sólo soy un pobre hombre devorado por sus deseos como los otros hombres…»

—Usted no sería el santo que es —contestaba Maria— si no se despreciara.

—No, no, Maria: ¡no soy un santo! usted no sabe…

Ella lo contemplaba con una admiración cuidadosa; pero jamás se le había ocurrido inquietarse como Lucie Courrèges y fijarse en su mal aspecto. El culto tan forzado que le dedicaba esta mujer, lo hacía desesperarse. Su deseo estaba bloqueado por esta admiración. Persuadíase, cuando se encontraba lejos de Maria Cross, de que no existían obstáculos que no pudiera atravesar un amor como el suyo; pero en cuanto se encontraba nuevamente frente a la joven que respetuosa esperaba sus palabras, se rendía ante la evidencia de su irremediable desgracia; nada en el mundo podía cambiar el plan de sus relaciones; ella no era amante sino discípula: él no era amante sino director espiritual. Tender sus brazos hacia ese cuerpo extendido, atraerla hacia él hubiera sido un gesto tan demente como romper ese espejo. Y eso que él no sospechaba que ella esperaba con impaciencia su partida. Maria se sentía orgullosa de interesar al doctor, y en su vida de mujer caída, apreciaba muy alto sus relaciones con ese hombre eminente; ¡pero cómo la aburría! Sin presentir que sus visitas fueran una lata para Maria, sentía que cada día se escapaba un poco más su secreto, a tal punto que sólo una indiferencia llegada al colmo explicaba que ella no se hubiera dado cuenta. Si Maria hubiera sentido tan sólo un comienzo de afecto, el amor del doctor le habría saltado a la vista. ¡Ay, hasta qué punto puede una mujer estar ausente frente a un hombre al cual, por otra parte, estima y venera y cuyo trato la enorgullece, pero la aburre! Este hecho se le había revelado al doctor parcialmente, lo suficiente para aplastarlo.

Habíase levantado, interrumpiendo a Maria Cross en la mitad de una frase: «¡Ah!», le había dicho ella, «¡usted no mide el tiempo de sus visitas! Pero los enfermos lo esperan… No quiero ser egoísta, y tenerlo sólo para mí.»

Atravesó de nuevo el comedor desierto, el vestíbulo; aspiró el aire del jardín helado; y en el coche que lo llevaba de regreso, pensaba en el rostro atento y apenado de Lucie, sin duda inquieta y al acecho, y habíase repetido: «En primer lugar, no debo hacer sufrir; basta que yo sufra; no debo hacer sufrir…»

—Tienes muy mal aspecto esta tarde. ¿Qué esperas para ver a Dulac? Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por nosotros. Cualquiera diría que estás solo en el mundo: nos importa a todos.

La señora Courrèges tomaba por testigos a los Basque, los cuales interrumpieron un diálogo que sostenían a media voz, para unirse a las solicitudes de ella:

—Sí, padre: deseamos conservarlo con nosotros el mayor tiempo posible.

Ante el solo sonido de esa voz odiada, el doctor se avergonzaba de sentir cómo crecía en él un sentimiento contra su yerno: «Sin embargo, es un muchacho honrado… Es imperdonable de mi parte…» ¿Pero cómo olvidar las razones que tenía para odiarlo? Durante años, sólo una cosa de su matrimonio le había parecido igual a lo que él soñara: contra el gran lecho conyugal, esa camita estrecha donde, cada tarde, cada noche, él y su mujer veían cómo dormía Madeleine, su hija mayor. No se percibía la respiración; un pie puro rechazaba las frazadas; entre los barrotes colgaba una manita blanda y maravillosa. Era una niña tan dulce que se la podía mimar sin peligro, y la preferencia de su padre la halagaba hasta tal punto que se quedaba horas enteras jugando, sin hacer ruido en el gabinete del doctor: «Dices que ella no es

inteligente», repetía; «pero es más que inteligente». Más tarde, él, que siempre odiaba salir con la señora Courrèges, gustaba de que lo vieran con esa joven: «¡Creen que eres mi mujer!» En ese entonces, eligió, entre los estudiantes, a Fred Robinson, el único discípulo que lo comprendía. El doctor ya lo llamaba su hijo, y esperaba que Madeleine cumpliera dieciocho años para finiquitar el matrimonio, cuando, al final del primer invierno en que se presentara en sociedad, la joven avisó a su padre que era novia del teniente Basque. La oposición furiosa del doctor duró meses, y no fue comprendida ni por su familia ni por la sociedad. ¿Cómo podía preferir, a ese oficial rico, de buena familia, de gran porvenir, un estudiantillo sin fortuna, salido de no se sabía dónde? Egoísmo de sabio, decían.

Las razones del doctor eran demasiado particulares como para que se las dijera a sus amigos. A partir de su primera objeción, comprendió que había llegado a ser un enemigo para esa hija querida; se persuadió a sí mismo de que ella se regocijaría con su muerte, que ante sus ojos él no era sino un viejo muro pronto a derrumbarse para que ella pudiera reunirse con el macho que la llamaba. Con el objeto de ver mejor, había puesto coto a su testarudez, para medir, además, el odio de esa su hija preferida. Su anciana madre estaba contra él y se hizo cómplice de los jóvenes. Se tejió miles de intrigas dentro de su propia casa para que los novios pudieran reunirse a su regalado gusto. Cuando, por fin, cedió, su hija lo besó en la mejilla; él levantó un poco los cabellos, como antaño, para tocar con los labios su frente. A su alrededor se siguió diciendo: «Madeleine adora a su padre, siempre ha sido su preferida.» Hasta la muerte, sin duda, oiría la voz de su hija: «Papaíto querido.»

Entre tanto, era necesario soportar a ese Basque. La antipatía que el doctor le tenía traicionábase a pesar del inmenso esfuerzo que hacía por disimularlo. «Es extraño», decía la señora Courrèges. «Paul tiene un yerno que en todo piensa igual que él. Sin embargo, no lo quiere.» Justamente lo que el doctor no podía perdonar a ese muchacho era ese espíritu que deformaba y reducía a caricatura sus ideas más caras. El teniente pertenecía a aquellos seres cuya aprobación nos aplasta y nos lleva a poner en duda todas aquellas verdades por las cuales hubiéramos vertido nuestra sangre.

—Sí, padre; cuídese por amor a sus hijos; soporte que tomen medidas contra su voluntad.

El doctor abandonó la sala sin responder. Más tarde, el matrimonio Basque, refugiado en su cuarto (territorio sagrado del cual la señora Courrèges decía: «No pondré jamás mis pies en él: Madeleine me ha dado a entender que eso no le gusta; son cosas que no necesitan decírmelas dos veces y que las comprendo muy bien aunque me las insinúen»), se desvestía en silencio. El teniente, arrodillado, la cabeza enterrada en el lecho, se volvió súbitamente a su mujer y le preguntó:

—¿Forma parte de los bienes la propiedad?

—…

—Quiero decir, ¿fue comprada por tus padres después de su matrimonio?

Madeleine creía que sí, pero no estaba segura.

—Sería interesante saberlo, pues si tu pobre padre… tendríamos derecho a la mitad.

Calló de nuevo, y de súbito preguntó la edad de Raymond, y pareció fastidiarse al saber que sólo tenía diecisiete años.

—¿Qué te importa? ¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada…

Tal vez pensaba que un menor complicaba siempre una herencia, ya que levantándose dijo:

—Por mi parte, espero que tu pobre padre no nos dejará antes de muchos años.

El lecho, inmenso, abríase en las sombras ante la pareja. Iban a él como quien se sienta a la mesa al mediodía y a las ocho: en el momento de sentir hambre.

Durante esas mismas noches, Raymond se despertaba a veces: no sabía qué cosa cálida y desabrida chorreaba por su rostro, corría por su garganta; tanteaba con su mano buscando un fósforo; veía entonces cómo la sangre surgía de la ventanilla izquierda de su nariz, manchando su camisa y sus sábanas; levantábase y transido miraba en el espejo su largo cuerpo con manchas escarlatas; secaba en su pecho sus dedos pegajosos de sangre, divertíase con su rostro embadurnado, y simulaba ser a la vez el asesino y su victima.

CAPÍTULO CUARTO

Fue una tarde como otra cualquiera —a fines de enero, cuando en esas regiones ya declina el invierno—: Raymond, en ese tranvía rebosante de obreros, extrañóse al ver, frente a él, a esa mujer. Lejos de sufrir al verse perdido en esa carga humana, todas las tardes, imaginábase que era un inmigrante; se encontraba sentado entre los pasajeros del entrepuente, y el barco hendía las tinieblas; los árboles eran corales; los transeúntes y los coches eran los habitantes oscuros de esas grandes profundidades. Travesía muy breve, durante la cual no se le humillaría: ninguno de esos cuerpos era tan negligente ni tan mal tenido como el suyo. Cuando, en ciertas ocasiones, su mirada encontraba otra mirada, no veía en ella ninguna burla; de todos modos, su ropa era más limpia que esa camisa mal sujeta sobre un pecho de bestia velluda. Sentíase incómodo entre esa gente, y no pensaba que hubiera bastado una palabra para que repentinamente surgiera ese desierto que separa las clases tal como separa a los seres. Ese contacto, esa inmersión comunitaria, en un tranvía que hendía los suburbios, era la única comunión posible. Raymond, tan brutal en el colegio, no rechazaba la cabeza zangoloteada de un muchacho de su edad, en el límite de sus fuerzas, cuyo sueño relajaba su cuerpo y lo desataba como se desata un ramo. Pero esa tarde vio, frente a él, a esa mujer, a esa señora. Entre dos hombres, cuyas vestiduras estaban untadas de grasa encontrábase sentada, vestida de negro, el rostro descubierto. Preguntábase más tarde Raymond por qué, bajo su mirada, no había sentido la vergüenza que le producía la última de las sirvientas. No; ninguna vergüenza; ninguna timidez; tal vez porque en ese tranvía sentíase anónimo y no podía imaginar alguna circunstancia que le pudiera poner en contacto con esa desconocida. Pero especialmente porque no veía en sus rasgos nada que se asemejara a la curiosidad, a la burla, al desprecio. ¡Sin embargo, cómo lo observaba ella! Con el cuidado, el método de una mujer que se decía: «Ese rostro me consolará de los miserables minutos que tengo que vivir en un transporte público; suprimo el mundo alrededor de esta sombría cara angélica. Nada puede ofenderme: la contemplación libera; está ante mí como un país desconocido; sus párpados son los bordes asolados de un mar; dos confusos lagos se adormecen en las fronteras de las cejas. La tinta, sobre los dedos, el cuello y los puños grises, ese botón que falta es sólo la tierra que mancha el fruto intacto de súbito desprendido de la rama y que, con mano tímida, tú recoges.»

También él, lleno de seguridad, pues no temía ninguna palabra de esta desconocida, ningún puente que los uniera, la contemplaba con esa tranquila insistencia que sujeta nuestra mirada a un planeta… (¡Qué pura se ha conservado su frente! Courrèges lo mira con disimulo esa tarde, bañado en luz que no viene del pequeño bar rutilante; esa luz de la inteligencia, que no suele encontrarse en el rostro de una mujer: ¡pero qué emocionante es encontrar esa luz y cómo nos ayuda a concebir que Pensamiento, Idea, Inteligencia, Razón sean palabras femeninas!)

Frente a la iglesia de Talence, la joven habíase levantado dejando sólo a los hombres su olor, y hasta ese mismo perfume se desvaneció antes de que Raymond hubiera descendido. No hacía mucho frío esa tarde de enero; el adolescente no pensaba en correr; la bruma traía esa dulzura secreta de la estación que se aproxima. La tierra estaba desnuda, pero ya no dormía.

Raymond, absorto, no vio nada esa tarde en la mesa familiar. Sin embargo, jamás su padre había mostrado un rostro tan demacrado: hasta tal punto que la señora Courrèges enmudeció; no se podía correr el riesgo de «impresionarlo», les dijo a los Basque, después que el doctor subió con su madre; pero bajo su responsabilidad consultaría en secreto a Dulac. El cigarro del teniente apestaba la sala; de pie contra la chimenea, repetía: «No hay error posible, madre: está embromado.» Sus palabras, a la vez breves y tartajeantes, eran las de una persona que ordenaba, y como Madeleine contradijera a su madre:

—Tal vez sólo se trata de una crisis…

El teniente la interrumpió:

—No, Madeleine: el caso es grave; tu madre tiene razón.

Como la joven se atreviera a objetarlo, gritó:

—¡Te repito que tu madre tiene razón! ¿No te basta con eso?

En el primer piso, la abuela Courrèges golpeaba suavemente en la puerta del cuarto de su hijo, que estaba sentado ante sus libros abiertos. No le había hecho ninguna pregunta, y tejía muda. Ya que el doctor no soportaba más el silencio, ya que necesitaba hablar, ella se le ofrecía, pronta a entenderlo; un instinto seguro la impedía, sin embargo, provocar la confidencia. Él pensó, por algunos instantes, en retener el grito que lo ahogaba; pero hubiera sido necesario remontarse tan lejos, retomar la cadena entera de sus dolores, hasta el dolor de esa tarde… ¿Y cómo explicar la desproporción entre su sufrimiento y aquello que hizo nacer el sufrimiento de esa tarde? Pues sólo había ocurrido esto: a la hora convenida, el doctor acudió donde Maria Cross; un criado le había advertido que la señora no había regresado, y esa fue su primera angustia: aceptó esperarla en el salón desierto donde el reloj latía con más lentitud que su corazón. Una lámpara alumbraba las viguetas pretenciosas; sobre la mesa baja, cerca del diván, estaban, en un cenicero, todas esas colillas de cigarrillo: «Fuma demasiado… se intoxica.» ¡Qué cantidad de libros! Pero no había ninguno que tuviera sus últimas páginas abiertas. Sus ojos siguieron los pliegues rotos de los grandes cortinajes de seda desteñida. Repitió: «Lujo y miseria, miseria y lujo…» Miró el reloj, luego el suyo, y decidió que se iría en un cuarto de hora más; le pareció entonces que el tiempo se precipitaba. Para que no le pareciera demasiado corto, el doctor no quiso pensar en su laboratorio, en el experimento interrumpido. Habíase levantado, y aproximándose al diván se arrodilló; después de mirar con temor a la puerta, hundió su cabeza, en los cojines… Cuando volvió a levantarse, su rodilla izquierda crujió como de costumbre. Se plantó ante el espejo; tocó, con su dedo, el hueso temporal hinchado, y dijo en voz alta algo que, de haber sido sorprendido en ese minuto, hubiérasele tomado por loco. Acostumbrado a reducirlo todo a fórmulas, como un buen trabajador, pronunció: «En cuanto estamos solos nos volvemos locos. Sí: nuestro autocontrol sólo actúa cuando se le sostiene con el control que los demás nos imponen.» ¡Ay! Bastó este raciocinio para agotar el cuarto de hora que se había fijado…

¿Cómo podría explicar a su madre, la cual está al acecho de una confidencia, la tristeza de ese minuto, la renuncia que se exigió a sí mismo, la huida de esa triste felicidad cotidiana que significaba conversar con Maria Cross? Todo no está en confesarse, ni siquiera en tener cerca de uno una confidente, aunque fuera la propia madre. ¿Quién de nosotros posee la ciencia de comunicar en pocas palabras nuestro mundo interior? ¿Cómo desprender de ese río que se mueve tal sensación y no tal otra? Nada se puede decir, desde el momento en que no se puede decirlo todo. Por otra parte, ¿qué entendería esa anciana que se encuentra allí de esa música profunda encerrada en su hijo y de sus desgarradoras disonancias? Ese hijo de otra raza, pues pertenece a otro sexo… sólo eso, el sexo, nos separa más que dos planetas entre sí… Frente a su madre, el doctor recuerda su dolor, pero no lo comunica. Cansado de esperar a Maria Cross, recuerda que recogió su sombrero, y entonces resonaron unos pasos en el vestíbulo, y su vida estuvo como en suspenso. La puerta se abrió, no ante la mujer esperada sino ante Victor Larousselle.

—Mima demasiado a Maria, doctor.

Ninguna sospecha en la voz. El doctor había sonreído a ese hombre impecable, sanguíneo, vestido de color, que estallaba de satisfacción y seguridad:

—¿Qué presa son, para ustedes los médicos, estas neurasténicas, estas enfermas imaginarias, eh? No: es una broma; sabemos su desinterés, pero tengo una gran suerte de que Maria haya caído en manos de un bicho raro como usted. ¿Sabe por qué no ha llegado todavía? La señora renunció a su coche: es su última chifladura. Dicho sea entre nosotros, creo que está un poco tocada; en una mujer bonita es un encanto más, ¿eh? ¿Qué piensa usted, doctor? ¡Este bendito Courrèges! Me agrada verlo; quédese a comer, Maria estará contenta; lo adora. ¿No? Al menos aguarde su regreso; sólo con usted puedo hablar de ella.

«Sólo con usted puedo hablar de ella…» De súbito, esta pequeña frase lacerante en ese hombre obeso y triunfante. «Esta pasión —habíase dicho el doctor en el coche que lo llevaba de regreso— escandaliza a la ciudad. Sin embargo, es lo único noble que existe en este imbécil. Descubre, a los cincuenta años, que es capaz de sufrir por culpa de una mujer, cuyo cuerpo, sin embargo, ha conquistado; pero eso no le basta. Su mundo, sus negocios, sus caballerizas: fuera de este universo existe para él y eternamente un principio superior por el cual sufrir… Tal vez no todo es locura en el concepto romántico de las pasiones. ¡Maria Cross! ¡Maria!: dolor, dolor por no haberla visto: pero, sobre todo, qué señal: ¡no había pensado ni siquiera en avisarle que no la encontraría! Debo importarle muy poco; renuncia a verme sin siquiera pensarlo dos veces… Para mí el infinito cabe en algunos minutos, minutos que no significan nada para ella…»

Algunas palabras despiertan al doctor: su madre ya no soporta el silencio: también ella ha seguido la pendiente de sus secretas preocupaciones, y sólo piensa en la herida desconocida de su hijo; retorna a aquello que le obsesiona: sus relaciones con su nuera:

—Me humillo ante ella; sólo le contesto: «¡Bien, hija, como usted quiera!» No la contradigo. Desde que Lucie me hizo sentir que la fortuna era de ella… A Dios gracias, ganas bastante dinero. Es verdad que, cuando tú te casaste con ella, tenías un porvenir, pero nada más; ¡ella, en cambio, es una Boulassier d'Elbeuf! Sé perfectamente que sus fábricas no eran lo que son ahora; de todas maneras, ella podría haber realizado un matrimonio económicamente mejor: «Cuando se tiene, se desea más», me dijo a propósito de Madeleine. En fin, no nos quejemos: si no existieran los sirvientes, andaríamos mejor.

—Lo terrible en la vida, pobre mamá, es hacer convivir en una misma cocina sirvientes que no tienen los mismos patrones.

Puso sus labios en la frente de su madre, dejó la puerta entreabierta para que ella tuviera luz, y repitió maquinalmente: «Lo que hay de terrible en la vida…»

Al día siguiente, la chifladura de Maria Cross, con respecto a su carruaje, se mantenía todavía, pues Raymond vio en el tranvía a la desconocida sentada en el mismo lugar; sus tranquilos ojos tomaban otra vez posesión del rostro del niño, viajaban alrededor de sus párpados, seguían el límite de sus cabellos oscuros y deteníanse en la luz que iluminaba los dientes. Recordó que no se había afeitado desde antes de ayer; tocó con el dedo su mejilla enjuta, y luego, con vergüenza, escondió sus manos bajo la esclavina. La desconocida bajó los ojos, y en el primer instante él no se dio cuenta de que por falta de ligas de uno de sus calcetines habíase deslizado mostrando su pierna. No se atrevía a subírselo, y cambió de posición. Sin embargo, no sufría: lo que Raymond había odiado en los demás era la risa, aunque fuese disimulada; sorprendía el más mínimo estremecimiento en las comisuras de la boca, y sabía lo que significa un labio inferior mordido… Pero esa mujer lo contemplaba con un rostro extraño, inteligente y animal a la vez, sí: era el rostro de un maravilloso animal, impasible, que no conocía la risa. Ignoraba que su padre, repetidas veces, embromaba a Maria Cross por esa su manera de fijar en el rostro la risa como si fuera una máscara que caía de súbito sin que la mirada hubiera perdido nada de su imperturbable tristeza.

Cuando ella descendió frente a la iglesia de Talence y él sólo vio el cuero un poco hundido del asiento, allí donde ella habíase sentado, Raymond no dudaba que la volvería a ver al día siguiente; no podía responder a esa esperanza con ninguna razón valedera; simplemente tenía fe. Esa tarde, después de cenar, subió a su cuarto dos jarros de agua hirviente, descolgó la jofaina, y al día siguiente despertó más temprano, pues había decidido afeitarse, de aquí en adelante, todos los días.

Los Courrèges podían observar durante horas los brotes de un castaño sin comprender nada del misterio de su eclosión; asimismo, tampoco vieron el prodigio en medio de ellos: tal como el primer golpe de pala revela los fragmentos de una estatua perfecta, así la primera mirada de Maria Cross había revelado, en el sucio colegial, un ser nuevo. Bajo la cálida contemplación de una mujer, ese cuerpo descuidado se hizo semejante a los jóvenes troncos rugosos de un bosque antiguo, donde, de súbito, se mueve una diosa entumecida. Los Courrèges no vieron el milagro, pues los miembros de una familia demasiado unida ya no se ven los unos a los otros. Desde hacía semanas Raymond era un joven que se preocupaba por su atuendo, devoto de la hidroterapia, seguro de poder gustar y preocupado de seducir. Sin embargo su madre lo seguía considerando un colegial desaseado. Una mujer, sin decir palabra, por el solo poder de su mirada, les transformaba a su hijo, lo moldeaba de nuevo, sin que los Courrèges reconociesen en él las huellas de este encantamiento desconocido.

En el tranvía, en el cual no se encendía la luz en la época en que los días comienzan a alargar, Raymond osaba cada vez un gesto nuevo. Cruzaba las piernas, mostraba unos calcetines cuidados y tirantes, zapatos como espejos (había un limpiabotas en la
Croix-de-Saint-Genes
); ya no tenía motivos para esconder sus puños; usó guantes, un día se los sacó, y la joven no pudo dejar de sonreír ante la vista de esas uñas demasiado arregladas en las cuales una manicura había tenido mucho que trabajar; ¡pero, roídas durante años, hubiese sido mejor para ellas no llamar la atención! Todo eso no era sino el aspecto exterior de una resurrección invisible; la bruma, acumulada en esta alma, disipábase, poco a poco, bajo el influjo de esa profunda contemplación siempre muda, a la cual poco a poco la costumbre hacía familiar. «¡Quizá no era un monstruo, y como los otros muchachos, poseía el poder de atraer la mirada de una mujer, y algo más que esa mirada!» A pesar de su silencio, el tiempo tejía entre ellos una trama que ni los gestos ni las palabras habrían podido hacer más resistentes. Presentía que se aproximaba la hora en que intercambiarían la primera palabra; pero Raymond no hacía nada por aproximar esa hora. Galeote tímido, le bastaba con no sentir más sus cadenas; por el momento era para él alegría suficiente transformarse de golpe en otra persona. Antes de que la desconocida lo mirara, ¿era realmente sólo un colegial sórdido? Siempre somos moldeados y vueltos a moldear por aquellos que nos aman y por muy poco tenaces que hayan sido, somos su obra, obra que, por lo demás, ellos no reconocen y que nunca es aquella

con la cual han soñado. No hay un amor, una amistad que, habiendo atravesado nuestro destino, no haya colaborado en él hasta la eternidad. El Raymond Courrèges de esta tarde, en el pequeño bar de la calle Duphot, ese mozo de treinta y cinco años, sería otro hombre si en 19…, estudiando filosofía, no hubiese visto sentada frente a él, en el tranvía de regreso, a Maria Cross.

CAPÍTULO QUINTO

Fue su padre el primero en reconocer en Raymond a un hombre nuevo. Un domingo de esa primavera que concluía, sentóse a la mesa más absorbido que de costumbre, hasta el punto de escuchar apenas una discusión entre su yerno y su hijo. Se trataba de las corridas de toros, que apasionaban a Raymond; habíase retirado ese domingo después de la muerte del cuarto toro para no perder el tranvía de las seis; sacrificio inútil: la desconocida no estaba. «Era domingo, debí haberlo sospechado; le había hecho perder dos toros…» Pensaba en eso, mientras el teniente Basque peroraba:

—No comprendo cómo tu padre te permite asistir a esa carnicería.

La respuesta de Raymond: «Es para morirse de risa: ¡estos oficiales que tienen horror a la sangre!», desencadenó el tumulto. El doctor oyó súbitamente:

—¡No sabes con quién estás hablando!

—Te miro y sólo veo a un presumido.

—¿Presumido? Repítelo.

Se levantaron; toda la familia se precipitó sobre ellos. Madeleine gritaba a su marido: «No le contestes, no vale la pena. Lo que él diga no tiene ninguna importancia.» El doctor suplicaba a Raymond que se volviera a sentar: «Siéntate, y come. Y que esto termine.» El teniente gritaba que había sido tratado de cobarde; la señora Courrèges que Raymond no había querido decir eso. Cada uno, sin embargo, había vuelto a sentarse: un secreto acuerdo hacía que todos apagaran el incendio. El espíritu de familia les inspiraba un profundo horror por todo aquello que amenazara el equilibrio de sus caracteres. El instinto de conservación inspiraba a este equipo embarcado en la misma galera, la preocupación de que no se levantara ningún incendio a bordo.

Por esta razón el silencio reinaba ahora en la sala. Una ligera lluvia dejó súbitamente de tamborilear sobre las gradas; los olores que ella liberaba bañaron a la familia silenciosa. Alguien apresuróse a decir: «Ha refrescado.» A lo que una voz respondió que esa lluvia no era nada, que ni siquiera era capaz de aventar el polvo. El doctor, sin embargo, observaba con estupor a ese hijo crecido en el cual ya no pensaba y al que le era difícil reconocer. Precisamente él salía ese domingo de una larga pesadilla. Había luchado desde ese lejano día en que Maria Cross faltara a la cita dejándolo solo con Victor Larousselle. Ese domingo que terminaba, uno de los más crueles de su vida, lo había, por fin, liberado (al menos lo creía así). La salvación llegó por una inmensa fatiga, por un cansancio sin nombre. ¡En verdad sufrió demasiado ese día! No más deseo sino el de dar la espalda a la batalla y enterrarse en su vejez. ¡Había pasado casi dos meses ya desde su vana espera en el salón «lujo y miseria» de Maria Cross, hasta esa horrible tarde en que, por fin, tiró la esponja! Frente a esa mesa silenciosa, el doctor olvidaba a su hijo y recuerda todas las circunstancias de ese duro viaje; lo vuelve a realizar, etapa por etapa.

Su insoportable sufrimiento comenzó desde el día siguiente a la cita fracasada debido a esa extensa carta llena de excusas:

Algo de culpa tiene usted, mi querido y gran amigo, decía Maria en esta carta leída y releída durante esos dos meses: *usted ha sido quien me inspiró esa idea de renunciar a ese terrible lujo del cual me avergüenzo. No teniendo ya mi coche, no alcanzaría a volver tan temprano para recibirlo a nuestra hora de costumbre. Llego más tarde al cementerio; me gusta también permanecer más en él: usted no se imaginaría nunca cómo está de tranquila la Cartuja al terminar el día, llena de pájaros que cantan sobre las tumbas. Me parece que mi pequeño me aprueba y que está contento de mí. ¡Qué recompensa encuentro en ese tranvía de obreros en el cual regreso! No crea usted que exagero, no; me siento muy feliz de encontrarme allí, en medio de esos pobres de los cuales no soy digna. No sabría decirle hasta qué punto me gustan esos regresos en tranvía. Aunque «se» pusiera ahora de rodillas para que aceptara volver a subir en el coche que «se» me ha dado, no consentiría en hacerlo. Mi querido doctor, en resumen,*

¿qué importa no volver a verse? Su ejemplo, sus enseñanzas me bastan; estamos unidos más allá de la presencia. Como lo escribió tan bien Maurice Maeterlinck: «Vendrá un tiempo, y no está lejos, en que las almas se conocerán sin ese intermediario que son los cuerpos.» Escríbame: ¡sus cartas me bastan, querido director de conciencia!

M. C.

¿Debo seguir tomando mis papelillos? ¿Y ponerme mis inyecciones? Sólo me quedan tres ampollas. ¿Debo comprar otra caja?

Aunque ella no lo hubiera herido tan cruelmente, esta carta habría disgustado al doctor, pues ella revelaba complacencia, falsa humildad satisfecha. Conocedor de los más tristes secretos de los hombres, el doctor profesaba, respecto a ellos, una mansedumbre sin límites. Un solo vicio, sin embargo, lo exasperaba: esa habilidad de los seres caídos para embellecer su caída. Es la última flaqueza del hombre: cuando su mugre los deslumbra como si fuera un diamante. No se trataba de que Maria Cross estuviese acostumbrada a esa mentira. Aún más: al comienzo ella había seducido al doctor por esa pasión por ver claro en ella y no embellecer nada. De buenas ganas insistía en la nobleza de su madre, viuda muy joven, la cual, siendo humilde institutriz en una cabeza de distrito, habíale dado, según decía Maria, un ejemplo admirable: «Mamá luchó por pagar los gastos de mi educación en un liceo; ya me veía profesora normal de Sèvres. Tuvo la alegría antes de morir, de asistir a mi matrimonio, que fue inesperado. Su yerno Basque conoció muy bien a mi marido, que fue médico ayudante en su regimiento. Me adoraba, me hizo feliz. Después de su muerte, mi hijo y yo apenas teníamos de qué vivir, pero podría habérmelas arreglado: no fue la necesidad la que me perdió sino, quizá, lo que hay de más vil: el deseo de una buena posición, la certidumbre de ser desposada… Y ahora, lo que me retiene aún cerca de él es esa cobardía frente a la lucha que se debe emprender de nuevo, frente al trabajo, a la labor mal pagada…» Muchas veces, después de estas primeras confidencias, el doctor vio cómo se humillaba, cómo se condenaba sin misericordia. ¿Por qué repentinamente ese gusto detestable por alabarse? No era eso, sin embargo, lo que en la carta lo afectaba más cruelmente; le formulaba agravios pues mentíase a sí mismo y no osaba sondear esa otra herida mucho más profunda, la única en verdad insoportable: Maria deseaba no verlo más; afrontaba alegremente la separación. ¡Ah!, esa frase de Maeterlinck que se refería a las almas que se conocerán sin el intermediario de los cuerpos, ¡cuántas veces se la dijo a sí mismo, mientras el cliente le contaba su caso con interminables detalles, o la balbuceaba, aterrorizado, al paciente que no sabe que es un tísico! Verdad es que había sido un tonto al creer que una mujer joven gustara de su presencia. ¡Tonto! ¡Tonto! Pero, ¿qué pensamiento o razón puede preservarnos de ese dolor insoportable cuando el ser querido, cuya proximidad nos es necesaria físicamente en nuestra vida, se resigna, indiferente (satisfecho quizá) a nuestra eterna ausencia? No somos nada para aquella que lo es todo para nosotros.

El doctor, durante ese período, hizo un esfuerzo para vencerse: «Lo sorprendí otra vez ante el espejo», repetía la señora Courrèges. «Está impresionado.» El doctor sabía que su rostro desencajado de quincuagenario era el mejor espectáculo para predisponerlo a la calma, a la serenidad de la desesperación total. No pensar más en Maria sino como en una muerta. Esperar uno mismo la muerte doblando la dosis de trabajo: sí, aporrearse, azotarse, alcanzar la liberación gracias al opio de un trabajo frenético. Pero él, que se escandalizaba cuando los otros mentíanse a sí mismos, se engañó de nuevo: «Necesita de mí. Me debo a ella como a todo enfermo…» Le escribió que juzgaba necesario no perderla de vista, que ciertamente tenía razón de tomar el tranvía; pero, ¿por qué salir todos los días? Rogaba que le indicara uno en que estuviera en casa. Ya encontraría tiempo para ir a verla a la hora acostumbrada.

Durante toda la semana esperó la respuesta. Cada mañana le bastaba con dar un vistazo sobre el montón de prospectos y de diarios: «No ha escrito aún.» Calculaba: «Eché mi carta al correo el sábado; los domingos se distribuye sólo una vez; no le ha llegado sino el lunes. Si sólo ha esperado dos o tres días antes de responderme… sería suficiente para que la respuesta no llegara hoy. A partir de mañana me preocuparé.»

Una tarde, por fin, en que volvía extenuado, encontró la carta:

… La visita al cementerio es para mí una obligación sagrada. Haga el tiempo que haga, estoy decidida a hacer ese peregrinaje. En el crepúsculo me siento más cerca de nuestro angelito. Me parece que sabe la hora de mi venida, que me espera. Es absurdo: lo sé; pero el corazón tiene sus razones, como dice Pascal. Me siento feliz, serena, cuando, por fin, subo al tranvía de las seis. ¿Sabe usted que es un tranvía de obreros? Pero eso no me produce miedo; me siento muy cerca del pueblo; y habiéndome separado de él en apariencia, ¿acaso no me acerco a él de esta manera? Miro esos hombres; me parecen tan solitarios como yo. ¿Cómo explicárselo? Tan

desarraigados, tan anónimos. Mi casa es más lujosa que la de ellos. Sin embargo, es una casa en la cual nada me pertenece, como nada les pertenece a ellos… Ni siquiera nuestros cuerpos… ¿Por qué no pasa por mi casa más bien tarde, antes de regresar a la suya? Sé que a usted no le gusta encontrarse con el señor Larousselle; pero yo le advertiré que necesito verlo a solas; bastará con que, después de nuestra consulta, cambien algunas palabras amables… Se olvidó responderme acerca de mis papelillos y mis inyecciones.

En un comienzo, el doctor rompió esta carta y tiró los restos. Luego, de rodillas, los recogió enderezándose penosamente. ¿Acaso no sabía ella que él no soportaba la proximidad de Larousselle? No existía nada en ese hombre que no le pareciera odioso; ¡ah!, sin duda era de la misma especie de Basque: ese hocico bajo los bigotes teñidos, esos carrillos, esas espaldas anchas proclamaban una autocomplacencia a toda prueba. Esos gruesos muslos bajo el *cover coat* eran la satisfacción personificada. Ya que Larousselle engañaba a Maria Cross con lo más deleznable, se decía en Burdeos «que tenía a Maria Cross de adorno». El doctor era casi el único en saber que Maria seguía siendo la pasión de ese gran bordelés, su secreta derrota por la cual reventaba la rabia. ¡De todos modos la había comprado: ese imbécil era el único que la poseía! Habiendo enviudado tal vez la hubiera desposado si no existiera ese hijo, único heredero de la casa Larousselle; un ejército de niñeras, preceptores, sacerdotes lo preparaban para sus grandiosos destinos. Era imposible exponerlo al contacto de una mujer de esa especie, ni legarle un nombre disminuido por un matrimonio desigual. «¿Qué quiere que le diga, padre?», repetía Basque, muy afecto a las grandezas de su ciudad. «Estos sentimientos son muy notables. Larousselle es de buena familia. En todo es de una elegancia despampanante; es un señor: ese es mi punto de vista.»

Si ella conocía el desagrado que le producía al doctor ese hombre, ¿cómo osaba fijar una cita a esa hora precisa en que le era imposible no dejar de darse de narices con el objeto de su desprecio? Llegó a pensar que había planeado premeditadamente ese encuentro para deshacerse de él. Después de haber escrito y enseguida roto, durante varias semanas, las cartas más furiosas y enloquecidas, por fin le dirigió una breve y seca, en la cual le exponía que ya que ella no se resolvía a quedarse sola en su casa ni siquiera una tarde, se debía sin duda a que se sentía muy bien y no necesitaba que se ocuparan de cuidarla. A vuelta de correo, ella le envió cuatro páginas de excusas y protestas, advirtiéndole que lo esperaba todo el día, pasado mañana domingo:

… El señor Larousselle asistirá a la corrida de toros. Sabe que no me gustan esos espectáculos. Venga a compartir mi té. Lo espero hasta las cinco y media.

Jamás el doctor había recibido de ella una misiva tan poco sublime y en la cual se hablara menos de salud y tratamiento; la releyó varias veces y a menudo la tocaba en su bolsillo, convencido de que esa cita no sería como las otras y que podría declarar en ella su pasión. Pero como este científico había notado muchas veces que sus presentimientos no se realizaban, repetíase: «No, no; no se trata de un presentimiento… no es ilógico esperar: le escribí una carta despechado, a la cual ella contestó amistosamente; depende, pues, de mí darle a la conversación un giro más íntimo, más confidencial…»

En su coche, entre el laboratorio y el hospital, imaginaba esta entrevista sin aburrirse haciéndose las preguntas y las respuestas. El doctor era de esos seres imaginativos que jamás leen una novela porque no hay ninguna ficción que valga tanto para ellos como aquella que inventan y en la cual desempeñan el papel esencial. Firmada ya la receta, se encontraba aún en la escalera de la casa del cliente, cuando, como un perro que vuelve a encontrar el hueso enterrado, retornaba a sus imágenes, de las que algunas veces se avergonzaba y donde este hombre tímido gustaba el placer de doblegar los seres y las cosas bajo su voluntad todopoderosa. Dentro del campo espiritual, este ser escrupuloso no reconocía ninguna barrera, no retrocedía ante ninguna horrible matanza: llegaba hasta eliminar en pensamiento a toda su familia para crearse una vida diferente.

Durante los dos días que precedieron a su entrevista con Maria Cross, si no pensó en descartar ese tipo de sugerencias, fue porque en ese episodio que él imaginaba para su dicha, no necesitaba suprimir a nadie sino simplemente romper con su mujer, tal como lo había visto hacer a algunos de sus colegas, sin otro motivo que el tedio mortal que le producía la convivencia con ella. Es tiempo aún, cuando se tiene cincuenta y dos años, de saborear algunos años de felicidad, emponzoñados tal vez por los remordimientos; ¿pero aquel que no ha poseído nada, como podría resistirse aunque sólo fuera a la sombra de una dicha? Ni siquiera su presencia servía para hacer más feliz a una esposa amargada… ¿Su hija, su hijo? Hacía tiempo que él había renunciado a ser amado por ellos. La ternura de sus hijos, ¡ay! Desde el matrimonio de Madeleine sabía a qué atenerse respecto a ella; en lo que se refería a Raymond, no valía la pena de sacrificarse por lo que nos es inaccesible.

Esas imágenes en las cuales se complacía el doctor diferían bastante de sus ensoñaciones acostumbradas. Aun cuando de un golpe suprimiera una familia, indudablemente experimentaba un poco de vergüenza, pero de ningún modo remordimientos: más bien una sensación de ridículo: se trataba de un juego superficial en el cual lo más profundo de su ser no estaba interesado. No, jamás había pensado que él pudiera ser un monstruo y tampoco se creía diferente de los otros hombres, quienes según él se volvían todos locos en cuanto se encontraban a solas consigo mismo fuera del control del prójimo.

Pero en el transcurso de las cuarenta y ocho horas que vivió en la espera de ese domingo, se dio perfecta cuenta de que se adhería con todas sus fuerzas a un sueño y que ese sueño se transformaba en una esperanza. Escuchaba en su corazón la resonancia de la próxima conversación con esa mujer, y había llegado al punto de no poder imaginar que pudiesen pronunciarse otras palabras que aquellas que él imaginaba se pronunciarían entre ellos. Sin cesar retocaba el escenario, cuya parte esencial estaba contenida en el siguiente diálogo:

—Estamos tanto el uno como el otro en el fondo de un callejón sin salida. Sólo podemos morir contra un muro, o vivir para volver sobre nuestros pasos. Usted no sabría amarme, usted no ha amado jamás. Le queda sólo entregarse por entero a un solo hombre, capaz de no exigirle nada a cambio de su ternura.

En este punto creía oír la réplica de Maria:

—¡Está loco! ¿Y su mujer? ¿Sus hijos?

—No me necesitan. Un muerto en vida tiene el derecho, si es capaz de hacerlo, de levantar la piedra que lo ahoga. Usted no podría medir el desierto que me separa de esa mujer, de ese hijo. Las palabras que les dirijo ni siquiera llegan hasta ellos. Los animales, cuando sus pequeños han crecido, los echan fuera. Y la mayoría de las veces, por lo demás, los machos ni siquiera los reconocen. Esos sentimientos que sobreviven a la función de procrear es un invento de los hombres. Cristo lo sabía; quiso que se le prefiriera a todos los padres y a todas las madres, y osó glorificarse de haber venido a separar el esposo de la esposa, y los hijos de aquellos que los han engendrado.

—Usted no pretenderá ser Dios.

—¿Acaso no soy para usted su imagen? ¿No es a mí a quien debe el gusto por cierta perfección? (en este punto, el doctor se interrumpía: «¡No, no, no debo introducir la metafísica!»).

—¿Pero su situación social, sus enfermos? Toda su vida de hombre que hace el bien… Piense en el escándalo…

—Si yo muriera, tendrían que prescindir totalmente de mí. ¿Quién es realmente indispensable? Y bien: se trata precisamente de morir, Maria: morir a esta pobre vida recluida y trabajosa para renacer con usted. Mi mujer conservaría la fortuna que le pertenece. No me sería difícil mantenerla. Me ofrecen una cátedra en Argel, y otra en Santiago… Dejaría a mis hijos todo lo que he podido ahorrar hasta hoy…

En este punto de la escena imaginaria, el coche se detuvo frente al hospital; el doctor franqueó el umbral con aire aún ausente, con los ojos de un hombre que surge de un encantamiento desconocido. Su visita terminada, entraba de nuevo en su sueño, lleno de una avidez secreta, repitiéndose: «Soy un loco… sin embargo…» Él conocía entre sus colegas algunos que habían realizado el bello sueño. Era cierto que con su vida de escándalo habían preparado la opinión pública; la ciudad entera estaba acostumbrada a considerar al doctor Courrèges como un santo. ¡Pues bien!, ¡precisamente porque había usurpado esa reputación, cuán liberado se sentiría de no sentir más su inmerecido peso! ¡Ah! ¡Ser despreciado al fin! Entonces sabría dirigir a Maria Cross palabras distintas a aquellas que le dirigía para llevarla entusiasmada al bien o de los consejos edificantes que le daba; sería un hombre que ama a una mujer y que la conquista violentamente.

Por fin ese domingo se levantó el sol. El doctor tenía por costumbre ese día no hacer sino las visitas indispensables sin pasar por la consulta que tenía en la ciudad, asaltada siempre por los clientes y en la cual sólo atendía consultas tres veces a la semana. Le causaba horror este cuarto en el primer piso de una casa enteramente ocupada por oficinas, y donde le era imposible, según él decía, leer o escribir una sola línea. Tal como en Lourdes hasta los más ínfimos *exvotos* ocupaban su lugar, el doctor había reunido entre esas cuatro paredes todo aquello con que lo había colmado su clientela agradecida. Después de haber odiado esos bronces artísticos, esas cerámicas austríacas, esos amorcillos de mármol reconstituido, esas porcelanas, esos
barómetros-calendarios
, había llegado a un punto en que sentía cierto gusto por ese horrible museo y en que se regocijaba cuando recibía «una obra de arte» de una singular fealdad: ¡sobre todo, nada de antiguo! decíanse unos a otros los clientes deseosos de dar gusto al doctor Courrèges.

Ese domingo en el que se había persuadido de que su entrevista con Maria Cross cambiaría su destino, consintió, sin embargo, en recibir hacia las tres de la tarde, en su consulta a un hombre de negocios neurasténico que no podía disponer de una sola hora libre durante la semana. El doctor se había resignado: de ese modo podría salir apenas hubiera terminado el almuerzo y ocuparía los últimos momentos disponibles antes del minuto tan ardientemente esperado y temido. No pidió su coche, ni trató de subir a los tranvías repletos: racimos humanos colgaban de los estribos, pues había un partido de rugby y era también la primera *corrida* del año: los nombres de *Algabeno* y *Fuentes* destellaban en los amarillos y rojos. A pesar de que la corrida no empezaba hasta las cuatro de la tarde, ya la muchedumbre deslizábase hacia las arenas en las apagadas calles de un domingo de tiendas cerradas. Los jóvenes llevaban sombreros de pequeñas y estrechas alas con cintas de colores o sombreros de fieltro gris claro que creían de procedencia española, y reían envueltos en nubes de tabaco ordinario. Los cafés desparramaban sobre la acera el fresco aliento del ajenjo. El doctor no recordaba haber vagado en esa forma entre la turba sin otra preocupación que matar las horas que lo separaban de cierta hora. ¡Qué extraño parecía esta ociosidad en un hombre sobrecargado de trabajo! No sabía ser ocioso; trató de pensar en el experimento que acababa de comenzar pero sólo pudo imaginar a Maria Cross tendida y leyendo.

De súbito desapareció el sol y la muchedumbre inquieta miró en el cielo una nube cargada. Alguien afirmó haber sentido caer una gota; pero el sol volvió a calentar a chorros. No, la tempestad no estallaría hasta que el último toro muriera.

Tal vez, pensaba el doctor, las cosas no pasarían exactamente tal como él las había imaginado; pero de lo que estaba seguro —matemáticamente seguro— era de que no dejaría a Maria Cross sin que ella supiera su secreto; ¡por fin el asunto sería planteado! Las dos y media… faltaba todavía una hora que matar antes de la consulta. Palpó en el fondo de su bolsillo la llave del laboratorio. No, apenas llegara tendría que volver a salir. La multitud se emocionó como si fuera presa de un viento súbito. Gritaban «¡Aquí están!» En viejas victorias cuyos cocheros eran a la vez sórdidos y gloriosos, aparecieron los matadores destellantes y sus *cuadrillas*. Extrañábase el doctor de no encontrar nada innoble en esos duros rostros demacrados: ¡extraña clerecía roja y oro, violeta y plateada! De nuevo una nube mató la luz y ellos levantaron sus rostros enjutos hacia el azul empañado. El doctor hendió la turba y prosiguió ahora por estrechas calles desiertas. Un frescor de sótano reinaba en su consulta, donde mujeres en terracota y alabastro sonreían sobre columnas de malaquita. El
tic-tac
de un reloj de pared estilo antiguo era más lento que el reloj de falsa porcelana Delft colocado en el centro de la larga mesa donde una mujer *modern style*, con el trasero puesto sobre un bloque de cristal, sujetaba unos papeles. Las figuras parecían cantar en coro el título de una revista que el doctor había leído en todas las esquinas de la ciudad: *¡Eso es lo único bueno!*: hasta ese toro en imitación bronce con el hocico sobre su vaca. De una ojeada el doctor admiró su colección y pronunció a media voz: «La época más baja de la especie humana.» Empujó una persiana, sacudió el polvo. Recorría el cuarto, frotábase las manos y decíase: «No necesitaré de preámbulos; las primeras palabras serán una alusión a la tristeza que sentí cuando pensaba que ella no deseaba verme más. Se extrañará: le diré que ya no puedo vivir sin ella y entonces, tal vez, tal vez…»

Oyó sonar el timbre; fue a abrir él mismo; introdujo a su cliente. ¡Ah! No sería ese cliente el que interrumpiera su ensueño; no había más que dejarlo hablar: el neurasténico parecía exigir sólo del médico la paciencia para escucharle. Sin duda se había formado de ellos una idea mística, ya que no retrocedía ante ninguna confidencia mostrando sus más secretas llagas. El doctor había vuelto en pensamiento al lado de Maria Cross: «Soy un hombre, Maria, un pobre hombre de carne y hueso como los demás. No se puede vivir sin felicidad: lo he descubierto muy tarde, ¿pero será demasiado tarde para que usted consienta en seguirme?» Como el cliente terminara de hablar, el doctor, con ese aire digno y triste que todos admiraban, dijo: «Tiene que tener, en primer lugar, fe en su voluntad. Si usted no se siente libre, no puedo hacer nada por usted. Todo nuestro arte fracasa frente a una idea falsa. Si usted cree ser la presa impotente de sus herencias, ¿qué espera de mí? Antes de ir más lejos, exijo que haga un acto de fe en sí mismo en su poder de domar esas fieras que no son usted.»

Mientras el otro le interrumpía vivamente, el doctor levantóse y acercándose a la ventana, fingió mirar, entre los postigos entrecerrados, la calle vacía. Experimentaba horror por estas palabras falsas que sobrevivían en él y que correspondían a una fe muerta. Tal como recibimos la luz de un astro extinguido siglos atrás, alrededor de él las almas oían el eco de una fe perdida. Volvió hacia la mesa y se dio cuenta de que el pequeño reloj de falsa porcelana Delft marcaba las cuatro; despidió a su cliente.

«Tengo tiempo» decíase el doctor corriendo casi por la acera. Al llegar a la plaza de la Comédie, vio el

tranvía asaltado por una multitud que salía de los teatros. No había un solo coche. Tuvo que ponerse en la fila y no cesaba de consultar su reloj: acostumbrado como estaba a su coche, había medido mal el tiempo. Trataba de tranquilizarse: poniéndose en el peor de los casos, se atrasaría media hora; eso era normal en un médico. Siempre Maria lo había esperado… Sí, pero en su carta ella había escrito: hasta las cinco y media… ¡las cinco, ya! «¡Eh! No empuje tanto, ¡oiga!», gritábale una señora gruesa y furibunda cuyo penacho de pluma hacíale cosquillas en la nariz. En el tranvía repleto, hirviendo, lamentó no haberse puesto su chaqueta y traspirando tuvo miedo de llegar sucio, maloliente.

No habían dado las seis, cuando bajó frente a la iglesia de Talence. Al comienzo apresuró el paso; luego, loco de inquietud, se puso a correr a pesar del dolor que sentía en el corazón. Una nube tempestuosa ensombrecía el cielo. El último toro de la corrida debía de estar sangrando ya bajo ese cielo tenebroso. Entre las rejas de los pequeños jardines, ramas polvorientas de lilas esperaban la lluvia como brazos tendidos. El doctor corría, bajo las gotas tibias y espaciadas, hacia la mujer que imaginaba en el diván, leyendo, sin desprender en seguida sus ojos del libro abierto… Pero al aproximarse a la puerta vio que salía. Se detuvieron. Iba sofocada: había corrido, al igual que él.

Dijo ella, con un aire imperceptible de despecho:

—Había escrito: a las cinco y media.

Él la observaba con ojos lúcidos:

—Se ha quitado el luto.

Maria miró su vestido de verano y contestó:

—¿El morado no es, entonces, medio luto?

¡Cuán diferente era ya todo de lo que él había imaginado! Una inmensa cobardía le inspiró estas palabras:

—Si usted pensaba que yo no vendría y tal vez la esperan en otra parte, lo dejaremos para otra vez.

Maria respondió con tono vivo:

—¿Quién quiere usted que me espere? ¡Qué divertido es usted, doctor!

Ella volvía a subir hacia la casa seguida por él, dejando que su vestido de tafetán morado arrastrase por el polvo; al bajar su cabeza, el doctor veía su nuca. Maria pensaba que si había citado al doctor en domingo era porque estaba persuadida de que, ese día, el muchacho desconocido no tomaría el tranvía de las seis. De todos modos, loca de felicidad y esperanza al ver que el doctor no llegaba a la hora fijada, había corrido el albur, diciéndose:

«Aunque no hubiese más que una posibilidad entre mil que él hubiera tomado el tranvía por causa mía… ¡Ah! no podía perder esa dicha…» ¡Ay! jamás sabría si el muchacho desconocido, ese domingo, habría estado triste en el tranvía de las seis al no verla. La lluvia aplomada aplastábase sobre las gradas de la entrada por las cuales trepó con rapidez, escuchando, tras ella, resollar al viejo. ¡Ah, esa falta de oportunidad de aquellos seres en quienes no se interesan nuestros corazones y que nos han elegido sin que nosotros los hayamos elegido a ellos! Tan fuera de nuestra órbita: de los cuales nada quisiéramos saber y cuya muerte nos seria tan indiferente como sus vidas… sin embargo, ellos son los que llenan nuestra existencia.

Atravesaron el comedor, abrió las persianas del salón, se quitó su sombrero, se extendió y sonrió al doctor que buscaba desesperadamente algún fragmento de las frases preparadas. Ella le dijo:

—Está sofocado… Lo he hecho caminar demasiado rápido.

—No estoy tan viejo.

El doctor, como siempre, levantó sus ojos hacia el espejo colocado sobre el diván. ¿Y qué, no se había visto nunca todavía? ¿Por qué entonces, sentía cada vez ese golpe en el corazón, ese desolado estupor, como si esperara ver su juventud sonriéndole? Y preguntaba: «¿Y esa salud?» en el tono paternal y un poco grave con que siempre hablaba a Maria Cross. Nunca se había sentido ella tan bien y experimentaba al decírselo al doctor tal placer que se sentía compensada por su decepción. No, el muchacho desconocido, hoy domingo, no debía de estar en el tranvía. Pero mañana, sin duda alguna estaría, y ya ella se volvería por entero hacia esa futura felicidad, hacia esa esperanza cotidianamente burlada y que renacía cotidianamente: algo pasaría de nuevo, al fin él le dirigiría la palabra.

—Puede sin inconveniente suspender las inyecciones… (miraba en el espejo esa barba rala, esa frente árida y recordó las ardientes palabras que había preparado).

—Duermo; fíjese, doctor, ya no me aburro, y sin embargo no tengo ganas de leer. No podría terminar el *Viaje de Sparte*: puede llevárselo.

—¿Sigue sin ver a nadie?

—¿Me cree usted una mujer capaz de alternar, repentinamente, con las amantes de esos caballeros, yo

que hasta el momento he huido de ellas igual que de la peste? Soy la única de esta especie en Burdeos, usted lo sabe muy bien: no quiero intimar con nadie.

Sí, repetidamente había dicho lo mismo, pero en tono de queja, nunca con un aire tan apacible y tranquilo. El doctor percibía que esta alta llama no se estiraba ya hacia el cielo, no ardía ya en vano; había encontrado muy próximo a la tierra un alimento desconocido por él. No pudo dejar de decirle en tono agresivo que si bien ella no veía a esas señoras, veía en cambio algunas veces a esos caballeros. Sintió que enrojecía, sospechó que la conversación tomaba el giro que él había deseado tan ardientemente; en efecto, Maria preguntó riendo:

—¡Eso sí que está bueno! ¿Doctor, no estará usted celoso? ¡Es una escena de celos la que me está haciendo!… No, estoy bromeando —agregó inmediatamente— sé quién es usted.

¿Cómo podía poner en duda que realmente ella estaba riendo y que ni siquiera imaginaba que el doctor experimentara un sentimiento de esa naturaleza? Maria lo observaba con inquietud:

—¿No lo he herido?

—Sí, Maria, usted me ha herido.

Pero ella no comprendió de qué clase de herida hablaba; insistió sobre su respeto, su veneración: ¿no se había rebajado él hasta ella? ¿No se había dignado elevarla algunas veces hasta él? Con un gesto tan falso como la propia frase, ella cogió la mano del doctor y la aproximó a sus labios. Este la retiró bruscamente. Maria Cross, molesta, se levantó, acercóse a la ventana y miró el jardín inundado. El doctor también se había levantado; le dijo sin volverse:

—Espere que pase el chubasco.

Permanecía parado en el salón sombrío.

Como hombre metódico, usaba este atroz minuto para arrancar de él todo deseo, toda esperanza. Pues bien, todo había terminado; todo lo que interesara a esta mujer no le concernía ya más; estaba fuera del juego. Su mano hizo en el vacío el gesto de barrer. Maria se volvió y le gritó:

—Ya no llueve.

Como el doctor permaneciera inmóvil, agregó que no quería echarlo, pero que sería bueno aprovechar la escampada. Le ofreció un paraguas; por un momento él aceptó, pero después lo rechazó porque lo mortificaba haber pensado: «Tendré que devolverlo; será otra ocasión para volver.»

Ya no sufría; gozaba de la tempestad que concluía, pensaba en él mismo, o más bien en esa parte de él mismo como en un amigo del cual se aceptaba la muerte por la que ya no sufría más. La partida estaba jugada y perdida; no había que volver sobre eso; ya nada debía importarle salvo su trabajo. Ayer le habían telefoneado desde el laboratorio para decirle que el perro no había sobrevivido a la extirpación del páncreas. ¿Podría Robinson procurarse otro en la perrera? Los tranvías pasaban cargados de una multitud derrengada y ruidosa; pero sentíase contento al caminar en este arrabal lleno de lilas, que olía a campo debido a la lluvia de la tempestad, al crepúsculo. Ya no más sufrimiento; ya no más lanzarse como un furioso contra el muro de su prisión. Recogía, rechazaba, en lo más profundo de su ser, esa fuerza, todopoderosa desde su infancia, que, al contacto de tantas criaturas, habíase expandido fuera de él. A pesar de los anuncios luminosos, de los raíles brillantes; a pesar de los ciclistas, agachados sobre el volante en el cual amarraban lilas marchitas, el arrabal transformábase en campo, los bares se volvían albergues llenos de muleros que partían con el claro de luna; rodarían toda la noche como muertos, escondidos en sus carretelas, los rostros cara a las estrellas. En los umbrales, niños ya campesinos jugaban con moscardones abotagados. No lanzarse más contra ese muro. ¿Cuántos años hacía que él se gastaba en ese triste asalto? Volvióse a ver sollozando (casi medio siglo atrás) en la cabecera de su madre una mañana en que entraba de nuevo al colegio, y ella le gritaba: «¿No te da vergüenza llorar, pequeño holgazán, imbécil?» Ella no sabía que en él sólo existía la desesperación de separarse de ella; y desde entonces… esbozó de nuevo el gesto de limpiar, de despejar el lugar: «Veamos», dijo. «Mañana por la mañana…» Y como si se estuviera poniendo una inyección de morfina, se inyectó el quehacer cotidiano: ese perro muerto… Tenían que volver a comenzar. Pero, ¿no debía haber registrado a esa altura de la investigación hechos suficientes que confirmaran su hipótesis? ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Qué vergüenza! Él, que no sospechaba que el género humano estuviese interesado en cada uno de sus gestos en el laboratorio, ¡cuántas jornadas había malgastado! La ciencia exige que se la sirva con pasión; no admite que se la comparta con otra cosa: «Ah, no seré nunca sino un sabio a medias.» Creyó ver fuego entre las ramas; pero era la luna que se levantaba. Aparecieron los árboles que escondían la casa donde estaban reunidos aquellos a los cuales él tenía derecho a llamar *los míos*. ¿Cuántas veces había traicionado el juramento que renovó en ese momento en su corazón:

«A partir de esta tarde, haré feliz a Lucie»? Apresuraba el paso, impaciente por demostrarse a sí mismo que esta vez no sería débil. Quiso pensar en su primer encuentro hacía veinticinco años, en un jardín de Arcachon, encuentro arreglado por uno de sus colegas. Pero no descubrió en él la imagen de la novia de aquellos lejanos tiempos, esa pálida fotografía borrosa: lo que él vio fue una mujer joven que se ha puesto medio luto, loca de felicidad porque él se ha atrasado y que se apresura a ir en busca de otro… ¿Quién era? El doctor sintió un agudo dolor, detúvose un segundo, y de súbito se puso a correr para aumentar la distancia entre él y ese ser que Maria Cross amaba; y experimentaba, en realidad, un alivio, como si cada paso lo acercara, sin él saberlo, a ese rival desconocido… Sin embargo, esa tarde, apenas hubo traspuesto la puerta del comedor, en el momento en que Raymond y su cuñado se enzarzaban en la discusión, tuvo conciencia de ese florecer, de esa brusca primavera dentro de aquel extraño que había traído al mundo.

Se habían levantado de la mesa; los chicos ofrecían sus frentes a los labios distraídos de los mayores. Se fueron a sus cuartos, escoltados por la madre, la abuela y la bisabuela. Raymond habíase aproximado a la puerta-ventana
. El doctor se impresionó al ver el movimiento que hizo para tomar un cigarrillo de un estuche de cuero, golpearlo y encenderlo; un botón de rosa colgaba de su ojal, y sus pantalones tenían el pliegue necesario. El doctor pensó: «¡Es sorprendente cómo se parece a mi pobre padre!…» Sí, era el retrato del cirujano que, hasta cerca de los setenta años, había dilapidado en las mujeres la fortuna que le deparara la práctica de su arte. Fue el primero en introducir en Burdeos las ventajas de la asepsia; jamás prestó la menor atención a su hijo, al cual sólo llamaba «el pequeño», como si no recordara su nombre. Una mujer lo había traído una tarde, con la boca torcida y babeando; no se encontró ni su reloj, ni su billetera, ni el anillo de brillantes de su dedo índice. «Heredé de él un corazón capaz de apasionarse, pero no el don de gustar… Eso será para su nieto.»

El doctor miraba a Raymond, que estaba vuelto al jardín, ese hombre que era su hijo. Después de ese día febril, le habría gustado confiarse, o más bien, enternecerse; preguntar a su chico: «¿Por qué no nos hablamos jamás?» ¿Crees que no sabría comprenderte? ¿Hay tanta distancia entre un padre y un hijo? ¿Qué significan los veinticinco años que nos separan? Tengo el mismo corazón que tenía a los veinte años, y tú saliste de mí: es posible que tengamos gustos comunes, antipatías y tentaciones… Ese silencio que hay entre nosotros, ¿quién lo romperá primero? El hombre y la mujer por muy alejados que estén uno del otro, se vuelven a encontrar en un abrazo. Y hasta una madre puede atraer hacia sí la cabeza de su hijo crecido y besar sus cabellos; pero el padre no puede hacer nada, salvo el gesto que hizo el doctor Courrèges al posar su mano sobre el hombro de Raymond, el cual, sobresaltado, se volvió. El padre, esquivando sus ojos, preguntó:

—¿Llueve todavía?

Raymond, parado en el umbral, tendió sus brazos a la noche:

—No, ya no llueve.

Y agregó sin volver la cabeza:

—Buenas noches… —y el ruido de sus pasos disminuyó.

En ese momento, la señora Courrèges quedó estupefacta, pues su marido le pidió que dieran una vuelta por el jardín. Dijo que iría a buscar un chal. Él escuchó como subía, y luego bajaba, con prisa desacostumbrada.

—Toma mi brazo, Lucie. La luna está escondida; no se ve nada…

—Pero la avenida se ve blanca.

Al apoyarse un poco en él notó que la carne de Lucie tenía el mismo olor que en ese entonces cuando eran novios y permanecían sentados en un banco, esa largas tardes de junio: ese olor de carne y de sombra era el perfume mismo de su noviazgo.

Le preguntó si ella no se había fijado en el cambio tan grande que se había producido en su hijo. No, lo encontraba siempre tan malhumorado, gruñón y obstinado. Él insistió: Raymond se cuida más; tiene más dominio sobre sí mismo, aunque sólo fuera por ese cuidado de su apariencia.

—¡Ah!, sí, hablemos de eso. Julie protestaba ayer porque exige que le planche dos veces por semana los pantalones.

—Trata de tranquilizar a Julie, que vio nacer a Raymond.

—Julie es una mujer sacrificada; pero los sacrificios tienen sus límites. Aunque diga Madeleine que esos sirvientes no hacen nada. Julie tiene mal carácter, de acuerdo; pero comprendo que esté furiosa al verse obligada a asear parte de la escalera de servicio y parte de la escalera grande.

Un ruiseñor parsimonioso dio tres notas. Atravesaban el perfume de almendra amarga de los pinos. El doctor continuó a media voz:

—Nuestro pequeño Raymond…

—No podremos reemplazar a Julie. Eso es lo que tenemos que repetirnos. Me dirás que hace huir a todas las cocineras; pero muchas veces ella tiene razón… Así Léonie…

Preguntó resignado:

—¿Cuál Léonie?

—Sabes perfectamente, esa gorda… no, no se trata de la última… aquella que sólo estuvo tres meses; no quería limpiar el comedor. No le correspondía a Julie hacer ese trabajo…

Él dijo:

—Los sirvientes de hoy no son los de antes.

Sentía descender en él una marea, un reflujo que arrastraba con él confidencias, confesiones, entregas, lágrimas.

—Haríamos mejor en volver…

—… Madeleine me repite que la cocinera es insolente con ella; pero no se debe a Julie. Esa mujer quiere que le aumenten el salario; aquí no tienen tantos beneficios como en la ciudad, a pesar de que tenemos grandes mercados: si no fuera por eso, no se quedarían.

—Voy a entrar.

—¿Tan pronto?

Ella sintió que lo había defraudado, que debía haber esperado, haberlo dejado hablar. Murmuró:

—No solemos conversar tan a menudo…

Más allá de las miserables palabras que ella acumulaba muy a su pesar, más allá del muro que su paciente vulgaridad había construido día a día, Lucie Courrèges oía la llamada ahogada de aquel muerto en vida. Sí; percibía el grito del minero enterrado, y también en ella, ¡y a qué profundidad!, una voz contestaba a esa voz, la ternura movíase allí.

Hizo el gesto de inclinar la cabeza en el hombro de su marido, adivinó su cuerpo contraído, esa figura tensa, levantó los ojos a la casa, y no pudo dejar de decir:

—Has dejado de nuevo la luz encendida en tu cuarto.

Inmediatamente lamentó haber dicho estas palabras. El doctor apresuró el paso para alejarse de ella, subió con rapidez los peldaños, dio un suspiro de alivio al ver el salón desierto, y llegó, sin haber encontrado a nadie, a su gabinete. Allí, por fin, sentado ante la mesa, con las dos manos se frotó el rostro extenuado, y de nuevo hizo el gesto de limpiar… Es una lástima que ese perro haya muerto; no es fácil encontrar otro; pero, por otro lado, con todas estas historias idiotas, no había seguido muy de cerca las investigaciones. «He confiado demasiado en Robinson… Debió de equivocar la fecha de la última inyección.» Valía más empezar todo de nuevo, con nuevos gastos… Sería suficiente, de ahora en adelante, que Robinson tomara la temperatura del animal y recogiera y analizara la orina.

CAPÍTULO SEXTO

La corriente se interrumpió y los tranvías se detuvieron: permanecieron inmóviles a lo largo de los bulevares como jóvenes orugas. Bastó ese incidente para que Raymond Courrèges y Maria Cross se pusieran en contacto. Sin embargo, al día siguiente de aquel domingo en el cual no se habían visto, los dos sentíanse atormentados por la angustia de no volver a reunirse nunca más, y cada uno había resuelto dar el primer paso. Pero ella veía en él sólo un colegial inocente que se escandaliza de cualquier cosa; y él, ¿cómo se habría atrevido a hablar a una mujer? A través del gentío adivinó su presencia, aunque, por vez primera, estuviese vestida con un traje claro; y ella, algo miope, lo reconoció de lejos, pues aquel día debió vestir, para cierta ceremonia, el uniforme del colegio, y llevaba su esclavina echada, con negligencia, sobre los hombros (para imitar a los alumnos de la Ecole de Santé Navale). Dos pasajeros subieron al tranvía, decididos a esperar; otros alejáronse por grupos. Raymond y Maria se reunieron cerca del estribo. Sin mirarlo, para que pensara que no se dirigía a él, dijo a media voz:

—Menos mal que no tengo que caminar mucho…

Y él, vuelta un poco la cabeza, encendidas las mejillas:

—Por una vez resultará agradable caminar.

Entonces ella se atrevió a fijar los ojos en ese rostro: jamás lo había visto tan de cerca.

Dieron algunos pasos en silencio. Ella miraba a hurtadillas esas mejillas encendidas, esa carne demasiado joven: al afeitarse, Raymond la había hecho sangrar. Con gesto pueril, sostenía sobre su cintura una cartera usada, llena de libros; y al pensar súbitamente que era casi un niño, experimentó una emoción confusa, hecha de escrúpulo, vergüenza y placer. Sentíase como baldado por la timidez, paralizado como jamás lo había estado, cuando le parecía tarea de titanes franquear el umbral de una tienda; sintió estupefacción al comprobar que era más alto que ella; la paja color malva del sombrero le escondía casi todo el rostro, pero alcanzaba a ver el cuello desnudo, el hombro algo descubierto. Sintió terror al no encontrar una sola palabra para romper el silencio: temía estropear esos pocos minutos.

—Es cierto que usted no vive lejos…

—Sí: la iglesia de Talence está a diez minutos de los bulevares.

Raymond sacó del bolsillo un pañuelo manchado de tinta, enjugóse la frente: vio la tinta, y escondió el pañuelo.

—Pero tal vez su recorrido es más largo que el mío…

—¡Oh!, no: me bajo cerca de la iglesia.

Y agregó rápido:

—Soy hijo del doctor Courrèges.

—¿Hijo del doctor?

Dijo con calor:

—¿Es conocido, no es cierto?

Raymond vio que había palidecido, al levantar la cabeza para mirarlo. Sin embargo, dijo:

—Decididamente: qué pequeño es el mundo…, sobre todo, no le hable de mí.

—Nunca converso con él, y por otra parte, no sé quién es usted.

—Más vale así.

Lo devoró, otra vez, con una larga mirada: ¡el hijo del doctor! Sin duda era un colegial muy ingenuo, muy piadoso. Huiría horrorizado cuando supiera su nombre. ¿Cómo había podido ignorarlo? El pequeño Bertrand Larousselle se había educado, hasta el año anterior, en el mismo colegio… el nombre de Maria Cross debía de ser famoso allí…

Insistió, menos por curiosidad que por temor al silencio.

—Sí, sí, dígame su nombre… Yo le dije el mío…

En el umbral de una frutería, la luz horizontal abrazaba las naranjas colocadas en cestas. Los jardines estaban como empapados por el polvo; un puente atravesaba el camino que, no hace mucho, emocionaba a Raymond, pues los trenes rodaban por allí hacia España. Maria Cross pensaba: «Si le digo mi nombre, no lo veré más…, pero, ¿no es mi deber alejarme?» Sufría y gozaba al mismo tiempo ante esa disyuntiva. Sufría, en verdad, pero experimentaba una oscura satisfacción al murmurar: «Resulta trágico…»

—Cuando usted sepa quién soy… (no pudo dejar de pensar en el mito de Psiquis, en *Lohengrin*).

Estalló en una risa muy ruidosa, pero ya sin timidez dijo:

—De todos modos nos encontraríamos en el tranvía… ¿Usted se habrá dado cuenta de que tomo expresamente el de las seis de la tarde?… ¿no? ¡Qué gracioso! Porque, sabe, algunas veces llego demasiado temprano y alcanzo a tomar el de las seis menos cuarto… pero intencionadamente lo dejo pasar por causa suya. Ayer mismo, me fui antes que lidiaran el cuarto toro para alcanzar a verla, y usted no estaba; parece que Fuentes estuvo prodigioso en el último toro. Ahora que nos hemos hablado, ¿qué puede importar su nombre? Antes, me reía de todo… pero desde que sé que usted me mira…

Ese lenguaje que Maria hubiera juzgado bajo y vulgar en otro, le parecía de una deliciosa frescura, y más tarde, cada vez que atravesaba el camino por ese punto, recordaba lo que habían desencadenado en ella esas miserables palabras del escolar: una ternura, una dicha…

—De todos modos tendrá que decirme su nombre… por lo demás, podría preguntárselo a papá. Es fácil; una señora que baja siempre frente a la iglesia de Talence.

—Se lo diré; pero tendrá que jurarme que nunca le hablará de mí al doctor.

Sospechaba ahora que su nombre no lo alejaría de ella; pero fingió sentirse aún amenazada. «Entreguémonos al destino» —decíase— porque en el fondo se sentía segura de ganar. Un poco antes de llegar a la iglesia, quiso que él se fuera solo «a causa de los proveedores que la reconocerían y chismorrearían».

—Sí, pero no sin saber…

Dijo rápidamente, sin mirarlo:

—Maria Cross.

—¿Maria Cross?

Con su sombrilla hizo algunos hoyos en la tierra y agregó rápidamente:

—Espere a conocerme…

La miraba deslumbrado:

—¡Maria Cross!

Esa era la mujer cuyo nombre había escuchado un día de verano, en las avenidas de Tourny, a la hora del regreso de las corridas… Pasaba en su calesa de dos caballos… alguien cerca de él, repetía: «¡Hay que ver estas mujeres!» Y de súbito recordó la época en que un tratamiento de ducha lo obligaba a salir del colegio antes de las cuatro de la tarde: en el camino dejaba atrás al joven Bertrand Larousselle lleno ya de orgullo, sus largas piernas calzadas con polainas de cuero color amarillo; a veces lo escoltaba un sirviente, a veces un sacerdote de guantes negros y cuello alto; el piadoso y puro Bertrand devoraba con sus ojos cuando pasaba junto a él «el sucio individuo», sin sospechar que ante los ojos del sucio individuo era él mismo un chico misterioso. La señora de Victor Larousselle vivía todavía en esa época y en la ciudad, y en el colegio corrían rumores absurdos: Maria Cross, decían, quería casarse y exigía de su amante que despachara a todos los suyos; otros aseguraban que esperaban que la señora Larousselle muriera de cáncer para poder casarse por la Iglesia. Muchas veces, tras los vidrios de una berlina, había divisado, al lado de Bertrand, esa madre exangüe de la cual las señoras Courrèges y Basque decían: «¡Esta sí que ha sufrido! ¡Cuánta dignidad dentro de su martirio! De ella se puede decir que ha hecho su purgatorio en vida… A un hombre como ése yo le escupiría mi desprecio a la cara y lo dejaría plantado…» Un día, Bertrand Larousselle salió solo; escuchaba tras él silbar al sucio individuo, y apresuró el paso; pero Raymond se acercó a él, y no despegaba la vista del abrigo corto y de la gorra de un género inglés tan bonito. ¡Cuán hermoso le parecía todo lo de ese muchacho! El pequeño Bertrand echóse a correr, y un cuaderno se deslizó de su cartera. Cuando se dio cuenta de ello, Raymond ya lo había recogido; el niño volvió sobre sus pasos, pálido de miedo y de cólera: «¡Devuélvemelo!»; pero Raymond se burlaba, y leía, a media voz, sobre la tapa: «Mi diario.»

—Debe ser muy interesante el diario del pequeño Larousselle…

—Devuélvemelo.

Raymond franqueó corriendo el umbral del Parc Bordelais, tomó una avenida desierta; tras él oía una pobre voz jadeante: «¡Devuélvemelo! Te acusaré.» Pero el sucio individuo, al abrigo de un macizo, se mofaba del pequeño Larousselle, el cual sin aliento y tendido sobre la hierba lloraba con grandes sollozos.

—Toma: aquí tienes tu cuaderno… tu diario… ¡Idiota!

Levantó al niño, secó sus ojos, sacudió su abrigo inglés. ¡Qué inesperada dulzura en ese bruto! El pequeño Larousselle fue sensible a ella, y sonreía ya a Raymond cuando, de súbito, éste no pudo resistir a una grosera fantasía.

—Dime, ¿has visto alguna vez a Maria Cross?

Bertrand, rojo, recogió su cartera, y se largó sin que Raymond pensara en seguirlo.

Y ahora Maria Cross… La devoraba con los ojos… La creía más grande, más misteriosa. Esa pequeña mujer, vestida de morado, era Maria Cross. Viendo la turbación de Raymond, balbuceaba:

—No crea… No vaya a creer…

Temblaba ante ese juez que le parecía angelical; no percibía en él el ángel de la impureza. No sabía que la primavera era muchas veces la estación del barro, y que este adolescente podía ser sólo una mancha. No tuvo fuerzas para soportar el desprecio que ella imaginaba en el muchacho; y con un adiós dicho casi en voz baja, emprendía ya la fuga, pero él la alcanzó:

—Hasta mañana por la tarde, ¿no es verdad?, en el mismo tranvía.

—¿Lo quiere usted?

Al alejarse, ella se dio vuelta dos veces hacia él, que estaba inmóvil y pensaba: «¡Maria Cross está encaprichada de mí!» Repetía como si no pudiera creer en su suerte: «¡Maria Cross está encaprichada de mí!»

Aspiraba la tarde como si la esencia del universo hubiese estado contenida en ella, y él se sintiese capaz de acogerla en su cuerpo henchido. Maria Cross estaba encaprichada de él… ¿Se lo diría a sus compañeros? Ninguno le creería. Aparecía ya la espesa cárcel de hojas donde los miembros de una sola familia vivían tan confundidos y separados entre ellos como los mundos que forman la Vía Láctea. ¡Ah!, esa jaula se hacía pequeña para contener su orgullo en esa tarde. La contorneó, y se hundió en un espeso bosque de pinos, el único que no estaba cerrado y al cual llamaban el Bois de Berge. La tierra sobre la cual se acostó estaba más caliente que un cuerpo. Las agujas de pinos cavaron signos en las palmas de sus manos.

Cuando entró en el comedor, su padre cortaba las páginas de una revista y respondía a una observación de su mujer:

—No leo: miro los títulos.

Nadie pareció escuchar el saludo de Raymond, salvo su abuela:

—¡Ah!: ahí viene mi briboncillo…

Y al pasar al lado de su silla, lo retuvo y atrajo hacia ella:

—Hueles a resina.

—Estuve en el Bois de Berge.

Lo midió con la mirada, complaciente, y masculló en un tono de ternura, este insulto:

—¡Canalla!

Sorbía su sopa produciendo mucho ruido, como un perro. ¡Qué pequeña le parecía toda esa gente! Él planeaba en el sol. Sólo su padre le parecía cercano. ¡Conocía a Maria Cross! Había estado en su casa, la había cuidado, la había visto en cama, había apoyado la cabeza contra su pecho y su espalda… ¡Maria Cross, Maria Cross! Ese nombre lo ahogaba como si fuera un coágulo de sangre; sentía en su boca su dulzura cálida y salada, y en fin, la tibia marea de ese nombre hinchó sus mejillas, y escapó afuera:

—Esta tarde vi a Maria Cross.

El doctor lo miró con una mirada fija. Le preguntó:

—¿Cómo supiste que era ella?

—Estaba con Papillon, el cual la conocía de vista.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó Basque—. ¡Raymond hizo una conquista!

Una niñita repitió:

—Sí, sí, ¡Raymond tontón hizo una conquista!

Movía sus hombros rezongando. Su padre desvió los ojos, e hizo una pregunta:

—¿Estaba sola?

Y como Raymond respondió: «Sola», el doctor empezó de nuevo a cortar las páginas. La señora Courrèges, sin embargo, agregó:

—Es curioso que esas mujeres os interesen más que las otras. ¿Qué puede haber de extraordinario en ver

pasar a esa criatura? Cuando era camarera ni siquiera la habríais mirado.

El doctor la interrumpió:

—Pero, ¡vamos!, ¡no ha sido nunca camarera!

—Por lo demás —proclamó Madeleine bruscamente—, no habría tenido por qué avergonzarse de aquello: ¡muy al contrario!

Y como la criada acababa de salir llevándose un plato, interpeló a su madre con acritud:

—Se diría que adrede indispones a los sirvientes, que los hieres. Irma, precisamente, es tan susceptible.

—Es increíble… Hay que ponerse guantes ahora…

—Trata a tus sirvientes como lo desees; pero no hagas que se vayan los sirvientes de los demás…, especialmente cuando los obligas a servir la mesa.

—Como si te preocuparas tanto de Julie…, tú, que tienes fama de no saber conservar un sirviente… Todo el mundo sabe que cuando los míos se van se debe a los tuyos…

La llegada de la criada interrumpió el debate, que prosiguió en sordina desde el momento en que ella regresó al repostero. Raymond observaba con complacencia a su padre: si Maria Cross hubiera sido camarera, ¿existiría aún ante sus ojos? De súbito, el doctor levantó la cabeza y sin mirar a nadie dijo:

—Maria Cross era hija de esa institutriz que dirigía la escuela de
Saint-Clair
cuando tu querido señor Labrousse era el cura de ese lugar, Lucie.

—¿Qué? ¿Esa arpía que lo hizo sufrir tanto?, ¿esa que prefería no ir a misa antes que no ocupar con sus alumnos los primeros bancos de la nave central? ¡Pues bien!: no me extraña. Quien lo hereda no lo hurta.

—Recuerdas —dijo la abuela Courrèges— que ese pobre señor Labrousse contaba que esa tarde de las elecciones en las cuales el marqués de
Lur-Saluces
fue derrotado por ese oscuro abogado de Bazas, la institutriz vino con toda su pandilla a burlarse de él bajo las ventanas del presbiterio, y de tanto lanzar bombas en honor del nuevo diputado, tenía las manos negras de pólvora…

—¡Qué buena gente es ésa!

Pero el doctor no las escuchaba, y en lugar de subir, como siempre lo hacía por la tarde, a su gabinete, siguió a Raymond hasta el jardín.

El padre y el hijo deseaban conversar esa tarde. Una fuerza independiente de su voluntad los aproximaba como si ambos escondiesen un mismo secreto. Así se buscan y se reconocen los iniciados. Los cómplices. Cada uno descubría en el otro al único ser con el cual podía conversar de aquello que más les importaba en el mundo. Como dos mariposas separadas por kilómetros de distancia se reúnen sobre la caja donde se encierra la hembra oliente, también ellos habían seguido las extravagantes rutas de sus deseos, y posábanse uno al lado de otro sobre Maria Cross invisible.

—¿Tienes un cigarrillo, Raymond? He olvidado el gusto del tabaco… Gracias… ¿Damos una vuelta?

Se escuchaba a sí mismo con estupor, semejante a una persona que haya sido objeto de un falso milagro y que ve de súbito volver a abrirse la llaga que creía curada. Esa mañana misma, en el laboratorio, experimentó ese alivio que fascina al feligrés después que ha sido absuelto; buscaba en su corazón el lugar de su pasión, y no lo encontró.

¡Con qué solemne y sentencioso acento habíase dirigido a Robinson, a quien una corista de los Bouffes, durante la primavera, había distraído algunas veces de su trabajo! «Amigo mío, el sabio que posee el amor de la investigación y que tiene la ambición de hacerse un hombre, mirará siempre como tiempo perdido los minutos entregados a la pasión…» y como Robinson echara atrás sus cabellos rebeldes y limpiara los cristales de sus gafas sobre la blusa quemada por los ácidos, protestando:

—De todos modos, el amor…

—No, querido, en el verdadero sabio es imposible que, salvo eclipses pasajeros, la ciencia no gane al amor. Siempre le quedará el rencor de las satisfacciones más altas que hubiera tenido si todo su ardor hubiérase concentrado en la meta científica.

—Es verdad —había respondido Robinson— que la mayor parte de los grandes sabios fueron seres sexuales; en realidad no conozco ninguno que haya sido un verdadero apasionado.

El doctor comprendió esa tarde por qué esta aprobación de su discípulo lo había hecho sonrojarse. Bastó una palabra de Raymond: «Vi a Maria Cross» para que en él se removiera la pasión que creyera muerta. ¡Ah!: sólo estaba dormida… una palabra la había despertado, la alimentaba; y he aquí que la pasión se

estira, bosteza y se endereza. A falta de poder estrechar lo que desea, se hartará con palabras. Sí: cueste lo que cueste, el doctor hablará de Maria Cross.

Reunidos por el deseo de alabar juntos a Maria Cross, el padre y el hijo, a partir de las primeras palabras, no se entendieron: Raymond sostenía que una mujer de esa envergadura sólo podía causar horror a tímidos devotos: él la admiraba por su audacia, por su ambición sin frenos, por toda una vida disoluta que él imaginaba. El doctor replicó que nada tenía de cortesana y que no había que creer en lo que el mundo decía:

—¡Conozco a Maria Cross! Puedo decir que durante la enfermedad de su pequeño François, y después de ella, fui su mejor amigo… Me hizo confidencias.

—¡Pobre papá! ¡Cómo se ha reído de ti!, ¿no?

El doctor hizo un esfuerzo, se dominó, y respondió con calor:

—No, pequeño: ella confiaba en mí con una humildad extraordinaria. Si hay un ser en el mundo del cual se puede decir que sus actos no la caracterizan, es Maria Cross. Se perdió por una indolencia incurable. Su madre, institutriz de
Saint-Clair
, la hizo prepararse para ser maestra, pero su matrimonio con un médico ayudante del 144 interrumpió sus estudios. Durante sus tres años de matrimonio, no hubo nada que decir de ella, y si su marido hubiese vivido sería la más honrada y la más anónima de las mujeres. Él sólo le reprochaba esa indolencia que la hacía incapaz de interesarse en su casa. Gruñía un poco, decía ella, cuando, al volver a casa, sólo podía comer un plato de fideos recalentado en una lámpara de alcohol. Prefería leer todo el día, en una bata de casa que estaba rota, sus pies desnudos en las zapatillas. ¡Esta supuesta cortesana!: supieras tú cómo se ríe del lujo. Mira, no hace mucho tiempo aún decidió no usar más la berlina que le había dado Larousselle, y coge el tranvía como todo el mundo… ¿Por qué te ríes? No veo que tenga nada divertido lo que te acabo de decir…, pero no te rías así: es enervante… Cuando se encontró viuda con un hijo, y teniendo que trabajar, imagínate cómo se sentiría de desvalida esta «intelectual»… Para desgracia suya, una amiga de su marido la hizo entrar como secretaria donde Larousselle. Maria no tenía doble intención; pero, despiadado con sus empleados, Larousselle, sin embargo, no le hizo jamás ninguna observación, a pesar de que ella llegaba con retraso y no trabajaba mucho; eso bastó para comprometerla; cuando ella se dio cuenta, era tarde para actuar… para todo el mundo era la «amiga del jefe»…, y la hostilidad de ellos le hacía la vida imposible. Ella se lo advirtió a Larousselle, el cual sólo esperaba ese momento. Ofrecióle a la joven, hasta que encontrara otra ocupación, la vigilancia de una propiedad que tenía en las puertas de Burdeos, la cual no había podido o no había querido arrendar ese año…

—¿Y esa proposición le pareció muy inocente?

—Evidentemente: no. Vio muy bien adonde quería llegar; pero la pobre debía pagar un arriendo demasiado elevado para sus medios, y por otra parte, el pequeño François padecía una gastroenteritis y el médico juzgaba indispensable que viviese en el campo. Por fin, sintiéndose tan comprometida, no tuvo el coraje de renunciar a tal ventaja. Se dejó violentar.

—No hay duda de que fue así.

—No sabes de lo que estás hablando. Resistió largo tiempo. ¿Y qué? No pudo prohibir a Larousselle que éste llevara invitados por las tardes; fue débil, inconsecuente, al aceptar presidir esas comidas, lo reconozco. Pero esas famosas comidas de los martes, esas supuestas orgías: sé cómo se realizaron… Eran sólo escandalosas porque en ese momento el estado de salud de la señora Larousselle empeoraba. Te juro que Maria ignoraba entonces que la mujer de su jefe estuviese en peligro. «No tuve conciencia del mal que causaba», me decía, «hasta entonces no había concedido nada al señor Larousselle, ni siquiera un beso, nada. ¿Era reprochable presidir esa mesa de imbéciles?… No hay duda que de todas maneras me sentía como embriagada de lucirme ante ellos… jugaba a ser la “intelectual”, sentía que el jefe estaba orgulloso de mí… Prometió ocuparse del niño…»

—¿Y te hizo tragar eso?

¡Qué cándido era su pobre padre! Pero le dolía por encima de todo que redujera a Maria Cross a las proporciones de una pequeña institutriz, honrada y blanda, de estropearle su conquista.

—Ella se entregó a Larousselle después de la muerte de su mujer, por cansancio, por una especie de desgana desesperada. Sí, esa es la palabra, y ella la encontró: *desgana desesperada*. Por lo demás, no teniendo ya ilusiones, lúcida, no creyó ni en sus simulacros de viudo inconsolable ni aun en su vagas promesas de desposarla un día. Conocía demasiado a esos señores, decía ella, para conservar, sobre ese

punto, muchas ilusiones. Como amante, ella lo honraba; ¡pero como esposa! Sabes que Larousselle puso al pequeño Bertrand en el Collège de Normandie, para que el niño no se viera expuesto un día a encontrarse con Maria Cross. En el fondo la considera de la misma raza de golfillas con las que la engaña todos los días. Por lo demás, su intimidad física se reduce a muy poco, lo sé, estoy seguro; eso, mi pequeño, te lo garantizo. Aunque Larousselle esté loco por Maria, no es hombre para tenerla sólo de «adorno», como se piensa en Burdeos. Pero ella se le niega…

—¿Entonces, qué? Maria Cross, ¿es una santa?

No se veían; sin embargo, cada uno adivinaba la hostilidad del otro, a pesar de que hablaban a media voz. Reunidos durante un instante por ese nombre, Maria Cross, ese mismo nombre los volvía a separar. El hombre caminaba con la cabeza levantada; el adolescente miraba la tierra, y empujaba rabiosamente con el pie una piña de pino.

—Me encuentras muy tonto…, pero de los dos, pequeño, eres tú el más cándido. Creer sólo en el mal es no conocer a los hombres. Sí, has dicho la verdad: en esa Maria Cross, de la cual conozco sus miserias, se esconde una santa… Sí, tal vez: una santa…, pero no puedes comprenderlo.

—¡Déjame que ría!

—Por lo demás, tú no la conoces, crees en los chismes. Yo, en cambio, la conozco.

—Y yo…, sé lo que sé.

—¿Qué sabes tú?

El doctor habíase detenido en medio de una avenida oscurecida por los castaños; apretaba el brazo de Raymond.

—¡Pero suéltame! Estoy de acuerdo en que Maria Cross se niegue a Larousselle, pero no existe sólo él…

—¡Mentiroso!

Raymond, estupefacto, murmuró: «¡Ah: no faltaba más!…» Tuvo una sospecha que, apenas nacida, se borró, o más bien se adormeció. Tampoco él podía introducir el amor en la imagen que se hacía de ese padre, exasperante, por cierto, siempre entre cielo y tierra, siempre idéntico a como apareciera ante los ojos del joven: sin pasiones, sin pecado, inaccesible al mal, incorruptible, por encima de todos los otros hombres. Lo oyó jadear en las tinieblas. El doctor, entonces, hizo un esfuerzo sobrehumano, y repitió, en un tono casi alegre, como bromeando:

—¡Sí, mentiroso! Guasón: quieres quitarme mis ilusiones…

Y como Raymond callase, agregó:

—Vamos: cuenta.

—No sé nada.

—Dijiste hace un momento: sé lo que sé.

Contestó que hablaba en el aire, con el tono de un hombre resuelto a guardar silencio. El doctor no volvió a insistir. No había forma de que ese hijo lo comprendiera, tan próximo a él sin embargo, apoyado contra él todavía; sentía su calor, su olor de animal joven.

—Me quedo… ¿No quieres sentarte un rato, Raymond? Por fin corre aire.

Aseguró que prefería dormir. Por algunos instantes siguió sintiendo los golpes que con el pie el adolescente daba a una piña de pino, y luego quedó solo bajo las espesas hojas colgantes, atento al grito ardoroso y triste que lanzaba hacia el cielo la pradera. Levantarse le significó un gran esfuerzo. La luz alumbraba aún en su despacho: «Lucie debe creer que estoy trabajando. ¡Cuánto tiempo perdido! Tenía cincuenta y dos años; no: cincuenta y tres. ¿Qué chismes podía ese Papillon haber…?» Paseó sus dos manos contra un castaño, en el cual, recordaba, Raymond y Madeleine habían grabado sus iniciales. Y repentinamente, después de rodearlo con sus brazos, puso contra la corteza lisa su mejilla y cerró los ojos; por fin se enderezó, y después de haber sacudido sus mangas y arreglado a tientas su corbata, marchó a la casa.

En la avenida de las viñas, Raymond seguía jugando a golpear con el pie una piña de pino, las manos en sus bolsillos, mascullando: «¡Qué ingenuidad!, ¡estas cosas ya no se ven!» ¡Ah!, él sí que estaría a la altura, no dejaría que le contaran cuentos. No pensaba en prolongar su dicha hasta los confines de esa pesada noche. Ni todas las estrellas, ni el olor de las acacias le hubiesen servido de nada. La noche de verano golpeaba en vano a ese macho joven, bien armado, seguro en ese momento de sus fuerzas, de su cuerpo, indiferente a todo lo que el cuerpo no pudiera poseer.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Trabajo, opio único. Cada mañana, el doctor despertaba curado, como si le hubiesen operado de aquello que lo roía; partía solo (mientras duraba el buen tiempo, Raymond no usaba el coche). En pensamiento, habitaba ya el laboratorio; su pasión era un mal entumecido, del cual sólo tenía conciencia sorda; podía despertarla, si él lo hubiera querido: tocando el lugar sensible, estaba seguro de poder arrancarse un grito. Pero ayer, su hipótesis más querida había quedado anulada por un hecho, según le había asegurado Robinson: una larga serie de trabajos podían ser anulados. ¡Qué triunfo para X… que había denunciado a la Sociedad de Biología sus pretendidos errores técnicos!

La gran miseria de las mujeres consiste en que nada las aleja del oscuro enemigo que las roe. Mientras el doctor, ocupado con su microscopio, no sabe más de él mismo ni del mundo, prisionero como se encuentra de lo que está observando como un perro acecha su presa, Maria Cross extendida, con todas las persianas cerradas, espera ese minuto único, el de la cita, breve llama en su pálido día. Pero esa misma hora, ¡qué decepcionante es! Muy pronto habían tenido que renunciar a seguir juntos por el camino hasta llegar a la iglesia de Talence. Maria Cross precedía a Raymond y volvía a juntarse con él no lejos del colegio, en una avenida del Parque Bordelais; mantenía con ella una reserva mayor aún que la del primer día, y su torpeza recelosa terminó por convencer a Maria de que se trataba sólo de un niño, aunque a veces una risa, una alusión, una mirada podía haberla puesto en guardia; pero deseaba conservar a su ángel. Con infinitas precauciones, como si se tratara de un pájaro salvaje y puro, se aproximaba a él de puntillas, conteniendo el aliento. Todo contribuía en ella a fortalecer esta falsa imagen: sus mejillas enrojecidas por una nadería, y esa jerga escolar y esos restos de infancia que cubrían ese cuerpo poderoso como un vapor. Estaba aterrorizada por aquello que no existía aún en Raymond y que ella pensaba descubrir; temblaba ante la inocencia de esa mirada y se reprochaba por haber despertado en ella un malestar, una inquietud. Nada le advertía que Raymond, frente a su presencia, pensaba sólo en el partido que debía tomar: ¿arrendar un departamento amueblado? Papillon conocía una dirección… pero eso era poca cosa para una mujer como esta. Papillon decía que en el *Terminus* se podía arrendar un cuarto por día; habría que informarse; pero Raymond había pasado y vuelto a pasar frente a la oficina del hotel sin atreverse a entrar en ella. Entreveía nuevas dificultades.

Maria Cross pensaba también, sin atreverse a decirlo, en llevarlo a su casa. Pero a ese niño huraño, a su pájaro salvaje, prohibíase ensuciarlo, aunque sólo fuese en pensamiento. Creía sólo que en el salón ahogado de tapices, en el fondo del jardín amodorrado, su amor se desparramaría por fin en palabras, que esa tempestad se convertiría en lluvia. No imaginaba nada fuera del peso de esa cabeza contra ella. El sería un cervatillo domesticado a fuerza de cuidado, y sentiría en sus palmas el hocico tibio… Divisaba una larga ruta y sólo quería conocer de ella las caricias más próximas, las más castas; no pensaba en etapas más ardientes, en ese bosque en que los seres que se aman apartan sus ramas para perderse en él… No, no, no llegaría tan lejos; ella no destruiría en ese niño aquello que la trastornaba de miedo y adoración. ¿Cómo podía darle a entender, sin espantarlo, que él podía venir esa semana al salón ahogado en tapices y que había que aprovechar que el señor Larousselle viajaba por Bélgica?

El doctor, sentado a la mesa, observaba esa tarde a Raymond y lo miraba sorber su sopa; no ve a su hijo, sino al hombre que le dijo a propósito de Maria Cross: «Sé lo que sé.» «¿Qué puede haber contado Papillon? Pardiez, ¿cómo dudar que un desconocido absorbió a Maria? Me obstino en esperar una carta: está demasiado claro que ella no desea verme más. Es señal de que ella se entrega a alguien… ¿a quién? No hay forma de acercarse al muchacho. Insistirle para que hable, sería traicionarme…» En ese momento su hijo se levanta sin contestar a su madre, que le grita: «¿Adónde vas?», y agrega:

—Va a Burdeos casi todas las tardes ahora. Sé que pide la llave del portón al jardinero y que vuelve a las dos de la mañana. Si vieras cómo contesta a las observaciones que le hago… Eres tú el que debe intervenir: ¡eres de una blandura!

El doctor sólo tiene fuerza para balbucear:

—La sabiduría consiste en cerrar los ojos.

Oye la voz de Basque: «Si fuera mi hijo, sabría enderezarlo…» A su vez el doctor se levanta y llega hasta el jardín. Si se atreviera a hacerlo, gritaría: «Nada existe para mí fuera de mi tormento.» No pensamos nunca que muchas veces son las pasiones de los padres las que generalmente los separan de sus hijos.

Entró, sentóse ante su mesa, abrió un cajón y tomó un paquete de cartas, releyó aquellas que Maria le escribía hace seis meses: *Ya nada me retiene a la vida sino el deseo de ser mejor… Poco me importa que esto se realice en secreto y que el mundo siga señalándome con el dedo; acepto el oprobio*… El doctor olvida que en esa época tanta virtud lo desesperaba y que su martirio consistía en que sus relaciones se hubiesen establecido en lo sublime y rabiaba por tener que salvar a aquella con quien era tan dulce perderse. Se imagina la burla de Raymond al leer esta carta, se indigna de ella, protesta a media voz como si no estuviera solo: «¿Afectación?»: es el modo de expresarse el que es siempre en ella demasiado literario… pero en la cabecera de su pequeño François moribundo, ¿era también afectación ese dolor tan humilde, esa aceptación del sufrimiento, como si, a través de los conceptos kantianos inculcados por su madre, toda la vieja herencia mística le hubiese llegado intacta?… Ante el pequeño lecho cubierto de nardos (¡cuánta soledad alrededor del cadáver!) se acusaba, golpeábase el pecho, gemía diciendo que todo estaba bien así, alegrábase de que el niño no hubiese tenido tiempo de sentir vergüenza de ella. Aquí intervenía el científico: «Es verdad que era sincera, pero de todas maneras mezclábase a tanta grandeza cierta satisfacción —sí, ella satisfacía su gusto por la actitud—.» Maria Cross había buscado siempre las situaciones románticas: ¿acaso no se le había metido en la cabeza tener una entrevista con la señora Larousselle moribunda? Al doctor le había costado mucho hacerle entender que esa clase de encuentros sólo resultaban en el teatro. Tuvo que aceptar, sin embargo, defender la causa de la amante frente a la esposa, y de ese modo consiguió traerle a Maria la seguridad de que había sido perdonada.

El doctor, habiéndose aproximado a la ventana e inclinándose en la semioscuridad se dedicó a analizar el rumor nocturno: un rechinar continuo de los grillos y langostas, una rana que croa, dos sapos, las notas interrumpidas de un pájaro que posiblemente no era un ruiseñor, el último tranvía. «Sé lo que sé», había dicho Raymond. ¿Quién ha podido gustarle a Maria Cross? El doctor pronuncia nombres, los rechaza. Esa gente le causaba horror, ¿pero quién no le causaba horror? «Recuerda lo que te confesó Larousselle, el día que vino a tomarse la presión.» «Dicho entre nosotros, a ella no le gusta eso… ¿usted me comprende, no? Lo soporta cuando soy yo, porque se trata de mí… Era para morirse de risa, en los primeros tiempos, cuando yo reunía en casa a esos caballeros. Todos andaban detrás de ella: me lo esperaba: cuando un amigo nos presenta a su amante, pensamos ante todo en robársela, ¿no? Me decía a mí mismo: sigan, sigan, monigotes; rápidamente eso terminó: los puso a todos en su lugar. Nadie en el mundo conoce menos los asuntos amorosos que Maria y a nadie tampoco le causan menos placer; lo digo porque lo sé. ¡Es una inocente, doctor! Más inocente que la mayoría de las bellas y honradas señoras que la desprecian.» Y Larousselle había agregado: «Como Maria no se parece a ninguna otra mujer, siempre estoy temiendo que en mi ausencia tome una decisión absurda; pasa soñando el día entero; sólo sale para ir al cementerio… ¿No cree usted que está influida por algún folletín?»

«Sí, tal vez un folletín,» piensa el doctor; «no, yo lo habría sabido. ¡Una novela puede trastornar la vida de un hombre, y ni eso siquiera! Aunque hubo casos… pero, ¿una mujer? ¡Vamos! Nos perturbamos profundamente tan sólo por lo que vemos, por aquello que es sangre y carne. ¿Un folletín?» Negó con la cabeza. Folletín despertaba en su espíritu la palabra «cabra montés»; y vio alzarse, al lado de Maria Cross, una pata de cabra.[1]

Los gatos maullaban largamente en la hierba. Un paso hizo crujir las piedrecillas de la avenida; se abrió una ventana: Raymond volvía sin duda. Luego el doctor oyó que caminaban por el corredor; golpearon a su puerta; era Madeleine.

—¿Duermes, papá? Vengo debido a Catherine: tiene una tos ronca… le empezó bruscamente… tengo miedo de que sea crup.

—No; el crup no empieza así. Voy.

Poco después, al salir del cuarto de su hija, el doctor experimentó un dolor en el costado izquierdo, llevó la mano a su corazón quedándose inmóvil contra el muro del corredor, en la noche; no llamó; pero en

forma lúcida escuchó el diálogo de los Basque tras la puerta:

—Qué quieres que te diga, es un sabio, estamos de acuerdo; pero su ciencia lo ha trasformado en un escéptico; ya no cree en los remedios; ¿cómo se puede curar sin los remedios?

—Nos asegura que no es nada. Ni siquiera falso crup.

—No te equivoques, a su clientela le habría recetado, de todas maneras, algo. Con su familia no disimula, no se prodiga demasiado. A veces resulta molesto no poder llamar a ningún otro médico.

—Sí, pero es bien agradable tenerlo siempre a mano por la noche. Cuando el pobre hombre ya no esté aquí no dormiré tranquila debido a las niñas.

—¡Tendrías que haberte casado con un médico!

Una risa fue ahogada por un beso. El doctor sintió que se soltaba la mano que le apretaba el corazón, y se alejó a pasos quedos. Se acostó y no pudo soportar la posición tendida; permaneció sentado en la cama en medio de las tinieblas. Todo era silencio, salvo el crujido de las hojas… «¿Maria amó alguna vez? Recuerdo ciertos caprichos… por ejemplo, la pequeña Gaby Dubois a la cual pretendía hacer que rompiera con

Dupont-Gunther

… Pero esa era otra pasión al estilo sublime… Debe de haber tenido, entre sus antepasados, un apóstol del cual heredó el gusto por salvar almas. ¿Quién, pues, me decía a propósito de eso, que Gaby había contado horrores sobre Maria?… Recuerdo algunas otras chifladuras que tuvo… Tal vez algo de “eso” en el caso de ella… Me he fijado que las personas demasiado sublimes… ¡Está amaneciendo ya!»

Rechazó la almohada, se extendió con cuidado para que su organismo no sufriera, y luego se durmió.

CAPÍTULO OCTAVO

—¿Qué tendré que decirle al jardinero?

En una desierta avenida del Parc Bordelais, Maria Cross trataba de que Raymond se decidiera a visitarla en su casa: no había temores de que allí pudiera encontrarse con nadie. Insiste y tiene vergüenza de insistir, se siente corruptora a pesar de ella misma. ¿Cómo no iba a ver Maria en esa manía del chico —podía en otros tiempos pasar y volver a pasar frente a una tienda, sin atreverse a entrar en ella— la señal sin dobles intenciones de una alarma? Por ello, replicó:

—Por favor, Raymond, no vaya usted a creer que yo quiera… no vaya a imaginar…

—Me molesta tener que pasar ante el jardinero.

—Pero si le digo que no hay jardinero. Vivo en una propiedad vacía; el señor Larousselle no logra arrendarla; me puso allí como cuidadora.

Raymond soltó la risa:

—¡Es usted la jardinera, entonces!

La joven dobla los hombros, esconde el rostro, balbucea:

—Todas las apariencias me abruman. Nadie está obligado a saber que acepté de buena fe la ocupación. François necesitaba el aire del campo…

Raymond conocía el estribillo, y se dijo a sí mismo: «Sigue hablando.» La interrumpió:

—Entonces usted dice que no hay jardinero… Pero los sirvientes…

Lo tranquilizó: el domingo le daba permiso a Justine, su única criada; era esposa de un chófer que venía por la noche a dormir para que hubiera un hombre en casa; los alrededores no son seguros; pero el domingo por la tarde, Justine salía con su marido. Raymond no tendría más que entrar; atravesaría el comedor a la izquierda; el salón se encontraba al fondo.

Raymond cava la arena con su talón, absorto; tras los ligustros, rechinan los balancines; una vendedora les ofrece panecillos polvorientos, bastoncillos de chocolate envueltos en papel amarillo. Raymond dice que no ha merendado y le compra un *croissant* y un chocolate con almendras. En ese minuto, ante ese chico que rompe el pan de su merienda, Maria conoce su inexorable destino: nada hay de turbio en el nacer de sus deseos; sin embargo, todos sus actos ofrecen una apariencia monstruosa. Cuando en el tranvía esa figura empezaba a ser el descanso de sus ojos, ella no pensaba en nada malo: ¿por qué había de resistirse a una ternura tan poco sospechosa? Por lo demás, un ser que tiene sed, no desconfía de la fuente que encuentra. «Si quiero recibirlo en mi casa, es porque en la calle, en el banco de un jardín público, no podría conocer su secreto… No obstante, visto por fuera, sólo aparece eso: una mujer de veinte y siete años, una mujer mantenida atrae a su casa un adolescente: el hijo del único hombre que ha confiado en ella y que jamás le ha tirado una piedra…» Después de que se hubieron separado, un poco antes de la
Croix-de-Saint-Genes
, pensaba todavía: «Quiero que venga, pero no para mal, no para mal: ese pensamiento me da náuseas. Sin embargo él desconfía, ¿y cómo no había de desconfiar? Todos mis actos tienen un lado inocente vuelto hacia mí y un lado abominable vuelto hacia el mundo. Pero tal vez es el mundo el que está en la razón…» Pronunció un nombre, luego otro… Si ella era despreciada por actos en los cuales su voluntad no había intervenido, recordó otros realizados en secreto, que sólo ella conocía…

Empujó el portón que abriría Raymond el domingo por primera vez; remontó la avenida llena de hierbas (no hay jardinero). El cielo estaba tan cargado que era increíble que las nubes no reventasen: cielo que parecía descorazonado por la sed universal. Las hojas colgaban marchitas. La criada no había cerrado las persianas; gruesas moscas chocaban contra los plintos. Maria sólo tuvo fuerzas para lanzar su sombrero sobre el piano; sus zapatos ensuciaron el diván: no había otro gesto que hacer salvo fumar un cigarrillo. ¡Ah!, pero también existía eso: esa molicie de su cuerpo a pesar de una imaginación febril. ¡Cuántas tardes

perdidas en este lugar, el corazón enfermo de tanto fumar! ¡Cuántos planes de evasión, de purificación, preparados y destruidos! Tendría que, en primer lugar, haberse levantado, haber hecho diligencias, haber visto gentes… «Pero si renuncio a enmendar mi vida exterior, sólo me queda permitirme aquello que mi conciencia no repruebe o no la inquiete. Así ese chico Courrèges…» Ya se sabía, sólo lo atraía hacia ella por esa dulzura que ya había conocido en el tranvía de las seis: sentirse reconfortada por una presencia, por una triste y unida contemplación; pero en su casa esa contemplación sería más cercana que en el tranvía y más a su gusto. ¿Nada más que eso? ¿Nada más que eso? Cuando la presencia de un ser nos conmueve, nos estremecemos pronto a pesar de nosotros con las posibles prolongaciones, con las indefinidas perspectivas que nos perturban. «Me habría cansado pronto de contemplarlo, si no hubiera sabido que respondía a mis manejos y que un día intercambiaríamos palabras… No imagino, pues, nada entre nosotros en ese salón, sino un cambio de palabras confiadas, de cariños maternales, de tranquilos besos; pero ten el valor de confesarte que presientes, más allá de esa dicha pura, una zona prohibida y a la vez abierta: nada de fronteras que franquear, un campo libre para hundirse poco a poco en él, unas tinieblas donde desaparecer como por casualidad… ¿Y después?, ¿quién nos prohíbe la felicidad?, ¿no podría hacer feliz a ese chico?… Este es el punto en que empiezas a engañarte: es el chico del doctor Courrèges, ese santo doctor… ¡El ni siquiera admitiría que se le planteara la pregunta! Le decías un día, riendo, que dentro de él la ley moral resplandecía igual que el cielo estrellado sobre nuestras cabezas…»

Maria oyó caer gotas sobre las hojas, un ruido de tempestad indecisa, cerró los ojos, se recogió, concentró su pensamiento en el rostro querido del joven tan puro (que ella quería que fuera puro) y, que, sin embargo, en ese minuto apresura el paso, huye del mal tiempo y piensa: «Papillon dice que es mejor apresurar las cosas»; dice: «Con esas mujeres, sólo resulta la brutalidad, no les gusta más que eso…» Perplejo, miraba retumbar el cielo y de súbito echó a correr, su esclavina sobre la cabeza, tomó el camino más corto, saltó un macizo, tan ágil como una cabra montés.

La tempestad se alejaba, pero él permanecía ahí y el propio silencio lo delataba. Entonces, Maria Cross, sintió nacer en ella una inspiración, de la que estaba segura, no había que desconfiar; levantóse, se sentó a la mesa y escribió: *No venga el domingo, definitivamente ni el domingo ni nunca. Es por su bien por lo que consiento en este sacrificio*… Debía haber firmado ahí, pero un demonio la hizo agregar una página más: *Usted ha sido la única dicha de una vida perdida y atroz. En nuestros retornos durante el invierno, yo reposaba en usted y usted no lo sabía. Pero ese rostro era sólo el reflejo de un alma que yo deseaba poseer: no ignorar nada suyo, ser la respuesta de sus inquietudes, apartar las ramas frente a sus pasos, llegar a ser para usted más que una madre, mejor que una amiga… He soñado eso… pero no depende de mí ser otra persona… Usted respiraría a pesar suyo, a pesar mío, la atmósfera corrompida donde me ahogo*… Escribió largo rato todavía. La lluvia caía y no se escuchaba otro ruido sino el correr de ella. Cerraron las ventanas. Los granizos retumbaron en el atrio. Maria Cross tomó un libro; pero estaba demasiado oscuro a causa de la tempestad; no se encendieron las lámparas. Entonces, ella se sentó frente al piano; tocaba inclinada hacia delante, como si su cabeza se sintiera atraída por sus manos.

Al día siguiente, viernes, Maria experimentó una confusa alegría al ver que la tempestad había empeorado el tiempo y pasó todo el día en bata, leyendo, escuchando música y holgazaneando; trató de recordar cada término de su carta, imaginando cuál sería la reacción del pequeño Courrèges. El sábado, después de una tarde muy pesada, empezó de nuevo a llover, y Maria supo el motivo que le producía tanto placer: el mal tiempo sería un pretexto para no salir el domingo, como había sido su primera intención: si el pequeño Courrèges acudía a la cita a pesar de la carta, ella estaría allí. Habiéndose alejado un poco de la ventana después de ver cómo chorreaban las gotas en la avenida, habló con voz firme, como comprometiéndose solemnemente: «Haga el tiempo que haga, saldré.»

¿Hacia dónde iría? Si François hubiese estado vivo lo habría llevado al circo… Algunas veces iba al concierto y ocupaba un palco para ella sola o más bien un palco de platea; pero el público la reconocía rápidamente: adivinaba su nombre en el movimiento de sus labios; los gemelos la entregaban, próxima e indefensa, a ese mundo enemigo. Una voz decía: «No se puede negar, esas mujeres saben vestirse. —Con tanto dinero no es difícil—. Y además esas mujeres sólo se preocupan de su cuerpo.» Algunas veces, un amigo del señor Larousselle dejaba el palco del Club y venía a saludarla; volviéndose a medias hacia la sala, reía alto, orgulloso de hablar en público con Maria Cross.

Pero fuera del concierto de
Saint-Cécile
, no había vuelto a ir a ninguna parte, aún estando vivo François, después que unas mujeres la habían insultado en el
Music-Hall.

Las amantes de esos caballeros la odiaban, porque jamás había aceptado el trato de ellas. Una sola mujer durante algunos días, esa Gaby Dubois, le pareció que era «un alma noble» después de intercambiar algunas palabras en el
Lion-Rouge
, adonde Larousselle la había arrastrado.

El champaña era causante en gran parte de la efervescencia espiritual de esa Gaby. Las dos jóvenes se habían visto todos los días durante dos semanas. Maria Cross con paciente ira había tratado vanamente de romper los lazos que ataban a su amiga a otros seres. En una «matinée» del Apolo —adonde había ido a dar en el colmo del aburrimiento, y después de la ruptura con su amiga, siempre solitaria, pero que atraía hacia ella la atención de toda la sala— escuchó cómo brotaba de una fila de butacas que estaban al lado de su palco, la risa aguda de Gaby, otras risas, jirones de insultos proferidos a media voz: «Esta golfa que se cree emperatriz… esta… lo hace por virtud…» Le parecía que no era capaz de distinguir ya ningún perfil en la sala: todos eran rostros de bestias que la miraban a ella. Por fin el teatro volvió a la oscuridad, y como todos los ojos estaban pendientes de una bailarina desnuda, pudo huir.

No quiso volver a salir nunca más sin el pequeño François. Hacía un año ya que François no estaba; sin embargo, sólo él podía todavía atraerla hacia fuera; esa piedra no más grande que el cuerpo de un niño, a pesar de que, para llegar hasta ella, había que seguir la avenida que llevaba una indicación: cuerpo adultos. Pero en la ruta que conduce al niño muerto, tuvo que encontrar ese niño vivo.

El domingo por la mañana un fuerte viento: no se trataba de aquellos que sólo balancean las copas de los árboles, sino de esos soplos poderosos del sur y del mar que, en un esfuerzo inmenso, arrastran todo un paño tenebroso de cielo. Sólo un abejaruco hacía sensible a Maria el silencio de miles de pájaros. Tanto peor: no saldría: el pequeño Courrèges había recibido su carta; conociendo su timidez, estaba segura de su obediencia. Si ella no le hubiera escrito, sin duda no se habría atrevido a franquear el portón. Se sonrió porque lo imaginaba cavando con su talón en la avenida y repitiendo con aire obstinado: «¿Y el jardinero?» Durante su desayuno solitario, escuchó la tempestad que se aproximaba. Los caballos alados del viento corrían con locura habiendo ya terminado su tarea, y piafaban entre las ramas. Habían traído sin duda sobre el río, y desde el fondo del Atlántico roto, prudentes golondrinas y gaviotas que jamás se posan; hasta sobre ese arrabal se hubiese dicho que el soplo del viento traspasaba las nubes con la lividez de las algas, y salpicaba las hojas con una espuma amarga. Inclinada sobre el jardín, Maria sintió sobre sus labios ese sabor salado. No vendría; aun en el caso de que ella no le hubiese escrito, ¿cómo podría salir él con un tiempo semejante? Habríase angustiado pensando en que no venía. ¡Ah, más valía esta seguridad, esta certeza de que él no vendría! Sin embargo, ¿por qué si ella no espera abre el trinchante del comedor y se asegura de que hay oporto? Al fin la lluvia crepitó, compacta, atravesada por el sol. Maria abrió un libro, leyó sin entender, volvió a empezar la página pacientemente, vanamente; sentóse al piano, pero sin tocar fuerte, de manera que no pudiera dejar de oír el ruido de la puerta de entrada. Tuvo tiempo de decirse, para no desfallecer: «Es el viento; tiene que ser el viento.» A pesar del ruido de los pasos titubeantes en el comedor, no tuvo fuerzas para levantarse, y ya él se encontraba allí, embarazado con su sombrero que chorreaba. No se atrevía a dar un paso. No osaba llamarlo, aturdida por el tumulto que sentía en ella: una pasión que ha roto su dique y arremete en busca de un furioso desquite, invadiendo, en un segundo, todo, y llena totalmente la capacidad del cuerpo y del alma, recubriendo las cimas y las hondonadas. Sin embargo, ella decía, con severidad, palabras vulgares:

—¿No ha recibido mi carta?

Raymond se turbó. («Quiere manejarte», le había repetido Papillon. «No la dejes maniobrar; llega con las manos en los bolsillos.») Pero ante ese rostro que creyó lleno de cólera, Raymond bajó la cabeza como un niño castigado. Y Maria, estremeciéndose, como si hubiese retenido entre los muros del salón ahogado de tapices un cervatillo asustado, no osaba hacer ningún gesto. Había venido, a pesar de que ella había hecho todo lo posible para dejarlo. Ningún remordimiento envenenaba su dicha, y podía entregarse por entero a ella. Frente al destino, que, por fuerza, le entregaba al adolescente para cuidarlo, ella aseguraba que sería digna de ese don. ¿Qué había temido? En ese momento, no existía nada en ella que no fuera el amor más noble, y la prueba estaba en las lágrimas que rechazaba, pensando en François; habría sido un muchachote semejante a ese en pocos años más… No sabía que la mueca para retener sus lágrimas había sido interpretada por Raymond como un gesto de mal humor, tal vez de cólera. Sin embargo, ella decía:

—Pensándolo bien, ¿por qué no? Hizo bien en venir. Deje su sombrero sobre una silla. No importa que esté mojado: ese terciopelo de Genes ha pasado por cosas peores… ¿Un poco de oporto? ¿Sí? ¿No? Es sí.

Y mientras bebía, ella decía:

—¿Por qué escribí esa carta? Ni yo misma lo sé… Las mujeres tenemos algunas chifladuras… Por lo

demás, sabía que usted vendría de todas maneras.

Con el reverso de su mano, Raymond secó sus labios.

—Sin embargo, casi no vine. Me decía a mí mismo: habrá salido… Quedaré como un idiota.

—Casi no salgo, desde que llevo luto… ¿No le he hablado nunca de mi pequeño François?

François llegaba de puntillas, como si estuviera vivo. De igual modo, su madre tal vez lo hubiera retenido para romper una conversación a solas peligrosa. Raymond veía en ello una comedia para inspirarle respeto; por el contrario, Maria sólo pensaba en tranquilizarlo, y muy lejos de temerle, se creía ella temible. Por lo demás no era ella quien había recurrido al niño muerto; el pequeño se había impuesto solo, como aquellos que escuchan la voz de su madre en el salón y entran sin golpear. Ya que el niño está ahí, ¿no es acaso la señal de que no hay nada de impuro en todo esto? ¿Por qué te turbas, pobre mujer? El pequeño François se encuentra de pie contra tu sillón, sonríe, no enrojece.

—¿Debe de hacer ya más de un año que murió? Recuerdo perfectamente el día del entierro… Mamá hizo una escena a mi padre…

Se interrumpió; hubiera querido volver sobre sus palabras.

—¿Por qué una escena? ¡Ah! sí… comprendo… Ni siquiera ese día tuvieron piedad…

Levantóse, Maria tomó entonces un álbum y lo puso sobre las rodillas de Raymond:

—Quiero mostrarle estas fotografías. Su padre es el único que las conoce. Aquí tiene un mes, en los brazos de mi marido; a esa edad no tienen forma de nada; pero para su mamá, sí la tienen. Mírelo a los dos años, riendo con un globo entre sus brazos. Ahí estamos en Salies: estaba ya muy débil; había tenido que gastar parte de mi escuálido capital para pagar esa estancia; pero encontré allí un doctor, con tanta caridad, tanta bondad… Se llamaba Casamayor… Es él quien sujeta por las riendas al asno…

Inclinada sobre Raymond para volver las páginas, no veía el rostro furioso del muchacho que no podía moverse, las rodillas aplastadas por el álbum. Jadeaba, temblaba de violencia contenida.

—Aquí tenía seis años y medio, dos meses antes de su muerte. Se había repuesto bastante, ¿no es verdad? Me he preguntado siempre si no lo hice trabajar demasiado. Su padre me asegura que no. A los seis años, leía todo lo que caía en sus manos, aun aquellas cosas que no entendía. De tanto vivir con una persona grande…

Decía: «Era mi compañero, mi amigo…» porque en ese minuto identificaba totalmente lo que François había sido realmente para ella con lo que había esperado de François.

—Me hacía ya preguntas. ¡Cuántas noches pasé angustiada, pensando que algún día tendría que explicarle!… Y si hay un pensamiento que me ayuda a vivir hoy día, es que él se fue sin saberlo… que no supo… que no sabrá jamás…

Habíase enderezado, sus brazos pendían; Raymond no osaba levantar los ojos, pero escuchaba cómo se estremecía ese cuerpo. Aunque estaba emocionado, dudaba de ese dolor, y más tarde, cuando iba por el camino, tenía que repetirse: «Ella misma se sugestiona con su comedia… le gusta mostrar el cadáver… Pero, ¿y sus lágrimas?» Estaba turbado con la idea que tenía de ella; el adolescente se hacía de las «mujeres malas» una imagen teológica, conforme a aquella que le habían formado sus maestros, a pesar de que él se creía inmune a su influencia. Maria Cross lo rodeaba como un ejército formado en combate; los anillos de Dalila y de Judit tintineaban en sus tobillos; creía capaz de cualquier traición, de cualquiera mentira a aquella de quien los santos han temido la mirada como temen la muerte.

Maria Cross le había dicho: «Vuelva cuando quiera, estoy siempre aquí.» Llena de lágrimas, tranquilizada, lo había seguido hasta la puerta, sin ni siquiera darle otra cita. Después que él hubo partido, sentóse cerca del lecho del pequeño François; llevaba su dolor como un niño dormido en sus brazos. Experimentaba una paz que tal vez era una decepción. Ignoraba que no siempre sería socorrida; no, los muertos no socorren a los vivos: en vano los hemos invocado en el borde del abismo; su silencio, su ausencia son cómplices.

CAPÍTULO NOVENO

Mejor habría sido para Maria Cross que esta primera visita de Raymond no le hubiera dejado tal sensación de seguridad, de inocencia. Se sentía admirada de que todo hubiera pasado tan simplemente: «Perdí la cabeza…», pensaba. Creía experimentar alivio, pero comenzaba a sufrir por haber dejado irse a Raymond sin fijarle una cita. Jamás se ausentaba en las horas en que él podía haber venido. El miserable juego de las pasiones es tan simple, que un adolescente lo posee desde su primera aventura: Raymond no había necesitado ningún consejo para resolverse «a dejar que se cocinara en su propia salsa».

Después de cuatro días de espera, estaba a punto de reprocharse a sí misma: «Sólo le hablé de mí y de François; lo entristecí… ¿Qué interés podía tener en ese álbum? Debería haberlo interrogado sobre su vida, que se pusiera a sus anchas… Se aburrió; me encontró una latosa… ¿y si no volviera?»

¡Si no volviera! Pronto esta inquietud se volvió angustia: «¡Naturalmente! ¡puedo seguir esperando! no vendrá más… A esa edad no se soporta a la gente aburrida… ¡bien! sí, esto es asunto terminado.» ¡Evidencia estrepitosa, terrible! No volvería más. Maria Cross llenaba así el último pozo de su desierto. No quedaba más que arena. ¿Qué hay de más peligroso en el amor que la fuga de uno de los cómplices? Muchas veces la presencia es un obstáculo: estando frente a Raymond Courrèges, Maria Cross veía en primer lugar un adolescente, y resultaría vil turbar su corazón; recordaba el padre del cual había nacido; los restos de infancia en ese rostro le recordaban a su hijo perdido: hasta en pensamientos sólo se acercaba a él con un ardiente pudor. Pero ahora que él no se encontraba allí y que duda si lo verá otra vez, ¿para qué desconfiar de ese turbio oleaje que se encuentra en ella, de esa oscura resaca? Si ese fruto será apartado de su sed, ¿por qué entonces privarse de imaginar el sabor desconocido? ¿A quién le hacía daño? ¿Qué reproche podía esperar de la piedra donde estaba escrito el nombre de François? ¿Quién la ve en esta casa, sin esposo, sin niños, sin sirvientes? ¡Pueriles discursos de la señora Courrèges sobre querellas de criada: qué bueno sería para Maria Cross poder ocupar en ellas su espíritu! ¿Dónde ir? Más allá del jardín amodorrado, se extiende el arrabal y luego la ciudad pedregosa, donde, cuando estalla la tempestad, hay la seguridad de tener nuevos días más sofocantes. En ese lívido cielo, una bestia feroz y soñolienta, ronda, gruñe y se esconde. También Maria Cross, errabunda por el jardín o en los cuartos vacíos, cede (¿y qué otra salida queda a su miseria?), cede poco a poco a la atracción de un amor sin esperanzas que sólo posee la triste felicidad de sentirse a solas. No intentó hacer nada más contra el incendio, no sufrió más con esa ociosidad, ese abandono; su horno la mantenía ocupada; un oscuro demonio le susurraba: «Mueres, pero ya no te aburres.»

Lo extraño en una tempestad no es el tumulto sino el silencio que impone al mundo y ese amodorramiento. Maria veía, contra los vidrios, las hojas inmóviles como si estuvieran pintadas. El agotamiento de esos árboles era humano: se hubiese dicho que conocían el sopor, el estupor, el sueño. Maria había llegado a ese punto en que la pasión se convierte en presencia; ella misma irritaba su llaga, entretenía su fuego: su amor se convertía en ahogo, en una contracción que ella podía localizar en la garganta, en el pecho. Una carta del señor Larousselle, le produjo un estremecimiento de horror. ¡Ah, le sería imposible, de aquí en adelante, soportar ni siquiera su proximidad! Quedaban quince días hasta que volviera… tiempo suficiente para morir. Se saciaba con Raymond y con los recuerdos que un tiempo atrás la hubieran abrumado de vergüenza: «Miraba el cuero de su sombrero en el lugar en que había estado en contacto con la frente… buscaba el olor de su cabello…» y ¡cuánta satisfacción le producía su rostro, su cuello, sus manos!… ¡Descanso sin igual en medio de la desesperación! Algunas veces, atravesaba su espíritu el pensamiento de que estaba vivo, que no se había perdido nada, que tal vez volviera. Pero como si esta esperanza la espantara, volvía apresurada al renunciamiento total, a una paz producida porque ya no esperaba nada. Con horrible placer, ensanchaba el abismo entre ella y aquel a quien se empecinaba en creer puro: tan lejos de su amor como el cazador Orión, ardía este inaccesible muchacho: «Yo, una mujer gastada,

perdida, y él un muchacho bañado aún de infancia; su pureza es como un cielo entre nosotros, donde mi deseo mismo renuncia a abrirse camino.» Durante todos esos días, los vientos del oeste y del sur, arrastraron tras ellos masas oscuras, legiones furiosas que, prontas a deshacerse, de súbito dudaban, daban vueltas alrededor de las cimas fascinadas, para luego desaparecer, dejando tras ellas un frescor como si hubiera llovido en algún lugar.

En la noche del viernes al sábado, por fin la lluvia no volvió a interrumpir su murmullo. Gracias al cloral, Maria recibió en paz ese aliento oloroso que, a través de las cortinas, del jardín soplaba sobre su cama en desorden. Luego naufragó en el sueño.

Al despertar, bañada en el sol de la mañana, el cuerpo descansado, se extrañó de haber sufrido tanto. ¿Qué locura era esa? ¿Por qué pensar lo peor? El muchacho vivía, esperaba sólo una señal. Después de esa crisis, Maria recuperaba su lucidez, su equilibrio, algo decepcionada, tal vez: «¿No era más que eso, pues?… él volverá, pensaba, pero para mayor seguridad, le voy a escribir: lo veré.» Necesitaba a toda costa confrontar su dolor con el objeto de su dolor. Imponía a su pensamiento el recuerdo de un simple niño inofensivo, y se extrañaba de no estremecerse ya frente a la idea de la cabeza del chico sobre sus rodillas. Por la tarde, salió al jardín lleno de charcos; realmente, se sentía apacible, demasiado apacible, y casi llegaba a experimentar un sordo temor: sentir menos su pasión, era sentir demasiado su nada: al reducirlo, ese amor no cubría más su vacío. Lamentaba ya que la visita al jardín sólo hubiera durado cinco minutos, y volvió a recorrer las mismas avenidas; luego se apresuró porque la hierba mojaba sus pies… Se pondría zapatillas, se extendería, fumaría, leería… ¿pero qué? Eso no tenía nada de interesante.

Hela aquí de vuelta frente a casa. Levantó sus ojos hacia las ventanas, y tras un cristal del salón, divisó a Raymond.

Había pegado su rostro al cristal y se divertía aplastando su nariz contra él. ¿Esa marea que sentía en ella, era la felicidad? Subió las gradas de la entrada pensando en los pies que acababan de franquearla, empujó la puerta abierta y miró la aldaba debido a la mano que se había apoyado en ella, atravesó más lentamente el comedor y se compuso el rostro.

La mala suerte de Raymond fue haber venido después de esos días en que Maria Cross había soñado y sufrido tanto por culpa de él. A la primera mirada se sintió molesta al comprobar que no podía llenar el vacío entre su infinita agitación y aquel que lo había producido. No tuvo conciencia de su decepción:

—¿Viene de la peluquería?

Nunca lo había visto así, los cabellos demasiado cortos, lustrosos… Tocó con la mano en sus sienes, la lívida marca de un golpe. El dijo:

—Fue al caerme del columpio; tenía ocho años.

Ella lo observaba. Trataba de ajustar a su deseo, a su dolor, a su anhelo, a su renunciamiento, este muchacho fuerte y demacrado a la vez, ese perro joven y grande. Miles de sentimientos surgieron en ella a propósito de él, todo lo que podía ser salvado se agrupaba cualquiera fuera su valor, alrededor de este rostro, tenso, enrojecido. Pero ella no reconocía cierta expresión de los ojos y de la frente, esa violencia del temeroso que ha decidido vencer, del cobarde resuelto a la acción. Nunca, sin embargo, le había parecido él tan pueril. Con tierna autoridad, le dijo lo que antaño decía ella tan a menudo a François:

—¿Tiene sed? Le daré luego jarabe de grosellas, pero cuando ya no esté bañado en sudor.

Le mostró un sillón, pero él se sentó en el diván donde ella ya se había extendido y le aseguró que no tenía sed:

—En todo caso, no es sed de jarabe la que tengo.

Maria cubrió sus piernas, un poco descubiertas, con el vestido, lo que le mereció esta alabanza:

—¡Qué lástima!

Entonces, cambiando de posición, se sentó al lado del joven, que le preguntó por qué no permanecía extendida:

—¿No la atemorizo, al menos?

Palabra que reveló a Maria Cross que, efectivamente, tenía miedo: ¿miedo de qué? Era Raymond Courrèges, el pequeño Courrèges, el hijo del doctor.

—¿Cómo está su querido padre?

Alzó sus hombros y avanzó el labio inferior. Maria le ofreció un cigarrillo que él rechazó; encendió uno y, poniendo los codos sobre las rodillas, dijo:

—Sí, ya me había contado que no había mucha intimidad entre usted y su padre; es la regla del juego: los padres y los hijos… Cuando François venía a esconderse entre mis rodillas, pensaba: «Aprovechémoslo, no durará siempre.»

Maria Cross se equivocaba sobre el significado de los hombros alzados y la mueca en los labios de Raymond. Quería alejar, en ese momento, el recuerdo de su padre, no porque le fuera indiferente sino porque estaba obsesionado con él, después de lo que había pasado entre ellos, anteayer. Después de cenar el doctor había alcanzado a Raymond en la avenida de las viñas, donde fumaba solo, y había caminado al lado de él en silencio, como un hombre que retiene una palabra. «¿Qué querrá?», preguntábase Raymond entregado por entero al placer cruel de callarse, el mismo placer de las madrugadas de otoño en la berlina de cristales que chorreaban. Más aún, había apresurado con maldad el paso, porque había observado que a su padre le era difícil seguirlo y se quedaba un poco atrás. Pero de súbito, no oyéndolo resoplar más, se había vuelto hacia atrás: la silueta negra del doctor permanecía inmóvil en medio de la avenida de las viñas; apretaba contra su pecho las dos manos y vacilaba como si estuviese ebrio; dio algunos pasos y se sentó pesadamente entre dos cepas. Raymond se precipitó de rodillas; pendía la cabeza muerta sobre sus hombros, veía de cerca un rostro con los ojos cerrados, unas mejillas color miga de pan amasado. «¿Qué pasa, papá? ¿Qué pasa papaíto?» Esa voz suplicante e imperiosa a la vez había despertado al enfermo como si hubiera poseído una virtud; un poco sofocado, trataba de sonreír con aire extraviado: «No es nada, no es nada…» Y contemplaba el rostro angustiado de su hijo, y escuchaba esa misma dulce voz de cuando Raymond tenía ocho años: «Apoya tu cabeza, ¿no tienes un pañuelo limpio? El mío está sucio.» Delicadamente, Raymond secaba ese rostro que volvía a la vida. Los ojos nuevamente abiertos del padre veían los cabellos del adolescente que el viento levantaba un poco, luego una viña espesa y más allá un cielo sulfuroso que gruñía y donde parecía que se hubiesen vaciado invisibles carretones. Apoyado en el brazo de su hijo, el doctor volvió hacia la casa: la lluvia cálida aplastábase contra sus hombros y sus mejillas, pero era imposible caminar más rápido. Decía a Raymond: «Es una falsa angina de pecho, tan dolorosa como la verdadera… Estoy intoxicado: me voy a quedar en cama durante cuarenta y ocho horas con una dieta de agua… ¡Sobre todo ni una palabra a abuelita ni a tu madre!…» Y como Raymond lo interrumpiera: «¿No me engañas al menos?, ¿estás bien seguro de que no es nada? Júrame que no es nada», el doctor le preguntó en voz baja: «Te daría pena si yo…» pero Raymond no lo había dejado terminar: había pasado su brazo alrededor de ese cuerpo jadeante y un grito se le escapó: «¡Qué tonto eres!» El doctor recordaría más tarde esta insolencia tan querida, en las horas malas, cuando su hijo volviese a ser un extraño, un adversario, un corazón sordo que no contesta. Habían entrado ambos en el salón, sin que el padre se atreviese a abrazar a su hijo.

—¿Y si habláramos de otra cosa? ¡No he venido aquí para hablar de papá!, ¿sabe?… Tenemos otras cosas mejores que hacer… ¿no?

Raymond avanzó una gruesa y torpe garra, que Maria cogió al vuelo reteniéndola suavemente.

—No, Raymond, no: usted lo desconoce porque vive demasiado cerca de él. Aquellos que están más próximos a nosotros son aquellos que menos conocemos… llegamos al punto de ni siquiera ver lo que nos rodea. Mire: en mi familia siempre me creyeron fea, porque siendo niña bizqueaba un poco. En el liceo, para gran sorpresa mía, mis compañeros me dijeron que era bonita.

—Eso es, cuente ahora historias sobre los liceos de niñas.

La idea fija ensombrecía su rostro. Maria no se atrevía a soltar la gruesa mano que sentía húmeda; experimentó frente a ello cierta repugnancia: era la misma mano cuyo contacto hacía diez minutos la hacía palidecer. Antaño, esa sola mano, que retenía ahora durante un segundo, la obligaba a cerrar los ojos, a dar vuelta la cabeza. Ahora es una mano blanda y mojada.

—¡Sí!, ¡quiero enseñarle a que conozca al doctor: soy porfiada!

La interrumpió para asegurarle que él también era porfiado:

—Mire, yo me juré que hoy usted no me manejaría a su gusto.

Dijo eso en voz tan baja, balbuceando, que ella pudo fingir no haberlo escuchado. Pero ensanchó el espacio existente entre los dos cuerpos, luego se levantó, abrió una ventana:

—No parece que hubiera llovido; está como para ahogarse. Por lo demás, todavía escucho la tempestad… A menos que sea el cañón de
Saint-Médard
.

Sobre las hojas, le mostró la atormentada cabeza de una profunda nube sombría, bordeada de sol. Pero Raymond cogió con sus dos manos los antebrazos de ella y la empujó hacia el diván. Ella trató de reír: «¡Suélteme!»; y mientras más se debatía ella, más reía, queriendo dar a entender así que esa lucha era sólo un juego y que así lo entendía: «Mocoso sucio, suélteme…» Su risa se transformaba en mueca; tropezando

con el diván, vio de cerca miles de gotas de sudor sobre una frente baja; las aletas de la nariz salpicada de puntos negros; respiró un aliento agrio. Pero este fauno torpe, pretendía retener, con una sola mano, los puños de la joven; de una sacudida, Maria se liberó prontamente.

Estaba entre ellos ahora el diván, una mesa, un sillón. Maria jadeaba un poco, reía con risa forzada.

—¿Entonces, usted cree, mi pequeño, que a las mujeres se las toma por la fuerza?

No reía, humillado en su joven virilidad, furioso con su derrota, herido en lo más vivo de ese orgullo físico, desmesurado en él: orgullo que sangraba. Toda su vida recordaría ese minuto en el cual una mujer lo había encontrado repugnante (lo que no hubiera importado nada), pero también grotesco. Tantas victorias futuras, todas aquellas víctimas derrotadas, miserables, no suavizaron nunca la quemadura de esta primera humillación. Por mucho tiempo, ante ese solo recuerdo, hería con sus dientes sus labios, mordía, en la noche, su almohada. Raymond Courrèges retuvo un llanto de rabia, sin pensar jamás que esa sonrisa de Maria pudiese ser fingida y que ella trataba de herir a un muchacho espantadizo; quería no traicionar el desastre que se producía en ella, ese derrumbe. ¡Ah, primero, que se aleje! ¡Que la deje sola!

En otro tiempo, Raymond se extrañaba de sentir a su alcance la famosa Maria Cross: repetíase: «Esta mujercita tan sencilla es Maria Cross.»

No tenía más que tender la mano: estaba ahí, sumisa, inerte, habría podido tomarla, dejarla caer, volver a tomarla; y de súbito el gesto de sus brazos tendidos había bastado para alejar vertiginosamente a esta Maria. ¡Ah! estaba ahí todavía; pero sabía con seguridad absoluta que, al igual que una estrella, nunca más la volvería a alcanzar. En ese momento descubrió su belleza: había estado tan ocupado en saber cómo coger el fruto, sin poner en duda ni por un minuto que ese fruto le era destinado, que nunca le había mirado; sólo te resta ahora devorarla con los ojos.

Ella repetía con dulzura, con miedo de irritarlo, pero con terrible obstinación: «Necesito estar sola Raymond… compréndame: tiene que dejarme sola…» El doctor había sufrido porque Maria no deseaba su presencia; Raymond conocía un dolor más atroz: esa necesidad de no volver a vernos que el ser amado no disimula y no puede ocultar; nos rechazan, nos vomitan. Nuestra ausencia es necesaria en su vida; arde de ganas de que nos precipitemos en el abismo: «Apresúrate a salir de mi vida…» Nos atropella, porque teme nuestra resistencia. Maria Cross tendía a Raymond su sombrero, empujaba la puerta, desaparecía ante él, él que sólo deseaba irse y balbuceaba excusas tontas, sumergido en la vergüenza, siendo de nuevo un adolescente lleno de horror hacia él mismo. Pero apenas se cerró el portón, y el muchacho hubo llegado al camino, encontró de súbito las palabras que le hubiesen sido necesarias para lanzarlas al rostro de esa mujerzuela… ¡Demasiado tarde! Y durante años lo torturó el pensamiento de que «él se había ido sin darle su merecido».

En tanto que durante el camino el corazón de Raymond se descargaba de todas las injurias con las cuales no había sabido abrumar a Maria Cross, la joven cerrando la puerta y luego la ventana, se había tendido. Más allá de los árboles, algún pájaro lanzaba a veces una llamada interrumpida como la confusa palabra de un hombre dormido. El arrabal retumbaba con los ruidos de los tranvías y de las sirenas; los cantos impregnados de vino de los sábados retumbaban sobre los caminos. Sin embargo, Maria Cross se ahogaba de silencio: no de un silencio exterior sino de un silencio que subía de lo más profundo de su ser, se acumulaba en el cuarto desierto, invadía la casa, el jardín, la ciudad, el mundo. Y en el centro de ese silencio que la ahogaba, vivía mirando dentro de sí misma esa llama, a la cual de súbito le faltaba todo alimento, aunque a pesar de todo, era inextinguible. ¿De qué se alimentaba ese fuego? Recordaba que, a veces, en el ocaso de sus vigilias solitarias, surgía una última llamarada entre los escombros negros del fogón de la chimenea, que ella creía apagada. Buscó el adorable rostro del niño en el tranvía de las seis y ya no lo encontró. Sólo existía un pequeño granuja hirsuto, loco de timidez y excitación; tan distante esta imagen del verdadero Raymond Courrèges como lo era aquella otra embellecida por su amor. Contra aquel que ella había transfigurado, divinizado, Maria se encarnizaba: «Por este mocoso sucio he sufrido, me he sentido bienaventurada.» Ignoraba que había bastado con mirar a ese niño para que se transformara en un hombre del cual muchas otras iban a conocer las tretas, las caricias, los golpes. Con su amor, ella lo había creado, y terminaría su obra al despreciarlo: acababa de entregar al mundo un muchacho cuya manía sería probarse a sí mismo que era irresistible, a pesar de que una Maria Cross le hubiese resistido. En adelante, en todas sus futuras intrigas, se deslizaría una sorda enemistad, el gusto por herir, por hacer gritar al siervo en su poder; serían las lágrimas de Maria Cross las que vería correr durante toda su vida en rostros extraños. Sin duda, había nacido con ese instinto de cazador, pero sin Maria hubiese sido suavizado por alguna debilidad.

«Por ese granuja…» ¡Qué asco! Y sin embargo la llama inextinguible seguía ardiendo por dentro sin que ninguna otra cosa la alimentara. Ningún ser en este mundo gozaría del beneficio de esta luz, de este calor. ¿Dónde ir? ¿A la Chartreuse, donde estaba el cuerpo de François? No, no; confiesa que sólo buscabas a la orilla de este cadáver una coartada. Había sido tan fiel al cumplir su cita en el cementerio pues al regreso viajaba acompañada de otro niño vivo. ¡Hipócrita! No hay nada que hacer, nada que decir sobre una sepultura; tropezaba cada vez en ella, como si fuera una puerta sin cerradura clausurada hasta la eternidad. Igual daba ponerse de rodillas en el polvo del camino… Pequeño François, puñado de cenizas, tú que estabas lleno de risas y lágrimas… ¿A quién podía desear al lado de ella? ¿Al doctor?… ¿ese latoso? no, no era un latoso… ¿Para qué sirve ese esfuerzo hacia la perfección, si nuestro destino es intentar siempre lo que es turbio a pesar de nuestra voluntad? En todas las metas que Maria se felicitaba de haber alcanzado, lo peor que había en ella sabía sacar provecho.

No desea ninguna presencia ni quiere encontrarse en ningún otro lugar del mundo que no sea este salón con las cortinas rotas. ¿Tal vez en
Saint-Clair
? Su infancia en
Saint-Clair
… Recuerda ese parque donde ella se deslizaba, cuando se hubo marchado esa familia clerical, enemiga de su madre. Parecía que la naturaleza aguardaba esta partida, después de las vacaciones de Navidad, para romper su tela de hojas. Los helechos trepaban, se espesaban, batían, con su espumoso follaje verde, las ramas bajas de las encinas, pero los pinos balanceaban las mismas cimas grises, aparentemente indiferentes a la primavera, hasta que una mañana también arrancaban de sí mismo una nube de polen, inmensa flor de su amor. Y Maria encontraba, al volver de una avenida, una muñeca rota, un pañuelo agarrado en las aliagas. Pero hoy, extranjera en ese país, nada la acogería sino la arena donde ella se había extendido boca abajo…

Habiéndole advertido Justine que la comida estaba lista, arregló sus cabellos y se sentó frente a la sopa humeante. Como se trataba de que ni la criada ni su marido llegasen tarde al cine, media hora después se volvió a encontrar sola en la ventana del salón. El oloroso tilo todavía no tenía perfume; por encima de ella, los rododendros estaban ya en sombra. Por temor a la nada, para volver a tomar aliento, Maria busca cualquier cosa donde agarrarse: «Cedí», pensaba, «al instinto de la huida que casi todos tenemos frente a la faz humana afeada por el hambre, por la necesidad. Tratas de convencerte a ti misma de que ese bruto es un ser diferente a ese niño que tú adorabas; sin embargo, es el mismo niño, pero con la máscara puesta: así como las mujeres encinta llevan sobre su rostro una máscara de bilis, los hombres llenos de su amor llevan también pegada sobre su rostro esa apariencia muchas veces repugnante, siempre terrible, de la bestia que se mueve en ellos. Galatea huye de aquello que la aterroriza, que es también aquello que ella llama… Había soñado con una larga ruta, donde, en insensible marcha, hubiéramos pasado, de las regiones templadas a otras más ardientes: pero el muy torpe quemó las etapas… ¡Por qué no me habré resignado a ese furor! Ahí, y no en otro lugar, habría encontrado el inimaginable reposo; mejor aún que el reposo tal vez… ¿Tal vez no existan abismos en los seres que no puedan ser colmados con un exceso de amor?… ¿Qué amor?» Recuerda; su boca hizo una mueca, emitió un «eeeh» de asco; otras imágenes la asaltaron: vio a Larousselle que se apartaba, las mejillas encendidas, gruñendo: «¿Qué es lo que necesitas?…»

¿Qué era, pues, lo que le faltaba? Erraba por el cuarto desierto, se acodó en la ventana, soñaba con un silencio que no conocía y en el cual hubiese sentido su amor sin que este amor tuviese que pronunciar ninguna palabra, a pesar de lo cual el bienamado lo habría escuchado, habría cogido el deseo en ella antes que el deseo hubiese nacido. Toda caricia supone un intervalo entre dos seres. Pero habrían estado tan confundidos el uno en el otro, que no habrían necesitado ese abrazo, ese breve abrazo que la vergüenza desanuda… ¿La vergüenza? Creyó oír la risa de mujer de la calle de Gaby Dubois y lo que ella le gritaba un día: «¡No, no, eso es en el caso suyo! Por el contrario, no hay cosa mejor en el mundo, es lo único que no desilusiona… En mi vida de perro, ese es mi único consuelo…» ¿Por qué su repugnancia? ¿Tiene algún sentido? ¿Es acaso el testimonio de la voluntad particular de alguien? Mil ideas confusas se despiertan en Maria y luego desaparecen, tal como en el azul desierto, sobre su cabeza, las estrellas fugaces, los bólidos perdidos.

Mi ley, piensa Maria, ¿no es acaso la ley común? Sin marido, sin hijos, sin amigos, no podía ser más grande su soledad en el mundo; pero, ¿qué valor tenía esa soledad al lado de ese otro aislamiento del que no podía librarla la más tierna familia en el mundo: aquel que experimentamos cuando reconocemos en nosotros los signos de una especie singular, de una raza casi perdida de la cual interpretamos los instintos, las exigencias, las metas misteriosas? ¡Ah! ¡no seguir agotándose en esta búsqueda! Si en el cielo quedaban

aún pálidos restos del día y de la luna creciente, bajo las tranquilas hojas se acumulaban las tinieblas. El cuerpo inclinado hacia la noche, casi como aspirado por la tristeza vegetal, Maria Cross no cedía tanto al deseo de beber en ese río de aire obstruido por las ramas como a la tentación de perderse en él, de disolverse, para que, por fin, su desierto interior se confundiese con el desierto del espacio, para que el silencio de ella no fuera distinto del silencio cósmico.

CAPÍTULO DÉCIMO

Mientras tanto, después de que Raymond Courrèges se hubo desembarazado en el camino de todos los insultos con los cuales no había podido agobiar a Maria Cross, sintió la necesidad de envilecerla aún más, y por este motivo, apenas hubo entrado en casa, deseó ver a su padre. Tal como el doctor lo había anunciado, se quedó en cama durante cuarenta y ocho horas sin comer ni beber sino agua para gran felicidad de su madre y de su mujer. Se decidió a hacerlo no sólo por la falsa angina de pecho sino por estudiar en él mismo los efectos de ese tratamiento. Robinson había venido durante la víspera: «Habría preferido a Dulac, decía la señora Courrèges, pero, al fin y al cabo, también es un médico, sabe auscultar.»

Robinson se deslizaba a lo largo de las paredes, subía, furtivo, las escaleras, siempre angustiado ante la idea de darse de narices con Madeleine, aunque no hubiesen sido nunca novios. El doctor, con los ojos cerrados, la cabeza vacía, el cuerpo libre bajo las sábanas livianas, al resguardo del día, seguía sin esfuerzo las pistas de sus pensamientos; y su espíritu erraba sobre esas pistas perdidas, vueltas a encontrar, mezcladas, tal como un perro bate los arbustos alrededor del amo que se pasea sin cazar. Creaba, sin fatigarse, los artículos que tendría que escribir; respondía, punto por punto, a las críticas que había suscitado su último comunicado a la Sociedad de Biología. Le era dulce la presencia de su madre y también la de su mujer, y era para él una dulzura notarlo: al fin, inmóvil, después de una persecución agotadora, se dejaba alcanzar por Lucie; admiraba a su madre, que se borraba para evitar cualquier conflicto: las dos mujeres dividían entre ellas, sin pelearse, esta presa arrancada por un tiempo a los quehaceres de la profesión, de los estudios, a un amor desconocido, presa que ya no se resistía, que se interesaba en sus más mínimas palabras, cuyo universo se achicaba a la medida del de ellas. Ahora, el doctor se interesaba por saber si Julie se iba de todos modos o si se podía esperar que llegara a entenderse con la criada de Madeleine. Pero ya fuese la mano de su madre o la de su mujer la que tocara su frente, el doctor volvía a encontrar esa seguridad que sentía cuando era un niño enfermo; se alegraba de saber que no moriría solo; pensaba que la muerte tendría que ser la cosa más simple del mundo en ese cuarto con muebles familiares de caoba, donde nuestra madre y nuestra mujer se esfuerzan por sonreír; y el sabor del último momento se encuentra disimulado por ellas como el sabor de cualquier otro amargo remedio. Sí, poder irse envuelto por entero con esa mentira, saber ser engañado…

Una ola de luz invadió el cuarto: Raymond entró gruñendo: «No se ve nada», y se acercó a ese hombre acostado, único ser ante el cual podía envilecer esa tarde a Maria Cross; tenía ya el gusto en la boca de aquello que vomitaría. Dijóle al enfermo: «Abrázame.» Miraba ardientemente al hijo que, anteayer, en una de las avenidas de la viña, había secado su rostro. Pero el adolescente que venía saliendo de la claridad del día, para entrar en esa penumbra, no alcanzaba a distinguir los rasgos de su padre, y lo interrogó con voz arrogante:

—¿Recuerdas nuestra conversación a propósito de Maria Cross?

—Sí, ¿y qué hay?

En ese momento, Raymond, inclinado sobre ese cuerpo extendido como para abrazarlo o clavarle un cuchillo, descubrió de pronto dos ojos angustiados, pendientes de sus labios. Comprendió que ese también sufría: «Lo sabía, pensó, desde aquella tarde en que me llamó mentiroso…» No existían celos en Raymond: era incapaz de imaginar a su padre como un amante; nada de celos, sino un extraño deseo de llorar, mezclado de irritación y burla: ¡pobres mejillas grises bajo la barba rala!, y, esa voz apretada que implora:

—¿Pues bien; qué hay? ¿Qué sabes? Dime pronto.

—Me habían engañado, papá; sólo tú conoces bien a Maria Cross, quería decírtelo. Ahora descansa. ¡Qué pálido estás! ¿Estás seguro de que esta dieta te hace bien?

Raymond escucha estupefacto sus propias palabras, enteramente contrarias a aquellas que quería gritar. Posa su mano sobre la frente árida y triste, aquella mano que, hace pocos momentos, tenía entre las suyas

Maria Cross. El doctor encuentra fresca esta mano; le da miedo que se aparte.

—Mi opinión sobre Maria está hecha hace mucho tiempo…

Como la señora Courrèges entraba en ese momento en el cuarto, puso un dedo sobre sus labios. Sin ruido, Raymond se alejó.

La madre del doctor trajo una lámpara de parafina (porque estaba muy débil y la luz eléctrica le habría dañado los ojos); la dejó sobre la cómoda y bajó la pantalla. Esa luz circunscrita, esa luz de otros tiempos volvió a crear el mundo misterioso de los cuartos que ya no existen, donde una lamparilla de noche luchaba contra la profunda penumbra llena de muebles sumergidos en ella. El doctor amaba a Maria, pero se había desprendido de ella: la amaba como los muertos deben amarnos. Ella se había reunido junto a sus otros amores, desde la adolescencia… Siguiendo esta pista, el doctor se dio cuenta de que siempre, de año en año, un sentimiento nuevo lo había embargado, semejante a aquel por el cual acababa de sufrir; podía remontar el hilo monótono de ellos: enumerar los nombres de sus pasiones, casi todas vanas… Sin embargo, había sido joven… No era, pues, sólo la edad la que lo separaba de Maria Cross: a los veinte y cinco años, tampoco habría sabido franquear el desierto entre esa mujer y él. Apenas hubo salido del colegio, recordaba haber amado siempre sin esperanza… Era ley de su naturaleza no poder alcanzar aquellos a quienes amaba; nunca había tenido conciencia tan nítida de ello como cuando conseguía a medias el éxito y recogía para él el objeto tan deseado y este objeto, de súbito, se disminuía, se empobrecía, era tan distinto de lo que el doctor experimentara, de todo lo que él había sufrido por su causa. No, no necesitaba buscar en su espejo el porqué de esa soledad en la que tendría que morir. Otros hombres, tales como su padre, como sin duda sería Raymond, seguirían su ley hasta la vejez, obedecen a su vocación amorosa; él, hasta en su juventud, había obedecido a su destino solitario.

Las señoras bajaron a comer; escuchó un ruido que oyera en su infancia: las cucharas contra los platos; pero más próximo a su corazón y a su oído estaba ese crujido de las hojas en la sombra, los grillos, los sapos que gozaban de la lluvia. Luego las señoras subieron. Decían:

—Debes estar muy débil.

—No podré sostenerme en pie.

Pero como la dieta era un remedio, se alegraban de su debilidad.

—Debes sentir la necesidad de beber…

Esa debilidad le ayudaba a sentirse niño. Las dos mujeres conversaban en voz baja; el doctor oyó un nombre; las interrogó:

—¿No era una señorita Malichecq?

—¿Estabas escuchando?… Creí que dormías… No, su cuñada es Malichecq… Ella es Martin.

Pero el doctor dormía cuando llegaron los Basque y sólo abrió un ojo cuando los oyó cerrar las puertas de sus cuartos. Luego su madre, dobló un tejido, se levantó pesadamente, lo besó en la frente, sobre los ojos, en el cuello, y dijo: «No estás caliente…» Quedó con la señora Courrèges, que gimió:

—¡Nuevamente Raymond ha tomado el último tranvía para Burdeos! Sólo Dios sabe a qué hora volverá: ¡esta tarde tenía una cara!, una cara que daba miedo… Cuando agote el dinero de sus aguinaldos, se endeudará… Si es que ya no ha empezado…

El doctor dijo a media voz: «Nuestro pequeño Raymond… tiene diecinueve años ya…», y se estremeció pensando en esas calles desiertas de Burdeos, en la noche; recordó el cuerpo extendido de ese marinero que una tarde hizo que se tropezara y cuya cara y el pecho estaban manchados de vino y de sangre. Algunos pies se arrastraron todavía en el piso superior… un perro ladró furiosamente del lado de las dependencias. La señora Courrèges escuchó:

—Oigo que alguien camina… No puede ser Raymond tan temprano; el perro se habría calmado.

Alguien avanza hacia la casa, pero sin tomar precauciones, y por el contrario, sin esconderse. La señora Courrèges se inclinó:

—¿Quién está ahí?

—Busco al doctor; es urgente.

—Al doctor no se lo molesta por la noche, usted lo sabe muy bien. Vaya al pueblo, a casa del doctor Larue.

El hombre, que tenía una linterna en la mano, insistía. El doctor, somnoliento aún, gritó a su mujer:

—Dile que no insista… No vale la pena, entonces, vivir exprofeso en el campo para que no lo molesten de noche…

—Es imposible señor: mi marido sólo atiende en la consulta… Por lo demás, está comprometido con el

doctor Larue…

—Pero señora, se trata de una de sus clientes, una vecina… Cuando sepa su nombre, vendrá. Es la señora Cross, la señora Maria Cross: se ha dado un golpe en la cabeza.

—¿Maria Cross? ¿Por qué cree usted que se va a molestar por ella más que por alguna otra?

Pero el doctor, habiendo escuchado ese nombre, se había levantado, empujó un poco a su mujer y se inclinó en la noche:

—¿Es usted Maraud? No reconocí su voz… ¿Qué le pasó a la señora?

—Una caída, señor, el golpe fue en la cabeza… Está delirando; llama al doctor…

—Espere cinco minutos… el tiempo de vestirme…

Cerró la ventana, buscó su ropa.

—¿No pensarás ir?

El doctor no respondió y se interrogaba a media voz: «¿Dónde están mis calcetines?» Su mujer protestó: ¿No decía hace un instante que no se levantaría por nada en el mundo por la noche? ¿Por qué ese cambio? No podía mantenerse de pie, se desmayaría.

—Se trata de una cliente; debes comprender que no puedo dudar.

Ella repitió, sarcástica:

—Sí, comprendo, he tardado mucho en dudar, pero ahora comprendo.

En ese momento, la señora Courrèges no sospechaba todavía de su marido y sólo buscaba herirlo. Pero él, sintiéndose seguro de su desinterés, de su renunciamiento, no desconfiaba. Después de la pasión que lo había torturado, nada le parecía más inocente, más confesable que su tierna alarma de esa noche. No pensaba que su mujer no podía comparar su antiguo estado con el estado actual de su amor por Maria Cross. Dos meses antes, no se habría atrevido a mostrar su angustia, como lo hacía esta tarde. Por instinto, disimulamos con nuestros gestos los momentos más ardientes de una pasión; pero cuando ya hemos renunciado a usufructuar de ella, y aceptamos tener hambre y sed por toda una eternidad, pensamos que es lo de menos no molestarnos más en seguir engañando.

—No, no, mi pobre Lucie, todo eso está muy lejos de mí ahora… Todo eso ha terminado totalmente. Es cierto que tengo mucho cariño por esta desgraciada; pero eso no tiene nada que ver…

Se apoyó contra la cama y murmuró: «Es cierto, estoy en ayunas», y pidió a su mujer que le preparara el chocolate sobre la lámpara de alcohol.

—¡Crees que encontraré leche a esta hora! Posiblemente no hay pan en la cocina. Cuando hayas cuidado a esa mujer, ella podrá prepararte una pequeña comida. ¡Es lo menos que puede hacer después de tanta molestia!

—¡Qué tonta eres, pobre amiga mía! Si tú supieras…

Ella le tomó la mano, y le habló muy de cerca:

—Dijiste: «Todo eso ha terminado… Todo eso está lejos de mí.» ¿Hubo, pues, algo entre vosotros? ¿Qué? Tengo el derecho de saberlo. No te voy a reprochar nada, pero quiero saberlo.

Sin aliento, el doctor tuvo que empezar dos veces a calzarse. Rezongó: «Hablaba en general… No me refería a Maria Cross… Vamos, Lucie, no me has mirado.» Pero ella recordaba los últimos meses transcurridos. ¡Ah: sí! ¡Por fin tenía la clave! Todo se explicaba; todo le parecía claro.

—Paul, no vayas a casa de esa mujer. Nunca te he pedido nada… Bien puedes concederme esto.

El doctor replicaba suavemente que aquello no dependía de él. Se debía a un cliente enfermo, acaso moribundo: un golpe en la cabeza podía significar la muerte.

—Si me impides salir, tú serás la responsable de esta muerte.

Ella se desprendió del doctor, y no tuvo nada que decir. Balbuceaba mientras el doctor se alejó: «Tal vez es un plan preparado, y están de acuerdo…» Luego recordó que el doctor no había tomado ningún alimento desde la víspera. Sentada sobre una silla seguía atentamente el murmullo de las voces en el jardín.

—Sí, cayó de la ventana… Posiblemente no es más que un accidente: no habría elegido para matarse la ventana del salón del primer piso… Sí, delira; se queja de dolor de cabeza… no recuerda nada.

La señora Courrèges oyó que su marido ordenaba al hombre que fuera a buscar hielo al pueblo, tal vez en la posada o a casa del carnicero; tendría que pasar a buscar en la botica jarabe de bromuro.

—Iré por el Bois de Berge. Tardaré menos que si hiciera enganchar el carruaje…

—No necesitará linterna: con la luna llena se ve como si estuviéramos en pleno día.

Apenas el doctor había franqueado el pequeño portón de las dependencias, oyó que alguien corría tras él; una voz jadeante lo llamaba por su nombre. Reconoció a su mujer en bata de levantarse, con su trenza para dormir: sin aliento y sin poder hablar le tendía un pedazo de pan y una barra de grueso chocolate.

Atravesó el Bois de Berge donde la luna manchaba los claros del bosque sin que su blancura, sin

embargo, pudiera traspasar las hojas. Pero reinaba sobre el camino y se expandía en él como en un lecho cavado. Ese pan y ese chocolate tenían el sabor de las meriendas escolares, el sabor de la felicidad cuando al alba partía a la casa con sus pies bañados por el rocío, a los diecisiete años. Aturdido por el impacto de la noticia, comenzaba apenas a sentir el dolor: «Si muriera Maria Cross…» ¿Por quién había querido morir? ¿Lo había querido? Ella no recuerda nada. ¡Ah! ¡Qué desesperantes son esos «accidentados» que no recuerdan nunca nada y que cubren de tinieblas el momento esencial de sus destinos! No podrá interrogarla: en primer lugar, que su cerebro trabaje lo menos posible. «Sólo es un médico a la cabecera: recuérdalo. No, no se trata de un suicidio: cuando alguien quiere morir no se elige una ventana de un primer piso. Ella no se droga, según creo… Es cierto que una tarde había olor a éter en su cuarto, pero… era una tarde en que sintió jaqueca…»

Más allá de la angustia que lo ahogaba, en los confines de su conciencia, rugía otra tempestad: estallaría a su hora. ¡Esa pobre Lucie celosa! ¡Qué miseria! Tendrá tiempo de pensar en eso más tarde. He llegado… Parece un jardín de teatro bajo la luna… Es tonto como un decorado de *Werther*… No oigo gritos. La puerta principal estaba entreabierta. Siguiendo su costumbre, el doctor se dirigió al salón desierto, volvió sobre sus pasos y subió un piso. Justine abrió la puerta del cuarto. Se acercó a la cama donde Maria Cross, gimiendo, apartó con su mano una compresa que le cubría la frente. No vio ese cuerpo pegado a la sábana que tan a menudo había desvestido en pensamiento. No vio ni la cabellera suelta ni el brazo descubierto hasta la axila; lo único que le interesaba era que ella lo hubiese reconocido, que el delirio fuese sólo pasajero. Repetía: «¿Qué ha pasado, doctor? ¿Qué ha sucedido?» El anotó: amnesia. Inclinado ahora sobre ese pecho desnudo, cuya dulce vida velada lo hacía estremecerse antaño, auscultó el corazón, y luego, tocando apenas con un dedo la frente herida, dibujó las fronteras de la herida: «¿Le duele? ¿Y ahí?… ¿Y allá?» Le dolía también la cadera; echó hacia atrás la sábana con precaución, desnudó sólo el estrecho espacio magullado; luego lo volvió a cubrir. Con el ojo puesto sobre su reloj, contó las pulsaciones. Ese cuerpo le había sido entregado para que lo sanara y no para que lo poseyera. Sus ojos saben que no se deben maravillar: deben sólo observar; mira ese cuerpo ardientemente, con toda su inteligencia; su espíritu lúcido obstaculiza el camino al triste amor.

Ella gemía: «¡Sufro… cuánto sufro!…» Apartaba la compresa, pidiendo otra nueva que la criada empapaba en el lavabo. El chófer entró con un balde lleno de hielo; pero cuando el doctor quiso aplicar el hielo sobre la frente de Maria, rechazó la bolsa de goma, y pidió una compresa caliente con tono imperioso; le gritaba al doctor: «Apúrese un poco. ¡Necesita una hora para ejecutar mis órdenes!»

Al doctor le interesaban mucho estos síntomas que ya había observado en otros «accidentes». Ese cuerpo que estaba ahí, esa fuente carnal de sus sueños, de sus desoladas ensoñaciones, de sus deleitaciones no suscita en él sino una curiosidad intensa, una atención duplicada. La enferma hablaba sin cesar, aunque no sufría de delirio; el doctor admirábase de que Maria, cuya expresión era por lo general tan defectuosa (solía buscar las palabras sin encontrarlas) se mostrase, de improviso, elocuente, y diese, sin esfuerzo, con la expresión más justa, con el término más sabio. ¡Qué misterio, pensaba, que este cerebro, con un solo impacto, duplique su poder!

—No, doctor, no: no he querido morir. Le prohíbo que piense así. No recuerdo nada, pero de lo que estoy segura es de que no he querido morir sino dormir. Sólo he aspirado al reposo. Si alguien se ha gloriado de haberme reducido a desear la muerte, le prohíbo que lo crea; ¿me comprende? Se lo pro-hí-bo.

—Sí, amiga mía. Le juro que nadie se ha gloriado de eso… Levántese un poco: trague esto: es bromuro… Esto la calmará.

—No necesito que me calmen. Sufro, pero estoy tranquila. Quíteme la luz. Qué lástima: manché las sábanas; si me da la gana, volveré a derramar el remedio…

Y cuando el doctor le preguntó si sufría menos, ella le respondió que sufría más allá de todo, pero que no era sólo por su herida, y, gárrula, elevó de nuevo su voz, cosa que inspiró a Justine este pensamiento: «La señora habla como si fuera un libro.»

El doctor le dijo que se fuera a descansar, pues él velaría hasta la mañana.

—¿Qué otra salida queda sino el sueño, doctor? ¡Todo me parece tan claro ahora! Comprendo lo que no comprendía; esos seres que nosotros queremos amar… Esos amores miserablemente finitos… conozco la verdad ahora (rechazó con la mano la compresa que se había enfriado y su pelo mojado se pegó a su frente como si traspirara)… No se trata de amores sino de un solo amor en nosotros; y recogemos al azar de los encuentros, al azar de los ojos y de las bocas lo que podría tal vez corresponder a aquello. ¡Qué locura esperar alcanzar ese objeto!… ¡Piense que no hay ningún otro camino entre nosotros y los seres salvo el de abrazar, tocar… en fin, la voluptuosidad! Sabemos bien, sin embargo, adonde nos lleva este camino y por qué nos fue trazado: para perpetuar la especie, como usted dice, doctor, y sólo para eso. Sí, hemos tomado

prestado el único camino posible, pero que no ha sido despejado para aquello que buscamos… ¿comprende?

Al comienzo, el doctor había prestado apenas atención a ese discurso que no trataba de entender, intrigado solamente por esa confusa elocuencia, como si el derrumbe físico hubiese bastado para despertar a medias en ella una serie de ideas adormecidas.

—Doctor, tendríamos que amar el placer. Gaby decía: «No, pequeña Maria, es la única cosa en el mundo que no me ha decepcionado jamás. ¡Imagínese! ¡Ay!, el placer no está al alcance de todos… No estoy hecha a la medida del placer… Sólo él, sin embargo, nos hace olvidar el objetivo que buscamos y se convierte él mismo en el objetivo.» Embrutézcase, eso es muy fácil decirlo.

El doctor piensa que es muy curioso que ella aplique a la voluptuosidad el precepto de Pascal referente a la Fe. Para calmarla a toda costa y para que descanse, le presenta una cucharada de jarabe; pero, al rechazarla, volvió a ensuciar las sábanas.

—No, no, nada de bromuro: bien puedo tirarlo sobre mi cama, si se me da la gana. ¡No es usted el que me lo impedirá!

Y, sin transición, continuó:

—Siempre, entre aquellos que quise poseer y yo, se extendía ese país fétido, ese pantano, ese barro… Ellos no comprendían… Creían que los llamaba para que nos hundiéramos juntos…

Sus labios se movían. El doctor se imaginó que ella murmuraba nombres y apellidos; se inclinó hacia ella ávidamente, pero no escuchó a aquel que lo hubiera trastornado. Por algunos segundos, olvidó a su enferma y no vio más que una mujer mentirosa.

La increpó:

—¡Igual que las otras, vamos! Tal como las otras, usted busca sólo eso también: el placer… Pero si todos, todos buscamos lo mismo…

Ella levantó sus bellos brazos, tapó su cara y gimió largamente. El doctor murmuró: «¿Pero qué he hecho? ¡Estoy loco!» Renovó la compresa, llenó de nuevo una cuchara con el jarabe y sostuvo un poco la cabeza dolorida. Maria consintió en beber al fin; y después de un silencio:

—Sí, yo también, yo también. Pero, ¿usted sabe, doctor, cuando vemos los rayos y escuchamos simultáneamente el trueno? ¡Pues bien, en mí, el placer y la repugnancia se confunden, tal como el rayo y el trueno; me golpean juntos. No hay intervalo entre el placer y el asco!

Quedó más tranquila, no habló más. El doctor se sentó en un sillón, y velaba, llena su cabeza de ideas confusas. Pensó que Maria dormía, pero de súbito su voz soñadora, serena, se elevó:

—Un ser que pudiéramos alcanzar; pero no a través de la carne… que nos poseyera.

Apartó con mano incierta el paño mojado de su frente; luego fue el silencio de una noche que declina, la hora del más profundo sueño; los astros han cambiado de lugar, y ya no los reconocemos.

«Su pulso está tranquilo; duerme como un niño cuyo hálito es tan liviano que tú te inclinas para asegurarte de que está vivo. La sangre sube a sus mejillas y las ilumina. Ya no es un cuerpo que sufre; su dolor ya no la protege contra tu deseo. ¿Será necesario que tu carne atormentada vele mucho tiempo todavía cerca de esa carne adormecida? Felicidad carnal», piensa el doctor. «Paraíso abierto para los simples… ¿Quién dijo que el amor era un placer del pobre? Yo habría podido ser el hombre que se tiende cada tarde, una vez terminada su jornada, al lado de esta mujer; pero ya no sería esta misma mujer… Habría sido varias veces madre… Todo su cuerpo llevaría las huellas de lo que ha servido y de lo que se gasta todos los días en menesteres bajos… No más deseos: sólo sucias costumbres… ¡Amanece ya! ¡Cuánto tarda esta criada en venir!»

El doctor teme no poder caminar hasta su casa, se convence de que el hambre lo agota, teme sin embargo la debilidad de su corazón, corazón del que cuenta los latidos. La angustia física lo libera de su tristeza amorosa; pero ya, sin que nada se advierta, imperceptiblemente el destino de Maria Cross se desprende del suyo: las amarras se han roto, las anclas han sido levadas, el barco se mueve y nadie sabe todavía que se mueve; pero en una hora más, sólo será una mancha sobre el mar. El doctor muchas veces había observado que la vida no sabe de preparativos: desde su adolescencia, los objetos de su ternura han desaparecido casi todos bruscamente, arrancados por otra pasión, o, en forma más humilde, se habían cambiado, habían dejado la ciudad y no habían vuelto a escribir. No es la muerte la que nos arrebata aquellos que amamos; por el contrario, los conserva para nosotros y los fija en su juventud adorable: la muerte es la sal de nuestro amor; la vida es la que disuelve el amor. Mañana el doctor estará tendido, enfermo, y su mujer estará sentada a su cabecera. Robinson vigilará la convalecencia de Maria Cross y la enviará a los baños de Luchon, porque su mejor amigo se encuentra instalado ahí y hay que ayudarlo a hacerse una clientela. En el otoño, el señor Larousselle, llamado a menudo por sus negocios a París, decidirá

arrendar cerca del Bois un departamento y le propondrá a Maria Cross vivir en él, ya que ella prefiere morir, antes que volver a la casa de Talence, a los tapices rotos, a las cortinas llenas de hoyos, y a seguir soportando los insultos de los bordeleses.

La criada entró en el cuarto. Aunque el doctor no se hubiera sentido tan débil, hasta el punto de no poder ocupar su espíritu sino con esta misma debilidad, o hubiese estado lleno de fuerzas y de vida, ninguna voz interior le advertía que debía mirar por largo rato a Maria Cross dormida. No volvería jamás a esta casa; sin embargo, dijo a la criada: «Volveré esta tarde… Déle otra cucharada de bromuro, si empieza a agitarse.» Titubeaba, tenía que sujetarse a los muebles y por lo mismo, fue la única vez que, al dejar a Maria Cross, no volvió atrás.

Esperaba que el aire fresco de las seis azotaría su sangre, pero tuvo que detenerse a los pies de la entrada; sus dientes castañeteaban. Había atravesado tantas veces en pocos minutos este jardín, cuando volaba hacia su amor, y ahora miraba el portón un poco más hacia allá y pensaba que no tendría fuerzas para alcanzarlo. Se arrastra en la bruma, piensa en volver sobre sus pasos; no podrá nunca caminar hasta la iglesia, donde tal vez encontraría socorro. Por fin llegó al portón; tras la reja, un coche: el suyo; reconoce a través del vidrio levantado, el rostro inmóvil como de una muerta de Lucie Courrèges. Abre la puerta, se desploma contra su mujer, apoya la cabeza en su hombro, pierde el conocimiento.

—No te agites; Robinson está pendiente de todo en el laboratorio; atiende a tus enfermos… En este momento está en Talence, tú sabes dónde… No hables.

El doctor observa, desde el fondo del abismo, la angustia de las señoras, percibe, tras la puerta, los cuchicheos. No duda de que está enfermo y no cree nada de sus observaciones: «Una simple gripe… pero en el estado anémico en que te encuentras es delicado.» Pide ver a Raymond, pero Raymond siempre ha salido: «Vino mientras dormías y no quiso despertarte.» La verdad es que, hace tres días, el teniente Basque busca en vano a Raymond por Burdeos; sólo estaba en el secreto un policía aficionado: «Sobre todo, que no se sepa nada…»

Pasados seis días, Raymond entró una tarde en el comedor, mientras comían, enflaquecido, el rostro descompuesto, las huellas de un puñetazo bajo el ojo derecho. Comía vorazmente y ni las mismas niñitas se atrevieron a interrogarlo. Preguntó a su abuela dónde se encontraba su padre:

—Está con gripe… no es nada, pero estamos preocupados a causa de su corazón. Robinson dice que no se le puede dejar solo. Velaremos por él tu madre y yo.

Raymond declaró que era su turno esa noche. Y como Basque se atreviese a decir: «Harías mejor en ir a dormir; si vieras tu cara…», declaró que no experimentaba ninguna fatiga, que había dormido muy bien, estos días.

—En Burdeos no faltan camas, vosotros lo sabéis.

Esto fue dicho en un tono tal que Basque agachó la nariz. Más tarde, cuando el doctor abrió los ojos, vio a Raymond parado, y atrayéndolo hacia él, dijo: «Hueles a almizcle… No necesito nada; anda a acostarte.» Pero, hacia la medianoche, nuevamente fue arrancado de su sopor por las idas y venidas de Raymond en el cuarto. El adolescente había abierto de par en par la ventana e inclinaba su cuerpo, gruñendo: «La noche está sofocante…» Algunas mariposas entraron. Raymond se quitó su chaqueta, su chaleco, su cuello, y volvió a sentarse en el sillón; el doctor escuchó algunos minutos después, una respiración regular. Cuando amanecía, el enfermo despertó antes que aquel que lo velaba y estupefacto contempló a su hijo, con la cabeza colgando y sin hálito, como muerto por el sueño. La manga de su camisa estaba rota sobre el brazo musculoso, color cigarro, donde aparecía un tatuaje como aquellos que saben dibujar los marineros.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La puerta giratoria del pequeño bar no cesaba de dar vueltas; alrededor de las parejas que bailaban apretábase un círculo de mesas, y bajo los pies, como si fuera la piel de la tristeza, recogíase el tapiz de cuero: en límites tan estrechos sólo se podía bailar de una manera vertical. Sentados en las banquetas, las mujeres reían al ver en sus brazos aplastados los unos contra los otros, la huella roja de una involuntaria caricia. Aquella que se llamaba Gladys y su compañero se colocaban sus abrigos:

—¿Entonces ustedes no vienen con nosotros?

Larousselle dijo que se iban justo cuando comenzaban a divertirse. Sus dos manos hundidas en los bolsillos, balanceando los hombros, el vientre provocativo, Larousselle se encaramó sobre un alto taburete; hizo reír al barman y a unos jóvenes frente a los cuales se vanaglorió de poseer el secreto de un cóctel afrodisíaco. Maria, sola en su mesa, bebió un trago más de champaña y dejó la copa. Sonreía al vacío, indiferente a la presencia de Raymond —el cual estaba muy ocupado no se sabía con qué pasión—, separada y defendida de él por aquello que se acumula durante diecisiete años en una vida. Aturdido y ciego por la zambullida, Raymond surgía desde el fondo de los años muertos, subía a la superficie. Sin embargo, aquello que le pertenecía de ese pasado confuso era sólo un delgado camino rápidamente recorrido entre espesas tinieblas; el hocico a ras de tierra había seguido la pista ignorando todas las otras que cruzaban la suya… Ha pasado ya el tiempo de soñar: a través del humo y las parejas, Maria Cross le ha lanzado una mirada que ha esquivado rápidamente. ¿Por qué no le ha sonreído? Raymond se espanta de que, después de tantos años, bajo la mirada de esa mujer, vuelve a ser el adolescente que fue: tímido, enredado en un deseo que disimula. Ese famoso Courrèges, célebre por sus audacias, estremécese esta tarde porque de un momento a otro Maria Cross puede levantarse y desaparecer. ¿Se atreverá a hacer algo? Sufre de esa fatalidad que nos condena a la elección exclusiva, inmutable, que una mujer hace en nosotros de ciertos elementos, mientras desconocerá para siempre todos los otros. No hay nada que hacer contra las leyes de esta química; cada ser con que nos tropezamos desprende en nosotros una parte que es siempre la misma y que, por lo general, hubiésemos querido disimular. Nuestro dolor consiste en ver cómo el ser amado forma ante nuestros ojos la imagen que se hace de nosotros; anula nuestras más preciosas virtudes, y deja, a plena luz, aquella debilidad, ese ridículo, ese vicio… Nos impide su visión, nos obliga a adaptarnos en todo lo que a nosotros respecta, a su estrecha idea. No sabrá jamás que, ante los ojos de cualquier otro, cuyo afecto no tiene ningún valor, nuestras virtudes estallan, nuestro talento resplandece, nuestra fuerza parece sobrenatural, nuestro rostro el de un dios.

De nuevo adolescente vergonzoso bajo la mirada de Maria Cross, ya no deseaba vengarse: su humilde deseo consistía en que esta mujer conociese su carrera amorosa y todas sus victorias desde el momento en que, despedido de Talence, fue inmediatamente cazado, alimentado por una norteamericana que lo tuvo seis meses en el *Ritz* (la familia creía que estaba en París preparando unas oposiciones). Pero es eso, justamente, lo que no es posible, piensa: revelarse a Maria Cross diferente a lo que fue en el salón «lujo y miseria», ahogado por los cortinajes, ese día en que ella repetía sin mirarlo: «Necesito estar sola, Raymond, compréndame: necesito estar sola.»

Era la hora en que la gran masa se retira: pero los clientes del pequeño bar permanecían allí, pues, al desembarazarse de sus abrigos se quitaban de encima su dolor cotidiano. Esa joven de rojo giraba feliz, extendidos sus brazos como alas, y el hombre la sujetaba de las caderas: ¡qué dichosos eran esos dos fugitivos unidos en pleno vuelo! Sobre sus dos enormes hombros un norteamericano llevaba la cabeza rasurada de un niño: atento a los mandatos de un dios interior, improvisaba pasos de baile, tal vez obscenos, y como lo aplaudieron saludó torpemente, con una sonrisa de niño dichoso.

Victor Larousselle había vuelto a sentarse frente a Maria, y algunas veces se daba vuelta para mirar a Raymond. Su ancho rostro de un rojo vinoso (excepto bajo las bolsas parduscas de los ojos) mendigaba un saludo. En vano Maria le suplicaba que mirara a otro lado: lo que Larousselle no podía soportar en París era ese número infinito de cabezas que él no conocía. En su ciudad no existían rostros que no le recordasen un nombre, una relación familiar que no pudiese situar, de una sola mirada, ora a su derecha, entre las gentes a las cuales uno muestra cortesía, ora a la izquierda, entre los reprobados que se conocen, pero a los cuales no se saluda. Nada hay de más común que esta memoria de los rostros cuyo privilegio es atribuido por los historiadores a los grandes hombres: Larousselle recordaba a Raymond por haberlo visto en la berlina de su padre en tiempos pasados y por haberle dado, en esa ocasión, palmaditas en las mejillas. En Burdeos, sobre la acera de la intendencia, no habría dado muestra de reconocerlo; pero aquí, aparte de que no se acostumbraba a la humillación de no ser reconocido por nadie, su secreto deseo era que Maria no quedara sola mientras él se hacía el gracioso con aquellas dos pequeñas rusas. Atento a los gestos de Maria, Raymond supone que ella impide a Larousselle que le dirija la palabra; se convence de que, después de diecisiete años ella ve siempre en él un animal torpe y avergonzado. El joven oyó cómo gruñía el bordelés: «¡Además lo quiero, eh, eso te basta!» Una sonrisa enmascaró el rostro malo de ese hombre, el cual se dirigió a Raymond con la seguridad de las personas convencidas de que un apretón de manos es un favor: «¿No se equivocaba? ¿Era el hijo de ese buen doctor Courrèges? Su mujer recordaba muy bien haber conocido a Raymond cuando era pequeño, durante el tiempo en que el doctor la cuidaba…» Arrebató el vaso del joven y lo obligó a sentarse cerca de Maria, la cual pronto retiró su mano apenas la hubo tendido; Larousselle sentóse por un instante, y después se levantó, y sin disimular:

—Con permiso, ¿no?… Un instante…

Ya se había reunido con las rusas en el mesón: a pesar de que podía volver de un momento a otro y nada era más urgente para Raymond que aprovechar este minuto, el joven permaneció silencioso. Maria volvía la cabeza; sentía el olor de sus cabellos cortos, y vio, con profunda emoción, que algunos eran blancos. ¿Algunos? Miles, tal vez… La boca un poco tosca, gruesa —fruto milagrosamente intacto aún— concentraba en sí toda la sensualidad de ese cuerpo y dejaba una luz muy pura en los ojos, en la frente descubierta. ¡Ah!, ¿qué importaba que la ola del tiempo hubiese batido, lentamente roído, ablandado su cuello, su garganta? Dijo sin mirar al joven:

—Realmente mi marido es de una indiscreción…

Raymond, como si hubiera tenido dieciocho años, demostró su estupor al saberla casada.

—¿No lo sabía? ¡Vamos! ¡Todo el mundo lo sabía en Burdeos!

Había resuelto oponer a Raymond un frío silencio; pero pareció confundida al comprobar que existía un hombre en el mundo —especialmente un bordelés— que no sabía que ella se llamaba ahora la señora de Larousselle. El se excusó diciendo que no vivía en Burdeos desde hacía mucho tiempo. Ella, entonces, no pudo dejar de violar su promesa de silencio: el señor Larousselle se había decidido un año después de la guerra… Dudaba desde mucho tiempo, debido a su hijo…

—Bertrand, apenas desmovilizado, nos suplicó que finiquitáramos el matrimonio. No tenía ningún interés; cedí ante consideraciones muy altas…

Agregó que habría vivido en Burdeos:

—… Pero Bertrand está en el Politécnico; el señor Larousselle pasa aquí quince días al mes; esto constituye un hogar para el chico.

De súbito, tuvo vergüenza de haberse entregado; de nuevo distante, preguntó:

—¿Y el querido doctor? La vida nos separa de nuestros mejores amigos.

¡Qué alegría sería para ella volver a verlo! Pero como Raymond le tomara la palabra para decirle: «Justamente mi padre está en París, en el
Grand-Hotel
; estaría encantado…» Ella giró en redondo y puso cara de no haber escuchado. Impaciente por irritarla, por desencadenar su cólera, se hizo, por fin, el valiente, y se atrevió a tratar el quemante tema:

—¿Ya no me guarda rencor por mi torpeza? ¡Sólo era un niño grosero pero cándido en el fondo! Dígame que no me guarda rencor.

—¿Guardarle rencor?

Fingió no comprenderlo; luego:

—¡Ah! Usted alude a aquella escena absurda… No tengo nada que perdonarle; creo, más bien, que estaba loca en esa época. ¡Tomar en serio a un mocoso como usted! ¡Eso me parece tan desprovisto de interés hoy día! ¡Si supiera cuán lejos está de mí!

Ciertamente la había irritado, pero no como había creído. Todo aquello que le recordara la antigua

Maria Cross le daba horror; pero sólo juzgaba ridícula su aventura con Raymond. Desconfiaba, preguntábase si él había sabido que tal vez había querido morir… No; hubiese estado más orgulloso, no tendría ese aire tan humilde. Raymond lo había previsto todo menos lo peor… menos esa indiferencia.

—En ese entonces vivía replegada en mí misma. Le daba infinita importancia a simples extravíos. Me parece que usted me habla de otra mujer.

Raymond sabía que la cólera y el odio son prolongaciones del amor. Si él hubiese podido despertarlos en Maria Cross su causa hubiese podido tener esperanzas, pero él sólo provoca el aburrimiento de esa mujer, su vergüenza por haberse entregado en otro tiempo a juegos tan miserables en tan pobre compañía. Y como agregara en tono de burla:

—¿Entonces usted creía que esas tonterías podían tener importancia en mi vida?

El gruñó diciendo que habían tenido importancia en la suya, confesión que nunca se había hecho a sí mismo y que se le escapaba. No sospechaba que esa pobre historia de su adolescencia había cambiado su destino; sufría, oía la voz tranquila de Maria Cross:

—Bertrand tiene mucha razón al decir que no empezamos a vivir nuestra verdadera vida sino después de los veinticinco o treinta años.

Raymond sentía confusamente que eso no era verdad y que, al final de la adolescencia, todo aquello que debe cumplirse ha echado raíces en nosotros. En el umbral de nuestra juventud, las cartas están echadas: no va más; tal vez están echadas desde nuestra infancia: esa inclinación, enterrada en nuestra carne antes de haber nacido, ha crecido como nosotros, se ha combinado con la pureza de nuestra adolescencia, y cuando hemos alcanzado la madurez florece bruscamente su monstruosa flor.

Raymond, desamparado, alzado todo él contra esta mujer inaccesible, recordó entonces lo que tan ardientemente había deseado hacerle saber a ella, y aunque tenía, a medida que hablaba, la certidumbre de que sus palabras eran las menos oportunas, dijo que «por cierto esta historia no le había impedido conocer el amor… ¡y de qué manera! Había tenido, sin lugar a dudas, más cantidad de mujeres que ningún otro muchacho a su edad, mujeres que valen la pena: no hablaba de las mujeres de la calle… Maria Cross le había traído más bien suerte». Maria echó la cabeza hacia atrás, y con los ojos entrecerrados, lo interrogaba con aire de repugnancia: de qué se quejaba…

—… Ya que sin duda para usted sólo existe esa porquería.

Encendió un cigarrillo, apoyó contra el muro su nuca afeitada, siguió, a través del humo, las volteretas de tres parejas. Como la orquesta se tomó un descanso, los hombres se desprendieron de las mujeres y batieron palmas tendiendo luego las manos a los negros con un gesto suplicante, como si su vida hubiese dependido de ese bullicio; los negros misericordiosos desencadenaron el jazz, y los fugitivos, entonces, llevados por el ritmo, volaron otra vez acoplados.

Raymond, sin embargo, consideraba con odio a esta mujer de pelo corto que fumaba, a esta Maria Cross; buscó y encontró al fin la palabra que necesitaba para que se pusiera fuera de sí:

—De todas maneras, usted está aquí.

Ella comprendió que él quería decir: volvemos siempre a nuestros primeros amores. Tuvo el placer de ver cómo enrojecía su rostro y fruncía las cejas:

—Siempre he detestado este tipo de lugares: ¡usted me conoce muy mal! Su padre tiene que recordar mi martirio cuando el señor Larousselle me arrastraba al
Lion-Rouge
. De nada serviría que yo le dijese a usted que estoy aquí por deber: sí, por deber… Pero un hombre como usted ¿qué puede entender de mis escrúpulos? Es el propio Bertrand el que me aconseja ceder, en una medida razonable, a los gustos de mi marido. Si quiero mantener cierta influencia, no debo tirar demasiado de la cuerda. Bertrand tiene un criterio muy amplio, usted sabe: me suplicó que obedeciera a su padre que quería que me cortara el pelo…

Basta que Maria pronuncie el nombre de Bertrand para que se sienta menos tensa, apaciguada, enternecida. Raymond vuelve a ver en pensamientos una avenida desierta del
Parc-Bordelais
a las cuatro de la tarde y un niño sofocado que lo persigue; oye su voz llena de lágrimas: «Devuélveme mi cuaderno…» Ese niño debilucho, ¿en qué clase de hombre se ha transformado? Raymond, trata de herir:

—Usted tiene ahora un hijo mayor…

No, ella no está herida; sonríe dichosa:

—Es cierto que usted lo conoció en el colegio…

De súbito, Raymond existe ante sus ojos: es un condiscípulo de Bertrand.

—Es verdad, un hijo mayor; pero un hijo que, a la vez, es amigo, un maestro. Usted no se imagina lo que

le debo…

—Sí, usted me lo dijo: le debe su matrimonio.

—Efectivamente, mi matrimonio: pero eso es lo de menos. Me reveló… no, no, usted no puede comprender. Aunque pensaba hace un momento que usted había sido su compañero. Me gustaría saber cómo era de niño; muchas veces, se lo he preguntado a mi marido; parece increíble que un padre no sepa qué decir sobre su hijo: «un niño simpático, igual a todos», me repetía. Verdad que no parece que usted haya sabido observarlo mejor. ¡En primer lugar, usted es mucho mayor que él!

Raymond protesta:

—Cuatro años, eso no es nada —y agrega—: Recuerdo a un mocoso con cara de mujer.

Ella no se enojó, pero le contestó con apacible desdén que se imaginaba perfectamente que no habían sido hechos como para entenderse. Raymond comprendió que a los ojos de Maria, su hijastro planeaba sobre él, a distancia inconmensurable. Ella pensaba en Bertrand; había bebido champaña y sonreía a los ángeles; golpeó también con sus manos, como los fugitivos desunidos, para que la música ayudara en su encantamiento. ¿Qué quedaba, en la memoria de Raymond, de esas mujeres que él había poseído? Algunas ni siquiera las reconocería. Pero durante esos diecisiete años, no ha transcurrido un solo día en que no haya recordado ese rostro, lo haya insultado, acariciado, ese rostro cuyo perfil puede contemplar tan de cerca, esa tarde. Maria estaba tan lejos de él esa tarde que no lo pudo soportar y para acercarse a ella, pronunció de nuevo el nombre de Bertrand:

—¿Deja pronto el Politécnico?

Respondió con complacencia que era su último año; había perdido cuatro años a causa de la guerra; pensaba que saldría entre los primeros. Y como Raymond agregara que, sin duda, Bertrand, sucedería a su padre, Maria protestó diciendo que le darían tiempo para que reflexionara. Por lo demás, ella estaba segura de que se impondría en cualquier parte. Raymond no comprendía nunca el valor de esa alma:

—En el Politécnico, su influencia es extraordinaria… Pero no sé por qué le digo estas cosas…

Pareció que bajaba de las nubes, cuando le preguntó: «Y usted, ¿qué hace?»

—Negocios… vagabundeo un poco…

Repentinamente, su vida le pareció miserable. Apenas si ella lo había escuchado: no lo despreciaba; simplemente, no existía ante sus ojos. Levantándose a medias, Maria hacía señales a Larousselle, que seguía perorando sobre su taburete; él gritó: «¡Todavía otro minuto!» Ella dijo en voz baja: «¡Está tan rojo! Bebe demasiado…» Los negros envolvían sus instrumentos, como si fueran niños dormidos. Sólo el piano parecía no poder detenerse: una pareja daba vueltas todavía; el resto, sin separarse, se había desplomado. Ha llegado la hora, que Raymond Courrèges saboreara tantas veces: la hora en que las garras se esconden, los ojos se llenan de dulzura, la voz ensordece y las manos insidiosas… En otra época, sonreía, pensaba en lo que vendría después: cuando al salir del cuarto, al rayar el alba, el hombre se alejaba, silbando bajo y dejando tras él, atravesado en la cama, un cuerpo molido, como si estuviera asesinado… ¡Ah! ciertamente, ¡no habría abandonado así a Maria Cross! Toda su vida no hubiera bastado para hartarse de esa mujer. No se ha dado cuenta de que él ha acercado su rodilla a la suya: ni siquiera siente el contacto; ha perdido su poder frente a ella; sin embargo, él la tuvo al alcance de su mano, en esos años transcurridos; ella creyó amarlo. El no sabía; sólo era un niño, ella debió advertirle lo que exigía de él; ningún capricho lo habría desalentado; habría avanzado tan lentamente como ella lo hubiese deseado; sabía, según la necesidad, suavizar su furor… Habría sabido hacerle saborear la felicidad… Demasiado tarde ahora: pasarían siglos antes de que se volviera a renovar la conjunción de sus destinos en el tranvía de las seis. Levantó los ojos, miró en los espejos su juventud que pasaba, vio asomarse las señales de la decrepitud: ha pasado el tiempo de ser amado; es el tiempo de amar, si eres digno de ello. Posó su mano sobre la mano de Maria Cross:

—¿Recuerda el tranvía?

Ella se alzó de hombros y sin volverse tuvo la audacia de preguntar: «¿Cuál tranvía?» Luego, para no darle tiempo de contestar:

—¿Sería tan amable de ir a buscar al señor Larousselle y reclamar la contraseña del guardarropa?… De otra manera, no partiremos nunca.

Parecía no escuchar. Ella había dicho intencionadamente: «¿Qué tranvía?» Raymond hubiera querido decirle que nada contaba en su vida fuera de esos minutos en que estuvieron sentados frente a frente, en medio de esos pobres que, muertos de sueño, dejaban caer sus rostros tiznados: un diario se resbalaba de entre esas pesadas manos; esa mujer, con su cabeza descubierta, levantaba hacia las lámparas un folletín y sus labios se movían como si estuvieran rezando. Gotas de tormenta cavaban el polvo de aquel pequeño camino, tras la iglesia de Talence; un obrero en bicicleta adelantaba al tranvía, el cuerpo doblado sobre el volante, llevaba, cruzándole el cuerpo, una bolsa de tela de donde salía una botella. Un follaje polvoriento

semejaba, a través de las rejas, manos que buscan agua.

—Le ruego que sea amable y me traiga a mi marido; no está acostumbrado a beber tanto; debería haberlo retenido; no soporta el alcohol.

Raymond, que había vuelto a sentarse, se levantó y de nuevo le causó horror su reflejo en los espejos. ¿De qué sirve ser joven todavía? Es verdad que todavía pueden amarnos, pero ya no elegimos. Todo es posible para aquel que posee el efímero esplendor de la primavera del ser humano… Cinco años menos y Raymond piensa que no habría desesperado de su suerte: sabía, mejor que ningún otro, todo lo que podía vencer un hombre en su primera juventud; antipatías, preferencias, pudores, remordimientos en una mujer ya usada; todo lo que despierta en materia de curiosidades, de apetitos. Ahora se creía desarmado y miraba su cuerpo como si en la víspera de un combate hubiera mirado una espada rota.

—Si usted no se decide a ir, iré yo misma. Lo hacen beber… ¿Cómo podré traerlo de vuelta?… ¡Qué vergüenza!

—Qué diría su Bertrand, si la viera aquí a mi lado, y su padre allá…

—Lo comprendería todo: lo comprende todo.

En ese momento retumbó, del lado del bar, el ruido de un cuerpo macizo que se derrumbaba. Raymond se precipitó, y con la ayuda del barman, quiso levantar a Victor Larousselle, el cual tenía las piernas enredadas en el taburete derribado; su mano convulsa, llena de sangre, no soltaba una botella rota. Maria, temblando, tiró sobre los hombros del padre de Bertrand una pelliza y levantó su cuello para ocultar el rostro violeta. El barman decía a Raymond que pagara la cuenta, «que nunca se sabía si se trataba de un ataque o no», y lo llevó casi hasta el taxi, tanto miedo le daba verlo «reventar» antes de que hubiese traspasado la puerta.

Maria y Raymond, sentados en la bigotera, mantenían al ebrio acostado; una mancha de sangre se ensanchaba sobre el pañuelo alrededor de la mano herida. Maria gemía: «Esto no le sucede nunca… debería haber recordado que no soporta el vino… ¿Me jura guardar silencio?» Raymond exultaba, saludaba con inmensa alegría este retorno de la fortuna. No, no podía haberse separado de Maria Cross esa tarde. ¡Qué locura haber dudado de su buena estrella! A pesar de que estaban al final del invierno, la noche estaba fría; una capa de granizo blanqueaba la plaza de la Concordia bajo la luna. Raymond retenía, inmóvil, en el fondo del coche, esta masa de donde salían palabras confusas, eructos. Maria abrió un frasco de sales, y al joven le gustó ese olor avinagrado; se calentaba contra el fuego del cuerpo bienamado, aprovechaba las breves llamas de cada farol para llenar sus ojos con la imagen de ese bello rostro humillado. Por un momento tomó ella entre sus manos esa pesada cabeza de viejo que causaba horror mirarla y se parecía a Judit.

Deseaba, sobre todas las cosas, que el portero no se diera cuenta de nada y se sintió muy feliz de poder aceptar los servicios de Raymond, para arrastrar al enfermo hasta el ascensor. Apenas lo habían extendido en una cama, cuando vieron que su mano sangraba abundantemente y que tenía los ojos en blanco. Maria perdía la cabeza, torpe, incapaz de prodigar ninguno de los cuidados familiares a otras mujeres… ¿Tendría que despertar a los sirvientes en el séptimo piso? ¡Pero qué escándalo sería! Decidió telefonear a su médico, que debía de haber descolgado el interruptor, pues nadie le respondió. Estalló en sollozos. Raymond recordó entonces que su padre estaba en París, tuvo la idea de llamarlo y se lo propuso a Maria. Sin darle ni las gracias, buscó inmediatamente, en la guía de teléfonos, el número del
Grand-Hotel
.

—Justo el tiempo de vestirse y coger un taxi, y ya mi padre está aquí.

Esta vez, Maria le tomó la mano; abrió una puerta, y dio la luz:

—¿Quiere esperar ahí? Es el cuarto de Bertrand.

Dijo que el enfermo había vomitado y que se encontraba mejor; pero la herida todavía le inquietaba. Raymond, cuando ella se hubo ido, se sentó y abotonó su pelliza: el radiador calentaba poco. Le parece escuchar todavía la voz adormecida de su padre: ¡de cuán lejos parecía venir! Hacía tres años que no se veían: desde la muerte de la abuela Courrèges. En esa época, Raymond se encontraba en grandes dificultades de dinero; tal vez había reclamado su dote demasiado brutalmente; pero eso en particular había picado a lo vivo al muchacho y había precipitado la ruptura: también las amonestaciones de su padre refiriéndose a medios de existencia que daban horror a ese hombre timorato; los trabajos de corredor de

comercio, de intermediario, le parecían indignos de un Courrèges; había pretendido exigir de Raymond que buscara una ocupación regular… Estará ahí en algunos instantes más. ¿Lo abrazará o simplemente le dará la mano?

Raymond se interroga, pero un objeto lo atrae, lo retiene: la cama de Bertrand Larousselle: una cama de hierro tan estrecha, tan correcta bajo su colcha de cretona de flores, que Raymond estalla de risa: cama de solterona o de seminarista. Paredes desnudas, salvo una sola, tapizada de libros; la mesa de trabajo está ordenada como una conciencia tranquila. «Si Maria viniera a mi casa, piensa Raymond, cambiaría…» Vería un diván tan bajo que se confunde con las alfombras; toda criatura que se aventura en esa media luz goza de una peligrosa desorientación, la tentación de ceder a gestos que la comprometerán tan poco como aquellos que osara hacer en otro planeta, como aquellos que vuelven inocente el sueño… Pero en el cuarto donde Raymond esperaba, esa noche, ninguna cortina ocultaba los vidrios helados por la noche de invierno: su habitante quería sin duda que lo despertara el alba, antes que hubieran tocado la primera campana. Raymond no sabe discernir los signos de una vida pura; ese cuarto hecho para la oración le hace pensar que el rechazo del amor, su no aceptación, son aplazamientos hábiles de donde saca beneficio el placer. Descifró algunos títulos de libros, y gruñó: «¡No! ¡pero qué idiota!» Nada le era más ajeno que esas historias de otro mundo, nada le causaba más repugnancia. ¡Su padre tardaba en venir! No quería seguir solo, se sentía burlado por ese cuarto. Abrió la ventana y miró los techos bajo la luna tardía.

—Su padre está ahí.

Cerró la ventana, y siguió a Maria al cuarto de Victor Larousselle: vislumbró una sombra inclinada sobre la cama, reconoció sobre una silla el enorme sombrero hongo de su padre, su bastón con empuñadura de marfil (su caballo, en el pasado, cuando jugaba al caballo); pero al enderezarse el doctor, no lo reconoció. Ese anciano que le sonreía, que lo atraía hacia él, sabía que era su padre.

—Nada de tabaco, nada de alcohol, nada de café; carnes cocidas al mediodía, y nada de carne por la noche. Así vivirá un siglo… ¡Vamos!

El doctor repitió: «Vamos», con voz distraída, como cuando se tiene el pensamiento en otra parte. Sus ojos no se apartaban de Maria, que al verlo inmóvil, tomó la iniciativa, abrió la puerta y le dijo:

—Creo que ahora todos necesitamos dormir.

El doctor la siguió al vestíbulo; repetía con tímida voz: «De todos modos es una suerte habernos encontrado…» Al vestirse de prisa, hacía un rato, y después en el taxi, había decidido que esta corta frase sería interrumpida por Maria Cross y que ella exclamaría: «Ahora que lo he recuperado doctor, no lo suelto más.» Pero no era eso lo que ella había contestado, cuando, desde el umbral, él se había apresurado a decir: «De todos modos, es una suerte…» Repetía, por cuarta vez, la frase preparada, como si, a fuerza de insistir, surgiera la respuesta esperada. No; Maria le tendía su abrigo, no se impacientaba a pesar de que él no encontraba la manga; ella decía con suavidad:

—Es cierto que el mundo es pequeño. ¿No nos hemos encontrado esta noche? Podemos volver a encontrarnos de nuevo.

Como ella fingiese no oír esta observación del doctor: «Tal vez deberíamos ayudar a la suerte…», el doctor elevó el tono de voz:

—¿No cree usted, señora, que nos sería posible ayudar un poco a la suerte?

¡Cuán embarazosos serían los muertos si volvieran! Vuelven a veces, guardando de nosotros una imagen que desearíamos ardientemente destruir, llenos de recuerdos que apasionadamente deseamos olvidar. Cada ser vivo se siente embarazado con esos náufragos que el reflujo trae de nuevo.

—Ya no soy la mujer perezosa que usted conoció, doctor; voy a tenderme un rato, porque debo levantarme a las siete de la mañana.

Se sintió lastimada de que él no replicara nada. Estaba harta de sentirse devorada con ojos tenaces por ese anciano que repetía:

«¿Entonces, usted no cree que podamos ayudar al azar? ¿No?» Respondió con una amabilidad un poco seca, que él sabía su dirección:

—Yo no voy casi nunca a Burdeos… Pero usted tal vez…

¡Era tanta amabilidad de su parte haberse molestado!

—Si se apaga la luz de la escalera, el interruptor está ahí.

Él no se movía, se obstinaba: ¿Se había resentido ella con su caída? Raymond emergió de la sombra y preguntó: «¿Qué caída?» Ella sacudió la cabeza exasperada y dijo con gran esfuerzo:

—¿Sabe usted lo que sería muy agradable, doctor? Podríamos escribirnos… Ya no soy una corresponsal

empedernida; pero, en fin, por tratarse de usted…

Él respondió:

—Escribirse no es nada. ¿Para qué sirve escribir si no podemos vernos?

—¡Pero justamente por eso! ¡Porque no podemos vernos!

—No, no: aquellos que están seguros de no volver a verse ¿cree usted que desean prolongar artificialmente su amistad mediante una correspondencia? Especialmente cuando uno se da cuenta de que para el otro es un clavo… Uno se hace cobarde al envejecer, Maria. Ya tuvimos nuestra parte; tememos un aumento de pena.

Nunca le había revelado tanto; ¿comprendería al fin? Ella estaba distraída en ese momento, porque Larousselle la llamaba, porque eran las cinco de la mañana y porque tenía prisa por desembarazarse de los Courrèges.

—¡Pues bien! Seré yo la que le escriba, doctor, y usted tendrá la molestia de contestarme.

Pero más tarde, una vez que hubo cerrado y pasado el cerrojo por la puerta de entrada, volvió a su cuarto, donde su marido la oyó reír.

—¿Sabes lo que estoy pensando? ¿No te burlarás? Parece que el doctor estuvo algo enamorado de mí, en Burdeos… a mí no me extrañaría mucho.

Victor Larousselle respondió con voz pastosa que no estaba celoso; y repitió una de sus antiguas bromas: «Otro que está maduro para la fría piedra.» Agregó que el pobre hombre sin duda había tenido un pequeño ataque; muchos de sus clientes no se atrevían a dejarlo y consultaban en secreto otros médicos.

—¿Ya no te duele el corazón? ¿No te molesta la mano?

No, no sufría:

—Con tal de que en Burdeos no se sepa lo que me ha ocurrido esta noche… ¿Tal vez el chico Courrèges, podría…?

—No va nunca a Burdeos. Duerme… voy a apagar la luz.

Se sentó en la sombra y no volvió a moverse hasta que un tranquilo ronquido se elevó. Salió para ir a su cuarto, dudó ante la puerta entreabierta de Bertrand, y sin poder contenerse, empujó la puerta, olfateó furiosa, y percibió un olor a tabaco, un olor humano: «Tengo que haber perdido la cabeza para introducir aquí a ese…» Abrió la ventana para que entrara por ella el viento del alba y se arrodilló un instante al pie de la cama; sus labios se movieron; apoyó sus ojos en la almohada.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Tal como en otra época una berlina cerrada, chorreando agua sus cristales, transportaba al doctor y a Raymond en un camino de arrabal, un taxi los llevaba ahora, sin que entre ambos se intercambiaran palabras como en esas mañanas olvidadas. Pero no se trataba del mismo silencio: Raymond sostenía la mano del anciano que se desplomaba un poco sobre él. Dijo:

—No sabía que se hubiera casado.

—No se lo dijeron a nadie; al menos lo creo, espero que sea así…

—En todo caso, a mí no me lo dijeron.

Se comentaba que el joven Bertrand había insistido en regularizar esta situación. El doctor citó estas palabras de Victor Larousselle: «Hago un matrimonio morganático.» Raymond murmuró: «¡Es fantástico!» Observó de reojo en la pálida luz del amanecer, ese rostro de ajusticiado, vio moverse los labios blancos. Ese rostro congelado, esa máscara de piedra le dio miedo; dijo las primeras palabras que se le ocurrieron:

—¿Cómo está la familia?

Todos estaban bien. Madeleine, especialmente. Se portaba en forma admirable, decía el doctor; vivía sólo para sus hijas, las sacaba en sociedad, ocultaba sus lágrimas, se mostraba digna en fin, del héroe que había perdido. (El doctor nunca dejaba de ensalzar a su yerno, muerto en Guise, ni dejaba de hacer confesión pública, acusándose de haberlo desconocido: ¡Tantos hombres tuvieron en la guerra una muerte que no se les parecía!) Catherine, la hija mayor de Madeleine, era novia del tercero de los jóvenes Michon; esperaban que él cumpliera veinte años para hacer oficial el noviazgo:

—Sobre todo, no lo digas.

Hizo esta recomendación con la misma voz de su mujer y Raymond se abstuvo de contestarle: «¿A quién le puede interesar eso en París?» El doctor se interrumpió, como si hubiera sido asaltado por un dolor agudo. El joven calculaba: «Tiene sesenta y nueve o setenta años… ¿Se puede sufrir todavía a esa edad, después de tantos años transcurridos?» Sintió, entonces, su propia herida, tuvo miedo: no, no, eso pasaría pronto; recordó lo que siempre decía una de sus amantes: «Cuando sufro en el amor, me ovillo, espero, estoy segura de que el hombre por el cual deseo morir, mañana ya no me importará nada; el objeto de tantos sufrimientos, no merecerá una mirada: es terrible amar y es vergonzoso no hacerlo más…» ¿Por qué motivo ese anciano sangra desde hace diecisiete años? En esas vidas tan ordenadas, en esas vidas entregadas al deber, la pasión se concentra, se conserva; nada la gasta, ningún soplo extraño la evapora; se acumula, se pudre, se corrompe, emponzoña, corroe el vaso vivo que la encierra. Rodean el Arco de Triunfo; entre los raquíticos árboles de los Campos Elíseos, la calzada negra corre como el Erebe.

—Creo que he terminado de vagabundear; me han ofrecido un puesto en una fábrica: una industria de achicorias. Después de un año me darían la dirección de ella.

El doctor respondió con voz distraída: «Estoy muy contento, hijito…», y de súbito:

—¿Cómo la conociste?

—¿A quién?

—Sabes perfectamente a quién me refiero.

—¿El amigo que me ofrece el puesto?

—No, no: Maria.

—Hace mucho tiempo. Cuando cursaba filosofía, cambiábamos algunas palabras en el tranvía, me parece.

—No me lo habías dicho. Recuerdo que una sola vez me contaste que un amigo te la había mostrado en la calle.

—Posiblemente… Después de diecisiete años, ya no recuerdo muy bien… ¡Ah sí!; al día siguiente de este encuentro ella me dirigió la palabra, justamente, para preguntarme noticias tuyas. Me conocía de vista. Por

lo demás, creo que anoche, si no hubiera sido por su marido, se hubiera hecho la desconocida.

El doctor pareció tranquilizado, se arrinconó. Murmuró: «¿Qué me importa a mí? ¿Qué puede importar eso?» Hizo el gesto de barrer, con sus dos manos apretó su rostro, se enderezó y volviéndose un poco hacia Raymond, haciendo un esfuerzo para escapar de sí mismo y no tener otra preocupación que la de su hijo:

—Una vez que asegures tu situación, cásate.

Y como Raymond riese, protestase, el anciano volvióse a sí mismo, volvió a caer dentro de sí:

—No te imaginas lo bueno que es vivir en lo más profundo de una familia… ¡cómo no! Soportamos los miles de preocupaciones de los demás; esas mil picaduras atraen la sangre hacia la piel, ¿comprendes? Nos apartan de nuestras secretas heridas, de nuestra profunda llaga interior; se nos vuelven indispensables… Ya ves: quería esperar que el congreso terminara, pero es más fuerte que yo: voy a tomar el tren de las ocho de la mañana… En la vida, lo más importante es crearse un refugio. Es necesario, tanto al fin como en el comienzo, que una mujer nos lleve.

Raymond masculló: «¡Gracias, prefiero reventar!» Miraba al anciano, empequeñecido, comido por los gusanos.

—No puedes saber lo protegido que me siento entre vosotros. Una mujer, los hijos, son seres que nos rodean, que nos estimulan, que nos defienden contra un montón de cosas deseables. Tú, que nunca me hablabas antes —no te lo reprocho, querido—, no sabes cuántas veces sentí tu mano sobre mi hombro apartándome dulcemente cuando estaba a punto de ceder a alguna deliciosa pero tal vez criminal solicitud.

Raymond gruñó: «¡Qué locura pensar que existen placeres prohibidos!»

—¡Ah! no somos de la misma especie: en tu caso, yo habría atropellado con prontitud a la parvada.

—¿Acaso crees que no he hecho sufrir a tu madre también? No somos tan diferentes; ¡cuántas veces no he atropellado en espíritu a mi parvada! Eso, tú no lo sabes… No protestes: tu madre habría sido mucho más feliz con algunas infidelidades y no con ese deseo permanente que fue una traición durante treinta años. Tienes que saberlo, Raymond; sería difícil que tú pudieras ser un marido peor que el que yo fui… ¡Sí, sí! He soñado con mi libertinaje… ¿Es menos culpable eso que vivirlo? Y mira en qué forma se venga tu madre, hoy día; con un exceso de cuidado: no hay nada en el mundo que me sea tan indispensable como su importunidad; se da un trabajo… día y noche me sigue con los ojos. ¡Ah! ¡Mi muerte será dulce! Tú sabes que ya no estamos servidos como antes: los sirvientes de hoy día, como dice tu madre, no se parecen a los antiguos; no hemos reemplazado a Julie: ¿recuerdas a Julie? Volvió a su tierra. ¡Pues bien! Tu madre reemplaza a todas; muchas veces tengo que enojarme con ella: no titubea en barrer ella misma; lustra los pisos.

Se interrumpió, y de súbito dijo suplicante:

—No te quedes solo.

Raymond no tuvo tiempo de contestar: el taxi se detenía frente al *Grand-Hotel*; tuvieron que descender, buscar dinero. El doctor sólo tenía tiempo de preparar su equipaje.

La hora de los barrenderos y de los verduleros era familiar a Raymond Courrèges; respiró profundamente, acogió y reconoció las sensaciones que se le ofrecían cuando volvía al alba: felicidad de animal derrengado, satisfecho, que sólo desea su cueva y el sueño en los cuales se va a hundir. Suerte que su padre haya querido separarse en la entrada del *Grand-Hotel*. ¡Cuánto había envejecido! ¡Cuán pequeño estaba! Nunca habría suficientes kilómetros entre su familia y él, díjose, nunca estarían sus parientes lo bastante alejados. Tenía plena conciencia de no pensar en Maria; recordó que tenía mucho que hacer ese día, tomó una libreta, buscó la página y se sintió estupefacto de ver que su día se había ampliado considerablemente. ¿O tendría que rendirse a la evidencia de que aquello con lo que había pretendido llenarlo se había reducido a nada? ¿La mañana? Un desierto; ¿la tarde?, ¿esas dos citas?: no iría. Se inclinaba sobre ese día como un niño sobre un pozo: tenía sólo unas piedrecillas para tirar en él; ¿cómo llenar ese hoyo? Para llenar ese vacío sólo había eso: tocar el timbre en la puerta de Maria, ser anunciado, ser recibido, sentarse en el cuarto donde ella estaría sentada, dirigirle una frase cualquiera; aun menos que eso le habría bastado para llenar sus horas vacantes y otras muchas: tener una cita con Maria: no importaba que fuese para una fecha lejana: ¡con qué paciencia de cazador al acecho habría cazado esos días que lo separaban de ese otro día! Aunque ella hubiese postergado la cita, Raymond se habría consolado siempre de que hubiera propuesto otra, y esa esperanza renovada habría sido la medida del infinito vacío de su vida. Su vida no es más que una ausencia que tiene que esperar. «Razonemos, dijo; empecemos por lo

posible: ¿renovar contacto con Bertrand Larousselle, entrar en la vida de Bertrand? No tenían nada en común. ¿Dónde podía encontrarlo?, ¿en qué sacristía encontraría a ese sacristán?» En pensamiento, Raymond quema todas las etapas entre él y Maria: una vez franqueado el abismo, sostiene esa misteriosa cabeza en su brazo derecho doblado, siente, sobre su bíceps, la nuca rasurada semejante a una mejilla de muchacho, y esa figura viene a su encuentro, se aproxima, se engruesa, tan vana, ¡ay! como las imágenes de un *ecran* cinematográfico… Raymond se extraña de que los primeros transeúntes no se den vuelta, no vean su locura. Se desploma sobre un banco, frente a la Madeleine. La desgracia está en haberla visto de nuevo: hacía diecisiete años que todas sus pasiones, sin que él se diera cuenta, se habían encendido contra Maria, como cuando los campesinos de los páramos encendían fuegos para detener el incendio… Pero la había vuelto a ver y el fuego seguía siendo el más fuerte, se robustecía con las llamas con las cuales se había querido combatirlo. Sus manías sensuales, sus costumbres, esa ciencia en el libertinaje, adquirida y cultivada pacientemente, se transformaban en cómplices del incendio que ahora zumbaba, avanzaba en un inmenso frente crepitando.

«Ovíllate, repetíase, aquello no durará; mientras termina, drógate; hazte el muerto.» Su padre, sin embargo, sufriría hasta la muerte; ¡pero qué vida esa! Todo estaba en saber si el desenfreno lo liberaría de su pasión: el ayuno la exasperaba; el hartarse, la vuelve más fuerte; con nuestra virtud, la mantenemos despierta, la irritamos, nos aterroriza, nos fascina; pero si cedemos, nuestra cobardía no estará nunca a la medida de nuestras exigencias… ¡Ah!, ¡furia! Tendría que haberle preguntado a su padre cómo pudo haber vivido con ese cáncer. ¿Qué existe en el fondo de una vida virtuosa? ¿Qué escapatorias? ¿Qué puede Dios?

Raymond trataba de sorprender a su izquierda el movimiento del minutero sobre el cuadrante del reloj; pensó que su padre había dejado ya el hotel. Tuvo el deseo de abrazar otra vez al anciano: simple deseo de hijo; pero, entre ellos dos, se ha anudado otro lazo de sangre más secreto: están emparentados entre sí por Maria Cross. Raymond descendió de prisa hacia el Sena, aunque tenía tiempo todavía antes de que partiera el tren; tal vez cedía a la misma locura que hace correr a aquellas personas cuyos vestidos arden. Tenía intolerable certidumbre de que nunca poseería a Maria Cross y moriría antes de poseerla. Todo lo que había poseído no valía nada; sólo tenía valor para él lo que no obtendría jamás.

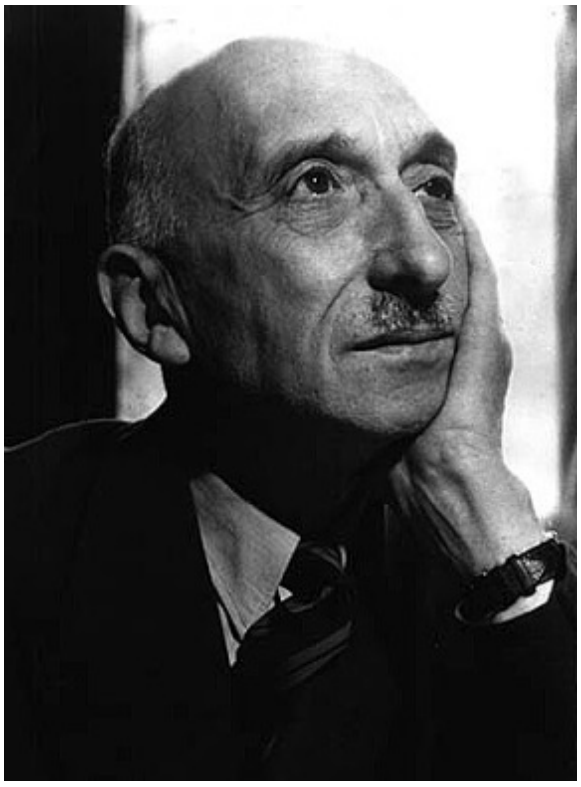
¡Esa Maria! Se sintió estupefacto de ver en qué forma podía un ser, sin quererlo, pesar con todo su peso en el destino de otro. No había pensado nunca en aquellas virtudes que, brotando de nosotros mismos, trabajan sobre otros corazones a grandes distancias y sin que nosotros nos demos cuenta de ello. A lo largo de esa acera entre las Tullerías y el Sena, por primera vez, el dolor lo obligó a detener su pensamiento en cosas en las cuales nunca había pensado. Sin duda porque en el umbral de ese día se sentía desprovisto de ambiciones, de proyectos, de juegos, nada lo separa de su vida concluida; sin porvenir alguno, de súbito siente hormiguear todo su pasado: ¡cuán fatal fue su proximidad para tantas criaturas! Y no sabe todavía cuántas existencias ha orientado y desorientado también; ignora que, por su culpa, tal mujer mató un germen en su seno, que una joven ha muerto, que ese compañero ha entrado en el seminario, que, en forma indefinida, cada drama ha provocado otros dramas. Al borde de esa vida atroz que ya no tiene a Maria y a la cual seguirán tantos otros días iguales, descubre al mismo tiempo esta dependencia y esta soledad: la comunión más estrecha le ha sido impuesta con una mujer, la cual, sin embargo, está seguro de no alcanzar jamás; bastaba que ella hubiese visto la luz para que Raymond permaneciese en las tinieblas: ¿hasta cuándo?, y si quisiera, al precio que fuese, escapar a esta gravitación, ¿qué otros túneles se abren ante él que no sea el estupor y el sueño?…, a menos que ese astro en su cielo, se apagara súbitamente, como se extingue todo amor. Pero Raymond lleva dentro de él una pasión y un frenesí heredados de su padre: pasión todopoderosa, capaz de incubar hasta la muerte otros mundos vivos, otras Maria Cross, las cuales se convertirían, por turno, en satélites miserables… Sería necesario que antes de la muerte del padre y del hijo, por fin se revelara a ellos. Aquel que, sin que ellos lo sepan, llama, atrae hacia sí, desde lo más profundo de sus seres, esa ardiente marea.

Atravesó el Sena desierto, miró el reloj de la estación: su padre debía de estar ya en el tren. Bajó hasta el andén de partida y caminó a lo largo del convoy; no necesitó andar mucho rato: tras un cristal se destacaba esa cara de muerto; las pupilas cerradas, las manos juntas sobre el diario doblado, la cabeza un poco caída, la boca entreabierta. Raymond golpeó con el dedo; el cadáver abrió los ojos, reconoció al que había golpeado, sonrió, y tropezando, avanzó a su encuentro por el corredor. Pero su dicha se vio envenenada por el temor pueril de que el tren partiera sin que Raymond tuviera el tiempo de bajarse:

—Ya te he visto ahora, y sé que quisiste volver a verme; baja querido: están cerrando las puertas.

En vano el joven le aseguraba que faltaban cinco minutos todavía y que, en todo caso, el tren se detenía en la estación de Austerlitz. El anciano sólo estuvo tranquilo cuando su hijo se encontró de nuevo en el andén; bajando entonces el cristal de la ventanilla, lo envolvió en una mirada llena de amor.

Raymond preguntaba si nada le faltaba al viajero: ¿quería algún otro diario?, ¿un libro? ¿Había reservado su lugar en el vagón restaurante? El doctor contestaba «si… sí», y devoraba con sus ojos a ese muchacho, a ese hombre tan diferente de él, tan parecido a él: pedazo de su propio ser que lo sobreviviría un poco de tiempo más y que no volvería nunca más a ver.



FRANÇOIS MAURIAC (Burdeos, 1885 - París, 1970). Escritor francés que abordó en sus obras, de raigambre católica, el tema del hombre sin Dios. Huérfano de padre, se educó en el clima de fervor católico propiciado por su madre. Licenciado en letras en París, en 1907, sus comienzos fueron clásicos: dos volúmenes de versos intimistas, *Les Mains jointes* (1909) y *L'Adieu à l'adolescence* (1911).

Al terminar la Primera Guerra Mundial, en la que participó como conductor de ambulancias, prosiguió su carrera en periódico mundano *Le Gaulois*. En París, en 1918, conoció a Marcel Proust, a quien dedicó *Proust* (1926) y *Du côté de chez Proust* (1947). Después de diez años de intentos, el triunfo de su novela *El beso al leproso* (1922), un estudio del daño causado por el anhelo de amor, lo consagró por fin. La audacia del tema (un «malentendido físico» entre esposos) lo indispuso con la crítica católica.

Pero el éxito de Mauriac se debió precisamente a la fuerza de los tipos que inmortalizó: madres austeras y posesivas, esposos desunidos, adolescentes en conflicto. En 1923 publicó *Genitrix*, al año siguiente *El mal* y en 1925 *El desierto del amor*. En 1927 obtuvo un gran éxito con *Thérèse Desqueyroux*, lo cual lo impulsó a desarrollar un ciclo que comprendió las novelas *Lo que estaba perdido* (1930) y *La Fin de la nuit* (1935), así como las obras breves *Thérèse chez le docteur* (1932) y *Thérèse à l'hôtel* (1933).

En 1928, año en que publicó la novela *Destins*, Mauriac atravesó una crisis religiosa que marcó un momento esencial de su vida. En este período apareció *Souffrances du chrétien* (1928), luego *Bonheur du chrétien* (1929), ensayos que mostraban los desgarramientos y luego la reconciliación de un alma perturbada por el deseo. Superada la grave crisis moral, intentó confrontar sus novelas con las exigencias de la fe.

En 1932 apareció *Nudo de víboras*, novela en la que fustigaba el conformismo del medio burgués del que había salido. Paralelamente a su obra novelesca, cultivó el género autobiográfico con memorias reales, como *Commencements d'une vie* (1932), o imaginarias, como *Le Mystère Frontenac* (1933), al mismo tiempo que proseguía su obra de ensayista con *Blaise Pascal et sa soeur Jacqueline* (1931) y *Le Romancier et ses personnages* (1933). En 1933 fue elegido miembro de la Academia Francesa.

Por otra parte, retomó su actividad de cronista en *L'Écho* de Paris, y luego en *Le Figaro*, a partir de junio de 1934. Se comprometió políticamente tomando partido por los débiles y los vencidos en una Europa en vías de hitlerización, como testimoniaron sus novelas *La Fin de la nuit* (1935) y *Les Anges noirs* (1936), así como *Vida de Jesús* (1936). Abordó por primera vez el teatro con *Asmodeo* (1937), obra en la que se reencarnaba *Tartufo*. Después del poema *Le Sang d'Atys* (1940) y la novela *La farisea* (1941), escribió *Le Cahier noir*, publicado en 1943.

Participó en la Resistencia y proclamó la caridad hacia los condenados de la depuración. Gaullista

inicialmente, combatió a De Gaulle cuando lo juzgó infiel a su vocación cristiana. En esos mismos años escribió nuevamente teatro: *Los mal amados* (1945), *Passage du Malin* (1947) y *Le Feu sur la terre* (1951), obras que no fueron bien recibidas por el público y que lo llevaron a abandonar la vía dramática. En 1951 publicó una novela corta, *Le Sagouin*. En 1952, el premio Nobel marcó el apogeo de su carrera literaria. Ese mismo año publicó el comienzo de *Bloc-Notes*, un testimonio en forma de crónica.

En el plano político, tomó posición en contra de las guerras coloniales en Indochina y Argelia. En 1954 publicó la novela *El cordero*, luego *Mémoires intérieurs* (1959), y posteriormente *Nouveaux Mémoires intérieurs* (1965). Entretanto habían aparecido su *Nouveau Bloc-Notes* en 1961, *Ce que je crois* (1962) y De Gaulle (1964). En 1967 aparecieron sus *Mémoires politiques*; en 1968, su *Nouveau Bloc-Notes* (1961-1964). La novela *Un adolescente de otros tiempos* (1969) tuvo su continuación en *Maltaverne*, iniciada ese mismo año y publicada póstumamente en 1972.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible: *bouquin* significa «folletín» y también «macho cabrío»; y *bouquetin* quiere decir «cabra montés». *(N. de la T.)* < <

François Mauriac

La farisea

El joven Louis Pian, huérfano de madre, sufre la fuerte influencia de la segunda esposa de su padre, Brigitte, la «farisea».

Esta mujer tiene una concepción de la fe católica que la impulsa a buscar la santidad en todos los actos de su vida pero, no contenta con infligirse a sí misma los rigores de una práctica religiosa ascética, oprime a los que la rodean con su preocupación por la perfección.

Conocida por el obispado por su ferviente celo, se le ha confiado la tarea de reintegrar a las personas que, después de haber experimentado la tribulación, regresan a la Iglesia (¡a veces sólo para encontrar un lugar para comer y una comida!).

Brigitte Pian está, por lo tanto, a la cabeza de una pequeña institución que dirige con la buena conciencia de un elegido de Dios: Destroza, mediante una denuncia, un idilio entre dos feligreses aún devotos y rechaza a los pobres que no se inclinan ante su autoridad.

Louis, el narrador, está satisfecho con la escuela y su familia, pero que en realidad sufre por la ausencia de un padre apenas vislumbrado durante la narración, termina siendo enviado por esta madrastra a un internado religioso. Allí, un sacerdote se compadece de él y lo ayuda a volver a la escuela.

epublibre

François Mauriac

La farisea

ePub r1.0
Titivillus 16.11.2019

Título original: *La pharisienne*
François Mauriac, 1941
Traducción: Fernando Gutiérrez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo primero

—¡Acércate, muchacho!

Me volví creyendo que se dirigía a uno de mis compañeros. Pero no, era a mí a quien llamaba, sonriente, el viejo zuavo pontificio. La cicatriz de su labio superior hacía odiosa su sonrisa. El coronel, conde de Mirbel, aparecía una vez por semana en el patio de los Medianos. Su pupilo, Jean de Mirbel, casi siempre castigado, se separaba entonces de la pared. Desde lejos, asistíamos nosotros a su comparecencia ante el terrible tío. Nuestro maestro, monsieur Rausch, testigo de cargo, respondía obsequioso al interrogatorio del coronel, viejo robusto y fuerte, peinado a lo «cronstadt», cuya chaqueta, abotonada arriba, conservaba el corte militar. Un bastoncillo, que era quizás un vergajo, no abandonaba jamás su puesto bajo la axila. Cuando la mala conducta de Jean había pasado los límites, nuestro compañero atravesaba el patio, escoltado por monsieur Rausch y su tutor. El tío desaparecía en la escalera del ala izquierda, que conducía a los dormitorios. Nuestros juegos se interrumpían hasta que oíamos un largo lamento de perro apaleado —o quizá lo imaginábamos—. Un instante después, reaparecía monsieur Rausch con el coronel, cuya cicatriz casi había blanqueado en su congestionado rostro. Sus ojos azules estaban ligeramente inyectados. Monsieur Rausch caminaba con la cara vuelta hacia él, atento y con una sonrisa servil. Era ésta la última ocasión en que veíamos, bajo sus cabellos encrespados y rojos, aquella horrible cara lívida hendida por una sonrisa. ¡Monsieur Rausch, nuestro terror! Cuando no lo encontrábamos instalado ya en su cátedra, al comenzar la clase, yo rezaba así:

—Señor, haz que monsieur Rausch haya muerto. Virgen Santísima, haz que se le haya roto una pierna, o, por lo menos, que tenga una pequeña enfermedad…

Pero gozaba de una salud de hierro y, al final de su delgado brazo, su mano, seca y dura, era más formidable que una pala.

Después de los misteriosos castigos que le infligían sus dos verdugos —sin duda demasiado desorbitados por nuestras imaginaciones infantiles—, Jean de Mirbel entraba en el aula, con los ojos enrojecidos, con una cara en la que las lágrimas habían desleído la mugre, y se sentaba a su pupitre. Pero nosotros no levantábamos la mirada de nuestros cuadernos.

—Sí, Louis, acércate —me dijo monsieur Rausch.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. Vacilé en el umbral del locutorio, donde Jean de Mirbel, de pie, me volvía la espalda. Sobre el velador, un paquete abierto contenía dos bizcochos con chocolate y un pastel. El coronel me preguntó si me gustaban los dulces, e incline la cabeza.

—Pues bien, éstos son para ti. Vamos, anda… ¿Qué esperas? ¿Eres el pequeño Pian? Conozco mucho a tu familia… No parece tan apuesto como su pobre padre… Pero su madrastra, Brigitte Pian…, excelente mujer, ¡una verdadera cristiana! No, quédate —ordenó a Jean, que intentaba escabullirse—. Esto sería tenerte demasiadas consideraciones. Es necesario que veas a tu compañero regalarse con esto… Bien, decídete, tonto —añadió, fijando en las mías sus pupilas ya furibundas, separadas por una nariz dura y curvada.

—Es muy tímido —dijo monsieur Rausch—. No te hagas rogar, Pian.

Mi compañero miraba por la ventana. Veía su cogote sucio por encima de un mezquino y desabrochado cuello. Nadie en el mundo me asustaba tanto como aquellos dos hombres inclinados sobre mí, sonriéndome. Conocía perfectamente el olor animal de Rausch. Balbucí que no tenía apetito, pero el coronel protestó diciendo que no era necesario tener apetito para comer pasteles. Como me obstinara, monsieur Rausch me mandó al diablo gritándome que no todos serían tan estúpidos como yo. Mientras me marchaba al patio, le

oí llamar a Mouleyre. Era un muchacho enfermo de obesidad precoz y que, en el refectorio, rebañaba los platos. Echó a correr sin aliento. Monsieur Rausch cerró la puerta del locutorio, de donde salió luego Mouleyre con la boca sucia de crema.

Era un crepúsculo de junio todavía ardiente. Después de la marcha de los mediopensionistas, a causa del calor se concedía un corto recreo por la tarde. Mirbel se acercó a mí. No éramos muy amigos, y estoy seguro de que me despreciaba como al niño demasiado sabio y alumno prudente que yo era entonces. Sacó del bolsillo una caja de un producto farmacéutico y la entreabrió.

—Mira.

Contenía dos ciervos volantes, que nosotros llamábamos Capricornios. Les había dado una cereza para alimentarlos.

—No les gustan las cerezas —dije—. Viven en la corteza podrida de los viejos robles.

Los habíamos capturado el jueves, en la casa de campo del colegio, en el momento de la partida, en la hora en que tales insectos vuelan a la luz del poniente.

—Toma uno. Elige el mayor. ¡Cuidado! Todavía no está domesticado.

No me atreví a decirle que no sabía dónde meter el Capricornio. Pero estaba contento de que me hablara amablemente. Nos sentamos en los escalones de la gradería por donde se tenía acceso al cuerpo principal de la escuela. En este antiguo hotel particular, de nobles proporciones, se habían hacinado doscientos niños y una veintena de profesores.

—Voy a enseñarlos a tirar de un coche —dijo Jean de Mirbel.

Sacó del bolsillo una cajita que ató con un trozo de cordel a las extremidades del coleóptero. Jugamos así un momento. Durante este recreo excepcional de las tardes de verano, ningún alumno estaba castigado y no eran de rigor los juegos en común. En los otros escalones de la gradería, los niños escupían huesos de albaricoque y los frotaban hasta desgastarlos, perforándolos para quitarles la almendra y poder utilizarlos como silbatos. Todo el calor del día persistía aún entre aquellas cuatro paredes. Ni un hálito estremecía el desmedrado plátano. Monsieur Rausch se hallaba en su lugar acostumbrado, con las piernas abiertas, cerca de los retretes donde se nos había prohibido permanecer demasiado rato. De allí nos llegaban penetrantes hedores combatidos por el cloro y la lejía. Al otro lado del muro, rodaba un simón sobre el irregular empedrado de la calle Leytère, y envidiaba entonces al paseante desconocido, al cochero e incluso al caballo, que no estaban encerrados en una pensión y a quienes monsieur Rausch no hacía temblar.

—A Mouleyre le romperé la cara —dijo Jean, de pronto.

—Dime, Mirbel, ¿qué es un zuavo pontificio?

Se encogió de hombros.

—No lo sé muy bien —dijo—. Tipos que en el 70 se batieron por el Papa y se dejaron hacer papillas. —Se calló un instante y añadió—: No me gustaría que ni él, ni monsieur Rausch murieran antes de que me haya hecho mayor.

El odio lo afeaba. Le pregunté por qué, únicamente él, entre nosotros, era tratado de esa manera.

—Mi tío dice que es por mi bien. Dice que cuando su hermano se estaba muriendo le hizo jurar ante Dios que me convertiría en un hombre…

—¿Y tu madre?

—Cree lo que dice… O quizá no se atreve a contradecirle. Ella no hubiese querido que yo fuera pensionista. Hubiese preferido buscarme un preceptor y que no abandonara la Devize… Pero él no lo ha querido. Dice que soy de mala índole.

—Mi madre —dije con orgullo— ha venido a vivir a Burdeos a causa de mi educación.

—También tú eres un pensionista…

—Sólo durante quince días, porque Vignotte, el procurador de Larjuzon, está enfermo y es preciso que mi padre lo sustituya… Pero me escribe todos los días.

—Sin embargo, madame Brigitte Pian no es tu verdadera madre.

—¡Oh, es lo mismo…! ¡Es como si lo fuera!

Me callé de pronto y sentí arder mis mejillas. ¿Me habría oído mi verdadera madre? ¿Están siempre los muertos espiando lo que se dice de ellos? Pero si mamá lo sabía todo, sabía también que nadie había ocupado su puesto en mi corazón. Por perfecta que fuese mi madrastra… Era verdad que me escribía todos los días, pero ni siquiera había abierto su carta de hoy. Y aquella noche, cuando me echase a llorar en el sofocante dormitorio, lo haría pensando en mi padre, en mi hermana Michèle, en Larjuzon y no en Brigitte Pian. No obstante, mi padre había deseado que yo fuese pensionista durante todo el año, para poder vivir en el campo; y mi madrastra había sido quien había impuesto su voluntad. Tenían ahora un piso en Burdeos y podía volver cada noche.

Mi hermana Michèle, que detestaba a la mujer de nuestro padre, me aseguró que yo le había servido de pretexto para romper la promesa que había hecho al casarse, de vivir en Larjuzon. Michèle, sin duda, tenía razón; si mi madrastra repetía constantemente «que yo era un niño demasiado nervioso, demasiado sensible para soportar el internado», era porque este solo argumento convencía a mi padre y lo retenía en Burdeos. Yo lo sabía y no me rompía la cabeza pensando en ello. ¡Que los mayores se las compusiesen como pudieran! Me bastaba que mi madrastra hubiese dicho la última palabra. Pero yo comprendía que mi padre fuese desgraciado lejos de sus bosques, de sus caballos y de sus escopetas. Aquellos días debía de sentirse contento. Este pensamiento me ayudó mucho durante las dos semanas de prueba. Luego, no tardaría en llegar la distribución de premios. Entonces, Brigitte Pian no tendría más remedio que resignarse a volver a Larjuzon.

—Pronto se repartirán los premios —dije.

Mirbel tenía un Capricornio en cada mano y los apretaba uno contra otro.

—Se besan —dijo. Y, sin mirarme, añadió—: ¿No sabes aún lo que mi tío ha inventado si esta semana no consigo buenas notas? Bueno, pues no pasaré las vacaciones al lado de mi madre… No iré a La Devize. Me pondrán a pensión en casa de un cura, el cura de Baluzac, precisamente a pocos kilómetros de tu casa. El cura tiene la misión de hacerme trabajar durante seis horas diarias, y de enseñarme… Parece que ésta es su especialidad…

—Trata de conseguir buenas notas, amigo.

Sacudió la cabeza. Con Rausch era imposible; lo había intentado en varias ocasiones.

—No me quita la vista de encima. Tú sabes dónde está colocado mi pupitre; precisamente, ante sus narices. Se diría que nuestro querido maestro no tiene otra cosa que hacer que vigilarme. Basta que mire a la ventana…

Era cierto, y Mirbel no tenía nada que hacer. Le prometí que si durante las vacaciones vivía en Baluzac le vería con frecuencia. Conocía muy bien a monsieur Calou, el cura, que no era tan terrible y a quien incluso creía bueno.

—No, es malo… Mi tío dice que le mandan los chicos descarriados para que los eduque. Parece que ha metido en cintura a dos hijos de Baillaud… Pero yo no le dejaré que me toque.

¿Acaso el cura de Baluzac no era amable más que conmigo? No sabía qué responder a Mirbel. Le dije que su madre, que apenas le veía, no renunciaría a pasar las vacaciones sin él.

—Si mi tío quiere… Ella hace todo lo que él quiere —añadió con rabia.

Comprendí que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Y si te ayudara en los deberes?

—Cuando le entrego algo pasable me dice que lo he copiado.

En este instante, monsieur Rausch se llevó un silbato a los labios. Vestía una larga levita negra de reveses manchados. A pesar de la estación, calzaba zapatillas de fieltro. Sus encrespados cabellos, de un amarillo ardiente, descubrían la configuración ósea de su moteada frente. Sobre sus ojos de caballo se movían los inflamados párpados. Íbamos en fila hacia el comedor, del que odiaba aquel hedor de sopa grasienta. Aún era de día, pero los sucios cristales impedían ver el cielo. Observé que, en nuestra mesa, Mirbel era el único que no comía vorazmente. El zuavo pontificio había hallado el castigo que hacía efecto, por fin, en su pupilo: las vacaciones en el curato de Baluzac, lejos de su madre. Con mi bicicleta podría ir a verle todos los días. Me invadió una brusca felicidad. Hablaría de Jean al cura que tan amable había sido conmigo permitiéndome coger avellanas en su jardín… Cierto es que yo era el pequeño Pian, el hijastro de Brigitte «la bienhechora»… Pero precisamente yo le pediría a mi madrastra que intercediera por Jean… Se lo dije en la fila mientras nos dirigíamos al dormitorio.

Dormíamos allí una veintena, en una habitación aireada por una sola ventana que daba a la estrecha calle de Leytère. Al pie de cada cama, una mesilla de noche sobre la que había una palangana, dentro de la cual colocábamos nuestro vaso para lavamos los dientes, con objeto de que el criado, con un jarro, pudiese llenar a la vez el vaso y la jofaina. En cinco minutos nos habíamos desnudado y acostado. El pasante, monsieur Puybaraud, bajaba la llama de gas y recitaba con voz gimiente tres invocaciones que tenían el poder de hacerme saltar las lágrimas: lloraba por mi soledad y mi muerte futura, y por mi madre. Tenía trece años; ella había muerto hacía ya seis. ¡Había desaparecido tan pronto…! Me besó una noche, desbordante de ternura y de vida, y al día siguiente… el caballo desbocado había vuelto con el tílburi vacío… No supe cómo se había producido el accidente; nadie me habló de ella, y cuando volvió a casarse, mi padre no pronunció nunca el nombre de su primera mujer. Como desquite, mi madrastra me exhortaba a menudo a rezar por la muerta. Me preguntaba cada noche si pensaba en ella. Parecía creer que mamá tenía más necesidad de plegarias que otra muerta cualquiera.

Había conocido a mi madre, que era prima suya, y que la invitaba algunas veces durante las vacaciones.

—Debes pedir a tu prima Brigitte que venga a Larjuzon —decía mi padre—. No tiene modo de pasar unas vacaciones y da todo lo que tiene…

Mamá se resistía un poco, aun cuando aparentase admirar a Brigitte. Pero quizá tenía miedo. Al menos, era lo que aseguraba mi hermana Michèle:

—Mamá la ha conocido en seguida; sabe perfectamente la influencia que su prima tiene sobre papá…

Yo daba poca importancia a estas palabrerías; pero las exhortaciones de mi madrastra me impresionaban: era demasiado cierto que mi madre no había tenido tiempo de prepararse a bien morir. La educación que yo había recibido me ayudó a comprender la insistencia de Brigitte. Sí, era necesario interceder por aquella pobre alma.

Aquella noche, sollozando bajo mis sábanas, comencé a desgranar mi rosario por mamá, mientras el pasante, monsieur Puybaraud, bajaba el gas hasta reducir la mariposa de fuego a una minúscula llama azulenca. Recogió su levita y se paseó un instante entre nuestras camas; ya se oían las acompasadas respiraciones de nuestros sueños. Al pasar cerca de mí, debió de oír los sollozos que trataba de contener, porque se acercó y puso una de sus manos sobre mi mejilla empapada por las lágrimas. Monsieur Puybaraud suspiró, me remetió la ropa como habría hecho mi madre e, inclinándose de pronto, me besó en la frente. Pasé mi brazo en torno a su cuello y le devolví el beso en una mejilla punzante. Con silenciosos pasos, se dirigió a su alcoba. Vi su sombra moverse tras las cortinas de calicó.

Casi cada noche recibía el mismo consuelo de monsieur Puybaraud: «demasiado dulce y de una sensibilidad peligrosa», aseguraba mi madrastra, que lo conocía mucho porque ocupaba el cargo de secretario general de las Obras.

Algunos días después, cuando mis padres volvieron a Burdeos, y el criado me llamó hacia las seis para llevarme a casa, encontré a monsieur Puybaraud que parecía estar al acecho en el patio. Después de haber echado hacia atrás con su mano húmeda los cabellos que cubrían mi frente, me dio una carta cerrada, rogándome que la echara al correo. Se lo prometí muy asombrado de que no la hubiese confiado al censor, por quien debía pasar todo el correo de la casa.

Esperé estar en la calle para leer la dirección. La carta estaba dirigida a mademoiselle Octavie Tronche, profesora de la escuela libre de la calle Parmentade, en Burdeos. Conocía muy bien a aquella mademoiselle Tronche, que iba a casa entre clase y clase y a quien mi madrastra empleaba en diversos trabajos. Al dorso, monsieur Puybaraud había escrito con caracteres muy correctos: *Parte, pobre y pequeña carta, y trae a mi corazón un poco de luz esperanzadora…* Algo rezagado del criado que llevaba mi cartera bajo el brazo, leí y releí aquella extraña invocación, caminando por la acera del paseo Víctor Hugo, a la altura de la calle de Sainte-Catherine, en aquel crepúsculo anterior al día de la distribución de premios, que parecía de color ajenjo.

Capítulo segundo

Se sitúa aquí la primera mala acción de mi vida, de la que tengo remordimientos. A pesar de que monsieur Puybaraud no me hubiese hecho la menor indicación con respecto a aquella carta, comprendí que él me consideraba más digno de su confianza que a ningún otro de mis compañeros. Más tarde, intenté convencerme de que no me había dado cuenta, a los trece años, de lo que se hallaba en juego para el pasante. A decir verdad, comprendí perfectamente de qué se trataba y adivinaba el elemento dramático que ponía en ello el estado semirreligioso de mi maestro. Sin duda, pertenecía a una sociedad laica —hoy dispersa desde hace mucho tiempo—, a una especie de orden tercera donde ningún voto era pronunciado, y ni siquiera era muy raro que, con el consentimiento de sus superiores, uno de estos «hermanos» abandonase la comunidad para casarse. Pero monsieur Puybaraud ocupaba un puesto particular. Sus funciones le habían puesto en relación con la dirección diocesana de las Obras y con muchos padres de alumnos. Toda la ciudad lo conocía, y no sólo las jerarquías eclesiásticas y la burguesía: su silueta era familiar en los distritos más pobres, donde los niños lo rodeaban en cuanto aparecía en la esquina de una calle, porque él tenía siempre para ellos bombones y peladillas. Su levita, su extraño sombrero de copa de peluche, no asombraba a nadie. Su dulce semblante estaba enmarcado por dos patillas cortadas a la altura de los pómulos. En verano, tenía en la mano el sombrero de copa y enjugaba su desnuda frente y sus cabellos escasos y sudorosos que llevaba largos hasta el cuello. Tenía delicados rasgos, casi demasiado bellos, los ojos apagados y las manos siempre húmedas.

Mi madrastra, con todo y elogiar las virtudes de monsieur Puybaraud, juzgaba severamente «los excesos de su sensibilidad enfermiza». Menos que a nadie debiera haberle revelado el secreto de esta carta. Pero era precisamente a ella a quien me impulsaba el deseo de hacerlo. Me sentía como envanecido por la importancia de este secreto, deseoso ya de asombrar, de escandalizar. Sin embargo, no me atreví a descubrir nada estando la familia reunida.

Recuerdo aquella velada. El alojamiento que mi padre se había resignado a alquilar estaba situado en el paseo de la Intendance, en el segundo piso. Durante las noches, el ruido de los simones por la calle y el campanilleo de los tranvías eléctricos, inaugurados aquel año, hacían difíciles las conversaciones. Quince días en el campo habían bastado para que mi padre recobrase su buen color, y la perspectiva de las próximas vacaciones le ponía de un humor excelente. Sin embargo, a una advertencia de su mujer, había dejado la mesa para ponerse una corbata de esmoquin y una chaqueta negra.

Mi madrastra no podía soportar la leve descompostura a la que él se había acostumbrado en Larjuzon.

A pesar del calor, ella llevaba un griñón y un cuello de encaje que le ceñía el cuello hasta las orejas. Su cara grande, de alargadas y mates mejillas, estaba dominada por cabellos ahuecados en bucles, sostenidos por una casi invisible redecilla. Sus ojos eran negros, inmóviles y duros, pero su boca siempre sonreía, a pesar de que nunca descubriese sus dientes largos y amarillos, descarnados y sólidamente enfundados en oro. La doble barbilla daba al conjunto un carácter majestuoso, que subrayaba la posición de la cabeza, el andar y una voz bien timbrada y hecha para dar órdenes.

Se comprendía que su primera vocación hubiese sido dirigir una comunidad. Después de la muerte del barón Maillard, su padre, prefecto de la Gironda bajo el Imperio, Brigitte había consagrado lo más saneado de su fortuna a la compra y reparación de un pequeño convento de los alrededores de Lourdes; quería reunir allí a muchachas de vida airada, bajo una regla nueva, inspirada en parte por el abate Margis. Pero antes de que se terminaran los trabajos, no llegaron a un acuerdo.

En esta ocasión, Brigitte Maillard consultó frecuentemente a mi padre, que había trabajado en su

juventud como pasante en casa de un procurador de Burdeos, muy hábil en desenredar embrollos judiciales. Éste la complicó en un proceso escandaloso, perdido de antemano. Por su parte, él se aconsejó de ella en las dificultades por que atravesaba su matrimonio y que fueron trágicamente resueltas por la muerte de mi madre.

Cuando se ignoran las razones que en cierta época habían creado entre mi padre y Brigitte Maillard tan profunda intimidad, es difícil imaginar cómo dos seres tan dispares habían podido asociar sus vidas. Frente a aquella alta figura de Maintenon biliosa, mi pobre padre causaba lástima con su aspecto de hombre débil y bondadoso, su palabra vacilante, su boca de gastrónomo, sus bigotes demasiado largos, hechos para mojarse en los aperitivos y las salsas, su color de hombre sobrealimentado y sus grandes ojos.

Entre ambos esposos, aquella noche en que se produjo el escándalo Puybaraud, volví a ver a mi hermana. Michèle tenía entonces catorce años. Todos encontraban su piel demasiado morena, la mandíbula inferior demasiado pesada y sus cabellos peinados demasiado bajos; pero sus admirables ojos hubiesen bastado para hacerse amar, y sus dientes puros, que su boca grande mostraba totalmente cuando reía; sus brazos podían parecer demasiado musculosos, pero no las piernas, de las que se sentía tan orgullosa y que descubría con frecuencia, a pesar de las largas ropas con que la vestía ridículamente nuestra madrastra.

A decir verdad, ésta mostraba demasiada paciencia con Michèle y casi siempre era ella la que rehuía el combate ante la hijastra agresiva.

—Mi deber —se había acostumbrado a repetir—, puesto que no puedo tener ninguna influencia sobre esta criatura, es velar, cueste lo que cueste, por la paz del hogar.

Triunfaba en lo que las corazonistas no habían logrado conseguir de Michèle.

—Es una chiquilla contradictoria y colérica —le decía a nuestro padre, que protestaba:

—No, querida… ¡Lo dramatizas todo! Es un poco terca; tiene el genio tan vivo como su pobre madre… Pero un buen marido solucionará todo esto…

Brigitte sacudía la cabeza y suspiraba: veía las cosas más gravemente. Su razón y su gloria era ver las cosas lo más gravemente posible. La noche en que ocurrió lo de Puybaraud era un sábado. Oíamos el rumor de la multitud en las aceras del paseo de la Intendance, donde iba a tener efecto el desfile militar. Michèle y mi padre se habían acodado en uno de los extremos del balcón. Yo me hallaba un poco lejos de ellos, cerca de mi madrastra. Volaban los vencejos a ras de los tejados. La circulación de los coches se había interrumpido. Las paredes aún quemaban; el aire nos traía a intervalos el olor de los tilos, y este mismo aroma era el único que reinaba en las ciudades, junto con el olor de los caballos, del pavimento mojado y del circo, antes que hubiera coches en las ciudades. Yo luchaba aún contra la tentación de confiar el secreto de monsieur Puybaraud, pero estaba seguro de que lo haría. Mi madrastra me interrogaba periódicamente con respecto a mis exámenes de fin de curso; quería conocer las preguntas que me hicieron en cada asignatura y cómo había respondido a ellas. Sabía que se interesaba en esto por obligación, puesto que tenía la cabeza en otra parte. Pero me decía lo que tenía que decirme: en cada circunstancia de la vida y en sus relaciones con la gente no había vacilado jamás en lo que debían ser sus palabras y su actitud. Me decidí:

—Mamá, quisiera confiarte algo… Pero —añadí hipócritamente—, no sé si debo hacerlo…

Una llama de atención iluminó sus negros ojos hasta entonces distraídos.

—No sé lo que quieres contarme. Pero hay una regla a la que te debes ciegamente: no esconderle nada a tu segunda madre, porque ella tiene la misión de educarte.

—¿Incluso cuando se trata de un secreto que atañe a otras personas?

—Sobre todo, si concierne a otras personas —respondió vivamente. Y me preguntó con avidez—: ¿De qué se trata? ¿De tu hermana?

Aun cuando Michèle no tuviera más que catorce años, sospechaba ya de ella lo peor. Yo sacudí la cabeza. No, no se trataba de Michèle, sino de monsieur Puybaraud y de Octavie Tronche.

Mi madrastra contuvo una exclamación.

—¿Cómo? —Y me apretó el brazo—. ¿Monsieur Puybaraud? ¿Octavie?

Yo era todavía un niño demasiado ignorante en lo que respecta al amor humano para haberme dado cuenta de que mi madrastra jamás abordaba a sangre fría este tema y que inmediatamente se sentía atraída por él. Como le hablara de la carta y de la frase que estaba escrita al dorso del sobre, me interrumpió:

—¡Dámela en seguida!

—¿La carta? Pero si la he echado al correo…

Pareció decepcionada.

—Has hecho mal. Debiste habérmela entregado. Me interesa mucho todo lo que se refiere a Octavie, que desempeña un papel importante en la escuela libre que desea dirigir un día. No sólo tengo el derecho, sino el deber de no desconocer nada de cuanto le concierna… De todos modos, leeré esta carta —añadió con un

tono más tranquilo.

Se dio cuenta de mi turbación. ¿Qué pensaría de mí monsieur Puybaraud, que tanto me quería? Mi madrastra me hizo comprender que no sería necesario que hiciera nada y que ella se las compondría para que Octavie se le confiara.

—Date cuenta de que no sospecho nada malo. Debe darse crédito a una persona de tantos méritos como monsieur Puybaraud, que, por otra parte, es libre de contraer matrimonio, si así le parece. Y aun cuando así no fuera, sólo podríamos tacharle de imprudente. He pensado siempre que su afectuosa compasión le expondría a dar pasos muy desgraciados; gracias a ti, puedo intervenir a tiempo… —Y añadió a media voz, con los dientes apretados y una brusca violencia—: Octavie Tronche… ¡No comprendo! Todas las perras…

Las trompetas del desfile militar vibraron desde la calle Vital-Carles. Una innovación encantaba a los bordeleses: cada soldado músico llevaba en su quepis una bombilla eléctrica a guisa de pompón. Mi madrastra entró en el salón y yo continué asomado. Chicas y chicos habían acordado sus pasos a los de los soldados; se habían cogido del brazo y cortaban la calzada con una cadena viviente de gritos y risas. No luché contra la vergüenza ni contra la angustia. ¿Qué le ocurriría al pobre monsieur Puybaraud? Este instinto de padre que le hacía inclinarse sobre mi lecho en mi dormitorio, el arroparme y besarme sobre la frente, habían tenido para mí una significación desconocida. No tardé en comprender que, aquella tarde, había traicionado a un hombre de tal manera abandonado que había tenido que confiarse a un chiquillo de trece años para no sentirse solo. Me acordaba de *El niño espía*, de Alfonso Daudet, y de lo que repetía el soldado alemán al pequeño Sten: «¡Repugnante hazaña…! ¡Repugnante!». ¿Había yo hecho daño? Mi madrastra me aseguraba que había cumplido con mi deber… Pero ¿por qué tenía remordimientos?

Fui a su encuentro. Estaba sentada cerca de la ventana e intentaba leer. (No podía encenderse la luz por temor a los mosquitos y hacía demasiado calor para cerrar las ventanas). Un oscuro instinto de compensación me impulsaba a hacer algún bien. Le hablé entonces de Mirbel y le rogué que intercediese por él ante el cura de Baluzac. Contemplaba su cara grande, lívida en el crepúsculo. Realmente, estaba demasiado oscuro para leer. Estaba, pues, inmóvil, con el busto erguido, una costumbre conventual que le impedía apoyarse en el respaldo de la silla. Jamás recuerdo haberla visto cruzar las piernas. Sabía que me escuchaba distraídamente y que su mente estaba obsesionada por el tema Puybaraud-Tronche.

—¿El cura de Baluzac? —me preguntó por fin—. ¡Pobre abate Calou! Me pregunto si quiere hacerse pasar por un ogro… En fin, esto le ayuda para comprarse libros… Tal vez sea mi deber decirle al coronel…

Le supliqué vivamente que no hiciera nada, puesto que me confirmaba en la idea de que el abate Calou no sería un carcelero demasiado feroz, y, sobre todo, no quería renunciar a la alegría de tener a Jean de Mirbel como compañero durante mis vacaciones. Pero ella añadió que, pensándolo bien, ese muchacho descarriado no perdía nada con la compañía de monsieur Calou y que terna que dejar que se cumpliera la voluntad de Dios.

Durante la semana que siguió observé temerosamente a monsieur Puybaraud; pero continuaba siendo su niño mimado, como decían mis camaradas, y me trató hasta el fin con el mismo favor. Casi se habían terminado los exámenes y el calor era cada vez más agobiante para permitirnos trabajar mucho. Incluso monsieur Rausch se hacía menos duro y nos leía en clase *El soldado Chapuzot*. Los carpinteros trabajaban en el patio de los mayores levantando un estrado para el reparto de premios. Cada día repetíamos los coros de *Athalia*, de Mendelssohn:

¡Todo el Universo está lleno de su magnificencia! Adoremos al Señor…

Sin Michèle, posiblemente jamás hubiera sabido nada de los primeros acontecimientos del drama Puybaraud-Tronche. A pesar de que era una chiquilla muy franca, nada inclinada a escuchar detrás de las puertas, conservaba siempre, con respecto a nuestra madrastra, una actitud defensiva y no cesaba de observar a Brigitte Pian con una lucidez y malevolencia que no desarmaban. Por otra parte, Octavie Tronche, que amaba tiernamente a Michèle, no resistió demasiado tiempo a las preguntas de la niña. Así estuve yo al corriente de las deplorables consecuencias de mi indiscreción.

Octavie Tronche iba a trabajar a casa de mi madre los días que no tenía clase: los jueves y sábados, de ocho a once. Era una joven de cabellos deslucidos y ralos, desprovista de lozanía, pero no de una gracia que procedía de sus ojos, a pesar de ser incoloros y pequeños, y de una sonrisa encantadora que iluminaba sus

pálidos labios. Los niños la adoraban y por su adoración entregaban a Octavie a las pequeñas persecuciones de las otras profesoras celosas. Su blusa caía desde sus delgados hombros, y no podía tenerse menos pecho. Sin embargo, bajo el talle afirmábanse sus formas femeninas, y su falda monástica no disimulaba el contorno de sus caderas y todo lo demás. Cuando entró aquella mañana en el saloncito de la señora Pian, de «Madame Brigitte», Octavie fue acogida con una sonrisa desacostumbrada.

—Le sienta mal el calor. Lo veo en su aspecto.

Octavie aseguró que no se sentía cansada.

—No me refiero a su cara, sino a su trabajo. —Y el tono de Brigitte se hizo de pronto severo—: Ha cometido usted algunos errores en las direcciones al enviar el último *Boletín*. Algunas señoras se han quejado de haberlo recibido con mucho retraso.

Octavie, confusa, se excusó.

—Esto no tendría importancia —continuó mi madrastra—, pero la circular que yo le dicté y que descuidé releer (sí, descuido, lo confieso; y ya ve usted que reconozco mis propias faltas), esa circular estaba llena de errores y de omisiones. Algunas frases carecían de sentido…

—Es verdad. No sé dónde tenía la cabeza entonces —balbució Octavie.

—¿La cabeza o el corazón? —preguntó Brigitte con una voz dulce que contrastaba con su rostro severo y sombrío.

—¡Oh, madame Brigitte…! ¿Qué es lo que quiere usted decir?

—No le pido que me cuente sus cosas. La confianza no se impone. —Y como Octavie protestara diciendo que ella no tenía secretos para madame Brigitte, añadió—: Usted sabe hasta dónde llevo el respeto a la conciencia. Usted es una de nuestras más viejas amigas. Confío en usted, no, por cierto, con los ojos cerrados; al contrario, con los ojos abiertos, pero con la más maternal solicitud. Todos nosotros tenemos nuestros momentos difíciles, pobrecilla…

Era más de lo que Octavie podía soportar, que cayó de rodillas y ocultó su cabeza en el regazo de Brigitte Pian. Mi madrastra contemplaba aquella delgada nuca que descubría los cabellos estirados y reunidos en un pequeño y apretado mono, aquella carne descolorida y aquellas primeras vértebras en el cuello estremecido. Afortunadamente, la pobre muchacha no podía descubrir aquella expresión de disgusto que se dibujaba en la cara de Brigitte Pian.

«También ésta —pensaba—, también esta desgraciada criatura».

Y dijo en alta voz, pero con dulzura:

—Entonces, usted también, pobre Octavie, usted también cree que se la quiere.

Octavie Tronche levantó la cabeza y protestó:

—¿Amarme a mí? ¡Oh, señora, no soy tan tonta como para creerlo…! No sé trata de eso, qué duda cabe. —Durante un segundo, la confusión prestó a aquel semblante una gracia exquisita, ese adorable encanto de la humildad—. Sería demasiado que alguien consintiera en que yo no viviese más que para él y para los hijos que acaso Dios nos diera…

—Sin duda, Octavie —dijo mi madrastra, levantándola—. Siéntese a mi lado y cálmese. Si llegué a creer que estaba usted llamada a una vocación más santa, ahora, me sentiría feliz con que fundara usted un hogar cristiano. ¿Qué otra cosa más normal y sencilla? Me asombra su emoción.

—No, no, señora… No es nada sencillo, y si usted supiera…

Imagino que, en ese momento, mi madrastra debía de gozar intensamente: saboreaba ese placer que sólo pertenece a Dios, que es conocer el destino de alguien que cree descubrírnoslo, y que se siente dueño de inclinarlo en un sentido o en otro. Porque ella no dudaba lo más mínimo de su poder sobre la anhelante conciencia de monsieur Puybaraud, y obtuvo la confirmación de boca de la propia Octavie. Después de haber dado paso, por medio de una inteligente gradación, a la inquietud desde la confianza, Brigitte exclamó:

—¡Su turbación me turba a mí también!

Y habiendo preguntado angustiosamente a la pobre muchacha si se trataba de un hombre casado o divorciado, como la acusada bajara la cabeza y se llenaran sus ojos de lágrimas, le interrogó con un tono que traicionaba casi el horror:

—¡Desdichada! ¿Debo, entonces, comprender que la persona en cuestión está unida a alguien de quien no puede separarse? ¿Irá usted a enfrentarse con el propio Dios?

—¡No, señora, no! Él es libre; sus superiores están de acuerdo. Monsieur Puybaraud (porque ya lo habrá usted adivinado, madame Brigitte) debe abandonar el colegio esta semana, y nosotros tenemos desde ahora el permiso de pensar el uno en el otro…

Mi madrastra se levantó e interrumpió bruscamente a Octavie.

—No tiene usted más que decir. No quiero oír nada más. Únicamente a los directores de ustedes corresponde la responsabilidad de este asunto. Yo puedo tener, sobre cuestiones como ésta, un punto de vista que no concuerde con el de sus…

—Precisamente, madame Brigitte —exclamó Octavie en un mar de lágrimas—, monsieur Puybaraud no llega a dejarse convencer de su derecho. Me repite que sólo usted podría iluminarle, que sólo usted posee la inteligencia suficiente para concederle la paz. Compréndame, señora; no se trata de lo que usted podría creer. No tiene más que mirarme: a monsieur Puybaraud no le impulsan bajos instintos. Es más; me ha dicho que se estremece de alegría cuando piensa que puede tener un hijo como su pequeño Louis.

—Sí, sí —replicó sombríamente mi madrastra—. El demonio no ataca a los seres nobles y cándidos sin dar rodeos…

—¡Oh, madame Brigitte! ¿No le hará usted creer que se trata de un ardid del demonio, verdad?

Y estrechó vivamente las manos de mi madrastra, que estaba sentada en su lugar acostumbrado, ante su escritorio lleno de circulares y ficheros.

—No le diré nada si no me pregunta nada, hija mía… Si él me interroga, no hablaré más que sintiéndome lo suficientemente iluminada; pero, entonces, lo haré sin temor, sin miramientos, como he hecho siempre…

Octavie juntó las manos y alzó sus ojos de corderillo hacia aquel rostro indescifrable.

—Pero ese sentimiento de ser padre quizá no sea malo… Su director ya lo sabe. ¡Monsieur Puybaraud ha hecho ya tanto durante tantos años por vencerlo…! ¿Quién nos dice que no sea éste el signo de su vocación y que haya de ceder a este llamamiento?

Mi madrastra inclinó la cabeza.

—No debemos descartar esta hipótesis… Aunque, a decir verdad, Dios no está acostumbrado a una ciénaga. Que lo que se le ha pedido a monsieur Puybaraud sea ese abandono de su puesto, echarse atrás y la vuelta a una vida de menos mortificación… Esto es, cuando menos, lo que yo creería si se me hubiesen dado a conocer esos signos evidentes. Porque nada debe desconcertar nuestra fe.

—El dice que ha pecado por orgullo, que ha considerado mucho mayores sus fuerzas y que es necesario bendecir a la providencia, que le ha advertido antes de que fuera demasiado tarde —insistió Octavie con voz suplicante.

—Si está seguro de ella —interrumpió secamente mi madrastra—, ¿qué necesidad tiene de buscar consejos y mezclarme en estas cosas?

Octavie reconoció que la desgracia era precisamente que él no tenía seguridad ninguna y que cambiaba de un día a otro, y, llorando desconsoladamente, añadió que veía con toda claridad que el juicio de madame Brigitte estaba ya decidido y que el veredicto sería inexorable. Pero mi madrastra recogió velas en seguida.

—No, Octavie, sobre todo, no me juzgue hostil por principio a lo que la naturaleza decepcionada reclama de usted. No sólo monsieur Puybaraud está en juego, y yo de buena gana creería con usted que está llamada a llenar los deberes del matrimonio y de la maternidad. Sí —repitió mirando fijamente a la muchacha, imaginando quizás aquel vientre bajo el delantal y aquel rostro ingrato aún más afeado por la máscara del embarazo—, sí, quizá por usted desvía monsieur Puybaraud su vocación. Adivino, de pronto, que su derrota podría ser necesaria para la salud de usted.

Así Brigitte Pian atribuía al Padre Celestial las complicaciones y vueltas de su propia naturaleza. Pero ya la pobre Octavie Tronche, poseída por la esperanza, se levantaba como una flor que recobra en el agua su lozanía.

—¡Oh, madame Brigitte! Es ahora cuando Dios le habla —exclamó con exaltación—. Sí, sí, es por mí, por mí, tan miserable; por mí, monsieur Puybaraud renuncia a las alegrías de una vida más alta, a la paz de un colegio del que era el honor…

—¿Y aceptaría usted a sangre fría ese sacrificio, hija mía? —preguntó bruscamente Brigitte Pian. Octavie quedóse sin aliento—. Tenga usted en cuenta que no pretendo que lo rechace. Digo que, por encima de toda otra cuestión, este problema se impone particularmente a usted: ¿tiene o no tiene el derecho de aceptar que un hombre como monsieur Puybaraud, que está muy por encima de usted en todos los atributos del espíritu y por las gracias recibidas, le sacrifique a usted los frutos de su apostolado, su gloria ante Dios y su honor ante los hombres? Porque no hay que disimular que una deserción de este género, incluso (y sobre todo) a los ojos de los seglares, hace desmerecer a aquellos que la toman. ¿De qué sirve taparse los ojos? Todas las puertas se cerrarán ante él, y como no hay nadie que ante las necesidades de la vida esté tan desarmado como él, convénzase usted de que se encontrará metido por su causa en una vida de necesidades, por no decir miserable…

El rostro de Octavie Tronche se iluminó de nuevo con una sonrisa.

—¡Oh! Si es por esto, estoy tranquila, madame Brigitte. Yo soy valerosa. Mientras me quede un hálito de vida, no carecerá de nada, aunque deba trabajar fuera de horas… No carecerá de lo necesario ni de lo superfluo…

—No es usted fuerte y usted lo sabe. El trabajo de la secretaría que usted lleva aquí (y que no es casi nada) es ya demasiado para usted, además del que ya lleva en la escuela libre. No vea en esto un reproche.

Era cierto que Octavie Tronche no podía soportar la falta de sueño y que, después de sus horas de clase, los trajines para las ventas de boletos en favor de la beneficencia acababan por enfermarla. Mi madrastra le repitió que su deber era dejar a un lado todo esto por penoso que le resultara. Y como Octavie indicara tímidamente que ellos habían confiado en que monsieur Puybaraud podía ser empleado en la secretaría de las Obras, donde había trabajado gratuitamente durante tantos años, Brigitte se asombró de que pudiese carecer, hasta este extremo, de delicadeza y tacto. ¿Cómo había podido creer que esto fuera posible? Hay cosas que ni siquiera deben explicarse.

—Tiene usted que haber perdido el juicio. Sin contar con que, además, no es costumbre retribuir, con el dinero de los pobres, un trabajo que tantos sacerdotes pueden llevar a cabo, sin tener en cuenta a los piadosos seglares. No, nosotros haríamos todo lo posible, que sería recomendar a monsieur Puybaraud en la medida en que pueda ser recomendado, sin imprudencia, un hombre que por su causa llegó a una situación tan poco digna y que, por otra parte, que yo sepa, carece de título y de diplomas.

Cuando mi madrastra había precipitado a una criatura en un abismo de aflicción, le complacía levantarla en el acto mediante una gracia completamente gratuita. Habiendo, pues, considerado que Octavie Tronche no podía ya descender más bajo, cuidó de levantarla poco a poco e inyectarle cierta esperanza. La decisión en la que ambas se detuvieron de común acuerdo la supe algún tiempo más tarde de boca del propio monsieur Puybaraud, la víspera del día del reparto de premios.

Habíamos trabajado durante todo el día para colocar las oriflamas y reunir en haces las banderas del Papa y de la República. Monsieur Puybaraud atravesó el patio y fui a él como siempre hacía por un privilegio que ninguno de mis compañeros me disputaba. Me hizo sentar en uno de los escalones del estrado y me dijo que estaba en vísperas de tomar una decisión muy grave. Madame Brigitte, «que como todos los seres realmente santos, disimulaba tanta bondad bajo un continente austero», había comprendido que él tenía necesidad de calma, de soledad para reflexionar y, en consecuencia, resolver más acertadamente. Había tenido la caridad de desear que pasara sus vacaciones en Larjuzon…

—¡En Larjuzon! —exclamé estupefacto.

Es de esos lugares que no son para ciertas personas. Me era imposible establecer relación alguna entre el país de mis vacaciones y un profesor de mi colegio. El pretexto oficial de su presencia en Larjuzon sería hacerme estudiar latín.

Intenté imaginarme un día tórrido y a monsieur Puybaraud con levita y sombrero de copa paseando por las avenidas de Larjuzon. Le pregunté si llevaría su traje. Me aseguró que precisamente la compra de un equipo nuevo retardaría un poco su llegada.

Monsieur Rausch había abandonado su puesto cerca de los retretes. En mangas de camisa, encaramado en una escalera y armado de un martillo, golpeaba un clavo con toda su ferocidad natural. Los alumnos cambiaban entre sí sus direcciones de verano. La pequeña orquesta repetía en la sala de fiestas la obertura del *Voyage en Chine*. Jean de Mirbel, apoyado, por costumbre, contra la pared, a pesar de que no había sido castigado, tenía la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos. Su gorra a la birlonga de mal estudiante estaba puesta de través sobre sus cabellos demasiado largos. El leve bozo de sus mejillas lo hacía parecer mucho mayor que sus compañeros (iba rezagado dos años). Más aún que su mala conducta, quizá lo que más le separaba de nosotros era su edad: esa orilla tempestuosa a la que llegaba tan falto de recursos, tan abandonado, enfrentándose con no sabía qué fatalidad, de la que no podía hablar a nadie.

Capítulo tercero

La victoria alquilada en Langon se detuvo ante el jardín del presbiterio. El coronel descendió de ella antes que nadie. El desayuno que acababa de terminar avivaba curiosamente la rubicundez de sus mejillas y hacía parecer blanca su cicatriz. Su «cronstadt» caía un poco sobre su oreja izquierda. Su corta capa «almáciga», que le llegaba hasta los riñones, se adornaba con un mustio capullo de rosa. El pantalón, a cuadros, se amoldaba a sus delgadas piernas parecidas a las de un gallo. Llevaba polainas blancas.

Jean, cargado con una maleta y una cartuchera, echó a andar tras él por el jardín, donde las legumbres apenas dejaban sitio para poner los pies. El presbiterio estaba apretadamente rodeado por patateras, habichuelas, tomates y toda clase de verduras. Groselleros y melocotoneros jalonaban el estrecho sendero que conducía a una puerta baja coronada por una cruz de sanjuanada, hecha con medula de corcho.

Ni tío ni sobrino tenían la menor duda de que a través del polvoriento cristal del entresuelo alguien les seguía con la mirada. El abate Calou esperaba oír el aldabón para ir a abrir. Le llevaba al tío toda la cabeza. Un delantal azul de jardinero le cubría la sotana. Una barba de varios días le tapaba las mejillas hasta los pómulos. Tenía la frente baja, los ojos azules e infantiles, la nariz larga y hendida en su extremo y los dientes sanos; pero Jean de Mirbel vio antes que nada sus manos enormes, espatuladas y cubiertas de pelo.

—Le traigo a su personita, señor cura. Le advierto que no le hago un regalito. Vamos, saluda al señor cura, y pronto. Que no tenga que repetírtelo. ¡Pues sí que empiezas a dar pronto una muestra de tu carácter!

Jean, con la gorra en la mano, bajaba la cabeza sin proferir ninguna palabra.

—¡Un zoquete! Por otra parte, no me disgusta que advierta usted de antemano la clase de chiquillo del que tendrá que ocuparse. Es necesario cascarle para que dé los buenos días.

—Tendremos tiempo de conocernos —respondió el cura.

Dijo esto con un tono frío e indiferente. Sin más comentario, los precedió al segundo piso para mostrarle su habitación al niño. Daba al granero y estaba enjalbegada y amueblada con lo imprescindiblemente necesario, y la ventana daba a la vieja iglesia, con su cementerio, y al valle donde los pinos escondían el río Ciron, pequeño afluente del Garona. Con la mirada podía seguirse su curso gracias al verde tierno de los olmos.

—Duermo y trabajo exactamente debajo de esta habitación. Nos separa el suelo. Le oiré incluso respirar.

El zuavo pontificio aseguró que esto no era demasiado y que ya era buena tarea «no perderle de vista ni de día ni de noche». Cuando se hallaron en la vasta habitación del piso bajo que el cura llamaba salón, amueblado con un velador y cuatro butacas, y donde el salitre había dado cuenta del papel de las paredes, el coronel le dijo al cura:

—Es necesario que le hable particularmente. Tú, vete al jardín hasta que te llame… ¡Pronto! ¡Vivo!

Entonces, intervino el cura con su voz apacible.

—Le ruego que me perdone, coronel, pero me gustaría que el muchacho asistiera a esta conversación. Esto forma parte de mi sistema, y le ruego que tenga confianza en mí. Importa mucho que el niño sepa claramente qué es lo que se le reprocha y lo que nosotros debemos corregir en él.

—Le advierto que esto puede tener consecuencias… Usted no lo conoce… Me sentiría con mayor libertad…

El coronel no estaba contento, pero el cura no atendió a razones. Jean permaneció, pues, de pie en medio del salón, con los ojos fijos en su tío.

—¿Cómo explicarlo? Un zoquete, señor cura, esto lo dice todo. Incorregible; no hay otra palabra: in-co-rre-gi-ble —repitió con voz aguda.

No, no podía encontrar otra palabra. Como mucha gente que se cree muy por encima de los demás, no

disponía más que de un vocabulario muy pobre y suplía esta indigencia por la imagen, por el retrato, el acento y la gesticulación.

—Se dejaría matar, señor cura… Algunas veces, se ha rendido, pero sólo para que no le peguen. No es un bestia… Pero no hace sus deberes, no aprende sus lecciones…

—¿Qué es lo que prefiere? Es decir, ¿cuáles son sus gustos?

—¿Lo que prefiere?

El coronel pareció estupefacto.

—En realidad, ¿qué es lo que prefieres? ¿No hacer nada? ¡Oh, claro! Pero, aparte de esto… Vamos, responde… No, ¿lo ve usted? ¿Ve cómo es? Responde o te arreo.

El cura detuvo su brazo levantado.

—Déjelo, coronel. Aprenderé a conocer los gustos del muchacho.

—¿A conocer sus gustos? Buena cosa es esa, señor cura… Pero comprendo lo que quiere decir… Y él aprenderá a conocer su sistema, que debe ser sencillo, cosa que lo dudo —añadió parpadeando—. Con un caballo vicioso no hay más que la espuela y el látigo; no conozco otro sistema. Y cuando digo vicioso… Hay cosas que hubiera querido contárselas aparte…

Jean de Mirbel se volvió escarlata. Bajó la cabeza de tal modo que el cura no veía más que sus cabellos.

—¿Debo añadir que le hablo en mi calidad de tutor y no en nombre de la condesa Mirbel, madre de este tuno, y que tiene usted carta blanca para usar de todos los medios que le parezcan propios para domarlo? No se le pone otro límite que el indicado para la salud del niño, naturalmente.

—Naturalmente —repitió el cura sin separar la vista de aquella cabeza humillada.

—Y vuelvo a pensar ahora en lo que usted me había preguntado con respecto a sus gustos. Le gusta leer… Y, naturalmente, busca lo peor. Habrá que vigilarlo de cerca. Tiene ideas ya… ¡No le digo más! ¡Oh! No es siempre tan callado como usted lo ve, y cuando le da la gana, tiene la lengua más expedita. ¿Creerá usted que por Pascua se atrevió a sostener a monsieur Talazac, nuestro cura, que si el ministro Combes obraba de buena fe al expulsar a las congregaciones, no sólo no era culpable, sino que adquiría méritos ante Dios?

—¿Sostuvo esto? —preguntó el cura, interesado.

—Sí… ¿Cómo? ¿Qué le parece a usted? Y nada ha podido hacerle apear del burro: ni las razones de monsieur Talazac, ni la indignación de las señoras, ni la somanta que le administré finalmente.

—¿De veras has sostenido esto? —repitió el cura.

Y miraba pensativamente a aquel pequeño zorro encerrado en el salón que, con el pelo erizado, parecía buscar la huida.

—Si posee usted el secreto de ponerle el cerebro en su sitio, los Mirbel le estarán muy agradecidos. Porque, piense usted, señor cura, que nuestro nombre, nuestra fortuna y el porvenir de nuestra raza descansa todo en este pequeño miserable. Dice que preferiría reventar antes que entrar en la academia de Saint-Cyr o enrolarse, como todos hemos hecho. Por otra parte, está demasiado atrasado. No puede prepararse en ninguna escuela. Tiene el cinismo de confesar que no hará nada, que no quiere hacer nada, ni siquiera ocuparse de sus propiedades. Mírelo: ni protesta siquiera; se ríe por lo bajo. No te rías o te arreo.

Jean había retrocedido hasta la pared. Una sonrisa descubría sus caninos puntiagudos, blancos y torcidos. Se protegía con una actitud de niño apaleado que debía serle familiar.

—Tranquilícese, coronel —dijo el cura—. Esto me concierne a mí, ahora. Puede usted marcharse tranquilo. Tanto a usted como a la señora condesa les tendré al corriente de todo. Por otra parte, también el niño les escribirá.

—¡No mucho!

Fueron éstas las primeras palabras que pronunció.

—Hasta la vista, muchacho —dijo el tío—. Te dejo en buenas manos, en buenas y fuertes manos —añadió, estrechando la enorme extremidad del cura—. Según parece, han dado ya excelentes resultados…

Y se echó a reír con aquella risa penetrante que sorprendía. El cura lo siguió hasta el coche.

—Y, sobre todo, no le trate con miramientos —concluyó el coronel, entregando al cura un sobre para los primeros gastos—. No es una señorita; tiene el pellejo duro. No tiene usted por qué tener miedo. Siempre saldré en su defensa. Y, sobre todo, no haga caso de lo que mi cuñada le escriba. Yo soy quien maneja el timón y quien decide.

El cura entró en el salón donde Jean aún se hallaba de pie en el mismo sitio. Retrocedió al acercarse el cura, y de nuevo aquel ademán, el codo levantado, como para protegerse de los golpes.

—Ven a ayudarme a poner la mesa —dijo el cura.

—Yo no soy un criado.

—Aquí, cada uno es criado de sí mismo… Excepto para guisar, que es cosa de María, pero tiene setenta y un años y está reumática. Se trata de tu merienda. Yo no meriendo nunca. Tu amigo Louis y su hermana vendrán en bicicleta. Ya debían de haber venido.

Abrió la puerta del comedor.

—La tarta y las ciruelas están en el aparador —dijo—. Encontrarás también una botella de horchata ya destapada. Ve a buscar el agua en el momento en que vayas a bebería. Toma de la del botijo que está en el cuezo. Hasta la noche, muchacho… Un momento: ya sabes que mi habitación está bajo la tuya. Allí, encontrarás muchos libros… Quizá no los que te gustan. Sin embargo, busca bien… En fin, hojea los que quieras, si esto te divierte. No me molestará que lo hagas.

Jean oyó los pesados pasos del cura en la escalera de madera y después, bajo su cabeza, el ruido de una silla al ser arrastrada sobre el suelo. Y reinó el silencio: las cigarras, el canto de un gallo y el zumbido de las moscas.

«Si cree que va a ablandarme, si imagina tenerme…».

Sin embargo, empujó la puerta del comedor y aspiró el olor de la tarta. Era aquélla una habitación mejor amueblada que las otras: un antiguo reloj de pared, un largo bufete Luis Felipe, una mesa de cerezo encerada y sillas de medula: reinaba allí un frescor agradable. Más allá de la puerta de cristales, extendíase la vista sobre los tejados bajos de los establos, en la pendiente de una pradera donde todavía se amontonaba el heno.

Alguien me pregunta: ¿Cómo conoces todos estos acontecimientos a los que no asististe? ¿Con qué derecho reproduces las conversaciones que no has escuchado? A decir verdad, he sobrevivido a la mayor parte de mis héroes, algunos de los cuales ocuparon un lugar importante en mi vida. Por otra parte, me ha gustado siempre andar con papeles y poseo, además de un Diario íntimo —el de monsieur Puybaraud—, las agendas que Mirbel había hallado en la herencia de monsieur Calou. Por ejemplo, tengo en este momento ante mis ojos la carta que el abate releía mientras Jean, en el comedor, rondaba en torno a la mesa y no resistía a la tentación de morder una ciruela… Y yo, en bicicleta, con mi hermana Michèle iba a verle recorriendo aquel camino polvoriento y blanco de una época anterior a la del asfalto… Habíamos visto pasar por Vallandraut, en su victoria, al conde de Mirbel, de regreso, con el «cronstadt» caído sobre la oreja y cruzadas las flacas piernas, y Michèle se había dado cuenta de su cicatriz y del mustio capullo de rosa de su capa.

Sin duda, he usado de mi derecho a ordenar este material, de orquestar esta realidad, esta vida subsistente que no morirá más que conmigo y que persiste a pesar de los años mientras me queden fuerzas para recordar. Si ordeno las conversaciones, al menos, no cambio ni una sílaba de la carta de la condesa de Mirbel que el abate Calou había recibido la antevíspera de la llegada de Jean y que estaba firmada «Mirandieuze-Mirbel» con tinta azul y una escritura puntiaguda:

«Señor cura:

»Si me arriesgo a dirigirme directamente a usted es porque he sabido por madame Baillaud que usted posee, como educador, métodos muy distintos de los que le supone a usted el conde Adhémar de Mirbel, mi cuñado. Doy gracias al cielo porque no se le haya ocurrido la idea de visitar a los señores de Baillaud, y que él continúe creyendo en esa reputación que usted tiene de domar a los niños difíciles y de meterlos en cintura, como él dice. Nada me ha detenido, por delicado que haya sido intentar un paso cerca de esos viejos drogueros, cuyos abuelos estuvieron al servicio de los míos, y no he vacilado en entrar en relación con ellos, y he sido recompensada, puesto que sé ahora a quién me dirijo y qué confianza puedo tener en su carácter. Importa, señor cura, que conozca usted ciertas particularidades necesarias para comprender la naturaleza de mi desgraciado hijo, y, en primer lugar, el amor que me ha confesado y que es más violento que el que un muchacho de su edad acostumbra a tener por su madre. Jean está convencido de que yo no correspondo a su ternura; cree que le juzgo según la imagen que su tío me hace de él, y debo reconocer que las apariencias le dan la razón, puesto que parece que yo lo haya abandonado sin resistencia, entregándolo a ese verdugo. Perdóneme la expresión, señor cura, pero cuando haya usted visto al conde me comprenderá.

»Me cuesta mucho hacerle ahora una confesión, pero es al sacerdote a quien me dirijo, al hombre

acostumbrado a perdonar. Nada puedo contra mi cuñado: en primer lugar, porque ha recibido, por testamento, plenos poderes por lo que se refiere a mi hijo; pero, sobre todo, porque dependo de él y porque durante su última enfermedad mi marido puso en manos de Adhémar un dossier *anonadador para mí por más de un motivo. No le diré que haya sido una mujer culpable, señor cura, habiendo procedido siempre según mi conciencia y en la plenitud de mis derechos de mujer. Imprudente, incapaz de un ardid, o de cálculo; sí, he sido de este modo. Me hubiera sido fácil engañar a mi marido y, sin duda, hubiese tenido derecho a hacerlo. Con lo que he sufrido de joven, las bromas pesadas que inventan los celos, estar enclaustrada y todo lo que la soledad de un castillo en Armagnac lleva consigo, como ocultas torturas y venganzas impunes, podría hacerse una novela, y no es que yo no la escriba, porque sé escribir y esto es lo que me ha perdido. Adhémar posee una desdichada correspondencia que alguien me envió y que cometí el error de no destruir y en la que, poseída por el demonio de la literatura, expresé en vivos términos los sentimientos a los que el mundo perdona haya cedido una mujer, pero que no disculpa jamás su descarnada expresión.*

»Posee usted mi secreto, señor cura. A pesar de que no creo en los misterios de la religión, creo todavía en la virtud de sus ministros y en su discreción. Es preciso que usted lo sepa: Adhémar es dueño de la persona de Jean sólo porque mi honor está en sus manos, y si me muevo, me pierde. Esto le demostrará cómo es: teme no tenerme lo bastante en sus manos y tiene la pretensión de casarse conmigo: mi fortuna, que no es pequeña, le tienta; pero es justo añadir que ésta fue la última voluntad expresada por su hermano agonizante: no cesaba de repetir que sólo con el matrimonio puede dominarse a una mujer. Ni a uno ni a otro se le ocurrió jamás que una Mirbel, una La Mirandieuze, pudiera divorciarse. Adhémar ha recurrido a un chantaje; no se expresa más que por alusiones; me da a entender que si me convierto en su esposa, Jean se educará entre nosotros en La Devize, que él me dejará educarlo a mi gusto y con plena libertad para vivir una parte del año en casa de mis padres. Usted no ignora que la señora de La Mirandieuze tiene grandes relaciones y que no ha renunciado aún al ruidoso desquite que podría asegurarme el éxito literario… ¿Qué hacer? No doy a mi cuñado una rotunda negativa; intento ganar tiempo. Adhémar ha pasado ya de los sesenta y se le enrojece la cara cuando se levanta de la mesa; las evasiones del régimen que se ve obligado a seguir y sobre las cuales yo tendría la generosidad de correr un velo, podrían permitirme ciertos cálculos, si no fuera precisamente una mujer totalmente incapaz de calcular y que ha podido cometer debilidades, pero no bajezas. Después de haber hecho estas aclaraciones necesarias, me atrevo a esperar que usted no me juzgará según los estrechos principios a lo que sé tiene usted horror, sino según una religión resplandeciente y humana y que no me negará una gracia que no puedo obtener más que de usted. Desearía que le pidiese a Adhémar que me permitiese ir a ver a Jean a Baluzac. No se lo negará si usted le escribe diciéndole que considera bienhechora esta visita. Dígale que puede poner una habitación a mi disposición. Pero me hospedaré en la venta de Vallandraut para no causarle ninguna molestia a usted. Espero su respuesta con la impaciencia de un corazón de madre, y le ruego, señor cura, crea en este sentimiento de gratitud exaltada que experimento ya por el bienhechor de un único y amadísimo hijo».

El cura tomó de la mesa un lápiz rojo y subrayó estas palabras: *Pero me hospedaré en la venta de Vallandraut*. Contemplo ahora este rasgo rojo, apenas palidecido por los años… El cura había visto las palabras esenciales, y todas las demás, ¿habían sido escritas para llegar a esta pequeña frase? Lo creí al principio, pero, a decir verdad, él no podía tener el don de la profecía, y la frase debió de haber sido subrayada únicamente después de los acontecimientos que le dieron todo su significado. Pero lo que pudo comprender, a partir de aquella tarde, fue que por nada del mundo hubiera consentido Adhémar Mirbel en utilizar en contra de su cuñada los documentos que hubiesen deshonrado a la familia. No era muy verosímil que, a los setenta años y muy rico, soñara el coronel en casarse con la condesa. Monsieur Calou sacó de un cajón una carpeta de papel en la que figuraba escrita esta palabra: *Simuladoras*. Guardó allí la carta, volvió a cerrar el cajón y permaneció un instante atento al murmullo de nuestras voces a través del suelo, a nuestras risas y al ruido de las sillas al moverse. Con los codos sobre su mesa permaneció así largo rato inmóvil, ocultando la cara entre sus enormes manos.

Capítulo cuarto

—Es dulce —dijo Jean, después de haber vaciado su vaso de horchata—. Me gusta.

Y comenzó a registrar el aparador. Me daba cuenta de que estaba bravuconeando, pero yo estaba escandalizado. ¿Era realmente Mirbel un muchacho incorregible? Removía las botellas empezadas ya, las destapaba y olía para adivinar por el olor lo que contenían.

—Esto debe ser casis, angélica o agua de nueces, licores de monjas… Pero el cura no es un tipo a quien se le manden licores de éstos… ¡Vaya! He aquí el brebaje que le corresponde —exclamó de pronto, blandiendo una botella descorchada de armagnac…—. ¡Y del año 1860! —E hizo chascar la lengua—. El año en que tío Adhémar consiguió su magnífica herida en Castelfidardo…

Michèle protestó. ¿Bebería él por la tarde? El armagnac se bebía a los postres.

—A los postres, estará el cura.

—Jean, ¿vas a hacer eso?

—¡Y sin ninguna molestia! Y no un vasito de licor.

Me era difícil deslindar en su actitud la parte que correspondía a la comedia. El alumno taciturno, siempre castigado, del colegio, no se parecía a aquel pilluelo pendenciero. No comprendí en seguida que la presencia de Michèle era lo que le desenfrenaba porque no le dirigía más que muy raras palabras y le respondía con monosílabos. Apenas parecía darse cuenta de su presencia.

—Ya es demasiado, Jean, te pondrás enfermo.

—Y de un solo trago, ya verás…

Echó la cabeza hacia atrás, pero se atragantó y comenzó a toser. Michèle le dio unas palmadas en la espalda.

El aroma del alcohol llenaba la habitación.

—El abate Calou se dará cuenta —dije.

—Le pondremos un poco de agua en la botella y creerá que su armagnac ha perdido fuerza.

—Pero ¿y el olor, Jean? Apesta a alcohol, y lo mismo todo el presbiterio.

Oímos el ruido de una silla al ser retirada y el de los pesados zapatos del abate Calou en la escalera. Apenas entró, aspiró el aire y nos miró.

—Los canallas han descubierto mi armagnac —dijo jovialmente. Y, dirigiéndose a Jean—: Confiesa que no es malo, y tú debes conocerlo bien. En La Devize poseéis uno bueno, estoy seguro; es el lugar a propósito… Louis, deberías acompañar a tu amigo a la orilla del Ciron… ¿No le gusta pescar? ¿Sí? Entonces, enséñale dónde puede conseguir buena pesca… Los lucios hacen estragos, pero hay muchos.

Abrió la puerta de cristales del comedor que daba directamente a la parte posterior de la casa y nos siguió un instante con los ojos. Atravesamos el campo a medio segar. Las tormentas de aquel verano lluvioso no daban tiempo a recoger el heno. Avanzamos hacia la línea de los olmos. Ya las libélulas leonadas y azules anunciaban la proximidad de la corriente invisible. Entramos en el prado pantanoso. Era una tarde agobiante y húmeda. El alcohol había influido sin duda en la audacia de Jean, porque caminaba al lado de Michèle, detrás de mí, lejos para que yo no pudiera oír lo que decían. Yo les indicaba el camino, invadido por una vaga zozobra, fuente de ese sufrimiento que ha penetrado y corrompido mi vida. No es mi historia lo que cuento, y en la cerrada trama de estos destinos, quisiera que el hilo permaneciera invisible. Pero no puedo callar esta herida que recibí de niño. No hay nada tan extendido como los celos en su forma más sencilla. Así, pues, comencé a sufrir a los trece años en aquel prado húmedo en el que aguzaba el oído para sorprender algunas palabras que cambiaban mi amigo y mi hermana. Estos celos no son nada comunes; al menos, así lo espero para la raza de los hombres sobre la cual ya pesan bastantes maldiciones.

Yo no podía saber si estaba celoso de mi ternura hacia Michèle o de la amistad que había confesado a

Jean. Me era odioso que Michèle le hablase en voz baja usando el mismo tono confidencial del que sólo yo me había beneficiado hasta entonces. Michèle me pertenecía; no la había compartido con nadie, y he aquí que Jean hablaba a solas con ella y la hacía reír, ese Jean al que hacía quince días me complacía en imaginar por todos los caminos de Larjuzon, a quien había mezclado con mis proyectos de vacaciones, al que soñaba tener para mí solo, únicamente para mí; pero también él se me escapaba. ¿Cómo no lo había presentido?

«Me tratan como a un perro, se esconden de mí…».

Algunas veces, hube de pararme y esperarles. Incluso les perdí de vista en un recodo y hube de retroceder. Cuando me acercaba a ellos, se interrumpían.

—¿De qué habláis?

Se miraban riendo, sin responder. Jean masticaba una yerba. Michèle estaba un poco colorada y su gran sombrero de paja la obligaba a levantar la cabeza para verme. Insistí. ¿De qué hablaban? De cosas que no interesan a los niños, me aseguró Michèle. Jean se inclinó a su oído. Y esta vez comprendí.

—¿Crees que tu hermano sabe de qué va? —preguntó.

«Saber de qué iba», en nuestro lenguaje, significaba conocer los secretos de la vida, los misterios de la procreación. Enrojecí y volví a caminar hacia delante, con una tristeza mayor: se escondían de mí para hablar de lo que está prohibido; su complicidad aún me separaba más de ellos.

Mi madrastra me había permitido pedirle a Jean que almorzara al día siguiente en Larjuzon. Decidí no transmitirle una invitación con la que tanto me había complacido antes; pero ahora tenía miedo de esta jornada en la que Michèle me quitaba a Jean o Jean me quitaba a Michèle. Sí, antes me privaría de verle. Que se muriera de aburrimiento en su presbiterio. Después de todo, su tío debía saber lo que hacía metiéndolo en cintura. En el colegio se había dicho que Mirbel era «un puerco individuo»; las consideraciones que se le tenían debíanse a que su tío era un héroe de Castelfidardo. Quizás en ese momento le estaba contando a Michèle lo que yo llamaría «historias sucias». No faltaría más que Michèle le tratara. Pondría en antecedentes a mi madrastra. Era mejor renunciar a él, no verle nunca, antes que sentir ese nudo en la garganta, esa contracción en la boca del estómago, ese dolor, ese mal sin remedio, puesto que el remedio se hallaba alejado infinitamente de donde pudiera hacerme con él, en la voluntad, en el corazón, en el escondido pensamiento de mi amigo y de mi hermana unidos contra mí.

¡Inconfesables torturas! A buen seguro que en la orilla del Ciron, cuyo rápido curso dominaba, apoyado en aquel pino que el agua que bañaba sus raíces había hecho enorme, ignoraba todavía que esa tortura era inconfesable y que sólo por orgullo me esforzaba en dominar mi despecho. Sin prestarles atención y para chasquearlos, me había ido rápidamente, secando mis lágrimas, recobrando el aliento y compuesto mi semblante. Ellos reían y yo les oía reír mucho tiempo antes de verlos. Por encima de los helechos removidos percibíase el sombrero de paja de Michèle. Llegaron por fin. Y mi hermana me preguntó cómo podría ir Jean a Larjuzon al día siguiente, si no tenía bicicleta.

—La bestia me la ha confiscado —dijo Jean de Mirbel.

La bestia era su tío. Respondí fríamente diciendo que no podía hacer nada.

—He pensado que podría dejarle mi bici —dijo Michèle—. Yo te llevaré esta noche en el cuadro de la tuya…

—¿Ocho kilómetros en el cuadro? ¡Muchas gracias! No quiero hacer cisco mi bicicleta. Jean no tendrá más remedio que hacer a pie el camino hasta Larjuzon, suponiendo que no crea que ocho kilómetros sea una cosa del otro mundo.

—¡Ya lo sabía! —exclamó Michèle furiosa—. ¡Su bicicleta es sagrada! No vengas con historias.

—No vendrá con historias —dijo Jean, cogiéndome del brazo con una actitud mitad zalamera mitad furiosa—. ¿No lo harás por mí, Louis?

Con un brusco ademán, me desprendí de su brazo y fui a sentarme sobre un tronco.

—Está de hocico —dijo Michèle—. ¡Aún no hemos terminado!

No estaba de hocico, sufría. Contemplé las arañas acuáticas luchar contra la corriente. El agua transparente movía los largos musgos. Los gobios nadaban en torno y sus sombras se dibujaban sobre el fondo de arena. Las plantas acuáticas y la menta pisada me envolvían con un perfume del que me acordaría hasta el último momento para decir adiós a los hermosos días de los veranos aniquilados, a mi viejo dolor y a mi joven amor. No estaba de hocico, sufría con el sufrimiento de un hombre. Ellos se habrían sentado a pocos pasos de mí porque les oía cuchichear, pero los helechos me los ocultaban. De pronto, la voz de Jean se oyó más clara y comprendí que hablaba en voz alta adrede.

—No te preocupes, ya será razonable. Si se empeña, utilizaremos otros medios…

Me levanté y corrí hacia él.

—¿Qué medios? ¡Bestia, ensaya otro procedimiento!

Me había cogido por las muñecas y me hacía daño, pero yo apretaba los dientes para no gritar.

—Repite que no le prestarás tu bicicleta a tu hermana.

—Déjame, me tuerces las muñecas.

—Repite que no quieres ir en el cuadro.

Bruscamente, me sentí libre; Michèle había agarrado a mi verdugo y gritaba furiosa:

—¡Te prohíbo que toques a mi hermano!

—¿Y por qué? No voy a comérmelo.

Se miraban hostilmente. Una gran calma se había apoderado de mí; peleaban, se habían convertido en enemigos; Michèle me prefería a mí, y él no quería a Michèle. A causa de mí, se lanzaban uno contra otro. Sentí una flojedad deliciosa en el pecho y, como siempre que se alejaba el mal, creí que éste desaparecería para siempre. No les odiaba ya; toda mi ternura afloraba de nuevo para cada uno de ellos. Con toda seguridad, regresaríamos los dos, Michèle y yo, en el cuadro; pero no podía ceder en seguida: por otra parte, era muy agradable para mí verlos andar alejados uno de otro. Al regresar, nos precedía Mirbel masticando una yerba, y yo le seguía un poco lejos cogido de la mano de mi hermana. Con la mano de Michèle en la mía, miraba a Mirbel caminar ante mí… Esto era la felicidad. La yerba estaba mojada. Una tormenta silenciosa surgió de pronto y asomó su oscura frente por encima de los pinos. Un grupo de hombres y mujeres se afanaban en torno a un carro cargado a medias de heno.

—Sí —dije—, Mirbel es un bruto.

—También es un chico excelente.

—Sí, pero es un bruto.

—Bien, arreglémoslo todo para que vaya a almorzar mañana.

De nuevo, el nudo en la garganta, y le pregunté a Michèle si tenía tanto interés.

—A ti te parece muy divertido Larjuzon este año, con tu Puybaraud, y Brigitte que no para en torno a esa gran lombriz blanca.

—¡Oh, Michèle!

—Brigitte hará tantas cosas que la estancia en Larjuzon será insoportable, incluso para papá. Estoy segura de que le dejaré la bicicleta a Jean…

—¡Entonces —exclamé furioso—, volverás a pie!

Jean se había vuelto. Le encantaba nuestra disputa, esto era lo que ocurría por no haberle ella permitido ponerme en razón. Él sabía cómo había que tratar a los chiquillos. Rodeamos el presbiterio gritando los tres a la vez. Yo protestaba.

—Mi bicicleta es mía, ¿no?

—Eres demasiado buena pidiéndole permiso —dijo Jean a Michèle—. Le enfureces antes de que haya tenido tiempo de pensarlo. Si no quiere montar en el cuadro, que haga los ocho kilómetros a pie.

Les tomé la delantera y agarré mi bicicleta, pero Jean no me dio tiempo a alejarme. Se agarró al manillar, metió un pie en una rueda y me hizo caer. Monsieur Calou, que debía espiarnos, salió precipitadamente del presbiterio, corrió hacia mí y me levantó. Sólo tenía un rasguño en el brazo. Se volvió a Mirbel.

—Ve a mi habitación, trae la tintura de yodo y el algodón que encontrarás en el tocador.

Dio esta orden con su calma habitual, pero con una voz como atravesada por un gruñido sordo, mirando a Mirbel con sus enormes manos semicerradas. Mi compañero obedeció rápidamente. Cuando bajó, el abate lavaba ya mi herida bajo el agua de la bomba; se dirigió a Jean, pero sin mirarle.

—Tápalo con el algodón… Pon el yodo; no mucho. Pica un poco, ¿verdad? Ahora, cuenta lo que ha ocurrido, Michèle.

Ella comenzó un relato confuso. Nos chasqueó a los dos: Mirbel había sido brutal, pero yo había hecho todo lo posible por exasperarlo.

—Estrechaos las manos —dijo el abate.

Tomé la mano de Jean, que no la retiró. En vista de lo cual, monsieur Calou declaró que nos contentaría a todos. No permitiría que volviéramos dos en una bicicleta, y, al día siguiente, le prestaría la suya a Jean para que pudiera ir a Larjuzon. Durante algunas horas, el abate prescindiría de la bicicleta, puesto que no tenía nada importante que hacer por los alrededores. Sin embargo, como siempre podían ocurrir imprevistos, le rogaba a Jean que volviera antes de las cuatro.

—Pero vosotros, los Pian, no tenéis más que acompañarlo aquí para terminar de pasar el día juntos.

En su voz no había nada hostil. No llovería; el viento había barrido el cielo. El cura nos pidió que le ayudáramos a recoger sus legumbres y nos aconsejó que nos descalzáramos para no mojar nuestros zapatos.

En recompensa, nos permitiría comer las grosellas que quisiéramos cuando María hubiese terminado de hacer sus confituras.

Jean esperó a que el abate hubiera entrado en la casa para declarar que no había ido allí en calidad de criado y que no se dejaría tratar como tal. Pero apenas Michèle y yo nos hubimos descalzado, no pudo resistir la tentación, se quitó las alpargatas y tomó una de las regaderas que llevaba mi hermana. Ésa es la infancia que ese día de verano en que corríamos descalzos sobre el casquijo, haciéndonos daño, ha quedado en nosotros como un recuerdo de pura y apacible felicidad; sin embargo, mi alegría estaba oscurecida por la angustia, porque era a Michèle a quien Jean daba el agua. Ella se había arremangado la falda hasta la rodilla y fingía enfadarse, con agudas risas que no se parecían a su reír habitual. Pero yo me negaba a sufrir. Llevaba en mí ese dolor creciente que cualquier cosa hubiera despertado y gritaba más fuerte que ellos para aturdirme. Cuando el sol hubo desaparecido tras los pinos, hubimos de pensar en el regreso. Jean preguntó a qué hora comíamos en Larjuzon.

—A las doce, pero ve lo antes posible —dijo Michèle—. Nos levantamos a las ocho. En cuanto puedas coger la bicicleta del abate…

Protesté diciendo que no había que privar demasiado tiempo al abate de su bicicleta. Podía llamarle algún enfermo… Jean respondió malévolamente diciendo que «nadie tenía necesidad de un cura para morir». Michèle pareció extrañada y observé que se despedía de él un poco cortada. Pero se volvió un par de veces para contestar a Mirbel, que la saludaba con la gorra. Llevaba un traje de marinera bajo un jersey rayado en rojo y blanco. Él iba descalzo y un elástico sujetaba su pantalón por encima de las rodillas.

Más tarde, supe por él lo que había sido esta primera velada en el presbiterio. Anduvo un instante en torno a la casa, sin saber qué hacer. Apenas si Baluzac tenía derecho al nombre de pueblo: una sola venta y ninguna tienda, excepto la farmacia Voyod, donde el cura no quería que su pensionista pusiera jamás los pies. Ésta era la sola prohibición definitiva que le había hecho. El abate Calou le había hablado también de su gabinete lleno de libros: los libros tenían un lugar en la vida de Jean que no sospechaba nadie de los que le rodeaban. Pertenecía, por línea paterna, a una familia en la que este gusto en un niño hubiera sido denunciado como un signo inquietante. Por otra parte, su tutor y su madre estaban convencidos de que él sólo buscaba los relatos escabrosos y obscenos y, en verdad, él tenía la culpa de estas sospechas.

Nada podía Jean contra sus deseos: la idea de que aquella casa estaba llena de libros, aun cuando fuera de libros para curas, y que tenía a su disposición toda una biblioteca a cuyo acceso tenía derecho, despertaba en él una tentación tan violenta como las peores. Pero resistía, no queriendo que monsieur Calou tuviese la impresión de que podía encontrarse a gusto y de que le había tendido un lazo. Sin embargo, llegó al primer piso procurando no hacer crujir los escalones.

Olía fuertemente a tabaco de pipa. Jean vaciló y se acercó a la puerta, pero el orgullo le retuvo. No advertía que el abate, al acecho, había sorprendido el rumor de sus alpargatas y que le observaba con más pasión que un pescador espiando a una trucha que se mueve en torno a la red. Monsieur Calou no pudo contenerse y abrió la puerta.

—¿Querías algo, muchacho? —Y como Jean sacudiera la cabeza, añadió—: ¿Quieres un libro?

El niño penetró en una nube de humo de tabaco. Jamás había visto tantos libros: del techo al suelo, sobre las sillas, en la chimenea, en rústica y encuadernados; y un escabel con ruedas para llegar a los que estaban más altos, y una mesa para leer y escribir. ¡Qué maravillas! Estaba seguro de que eran libros insoportables… Pero no podía saberse, y alguno de ellos no le pareció a Jean completamente insoportable.

El cura había vuelto a su mesa sin prestarle otra atención. Jean se encaramó en el escabel… ¡Qué lástima que sintiera aquel dolor en la nuca y aquellas náuseas! El armagnac que había bebido por fanfarronería lo atormentaba y aquel hedor de la pipa lo aniquilaba. Descendió precipitadamente; tomó un volumen al azar y leyó el título: *Traité de la concupiscence. — Lettre et maximes sur la comédie. — La logique. — Traité du libre arbitre*, por Bossuet. ¿Es que iba a vomitar y desmayarse en el gabinete del cura? Había que resistir a toda costa. Para olvidar su mal, abrió el libro y se esforzó en leer: «Esa mujer que en los Proverbios elogia los perfumes que ha extendido sobre su lecho y el dulce aroma que se respira en su habitación, para concluir después: “Embriaguémonos de placer y gocemos de los abrazos deseados”, demuestra por su sola significación hasta qué punto arrastran los buenos olores preparados para debilitar el alma, atrayéndola a los placeres de los sentidos por algo que, o pareciendo ofender directamente el pudor…».

—Estás pálido, pequeño; tienes la cara verde. ¿Qué te pasa?

Jean protestó diciendo que no tenía nada, sólo una ligera náusea.

—Acuéstate.

No quiso el niño, pronto pasaría y ya se encontraba mejor. De nuevo hizo un esfuerzo por concentrar su pensamiento en la página abierta… El abate oyó caer el cuerpo del niño sobre el suelo, pero silenciosamente, porque se había agarrado al escabel. Se sintió llevado por dos brazos poderosos. Tuvo una arcada. El cura, sin repugnancia, le ofreció el orinal y sostuvo su cabeza con su enorme mano. Jean abrió de nuevo los ojos y quiso bajar al jardín. Estaba desesperado por haber caído de este modo, por sorpresa, en poder del adversario.

—Yo también bajaré —dijo el abate—. Quiero terminar de leer mi breviario en la iglesia. Me encontrarás allí. Es una iglesia pequeñita, ya lo verás… Construida por Bertrand de Goth que se convirtió en el papa Clemente V, un paisano nuestro, como tú quizás ignores, y que nació en Vallandraut, a menos que no hubiese nacido en Uzeste, donde está su tumba… Un Papa como habrá muy pocos.

Jean respondió que las piedras viejas no le interesaban nada.

—De todos modos, haz una visita a Nuestro Señor.

¡Por fin! ¡El abate se descubría! Jean, sin atreverse a levantar los ojos, murmuró que no creía en esas historias…

—¿Le asombra?

Mirbel había adoptado un aire presuntuoso.

—¿Por qué habría de asombrarme? —respondió el cura—. Lo asombroso es creer. Lo asombroso es que lo que creemos sea la Verdad; lo asombroso es que la Verdad exista, que se haya encamado y que yo la tenga prisionera allí, bajo esas viejas bóvedas que no te interesan, y gracias al poder de estas enormes manos que son la admiración del tío Adhémar. Sí, bribonzuelo, y yo que te estoy hablando, no vuelvo de mi asombro, tan absurdo, tan loco es esto en que creemos. Y, sin embargo, ¡es verdad!

¿Se estaba burlando el cura? Jean exclamó:

—Sea lo que sea, por ahora, me tiene sin cuidado.

E intentó desafiar a su adversario mirándole fijamente a los ojos; pero, a pesar suyo, su mirada se desviaba.

—Ahora, sí, bribonzuelo… Pero ya veremos más tarde.

Y Jean dijo entonces con desafío:

—No me conquistará usted.

—No seré yo quien te conquiste… ¿Cómo podría?

—Entonces, si no es usted… ¿Quién hay aquí, que no sea usted, aparte de María?

El cura eludió la respuesta. Pero hizo a Jean varias preguntas sobre los sacramentos de la confesión y la comunión. A este respecto, tenía sus dudas sobre el estado de preparación de Jean. Luego, se quedó mirándolo fijamente.

Jean sostuvo con insolencia aquella mirada que se había fijado en él con una tristeza y una dulzura que llegaron a molestarle.

—¿Todos los sábados? ¿Todos los domingos? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Desde los diez años? ¡Dios mío!

Monsieur Calou contemplaba aquel rostro tan bello, aquella frente pura bajo los cabellos oscuros donde se deslizaba la llama de un mechón más claro. Sólo supo decir:

—Ve a acostarte ahora un poco antes de cenar, pequeño.

Y se alejó hacia la iglesia con pasos rápidos, sin volverse. Su encorvada espalda le hacía parecer menos imponente.

Capítulo quinto

Mi memoria distingue mal ese primer almuerzo de Mirbel en Larjuzon de todos los que le siguieron. Durante el mes de agosto, no dejamos de frecuentarnos. Si él no iba a nuestra casa, era Michèle quien lo acosaba en Baluzac, y por nada del mundo hubiese consentido en no acompañar a Michèle, puesto que toda mi tranquilidad se venía abajo si los sabía lejos de mí. Mi vida se organizó en torno a esta necesidad de estar siempre entre ellos.

A decir verdad, al principio, no me inquieté mucho. Los nefastos días en que ellos se reunían escabullándose de mí eran menos numerosos que aquéllos en que Michèle echaba pestes contra los dos muchachos y tenía que defenderse de las jugarretas que inventábamos contra la «chica». Nuestro trío ignoraba el acuerdo: era preciso que mi hermana y yo hiciéramos el papel de víctima. Sólo me sentía feliz cuando tenía que defender a Michèle contra Jean y protegerla de sus travesuras, muchas veces perversas. Pero casi siempre, en el momento en que yo creía que se habían enemistado para toda la vida, se producían bruscas reconciliaciones entre ellos. Cuando yo me creía mejor amparado contra cualquier alianza entre mi hermana y mi amigo, se sucedían escenas inexplicables, torturadoras para mí, como la de aquel día en que la hicimos rabiar aludiendo a la «historia de los pasteles», que, como Mirbel había dicho repetidamente, había creado entre nosotros una amistad para toda la vida.

—¿Qué historia de pasteles? —preguntaba Michèle. Nosotros nos miramos guiñándonos los ojos y llevándonos un dedo a los labios, con el juramento solemne de ocultárselo siempre a la «chica». Comenzamos a correr en tomo de ella, tirándole de los rizos y echábamos a correr, juntando las manos y frotando los dedos índice uno contra otro, mientras gritábamos:

—Rabia… Rabia.

Yo estaba a una distancia prudencial de ella, pero Jean continuaba en torno de ella, tirándole del pelo y escapando de nuevo… De pronto, Michèle se precipitó sobre él enseñándole las uñas y se lanzó sobre su cara. Él no se defendió, tropezó y cayó sobre la yerba. Cuando se levantó, vimos que su mejilla arañada estaba llena de sangre. Los tres callamos. Michèle estaba pálida.

—¡Oh, Jean, límpiate! Yo no tengo pañuelo.

Pero él dejaba correr la sangre por la mejilla. Creí que iba a lanzarse sobre Michèle, pero no fue así: sonreía. ¡Qué ajena era esa sonrisa en él! Se hubiera dicho que Jean tenía ciertos derechos sobre ella y ella sobre él, que era libre de aceptar que ella le hiciese daño. Niños aún, entraban gustosamente en ese mundo en el que los golpes tienen la misma significación que las caricias, donde las injurias están más llenas de amor que las palabras tiernas. Y la cortina se cerraba a mis ojos; ya no los veía; permanecía solo al otro lado del telón, un chiquillo perdido en un mundo poblado de ogros inconscientes: las personas mayores.

Si Mirbel se amansaba un poco, toda la gloria correspondía a mi hermana y no a monsieur Calou; cuando menos, así fue hasta fines de agosto, en que ocurrió algo que ya contaré a su debido tiempo. Lo que desde el primer día había obtenido el cura de su pensionista no era precisamente despreciable; pero durante las semanas que siguieron, no hizo progreso alguno.

«Tengo un gato en la casa —anotaba monsieur Calou en su Diario de aquel entonces—, un gato que entra y sale de la biblioteca sin mover una silla, olfatea los libros, se desliza, en el comedor, se sienta al borde de la mesa y se toma su sopa. Se niega a la lucha, acepta trabajar una hora al día y asiste a misa los domingos. Me he descubierto demasiado pronto; odia mi dulzura…, "su dulzura de sacerdote", como dijo un día horrorizado aquel muchacho de Burdeos. Quisiera que no hallase nada en mi aspecto o en mi lenguaje que repugnara. Si, es exactamente esto: nada de untuoso en el sentido repugnante de la palabra. ¡Cuán dura es la unción de Cristo! ¡Qué

diamante ha de ser uno para rayar los corazones! Jean hubiese odiado menos mi ferocidad contra la que ya estaba precavido…».

El abate Calou quizás había sorprendido el secreto de Jean, pero no conocía el mío. ¿Quién, además, hubiera podido comprenderlo y explicármelo a mí mismo? No se lleva con gusto el peso de un niño; no está al alcance de nadie.

Monsieur Puybaraud se ocupaba de mis estudios y de mi alma con un ardor que yo no sabía cómo agradecer. Bien es verdad que me quería, y se repetía en familia que yo lo adoraba, y entraba en este juego sin resistencia.

—Louis se dejaría cortar una mano por monsieur Puybaraud…

A decir verdad, hubiese aceptado la idea de no volver a verlo nunca más en este mundo sin experimentar la menor tristeza. Nadie sabe medir la indiferencia de los niños hacia las personas mayores, incluso hacia aquéllos a quienes están más estrechamente unidos. A excepción de Jean, de Michèle y, en otro aspecto, de mi padre y de mi madre muerta, todos carecían de realidad a mis ojos. Los demás componían para mí una comparsa; llenaban el fondo del escenario; hacían círculo, pero sin verlo, en tomo a mi corazón, desgarrado o satisfecho, según el lugar que yo ocupaba con relación a Michèle o a Jean.

Monsieur Puybaraud podía dar una vuelta en el parque conmigo, orientar sus conversaciones hacia la edificación o cultura del espíritu, y yo le replicaba testimoniándole esa gentileza un poco trapacera que me abría tan de buen grado los corazones, en cuanto yo quería. Nada descubría el pobre hombre de los sufrimientos de mi corazón que estaba a mil leguas de él, no se daba cuenta de que le hablaba con palabras que no tenían relación alguna con mis pensamientos ni con mis sentimientos reales, que me evadía de él sin dificultad, sin esfuerzo, no dejándole más que esa apariencia de niño sabio y atento en quien derramaba los tesoros de su hermosa alma.

Yo tenía sobre él la ventaja de no ignorar nada de su propia historia, pero no me interesaba en absoluto. El Puybaraud de aquellas vacaciones estaba en plena renovación, a mitad del camino del mundo. Un panamá había sustituido al sombrero de copa y una chaqueta a la levita; pero usaba sus pantalones negros y sus camisas almidonadas, incluso en los días tórridos. Tenía consigo el tono de un educador cristalino, con todo y confiarse de sí mismo mucho más de lo que es costumbre confiar a un niño. Hoy, después de tantos años transcurridos, y cuando ya monsieur Puybaraud no es más que polvo, al releer su Diario me apasiona de pronto este drama del que fui distraído testigo, porque toca los problemas que cada día me obsesionan más a medida que avanzo hacia la muerte.

Durante la primera semana de la estancia de monsieur Puybaraud, Brigitte Pian no se aburrió en Larjuzon: los días eran demasiado cortos para agotar la felicidad de ayudar a un hombre a aclarar el embrollo de su vida interior. Ella tenía la seguridad de que no estaba perdiendo el tiempo ni de que iba contra su vocación, que era la de revelar a los demás los propósitos que Dios tenía sobre ellos y que le enviaba a ella desde el fondo de la eternidad. Monsieur Puybaraud acababa de llevarle a domicilio un caso privilegiado en el que ella estaba segura de dar de sí todo cuanto era posible, a pesar de que no se disimulaba el peligro. Encontraba en ella una viva satisfacción, no culpable, ni mucho menos, pero al principio experimentó una gran alegría al verse escuchada como un oráculo por monsieur Puybaraud. Pero ¡ay!, era una sumisión aparente. Muy pronto debió reconocer Brigitte Pian que se las había con una oveja más reacia de lo que había creído en un principio.

—Es un alma que se escapa —decía a partir de la segunda semana.

Concluyó acusándole de que se sustraía de la gracia; es decir, de sus direcciones.

Brigitte Pian tenía la tendencia de lanzar las almas hacia las cumbres, como ella decía, y se esforzaba en abrir los ojos de monsieur Puybaraud ante uno de los ardides del Maligno, que era el de cambiar en un alma cristiana la humilde idea que ella tenía de sí misma. Mi maestro estaba ahora convencido de que había alardeado de sus propias fuerzas no creyéndose llamado al común destino de los hombres, y que debía volver, puesto que aún estaba a tiempo, al camino que habían recorrido todos los muertos de quienes había nacido: tomar esposa también él, tener hijos y alimentarlos como un pájaro lo hace con su nidada. Pero Brigitte Pian no ignoraba que, frecuentemente, es necesario arrancar de las almas esa máscara de falsa humildad con la que se ridiculizan. Afirmaba, como si el propio Dios se lo hubiese comunicado, que monsieur Puybaraud no había sido arrebatado del colegio, puesto que se hallaba destinado al claustro para toda la eternidad. Aseguraba que, para él, el quid del asunto se hallaba en esta única pregunta: a qué puerta debía llamar y a qué regla sujetarse.

No sólo Brigitte Pian no ganaba nada contra monsieur Puybaraud aun cuando hubiese llevado la lucha a

un terreno previamente elegido por ella, sino que debió reconocer que había en él una influencia mucho más poderosa que la suya, ¡y había que ver qué fuerza era, Dios mío! La de esa Octavie Tronche que inspiraba a mi madrastra un sentimiento muy semejante a lo que las gentes de mundo llaman desprecio. Pero Brigitte sabía que nosotros no debíamos despreciar a nadie y que incluso el alma de Octavie Tronche tenía un gran valor a los ojos de Dios.

Mi madrastra se asombraba de que, estando ausente, Octavie tuviera más poder sobre monsieur Puybaraud que cuando lo encontraba a diario en la ciudad. Cuando él no veía a Octavie, recibía de ella una carta todos los días, que mi madrastra devoraba con la mirada y que monsieur Puybaraud leía ante ella durante el desayuno de la mañana y con increíble atención. En verdad, todo lo que algunas veces seducía a monsieur Puybaraud en la ingrata figura de Octavie —a pesar de que fuese sensible al encanto espiritual que irradiaba de ella—, cedía a la admiración y al más tierno respeto durante esta separación en que la muchacha se manifestaba a él sólo a través de estas páginas escritas cada noche antes de acostarse.

Esta correspondencia que yo había hallado en la herencia de monsieur Puybaraud no será publicada aquí; no porque no lo merezca, sino porque dudo de que haya bastantes lectores capaces de experimentar ese encanto de la humildad verdadera, la que se ignora y de la que su esplendor permanece desconocido. No puedo, sin embargo, silenciarla totalmente porque la victoria que Octavie alcanzó sobre mi madrastra tuvo crueles consecuencias en más de un destino.

Aun cuando Octavie sintiese una gran consideración por Brigitte, lejos de ella encontraba el necesario valor para resistírsele y poner en guardia a su amigo contra un recelo demasiado grande con respecto a nuestra propia inteligencia. Ella le decía que «*incluso una persona demasiado superior a nosotros por su virtud, su experiencia y las inspiraciones, no puede suplir este conocimiento personal del deseo divino que es el fruto de la virtud del abandono… Mi idea es que es bueno escuchar los consejos que proceden de los demás, puesto que no nos desvían de esta sumisión atenta y vigilante a lo que sucede en nosotros. Antes habla Dios en nosotros que en los demás, ¿no lo crees? Me parece imposible que lo que yo experimento tan poderosamente por ti, vaya contra su voluntad; la luz está en tu dirección, y si intento luchar contra el movimiento que me arrastra a ella, no hallo más que tinieblas por todas partes. Lo que me da confianza es que ante tu bien temporal y espiritual, yo renunciaría a ti, no sin una terrible amargura, quiero que lo sepas, pero casi sin lucha, y esto puedo asegurártelo. Por egoísta que sea —¡y bien sabe Dios si lo soy!—, te amo demasiado para pensar en mí misma. Te amo de tal manera que no forcejearía un segundo contra la influencia que se ejerce sobre ti en Larjuzon, si estuviese segura de que ella había de ser tu felicidad, y si no se mezclaran demasiadas sutilezas con nuestro caso, que creo es muy simple, muy vulgar. Por otra parte hay un punto sobre el que, y en tanto como una muchacha como yo pueda juzgarlo, madame Pian tiene una opinión equivocada: ella no posee, como tú y yo lo poseemos, esta verdad de que toda carne, a pesar de estar herida, es santa, y que el más bello de los misterios de Dios, a pesar del pecado original, es el nacimiento de un niño. He oído decir sobre este tema cosas que quizá he interpretado mal. ¡Oh, amigo mío, cómo adoro en ti este sentimiento que Dios te ha dado para los niños, para esos niños en que debemos convertirnos si queremos alcanzar un lugar en el cielo! Pero, incapaces de parecemos a ellos, ya es mucho, sin embargo, traerlos al mundo. Sin duda, existen vocaciones más altas… No obstante, convirtiéndome en tu esposa, no creo ir contra el llamamiento de Cristo, contra su exigencia de abandonarlo todo para seguirle, porque me someto de antemano a su adorable voluntad a través de ti, amado mío, a través de aquellos que nazcan de nosotros… Éste solo pensamiento me hace estremecer de alegría…*».

Monsieur Puybaraud no me mostraba estas cartas y sólo podía medir la derrota de mi madrastra a la sombra de su humor, durante las comidas, sobre todo, cuando la atmósfera se hacía casi irrespirable.

Yo sabía que los asuntos de monsieur Puybaraud iban mal y que sus relaciones con Brigitte Pian se agriaban, pero, al mismo tiempo, yo era demasiado desdichado para prestar atención a ello. Desde que Michèle había arañado a Jean, su alianza había quedado sellada. Ya no volví a gozar de esos períodos en que mi amigo, vuelto niño otra vez, se confabulaba conmigo para hacer rabiar a la «chica». Cada vez que Jean nos visitaba, la única preocupación de ellos consistía en procurarse momentos de soledad y, para alejarme, usaban de tantos ardides que me afanaba en no perderlos de vista ni un solo momento. Me avergonzaba mi inoportunidad, que se me hacía odiosa, y, sin embargo, me pegaba a ellos y fingía no ver los signos de irritada impaciencia que cambiaban entre sí.

Bastaba que mi madrastra me llamara, que monsieur Puybaraud me entregara una versión corregida de mis ejercicios o que debiese de ausentarme, aun cuando fuera sólo un momento, para estar seguro de que, a mi regreso, Michèle y Jean habrían desaparecido. En la avenida, donde momentos antes resonaba la risa de Michèle, o donde mi amigo, con su gruesa voz de hombre niño, llamaba al perro, yo no oía más que el

susurro del viento en las ramas mojadas por la tormenta. Gritaba entonces sus nombres:

—¡Michèle! ¡Jean! ¿Dónde estáis?

Y después, me callaba, sabiendo que, aun cuando me hubiesen oído, hablarían en voz más baja, ahogarían sus pasos y borrarían sus huellas.

Imaginaba mal la especie de atracción a la que ambos cedían, porque yo no la experimentaba en mi carne todavía dormida. Los celos nacen de la insostenible visión del placer que una criatura amada recibe de otra y le prodiga. Dudo de que fuese capaz entonces de tener idea de estas cosas. Pero su felicidad, debida en parte a mi ausencia, era lo que me hacía un daño terrible.

Recuerdo que, un día, monsieur Puybaraud decidió bruscamente marcharse. Durante el almuerzo, monsieur Calou, que había acompañado a Jean a Larjuzon, fue la única persona que habló. Monsieur Puybaraud era su interlocutor, pero Brigitte no despegaba los labios. Su cara grande y sombría debió asustarme. Frente a ella, con la boca casi pegada al plato, mi padre masticaba silenciosamente sin mirar a nadie. Jean y Michèle, separados por toda la extensión de la mesa, se hablaban con los ojos, y yo, sentado al lado de monsieur Puybaraud, fingía no perder ni una sola de sus palabras. Pero nada existía en el mundo excepto ese intercambio mudo entre mi hermana y mi amigo, esta paz de Michèle, ese reposo en el que se hallaba, a mis ojos, sólo porque Jean estaba allí. Para ella, yo formaba parte del resto del mundo; es decir, de lo que no existía. Pertenecía a la nada.

La lluvia tempestuosa no nos permitió tomar el café bajo los robles. Mi madrastra se excusó de su silencio, quejándose de jaqueca y pidiéndome que me fuera a su habitación a buscar una aspirina. Aquellos dos minutos bastaron a Jean y a Michèle para escapar a pesar de la lluvia. Quise salir tras ellos, pero, habiendo arreciado la lluvia, mi madrastra me lo impidió:

—Tanto peor para Michèle. Tú, quédate.

¿Acaso no veía nada? La conducta de Michèle hubiese debido de horrorizarla. Pero ella no tenía ojos más que para monsieur Puybaraud. Su jaqueca, que no era fingida, la obligó a retirarse. Nada en el mundo hubiese impedido a mi padre ir a hacer la siesta. Permanecí, pues, solo, en el salón del billar, contemplando a través de la puerta de cristales el campo empapado por la lluvia. En el salón, monsieur Puybaraud y el abate Calou comenzaron a hablar, a media voz al principio, pero pronto pude seguir claramente el hilo de su conversación. Mi maestro se lamentaba de una indiscreta tiranía. Comprendía que monsieur Calou se burlaba de su pusilanimidad y le aconsejaba que se marchara inmediatamente.

«Deben de haberse refugiado en la granja abandonada», pensaba yo.

Imaginaba a Michèle y a Jean en aquella cocina donde sólo los pastores encendían fuego algunas veces, cuyas paredes estaban ennegrecidas a causa de numerosos dibujos e inscripciones que hacían reír a Jean y que yo no comprendía. Se besarían, eran muy cariñosos entre sí. Michèle no lo era nunca conmigo; incluso cuando se mostraba tierna, su ternura tenía un carácter brusco. Jean, en sus mejores momentos, me hablaba como un maestro. Un bruto, pero no para Michèle. Le decía:

—Tienes frías las manos.

Y las retenía durante largo rato en las suyas.

Jamás era amable conmigo. ¡Amabilidad que yo siempre había esperado de todos! De este modo sufría ante el campo bajo la lluvia.

Monsieur Calou quiso aprovechar un claro para volver a Baluzac. Me pidió que llamara a Jean. Hice sonar la campana, pero fue en vano: Jean no compareció. El abate dijo entonces que su pensionista era lo suficientemente mayor para volver solo. Montó en su bicicleta, después de haberse despedido de Brigitte, que, curada su jaqueca, dio un corto paseo por la avenida, acompañada de monsieur Puybaraud. Desde la escalinata, yo les veía ir y volver: mi maestro hablaba casi solo. La conversación fue breve, y a pesar de que no llegara hasta mi ninguna frase de ella, comprendí que había terminado de una forma desagradable. Al pasar, monsieur Puybaraud me acarició los cabellos. Estaba muy pálido.

—Me iré mañana, pequeño. Voy a preparar mi maleta.

Ya no llovía. Eché a andar rápidamente bajo los árboles cargados de gotas de lluvia. Algunas veces, una de éstas me mojaba las orejas, deslizándose a lo largo de mi cuello. Era un pálido verano sin cigarras. Si en Larjuzon hubiese habido otro muchacho, otra muchacha con quienes yo hubiese podido formar un grupo aparte… Pero ninguna cara, ningún nombre se ofrecía a mi pensamiento. Al volver, vi venir a mi madrastra. Me observó un instante con la mano puesta en la frente. No pude evitar el llanto y, al principio, fui incapaz

de contestar a sus preguntas.

—Huyen de mí —balbucí al fin.

Ella creyó que era cosa de niños.

—Haz como si no te dieras cuenta; ellos serán los engañados.

—No, no… Si no quieren otra cosa…

—¿Cómo?

—Sí —insistí a media voz—. Quieren estar solos.

Mi madrastra frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

La sospecha, despertada un instante, se desvaneció; estaba demasiado preocupada consigo misma, presa de su propio tormento; pero la semilla que yo había lanzado no había podido encontrar un terreno más propicio y, tarde o temprano, germinaría.

—Éstas son las consecuencias de conceder siempre demasiada importancia a los demás —murmuró Brigitte con amargura—. Ya ves, Louis, me pregunto a veces si no me preocupo demasiado por tu bienestar. Sí, yo sé que el ser más insignificante tiene un valor infinito. Yo sacrificaría mi vida porque alguien se salvara… Y, sin embargo, me asusto a veces al ver el tiempo que habré perdido (al menos, aparentemente, porque sólo Dios es juez), en favor de criaturas mediocres, por no decir viles. Para las grandes almas es una verdadera prueba agotarse en la sombra al servicio de espíritus inferiores, subalternos…

Esta última palabra la silbó a través de los dientes apretados. Comprendí que el individuo subalterno de quien hablaba era monsieur Puybaraud. ¿Y en qué le interesaba Puybaraud? ¿Es que lo amaba? Y si ella no lo quería, me preguntaba, ¿por qué le preocupaba de tal manera? ¿Qué mal o qué bien podemos recibir de los seres a quienes no amamos?

Vi de lejos a Michèle, sentada en uno de los escalones de la escalinata. Sin que yo le hubiese hecho pregunta alguna, me dijo que habían dado una vuelta en bicicleta y que Jean se había ido a Baluzac sin pasar por Larjuzon. Sin duda, acababa de bajar de su habitación: se había arreglado cuidadosamente y se había lavado la cara y las manos. Me miraba tratando de adivinar mis impresiones; pero yo aparenté indiferencia y experimenté el placer de sentirme desgraciado, pero dueño de mí mismo.

Subí a acostarme temprano con la intención de leer en la cama, pero no pude. A través del tabique llegaron a mis oídos las exaltadas frases de una disputa violenta. Al día siguiente supe por Michèle que mi madrastra no se había contenido y había tratado muy mal a monsieur Puybaraud. También él había perdido todo dominio de sí, exasperado al ver que a las razones que daba a mi madrastra, explicándole su decisión de casarse con Octavie Tronche, ella había respondido con la mirada fija en el cielo, que era una prueba que ella había siempre esperado, que consentía con gusto al sacrificio que se exigía de ella…

—Veamos, madame Brigitte, no se trata de sacrificarse por su parte… Este asunto me concierne a mí solo…

Pero Brigitte no atendía a razones. Se sentía herida y perdonaba la injuria recibida. Esta misma reacción era la que oponía siempre a las personas que se sentían con el deber de advertirle de cualquier error que ella hubiese tenido o de cualquier injusticia cometida. En vez de reconocerlo y de golpearse el pecho entonando un *mea culpa*, ofrecía la mejilla izquierda y protestaba diciendo que era magnífico ser desconocida y calumniada hasta tal punto, y añadía una nueva malla a este espeso tejido de perfección y de mérito con el que se envolvía por completo y que jamás se cansaba de trabajar. Actitud que tenía como resultado exasperar a la gente, obligándola a pronunciar palabras desagradables, de las que Brigitte conseguía de rechazo ventaja ante su propia conciencia y ante Dios.

Sin embargo, aquella tarde, cedió a la rabia que la poseía y debió de pasar todos los límites, puesto que al día siguiente, a la hora del desayuno —que nos fue servido más pronto que de costumbre, puesto que mi maestro tomaba el tren de las ocho—, descendió hasta pedirle perdón en mi presencia.

—Lo sé, he sido indigna —decía en una embriaguez de humildad—. Debo proclamarlo ante Louis: cuando creo que un alma se engaña y se precipita a su perdición, no puedo contenerme… Pero el exceso de celo no basta a excusar tanta violencia. Jamás puedo conseguir dominar por completo la naturaleza, y reconozco humildemente que poseo una naturaleza de fuego —añadió con visible satisfacción—. Es, pues, preciso que usted me perdone, amigo mío.

—No, madame Brigitte —protestaba monsieur Puybaraud—. No puedo soportar que usted se humille ante mí. ¡Yo no soy digno!

Pero ella no quería oír nada y pretendía conservar el beneficio de su gesto: el gasto estaba hecho y no le costaba nada lanzarse al extremo de una humillación que obligaba a su víctima a presentarle armas y que la engrandecía a sus propios ojos (una malla más del tejido de perfección).

—Además, usted juzgará por mi conducta hacia Octavie y usted, si les guardo el menor rencor. Le he dicho lo que en conciencia debía decirle. Ahora, ya está hecho todo, y les encomiendo a los dos a Dios, y no tendrá usted una amiga más leal que yo en esta vida nueva tan llena de trampas, y me temo que de pruebas, que se abre ante usted.

Monsieur Puybaraud le tomó la mano y la llevó a sus labios con fervor: ¿qué sería de ellos sin madame Brigitte Pian? La situación de Octavie en la escuela libre, la suya en el Comité dependían, en suma, de ella. Bastaba con que dijera una palabra… Observaba el rostro de su bienhechora que, de pronto, quedó exento de toda expresión. Las palabras de Brigitte Pian se hicieron vagas. Hablaba de la Providencia a quien hay que confiarse, que no nos abandona jamás y que nos sigue con amor en los momentos más duros y cuando nos creemos abandonados. Y, como Puybaraud volviera a lo suyo, ella le repitió que nada podía decidir, no siendo más que una voz en el «Consejo», como las demás miembros del Comité.

—¡Oh, madame Brigitte! —insistió él—. Usted sabe que si toma nuestra causa bajo su amparo…

Pero aquella mañana mi madrastra tenía la vena de la humildad y cuanto más monsieur Puybaraud quería que fuese poderosa para sostenerle a él y a Octavie en sus funciones, más se empequeñecía, y experimentaba una gran alegría empequeñeciéndose, anonadándose.

Capítulo sexto

Después de la partida de monsieur Puybaraud, Larjuzon conoció algunas horas de calma. Mi madrastra apenas abandonaba su habitación; escribía y recibía muchas cartas. Vino por último la canícula, pero la tormenta que se concentraba detrás de los pinos rugía en más de un corazón. Aquella semana, Jean sólo vino una vez en bicicleta y pasó aquella tarde conmigo, pero no experimenté placer ninguno con ello: el instinto de sufrimiento, que no me engaña nunca, me advertía que Jean no cedía a su inclinación y que seguía un plan establecido de antemano con Michèle.

Ella no nos acompañaba más que cuando íbamos a sentamos a la orilla del arroyo. Jean fue tan amable entonces conmigo como yo lo había deseado y, sin embargo, jamás me sentí tan triste, porque esta amabilidad tenía su origen en el mismo punto en que se originaba mi tristeza: en la influencia que Michèle había adquirido sobre él. Sufría por causa de esa felicidad que lo colmaba, a él, al niño que todavía ayer era un chiquillo desconocido y torturado.

Hablamos poco: lo ocupaban sus sueños y yo tenía el espíritu poseído por el recelo: se había puesto de acuerdo con Michèle para encontrarse en otro lugar distinto de aquel. Casi cada día, Michèle salía en bicicleta mientras yo trabajaba. Debían entrevistarse entre Baluzac y Larjuzon… Aquel día, había venido para cubrir las apariencias… Yo lo observaba mientras cortaba una rama de olmo. Me dijo que iba a hacerme un silbato. Su rostro moreno irradiaba de felicidad.

—Monsieur Calou es un tipo estupendo. Figúrate que ha escrito a mi tío para que mamá vaya a verme… Y mi tío le ha dado permiso: irá la semana que viene. Se hospedará en Vallandraut…

—¡Oh, me alegro mucho!

Sí, estaba contento: así, pues, era la visita de su madre lo que le hacía feliz. ¡Michèle también, qué duda cabe! Pero no Michèle sola.

—¿Conoces a mamá? ¿Sabes que es una belleza? —añadió haciendo chascar la lengua—. Muchos pintores famosos han deseado pintar su retrato. Además… ya la verás. Quiere venir a darle las gracias a tu madrastra. Quiere venir, me lo ha escrito. Estará muy contenta de dar este paseo, y no es cosa que forme parte de sus costumbres. Le he hablado mucho de ti y de Michèle. Estoy seguro de que Michèle le gustará. A mamá le gustan los caracteres espontáneos. Sólo temo una cosa: que Michèle se preocupe demasiado. Ya sabes que cuando quiere parecer bien educada frunce los labios, y no es ésta su manera de ser. No es preciso que esté demasiado bien peinada, ¿no te parece?

No respondí. ¿Acaso no hablaba consigo mismo y yo sólo estaba delante de él? Miró su reloj, bostezó y, de pronto, me cogió por el cuello y me dio un beso. Desbordaba de ternura y yo recibí una gota de ella porque me encontraba allí, pero sabía que era a Michèle a quien había dado el beso.

Aquel día, se separaron con un apretón de manos muy frío. Pero cuando ya estuvo montado en la bicicleta, cambiaron algunas palabras en voz baja. Durante la cena, mi madrastra habló de la condesa de Mirbel y de su esperada visita. Por lo que se decía, era una persona que por su gracia y belleza se había convertido en una mujer deliciosa. Había dado mucho que hablar. Sin duda la caridad nos prohíbe creer en las murmuraciones, y Brigitte Pian no concedía crédito alguno a estas abominaciones: lo que no han visto los ojos no puede asegurarse. Por otra parte, si el escándalo había sido grande, era preciso reconocer que, durante su viudez, Julia de Mirbel, salvo unos meses pasados en París en casa de La Mirandieuze, vivía muy retirada en el castillo de La Devize y que su proceder testimoniaba una gran dignidad.

Deducíase de estas conversaciones que la hija de un prefecto del Imperio dispensaba una gran atención a la visita de una persona a quien sus padres no hubiesen concedido ni siquiera una mirada. En este aspecto,

esta visita representaba el solo placer del amor propio que mi madrastra aún podía reconocer, porque pertenecía incuestionablemente a la mejor sociedad de la ciudad, menos por su origen y fortuna que gracias a su oculto poder en el mundo edificante y al prestigio de una radiante virtud. Sin duda, el nombre de Mirbel había abierto a mi amigo Jean las puertas de Larjuzon sin que mi madrastra lanzara grandes gritos y a pesar de que siempre se hubiera hablado de él en mi casa como de un mal sujeto y un bala perdida.

Después de cenar, salió la luna, y Michèle quiso dar una vuelta por el parque. Mi padre salió de su torpor para repetirle exactamente la frase que nuestra madre le decía siempre en tales momentos:

—Abrígate. La humedad del riachuelo…

La misma alegría de que desbordara Jean aquella tarde, la hallé en Michèle; la misma alegría, la misma embriaguez. La luna iluminaba su cara ligeramente chata, aquel labio inferior hinchado que le baba un aire de avidez casi animal. Y tal era, en efecto, su naturaleza: no he conocido a nadie en el mundo que haya tenido tanto como Michèle, y, desde los quince años, tal apetito de felicidad. Se traicionaba en su manera anhelante de morder la fruta, de hundir su nariz en una rosa y en el voluptuoso abandono de su sueño, que la sorprendía a veces en la yerba, a mi lado. Pero ella no esperaba nunca pasivamente que la felicidad le llegara de afuera: le atormentaba el instinto de lucha y de conquista, y me lo demostró sobradamente aquella noche hablándome de Jean. Porque precisamente para hablarme de él me había pedido que la acompañara en el paseo por el parque. Se decidió a hacerlo un poco antes de costear los prados llenos de neblina, pasó su brazo desnudo en tomo a mi cuello y sentí su aliento en mi oreja: era una locura lo que acababa de decirme. No le hubiera creído, de tal modo era maravilloso.

—Sí, figúrate, somos novios… Sí, es en serio, a pesar de que él sólo tenga dieciséis años y yo vaya a cumplir quince. Nadie, estoy segura, podría creerlo; se reirían de nosotros… Tampoco se lo diremos a nadie, excepto a ti, a ti solo, a ti, a nuestro querido Louis… ¿Por qué lloras? ¿No te parece que es maravilloso?

¡Maravilloso! No había otra palabra que le fuera tan familiar como ésta. Escondí mi cara en su hombro y ella me dejó llorar sin preguntarme nada, acostumbrada a mis lágrimas, que ya derramaba por cualquier motivo. Por otra parte, sentía una gran paz: no había ya problema, todo estaba resuelto, yo no podía aspirar a más que a aquella plaza de confidente que me habían asignado. Ya no sería nunca más el primero, el único en el corazón de Michèle. El agua producía un dulce rumor helado, lejos, en los prados. Michèle me secó los ojos con su pañuelo y continuó hablándome en voz baja. Lo había adivinado: se encontraban varias veces por semana tras el molino de monsieur Du Buch. Pero temían que mi madrastra los descubriera. Michèle me hizo jurar no decirle nada que la pusiera sobre la pista. Entonces, recordé haber hablado a Brigitte de que Michèle y Jean se escondían de mí. Lo había dicho sin intención. (¿Lo había dicho sin intención?). ¿Se habría despertado acaso su atención?

—Le tengo miedo, Louis; ¡odia de tal modo que se sea feliz…! ¡Creo que no me quiere precisamente porque no parezco sufrir! Hemos de tener mucho cuidado. ¡Jean es tan imprudente…!

Me habló de él con una libertad de la que yo me hubiera sentido incapaz. No ignoraba el riesgo que corría: él era más terrible aún de lo que su tío imaginaba. Me pregunto hoy por qué ella lo imaginaba tan terrible, puesto que él mismo me dijo que hubiese creído cometer el más atroz sacrilegio con sólo haberla besado castamente… Acaso ella sabía que no sería siempre ese manso cordero que era entonces. Por otra parte, ella no le temía. Además, no se casaría con nadie sino con él; lo había elegido y él también la había elegido a ella, a pesar de que ambos fuesen todavía unos niños. Aunque viviera cien años, ningún otro muchacho existiría a sus ojos. No había que pensar en ello. Él era tan inteligente y tan fuerte…

—Y, además, tan apuesto…, ¿no te parece?

No, no me lo parecía. ¿Qué es la belleza para un niño? Sin duda, es, ante todo, sensible a la fuerza, al poder. Pero esta pregunta debió de producirme una gran impresión, puesto que, al cabo de toda una vida, aún me acuerdo de aquel lugar de la alameda en que Michèle me hizo esta pregunta a propósito de Jean. ¿Sabría hoy definir mejor lo que es la belleza? ¿Sabría decir en qué signo la reconozco, se trate de un color, de una palabra o de un canto? A este estremecimiento carnal y que, sin embargo, interesa al alma, a esta alegría desesperada, a esta contemplación sin resultado que ningún abrazo recompensa…

—Escucha, Michèle —dije—, ¿sabes que en el colegio se decía que Jean es un tipo repugnante?

—Sí, quizá… Pero monsieur Calou no cree que lo sea. Además, hay una cosa que te va a sentar como un tiro: es mejor ser un tipo repugnante que un ser virtuoso como Brigitte Pian…

—¡Oh, Michèle!

—Sí, prefiero el infierno sin ella que el cielo en su compañía.

—¡Oh, esto es una blasfemia —protesté— que va a traerte desgracia! Pronto, pide perdón. Pronto, haz

un *acto*.

Dócilmente, se santiguó y murmuró algunas palabras:

—*Me arrepiento de todo corazón del pecado que he cometido contra Vuestra Adorable Majestad* —Y después, se echó a reír—. ¿Sabes lo que le ha dicho monsieur Calou a Jean a propósito de Brigitte? Que ésas son las personas que eligen a Dios, pero a quienes quizá Dios no ha elegido…

—Monsieur Puybaraud —respondí, extrañado— opina que monsieur Calou tiene demasiada ironía para ser sacerdote y es demasiado mordaz y que sus ideas huelen a chamusquina.

Michèle ignoraba lo que quería decir «oler a chamusquina», pero no le respondí, preocupado de inmediato por otra inquietud.

—Escucha —le pregunté bruscamente—, quisiera que me dijeses… ¿No te enfadarás, verdad? ¿Te besa?

—¡Pues claro! —dijo ella—. Y ardientemente —añadió—. Tú no puedes saberlo… ¡Es maravilloso! Pero nada más, Louis. ¡Nada de nada! No vayas a imaginarte…

¡Dios mío! ¿Qué cosa peor hubieran podido hacer que no fuera besarse? Mis mejillas ardían. Miré a Michèle, que tenía un año más que yo —pero ella era una mujer y yo todavía un niño—. ¡Cuán vieja me parecía, cargada de experiencias y de pecados!

—¡Qué tonto eres, Louis! ¿No te he dicho que somos novios?

Ella también intentaba tranquilizarse; su conciencia no estaba tranquila. Pero una nueva ola de felicidad la invadía. Y tarareó con una voz que aún no estaba formada, que tenía bruscos baches, aquella tonada de Gounod que nuestra madre cantaba en noches semejantes.

Tardé mucho en dormirme; no porque estuviera más triste que de costumbre, sino porque me atormentaban los remordimientos. Intenté recordar de qué modo había acogido Brigitte Pian mi queja de que Jean y Michèle «se escondían de mí». La conocía demasiado para tranquilizarme con respecto a lo que ella no había manifestado. No desconocía su habilidad y sabía que no cedía nunca a un primer movimiento. Enterraba sus agravios y los desenterraba semanas después, cuando nadie se acordaba de lo que le había servido de pretexto. Fundamentaba estas observaciones sobre la conducta que había tenido en tal circunstancia el año anterior y de la que me hablaba por primera vez.

Diversos cambios en el comportamiento de mi madrastra acrecentaron mi inquietud y puse a mi hermana en guardia. Atraje su atención sobre el hecho de que Brigitte permanecía menos tiempo en su habitación y, a pesar del calor, podía vérsela siempre en la escalera y aun en el parque. Entraba en el salón sin que la hubiese anunciado previamente rumor alguno. Michèle intentó tranquilizarme diciéndome que ahora no tenía a monsieur Puybaraud en sus garras. Pero el día en que Jean volvió a Larjuzon, conocí por ciertos signos que figuraba en la órbita de las preocupaciones de Brigitte. Una mañana, después de comer, demostró su asombro al ver a Michèle marcharse al campo a la hora de la siesta, incluso cuando los animales permanecen en el establo.

Breves relámpagos que anunciaban el ciclón. Tuve, al menos, el consuelo de decirme que mis temores habían sido vanos y que yo no tenía nada que ver con ese mal humor. Aún no he tenido ocasión de hablar de los Vignotte. El agente de negocios de Larjuzon y su mujer ocupaban esa plaza desde hacía pocos años. Habían sido introducidos por mi madrastra, y ésta fue sin duda la primera causa de ese sordo disentimiento entre ella y mi padre. Apenas casada, Brigitte ya no se había entendido con el viejo Saintis, que había nacido en la finca y de quien mi padre soportaba despreocupadamente su campechanía, su embriaguez y su carácter disoluto. Una persona que se establece en el campo, después de haber vivido siempre en la ciudad, no tarda en estar en pugna con los campesinos y ponerse a malas con ellos. Éste es un tema bien conocido que ha sido tratado por Balzac. Pero, contrariamente a lo que ocurre en esa clase de historias, los campesinos de Larjuzon fueron derrotados por la señora de la ciudad. Saintis, después de haber bebido, se mostró tan grosero con mi madrastra que mi padre se vio obligado a echarlo. No perdonó jamás a su segunda esposa el haberle obligado a ello. Los Vignotte, a quienes patrocinaba Brigitte, no fueron aceptados gustosamente por mi padre; no podía soportar a su nuevo agente de negocios y echaba de menos al viejo Saintis, por borracho y faldero que fuera.

En un país donde ya toda lengua era de cuidado, las de los Vignotte lo eran mucho más. La señora Vignotte, que, con la boca sin dientes, aspiraba con labios y mejillas y que no era más que un enorme pico cargado con unas antiparras bajo postizos de un negro brillante, no volvía nunca de las casas de los proveedores sin dar a Brigitte toda clase de informes que rara vez eran dados sin rodeos, pero no sin palabras de doble sentido y risas ahogadas. Lo extraño era que esta vieja devota, que jamás había salido del pueblo, no parecía desconcertada ni reducida al silencio por el adulterio, ni siquiera por el incesto, y que

todas las aberraciones, incluso los crímenes de Sodoma, la encontraban ya al tanto, sonriendo burlonamente y guiñando los ojos.

El pueblo en sí era del dominio de la vieja, pero a Vignotte pertenecían los bosques y los campos que dominaba desde su carricoche encaramado sobre altas ruedas, en sus viajes de alquería en alquería. ¡Cuántas parejas que se creían bien escondidas a la hora en que hacía más calor o al crepúsculo habían sido descubiertas por sus ojos de gavilán! Algunas veces, no descubría a los protagonistas, sino dos bicicletas tras unos brezos, simbólicamente apoyadas una en otra, y esto bastaba para llenarlo de alegría. Así, un día, cerca de una cabaña instalada para la caza de la paloma, reconoció, muy pequeña al lado de otra mayor y cubierta de polvo, la misma bicicleta que, la víspera, la señorita Michèle le había pedido que aceitara, como si éste fuera su trabajo…

Según su método, Brigitte Pian no hizo al principio comentario alguno sobre lo que le contó Vignotte. Fingió no creerle y por esta razón le obligó a forzar su vigilancia. Cuanto más se resistía ella a dejarse convencer, más brutal se mostraba él en sus acusaciones e incluso afirmó que la señorita Michèle y el chico de la casa de monsieur Calou… Esto fue dicho y jurado con grandes juramentos, lo había visto con sus propios ojos, o era cómo si lo fuera. Porque Vignotte no era de estos a quienes puede hacérsele creer que un muchacho como el bribón de la abadía de monsieur Calou pudiese permanecer más de una hora con una muchacha en una cabaña destinada para la caza de palomas… ¡Vamos! Son cosas que no hay que contar. Uno ha sido joven y sabe lo que pasa. No es porque se trate de una señorita… Y, por otra parte, basta con mirarle a la cara; aquella… Hacía ya mucho tiempo que Abeline Vignotte lo había descubierto: esto no la había asombrado.

—No, Abeline —le dije—. Arrumacos, sí, quizá…

—¡Qué va! —me repetía ella—, no hay más que ver cómo se ha desarrollado. Lo terrible es que esto ocurra con una chica que tiene ante sus ojos el ejemplo de madame Brigitte.

Brigitte había decidido esperar la visita de madame Mirbel, antes de tomar una determinación. El asunto, por otra parte, era grave en muchos aspectos, y delicado. Monsieur Pian adoraba a Michèle y era difícil saber cómo reaccionaría. Según unas anotaciones de monsieur Calou, parece también que a mi madrastra le había contenido un escrúpulo, porque era escrupulosa en esta época a pesar de que no lo fuese aún hasta la locura. Lo que la confundía era no poder disimularse la alegría que le ocasionaba esta desgracia, de la que debiera de haberse sentido avergonzada y consternada. Porque, en fin, ¿no era ella la segunda madre de Michèle? Pero esto sólo tenía interés para Brigitte Pian ante una dificultad de este orden: vencer el escrúpulo por la lógica. Era necesario encontrar una razón que legitimara su placer y lo hiciera entrar en su sistema de perfeccionamiento.

Lo que la ayudó esta vez fue haber fijado su espíritu durante unos segundos en las perspectivas de una brillante alianza con los Mirbel, perspectivas, por otra parte, muy lejanas, muy dudosas y a las que era una locura entregarse, dada la edad del muchacho. A Brigitte no le hubiera inquietado rechazar esta atención, pero se glorificó con ello y añadió diligentemente una nueva malla al espeso tejido de sus méritos. Sí, según el espíritu de la gente, debiera de haber obtenido una ventaja de este escándalo; pero no, ella trabajaría por la salvación del alma de aquella miserable criatura. Era una desgracia, es cierto, que la chiquilla hubiese, si no tocado el fondo del abismo, acercándose tan joven a su orilla, pero ello hacía posible que se tomaran medidas decisivas para su salvación. La situación se aclararía; las sombras desaparecerían de los ojos de monsieur Pian y todo el espíritu de la casa podría ser transformado; en fin, nada sería más provechoso a Michèle que la humillación de la que ella se había nutrido.

Brigitte alimentaba cuidadosamente pensamientos misericordiosos con respecto a Michèle, porque la misericordia era un artículo que ella no descuidaba nunca. ¿Cómo no hubiese sido indulgente al recordar de quién era hija esa pobre criatura? La primera señora Pian había sido precipitada en las tinieblas por una muerte brusca y terrible y en torno a la cual se había suscitado la sospecha, demasiado fundada, del suicidio. Brigitte conservaba un *dossier* que la caridad le había impedido abrir a los ojos del ciego esposo. Hasta entonces, se había resistido, a pesar de las descorteses e incluso injuriosas comparaciones con respecto a ella, a las cuales aludía a veces monsieur Pian. A Brigitte le había sido necesaria mucha virtud para callarse, una virtud heroica. Dios era testigo. Pero quizás estaba cercano el día en que, para defender a la hija, debería mostrar a los ojos del padre y esposo ultrajado las pruebas escritas de que la mujer a quien lloraba no merecía en modo alguno sus lágrimas, y que, como desquite, la hija imprudente, si no culpable, debía ser perdonada a causa de la penosa herencia de la que soportaba el peso abrumador.

De este modo, Brigitte Pian coloreaba el placer que ya saboreaba de antemano. Era una mujer lógica, fiel a un camino recto, jalonado de principios evidentes y en el que ella no daba un paso sin tener en el mismo instante su justificación. Más tarde, se sometería a esas oscuras inquietudes que aún rechazaba sin

demasiado esfuerzo: abandonaría el camino que inspira confianza y daría una batida en los rastrojos de los motivos inconfesables. Llegaría un día en que las acciones que había ejecutado la hostigarían volviendo hacia ella un rostro desconocido y horrible. Pero todavía estaba muy lejos de este instante y era preciso que muchos sufrieran aún por su causa antes de que esa mujer tuviera la revelación del amor al que creía servir y que ella desconocía.

Capítulo séptimo

Del día que pasó la condesa de Mirbel en Larjuzon sólo conservo una impresión muy viva en un punto: Jean compareció aquel día ante mí como aureolado por una luz completamente nueva. El niño malo y demasiado precoz, el holgazán a quien el tío Adhémar y monsieur Rausch no podían meter en cintura más que a golpes, el tipo peligroso, a pesar de que algunas veces fuese encantador y casi tierno, era esto: el mal, que él representaba para mí. Yo lo quería, era indudable, pero sin ningún sentimiento de estima. Y por una contradicción que no me molestaba apenas, mi hermana había desmerecido mucho a mis ojos al acercarse a él.

Pero Jean, al lado de su madre, me pareció muy distinto: no apartaba la vista de ella excepto para observar en nosotros los signos de nuestra admiración. A cada ingeniosidad de la condesa, me miraba riendo como si temiera que yo no la hubiese comprendido o que fuera insensible a tales agudezas. Desde los primeros minutos, había gozado con nuestra sorpresa ante la criatura tan delicada y tan joven que era la madre de aquel muchacho de diecisiete años. Hoy, el milagro de la juventud duradera es más frecuente. Pero, en aquel tiempo, una madre de familia que hubiese conservado el aspecto de una adolescente causaba verdadero asombro. Así, al principio, nos sorprendió la apariencia juvenil de la condesa mucho más que su belleza que, con ser casi perfecta, no era deslumbradora.

Le temía al sol y ponía tal interés en huir de él como hoy se pone en entregarse totalmente a sus rayos. No le bastaba el velo que envolvía su *canotier* y su rostro; para atravesar el menor claro al sol abría su sombrilla y sólo se quitó sus largos guantes durante el almuerzo. Muy atenta al efecto que producía sobre nosotros, mostrábase sencilla, pero con afectación. Una vez se hubo servido el café bajo los robles, Jean se llevó a su madre a la alameda que rodeaba el parque para que pudiera hablar con Michèle. Durante su breve ausencia, el abate Calou y mis padres cambiaron ácidas observaciones.

—Es una persona superior en su clase —dijo mi madrastra—. Claro que desde un punto de vista que no me interesa lo más mínimo: desde el punto de vista de la gente. El culto de su propio cuerpo, llevado hasta ese extremo, tiene un carácter claramente idólatra, ¿no le parece a usted, señor cura?

Aun cuando en aquel tiempo considerase aún al abate Calou como un sacerdote bueno y erudito, pero un poco simple y desprovisto de ambición, mi madrastra hallaba débiles y extraños sus juicios y, como ella decía, «le tenía echado el ojo», porque consideraba un deber suyo vigilar a toda sotana que estuviera a su alcance.

—La condesa de Mirbel es una «literata» —dijo el cura. Y se echó a reír con una risa demasiado desproporcionada para una palabra tan poco cómica—. ¿Sabe usted que escribe novelas?

—¿Las ha publicado? —pregunté.

—No —dijo mi madrastra con sarcasmo—; se contenta con vivirlas.

¡Dios mío, una murmuración! ¡Y dicha ante un niño que corría el peligro de escandalizarse! Una malla, dos mallas acababan de saltar en el tejido de perfección. Pero ya Brigitte Pian se cebaba con la retractación; lo que ella decía no correspondía a nada de lo que sabía de una manera cierta; lamentaba no haber podido contener a tiempo este arrebato.

—Yo la absuelvo, señora —dijo el abate.

—Hay palabras que un sacerdote no debe pronunciar a la ligera —respondió Brigitte Pian frunciendo el entrecejo.

Vimos venir desde lejos a la condesa entre su hijo y Michèle. Jean caminaba con la cara vuelta a su madre; reía y se inclinaba para escuchar con inquietud las respuestas de mi hermana. No nos veía: aquellas

dos criaturas adoradas nos ocultaban a sus ojos. Yo sufría, pero sin celos. Me sentí emocionado hasta tener deseos de llorar. Jean no era como nosotros habíamos creído; era bueno a pesar de que algunas veces pareciera malvado. Brigitte Pian observaba al grupo que se aproximaba. Con las comisuras de los labios un poco caídas, su cara grande se parecía a una máscara, pero nada pude descifrar en aquel rostro inexpresivo. Incluso el abate Calou no los perdía de vista; parecía preocupado y triste. Cuando ya nos era fácil oírlos, se había desencadenado una disputa entre la madre y el hijo.

Jean le suplicaba que le permitiera acompañarla a Vallandraut. Ella sacudía la cabeza; era preciso ajustarse al programa que había fijado tío Adhémar. Se había acordado que cenaría temprano en casa del abate, con Jean; luego, el coche la llevaría a Vallandraut, donde se acostaría inmediatamente para poder tener tiempo de hacer todo lo que debía al día siguiente: el tren salía a las seis y tenía que levantarse al alba. Así, pues, se despediría de él aquella noche en la casa del abate Calou.

Pero Jean no renunciaba nunca a lo que quería. Las razones de su madre no lo eran para él; nada tenía importancia ante su deseo de pasar una parte de la noche a su lado. Su secreto propósito era incluso velar en su compañía hasta el amanecer.

—Piensa que siempre estamos separados, que no te veo nunca y que te niegas a concederme pasar unas horas contigo, una noche, cuando esto te es posible.

Hablaba con ese tono exigente que yo tan bien conocía y con esa terca expresión que exasperaba a monsieur Rausch. Pero su madre ponía tanta voluntad en sus negativas como él en su insistencia. Michèle, discreta, se alejó de ellos. Crecía el tono de la disputa; oímos a madame Mirbel decir taxativa y secamente:

—¡Te he dicho que no, y será así! Siempre pides más de lo que se te da. Estás estropeando por gusto este día… No quiero oír ni una palabra más.

Y se acercó a nosotros con esa sonrisa que parecía iluminarla enteramente, pero era evidente que estaba violenta y agitada. Jean la observaba de soslayo con una mirada de desafío. Una vez mi madrastra y Michèle hubieron servido los jarabes de grosella y la horchata, la condesa se dirigió a su coche expresando de nuevo su gratitud a mi madrastra, pero entonces nos pareció más distante y distraída que a la llegada. Seguí con los ojos la victoria que se alejaba. Jean estaba sentado en el transportín. Ninguna alegría iluminaba ya su cara, en la que se reflejaba la obstinación y que no tardó en ocultar la sombrilla, abierta bruscamente, de la condesa.

No hay un solo pormenor imaginario de los acontecimientos que voy a relatar a continuación, a pesar de que Jean no hiciera de ellos, ante mí, más que raras alusiones; pero hay numerosas notas del abate Calou dedicadas a ellos.

Apenas la victoria hubo llegado a la carretera, Jean volvió a insistir. Cuando se entercaba de este modo, se parecía a un perro siguiendo un rastro. Pero fue inútil: su madre se había encerrado en su negativa. Se volvió al abate Calou, que los observaba en silencio.

—Señor cura, puesto que está usted encargado de Jean, haga que se atenga a razones.

El abate les respondió secamente que ese día él no tenía nada que ver con ello. Y ella le replicó con insolencia que aquél o nunca era el momento de demostrarle la firmeza de su mano. Jean se levantó pálido de rabia y aprovechando que los caballos, al ascender una cuesta, habían aminorado la marcha, saltó del coche y estuvo a punto de caer bajo una rueda.

El cochero tiró de las riendas; los caballos se encabritaron. Cuando la condesa y el cura llegaron a su lado, Jean ya se había levantado. No se había hecho daño alguno. En aquella carretera desierta, madre e hijo se miraron un instante, sin decir una sola palabra. Las cigarras se interrumpían para continuar luego, en una especie de largo preludio de estridencias. El cochero hacía esfuerzos para contener a sus caballos, hostigados por pesadas moscas a las que espantaba con su látigo.

—No tengo más remedio que darle la razón a tu tío. Eres una criatura indomable.

Pero él insistió en su argumentación; no la había visto desde el último trimestre; había efectuado aquel viaje expresamente por él y ella quería escamotearle las únicas horas que podía pasar en su compañía.

—Jean —dijo ella—, hijo mío, he prometido a tu tío, he dado la palabra… La próxima vez, te dedicaré una noche entera; y no esperaré a que hayan terminado las vacaciones. Pero no hemos de buscamos la enemistad de tío Adhémar. Vamos, sube y siéntate entre nosotros dos. ¿No le molestará demasiado, señor cura? Acércate más a mí…, como un niño pequeño —añadió abrazándolo.

Él no se resistió más, se abandonó a ella. Por fin, había decidido. La sombra de los pinos, al alargarse, rayaba el camino de un talud al otro. El abate Calou volvió la cabeza.

—Es la hora de cazar cigarras —dijo Jean—. Descienden, con el sol, a lo largo de los pinos; ahora,

cantan casi a la altura de un hombre.

La condesa suspiró aliviada. Jean hablaba de otra cosa, había abandonado sus intenciones. Ante el presbiterio, advirtió al cochero que no era necesario desenganchar, pues partiría para Vallandraut antes de las ocho. Pero el hombre no le hizo caso: quería dar de comer y beber a sus animales; el calor requería mayor cuidado para los caballos. Lo único que consiguió la condesa fue que no les quitara los arneses.

En la mesa, se lamentó de que el demasiado abundante almuerzo de la señora Pian no le permitiera hacer el honor a los pollos que había preparado María. Eran las siete y la luz horizontal iluminaba el pequeño comedor del presbiterio, a pesar de las cortinas.

—¡Qué simpático es todo esto! —decía ella—. Imagino que el comedor de Jocelyn debió de ser así…

Apenas probaba su plato y se volvía hacia la cocina. El servicio era lento. María no tenía a nadie que la ayudara. El cura tuvo que levantarse varias veces y volvía de la cocina con el plato, pero sin alegría, torpemente, todavía trastornado quizá por lo que había ocurrido en el coche. Jean no se asombraba de que el sacerdote permaneciera insensible al encanto de su madre. Era lógico.

«Esto no es para ellos», pensaba.

Ella no disimulaba su prisa por partir. Incluso se dio cuenta y buscó una excusa: el cochero le daba miedo; según ella, tenía cierto aspecto patibulario.

—No me gustaría verme sola, muy tarde, en el camino, con este hombre.

Jean la interrumpió:

—Te escoltaré en bicicleta, mamá.

Ella se mordió los labios.

—¡Jean! ¡No empecemos! Me has prometido…

Él bajó la cabeza. María trajo sus «platos secretos», su triunfo.

—No comerá usted nada semejante —dijo el cura.

La condesa hizo el esfuerzo de tomar algunos bocados. No podía más, pero tenía el gusto de complacer y le debió de ser demasiado duro marcharse dejando tras de sí a aquellos dos seres decepcionados. Intentó, pues, ser amable con su huésped y cariñosa con el niño. El cura no se desenojó. Apenas hubo terminado el postre, salió para leer un poco su breviario. La condesa comprendió que quería dejarles unos minutos antes de separarse. Jean lo comprendió también y se acercó a su madre. Hubiese podido explicar muy precisamente lo que su madre sentía en aquel momento. Sabía que tenía prisa por marcharse y vergüenza de confesarlo. Se obligaba a acariciar los cabellos de su hijo, pero, con mirada furtiva, consultaba frecuentemente el reloj de pared colocado sobre la chimenea. Jean, que había sorprendido sus miradas, le advirtió:

—Adelanta mucho…

Ella protestó diciendo que aún podía concederle unos minutos. Distraídamente, le hacía recomendaciones. El abate Calou no era tan terrible; en suma… Jean no era desgraciado.

—No, mamá, no… Incluso me siento feliz, muy feliz —añadió con tímido ardor.

Ella no vio sus mejillas enrojecidas, ni se dio cuenta de su estremecimiento. La víspera había decidido confiarse a su madre, y esperaba que no se riera, que no se burlara de él, que tomara las cosas en serio… Pero había dejado pasar el tiempo y ahora era demasiado tarde para desahogarse. Era mejor no pronunciar el nombre de Michèle en los últimos minutos. Estas razones que se daba a sí mismo, disimulaban otra que no se atrevía a confesar; era inútil confiarse a aquella criatura lejana. Muchos años más tarde, un día en que Jean me hablaba, ante el hogar de mi casa de la calle Vaneau, en París, de las horas más sombrías de su vida, no olvidó aquel crepúsculo todavía tórrido en el comedor del presbiterio, donde estaba sentado muy cerca de su adorada madre, tocándose las rodillas y esperando las miradas que continuamente dirigía ella al reloj. A través de la puerta de cristales, veía al cura que paseaba de un lado a otro por el huerto, leyendo su breviario.

—Volveré antes de que hayan terminado las vacaciones, te lo prometo. Y esta vez, dispondré de todo el tiempo que quieras.

Él no contestó y ella ordenó al cochero que bajara la capota de la victoria. Jean se subió al estribo y apoyó sus labios en el cuello de su madre.

—Baja, ¿no ves que no puede contener a los caballos?

Se levantó una nube de polvo. Jean esperó a que el coche hubiera desaparecido en el último recodo y volvió al jardín. Se descalzó, cogió una regadera y empezó a regar las achicorias que había trasplantado la víspera. Monsieur Calou, sin decirle nada, se dirigió a la iglesia para celebrar su adoración diaria. Cuando volvió, Jean estaba acostado y le dio las buenas noches a través de la puerta, con voz de sueño. Antes de acostarse, el cura volvió a bajar para comprobar que había puesto el barrote a la puerta de entrada. Contra

su costumbre, no dejó la llave colgada en el clavo del pasillo, sino que la cogió y la escondió bajo la almohada; después, se arrodilló, apoyándose en el lecho, y rezó mucho más rato que otras noches.

Monsieur Calou creyó al principio que lo había despertado el viento: soplaba violentamente, a pesar de que la noche estuviera despejada y la luna iluminase el suelo de su alcoba. Un postigo dio un golpe en algún lugar de la casa. Asomándose a la ventana, vio que era uno de los postigos de la habitación situada encima de la suya, donde dormía Jean. El pestillo debió de haberse soltado. Se puso la sotana, subió al piso del granero y abrió lo más silenciosamente que pudo la puerta de la habitación de Jean, con objeto de cerrar la ventana. Una violenta ráfaga de aire volcó sobre la mesa un vaso lleno de brezos que Michèle había recogido. Inmediatamente, se dio cuenta el abate de que el lecho estaba vacío. Al cabo de algunos segundos, recobró el aliento, descendió a la planta baja y examinó la puerta de entrada, pero la barra no había sido quitada, ni forzada la cerradura. Indudablemente, aquel loco había huido a través de la ventana, deslizándose por el canalón. El cura volvió en busca de la llave y salió.

La noche era toda luna y viento. Un intenso rumor de las ramas de los pinos rodeaba el presbiterio; no era el lamento entrecortado y a menudo roto del mar: no había oleaje, ningún salto de espuma rompía el oleaje vegetal. El cura se dirigió primero adonde se guardaban las dos bicicletas —había alquilado una en Vallandraut para su pensionista—, pero no halló más que la suya. En el ángulo de la casa por donde descendía el canalón, el claro de luna le permitió descubrir en la arena las huellas de una caída: Jean debía de haber saltado de gran altura, porque las huellas de los tacones estaban claramente marcadas. El abate fue en busca de su bicicleta y vaciló.

Era cerca de medianoche: el niño debió de haber huido cerca de las once; demasiado tarde para intervenir: el mal estaba hecho. ¿Qué mal? ¿Por qué meterse en honduras? Una escena furiosa entre la madre y el hijo en la hospedería de Vallandraut, en plena noche. ¿Qué tenía esto de trágico? Y, sobre todo, ¿qué le importaba al cura de Baluzac? Naturalmente, el niño estaba a su cargo, y él se había hecho responsable; pero el niño volvería al alba y lo más sencillo sería cerrar los ojos: no hay por qué darse cuenta de ciertas cosas y ponerse en el caso de hacer inevitable una represión que haría perder de un golpe todas las ventajas adquiridas…

¡Esto era lo importante! El cura dio algunos pasos entre los groselleros, empujó el portal y miró el camino solitario iluminado por la luna.

No podía hacerse nada para correr en ayuda de aquel niño a quien tanto quería y que quizás en aquel momento pasaba por una prueba mortal. La madre tenía sus razones para querer estar sola durante toda la noche. Había demostrado a Jean una resolución terca, feroz y casi odiosa. El abate Calou intentó convencerse de que él estaba ahora pensando fuera de toda razón… Pero, nada de eso, conocía perfectamente a esta especie de criaturas: su exigencia —heredada por Jean—, ese frenesí que le haría patear incluso el cuerpo de su propio hijo. Quizás exageraba el peligro porque amaba a Jean.

Era ésta la primera vez que tomaba tanto afecto a uno de sus pensionistas. Desde que se había encargado de «meter en cintura» a los chiquillos traviesos, no había tenido ocasión de ello. No se había impuesto ese trabajo porque le fuera necesario. Su hermano, propietario en el Sauternais, a quien él había cedido su parte, le enviaba cada año una suma que variaba según la cosecha, pero que no excedía nunca de seis mil francos: para sus pocas exigencias y rarísimas eventualidades, era mucho más de lo que necesitaba, porque vivía de su huerto, de su gallinero y de lo que le regalaban sus feligreses.

Si se encargaba de educar a los muchachos rebeldes, no lo hacía por obtener beneficio alguno; simplemente, tendía sus redes, aguardaba con paciencia, no perdía la esperanza de ver llegar a su casa ese pájaro salvaje que necesitaría sus cuidados y del que había de hacer un hombre. Creía que tendría más oportunidad de descubrirlo en el caso de muchachos rebeldes. Esta predilección por los «malos chicos» era, sin duda, un resto de romanticismo que le quedaba al abate Calou, una herencia del seminarista que había sido en otro tiempo. Pero había en el fondo de todo ello un gusto más secreto, más escondido: el de los seres jóvenes y amenazados o ya heridos por la vida, aquellos que no se preocupaban por perderse o salvarse y que han de ser fiadores de uno ante el Padre. No se trataba de una virtud sino de una preferencia, de una inclinación.

Hasta entonces, había soportado a sus pensionistas porque amaba la infancia y la adolescencia. Pero, en todos, el encanto pasajero de su edad cubría un fondo sólido y permanente de vulgaridad, de tontería y de grosería. Una gracia efímera investía con sus luces al pequeño burgués insensible y de tipo corriente. Por primera vez en su vida, el abate Calou había obtenido con Jean de Mirbel lo que tanto había esperado de Dios: había sido visitado, en fin, por un niño que tenía un alma.

Pero un alma inaccesible. Esto importaba poco; el abate Calou era de esos seres que, desde su juventud, han sido dotados con una completa falta de interés por el decaimiento, cuando el corazón no pide nada a cambio de lo que da. Lo peor era que Jean no se dejaría amar ni proteger. Ni siquiera el abate había sido capaz de conjurar el riesgo de este encuentro nocturno de la madre y el hijo, en el momento en que tenía a éste en sus manos y una vigilancia eficaz hubiera bastado. ¿Qué ocurriría, entonces, cuando el niño hubiera abandonado el presbiterio y anduviera por todos los caminos del mundo? Porque el abate no podía imaginarlo sedentario y vegetando en su castillo de Armagnac. Y, sin embargo, incluso en aquel momento, el cura de Baluzac no se creía en modo alguno libre de la carga que él había asumido con respecto al niño… ¿Dónde estaría ahora? ¿Adónde ir en su busca? Sin duda, volvería al alba; si no, el abate iría a su encuentro. Mientras tanto, no podía hacer otra cosa que tener café caliente. Volvió a la cocina y, habiendo abierto los postigos a fin de que la luna la iluminara, prendió fuego a algunas virutas; después, se sentó en la silla baja de María, sacó de su bolsillo un rosario de huesos de aceituna y se quedó inmóvil. La luna iluminaba su nuca poblada de cabellos en desorden, y como quiera que tuviese los codos apoyados en las rodillas, sus enormes manos colocadas hacia delante adquirían un relieve extraño, desmesurado.

Capítulo octavo

Para evadirse, Jean había esperado a oír detrás del tabique la respiración del cura dormido. El reloj no había dado las once, cuando Jean se marchó precipitadamente por el camino iluminado por la luna. El viento le impulsaba, de suerte que pedaleó sin esfuerzo, en una especie de calma embriagadora, con la seguridad de que ninguna fuerza en el mundo le impediría llevar a cabo lo que se había propuesto. Aquella noche vería a su madre; velaría a su cabecera hasta el alba; estaba tan seguro de ello como en tener un día a Michèle en sus brazos. Nunca, hasta entonces, había ido así, en bicicleta, por la noche, bajo una claridad celeste, llevado por el viento a través de un mundo desértico. No tenía temor alguno con respecto a lo que había de pasar entre él y su madre; ante testigos, ella había parecido la más fuerte, pero, sola, la tendría a su merced.

Iba muy de prisa y no tardó en atravesar la neblina del Ciron, en el cruce de caminos, un poco antes de llegar a las primeras casas de Vallandraut. Entonces perdió, de pronto, su gallardía. Imaginó la hospedería cubierta de barricadas. ¿Qué diría para explicar su llegada, para hacer despertar a su madre? ¿Qué pretexto imaginar? Tanto peor; diría que se había sentido enfermo al pensar que no volvería a verla y que monsieur Calou le había aconsejado correr el albur. En plena noche, en una posada, su madre no podría protestar demasiado por temor al escándalo; él la enternecería, sí, acabaría por enternecerla; en todo caso, no se dejaría dominar por la ira; lloraría abrazado a ella y le besaría las manos.

Llegó a la plaza, donde los carros con las varas levantadas dibujaban sobre el suelo la sombra de un animal corniforme. La luna, declinante, iluminaba la faz leprosa del «Hotel Larrue» y la inscripción en letras negras: *Hospedería y establos*. El salón para fumadores estaba todavía iluminado; oyó el ruido de las bolas de un billar. Apoyó su bicicleta en la pared y pidió una botella de limonada a una joven gruesa y soñolienta que estaba sentada en una silla cerca del desierto mostrador. Le respondió de malos modos diciendo que era demasiado tarde y que después de las once no se servían consumiciones. Entonces, preguntó: ¿Estaría la condesa de Mirbel en el hotel? Traía un mensaje urgente para ella.

—¿La condesa? ¿Qué condesa?

La desconfiada joven creyó que era una añagaza. Dijo que tenía otra cosa que hacer que escuchar historias y que él también, a su edad, haría mejor yéndose a su casa que holgazanear por ahí.

—Pero, veamos, aquí se hospeda una señora —pensó que quizás ella no hubiese dado su verdadero nombre—. Una señora rubia, con un *canotier* y un traje sastre de color gris…

—¿Una señora rubia? Espera a ver…

Un cierto fulgor iluminó repentinamente sus estúpidos ojos.

—Con un traje sastre —repitió la muchacha— y un velo moteado y una hermosa maleta que dejó aquí para que se la guardáramos…

—¿Dónde está su habitación?

—¿Su habitación? Pero si ella no duerme aquí. Ha venido simplemente a recoger su equipaje… Se hospeda en Balauze —insistió la joven—. Esta mañana, he enviado un telegrama al «Hotel Garbet» para que le reservaran una habitación.

Jean pensó entonces que Balauze era cabeza de partido y que su madre había debido calcular que encontraría más comodidades en el «Hotel Garbet». Pero, entonces, ¿por qué le había dicho que pasaría la noche en Vallandraut? Preguntó a qué distancia se encontraba de Balauze. Doce kilómetros… Escasamente, una hora en bicicleta.

—Ha querido pernoctar en el «Garbet» —continuó la joven, repentinamente comunicativa, y sin duda hostil a la dama que había desdeñado el «Hotel Larrue»—. Pero habría que saber si no pasa la noche en la cuneta de la carretera…

Jean se inquietó.

—¿Por qué? ¿Llevaba malos caballos?

—¿Caballos? ¡Qué va! Vino a buscarla un automóvil. ¡Todo Vallandraut se echó a la calle! ¡Imagínate, el ruido, el olor de la gasolina y el aceite y el polvo…! Sin contar con que aplastaron a una gallina de la señora Caffin… Pero hay que ser justos, pagaron por ella más de lo que valía… Y si hubieras visto al señor, con unos grandes lentes que le tapaban casi toda la cara, un verdadero antifaz para asustar a la gente, con un guardapolvo gris que le llegaba hasta los pies… ¡Dios mío, las cosas que se inventan hoy…!

—Entonces, el «Hotel Garbet» en Balauze, ¿no es eso? ¿En la plaza de la iglesia? ¿Está usted segura?

Dio las gracias, montó en su bicicleta, dejó la ruta de Baluzac y volvió a la derecha. Ahora, tenía el viento en contra y pugnaba contra esta fuerza invisible, contra esta potencia hostil o quizá lastimosa que demoraba su carrera hacia Balauze. Si hubiese estado con los Pian, no se hubiera atrevido a descubrir su debilidad; pero, solo, hubo de echar pie a tierra a la primera cuesta. A pesar del fresco viento de la noche, su rostro estaba lleno de sudor y le dolían las corvas. No pensaba más que en su fatiga: era ya un hombre, pero todavía un niño para todo lo que concerniera a su madre. No imaginaba que ella pudiese estar mezclada en lo que él conocía o presentía de las pasiones y los crímenes humanos. Su padre y su tío adquirían a sus ojos la importancia de verdugos. Conservaba, de sus primeros años en La Davize, el recuerdo de la voz aguda de su padre, pequeño gallo furibundo y patudo, moviéndose en torno a su madre, mártir silenciosa. El tío Adhémar, con la misma voz, mantenía cierta corrección con respecto a su cuñada, pero todo esto no significaba para Jean que ella hubiese podido merecer su odio.

Y, sin embargo, casi nunca había pasado un día con su madre sin que ésta malograra la idea que él se hacía de ella, ni sin que tuviese la experiencia de su sequedad y, sobre todo, de su falta de sinceridad. Este engaño con respecto a la noche pasada en Balauze, no hubiese debido sorprenderle, porque en La Devize y más aún en París, en casa de sus abuelos los La Mirandieuze, donde ella pasaba cinco meses del año, de enero a junio, Jean, durante las vacaciones de Pascua, había sorprendido algunas veces las contradicciones de la condesa, que nunca se preocupaba de poner de acuerdo sus mentiras. Si ella declaraba, por ejemplo, que estaba deseosa de conocer cierta pieza de la que todo el mundo hablaba, olvidaba que un día de la semana anterior había salido para escucharla, y que, al día siguiente, había dado de ella una información entusiasta y vaga. ¡Cuántas veces Jean, con la brusca lógica de su edad y para quien las palabras de su madre adquirían un valor absoluto, la había desconcertado con su eterna objeción!

—Sin embargo, mamá, habías dicho…

Lo que ella había dicho no concordaba siempre, ni siquiera frecuentemente, con lo que ella contaba en aquel momento. Por otra parte, tampoco intentaba arreglarlo.

—¿De veras he dicho eso? Has debido soñarlo…

Pero si alguna vez Jean hubiera podido alimentar una sospecha, nunca, desde que estaban separados, había subsistido nada. ¿Qué doblez podía esconder un alma oculta bajo aquel rostro admirable? En su recuerdo, la idea del pecado no podía estar relacionada con aquella frente tan pura, con aquella nariz demasiado corta, con aquellos grandes párpados y aquellos ojos del color del mar: *glaukopis* —Jean había subrayado esta palabra griega en su diccionario—, y, sobre todo, con aquella voz de contralto, llena de vibraciones, voz inolvidable, que me encanta todavía hoy cuando voy a ver a la anciana señora, en quien el tiempo sólo ha podido ajar las manos; pero la arquitectura de su rostro permanece intacta bajo la piel marchita, como una maravilla griega que sobreviviese a los siglos, y los párpados son las asoladas orillas de la misma agua verde de reflejos de fucos y de algas.

Jean impulsaba su bicicleta por la última cuesta antes de llegar a Balauze, sin preocuparse en lo más mínimo por lo que había oído, pero inquieto por lo que podría ocurrir en el «Hotel Garbet» entre su madre y él, en presencia del extraño. ¿Quién, pues, entre los amigos de su madre, poseía un automóvil? Debía de ser Raoul…

En casa de los La Mirandieuze, llamaban Raoul a un dramaturgo famoso, con esa complacencia de las gentes de mundo en llamar por su nombre de pila a un hombre tan famoso como aquél. A decir verdad, no se llamaba Raoul y no diré aquí su verdadero nombre, por olvidado que esté hoy, del que fue tan célebre como los Donnay, Bernstein y Porto-Riche. Si nada queda de una obra que tuvo entonces tanta notoriedad, si los títulos mismos de sus piezas más populares se borran de la memoria de los hombres, no por ello ha dejado de marcar con una profunda huella muchos seres que todavía existen y que, como la condesa de Mirbel, se arrastran y estacionan antes de anonadarse en el olvido.

Jean no hubiera podido imaginar nunca que existiese relación alguna entre su madre y aquel corpulento cuadragenario.

«Le habrá parecido divertido y cómodo —pensaba— hacer el viaje en automóvil; y no era de buen tono

haberse negado, puesto que él hubiese estado loco de alegría».

Atravesó una calle estrecha y sombría que desembocaba ante la catedral, situada en una plaza rodeada de pórticos. Estaba cubierta; dio la vuelta en bicicleta y le costó algún trabajo descubrir el hotel a la sombra de la iglesia. Había sido habilitado en las dependencias del antiguo palacio episcopal y estaba separado de la catedral por una estrecha callejuela, excepto en el primer piso, del que una o dos ventanas parecían estar entreabiertas. ¿Llamar, golpear a la puerta, despertar a la casa en plena noche? ¿Con qué pretexto? Hubiese podido pedir habitación, pero apenas tenía dinero. ¿Pagaría su madre por él…? Sin embargo, vaciló. Aun cuando no sospechara nada, se daba cuenta oscuramente de que no debía hacer esto, que no debía dar un paso en la dirección en que se había lanzado locamente. En cuanto a emprender el regreso hacia Baluzac, hubiese sido considerarse vencido, y él no lo hubiera consentido por nada del mundo. Resolvió instalarse en aquella especie de comisa baja entre dos contrafuertes de la catedral y esperar que se hiciera de día. La callejuela era tan estrecha que Jean estaba casi bajo las ventanas del hotel. Cuando su madre saliera, él la besaría sin decir nada, con todas sus fuerzas; ella se sorprendería tanto que no le haría ninguna pregunta; vería entonces cuánto la amaba él, él, que había hecho aquella carrera a medianoche y que había velado, extenuado de fatiga y de hambre, sólo para poder besarla una vez más. Ella descansaba tras aquella pared, sin duda en el primer piso, en la habitación de los postigos entreabiertos, porque dormía siempre con la ventana abierta. La luna había desaparecido tras la nave central de la iglesia, pero su difuso resplandor hacía palidecer el cielo y no dejaba brillar más que raras estrellas. Jean tenía frío y la piedra le molestaba. Se tendió en la hierba, pero invisibles ortigas le escocieron y se levantó gimiendo. Un perro invisible, a quien había despertado, ladró y se calló luego. La hora de los gallos todavía estaba lejos. Entonces pensó en Michèle; y él, que no era ya puro, pensó castamente en ella; en espíritu, la tenía en sus brazos, pero sin otro placer que el de reposar amparado en un corazón fiel. Y cerca de él, al otro lado de la calle, tras los postigos entornados…

Más tarde, no ignoraría ya nada de lo que concernía a su madre. Todas las relaciones de aquel hombre eran públicas, pero todas señaladas con el mismo horrible signo. Muchas novelas se titulan o podrían titularse *Un corazón de mujer*; muchos psicólogos profesionales se han interesado por el misterio femenino… La razón de ser en el mundo de aquel hombre que aquella noche, en el «Hotel Garbet», compartía el lecho de la condesa de Mirbel reducía ese misterio a sus más humildes proporciones. Sus víctimas sabían precisamente lo que ellas esperaban de él. Todas aquellas a quienes él había poseído reconocíanse por este mismo signo: una sed inagotable. Convertíanse en mujeres errantes, apartadas de sus deberes humanos, obsesionadas por lo que habían sufrido.

—Vosotras no os conocéis siquiera —les decía él—. Ignoráis vuestras posibilidades, vuestros límites. No sabéis hasta dónde podéis llegar…

Una vez abandonadas, él les dejaba esa peligrosa ciencia del placer que es mucho más difícil de adquirir de lo que los virtuosos imaginan, porque los seres realmente perversos son casi tan raros en el mundo como lo son los santos. No solemos encontrar santos en nuestro camino, ni tampoco a ese ser capaz de arrancar de nosotros ese gemido, ese grito lleno de horror, sobre todo, a medida que la sombra del tiempo se alarga en un cuerpo minado y lentamente destruido a la vez por la duración y el deseo, por los años y por una pasión que no se sacia nunca. Nada ha sido escrito sobre el suplicio de la vejez para ciertas mujeres, y que es el infierno empezado desde nuestro mundo.

Durante mucho rato, Jean no se daba cuenta de nada, con la cabeza entre la pared y el contrafuerte. Le despertó el dolor de una mala postura, o quizás el frío, o tal vez aquella voz de hombre procedente de la ventana situada encima de él:

—Ven a verlo. No sé si es la luna o el alba lo que ilumina el cielo.

Hablaba a alguien que se hallaba en la habitación y a quien Jean no podía ver. Estaba hacia atrás y de perfil, vestido con unas prendas de seda oscura.

—Tápate —añadió él—. La noche es fría.

Se acodó en la ventana y se echó a un lado para dejar sitio a la mujer, pero él ocupaba casi toda la ventana y la delicada sombra blanca apenas pudo situarse entre el marco de la ventana y aquel desarrollado busto.

—¡Qué maravillosa soledad! Y este silencio… No, querido, no tengo frío…

—Sí. Echate mi *raglan* sobre los hombros.

Ella desapareció y volvió luego envuelta en un abrigo de hombre que le venía grande y que hacía parecer aún más pequeña su cabeza. Permanecieron así largo rato, sin cambiar palabra.

—¡Qué poca cosa somos! —dijo el hombre—. ¿Crees que la gente que está durmiendo en esas casas conoce mis obras o siquiera mi nombre?

—Las han leído en la *Illustration*.

—Es verdad —dijo él, tranquilizado—. El suplemento de la *Illustration* llega a todas partes. Hasta a la peluquería… ¡Magnífico decorado el de esta plaza…! Pero no, el aire libre no es mi fuerte. El tema de mis obras transcurre entre cuatro paredes.

Ella respondió algo en voz baja conteniendo la risa; él rió también y añadió:

—Se elimina una de las paredes: esto es lo que debiera ser el teatro, la obra suprema que yo siempre he soñado…

—¿Sin diálogo, entonces?

Cuchichearon. Jean no oyó más que el latido de su sangre en los oídos.

Oyó la campanada de la una.

—No, no; hay que dormir ahora…

De nuevo, la risa contenida. Ella apoyó su cabeza en el hombro de él. Jean miró la pared delantera de la casa; la puerta cochera debía de ser muy vieja, en una de las hojas estaba colgada una herradura. *Hotel Garbet, bodas y banquetes*, leyó. En su imaginación comparaba al hombre de la ventana, de quien conocía cada inflexión de voz, con aquel hombre ya maduro de cabellos teñidos y peinados sobre un cráneo blanco, a quien los La Mirandieuze llamaban Raoul. La instintiva protección que buscaba el niño en el fondo de sí mismo contra un dolor atroz que todavía no experimentaba, esa protección se manifestó en una frase pronunciada por él con voz baja y distinta:

—Es divertido. —Y repetía con tono de broma—: No, ¡vaya una diversión! —Y aún—: ¡Bien! ¡Magnífico…! —Oyó el ruido de la ventana al cerrarse—. ¿Y qué, si esto le divierte? No hacen daño a nadie…

Y de pronto, tuvo miedo ante la idea de ser descubierto, de tener que hablar y oír sus explicaciones. ¡Qué horror imaginar el rostro de su madre lleno de vergüenza y oírla balbuciente…! Montó en su bicicleta y atravesó la plaza sin sentir ahora la fatiga de antes, alargando la distancia entre él y aquella habitación de Balauze; pero a la primera cuesta, le fallaron las fuerzas; desmontó, arrastró su bicicleta hasta un almiar, se dejó caer en el heno y perdió la conciencia de todo.

¡Qué calor más agradable le proporcionaba el heno!

A pesar del frío del alba, su piel ardía. Le dolía la cabeza. Sin duda, cantaba una alondra en la niebla, por encima de él. Cerca de sus oídos, una gallina y su pollada arañaban la tierra cloqueando y piando. Intentó levantarse y se estremeció.

«¡Cuánta fiebre tengo!», se dijo.

Tomó otra vez la bicicleta y trató de pedalear un rato. A cien metros, en el cruce del camino de Uzeste, una rama de pino colgada encima de una puerta anunciaba un parador. Apenas si pudo avanzar hasta allí y pedir un café caliente: una vieja le miraba murmurando en *patois*. El sol iluminaba el banco del umbral donde se dejó caer. ¿Y si el automóvil aparecía de pronto? Pero, no; ellos se levantarían tarde; aquellos puercos no tenían prisa… ¡Qué puercos! No por hacer el amor, sino por hacer remilgos. Él había acabado de que le engañaran. Ya no se dejaría engañar por nadie. Todo el mundo duerme con todo el mundo: así es la vida. ¿Con quién dormía el tío Adhémar? ¿Y monsieur Rausch? ¿Y monsieur Calou? Sería divertido vigilarlo. Les preguntaría a todos… A menos que no reventara en aquel momento…

Humedeció sus labios en el café; bebió algunos tragos y se volvió para vomitar. Con la cabeza apoyada en la pared, cerró los ojos; ni siquiera tenía fuerzas para espantar a las moscas que se posaban en su cara ardiente. Pasó una bicicleta y aminoró la marcha. Oyó un grito; su nombre repetido varias veces. La enorme cara anhelante de monsieur Calou estaba ahora cerca de la suya. Haciendo un esfuerzo quizás hubiera podido intentar comprender, contestar. Pero puesto que el cura estaba allí… no tenía más que abandonarse a él, dejar hacer. Se sintió levantado en brazos como un niño y dejado después sobre el lecho de una habitación oscura que olía a estiércol. Monsieur Calou lo había abrigado con su vieja esclavina negra y, después, discutió largo rato con el hospedero, que no quería alquilar su carro porque era día de mercado en Balauze.

—Cueste lo que cueste —repitió la voz irritada de monsieur Calou.

Por fin, las herraduras del caballo repiquetearon sobre el suelo del patio. Habían puesto paja en el vehículo. El cura tomó en brazos a Jean, que se había dormido y cuya cabeza se balanceaba sobre el hombro, y lo tendió en la paja; después, lo tapó de nuevo en su esclavina. Se había quitado el suéter que se había puesto al alba bajo la sotana; hizo un lío con él y lo colocó bajo la nuca del muchacho.

La pleuresía fue grave: hubo peligro durante quince días. El zuavo pontificio permaneció cuarenta y

ocho horas en el presbiterio y estuvo de acuerdo con monsieur Calou en no decirle nada a la condesa. Se le dijo que había tenido una bronquitis y ella no manifestó ninguna inquietud. La cura de altura no existía entonces o, cuando menos, su uso no se había generalizado. El médico bordelés a quien se consultó prefería el aire libre bajo los pinos para toda esta clase de enfermedades y aconsejó al coronel que aceptara el ofrecimiento de monsieur Calou; el cura se encargaría de preparar en dos años a Jean para el Bachillerato, evitándole así todo desgaste. Pero lo que más decidió al zuavo pontificio fue su repugnancia a enviar a su sobrino a un colegio deshonrado por el «escándalo del matrimonio Puybaraud».

La noche en que se tomó la decisión de dejar a Jean en Baluzac, el cura hubiese deseado que Dios fuera alguien a quien poder besarle las manos y los pies en signo de gratitud. Jean guardaba un silencio hostil, y no hablaba más que para pedir con tono imperativo lo que le era necesario. Monsieur Calou no sabía nada de lo que había ocurrido en Balauze; pero le bastaba ver la herida: cómo había sido dado el golpe y con qué arma, lo sabría un día, más tarde, o quizá nunca. Pero no era esto lo que importaba, sino impedir que se extendiera la infección. Al llegar el crepúsculo, se sentó a la cabecera de Jean soñoliento y le preguntó si no le daría miedo pasar un invierno en Baluzac. El muchacho dijo que esto le tenía sin cuidado, y que todo era mejor que monsieur Rausch, pero que lamentaba, no obstante, no poder ejecutar su proyecto de «romperle los morros».

El cura fingió creer que el muchacho bromeaba.

—… Además, verás qué buen fuego hago. Y las horas de trabajo, la lectura. Tomarás notas, saborearemos jarabe de nueces. El viento del Oeste hará gemir los pinos, lanzará la lluvia contra las ventanas…

Con torpe voz, Jean dijo que todo eso «debía carecer de encanto…». Monsieur Calou respondió calmosamente diciendo que todo dependía de tener encanto en el corazón.

—¡Allá usted! (Siempre la voz de otro, la voz extranjera).

El abate, sin desconcertarse, guardó el rosario en el bolsillo de su sotana, sacó la pipa y olió. No era posible fumar en la habitación de Jean.

—¡Oh! Yo —dijo— ya soy un hombre viejo que ha llegado a puerto.

—Sí, sí. El buen Dios. Ya conozco la música.

El cura puso su mano en la frente de Jean.

—Claro que sí, el buen Dios primero y siempre.

Y, además, tenía un hijo, un hijo perverso; es decir, que quería ser perverso, pero era su hijo…

Jean se incorporó sobre las almohadas y exclamó:

—No siga usted con estas cosas. Execro todo lo que usted representa, para que lo sepa.

—Conseguirás que te suba la fiebre —dijo el cura.

¡Cuánto sufría el pequeño!

«Se ensaña contra mí porque estoy aquí y no tiene a nadie a quien morder».

El abate reflexionaba con los codos apoyados sobre las rodillas, conservando a propósito su cara entre las sombras porque Jean, desde sus almohadas, trataba de ver si el golpe había producido efecto. Pero aunque la lámpara lo hubiera iluminado de lleno, nada hubiera descifrado el enfermo en aquella cara desprovista de toda expresión. Y, de pronto, se avergonzó de todo lo que había dicho.

—No digo esto en contra de usted —dijo con la cabeza baja.

Monsieur Calou se encogió de hombros.

—Son palabras para desahogarte… Pronto podrás recibir visitas.

—No conozco a nadie.

—¿Y los Pian?

—Desde el punto y hora que no han venido, ni han escrito siquiera…

—Todos los días se interesan por tu salud.

—Pero no han venido… —insistió, volviéndose hacia la pared.

Uno de nuestros aparceros, que vivía en Baluzac y nos llevaba la leche todas las mañanas, nos daba, en efecto, noticias de Jean. Pero el cura se había asombrado al ver que ninguno de nosotros daba señales de vida. No dudaba de que Mirbel estuviese apenado, sin poder medir hasta qué punto nuestra aparente indiferencia le había herido. Sin embargo, el cura de Baluzac, convencido de que en todo aquello tenía que ver la «madre Brigitte», decidió ir a Larjuzon en cuanto mejorara su enfermo, dispuesto a aclarar este punto.

Capítulo noveno

El correo llegaba a Larjuzon cuando la familia se reunía a desayunar. Mi madrastra, bien viniera de misa o descendiera de su habitación, estaba ya completamente vestida y abotonada hasta el cuello. La mañana en que leí en alta voz la carta del abate anunciándonos la enfermedad de Mirbel, tenía ella la expresión dura y sombría de los días malos. A las once, debía de dar clase de catecismo a los niños de primera comunión que, según ella, era tontos y estúpidos, incapaces de aprender nada y que no se complacían en otra cosa que en pellizcarse mutuamente en las partes carnosas. Sucios, además, emporcaban el suelo y olían mal. En cuanto a su gratitud, ¡bien!, ya podía uno reventarse con ellos. Si se daba el caso, los padres serían los primeros en asaltar vuestra casa y asesinaros.

Sabíamos de antemano que en los días de catecismo bastaba el menor choque para que se manifestara la fogosa naturaleza con que el cielo había regalado a Brigitte Pian.

—¡Dios mío! —exclamó Michèle en cuanto hubo terminado la carta—, hay que ir inmediatamente a Baluzac. Y yo que todavía no estoy vestida…

Se dejó oír entonces la voz de mi madrastra.

—No pretenderás ir esta mañana a Baluzac.

—Claro que sí. El pobre Jean…

—¡Te lo prohíbo!

—¿Por qué no esta mañana?

—Ni esta mañana ni esta tarde —concluyó Brigitte, pálida de cólera.

Nos miramos estupefactos. A pesar de que las relaciones de mi madrastra con Michèle fuesen siempre muy tirantes, hasta entonces había evitado siempre todo conflicto.

—¿A qué viene esto? —preguntó Michèle con insolencia—. No hay motivo ninguno para que nos hagas esperar a mañana.

—Tampoco irás mañana. No irás nunca más a Baluzac —exclamó—. Y no te hagas la sorprendida, pequeña hipócrita.

Mi padre levantó la cabeza por encima del *Novelliste* y miró asustado a su mujer:

—¿Por qué te pones así, Brigitte?

—Debí haberlo hecho antes. —Y su voz se hizo solemne. Y como Michèle preguntara de qué se le acusaba—: No te acuso de nada —declaró mi madrastra—. Creo en el mal cuando lo veo con mis propios ojos.

Mi padre se levantó. Estaba vestido con un viejo batín pardo. Mechones de pelo gris salían por el cuello desabrochado de su camisa.

—Esto no impide que digas…

Ella fijó en él una mirada angelical.

—Me duele hacerte sufrir. Pero es preciso que lo sepas. Dicen que se encuentra con el pequeño Mirbel en el molino de monsieur Du Buch.

Michèle respondió firmemente que era cierto que se hubiese encontrado con Jean algunas veces. ¿Qué mal había en ello?

—No te hagas la ingenua, que no sabes hacerlo. Te han visto.

—¿Qué han podido ver? No había nada que ver.

Mi padre la atrajo tiernamente hacia sí.

—En efecto. No hay mal ninguno en que te hayas visto con el pequeño Mirbel en el molino de monsieur Du Buch. Pero no importa que seas una niña, aparentas más edad, y la gente del pueblo, sobre todo las mujeres, son víboras.

Brigitte le interrumpió.

—En efecto, víboras… Y no tienes por qué tomar la defensa de Michèle contra mí. Sólo intervengo para ponerla al abrigo de murmuraciones, que quizá son calumnias, antes de que sea demasiado tarde. El pequeño Mirbel es un muchacho extraviado. ¡Que Dios me perdone haberlo recibido en esta casa! ¿Hasta dónde hubiese ido a parar? —añadió a media voz con aire reflexivo—. Esto es lo que me pregunto.

¡Cuán cariñosa se había convertido de pronto! Mi padre la cogió de la muñeca.

—Desembucha de una vez —dijo—. ¿Qué es lo que pasa?

—Pasa… Pero déjame primero —exclamó ella—. ¿Olvidas quién soy? ¿Quieres la verdad? Pues bien, ¡la tendrás!

Mi madrastra, enfurecida, dio la vuelta a la mesa y, atrincherada tras la vajilla de plata y las tazas, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla, y como si se concentrara tras sus membranosos párpados, dijo por último:

—Michèle es una muchacha a quien le gustan los hombres. Esto es lo que hay.

Durante el silencio que siguió a estas palabras, no nos atrevimos a mirarnos. Brigitte Pian, repentinamente desilusionada, vigilaba, no sin angustia, al padre y a la hija.

Octave Pian se había incorporado. Parecía muy alto, tanto como yo lo recordaba antes de la muerte de mi madre. Herido en su ternura, en ese sentimiento de los padres hacia las hijas en el que hay tanto respeto y un pudor tan susceptible que no perdonan jamás a aquellos que, una sola vez, lo han ofendido, se evadió por fin a su negra tristeza, desemboscado del recuerdo de su mujer muerta por aquella que estaba allí, ante él, y terriblemente viva.

—¡Una niña que apenas tiene quince años! ¡Qué increíble! ¿No te da vergüenza?

—¿Vergüenza de qué? No acuso a Michèle —dijo mi madrastra con voz dominadora—. Te lo repito: quiero creer, creo con toda mi alma en su inocencia, en su relativa inocencia.

Pero existen madres solteras de catorce y quince años.

¡Se veía claramente que él no visitaba a los pobres!

Oí de qué modo había dicho «madres solteras». No se podía dar a dos palabras semejante tono de violenta repulsión. En voz baja, le pregunté a Michèle qué quería decir aquello. Ella no contestó —quizá no lo sabía—; con los ojos fijos en mi padre, dijo:

—No la crees, ¿verdad?

—No, claro que no.

Y la atrajo hacia sí.

—¿Quieres que vengan los que te acusan, los que pretenden haberte visto con sus propios ojos? —preguntó mi madrastra.

Y como la niña dijera:

—¡Sí, que vengan!

Mi padre replicó súbitamente calmado:

—¡Ah, ya sé! Son los Vignotte. ¡Los Vignotte! Los conozco… Así, te ha bastado la murmuración de esa gente…

—¿Quién te ha dicho que me alegro de ello? Te repito que no acuso a nadie. Cumplo un penoso deber: me refiero a un testigo. Eso es todo. Te incumbe a ti el comprobarlo. Mi trabajo termina donde empieza el tuyo.

Brigitte Pian se cruzó de brazos, imparcial, inatacable, justificada de antemano ante Dios y ante los ángeles.

—¿Y qué hacía Michèle, según los Vignotte?

—Pregúntaselo tú. Supongo que no querrás que ensucie mis labios… Será horrible oírlo. Pero si es necesario, si exigen mi presencia, hallaré las fuerzas necesarias en el profundo amor que os profeso a todos y, especialmente, a ti, querida Michèle. Puedes murmurar todo lo que quieras; nunca te he querido como ahora.

Derramó dos o tres lágrimas que no secó hasta que todos los presentes las hubimos visto; mi padre, con mucha calma, me ordenó que fuera en busca de los Vignotte.

Vignotte entró con el sombrero en la mano; su ojo derecho, que había sido herido por un perdigón un día de caza, estaba cerrado. El otro miraba fijamente con una especie de intensa estupidez. Tenía una barba inculta en torno a una boca llena de raigones, y las piernas arqueadas. Prescindía de los zapatos, deslizándose por la puerta entreabierta, con los pies enfundados en unas zapatillas que, al andar, arrastraba

sobre el suelo. Cuando uno se volvía, ya estaba allí sin que nadie lo hubiera oído, obsequioso, riendo hipócritamente y apestando a sudor y a ajo.

Desde el umbral, comprendió de qué se trataba. Mi padre me ordenó que saliera y le dijo a Michèle, dulcemente, que subiera a su habitación y esperara a que él la llamase. Me dirigí hacia el salón, pero permanecí cerca de la puerta en un estado de viva agitación en la que recuerdo dominaba la secreta esperanza de que Michèle y Jean iban a ser separados. Yo podría entonces estar entre los dos; no se comunicarían sin que yo no lo quisiera y bajo mi fiscalización. Todo esto no estaba claramente concebido, pero sí sentido, experimentado con una fuerza increíble. Había corrido como un loco en busca de Vignotte y lo había llevado apresuradamente, lo que iba contra las costumbres de este hombre circunspecto, y le había obligado a seguirme sin tener tiempo de «ponerse el paleto», como él llamaba a su chaqueta. Le escuché a través de la puerta.

—No he dicho eso… He visto lo que he visto… No, claro, yo no entré en la barraca. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban allí sin hablar? ¿Y qué es lo que hacían, si no hablaban? No tenía necesidad de ver para saber… ¿Mirábanse al blanco de los ojos quizás? En fin, yo… A mí, me tiene sin cuidado.

Mi padre hacía preguntas que yo apenas entendía. No levantaba la voz. Su modo de hablar era tan lánguido como de costumbre. En ese momento, usaba de un término *patois* que acentuaba y que yo comprendía mejor que los demás. Se había convertido en el maestro que no tiene necesidad de gritar y que se hace temer tan sólo por su inflexión de voz. Interrumpió a mi madrastra, que le había cortado la palabra.

—Déjame terminar con Vignotte.

No era ni siquiera una disputa, ni aun una discusión, sino un juicio. Cuando mi padre terminó de hablar, sólo oí el ruido de trompeta que hacía Vignotte cuando se sonaba. Después, mi madrastra abrió la puerta y apenas tuve tiempo de retroceder. Ni siquiera me miró. Con su sombrero jardinero plantado sobre el moño y las manos enfundadas en mitones blancos, llegó al vestíbulo, cogió una sombrilla y bajó la escalera de la puerta de entrada; parecía menos furiosa que ensimismada. Por Michèle supe, algunos minutos más tarde, que mi padre había demostrado un espíritu de decisión que había sido suyo en otro tiempo, pero del que ya no nos acordábamos.

Al parecer, había dado la razón a su mujer, prohibiendo a Michèle, no sólo toda visita a Baluzac, sino cualquier intercambio de correspondencia con Jean. Me quedé estupefacto al saber que la prohibición también me atañía. Para asegurarse de que no la violaríamos, mi padre confiscó nuestras bicicletas hasta nueva orden. La hermana Scholastique, la superiora de la escuela libre, que estaba muy agradecida a mis padres, sería la encargada, durante los ocios de nuestras vacaciones, de dirigir los estudios de Michèle. A decir verdad, Brigitte no tenía ninguna sospecha con respecto a su hija, y se lo dijo mientras la besaba con ternura, pero conocía la ferocidad de la gente de Larjuzon y quería sustraerla a sus murmuraciones. Así, pues, Brigitte Pian hubiera triunfado si mi padre no hubiese pedido a los Vignotte que se buscaran otro empleo. Este golpe hirió directamente a su protectora. Arguyó en vano que era muy peligroso convertirlos en enemigos, teniendo en cuenta las armas de que disponían. Pero mi padre le dijo que había hecho callar para siempre a los Vignotte, puesto que disponía de los medios para cerrarles la boca.

Así, esta calumnia que tuvo consecuencias tan graves para algunos de nosotros, había tenido el feliz resultado —por poco tiempo, ¡ay!— de despertar a nuestro padre del estupor en que vivía desde hacía seis años. Brigitte vio levantarse ante ella un adversario que desde hacía tiempo no tenía ningún interés a sus ojos. El amor de su marido por Michèle procedía de su pasión por la primera señora Pian. En el fondo, era siempre la muerta quien alentaba; he aquí, sin duda, lo que había comprendido mi madrastra, y esto es lo que explica su conducta en los días que siguieron.

En todas circunstancias, Brigitte Pian buscaba sinceramente el bien, o al menos estaba convencida de que así lo hacía. Y esto hay que tenerlo en cuenta sin cesar al leer estas Memorias. Yo hubiese podido pintarla con otra luz distinta de la que en estas páginas la ilumina tan cruelmente. Sin duda, he visto sufrir demasiado cerca a sus víctimas; pero, en el momento de dar cuenta de su acción, aparentemente tan negra, sería injusto ceder a la facilidad de no iluminar más que un solo lado de esta alma temible.

Importa decir que cuando Brigitte Maillard, antes de su matrimonio, pasaba algunas semanas del verano en Larjuzon, hallábase mezclada en uno de esos dramas entre esposos, sin episodios visibles, sin explicaciones y que duran hasta la muerte, rodeados de silencio. Mi padre veía sufrir a una criatura adorada, a su mujer, Marthe, a causa de otro; y él no podía hacer por ella más que aumentar sus remordimientos ante el espectáculo de su propia tristeza. Hombre sencillo y poco acostumbrado a la introspección, había hallado en Brigitte la ayuda de un comentario lúcido. Estaba unido a ella por un

estrecho lazo, pero destinado a romperse con las mismas circunstancias que lo había visto nacer. Brigitte se vanagloriaba de haberlo salvado del suicidio; y es cierto que en el peor momento él había podido confiarse gracias a este confidente atento que le seguía, e incluso le precedía, en todas las revueltas de su horrible prueba, y le ayudaba a comunicar con su mujer, de la que ella era prima y amiga de la infancia.

Brigitte, convertida en segunda madame Pian, con toda buena fe, consideró como un deber esencial perfeccionar su obra arrancando a su esposo de la influencia de la muerta, tanto más cuanto que él había consentido en este segundo matrimonio con la esperanza de curarse. Un rencor personal, unos celos inconfesados, pudieron orientar a continuación las acciones de mi madrastra. Pero, a fin de cuentas, ella estaba en el derecho de creer en esta misión de que su esposo la había investido.

Cuando, al cabo de algunos meses, se dio cuenta de que Marthe reinaba siempre, gracias al prestigio de una virtud que, a pesar de la pasión más viva, pasaba por no haberse sometido nunca, y que continuaba siendo a los ojos de mi padre una heroína capaz de morir de amor, pero no de traicionar la fe jurada, Brigitte creyó, al principio, que era importante asegurarse de que esta aureola no había sido usurpada. El día en que ella entregara a su marido la prueba del adulterio cometido por la primera madame Pian, y de que ella no había adoptado la apariencia de la virtud sino después de que su amante la hubiera abandonado, y que, en fin, se había matado de desesperación aquel día, Brigitte creía que su esposo se libraría de esta vergonzosa mixtificación. Ahora bien, mucho tiempo antes de poseer el testimonio ante los ojos y acordándose de ciertas confidencias recibidas, no dudaba de que su prima y amiga no hubiese sido culpable; y acaso no deseó tan ardientemente ocupar su puesto más que con objeto de descubrir la prueba y visitar libremente las habitaciones, registrar los cajones y bargueños.

Se dedicó a ello con increíble felicidad. En las primeras semanas de su matrimonio, halló un documento que sobrepasaba sus esperanzas hasta tal punto que creyó más prudente guardar silencio. Que Brigitte Pian fuera capaz de sentir piedad, lo veremos aquí, y lo mismo si venció la tentación de hablar mientras esperaba curar a su marido sin tener que abrirle los ojos.

Precisamente, pareció curado una vez se hubieron marchado los Vignotte. Batida en este punto, Brigitte recibió plena satisfacción en los demás. No pudo menos de aplaudir una decisión tomada poco después por mi padre: Michèle, al comenzar el curso, sería alumna de las Corazonistas, donde ella había sido educada en calidad de externa. Para Octave Pian no se trataba de un castigo, sino del medio más seguro de separar a su hija de una temible madrastra.

Así, pues, Brigitte hubiera debido considerarse satisfecha; pero no era así: el padre defendía a la muerta en su hija. El retorno de Octave a la vida finalizaba la victoria, no de Brigitte, sino de Marthe: de aquélla a quien él se consideraba sometido para siempre. He aquí, sin duda, la verdad que había entrevisto mi madrastra en su conciencia oscura y que la incitó a hacer estallar una mina tanto tiempo disimulada y demorada.

Mi hermana y yo permanecimos, sin embargo, estrechamente vigilados. Por desgracia para nosotros, la mujer de Correos era una educanda de Brigitte y había debido recibir instrucciones muy precisas con respecto a nuestras cartas. Todo el correo de Larjuzon debía ser depositado cada tarde en la oficina, de donde el cartero lo tomaba al día siguiente, por la mañana. No salía un sobre de nuestra casa sin que nuestra madrastra no hubiera ejercido su fiscalización.

Michèle sólo contaba conmigo para enviar un mensaje a Jean. No porque ella hubiese querido faltar a la promesa de no escribirle, hecha a nuestro padre, sino porque quería enviarle un medallón de oro, en forma de corazón, que llevaba en su pecho y que contenía cabellos de nuestra madre. Me extrañaba que se desprendiera de esta reliquia en favor de Mirbel, y no me apresuraba a intentar una carrera tanto más larga y fatigosa cuanto que hubiese sido necesario rodear el pueblo para evitar ser visto y denunciado. Por otra parte, una ausencia tan prolongada hubiese sido sospechosa para Brigitte, que me vigilaba con extraordinaria atención, desprovista, además, de malevolencia: a veces, me estrechaba contra su pecho, me apartaba el pelo de la frente y murmuraba: «¡Pobre pequeño!», exhalando un suspiro.

Cuanto más insistía Michèle, mayor repugnancia sentía yo de intentar la aventura. De este modo, con vanas discusiones, se malograron nuestras últimas semanas de vacaciones. Perdí el placer de aquellas largas horas en compañía de mi hermana, sin nadie entre nosotros, y de las que yo me había hecho una idea tan amable. Creí que encontraría a Mirbel cuando se inaugurara el curso. Ignoraba entonces que se quedaría todo el año en Baluzac. La suerte que me esperaba, la peor que yo hubiese podido imaginar, me era desconocida. En el colegio, me vanagloriaba de no compartir con nadie la amistad de Mirbel. Seguramente, amaba sobre todo en mí al hermano de Michèle. Pero ellos no se verían más, no tendrían medio alguno de

relacionarse; y yo, yo estaría siempre allí: el único de todos los alumnos que existiría a sus ojos.

Un día de septiembre, hacia las cuatro, desembocó en la avenida una bicicleta montada por un sacerdote. Michèle gritó:

—¡El abate Calou!

Brigitte nos ordenó que nos fuéramos a nuestras habitaciones y, como Michèle protestara, mi padre corroboró esta orden con tono firme. Incluso se quedó él mismo, a pesar de que figurara en sus costumbres el refugiarse en su despacho en cuanto se anunciaba una visita. Sin duda, quería estar seguro que su mujer no diría acerca de Michèle más de lo que se había dicho de entre ambos. No habiendo sido testigo de esta entrevista, reproduciré aquí las notas que aquella misma noche apuntó monsieur Calou en su agenda, por concretas y sucintas que éstas sean.

«Asombrosa mujer: un milagro de deformación. A sus ojos, las apariencias del mal cuentan tanto como el propio mal, cuando le interesa. Una naturaleza profunda; pero como esos viveros en los que la mirada puede seguir las idas y venidas de los peces, así, en madame Pian, aparecen desnudamente los motivos más secretos de sus actos. Si alguna vez este poder de juicio y de condenación que ella tiene para los demás se volviera contra ella, ¡cuánto sufriría!

»Escandalizado de que me convierta en abogado de estos dos niños y que espere un gran bien para Jean, de este primer amor. Frunce los labios y me llama "vicario saboyano". He tenido la audacia de ponerla en guardia contra esta interpretación temeraria del deseo divino de que abusan demasiadas personas piadosas. Pero ¡qué imprudencia haber hecho extensiva mi crítica a los sacerdotes! La dama se ha dado maña en reargüir que yo negaba los derechos de la Iglesia militante; imagino ya la denuncia que es capaz de dirigir al arzobispo. A Brigitte le interesa menos comprender nuestro pensamiento que retener de él lo que cree puede inducirnos a error ante la autoridad e incluso a perdemos. Se lo he dicho y nos hemos separado con un saludo muy respetuoso por mi parte, pero muy seco y muy cortés por la suya.

»De regreso, cerca del portal, vi a Michèle que salía de detrás de unos arbustos, muy colorada y no atreviéndose a hablarme. Bajé de la bicicleta y ella me dijo:

»—¿Cree usted en lo que le han contado?

»—No, Michèle.

»—Señor cura, quiero que usted sepa… Si me confesara a usted… No tendría nada que decirle a propósito de Jean.

»Estaba llorando. Yo balbucí:

»—¡Que Dios os bendiga a los dos!

»—Dígale que no puedo ni verle ni escribirle, que iré a un pensionado a principio de curso… ¡Y vigilada! Imagine las instrucciones que se habrán dado con respecto a mí. Pero diga a Jean que le esperaré el tiempo que sea… ¿Se lo dirá?

»He intentado bromear:

»—¡Es una rara misión para un sacerdote, Michèle!

»—¡Oh, un sacerdote! Fuera de mí, no tiene a nadie en el mundo que lo quiera, excepto usted.

»Y dijo esto como una cosa natural, la más sencilla, la más evidente. No he podido contestarle nada. He tenido que volver la cabeza. Luego, me ha dado un paquetito para él.

»—He jurado no escribirle, pero no dejar de darle un recuerdo mío. Dígale que es lo dé más valor que poseo. Quisiera que lo conservase hasta que volviéramos a vernos. Dígale…

»Me hizo señas para que me fuera y desapareció: a través de los árboles se veía la toca de la hermana Scholastique».

El abate Calou halló a Jean donde lo había dejado: tendido en una silla extensible, tras la casa, en el lado oeste. Tenía un libro abierto sobre las rodillas, pero no leía.

—Bien. Menudo lío has armado en Larjuzon, mi pobre amigo.

—¿Viene usted de Larjuzon?

Mirbel intentaba en vano adoptar una actitud indiferente.

—Sí, y madame Brigitte ha hecho de las suyas. Figúrate que Michèle…

A las primeras palabras del cura, no pudo contenerse más y exclamó:

—Debió de haberme contestado. Cuando se ama se pasa por encima de todo, se arriesga todo…

—Es una niña, Jean, pero la más valerosa que he conocido.

El muchacho, sin mirar al abate, le preguntó si había hablado con ella.

—Sí, unos minutos. Me acuerdo bien de lo que me ha encargado que te dijera: no puede ni verte ni escribirte; en cuanto se inaugure el curso ingresará como pensionista de las Corazonistas. Pero te esperará durante años, si es preciso.

Adoptó el tono del que recita una lección aprendida de memoria: así conseguía dar más peso a sus palabras.

—¿Y después? ¿Esto es todo?

—No. Me pidió que te entregara esto… Dice que es lo más valioso que tiene, y que lo conserves hasta que os encontréis de nuevo.

—¿Qué es?

El cura no lo sabía. Después de haber dejado el objeto en las rodillas de Jean, entró en la casa. Por los postigos entornados, observó al muchacho que contemplaba, en el hueco de su mano, el pequeño corazón de oro y la cadena y lo llevaba a sus labios como si bebiera.

Monsieur Calou se sentó a su mesa, abrió el manuscrito de la *Teoría de la fe en Descartes*, y volvió a leer el último párrafo. Pero no pudo contenerse y volvió a la ventana. Mirbel tenía la cara oculta entre las manos, y el medallón se hallaba sin duda entre las manos unidas y los labios.

Desde hacía dos días, Jean desayunaba y comía en el comedor. Hacia las siete, se sentó frente al cura, tan taciturno como había estado hasta entonces. Monsieur Calou había decidido tener al alcance de la mano, mientras comía, una revista o un periódico. Sin embargo, desde el primer plato, advirtió que Jean lo observaba de soslayo. Si el niño aún se callaba, debía ser por timidez, por tortura o por no poder hallar una fórmula para entrar en materia. Por su parte, el abate temía que una palabra torpe lo echara todo a perder. Como hacía siempre, se contentó con observar el apetito de Jean, que era caprichoso. Y cuando, después de la cena, se hallaron detrás de la casa, él le preguntó qué era lo que comería con gusto al día siguiente. Jean respondió que no le apetecía nada, pero lo dijo sin su habitual desabrimiento. Y, de pronto, le hizo esta pregunta:

—¿Es que realmente le interesa a usted mi salud?

—¡Vamos, Jean!

Él murmuró: «¡No! ¡No es broma!», con un tono infantil; se sentó en la silla de tijera y tomó la mano del abate, que se había quedado de pie. Sin mirarle, le dijo:

—No he sido correcto con usted… Y usted… Lo que ha hecho hoy…

Lloraba como lloran los niños, sin ninguna vergüenza.

El abate se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Usted no puede saberlo… Si Michèle me hubiera abandonado, me habría matado… ¿No lo cree?

—Sí, hijo mío, te creo.

—¿Lo cree de veras?

¡Qué necesidad tenía de confianza y de que le creyeran!

—Comprendí en seguida que iba en serio.

Y como Jean dijera a media voz: «¿Acaso he soñado? ¿He visto en Balauze lo que he visto?», el cura le interrumpió:

—Si ha de hacerte daño, no me lo cuentes.

—Nos mintió, ¿no lo sabía usted? Mintió cuando dijo que se hospedaría en Vallandraut. Habían alquilado una habitación en Balauze, en el «Hotel Garbet».

—Todas las mujeres dicen una cosa y hacen otra, ya se sabe.

—No estaba sola… Había un tipo con ella. Los vi en la ventana de su habitación, a medianoche.

Los había visto y sus ojos los veían aún. Monsieur Calou le cogió la cabeza con las dos manos y la sacudió suavemente, como para despertarle.

—No hay por qué intentar penetrar en la vida de los seres a pesar de todo: no olvides esta lección. No hay que abrir la puerta de esa segunda ni de esa tercera vida que sólo Dios conoce. Jamás se debe volver la cabeza hacia la ciudad secreta, hacia la ciudad maldita de los otros, si no quiere uno convertirse en una estatua de sal…

Pero Jean insistía con la mirada perdida aún en la lejanía, describiendo lo que aún veía, lo que vería hasta la muerte.

—Un hombre, casi un viejo… Lo conozco. Es un tipo de París que escribe obras de teatro… Tiene el pelo teñido, una gran barriga y una boca… ¡Ah, es innoble!

—Di que para ella encarna el espíritu, el genio y la gracia. Amar a alguien es estar solo viendo una maravilla invisible para los demás… Hay que volver a casa —añadió luego de una pausa—. Ya es de noche y no estás muy abrigado.

Mirbel le siguió con docilidad. El abate lo llevó del brazo hasta la alcoba biblioteca donde Jean se tendió. Monsieur Calou encendió la lámpara y acercó su butaca.

—¿Y ellos? —preguntó—. ¿Te vieron?

—No, estaba pegado a la pared de la iglesia; escondido bajo su sombra. Me marché antes de que amaneciera y dormí en un pajar. Si usted no me hubiera encontrado, creo que hubiese reventado como un perro enfermo. Cuando pienso en lo que usted ha hecho…

—Supongo que no habrías pretendido que te esperara tranquilamente. Te tengo a mi cargo, era responsable de lo que te ocurriera. ¿Imaginas lo que me hubieran mareado?

—Pero ¿por esto? ¿Sólo por esto?

—¡Idiota!

—¿Porque me quiere un poco?

—Como si no hubiera más que un viejo cura que quisiera a Jean de Mirbel…

—¿Es posible? ¡No, no es posible!

—Mira ese corazón de oro… ¿Dónde lo has metido? ¿Colgado de tu cuello como ella lo llevaba? ¿En tu pecho? Sí, es ahí donde debe estar, para que lo sientas siempre, para que en los malos momentos no tengas más que llevarte la mano a él y…

—Es una niña. Ella no me conoce, no sabe lo que soy. No podría comprenderme, ya ve usted, es tan pura… Ni aunque se lo contara. Y usted tampoco. Usted no sabe lo que he hecho…

Monsieur Calou le puso la mano en la frente.

—Tú no eres un justo, estoy seguro; no eres de la raza de los justos. Tú eres de esos a quienes Cristo ha venido a buscar y salvar. La pequeña Michèle te quiere por lo que eres, como Cristo te ama tal como te ha hecho.

—Mamá no me quiere.

—Su pasión le impide sentir el amor que te tiene… Pero este amor existe.

—La odio.

Esto fue dicho con ese tono forzado, un poco artificial, que él tenía a veces.

—¿Cree usted que bromeo? No, es cierto que la odio.

—Claro. Como se odia a quienes se ama. Nuestro Señor exige que amemos a nuestros enemigos; frecuentemente, esto es más fácil que no odiar a los que amamos.

—Sí —dijo Jean—, porque nos hacen demasiado daño. —Apoyó la cabeza en el hombro del cura y añadió en voz baja—: ¡Si usted supiera el daño que me ha hecho…! Incluso ahora, a cada momento: es como si tocara una llaga. Sufro hasta gritar, hasta morir…

—Hijo mío, hay que perdonar mucho a las mujeres… Yo no puedo explicarte todavía por qué. Me comprenderás más tarde, tú que les harás quizá tanto daño… Incluso las más satisfechas en apariencia, merecen nuestra piedad. No una piedad turbia y cómplice, sino la piedad de Cristo, una piedad de hombre y de Dios que sabe con qué sucia arcilla ha moldeado a sus criaturas. Pero aún no es tiempo de hablarte de estas cosas.

—Ya sabe usted que no soy un niño.

—No, realmente eres un hombre: se tiene la edad del sufrimiento que se experimenta.

—¡Ah, usted lo comprende!

El sacerdote y el niño aún hablaron mucho, incluso después de que éste se hubiese acostado. Y cuando el deseo del sueño le cerró los ojos, pidió a monsieur Calou que rezara sus plegarias cerca de él y que no abandonara la habitación hasta que se hubiera dormido.

Capítulo diez

Me despertó el canto de un gallo. ¿Era ya el alba? Encendí una cerilla. Todavía no eran las cinco. Decidí esperar aún. Aquel viaje a Baluzac, que Michèle no había podido conseguir de mí, estaba dispuesto a intentarlo aquella mañana por mi cuenta y riesgo. El día anterior, por la tarde, después de la visita de monsieur Calou, había sabido por mi madrastra que Mirbel no volvería aquel año al colegio. ¿Me había visto ella estremecerme? ¿Había comprendido todo lo que eso representaba para aquel muchacho un poco pálido, que aparentaba indiferencia? Añadió que esto había modificado sus proyectos, puesto que, al principio, había dispuesto, de acuerdo con mi padre, buscarme otro colegio para sustraerme a la influencia de aquella oveja descarriada; pero esto ya no era necesario. No encontraría a monsieur Puybaraud; pero también ella se felicitaba por esta ausencia. Yo estaba demasiado inclinado a la sensiblería y monsieur Puybaraud había sido para mí un pernicioso maestro.

Jean, en Baluzac; Michèle, pensionista… ¿Y yo? Aquel día, por primera vez, había visto desvelada a mi vieja enemiga, la soledad, con la que tan bien me avengo hoy. Nos conocemos; me ha asestado todos los golpes imaginables y ya no sabe dónde golpearme. No creo haber evitado ninguna de sus asechanzas. Ahora, ha terminado ya de torturarme. Atizamos juntos el fuego durante esas noches de invierno en que la caída de una «piña» o un rumor nocturno tienen para mi corazón tanto interés como una voz humana.

Ver de nuevo a Jean, por última vez, a toda costa… Hacer un plan para poder escribirnos… Me sería fácil escribirle; pero ¿dónde podría dirigir mis cartas? ¿Qué hacer para recibir su correspondencia en la lista de Correos? Verle por última vez; convencerme de que aún existía a sus ojos y de que Michèle no lo había acaparado todo. El color rosa de las cortinas enrojecía débilmente. Amanecía. Me vestí conteniendo el aliento. El suelo no había crujido; sólo la pared me separaba de la inmensa habitación en que se hallaban las camas de caoba de los señores Pian, tan distantes una de otra como era posible.

Mi puerta se abrió sin el menor ruido. A decir verdad, los peldaños de la escalera crujieron, pero Brigitte no tenía el sueño ligero. Saldría por la cocina para estar seguro de que no había sido oído. La llave estaba en el lavadero.

—¿Dónde vas tan temprano?

Contuve un grito.

Ella estaba allí, en la curva de la escalera, rígida a la pálida luz, vestida con una bata de color amatista. Una gruesa trenza, como una enorme serpiente con una cinta roja en el morro, le llegaba a la cintura.

Y de nuevo:

—¿Adónde ibas? Di. Responde.

Ni se me ocurrió mentir. Ella lo sabía todo antes de que yo hubiese abierto la boca; por otra parte, la desesperanza me había dejado sin fuerzas. La desesperanza, indudablemente; pero me lancé a ella para salvarme: intenté salvarme recurriendo a esa loca sensibilidad cuya manifestación asusta incluso a las personas más terribles y las obliga a cuidarme en vez de castigarme. Tuve un estertor, me ahogaba, fui demasiado lejos y no pude contenerme. Brigitte me levantó con sus brazos vigorosos y me llevó hasta su habitación, donde mi padre, que se había despertado sobresaltado, incorporado en la cama, se creía víctima de una pesadilla.

—Vamos, cálmate, no te voy a comer. Toma, bebe un vaso de agua. Es agua de azahar.

Me había oído desde su cama. Yo sollozaba:

—Lloro porque no le veré nunca… Quería despedirme de él…

—Se trata de Mirbel —dijo Brigitte a Octave—. ¡Esto es todo! Hay que preguntarse si no es demasiado tarde para reaccionar. ¡Qué morbosa sensibilidad! ¡Pobre criatura —añadió con desprecio—, qué herencia!

—¿Por qué hablar de herencia ante él? —preguntó mi padre con el mismo tono—. ¿Qué quieres

insinuar?

—¡Como si insinuara algo!

—¿No me crees?

Y sonriendo burlonamente repetía, con la cabeza baja: «¡Vaya, vaya!».

Jamás había visto tan pálido a mi padre. Estaba sentado en su cama; sus piernas, negras a causa del vello, no llegaban a tocar el suelo. Gruesas venas azules hinchaban sus pies de dedos deformes. A través de su camisón abierto, su pecho mostraba un mechón de pelo gris. Las piernas eran horriblemente delgadas, casi héticas. Brigitte, de pie, con su bata de obispo, con el cabello estirado desde la frente y con aquella enorme trenza gruesa y brillante, lo miraba con una mirada odiosa y circunspecta a la vez.

Mi padre se levantó, me tomó en sus brazos y me llevó a mi cama. Yo sollozaba apretándome contra su camisa. Me tapó de nuevo con las sábanas. Un pálido sol entraba a través de las flores de lis abiertas en las hojas de las ventanas. Oí de nuevo aquel tono de voz que me decía:

—Sécate los ojos, idiota. Suénate y duerme.

Y, al mismo tiempo, me apartaba el pelo de la frente y me contemplaba como si no me hubiera visto nunca.

Debí no haber sabido nunca lo que voy a contar aquí —con qué turbación, con qué vergüenza, pero es preciso—, y que no supe hasta el día siguiente de la Gran Guerra, en que me reconcilié con mi tío Moulis, un hermano de mi padre, de quien había estado separado toda mi vida por una de esas desavenencias familiares que nada tienen que ver con este relato. Había querido mucho a su hermana Marthe y deseaba conocerme antes de morir. Era arquitecto de la ciudad, como lo había sido mi abuelo. Había vivido siempre «como un bohemio, como un artista» y esto había sido la causa de que Brigitte Pian lo detestara, considerándolo como una fuente de esa corrupción en la que, según ella, mi madre había sido educada y se había perdido. Este cínico y viejo solterón, veinte años después de que el acontecimiento hubiera ocurrido, me puso al corriente de las circunstancias que habían señalado mi venida a este mundo. No podía probarme que yo no fuese el hijo de Octave Pian; pero creía más probable que debiese la vida a un primo hermano de mi madre, Alfred Moulis, «bello como el día», según me dijo mi tío; pero en la fotografía que me enseñó de él nada existía de ese encanto y no experimenté placer ninguno ante la idea de haber nacido de aquel muchacho de pelo rizado y cabeza de carnero. Desde su infancia, había sentido una gran adoración por su prima y ella le había correspondido. No me extenderé sobre detalles odiosos y no diré más que lo indispensable con respecto al papel descubierto por mi madrastra en los primeros años de su matrimonio.

Según el tío Moulis, se trataba de un memorándum escrito por mi madre, una especie de cálculos de aproximación de fechas, de los que se deducía que de ser yo hijo de Octave había nacido dos meses antes; y cierto es que cuando nací no tenía el peso normal y que hubieron de prestarme cuidados extraordinarios para salvarme. ¿A qué uso estaba destinado aquel papel? Mi tío creía que se trataba del borrador de una carta, pero no estaba seguro.

Pero Octave Pian tenía una razón que creía que no conocía más que él para dudar de que yo fuese su hijo, y a la que este documento dio mucha fuerza. El tío Moulis la tenía de su hermana… ¡Cuán delicado es referirse a estas cosas y cuán necesario sería poder utilizar otro lenguaje para ellas! Creí comprender que Octave pertenecía a esa especie de hombres muy extendida a quienes el exceso de su amor paraliza: suplicio atroz, sobre todo, cuando la pasión no es compartida y esa ridícula desesperanza es observada por un ojo frío y burlón.

Quisiera que el lector sintiera toda la repugnancia que yo experimento al escribir estas cosas y, conste que se trata de una historia en la que nada es invención, porque un novelista huye por instinto de esta especie de temas que causan horror. Pero desde el momento en que renunciamos a la ficción para seguir la pista de los destinos que realmente se han atravesado con el nuestro, caemos a cada instante en esas miserias de los sentidos, en esas aberraciones o, peor aún, en esas insuficiencias de las que detestamos oír hablar, tanto más cuanto que entre nosotros pocos o muchos han sido victimas de ellas. Renan dice que la verdad es quizá triste, y se refiere a ella en el plano metafísico. En el nivel humano, no sólo es triste, sino ridícula y vergonzosa, hasta el punto de que el pudor nos impide expresarla. De ahí el silencio en que se envuelve; y es preciso el escándalo de un proceso de separación o de divorcio para que se haga pública.

En octubre, cuando volví a la ciudad con mi madrastra, Octave Pian se quedó en Larjuzon. La separación de los dos esposos se había consumado sin haber sido decidida entre ellos. Todo se hizo con la mayor naturalidad. Mi padre, que no poseía aún el documento —olvidado por azar en un cajón de su habitación y que no debía tardar mucho tiempo en descubrir—, había sido preparado y «dispuesto» por Brigitte para verme partir sin pena, y para preferir la soledad y pasar el invierno en el campo antes que la convivencia con una mujer execrada y la presencia de ese hijo ante el cual se despertaba su angustia. El recuerdo que conservo de él es el de un hombre entregado a esa especie de estupor, a ese estado de soñolencia del que se había evadido unos días antes para defender a Michèle. Supongo que había comenzado a beber a partir de entonces, pero debió de entregarse totalmente a la bebida después de nuestra marcha.

Michèle estaba a pensión con las Corazonistas y yo me quedé solo con mi madrastra. Hasta mi bachillerato, en aquellos dos años grises, sufrí menos de lo que había imaginado. Estudiaba con facilidad, y Brigitte no tenía que temer apenas que se aburriese aquel muchacho taciturno que por las noches estudiaba sus lecciones y preparaba sus deberes sin que fuera necesaria vigilancia alguna. Mi padre fue a la ciudad una vez al mes durante aquel primer año, el día que salía Michèle, y nos llevaba a los dos a comer a un restaurante. Conservo aún esa impresión de alegría que experimentaba al elegir de la carta mis platos preferidos: ostras, lomo de liebre y cordero guisado. La seguridad de que Michèle y Jean estaban separados quizá para siempre parecía haber adormecido mi ternura y, al mismo tiempo, mis celos, salvo algunas veces, en sueños: siempre he tenido que sufrir para saber que amaba.

Debo referir aquí dos incidentes que dejaron en un punto muerto mi amistad por Mirbel. Una noche del primer invierno transcurrido en la ciudad, al regresar del colegio, mi madrastra, sin separar la vista del libro, me dijo:

—Hay una carta para ti.

Su afectada indiferencia no me engañó.

—Es de Mirbel —dije, después de mirar el sobre.

E, inmediatamente, con esa astucia de los niños para manejar a los padres difíciles, le pregunté cándidamente:

—¿Debo leerla?

Brigitte tuvo un movimiento de vacilación, y luego, decidió entregármela, pero con la idea de que se la sometiera si yo juzgaba que era mi deber. No me miró un solo instante mientras descifraba aquella carta en la que Jean de Mirbel, después de haberme descrito la «espantosa vida» que llevaba en el presbiterio de Baluzac, una «*vida capaz de inducirle a uno a levantarse la tapa de los sesos*», me rogaba que le enviara noticias de mi hermana.

«… y *tal vez pueda ella añadir unas palabras a tu carta. Esto sería para mí un motivo de dicha y ella no quebrantaría su promesa. Dile que nadie puede saber lo que es vivir en un cochino pueblo perdido en medio de los pinos, siempre con la compañía de un cura que es un excelente tipo, no digo lo contrario, y que hace cuanto puede por mí. Pero yo no soy un excelente tipo, y ésta es la desgracia. Dile solamente que tres líneas sería ya mucho para mí. No puede imaginar lo que esto me ayudaría*…».

Recuerdo mi helada cólera a medida que leía la carta en la que nada hallaba destinado para mí. La irritación dominaba la pena. Puesto que las cosas eran así era mejor no pensar en ellas, y hacer tabla rasa con todo… A lo largo de mi vida, he sentido frecuentemente ese brusco deseo de cortar por lo sano, de lanzar a la gente por la borda. Entregué la carta a Brigitte, quien la leyó toda, pero sin ninguna prisa. Y una vez la hubo doblado, una sonrisa descubrió sus dientes de jumento.

—La superiora —me dijo— me ha enviado un paquete de cartas de ese caballero. Porque ha tenido la frescura de escribir a tu hermana al mismo convento. Imagínate que cada carta estaba llena de súplicas dirigidas a la reverenda madre o a la persona que abriera el primer sobre para que consintiera en entregársela a Michèle. Lo que demuestra —añadió con tono sentencioso— que la corrupción puede ir mezclada con la tontería y que ambas no son incompatibles.

A continuación, lanzó el papel a la chimenea y lo entregó a las efímeras llamas.

No sé si he de situar en la misma época el segundo incidente. Antes bien, creo que aquel encuentro con el abate Calou tuvo efecto durante el invierno del año siguiente. Un jueves, al salir de casa, alguien, detrás de mí, pronunció mi nombre. Reconocí al abate Calou, aun cuando había adelgazado mucho. Su vieja sotana flotaba sobre sus hombros huesudos. Debió de haber esperado a que saliera. Le dije que iba a la

librería Féret y me siguió.

—Jean estará contento esta noche cuando le diga que nos hemos encontrado.

—¿Está bien? —pregunté con indiferencia.

—No —me contestó el abate—, el pobre chico no lo pasa muy bien.

Esperaba que le preguntase algo, pero fue en vano porque me detuve a la puerta de la librería y comencé a hojear los libros de ocasión expuestos a la entrada. ¿Era yo tan duro entonces? No, puesto que nada se me escapaba de la angustia del pobre sacerdote inclinado sobre mí, y puesto que al cabo de tantos años siento aún los remordimientos que me asaltaron desde ese instante.

—Debo decirte que el pobre Jean me preocupa mucho. Piensa que este año no ha ido a La Devize. Su madre está en Egipto. Estudia mucho y caza. En octubre, le he preparado un cazadero de palomas. Ha logrado ciento cuarenta y siete. Figúrate, incluso le he proporcionado un caballo en el molino de monsieur Du Buch, un viejo penco, que se deja montar. Pero lo que le falta es compañía.

—¿Y usted? —pregunté cándidamente.

—¡Ah, yo…!

Hizo un vago ademán y no dijo nada. Sin duda, conocía su impotencia desde hacía tiempo. No poseía nada de lo que para ser feliz exige un muchacho de aquella edad. A los ojos de Jean, su cultura no tenía ningún valor y su ternura tampoco. Para aquel muchacho a quien encontraba por la noche acurrucado en una silla de enea, ante el fuego de la cocina, donde lo había dejado después de comer, con el libro abierto en la misma página, ¿qué podía ser sino un carcelero? Y ni siquiera para mirar al abate levantaba su cara sombría. Ni siquiera le divertía montar solo aquel viejo penco. Cuando no lo encontraba en el presbiterio, el abate sabía dónde se había refugiado Jean. Tampoco entonces conocía yo esa angustia. Frecuentemente, se demoraba en casa del enemigo, en la farmacia, en la casa de aquel Voyod, que era enemigo declarado del abate. El institutor y la institutriz se reunían de nuevo con él cuando las clases habían terminado. Se tomaba café en la trastienda y se comentaban los artículos de Jaurès o de Hervé.

A pesar de que comprendía a dónde quería llevarme el abate, me resistí a ayudarle y tuvo que ir al grano sin ninguna clase de preparación.

—Siento —me dijo— haber tenido unas palabras con madame Pian. Por otra parte, la creo incapaz de ser rencorosa y estoy seguro de que la decisión que ha tomado con respecto a Michèle y Jean ha sido dictada por motivos de gran importancia. No quiero discutirlos y me someto a su sabiduría. Pero, hijo mío, ¿no crees tú que Michèle podría escribir de vez en cuando al cura de Baluzac? ¿Qué mal habría en ello? Aun cuando fuera sin decir nada para Jean, que me hablara un poco de su vida; y esto sería un gran consuelo para tu amigo. Diré más, Louis —murmuró casi a mi oído—, esto podría significar la curación… Porque de esto se trata…, ¿me comprendes…? De salvarlo.

Vi muy cerca sus ojos de niño implorante y noté su ácido aliento. No, lo comprendí mal, aun cuando aquella vez me sentí conmovido; pero por él, y no por Jean, me rendí a sus deseos. Consiguió mi promesa de transmitir su proposición a Michèle, y le evité incluso la violencia de pedirme que no dijera nada a mi madrastra. Le di esta seguridad. Me cogió por la nuca con su enorme mano y apretó mi cabeza contra su manchada sotana. Lo acompañé hasta el tranvía. En la plataforma posterior, los hombres que se hallaban a su lado parecían enanos.

Esta correspondencia entre el abate Calou y Michèle, que quizás hubiese impedido o demorado muchas amarguras, fue interrumpida a partir de la tercera misiva. Michèle cometió la imprudencia de confiarla a una mediopensionista, porque no había podido evitar dirigírsela enteramente a Jean, a pesar de que el sobre llevaba la dirección del abate Calou. La carta fue a parar a manos de una de aquellas damas y transmitida a Brigitte Pian, quien me lo contó todo, evitando culpar de ello a Michèle.

—El abate ha sido quien la ha tentado, no cabe duda —me dijo—. A pesar de la gravedad del caso, me he creído en el deber de implorar gracia para con tu hermana y debo decir que la reverenda madre se ha portado muy compasivamente. En cuanto al expediente del cura de Baluzac, debo decirte que cada día se extiende más —añadió con una involuntaria satisfacción—. Pero esta carta constituye su obra maestra.

Así había concluido por pensar en voz alta ante mí. ¿Me quería? Estaba persuadido desde hacía mucho tiempo de que ella mimaba en mí, en el niño que yo era, la prueba viviente del pecado de la primera señora Pian. Hoy, me inclino a pensar que ella me demostraba todo el amor de que se sentía capaz y que yo interesaba en ella a ese poco de entrañas que subsiste aun en las mujeres más insensibles.

Capítulo once

Mi existencia estaba entonces estrechamente unida a la de Brigitte Pian. La salita en que ella trabajaba y recibía sus visitas, separaba mi habitación de la suya. La puerta permanecía siempre entornada, y la cerraba cuando venía alguien. Pero, por poco que ella levantase la voz, una voz que por naturaleza ya era sonora, seguía sin esfuerzo las conversaciones, sobre todo, en invierno, cuando las ventanas permanecía cerradas y desde el paseo de la Intendance no llegaba a nosotros más que un rumor ahogado.

Cuando reconocía la voz de monsieur Puybaraud salía algunas veces a saludarle, pero no siempre. Y lo más frecuente era que, en el momento de despedirse, acudiera a darme un beso. Mi actitud con respecto a él había cambiado al mismo tiempo que su posición en el mundo. Este hombre humilde y frágil, a quien un delgado abrigo de confección apenas defendía contra el frío, y cuyos zapatos no habían sido limpiados, no podía inspirarme la misma deferencia que el maestro de levita de quien había sido un alumno querido.

Debo reconocer en justicia que su aspecto excitaba mi piedad, o cuando menos, esa especie de malestar ante la miseria de los demás, ya que así nos habíamos acostumbrado a llamarla. Pero cuando reflexionaba en la desgracia de monsieur Puybaraud me era de todo punto imposible no estar de acuerdo con Brigitte Pian y no dejar de despreciarle por haber cedido a un atractivo que yo entonces ignoraba, aun cuando me sintiera ya inclinado a considerarlo con desconfianza y disgusto. Yo no hubiera sentido la misma repulsión de los signos aparentes de su decadencia si no hubiesen correspondido para mí a una realidad de orden espiritual y si, por su matrimonio, monsieur Puybaraud no hubiera, a mis ojos, decaído voluntariamente de un estado superior. He cambiado poco sobre este particular: creo que toda la desgracia de los hombres procede de no poder permanecer castos y que una humanidad casta ignoraría la mayor parte de los males que nos anonadan, incluso aquellos que parecen no tener relación directa con las pasiones de la carne. Un pequeñísimo número de personas me han sugerido la idea de que la felicidad en este mundo, por la bondad y el amor, estaría en aquellos en quienes el corazón y la sangre estuvieran soberanamente dominados.

Monsieur Puybaraud iba cada quince días a recibir de mi madrastra los subsidios de que vivía el matrimonio. Los demás días vagabundeaba por la ciudad en busca de una colocación inhallable. Octavie, encinta, pero con el peligro de abortar, debía permanecer en cama hasta el parto y no podía hacer absolutamente nada. Yo había oído decir que una hermanita asuncionista les arreglaba la casa por la mañana. Esto era todo lo que yo sabía de aquella desgraciada pareja. Por otra parte, tampoco me preocupaba por ellos.

Sin embargo, me había dado cuenta de que las entrevistas bimensuales de monsieur Puybaraud y de mi madrastra, si bien terminaban todas con la entrega de un sobre, representaban, como consecuencia, una larga discusión a media voz, no sin algunas sordas violencias. Por parte de monsieur Puybaraud, la actitud era apremiante, de súplica, a lo que mi madrastra oponía un acento, que yo conocía muy bien, de obstinada negación. Y, de pronto, hablaba sola, con el tono de alguien que dicta la ley a un ser inferior y dominado, reducido al silencio.

—Sabe usted muy bien que será así porque tal es mi voluntad, y deberá usted terminar por obrar por su cuenta y riesgo —exclamó un día con voz lo suficientemente alta para que yo pudiera oírlo todo—. Y cuando digo mi voluntad, me expreso mal, porque nosotros no debemos hacer lo que queramos, sino lo que Dios quiera. No espere que continúe siendo su cómplice durante mucho tiempo.

Entonces, mi antiguo maestro, a pesar de todo lo que debía a mi madrastra y de depender totalmente de ella, le reprochó seguir los dictados de la ley antes que los de la humanidad, y llegó a descomedirse de tal modo como para decirle que en lo que concernía a sus escrúpulos echaba siempre el resto contra el prójimo

y que la delicadeza y el rigor de su conciencia los manifestaba siempre contra alguien que no era. Añadió que no la dejaría en paz hasta haber conseguido lo que pedía. Yo, a través de la puerta, no había podido averiguar de qué se trataba. Mi madrastra, fuera de sí, le dijo que puesto que su actitud era esa, sería ella la que se iría. Segundos después, completamente pálido, monsieur Puybaraud entraba en mi habitación. Llevaba en la mano el sobre que ella le había lanzado al rostro. Sus pantalones tenían rodilleras. No llevaba puños y su corbata negra, como el cuello almidonado, eran los restos de sus desechos del colegio.

—¿Has oído? —me preguntaba—. Te hago juez a ti, Louis…

No creo que muchos niños hayan sido, como yo lo fui a menudo, elegidos como árbitros por las personas mayores. Esta confianza que yo inspiré ya a mi maestro la noche en que me hizo entrega de una carta para Octavie Tronche, le impulsaba todavía a recurrir a mis buenos oficios, confianza razonada y que en él procedía de la devoción que había tenido siempre a la infancia. Según él —y había tenido el error de expresar estas opiniones ante mí—, los muchachos entre siete y doce años poseían el privilegio de una singular lucidez de espíritu y, a veces, de un genio increíble que se disipaba al acercarse a la pubertad. A pesar de mis quince años, yo había conservado a sus ojos todo mi prestigio de niño. ¡Pobre Puybaraud! El matrimonio no le había embellecido. Estaba casi calvo. Algunos mechones rubios apenas si bastaban a cubrir su cráneo. Las mejillas habían enrojecido en los pómulos de aquella cara exangüe, y tosía.

Como durante aquellos tiempos en que, en Larjuzon, me explicaba los textos latinos, acercó una silla a la mía.

—Tú me comprenderás…

Sólo me tuteaba durante las efusiones de su confianza y cuando se dirigía al niño de genio infalible. Me explicaba que el médico no creía que Octavie pudiera llegar al término normal de su embarazo, sin gozar de un absoluto reposo de cuerpo y alma. Había, pues, creído prudente evitar la más lancinante de las inquietudes que atormentaban a su mujer, engañándola sobre el origen de la pequeña suma que él le entregaba cada quince días. Ella ignoraba que este dinero procediera de mi madrastra y creía que su marido se ganaba la vida y había obtenido, por fin, los emolumentos del Arzobispado.

—Sí, he inventado esta mentira y la sostengo a diario a costa de qué sufrimientos y qué vergüenzas. Pero ¿debemos considerar mentiras los fingimientos a que nos vemos obligados por causa de un enfermo? He aquí lo que yo no sabría admitir, a pesar de todas las razones de madame Pian…

Me miraba fijamente como si esperara la contestación de un oráculo. Yo me encogía de hombros.

—Deje usted que diga, monsieur Puybaraud. Desde el momento en que está usted de acuerdo con su conciencia…

—No es tan sencillo, Louis… Primero, porque a Octavie le extraña que madame Pian no haya ido a verla desde que está en cama… Hasta hoy, tu madrastra se ha negado a visitarla «mientras yo no haya reparado la ofensa hecha a la verdad», como ella ha tenido el desparpajo de decirme. Esto me ha obligado a inventar para Octavie una serie de explicaciones que no puedes ni imaginarte; porque la mentira engendra la mentira, debo, a este aspecto, rendir mis armas ante madame Pian. Éste es un laberinto sin salida. En fin, mejor o peor, he salvado las apariencias… Pero, ahora, madame Pian me ha amenazado; me ha dicho que, honradamente, no se cree en el deber de continuar siendo mi cómplice por más tiempo: exige que le diga a Octavie el origen de mis ingresos… ¿Te imaginas esto?

Lo imaginaba muy bien y le dije a monsieur Puybaraud que lo que me extrañaba era que mi madrastra hubiera dejado pasar tanto tiempo sin descubrírselo a Octavie. No se lo dije, pero le di a entender que admiraba ese rigor. Ya entonces había empezado a leer a Pascal en la edición de Brunschwicg. El tipo de Brigitte Pian se elevaba y embellecía a mis ojos por comparación con la madre Inés y la madre Angélica y todas las orgullosas de Port-Royal. Vuelvo a ver ahora a ese niño impecable que yo había sido entonces, sentado ante un fuego de leños, apoyado en una mesa cargada de diccionarios y cuadernos, y frente a mí, a aquel hombre extenuado que acercaba a los tizones sus pequeñas manos blancas y sucias, y cuyos agujereados zapatos humeaban el vapor de su humedad. Lo que su mirada tierna y de hombre derrotado veía en las llamas era la imagen de una mujer yacente con su precioso fardo, a quien veía entonces amenazada. Había en todo una realidad que Brigitte no quería tener en cuenta y de la que él no podía dejar de hablarme.

Mi madrastra le repetía:

—Se lo he advertido ya, y por tanto, no es a mí a quien debe hacer responsable.

Era cierto que todo ocurría tal como ella lo había previsto y que los acontecimientos le daban sobradamente la razón para que no experimentara una confianza fortalecida por las inspiraciones y luces que le llegaban de Dios.

—Me ha amenazado, advirtiéndome que mañana irá a ver a Octavie a última hora —añadió monsieur

Puybaraud con voz sombría—. Nos llevará algo de comida, pero exige que de aquí a entonces haya preparado a Octavie para que conozca mi verdadera situación. ¿Qué voy a hacer? Quisiera evitar a mi pobre mujer el espectáculo de mi vergüenza. Tú sabes que yo no tengo sangre fría. No podría contener las lágrimas…

Le pregunté por qué no buscaba algunos alumnos. ¿No podría dar clases de ampliación de estudios? Movió la cabeza. Carecía de diplomas y su matrimonio le había cerrado la mayor parte de las puertas de las casas donde hubiese podido tener alguna suerte en este aspecto.

—¡Qué lástima que yo no tenga necesidad de un profesor particular! —dije con satisfacción—. Pero soy siempre el primero de clase…

—¡Oh, tú! —me dijo con tierna admiración—. Tú ya sabes tanto como yo. Prepara oposiciones, colecciona pergaminos. Tú no los necesitarás, pero nunca puede decirse… Si hubiese sido licenciado solamente…

Hijo de una modesta familia a quien sus futuros colegas habían educado por caridad, puesto que se daban cuenta de su valor, el joven Léonce Puybaraud aprendía todo cuanto quería, y hubiese podido ir muy lejos si desde los dieciocho años no se hubiera recurrido a él para las suplencias, porque el colegio carecía de profesores. Con todo y dar clases, había debido formarse autodidácticamente, llegando a conocer la literatura sólo por antologías y a través de manuales. Como desquite, había comprendido mucho mejor que muchos universitarios a los grandes maestros de Grecia y Roma. Y, ahora, toda su ciencia no le bastaba para ganarse los trescientos francos mensuales que le eran necesarios.

Deseaba que se fuera y hojeaba mi diccionario para que comprendiera que no tenía tiempo que perder. Pero él se demoraba, entregándose a esa atmósfera tibia y dulce junto a un niño a quien acariciaba, preguntándole la forma de advertir a Octavie sin que le produjera una impresión demasiado grande…

—¿Por qué se lo dice usted mismo? —le sugerí—. Podría usted encargar a alguien… Por ejemplo, a la hermanita asuncionista, que va todos los días…

—¡Muy buena idea, Louis! —exclamó, golpeando sus delgadas piernas—. No hay nadie que vea tan claro como tú en una situación difícil. Esa hermanita es una santa que quiere mucho a Octavie y a quien también admira mi mujer. Es hasta un curioso espectáculo ver a esas dos criaturas juzgándose inferiores la una a la otra. Quisiera que madame Pian las viera como las veo yo… Sabría entonces lo que es la verdadera humildad…

Monsieur Puybaraud se interrumpió al verme fruncir los labios, porque se dio cuenta de que yo dependía de Brigitte Pian mucho más de lo que él mismo había dependido.

Al día siguiente, a media tarde, Brigitte Pian descendió de un landó ante la casa de la calle Mirail donde el matrimonio Puybaraud ocupaba un piso amueblado que ella misma había elegido y cuyo alquiler pagaba. Llevaba en las manos numerosos paquetes, hasta el punto de que no pudo recogerse las faldas al subir aquellas horribles escaleras. El agua sucia procedente de los pisos se deslizaba en un franco reguero. Brigitte Pian conocía aquel hedor; su nariz de dama caritativa se había familiarizado con él. La miseria de las ciudades tiene en todas partes el mismo olor de guisados y letrinas. Todavía no quiero ceder a la tentación de volver contra Brigitte Pian los actos mejores de su vida. Cualesquiera que sean las profundas razones que opusiera, se mostró siempre muy caritativa e incluso, en ciertas ocasiones, no regateó su ayuda personal junto a enfermos graves. Por otra parte, tenía como principio que era mucho mejor proteger a un pequeño número de desventurados que repartir entre muchos limosnas insuficientes; y yo recuerdo, cuando salíamos de compras, que ella iba a comprar hilo, lana o comestibles en tiendas alejadas del centro de la ciudad, propiedad de protegidos a quienes se desvivía en apartar de su inveterada costumbre y a quienes enviaba sus amistades. Por otra parte, no escatimaba a esos comerciantes ni las chillerías, ni las observaciones, ni los reproches, y se escandalizaba de la ingratitud de la gente que se obstina en no triunfar, a pesar de la ayuda pecuniaria que se le facilita.

No procedió de mejor manera con los Puybaraud y, con todo y alimentarlos, dejaba que se debatiesen en la miseria. ¿Lo hacía deliberadamente? ¡Quién puede asegurarlo! Tal vez ni siquiera ella lo supiese. Me inclino a creer que le parecía bien que fuesen tan evidentemente castigados por haberse desviado de su camino. Constituía un triunfo constante tener a los Puybaraud bajo su total dependencia. En cuanto a sus sentimientos con respecto a Octavie, hubiese sido ella la primera que se hubiera estremecido de haberlos conocido.

El primer objeto que llamó la atención de Brigitte en la habitación de la enferma fue un piano cruzado, perpendicular al lecho, contra la cabecera del cual parecía apoyarse, y que obstaculizaba la habitación hasta

el punto de que era difícil moverse entre el armario, la mesa y la cómoda llena de frascos, tazas y platos sucios. Monsieur Puybaraud hacía lo imaginable todos los días para acabar con el orden que dejaba tras de sí la hermanita. Durante el mutuo cambio de cortesías y preguntas y respuestas con respecto a Octavie, los Puybaraud se dieron cuenta, ¡y con qué angustia!, de que ya aquel piano había «llamado la atención» de madame Pian y que ella iba a comenzar su investigación. La casa que se lo había alquilado había prometido retirarlo. Pero había faltado a su palabra. Aquella misma mañana, monsieur Puybaraud había insistido inútilmente. ¿Cómo explicar a Brigitte Pian que hubieran podido privarse de aquel capricho absurdo, puesto que ninguno de los dos sabía tocar el piano, a pesar de que experimentaban el mismo placer tratando de hallar, con un dedo, sobre el teclado, las tonadas de las canciones? Aun cuando no se hubiesen encontrado en plena miseria, aquel alquiler hubiese sido difícil de justificar; pero cuando se está reducido a vivir de la caridad ajena…

Octavie se apresuró a abordar un tema capaz de desviar la atención de madame Pian. Desde el fondo de su corazón, le agradeció no haber permitido a Léonce que la engañara más tiempo con respecto al origen del dinero que recibía cada quince días. Él lo había hecho con buena intención y por lástima de ella. Pero desde hacía tiempo, había empezado a dudar y había creído, al principio, en una estratagema de madame Pian, que, como todos sabían, procuraba esconderse para hacer el bien, lo mismo que otros para hacer el mal. Tampoco Octavie carecía de este defecto, tan extendido en los medios en que había sido educada, y donde las lisonjas nada cuestan cuando se dirigen a las personas influyentes y ricas de quienes se depende. Añadió que comprendía el escrúpulo de madame Pian y que lo compartía. Ésta, que escuchaba distraídamente, con la vista vuelta hacia el piano, le interrumpió para asegurar que había lamentado verse obligada a entristecer a monsieur Puybaraud, que quizás ella hubiese tenido la debilidad de ceder de haberse tratado de una persona como las demás, como tantas hay y que nada entienden de las cosas de Dios. Pero había considerado que una cristiana como Octavie no debía ignorar ninguna de las consecuencias de sus actos, ni las pruebas a las que la Providencia la quería someter. «Desde el momento que era designio suyo hacer que vivieran gracias a la caridad de una amiga, y permitir que monsieur Puybaraud no encontrara ninguna colocación que le conviniera, no me he creído con el derecho de hacerle perder los beneficios de esta lección».

Monsieur Puybaraud, después de haber apuntado en su Diario estas palabras que califica de atroces, añade: «*No juraría que las hubiese pronunciado con una ironía consciente, sino con verdadera satisfacción por poder basar en un pretexto, inatacable desde el punto de vista religioso, su profundo placer de haber tenido razón contra nosotros hasta tal punto que, entre la más negra miseria y nuestro matrimonio, hubiera ese pequeño sobre que iba necesariamente a buscar a su casa dos veces al mes*».

—Es curioso —dijo Brigitte Pian—, este piano no figura en el inventario que me enviaron cuando alquilé este piso para ustedes.

—No —respondió Octavie con voz temblorosa—. Ha sido una horrible locura de la que soy la única responsable.

Y la miró con aquella tierna sonrisa que desarmaba y a la que pocas personas podían resistir; pero el entrecejo de la bienhechora continuaba fruncido.

—Perdón, querida —interrumpió monsieur Puybaraud—. Fui yo quien te lo propuse y pensé antes en mi satisfacción que en la tuya.

¡Qué error haber llamado «querida» a su mujer delante de Brigitte Pian! Había detestado siempre el impudor de las parejas que, con el pretexto de su legitimidad, materializaban en una palabra o en un ademán su innoble intimidad. Pero entre aquellos dos seres, era ya demasiado.

—¿Debo entender —preguntó con voz demasiado dulce— que han alquilado ustedes el piano?

Los acusados inclinaron la cabeza.

—¿Algunos de ustedes es, pues, capaz de dar lecciones?

Yo creía que ignoraban el solfeo hasta el punto de no saber las notas.

Octavie dijo que ambos habían creído poder permitirse esa distracción.

—¿Qué distracción? ¿La de tocar con un dedo como le he visto hacer en la escuela libre, corriendo el riesgo de ponerse en ridículo ante los ojos de los alumnos?

Y Brigitte Pian, que no reía más que en muy raras circunstancias, emitió una especie de cloqueo.

Octavie bajó la cabeza. Sus cabellos rubios y deslucidos, peinados en dos trenzas, caían sobre cada uno de sus hombros, y su pecho se agitaba violentamente bajo el camisón de basta tela.

—Es cierto que hemos cometido una insensatez, madame Pian —dijo monsieur Puybaraud—. Pero, por

favor, que Octavie no se impresione —murmuró en voz baja—. Si usted quiere, le hablaré de ello en mi próxima visita. Le explicaré…

—Sí —contestó ella—. Perdonen. Hablaremos tranquilamente en otro lugar: me dirá usted con qué dinero ha alquilado este piano.

—Con el suyo, qué duda cabe… Comprendo que cuando se vive de caridad es imperdonable gastar veinte francos al mes para tener un piano cuando no se sabe tocar. Pero, si me lo permite, dejemos la explicación para otro momento.

—¿Qué explicación? Todo está explicado. Todo es clarísimo —replicó Brigitte, siempre a media voz; pero Octavie no perdía una sola de sus palabras—. Creo que no hay nada más que decir. Ninguno de ustedes parece darse cuenta de que han ido demasiado lejos. Tengan en cuenta que no hago de ello una cuestión de dinero. No se trata de dinero…

Monsieur Puybaraud la interrumpió recordándole que ella misma había dicho que no había más que decir, y abrazó a Octavie, a quien ahogaban los sollozos. Pero Brigitte Pian, molesta por las lágrimas de Octavie, se hallaba poseída por esa cólera que apenas podía dominar y en la que ella reconocía humildemente el signo de esa naturaleza de fuego que el cielo le había otorgado. A pesar de que se esforzara en no levantar la voz, sus violentas y mal contenidas palabras silbaron entre sus apretados dientes.

—Esto me servirá de lección. Incluso la virtud tiene un límite. En adelante, deberé ponerme en guardia contra cualquier clase de debilidad, y por caritativa que yo haya sido con ustedes, no pretenderán llevar esta bondad hasta la tontería…

—Le suplico que se calle o que se vaya. ¿No ve usted el estado en que se pone Octavie?

Y monsieur Puybaraud llegó a cogerla del brazo y empujarla hasta la salida.

—Bien, amigo mío, ¿se atreve a tocarme?

Por este solo atentado, Brigitte Pian se consideró, de pronto, transportada a la cumbre de su acostumbrada perfección.

—No, Léonce —gimió Octavie—, es nuestra bienhechora. Eres tú quien me hace daño tratándola como no merece.

Pero monsieur Puybaraud, poseído por la rabia de los débiles, y como Brigitte estuviera ya en el rellano, gritó un poco demasiado fuerte:

—Estamos en nuestra casa, querida.

La alta silueta de mi madrastra se destacó en el zaguán.

—¿De veras es su casa?

El triunfo había llegado a ella tan fácilmente que se consideraba poseída por una paz que creía celestial. En verdad, nada hubiera podido añadir a estas palabras que hacían enmudecer a su miserable adversario. Pero no pudo contener este último rasgo:

—¿Quieren que les envíe todos los recibos del alquiler? Creo que no figura en ellos el nombre de ustedes.

Monsieur Puybaraud cerró la puerta, se acercó al lecho en el que Octavie lloraba con la cara entre las manos, y la abrazó, estrechándola contra su pecho.

—Has cometido una equivocación, Léonce. Se lo debemos todo y, realmente, este piano…

—Cálmate, querida. Harás daño al niño.

Llamaba niño a lo que aún no había nacido, a la adorada criatura que quizá no naciera jamás. Y como monsieur Puybaraud repitiera a media voz, apretando contra sí la cabeza de su mujer: «¡Horrible mujer!».

Octavie protestó:

—No, Léonce, no está bien. Su carácter tiene defectos. El carácter es el escollo de todos. Es fácil no cometer esos crímenes cuyas ocasiones Dios aleja de nosotros; pero vencer la naturaleza día a día es algo a lo que no se llega si no se posee una gracia particular. A Brigitte Pian le ha faltado sólo la regla de un convento.

—Si hubiera estado en uno, ella lo hubiese dirigido y hecho temblar a toda la comunidad, en la que hubiera elegido cuidadosamente a sus víctimas. Al contrario, hay que felicitarse de que nadie la haya dirigido en este sentido, haciéndola entregarse en cuerpo y alma al claustro. Allí es donde Brigitte Pian hubiese dado de sí todo lo imaginable. A nosotros dos nos queda, cuando menos, la libertad de morir de hambre sin volver a verla jamás.

—Concedo que ella hubiese ayudado a la santificación de sus hermanas —dijo Octavie todavía llorosa, pero con una pálida sonrisa—. Habrás visto que en la vida de las grandes religiosas, algunas veces, ha sido una superiora de la raza de Brigitte Pian quien las ha ayudado a conquistar el cielo por los caminos más ásperos y, al mismo tiempo, más cortos, porque no dejan que a nadie se le envejezcan los huesos… No —

añadió—, no quería decir esto. Nuestra bienhechora… ¡Oh, qué terrible es esto!

Callaron un instante; monsieur Puybaraud, sentado sobre el lecho, tomó uno de los bizcochos que había llevado Brigitte, se lo comió a pequeños bocados y preguntó luego:

—¿Qué será de nosotros?

—Ve a verla mañana —dijo Octavie—. La conozco: le habrá remordido la conciencia esta noche y será la primera en excusarse. En todo caso, Louis arreglará las cosas.

Pero él no quería: no, nunca más se expondría a ser tratado de aquel modo.

—Es muy duro humillarse; es lo más duro que hay, sobre todo, para un hombre de tu valor. Pero es lo que se exige de ti.

—Lo más terrible es que ella imagina que Dios le ha dado la razón porque todo nos sucede como ella lo había previsto. ¿Crees tú, de veras, que estamos purgando un pecado?

—No —protestó ella ardientemente—. Estamos sometidos a una prueba. No nos hemos engañado. Tu vocación tenía que unirse a la mía. Madame Pian no comprende que hemos sido llamados a sufrir juntos.

—Sí, incluso de este sufrimiento nace toda nuestra felicidad.

—¿De veras no te arrepientes de nada?

—Sufro por no poder ganar nuestra vida —suspiró él—, pero si nos fuera dado el niño… entonces, nada tendría importancia ante esta alegría.

Y ella le dijo al oído:

—No pienses demasiado en ello. No tengo muchas esperanzas.

—¡Cómo! ¿Qué te hace decir esto? ¿Acaso te ha dicho el médico algo que yo no sé?

La estrechaba a preguntas y ella sacudía la cabeza; no, el médico no le había dicho nada. Temía que quizá también se les exigiera eso.

—No —repetía monsieur Puybaraud, mientras ella le decía que era necesario resignarse de antemano y con todo el corazón, como Abraham lo había hecho, y que quizás entonces Isaac les sería dado.

Monsieur Puybaraud continuaba diciendo «no», pero con menos energía. Después, se arrodilló y, con la frente apoyada en las sábanas, respondió con voz ahogada a las plegarias de la noche que Octavie había comenzado a rezar.

Después de la última invocación, ella se calló y cerró los ojos. Entonces, monsieur Puybaraud encendió una vela, se acercó al piano cuyas teclas brillaban y con un dedo vacilante buscó en ellas la tonada que más le gustaba de todas del cántico cantado por los niños el día de su primera comunión y cuyas palabras repetía a media voz:

El Cielo ha visitado a la Tierra,
mi Amado reposa en mí…

Capítulo doce

Brigitte Pian no había llegado aún a la calle, cuando se revolvió rabiosamente contra sí misma. ¿Cómo había podido llegar a perder su dominio de aquella manera, y qué dirían los Puybaraud? Ellos no podían ver como ella su perfección interior: no medían ni su altura, ni su anchura, ni su profundidad. La juzgarían teniendo en cuenta esa actitud determinada por la bilis y de la cual se sentía avergonzada. «¿De qué modo está hecha la naturaleza —pensaba subiendo por la calle Mirail en dirección al paseo Víctor Hugo—, para que después de toda una vida empleada en la conquista de uno mismo, y cuando se está en el derecho a creerse exento de las debilidades que horrorizan a los demás, basta el espectáculo de un piano para sacarlo a uno de quicio?».

Que algunas veces saltara un punto de este tejido de perfección en el que Brigitte Pian trabajaba vigilando cada segundo, era natural, y se consolaba cuando ocurría sin testigos. Pero los Puybaraud, Octavie sobre todo, eran los últimos ante quienes ella hubiese descubierto de grado una debilidad suya.

«Me considerarán una principiante», se decía Brigitte Pian, que progresaba en la vida espiritual como lo hubiese hecho en el estudio de una lengua extranjera.

Se encolerizaba al pensar que los Puybaraud no tuvieran la menor idea de su elevación en los últimos meses, y que, bajo un rapto de mal humor, la clasificaran entre los devotos más vulgares. No correspondía a su humildad el conocimiento del escalón sobre el que Brigitte Pian se había levantado. Pero con gusto hubiese subido de nuevo las escaleras de los Puybaraud para recordarles que los grandes santos habían cedido algunas veces a la cólera. ¿Era ella una santa? Plenamente consciente, se esforzaba en ello y cada paso que daba hacia delante defendía contra todo evento el terreno conquistado. No había encontrado a nadie que le dijera que un hombre, a medida que asciende en su camino hacia la santidad, descubre un poco más su miseria y su nada y sólo tiene en cuenta a Dios, no por devoción, sino porque se inclina a una evidencia en esos buenos movimientos que la Gracia le inspira. Brigitte Pian seguía el camino inverso, reforzando de día en día las razones que tenía de dar gracias a Dios, por haberla hecho una criatura tan admirable. En otro tiempo, le había turbado la sequedad que había caracterizado siempre sus relaciones con Dios. Pero, luego, había leído que, frecuentemente, Dios ayuda a los principiantes a dar los primeros pasos fuera del cenegal, inundándolos de gracias sensibles, y que la insensibilidad que la afligía era la señal de que había sobrepasado hacía tiempo las bajas regiones de un fervor sospechoso. Así, aquella alma helada se glorificaba de su frialdad, sin reflexionar más que en muy breves momentos; aun en sus principios de la búsqueda de la vida perfecta, nada había sentido que se pareciera al amor y que no se acercara a su Maestro más que para tomarlo por testigo de su rápido adelanto y de sus singulares méritos.

Sin embargo, mientras iba por las aceras de la calle Mirail y el paseo de la Intendance, mientras atravesaba bajo la niebla los barrios de las calles Duffour-Dubergier, y Vital-Carles, Brigitte Pian experimentó un malestar más profundo que el de haberse humillado a los ojos de los Puybaraud. Sentía esa sorda inquietud —que dormitaba algunas veces, pero que jamás desaparecía por completo—, de no tener del todo claras sus cuentas y de ser juzgada también ella con ese infinito rigor que, a sus propios ojos, caracterizaba al Ser increado. En lo más hondo de sí misma, en algunas ocasiones, y sobre todo cuando dejaba a Octavie Tronche, algunos resplandores desgarraban las tinieblas por encima de su alma y, entonces, de pronto, conseguía verse a sí misma. Con cegadora evidencia —y esto no duraba más que un instante—, descubría que existía otra vida distinta de la suya y otro Dios distinto de su Dios. Esta satisfacción de ser Brigitte Pian, satisfacción de la que desbordaba, desaparecía de improviso, y tiritaba, miserable y desnuda, en una playa árida y bajo un cielo de acero. Desde muy lejos, llegaba a ella el canto de los ángeles al que se mezclaba la voz execrable de los Puybaraud. No era más que un resplandor, y se ingeniaba, gracias a algunas jaculatorias cuya eficacia conocía, en hallar el equilibrio de su espíritu. En

cuanto se hizo de día, se detuvo ante un altar de la catedral; estaba ésta silenciosa y adoraba ese silencio como la misma aprobación del Maestro desconocido. Pero ante el Santo Sacramento expuesto, cerca de la Virgen colocada tras el coro y a la que el artista había dado los rasgos de la emperatriz Eugenia, permaneció bajo la amenaza interior de una desaprobación.

«Es una prueba —pensaba—, y la acepto».

Y en su espíritu esto significaba: «Daos cuenta, Señor, de que la acepto y no omitáis nada de esta aceptación en la columna de mis beneficios». Como no se sentía tranquila, se llegó al confesonario y se acusó de haber sido violenta, aunque no injusta —porque su cólera había sido justificada—; pero no había podido contener su legítima indignación en los límites de una verdadera caridad.

Si al día siguiente, después del desayuno, monsieur Puybaraud hubiese encontrado a Brigitte en su casa, hubiera hablado con una persona desarmada y dispuesta a administrarle el ejemplo de la humildad de su corazón, porque en humildad no temía a nadie. Pero cuando mi maestro, pálido de emoción, preguntó a la criada si la señora estaba en casa, le dijeron que un telegrama la había obligado a marchar precipitadamente a Larjuzon y que los niños la habían acompañado. Monsieur Octave Pian había tenido un ataque y el texto del telegrama había sido tan alarmante para la señora que había hecho preparar las maletas, llevándose, para lo que pudiera ocurrir, «lo que se parecía al luto».

La muerte de mi padre no tuvo nada de sospechoso. Saintis —que había recuperado la plaza dejada por los Vignotte— le había hallado de madrugada con la nariz sobre la alfombra que había a los pies del lecho, y ya frío. Como muchos burgueses de aquellos lugares, mi padre comía y bebía demasiado; pero desde que vivía solo bebía mucho, y la víspera de su muerte debió de haberlo hecho más que nunca porque la botella de armagnac, destapada aquella misma noche, estaba vacía en el despacho donde él tenía la costumbre de fumar su pipa ante el fuego, esperando la medianoche.

Sé hoy que los escrúpulos de Brigitte Pian cristalizaron en torno a ese papel del que ya he hablado y que, con razón o sin ella, consideraba abrumador para la memoria de mi madre. Durante mucho tiempo, creí que, al abandonar Larjuzon, se había dejado expresamente ese documento en un cajón, y que ella estaba segura de que su marido acabaría al fin por descubrirlo. Sin duda, fue aventurar demasiado. Hoy, puedo dar todo su exacto sentido a las frases que mi madrastra repetía incansablemente en su habitación durante las noches que precedieron al entierro de mi padre y que, con los ojos abiertos en las sombras de la noche, escuchaba con terror, persuadido de que Brigitte Pian se había vuelto loca. Por debajo de la puerta, que las ratas habían roído, veía la luz que, a intervalos regulares, ocultaba su sombra errante. Aun cuando llevara zapatillas, el viejo suelo crujía.

—Veamos, reflexionemos —decía en voz alta.

Todavía me parece oír ese «veamos, reflexionemos», dicho por alguien que, a toda costa, quiere ordenar sus pensamientos. Ella hubiese podido mostrarle aquel papel y no lo había hecho. Siempre había evitado inquietarle, cuando le hubiese gustado destruir el culto que tenía a la memoria de Marthe. Ella siempre se había defendido. Era cuestión de suerte que él abriera aquel cajón. Lo único que hubiera podido echársele en cara era que no hubiera quemado aquel papel; pero no que lo hubiera hecho con la idea preconcebida de que él lo descubriera.

—Lo dejo todo en manos de Dios. Sí, me someto al juicio de Dios… De Dios depende que Octave abra o no el cajón. Incluso entonces, depende también de Dios que el pobre hombre comprenda el sentido del documento y que le dé la importancia que tiene. Nada prueba, por otra parte, que él no haya acusado el golpe. Evidentemente, el documento no se encuentra en el cajón, y el brasero del vestíbulo está lleno de cenizas de los papeles que habían sido quemados. Pero ha hecho desaparecer todo lo que conservaba de su primera mujer, y el documento con ello… No era dueño de sí. Bebía. Se había entregado a la bebida…

Sin duda, no son éstas sus propias palabras: las he reconstruido según mis recuerdos teniendo en cuenta lo que supe más tarde y que entonces ignoraba. Me he esforzado en hallar la pista de sus escrúpulos, pero no estoy seguro de que sus palabras «veamos, reflexionemos» de aquella noche no constituyeran el supremo agarradero de sus ideas en derrota.

Entretanto, Michèle fingía ignorar a Brigitte, pobre Michèle poseída también por los remordimientos, unos remordimientos que yo compartía con ella, que ambos habíamos sentido durante mucho tiempo, pero de los cuales no hallo ninguna huella en la noche de mi vida. La profunda tristeza de Michèle, que adoraba a su padre, no era obstáculo para que su preocupación dominante en Larjuzon, la víspera de las exequias, fuese saber si podría ver a Jean; y después de la ceremonia, su dolor filial pareció dominado y como eclipsado por su desengaño de no haber visto a Mirbel entre los asistentes.

Como si temiera que el tupido velo que le cubría el rostro le impidiese reconocerlo, me había encargado que le advirtiera en cuanto Jean de Mirbel se dejara ver. Había aceptado su deseo de tal modo que mis sentimientos personales estaban muy lejos de la ávida curiosidad con que examinaba a la multitud de burgueses y campesinos que habían acudido al ofertorio. Entre todas aquellas caras animales, aquellas narices de hurón, aquellos hocicos de zorro y de conejo, aquellas frentes de rumiantes, aquellos ojos femeninos, horriblemente vacíos, apagados o, al contrario, vivos, brillantes y estúpidos como los de los pájaros, buscaba aquella otra cara, aquella frente inteligente bajo los cabellos ensortijados y cortos, aquellos ojos y aquella boca burlona; pero fue en vano. Sin duda, Jean había temido hallarse ante mi madrastra, pero como no era costumbre que la viuda fuera al cementerio, confié en que allí se reuniría con nosotros.

Era una de aquellas mañanas de un día que había amanecido radiante, pero cuya niebla se impuso a los débiles rayos del sol. Hasta el último minuto, al borde de la fosa, y mientras los vivos que parecían muertos bajo aquella bruma y que se pasaban la pala de mano en mano y parsimoniosas paletadas de tierra caían sobre el ataúd de Octave Pian, que acaso no fuera mi padre, esperé que Jean surgiera de pronto, en medio de las sombras. Algunas veces, Michèle creyó que era él y me apretó el brazo. Durante años, ante este recuerdo, hemos rumiado juntos nuestra vergüenza. Sin embargo, el dolor que experimentamos demostró qué ternura habíamos sentido por nuestro padre. Hoy, no me indigna ya aquella ley a la que mi hermana había obedecido en el pequeño cementerio de Larjuzon. Ella era de esos seres tan equilibrados y puros que su instinto casi siempre se confunde con su deber, y a quienes la naturaleza los lleva a cumplir lo que Dios espera de ellos.

Por la tarde, mi madrastra se retiró a su habitación, donde permaneció hasta la noche paseándose. Contra nuestra costumbre, ninguno de nosotros asistió a la cena fúnebre, el ruido de cuyos preparativos llegó hasta el primer piso en que Michèle y yo nos habíamos refugiado. En ausencia de todo pariente próximo, fue nuestro tutor, el notario Malbec, quien la presidió. Congestionado, casi contento, se reunió con nosotros después del café. Sabíamos que le aguardaban unos clientes y que no soportaríamos demasiado tiempo su presencia. Si esto fuera una novela, yo diría aquí que era divertido bosquejar un tipo como Malbec, uno de esos tipos que, como dice la gente, parece «sacado de una novela de Balzac…». Pero, en nuestras vidas, ha representado otro papel distinto del de descargarnos de todo lo que nos hubiese impedido estar atentos a las emociones de nuestros espíritus y nuestros corazones. Me aburría mucho. Cuando era necesario soportar en su despacho la lectura de los documentos que yo firmaba con mis iniciales, me contaba historias a mí mismo. Durante toda mi juventud, había creído (o era como si lo creyese) que esta especie de hombres calvos, con lentes y patillas, estos procuradores de media edad que parecen tener el rostro desfigurado, carecían de corazón para apasionarse por algo, y todo lo humano era extraño para ellos.

Después de la partida de monsieur Malbec, y cuando se hubieron alejado los últimos coches, no resistimos a esta obsesión que nos parecía sacrílega, preguntándonos a propósito de Mirbel en aquella habitación donde fumábamos y cuyo tabique nos separaba de la alcoba de donde hacía poco se habían llevado el cadáver de nuestro padre. Supimos desde aquel día que nada había de impedirnos que arrinconáramos para siempre a Jean de Mirbel en Baluzac. El cementerio, adonde habíamos de volver al día siguiente, estaba situado fuera del pueblo y, precisamente, en el camino de Baluzac. No costaba nada ir a pie hasta el presbiterio. Brigitte Pian se hallaba en un estado que le impedía ejercer cualquier clase de vigilancia sobre nosotros. Y la muerte de su padre había desligado a Michèle de su promesa.

Aquel día, la niebla fue más densa aún que la víspera. No había ninguna posibilidad de que nos encontraran al pasar por el bosque. Sobre la tumba cubierta de flores ya podridas, Michèle se creyó en el deber de recitar dos veces seguidas el *De Profundis*, que me pareció interminable. Después, con la sensación de haber abandonado al pobre muerto, nos fuimos tan rápidamente que, a pesar de la niebla, el sudor perlábase en mi frente. Michèle iba ante mí, tocada con un sombrero blanco (no tenía otro de luto distinto del que había llevado durante el entierro). Una chaqueta dibujaba su talle, que entonces era un poco tosco. Sus hombros eran demasiado altos. Éstos son defectos que ha conservado mi memoria. Pero de esta muchacha maltratada por la fatalidad trascendía una gran fuerza y una desbordante potencia vital.

Las pocas casas que integraban el pueblo de Baluzac nos parecieron condenadas a muerte. Ni siquiera formaban una calle y no había nada que se pareciera a una plaza. El presbiterio estaba separado de la iglesia por el camposanto. Al otro lado, se encontraba la escuela nueva; frente a una hostería y tienda de ultramarinos, la herrería y la farmacia Voyod, que aquel día estaba cerrada. Los dos tercios de feligreses del abate Calou vivían aislados en sus alquerías, a varios kilómetros del pueblo. A medida que nos acercábamos, la turbación de Michèle se confundía más con la mía. No éramos más que un corazón, un

mismo aliento. Yo me había remangado los bajos de mis pantalones negros sobre mis fúnebres botines abotonados.

El huerto parecía abandonado.

—Espera, no llames hasta que haya recobrado el aliento —dijo Michèle.

No hizo el gesto que hubiera hecho hoy: carecía de polvos y carmín, y aun de monedero, excepto de un bolsillo bajo la falda. Levanté el picaporte. El golpe resonó como en un sepulcro vacío. Transcurrió medio minuto, después, oímos el rumor de una silla y el de unos zapatos arrastrándose por el suelo. El fantasma que nos abrió era el abate Calou. Había adelgazado mucho desde nuestro encuentro en el famoso paseo de la Intendance.

—¡Ah, queridos niños! Iba a escribiros. Hubiese debido ir…, pero no me atrevía… Por madame Pian, ¿comprendéis?

Nos precedió hasta el salón y abrió los postigos. Una especie de manto helado cayó sobre nuestros hombros. Como nos preguntara con voz vacilante si temíamos resfriarnos, le dije que, en efecto, habíamos tenido mucho calor y que quizá fuera mejor subir. Él pareció contrariado, se excusó del desorden que encontraríamos y, después, encogiéndose ligeramente de hombros, nos indicó que le siguiéramos al primer piso. Sentía a Michèle atenta a la aparición deseada. Jean iba a inclinarse por encima del pasamano. Tal vez se hallaba detrás de aquella puerta que el abate Calou abría entonces, disculpándose todavía.

—Aún no está hecha la cama. María se hace ya vieja y yo, por la mañana, no me siento muy valiente.

¡Qué abandono! Los libros estaban esparcidos sobre las sábanas grises. Encima de la chimenea, entre los montones de papeles, había un plato con restos de comida. En las cenizas del hogar había una cafetera.

El abate Calou nos ofreció dos sillas y se sentó al borde del lecho.

—Quisiera poder expresaros cuánto he sentido la muerte de vuestro padre. Pero, por el momento, no puedo pensar en los demás. Estoy prisionero de mi tristeza. ¿Sabéis, quizá, dónde está? Sin duda, os habrá dicho algo. Yo no sé nada y temo no saber nunca nada, porque no será precisamente la familia quien me tenga al corriente de sus pesquisas. ¡Ya os lo podéis figurar! Perdonadme que os hable de esta manera… Desde que he perdido el humor, apenas si he cambiado diez palabras con la gente. O me vuelven la espalda o les causo risa…

—¿Qué desgracia? —le pregunté.

Michèle había comprendido.

—¿Qué le ha ocurrido? No le habrá pasado nada, ¿verdad?

El abate Calou retuvo la mano que Michèle había acercado a la suya. Dijo que él era el menos indicado para contestarle, el único que no podía esperar de nadie una noticia… Por fin, se dio cuenta de nuestro estupor.

—¿No sabíais que se ha marchado? ¿Nadie os lo ha dicho? Hace ya ocho días…

Ambos exclamaron:

—¿Ido? ¿Por qué?

El abate levantó un brazo y lo dejó caer.

—¿Por qué? Seguramente, el aburrimiento… Esta vida aquí con un cura, un viejo cura… Pero no se le hubiera ocurrido esta idea si alguien no se la hubiera imbuido… No, yo no puedo decíroslo: sois dos niños… ¡Ah, Michèle! Tú quizás hubieses podido…, tú sola…

Jamás había visto llorar a un hombre de aquella edad, a un sacerdote. No era el llanto de una persona mayor. Sus anegados ojos azules se parecían a aquellos que su madre debió de enjugar sesenta años antes cuando estaba muy triste. También era infantil la mueca de sus labios.

—Creo haber hecho todo lo posible… Hubiera debido ir a buscarte, Michèle, ir a tu encuentro y traerte a la fuerza. Pero no se me ocurrió nada. ¡Qué locura fue esa correspondencia entre nosotros! No pudiste resistir a la tentación de enviar una carta a Jean en el mismo sobre en que enviaste la mía. Hubiese debido preverlo. Por lo que a mí respecta, ¿sabéis que este asunto ha sido llevado al Arzobispado? Vuestra madrastra envió una nota firmada contra mí. ¡Qué excelente dama! Afortunadamente, el cardenal Lécot no es tan terrible como parece. Estoy seguro de que Su Eminencia se ha reído de mí. Ella me llamaba «mensajero del amor», y ha citado unos versos latinos. Pero lo hacía con el propósito de bromear, de quitarle importancia a la cosa. El cardenal es implacable, y sus bromas son terribles; pero posee ese corazón que acompaña casi siempre a una gran inteligencia. Me di cuenta de que es muy bueno…

Monsieur Calou escondió un momento su cara entre sus dos enormes manos. Michèle le preguntó que era lo que tenía que hacer. Él apartó las manos y la contempló un instante; una sonrisa iluminó su húmedo semblante.

—¡Oh, para ti, Michèle, es muy sencillo! Mientras tú vivas, vivirá él y nada se habrá perdido. ¿Sabes lo

que representas para él? ¿Te das cuenta? Mientras que yo, ¿qué puedo hacer? Sí, lo sé: sufrir. Es posible sufrir por los demás. ¿Es esto lo que yo creo? —se preguntó a media voz como si hubiese olvidado nuestra presencia—. Sí, lo creo. ¡Qué terrible doctrina que las acciones no sirvan para nada, que el hombre sea incapaz de conseguir mérito alguno ni para sí ni para aquellos a quienes ama! Durante siglos los cristianos han creído que la pobre cruz en que se hallaban clavados a la izquierda o a la derecha del Señor, les ayudaba a su propia redención y a la de los seres amados… Y después, Calvino hizo desaparecer esta esperanza. Pero yo no la he perdido… ¡No! —repetía—, ¡no!

Michèle y yo nos miramos; creímos que disparataba y tuvimos miedo. Se había sacado del bolsillo un gran pañuelo a cuadros violeta, se secó los ojos e hizo un esfuerzo para evitar el temblor de su voz.

—Tú, Louis —me dijo—, podrías escribir a La Devize. Es lógico que le pidas a la condesa noticias de tu camarada. Naturalmente, habrá que interpretar su respuestas porque nadie miente como ella… Quizás esté ya de regreso… No habrán ido muy lejos —añadió.

—¿No estaba solo? —preguntó Michèle.

El abate no apartó la vista del fuego al que había añadido un recio tronco. Le dijo que no se podía viajar sin dinero y que Mirbel no recibía casi nada de su familia.

—Se quejaba mucho de esto —añadí—. Usted debe recordarlo, señor cura.

El abate continuaba buscando tizones en las cenizas como si no hubiera oído mis palabras. Estábamos de pie ante él, que, visiblemente, temía ser interrogado y aguardaba que nos fuéramos. Michèle no insistió. Dirigió una última mirada a aquella sucia y desordenada habitación, y descendió la escalera lentamente, deslizando la mano por aquel pasamano en el que Jean debió de deslizar la suya con tanta frecuencia. La humedad había enmohecido el papel de la pared; las baldosas del vestíbulo estaban mojadas.

—Entonces, en cuanto sepáis cualquier cosa, escribidme —dijo el cura—. Yo, por mi parte…

—No le pido el nombre de la persona con quien se ha marchado —dijo Michèle de pronto (supe, después, que había sabido por Saintis los rumores que corrían con respecto a Hortense Voyod y el pupilo del abate Colou)—. No es difícil de adivinar —añadió, riendo.

Recuerdo esa risa. El cura había abierto la puerta y la niebla entró en la casa, acompañada de humo. Monsieur Calou comenzó a hablar rápidamente sin mirarnos, sin soltar el pestillo de la puerta:

—¿Qué puede significar eso para ti? Nada, carece de importancia, Michèle, puesto que para él no hay nadie en el mundo fuera de ti. Tú eres su desesperación. ¿Qué puede significar para ti —repitió—, que otra se haya ido con él por el solo hecho de que estaba aquí…? Ten piedad de mí, no me preguntes nada… Además, ya habla de ello lodo el mundo. Ni siquiera tendrás que preguntar a la gente. No es un pobre sacerdote quien tiene que contarte estas cosas. Vosotros sois unos niños. Todo lo que me está permitido, Michèle, es repetirte que si alguien puede salvar a Jean, eres tú. Le suceda lo que le suceda, no lo abandones nunca. En realidad, no te ha traicionado… Por otra parte, también me ha traicionado a mí. Me había apegado a él como al hijo de mi ancianidad, pero sin pedirle su consentimiento. Esta paternidad de la que me investí a mí mismo no le creaba ningún deber particular. No ha ofendido más que a Dios, a ese Dios que yo fui incapaz de hacer llegar a su corazón, y que él no conoció, después de todo el tiempo vivido a mi lado, hasta el momento en que los tres os peleasteis por primera vez en este jardín, ¿recuerdas?

Sí, me acordaba; por joven que fuera, el pasado era ya para mí ese abismo donde las más mediocres cosas de mi infancia se transformaban en delicias perdidas.

Tal vez aquella noche, después de haber cerrado la puerta tras de nosotros, perdidos ya en la niebla, fue cuando monsieur Calou escribió estas líneas que tengo ahora ante mis ojos:

«Para juzgar lo que valen nuestras relaciones con Dios no hay nada más revelador que la naturaleza de nuestras inclinaciones hacia la gente o hacia una persona determinada. Si es la fuente de toda nuestra alegría y de todo nuestro sufrimiento, si nuestra paz depende sólo de ella, todo está claro: estamos tan alejados de Dios como puede estarlo el ser que no ha cometido crimen ninguno. No es que el amor de Dios nos condene a la aridez del alma, sino que nos obliga a confesar a las criaturas un amor en el que no se encuentre su propio fin, ese amor puro, casi inconcebible para aquellos que jamás se han hallado en condiciones de experimentarlo. Yo he esperado de ese niño una alegría de paternidad, que, sin embargo, os había sacrificado, oh Dios mío, durante mi retiro de ordenación. ¿Cómo hubiese dominado y vencido en él esta animalidad donde, sin saberlo, hallaba no sabía qué gracia? Porque es más fácil odiar el mal en nosotros que en un ser amado».

Michèle me precedía; en cuanto quería reunirme a ella apretaba el paso como alguien que deseara

caminar solo. Tenía la cabeza levantada y en su actitud nada traicionaba su sufrimiento. Para mí lo más importante era llegar antes de que nuestra madrastra se hubiese percatado de tan larga ausencia: esta inquietud dominaba a todas las demás. En el momento en que atravesábamos el vestíbulo para dirigirnos a nuestras habitaciones, Brigitte abrió la puerta del saloncito y nos llamó.

—¿No queréis un poco de té?

Esto nos reconfortaría después de aquel paseo. Michèle respondió que no tenía hambre, pero ante la insistencia de nuestra madrastra, no quiso, sin duda, que creyera que tenía miedo y que se escabullía. Entramos, pues, en la habitación donde estaba servido el té. Brigitte Pian no tenía entonces la cara, que yo conocía tan bien, de cuando se disponía a librar batalla. Sin embargo, no podía dudar de que sabía de dónde veníamos, y yo no delimitaba bien su aspecto de mujer fatigada y sufriente con la cólera que habría debido experimentar. Ella misma nos llenó las tazas, puso mantequilla a las tostadas que ofreció primero a Michèle y, por último, nos preguntó, como la cosa más natural del mundo, si habíamos visto al abate Calou. Michèle inclinó la cabeza, pero no descargó el rayo que yo había temido.

—Entonces —dijo Brigitte con voz entristecida y con tono de condolencia—, no debes ignorar…

Michèle la interrumpió agresiva: no ignorábamos nada, en efecto, pero prefería que no se volviera a hablar del asunto. Como se dirigiera hacia la puerta, mi madrastra la llamó:

—No, Michèle, no te vayas aún.

—Te advierto que si se trata de un sermón, no estoy con ánimo de…

El tono de desafío no pareció alcanzar a Brigitte Pian, quien, sin duda alguna, seguía en su idea. Pero ¿qué idea era ésta?

—No estoy yo tampoco con ánimos de sermonearte, tranquilízate. Sólo quisiera, pero es mucho esperar, que me hagas justicia.

Con los rasgos endurecidos, Michèle se preguntaba de dónde iba a llegar el ataque. Se llevó la taza a los labios y bebió a lentos sorbos, cosa que le impedía contestar y obligaba a Brigitte a descubrirse.

—Me dirás que no hay por qué esperar justicia alguna por parte de los seres humanos y que el testimonio de nuestra conciencia debe sernos suficiente. Pero yo no soy más que una débil criatura como todas las demás y tengo necesidad, no para triunfar sobre ti, mi pobre pequeña, sino para mi tranquilidad, sí, para la tranquilidad de mi espíritu, tengo la necesidad de que reconozcas ante mí que había visto claramente el peligro que te acechaba, que ese muchacho es peor aún de lo que yo había temido y que he sabido defenderte contra él tan bien, ya que no mejor, que una madre en la que la carne…

Estábamos tan acostumbrados a los exordios en las conversaciones de Brigitte Pian que nuestro primer movimiento era siempre tratar de saber hacia qué finalidad se encaminaban. Sin duda, jamás había sido ella tan sincera como en aquel último minuto. Nada nos advertía que las palabras que dirigía a Michèle procedían de una angustia que no la había abandonado ni un momento desde la muerte de nuestro padre. Entonces, no nos dábamos cuenta. Ella esperaba tranquilizarse. No veía cómo podía Michèle evadirse de la necesidad de darle la razón. Mi hermana estaba muy lejos de saber el golpe que asestaba a su enemiga cuando exclamó:

—¿Quieres que reconozca que has sido la más fuerte? Pues bien, lo reconozco. Eres tú, tú sola, quien nos ha separado. Eres tú quien lo ha llevado a la desesperación. Si se ha perdido, tú eres la autora de su pérdida. Y si yo misma…

El cielo no se derrumbó sobre ella. Brigitte Pian permaneció sentada en su butaca, o mejor dicho, aplastada, contra su costumbre. Apenas levantó la voz:

—El dolor te hace desatinar, Michèle… O no te lo han contado todo. Si alguien lo ha perdido, es esa Voyod.

—Una carta mía hubiera bastado para disuadirlo, una sola carta. Si yo le hubiera hablado, si tú no te hubieses inmiscuido en nuestros asuntos, con ese horrible ensañamiento que te llevó hasta el deseo de perder al abate Calou, denunciándolo a sus superiores…

Los sollozos interrumpieron a Michèle: era la primera vez que lloraba ante Brigitte, como si el instinto de su odio la hubiese advertido que su enemiga no triunfaría sobre sus lágrimas, sino que, al contrario, la anonadarían.

—Veamos, veamos —dijo Brigitte con ese tono de voz que tuvo la noche en que la oí hablar sola—. Concederás que te has enamorado de un bala perdida, de un malhechor…

—¿Un malhechor? ¿Porque a los dieciocho años se dejó arrastrar por…?

Michèle no quiso añadir «una mujer».

—Sí —insistió Brigitte con la pasión de alguien que defiende la tranquilidad de su vida—. He dicho bien: un malhechor. Dejemos a esa mujer, si quieres. El caso es que ese hijo de una buena familia se ha

comportado como un sinvergüenza, y que si existiera una justicia humana debería estar en la cárcel.

Michèle se encogió de hombros. Estas conversaciones le parecían especialmente absurdas y la desarmaban precisamente por esto. Replicó que, como todo el mundo sabía, Brigitte Pian se daba a conocer cuando se trataba de historias de este género. Sería necesario ampliar las cárceles si debían encerrarse en ellas a todos los muchachos que cometían crímenes como aquél.

—No todos los muchachos fuerzan los cajones —replicó Brigitte—. No todos huyen con las economías de su bienhechor.

Había dicho esto sin una intención determinada, convencida de que las circunstancias de la escapatoria de Jean nos eran conocidas. El rostro descompuesto de Michèle le advirtió demasiado tarde de su error. Mi madrastra se levantó vivamente para acudir en ayuda de Michèle, pero ésta la rechazó, apoyándose en mi hombro. Yo estaba de pie, apoyado contra la pared. Y ella balbucía:

—Estoy segura de que esto es una calumnia, una calumnia lanzada por los Vignotte…

—¿No sabíais esto?

Nos contempló con una larga mirada de asombro y felicidad. Jamás nuestra madrastra nos había hablado con aquel tono moderado, casi tierno. Estaba tranquila: ahora, nos veríamos obligados a convenir en que ninguna otra madre hubiese procedido de distinto modo. Anochecía. El rostro de Brigitte sólo estaba iluminado por las llamas.

—El desdichado abate Calou no ha tenido el valor de descubriros la infamia de su protegido; debí de advertirle. Lamento haber sido tan brutal como para darte este golpe, Michèle. ¿Comprendes, ahora? Debía defenderte contra un malhechor. Sabía a qué atenerme; me había informado cerca del conde Mirbel… Pero demasiado tarde, ¡ay!, y por esto te ruego que me perdones. He dejado que te trataras con ese muchacho descarriado; ésta ha sido mi falta, mi gran falta. La garantía de monsieur Calou no hubiese debido bastarme. También es verdad que sobre todo esto me había hecho mis ilusiones…

Consideró nuestro silencio como una aquiescencia, y no pudo resistir el placer de abandonarse, de confiarse.

—Hay instantes —continuó— en que no es posible ver claro. Creedme que yo misma me he preguntado a veces… Sí, en fin, he tenido mis dudas… La muerte de vuestro padre me afecta más de lo que podríais suponer. Tenemos bajo nuestro cargo a todas las almas que Dios ha puesto en nuestro camino. «¿Qué has hecho de tu hermano?». Me he planteado esta pregunta de Dios a Caín ante los restos de aquél cuya alma ha sido arrebatada tan bruscamente. La muerte repentina trae en sí una indicación estremecedora… Progresivamente, la angustia se ha apoderado de mí con respecto a aquéllos de quienes debo rendir cuentas. Algunas veces, he podido engañarme. Dios es testigo de que siempre he buscado su mayor gloria y el bien de las almas. ¿Qué dices a esto, Michèle?

Mi hermana negó con la cabeza. Se apartó de la pared y salió de la habitación. Quise seguirla, pero mi madrastra me detuvo.

—No, déjala a solas con sus pensamientos.

Transcurrieron unos minutos. Brigitte Pian atizaba el fuego y, a veces, una llama iluminaba con una luz ardiente aquella cara grande; luego, todo se extinguía de nuevo y no se veía más que la frente y la masa lívida de sus mejillas que se destacaban en las tinieblas.

—No —dijo de pronto—, es mejor no dejarla sola. Salí y subí al segundo piso donde se hallaba la habitación de Michèle. Llamé y nadie me contestó. Abrí creyendo que ella estaría acostada a oscuras, como hacía frecuentemente. La llamé en voz baja, porque, por la noche, las habitaciones me daban miedo. Pero no, Michèle no estaba allí. La busqué por todas partes, desde la cocina al cuarto de los armarios. Nadie la había visto. Salí fuera. La noche fría estaba bañada por la claridad de una luna invisible. Volví a la salita.

—No sé dónde está Michèle —exclamé—. La he buscado por todas partes.

—Habrá salido, se habrá ido al pueblo. ¿A qué viene ese tono trágico, hijo mío?

Mi madrastra se había levantado. Y como yo respondiera llorando que Michèle no tenía nada que hacer en el pueblo a aquellas horas, Brigitte murmuró con voz asustada que «esos niños la volverían loca». Pero ya ella me precedía afuera. Alguien caminaba por la alameda.

—¿Eres tú, Michèle?

—No, señora, soy Saintis.

Saintis, el enemigo repuesto en su cargo y a quien hubiese sido poco correcto despedir antes de los seis meses. Estaba asmático y le oímos jadear en la noche. Nos advirtió que la señorita Michèle le había pedido una linterna para su bicicleta. Le había encargado que le dijera a la señora que iba a un recado urgente y que no la esperasen a cenar.

—¿Sabes dónde ha ido?

—¿Y tú lo preguntas? A Baluzac, estoy segura. Después de todo, es mejor así —añadió Brigitte volviendo a la salita donde ya había sido encendida una lámpara—. Espera que el abate Calou le explique las cosas, y que sepa disculparlas… Pero un robo con fractura es siempre un robo con fractura.

Y pasó una de sus manos por mis cabellos.

—¡Ah, pobre niño! —suspiró luego—. ¡Qué ejemplos han tenido en una edad en que debieras haber ignorado todas estas miserias! Pero, también, ¡qué lección, Louis! Mira a tu hermana; es una buena muchacha, estoy segura… Sin embargo, nada podría impedir que corriera por el bosque en una noche de invierno como ésta. He aquí lo que hace la pasión en los seres humanos, he aquí de qué modo nos humilla. Prométeme que tú, al menos, no serás como los demás, no te dejarás convertir en una bestia.

Quiso besarme, pero aparté la frente y fui a sentarme en un rincón, lejos de la lámpara.

Capítulo trece

Ninguna de mis palabras puede expresar el odio que me inspiraba. Sin embargo, mi madrastra debió de experimentar su presencia desde aquella noche en que cenamos solos y esperamos hasta las once el regreso de Michèle. Esta vez, Brigitte Pian la llamó en vano; Michèle subió al segundo piso sin detenerse en la salita. Yo no respondí más que por monosílabos a las reflexiones que me hizo mi madrastra cuando me dio un candelabro. Un poco más tarde, cuando vacilaba en meter mis piernas bajo las heladas sábanas, la vi entrar; se había puesto ya su bata color de amatista, pero no se había hecho la pesada trenza, enorme serpiente cazada entre la bata y el cuello.

—Hace muchísimo frío esta noche, te traigo un calentador —me dijo.

Al deslizarlo en mi lecho, me tocó los pies. Era la primera vez que venía a besarme y arroparme.

—La pobre niña no se ha atrevido a reconocer ante nosotros que el abate Calou le había arrancado la venda de los ojos. Comprendo su sufrimiento. No hay que zaherirla. Más tarde, me hará justicia… ¿No lo crees tú así? —decía levantando la vela sobre mí para observar mi cara.

El adormecimiento fue un refugio para mí. Con los ojos cerrados, me volví a la pared y aparenté estar semidormido, como si nadara entre dos aguas. Ella suspiró:

—¡Cuán feliz eres pudiendo dormir!

Y entró en su habitación, en la soledad.

Durante la noche, fui despertado por los crujidos del suelo. Me dije que estaría reflexionando sus escrúpulos, y me regocijé en silencio. Ignoraba entonces el horror de esta tortura que se infligen a sí mismos los servidores de Dios que no saben lo que es el amor.

Al día siguiente, durante el desayuno, Michèle, pálida, con los ojos hinchados, eludió todas mis preguntas.

—Monsieur Calou asegura que esto no puede ser considerado un robo —me dijo—. Él le adelantaba dinero a Jean cuando lo necesitaba. Esta vez, Jean se había valido por sí mismo, pero sabía que su familia restituiría la suma en el acto. Ha dejado una nota en el lugar de donde había tomado el dinero, y el abate sabe perfectamente que lo recobrará…

Pregunté si era cierto que Mirbel había hecho saltar la cerradura. Mi hermana hubo de convenir en ello, pero irritada por la mueca que yo hice, me volvió la espalda, negándose a contestar. Lo extraño es que esta acción, que me parecía monstruosa, me devolviera la ternura que Mirbel me inspiraba. Jamás podría renegar de él ni renunciar a él voluntariamente, y me estremecí al saberme atado de este modo a una persona capaz de llegar hasta el crimen.

Mucho más tarde, y por medio de palabras aisladas, llegué a conocer los pormenores de esta aventura, no por el abate Calou, sino por el propio Mirbel. Todavía hoy sale a relucir en el curso de mis visitas a la vieja condesa, sin que ella parezca sentir por esto el menor desagrado.

—Es para usted un excelente tema de novela —me dijo con cierta ansia—. Y hubiese podido reservármelo, pero se lo ofrezco con mucho gusto. Yo lo hubiera malogrado: no es mi especialidad. No es una historia de amor…

A sus ojos nada merecía el nombre de amor, excepto el adulterio.

En los orígenes de este robo y esta fuga que pesaron de tal modo en el destino de Mirbel, se encuentra una «buena acción» del abate Calou, llevada a cabo varios años antes, en los comienzos de su estancia en Baluzac.

En ese momento de su existencia, se doblega bajo la peor prueba que pudiera abatir a un sacerdote. Esta certidumbre de la que la mayoría de los hombres no tienen necesidad de él y de que quizá no sea demasiado decir que se burlan del Reino de Dios… No dudan de lo que es y jamás ha llegado a ellos la

buena nueva. A sus ojos existe una organización de ritos previstos por ciertas circunstancias de la vida y cuya empresa pertenece al clero. Y esto es todo. ¿Qué le queda, pues, al sacerdote sino replegarse en sí mismo y mantener en su propio corazón una llama vacilante para el mismo y para un pequeño número de almas, hasta que se manifieste en fin con todo esplendor el pensamiento de Dios en el mundo?

Tal era el estado de espíritu del abate Calou cuando, después de doce años pasados en el seminario, hubo de abandonar el puesto que ocupaba allí a consecuencia de ciertas denuncias respecto a su ortodoxia. Humildemente, había aceptado aquel curato de Baluzac perdido en los confines de las Landas, uno de los peores en toda la diócesis. El estudio y la oración llenarían sus días de significado. Dispensaría todos sus cuidados a la escasa feligresía que se le confiaba sin esperar resultado alguno. Desde el primer domingo que siguió a su instalación, habló tan sencillamente como le fue posible, como era su costumbre, a unos cuarenta fieles, pero sin hacer grandes esfuerzos para ponerse al nivel de su comprensión. El tema a que se refirió ante ellos atañía precisamente a la misión del sacerdote: meditaba en voz alta, sobre todo, para sí mismo. En consecuencia, al día siguiente halló bajo su puerta una carta anónima de ocho páginas: una mujer le había escuchado y comprendido. Debía de ser una persona dotada de cierta cultura. Escribía que había entrado en la iglesia por curiosidad y porque no tenía nada que hacer, y salió trastornada; pero reprochaba a los sacerdotes que esperaban a las ovejas descarriadas y no imitaban a su Maestro que las buscaba y seguía hasta que conseguía cargárselas a hombros y volverlas al redil. Aludía a los actos vergonzosos que no se confiesan, a los estados de desesperación, de los que ningún alma puede evadirse sola, si Dios no da los primeros pasos.

El abate Calou creyó que aquella mañana le había sido dado un significado a su vida. Como Pascal, sentíase naturalmente inclinado a esperar de Dios sus señales sensibles, un testimonio material. Aquel grito lanzado el primer día y en aquel perdido rincón del campo fue interpretado por él como una confortación dada a su angustia, como una respuesta a su inquietud y, también, como un tierno reproche. Preparó la plática del domingo siguiente con sumo cuidado y, considerándola desde el punto de vista general a todos, pesó cuidadosamente cada palabra para que la desconocida pudiese descifrar en ellas una respuesta para ella sola. A la primera mirada que dirigió a su auditorio, descubrió, tras un pilar, dos ojos pardos fijos en él y una cara lozana y un poco fofa. Aquel mismo día supo que era una de las maestras de Vallandraut que iba con frecuencia a Baluzac por un motivo que nadie podía precisar, pero que les hacía reír por lo bajo y bajar la cabeza. El abate Calou anotó en uno de sus cuadernos la confusión a la que hubo de sobreponerse en el púlpito para poder terminar la plática. A continuación, no escribió nada más con respecto a esta historia, o hizo tan sólo oscuras alusiones, incomprensibles para otro que no fuera él. Y fue porque la maestra se convirtió casi inmediatamente en su penitente y el secreto de la confesión se lo impedía.

Me atendré a lo que conozco, y tan discretamente como me sea posible. Aquella muchacha, todavía inocente, comenzaba a experimentar la fascinación de Hortense Voyod, una amazona, cuya especie sería un error creerla desconocida en el campo. Hay seres que tienden sus redes y pueden ayunar largo tiempo antes que ninguna presa haya caído en sus manos: la paciencia del vicio es infinita. Le basta con una sola víctima y que un solo encuentro le asegure años de apacible saciedad. Durante aquellos días de septiembre en que monsieur Calou se convirtió en cura de Baluzac, la farmacéutica daba por terminada una estancia en Vichy. Aunque consideraba a su amiga como una muchacha difícil de amansar, y completamente entregada a sus escrúpulos, estaba bien lejos de imaginar que su reino pudiese estar seriamente amenazado, tanto más cuanto que ella no conocía a nadie, en diez leguas a la redonda, de quien tuviera que temer su influencia. No tomó muy en serio la carta de ruptura que recibió una mañana, pero por ello mismo adelantó su regreso. Apenas llegada, descubrió quién era el adversario y creyó que sería un juego para ella liquidar favorablemente aquel asunto.

Todavía aquí, fiel a mi promesa de no inventar nada, no sabría describir una lucha de la cual carezco de datos precisos. Debió ser muy disputada porque el abate Calou, que jamás había solicitado favor alguno y que sentía horror a estas intervenciones, concluyó por conseguir el traslado de su penitente. En su nuevo puesto, la muchacha no estaba al abrigo de las cartas de la farmacéutica, ni siquiera de sus frecuentes visitas, puesto que aquel año había comprado un automóvil, el primero en Baluzac. Pero la víspera del día en que ella debía efectuar su segunda visita, el correo le entregó una carta fechada en Marsella: la muchacha le anunciaba su entrada en el noviciado de una orden misionera y se despedía de ella para siempre.

El abate Calou comprendió inmediatamente, a pesar de que no había tenido explicación ninguna con la farmacéutica, que había despertado en aquella mujer un odio que no desarmaría nunca. Se cuidaba muy poco de lo que le concernía, creyendo no ofrecer ninguna presa a su enemigo, pero se cuidaba mucho por ella, siendo muy capaz de entrar en los arcanos de este sufrimiento, por vergonzoso que fuera. Porque

siempre había estado atento a estos golpes imprevistos, a estas continuaciones de nuestros actos desconocidos, desde que intervenimos, aun con las mejores intenciones, en los destinos de un ser.

La acción del adversario se hizo sentir primero desde el terreno en que ella podía atacarle. Las pasiones anticlericales eran muy vivas en aquella época. Con el maestro de Baluzac y su mujer formó la farmacéutica una especie de comité de propaganda cuyos efectos no tardaría en sentir todo aquel lugar. Pero incluso en Baluzac la reputación de Hortense Voyod era demasiado mala para que sus ataques tuvieran gran alcance. Y durante dos o tres años, el cura pudo creer que no tenía nada que temer de su enemigo. Sin embargo, no pasaba con gusto ante la farmacia, y cuando al volver el camino se encontraba frente a frente con Hortense Voyod, era él quien volvía la cabeza, tanto le impresionaba aquella pálida mirada.

Durante años, había ella esperado su presa; su venganza tardó menos en llegar. El abate Calou tuvo que lamentar no haberse guardado desde el principio con respecto a una persona conocida por su desinterés hacia los jóvenes, y cuyo aspecto físico no ofrecía atractivo alguno. Frecuentemente, ella iba vestida con falda-pantalón, como las llevaban entonces las mujeres que montaban en bicicleta. El bolero, muy escotado, descubría su pecho hasta media altura del talle, adornado sobre el vientre con un enorme rizo de plata que reproducía las iniciales entrelazadas de Hortense. Sus cabellos, peinados a lo Cleo, caían lisamente a ambos lados de la cara, tapaban las orejas hasta el lóbulo, y juntábanse en el cuello en un enorme moño rubio lleno de horquillas. La cara parecía devorada por las pecas que se acumulaban sobre la nariz y los pómulos y llegaban incluso hasta los párpados; algunas, parecían haberse anegado en sus ojos pardos.

El abate Calou había usado de la convalecencia de Jean para acabar de conquistarlo; cuando menos, así lo había creído. Se entregaba a la ilusión a que todos nos sentimos inclinados, a pesar de los mentís de la experiencia: nada se ha conseguido de una vez para siempre en nadie, ni en amor ni en amistad. Jean de Mirbel, traicionado por su madre y vencido por la enfermedad, era muy capaz de sentir una gratitud efímera y ceder a la ternura. Pero esa fuerza que había en él desde el primer día, dirigida contra el sacerdote, subsistía aún sin que el abate lo supiera. El sacerdote nunca es indiferente: atrae o rechaza. Mirbel experimentaba una repulsión instintiva, un disgusto hacia el hombre profesionalmente casto. Luchaba con todas sus fuerzas contra este instinto, pero no podía evitar el odio que sentía hasta por el olor de aquella casa en la que no había ninguna mujer. No quería que monsieur Calou considerara natural que un muchacho de su edad estuviese sujeto a la misma regla que la suya, y su rencor era tanto más violento cuanto que en él ni el espíritu ni el corazón se habían abierto a los encantos de la piedad y de la pureza, a ese deleite del amor divino que aquellos que lo sienten les cuesta imaginar que el hombre más grande permanezca insensible a ellos hasta el punto de no poder hacerse a la idea de cómo es. La monotonía de su vida en reclusión, a medida que volvían a manifestarse sus fuerzas, la lucha que sostenía contra sí mismo por no mostrarse ingrato para con un hombre a quien estaba de tal modo obligado, todo se conjuraba para resucitar en Jean de Mirbel los demonios adormecidos. Ni siquiera el afecto que le testimoniaba monsieur Calou dejada de hacer el juego del enemigo; así era el carácter de Jean: se armaba contra uno de la ternura que se le prodigaba. Más tarde, le oía decir muchas veces:

—Detesto que se me quiera.

Por una contradicción que Mirbel no intentaba resolver, juzgaba severamente al abate Calou por doblegar en su favor una ley moral y religiosa que, sin embargo, él execraba: el abate cerraba los ojos ante muchas cosas y evitaba importunarle por todo lo que expresaba al pie de la letra. Lejos de molestarle, Jean se sintió más fortalecido con esta debilidad y comenzó a pindonguear. Algunas veces, iba al cabaret, pero, poco comunicativo, parecía demasiado orgulloso y no tuvo amigos. Como desquite gustaba a las mujeres y, a fines de invierno, tuvo su primera aventura. Los parientes se lamentaron al abate Calou, que intervino en el asunto, pero torpemente. Como la mayor parte de los hombres castos, creía que para un muchacho joven un gran amor era la mejor defensa contra las pasiones. Por este motivo, no temía nada, convencido de que Jean era incapaz de traicionar a Michèle. Si bien es verdad que muchos jóvenes pueden permanecer fieles a su amada, también muchos, como Mirbel, no establecían relación ninguna entre el amor verdadero y sus aventuras eróticas. Una sola mujer existe a sus ojos y se exasperan cuando alguien se atreve a someter a una medida común el culto de adoración que sienten y las mediocres aventuras en que sólo la carne es la interesada.

Éste fue el motivo de la primera discusión entre el abate y Mirbel, en la que éste se entregó a una violencia largo tiempo contenida. Tuvo inmediatamente ventaja sobre él burlándose de que el sacerdote no podía pensar en condenarle en nombre de la moral cristiana, pero sí haciendo hincapié en un viejo código amoroso en el que nadie, fuera de los seminarios, creía. Incluso llegó a prohibirle que le hablara de Michèle,

nombre que no permitía que nadie pronunciara delante de él. Cuanto más se exaltaba Mirbel, menos resistencia le oponía el abate; pero a Mirbel no le dolió este sufrimiento que no podía ocultarse. «*Se armó contra mí porque soy un padre débil* —anotó el abate en su cuaderno la noche de aquella escena—. *Incluso el alma menos cristiana exige de nosotros que amemos por Dios, por ese Dios en el que esta alma no cree*».

A pesar de que Mirbel no me haya dicho nada concreto sobre lo que la cólera le había inspirado, imagino que esta frase de monsieur Calou alude a palabras muy crueles. Jean tenía conciencia de esta crueldad, pero a pesar de que en lo más hondo de sí mismo le causaba horror, se dejaba arrastrar por ella, hundiéndose con una especie de rabia en esta maldad gratuita. Sin embargo, no de una manera deliberada y por asestar el último golpe a su bienhechor se lió con la farmacéutica. El maestro y su mujer le impulsaron a Hortense Voyod. El lluvioso día de febrero en que este adolescente a quien ella espiaba desde hacía semanas a través de los visillos, atravesó bajo su impermeable de colegial el pequeño patio inundado y entró en la farmacia, ella debió de emitir un suspiro de alivio, a pesar de que su venganza tuviese todavía que recorrer un largo camino.

En aquellas conversaciones mantenidas a la luz de una lámpara Pigeon, y al calor de un brasero y en las que el armagnac soltaba las lenguas, Jean no hubiera sabido decirse qué especie de satisfacción hallaba al lado de aquella mujer pálida, de voz un poco ronca y, sin embargo, dulce y casi sin acento. Cuando la pasión anticlerical del instructor, de acuerdo con las luchas políticas del momento, no ofrecía ningún interés para Mirbel, los despropósitos de la farmacéutica suscitaban en él una correspondencia inmediata; ella hablaba una lengua que jamás había oído él y que, sin embargo, reconocía.

Aquella primera tarde, ella insistió en que él acudiera sólo al anochecer y esperara para entrar a que se hubiera asegurado de que nadie le había visto, puesto que el cura, con quien ella había tenido antes algunos rozamientos, no aprobaría aquellas relaciones; y sería mucho mejor mantenerlas en secreto. Él protestó diciendo que no había razón para sacar a relucir las discrepancias con su profesor. En días sucesivos, se dieron cuenta de cómo se habían estrechado aquellas relaciones.

Lo que ejercía un cierto dominio en aquella mujer —sin auténtica cultura, pero que había leído a muchos autores modernos, buenos y malos— era, con respecto a Dios, cuya existencia negaba, un espíritu de reivindicación y de odio, y esta falta de lógica no la molestaba mucho. Contra ese Ser desconocido en quien ella no creía, lanzaba el reproche de una raza para la cual no se encuentra en este mundo ningún camino distinto del de la inmolación.

Y, sin duda, nada descubría ella a Mirbel de su secreta herida. Pero ocurría que este muchacho, a pesar de que no tuviese razón ninguna para compartir con aquella mujer, que le llevaba veinte años, tan violento rencor, no perdonaba al destino ser él mismo. Que este hombre fuese un Mirbel, heredero de una familia noble, hacía en él más extraña esta fuerza hostil y obstinada, dirigida contra todo orden y toda violencia ante la felicidad. Hortense Voyod conocía la fuente envenenada de su odio; por nada del mundo hubiese consentido en revelársela a Jean, pero hubiese podido hacerlo si lo hubiese querido. El adolescente no sabía por qué todo le vedaba la alegría de este mundo, salvo una joven a quien no esperaba volver a ver nunca, y salvo aquel sacerdote que, precisamente, encamaba el objeto de su repulsión.

Quizás Hortense Voyod hubiese logrado menos cómodamente sus propósitos si Jean no hubiese sido entre sus manos un instrumento del que se servía. Pero esta convivencia entre ambos, desde el primer día, este acuerdo profundo facilitó mucho su maniobra. Ella no hubiese tenido necesidad de fingirle una simpatía que realmente experimentaba, y el muchacho acabó por prenderse en sus redes y comprometerse en sus delicias. No debió recurrir a ningún ardid para atraerlo. Cada tarde, el abate Calou iba a leer su breviario ante el Santo Sacramento y permanecía allí hasta la hora de cenar. Jean salía entonces del presbiterio por la parte opuesta al camino real y daba la vuelta al pueblo. Podía entrar en casa de Hortense sin entrar en la farmacia, saltando la valla que rodeaba un pequeño jardín y huerto de la pared posterior de la casa.

Incluso si él hubiese temido el encuentro de los clientes, hubiera evitado a toda costa al farmacéutico, aquel viejecito ocupado siempre en envolver los medicamentos con tal cuidado como si la vida de los enfermos dependiera de ello; era un hombre de maneras excesivamente humildes, pero que desmentían su sonrisa y su mirada. Como administraba las propiedades de su mujer —era ésta la cláusula esencial de su contrato secreto, no se reconocía ningún derecho sobre su persona, pero las propiedades le habían sido confiadas—, se ausentaba cada tarde y, a su regreso, no entraba nunca en la trastienda, donde ellos celebraban lo que llamaban «cenáculo».

Transcurrieron unos quince días antes de que el abate Calou se hubiese enterado de aquellas reuniones clandestinas. Aquella vez, no cedió a su primera intención y cuando abordó el tema con Mirbel lo hizo sin pasión y después de haber reflexionado mucho tiempo sobre la conducta a seguir. Estaba muy lejos de dirigirle ningún reproche; reconocía que la soledad es una vocación sin atractivo para un muchacho de dieciocho años, pero tenía razones que no podía confiar a Jean para considerar a Hortense Voyod como mujer perniciosa para él. Recurrió a su lealtad; mientras viviera en el presbiterio, la amistad con Hortense Voyod sería una traición hecha a su huésped. Si Jean no se consideraba capaz de vivir en Baluzac sin frecuentar la farmacia, había que reconocerlo sin ambages, y el abate Calou hallaría un pretexto para pedir a los Mirbel que reclamaran a su hijo, lo que Jean temía por encima de todo, porque entonces no podría evitar el internado en un colegio de jesuitas. Por otra parte, el tono de su maestro le había impresionado. No podía negar que Hortense Voyod quería mal al cura; no es que lo hubiese atacado directamente en presencia de Jean, que no lo hubiera soportado, sino que podía verse a través de todas sus conversaciones. Y el muchacho, al salir de la trastienda, se avergonzaba cuando se encontraba en el comedor del presbiterio, y, a través del vapor que se elevaba desde la sopera, tenía que contestar a la sonrisa del abate, a aquella sonrisa casi infantil. Prometió, pues, al abate interrumpir sus visitas a la farmacia. Más tarde, me dijo que lo había prometido de buena fe y completamente dispuesto a mantener su palabra. Fue entonces cuando monsieur Calou le proporcionó un caballo y cuando me paró en la calle para establecer una correspondencia entre él y Michèle, esta tentativa de la que ya he contado las deplorables consecuencias.

Si antes de conocer a Hortense Voyod, a Jean, separado de Michèle, sin recibir tan siquiera carta suya, se le había hecho insoportable su destierro en Baluzac, no pudo resistir ya más en cuanto le faltó la distracción de aquellas conversaciones a las que ya se había acostumbrado, o no podía asistir a aquellas lecturas en voz alta que el maestro hacía del artículo de Hervé, de Gérault-Richard y de Jaurès (y Hortense vaciaba su vaso como si fuera un hombre, encendía un cigarrillo y hablaba sola, con una especie de verbo amargo, de cuyo encanto, al cabo de los años, todavía me hablaba Mirbel).

El abate Calou hubiese preferido que Jean se hubiera revuelto contra él; pero ¿qué hacer contra aquella tristeza de fiera enjaulada, sobre todo, cuando la superiora de las corazonistas, con secas frases, hubo advertido al cura de Baluzac que debía dar por terminadas sus relaciones epistolares con Michèle? Jean no leía ya, abandonaba sus deberes, y corría por el bosque a pie y a caballo hasta el anochecer. Al cabo de algunas semanas, frecuentó otra vez la casa del maestro. El abate cerraba los ojos. No le cabía la menor duda de que el muchacho encontraba cada vez carta de Hortense y que él mismo dejaba una a ella. Había prometido no volver a verla nunca más, no escribirle. Sin este cambio de correspondencia casi cotidiano es posible que sus relaciones no hubiesen adquirido un cariz apasionado, y el tono romántico de las cartas del adolescente fue lo que le sugirió la idea a Hortense. Vio, entonces, lo que en un principio no había creído posible en un muchacho que hubiese podido ser su hijo. Prudentemente, comenzó a expresarse en el lenguaje de la amistad, en el que sobresalía cuando se trataba de la consecución de sus fines, aun a pesar de que fuese incapaz de experimentar realmente ese sentimiento, porque desde el liceo en el que estuvo a pensión hasta el momento en que obtuvo su diploma superior, la amistad no había sido para ella más que una coartada del deseo. Esta vez, era su deseo de venganza el que se hallaba en juego. Por otra parte, no se hizo ninguna ilusión con respecto al sentimiento que inspiraba a Mirbel. A pesar de que él no le hubiera hecho confidencia alguna, ella sabía cuánto sufría, y que su corazón pertenecía a otra. Pero, más sagaz que el abate Calou, había visto inmediatamente en el muchacho la bestia que había en él, sometida a su instinto, a esa exigencia ciega e irresponsable.

Hortense Voyod reconoció primero ese aspecto de su carácter. Las dos o tres cartas suyas que Jean había conservado, y que me mostró más tarde, no eran nada sentimentales, pero estaban escritas con gran cuidado para despertar, sin grosería, una joven imaginación entregada a la soledad. Una de las raras notas del abate Calou que aluden directamente a Hortense Voyod demuestra de qué modo el sacerdote estaba preocupado e incluso obsesionado por aquella mujer: «*Ciencia inexplicable en una campesina* —escribe—, *es que el vicio es educador a su manera. No a todos les es posible contemplar el mal cara a cara. Nuestros pobres desfallecimientos individuales que nosotros llamamos "el mal", nada tienen de común con esa voluntad de destruir un alma… El espíritu del mal, tal como lo ha conocido el siglo* XVIII *y ha sido descrito en* Les liaisons dangereuses, *sé que alienta a algunos metros de mi presbiterio, tras los postigos de una farmacia…*».

La primavera fue precoz. A pesar de que era el año de los exámenes de bachillerato, Jean se escapaba constantemente. Hortense sabía que lo encontraría en el momento en que ella lo considerase oportuno y

que bastaría pasearse por la orilla del Ciron; pero no tenía prisa, no quería arriesgar nada. Primero, era necesario crear una intimidad en el espíritu del muchacho y que él soñara a propósito de ella, que comenzaba a ver más lejos que su venganza. No era demasiado dar un golpe mortal al abate Calou. Desde que había perdido a su amiga, buscaba un pretexto para desembarazarse del viejo farmacéutico, ya inútil. Calculó que el pequeño Mirbel, al mismo tiempo que había de vengarla, la ayudaría a su liberación en cuanto consintiera en el escándalo; pero vacilaba con respecto al camino a seguir.

Desde los primeros días, el abate Calou, como cada año, dio la vuelta en bicicleta por los barrios y alquerías aisladas. Se desvivía por inscribir niños para el catecismo y velar enfermos, y ancianos sobre todo, a quienes sus hijos hacían zancajear hasta la muerte. Frecuentemente, tenían a la cabecera a una nuera que les reprochaba el pan moreno que trataban de deshacer con las encías con una lentitud de rumiante. Humanidad dura consigo misma, implacable para los demás y a los ojos de la que todo sacerdote era un hombre astuto y holgazán: «Los curas, ¿eh?, que los…». El confuso sentimiento que tenían de la continuación de esta frase entrañaba en el fondo una idea, querida entonces para el abate Calou, asimilando la última lección de aquella cruz fijada en tierra, inmóvil, y sobre la que se había clavado a un Dios incapaz de moverse. Así, el sacerdote, atado al mismo madero, ofrecido a la misma irrisión, propone a los hombres un enigma que ellos no intentan descifrar.

Una tarde, a fines de abril, como llegara el cura un poco antes del crepúsculo, María, que le aguardaba, le advirtió que monsieur Voyod, el farmacéutico, le esperaba en el salón desde hacía media hora, y que había creído oportuno encender el fuego. Ésta era la primera vez que atravesaba el umbral del presbiterio. Muy intrigado, el abate Calou halló a su visitante sentado ante la _chimenea y fumando. Se levantó cuando entró el sacerdote. Se había endomingado. Una estrecha cinta negra no bastaba a ocultar el botón de su camisa. Hubiese podido pasarse una mano entre el cuello de aquélla y el suyo, descarnado. Su sonrisa descubría una boca vacía.

Se excusó largamente por no haber ido nunca a cumplir con su deber de visitar a su cura. Había temido no ser recibido. Sin embargo, era sabido que no participaba del todo de las ideas de su mujer. En vida de su primera esposa, había frecuentado la iglesia durante las fiestas señaladas, e incluso a los dieciocho años había cantado en el coro. Se consideraba muy feliz si el señor cura no le creía enemigo suyo y le hacía el honor de que pudiera considerarlo como cliente suyo. No era cómodo ir a Vallandraut para comprar unas pastillas.

Todo esto lo dijo sin interrumpirse, como si hubiera sido una lección preparada con sumo cuidado y sin que el abate pudiera adivinar adonde iba a parar con todo aquel exordio. Hizo de nuevo alusión a los principios de madame Voyod, que estaba bien lejos de aprobar. Todo no era color de rosa para él, el señor cura podía creerlo. Se había sacrificado para hacerle de padre a la hija de su viejo amigo Destiou, cuando ella se había encontrado sin otros parientes y con el peso de todas sus propiedades. El farmacéutico sabía que la gente consideraba interesada su acción… Pero ¿qué había ganado con este matrimonio? Todos los inconvenientes del propietario sin ninguna de sus ventajas, y las ideas de madame Voyod le habían hecho perder muchos clientes. ¡Ah, nunca había dejado de ocasionarle quebraderos de cabeza! Entonces, comenzó a enseñar la oreja: él no era quién para dar consejos al abate, pero le extrañaba que su pupilo tuviese permiso para frecuentar a una persona tan hostil a la Iglesia. En todo caso, él, como marido, y a pesar de que se consideraba más un padre que un esposo, empezó a preocuparse ante aquellas visitas de las que hablaba todo Baluzac… Bien es verdad que el chiquillo era un bribón. A la edad de Mirbel, esas cosas no tenían importancia, pero, a pesar de todo… Como el cura le interrumpiera para tranquilizarle diciéndole que el muchacho no iba a la farmacia, el viejo habló de citas en el bosque que no podían ser buenas para un muchacho ni tampoco para ella. La prueba era que Hortense había tomado muy a mal sus observaciones. Como si hubiese olvidado que hacía un instante le había hablado de su matrimonio como de un acto de devoción completamente desinteresado, lloriqueó diciendo que era muy triste llegar al umbral de la vejez, después de haberse sacrificado tanto, verse amenazado con perder de un solo golpe el beneficio de sus esfuerzos. Cuando uno se ha ocupado de una propiedad durante tantos años, la ha levantado y ha convertido las tierras incultas en fértiles campos, abierto claros en los bosques, restablecido los límites puestos en duda por sus vecinos, es muy duro, cuando todo está ya puesto en orden, sentirse amenazado con el despido, como un simple criado.

Monsieur Calou le hizo observar que su pupilo no tenía nada que ver con todo aquello. El farmacéutico reconoció que así era en efecto y que no lo ponía en duda, que era lo último que se le ocurriría pensar, porque había que hacer justicia a Hortense: jamás había dado que hablar y no podía acusársela de nada. Y

el viejo dirigió una viva mirada al cura y bajó, luego, los párpados inflamados.

El abate, armado de las tenazas, intentaba reanimar el fuego: dijo que la chimenea estaba fría y que no habían encendido el hogar ni una sola vez durante el invierno. El viejo, a quien el humo hacía toser, insistió en que el señor cura hablara a su discípulo… Seguro que no había nada… Pero ¿por qué dar motivo a la murmuración? Además, Hortense se acercaba a una edad mala…

Las tenazas temblaban en las grandes manos del abate; se levantó y hubo de bajar la cabeza para mirar a su visitante.

—Tranquilícese, monsieur Voyod; a partir de mañana, mi pupilo no andará por los bosques. Le doy a usted mi palabra.

El farmacéutico advirtió que el cura no parecía muy tranquilo. Repitió, más tarde, que jamás había visto a ningún hombre tan fuera de sí, ni que fuera tan capaz de darle un golpe. Monsieur Voyod no hubiera querido estar en la piel de aquel bribón cuando llegara para cenar.

Cuando monsieur Calou se encontró de nuevo solo, fue a su habitación, llenó un cubo de agua y se mojó la cara. Después, se arrodilló, pero las palabras se negaban a salir de sus labios y sus pensamientos eran un caos como las hojas en un ciclón. Todavía se dice entre los familiares de su hermano: «Durante las vacaciones de 1880, el año de la gran cólera de Ernest…». La última de las cóleras había demorado un año su ordenación al subdiaconato. Luego, con la gracia de Dios, siempre había conseguido dominarse antes de que llegara lo peor.

Aquella noche, de codos en su reclinatorio, apoyada la cabeza entre las manos, oyó una voz interior que clamaba: «Hay peligro… Te expones a hacerle daño…». Pero más fuerte que esta advertencia clamaba en él el deseo de que estuviera allí el muchacho para agarrarle del cuello y hacer que se arrodillara hasta conseguir que pidiera perdón. Y después, basta de contemplaciones; sería tratado como lo había deseado el tío Adhémar. Puesto que no obedecía más que a la fuerza y sólo cedía al miedo, el cura de Baluzac sabría sentarle la mano y hacerlo más obediente que un perro: «Reza, gana tiempo…», le repetía una voz incansable. Y, de pronto, oyó los pasos familiares en la escalera. El cura abrió la puerta.

—Entra, tengo que hablarte.

Como el otro respondiera: «En seguida». Él insistió: «Ahora mismo».

Jean se encogió de hombros y quiso llegar a la escalera del segundo piso. Pero fue agarrado por el cuello, sintió la presión de una rodilla sobre los riñones y se encontró sobre el lecho diván donde había sido lanzado como un paquete, entre los libros y los folletos. Estupefacto, permaneció sentado contemplando dos enormes puños a la altura de su rostro. No supo hacer otra cosa que balbucir:

—Pero ¿qué le pasa?

El abate jadeaba y se enjugó con el dorso de la mano su frente sudorosa. ¡Vamos! Había evitado hacer daño; el peligro había pasado.

Con el más frío tono y sin que su voz temblara, confesó su fracaso ante su alumno y le advirtió que, en lo sucesivo, no haría más que vigilarle hasta que la familia Mirbel le relevara de la obligación que había tomado sobre sí. Esperaba que él no condujera la discusión entre ellos a una cuestión de fuerza, porque al abate, cuando debía usar la suya, le costaba mucho dominarla y daba de lo lindo.

Le ordenó luego que subiera a su habitación, donde le llevaría la cena.

«*Mientras me hablaba de esta forma brutal* —escribió Jean a Hortense Voyod—, *el cura cerraba los ojos: quizá rezaba, a pesar de que sus labios continuaban inmóviles. ¡Siempre esa salida oculta por la que esa gente se escapa!*».

Mantuvo su palabra, imponiendo su presencia a Mirbel, o encerrándolo bajo la vigilancia de María cuando su ministerio le impedía hacerlo personalmente. Sin duda, Jean pudo escaparse varias veces, y nunca cesó su correspondencia con Hortense, gracias al maestro que le daba clases de matemáticas. Pero aquello no bastó a dominarle, aunque hubo de ceder a aquella inflexible voluntad. Por otra parte, la inminencia de los exámenes le obligaron a demorar todos sus planes de resistencia. Admitido, pero suspendido en oral, volvió a Baluzac en septiembre, después de haber pasado un mes en casa de la condesa, en La Devize. Era la primera vez que se hallaba frente a su madre después de la siniestra revelación que había tenido en Balauze.

«*Me ha cambiado a mi Jean* —escribió la condesa al abate—. *Era un niño terrible y, ahora, es un muchacho cínico. Hoy, no puedo pronunciar una palabra de exhortación, o esforzarme solamente en formar su conversación*

—lo que es mi constante cuidado—, sin que ese desgraciado se ría en mis narices. Permítame, señor cura, ya que no emitir una duda sobre la excelencia de sus métodos, cuando menos, observar que me ha fracasado en lo que atañe a mi hijo».

Durante esas semanas de vacaciones, Jean recibió casi a diario una carta de la farmacéutica, y en cuanto regresó al presbiterio, sus proyectos comenzaron a adquirir forma. Un nuevo acontecimiento ocurrido en el mes de octubre hizo desaparecer las últimas vacilaciones de Mirbel. Los retiros eclesiásticos habían obligado a monsieur Calou a ausentarse durante varios días y Jean no se separó de Hortense. El abate, a su regreso, halló a Jean más calmado y casi desinteresado; por este motivo, cedió un poco en su vigilancia. Sus relaciones eran las de un maestro con su discípulo, quienes, fuera de las cuestiones propias del estudio, no se hablan apenas y rehuyen cualquier motivo de discusión. Con renovada confianza, el sacerdote se entregaba plenamente a su feligresía: los niños comenzaban a rodearle y a amarle. No advirtió el nuevo equívoco que le separaba de su pupilo: con una increíble inconsciencia, Mirbel se irritaba y sufría a causa del alejamiento de monsieur Calou con respecto a él. Y este terrible sufrimiento tuvo mucho que ver en la fatal resolución que tomó y cuya gravedad supo disimularle Hortense Voyod. Siempre se ha tenido apego a las personas a quienes no amamos o a quienes creemos despreciar. Por nada del mundo hubiera convenido Jean en esto; pero hubiese sido completamente incapaz de comprender que para el abate Calou ocupaba siempre el primer lugar en su corazón y en su pensamiento. Los místicos obedecen a las leyes de una economía que les es imposible ella. ¿Cómo el sacerdote no hubiese estado tranquilo hacer inteligible a aquellos que no están iniciados en con respecto a Jean y le hubiera considerado en deuda consigo, habiendo ofrecido su vida por él al renovar su sacrificio a diario? Este régimen de cambios y compensaciones y de reversibilidades en que la Gracia hace vivir a los que creen, estaba muy alejado del mundo carnal en que el adolescente comienza a tener conciencia de sí mismo. Él se creyó soltado, lanzado por el solo hombre que poseía todos sus secretos, que supo cuánto había sufrido y lo que continuaba sufriendo a causa de su madre y de Michèle. Si él también lo abandonaba, ¿qué podría hacer sino huir de este mundo abominable donde no había sitio para él? Estaba seguro de que su aventura con Hortense no duraría siempre, ni siquiera mucho tiempo… Pero tal era su vocación de desgracia y lo que más le atraía en esta aventura: que no tuviera salida, que careciera de esperanza, que lo arrebatara del puerto y lo precipitara en la corriente que no había de remontar.

Capítulo catorce

Tuvimos que permanecer en Larjuzon hasta la celebración de lo que se llama en la Gironda «misa de octava». La antevíspera, mi madrastra había recibido una carta de la hermanita que cuidaba de Octavie. El aborto no había podido ser evitado, se había declarado una doble flebitis, la fiebre no cedía y el corazón se debilitaba; en fin, el médico no daba ninguna esperanza. En la calle Mirail faltaba de todo. A pesar de la prohibición de monsieur Puybaraud, la hermana había recurrido a madame Pian porque el panadero y el farmacéutico habían empezado a enseñar los dientes. Estas noticias parecieron abatir a mi madrastra. Sin duda, podía haber ido a Burdeos en un tren y regresado en otro antes de la misa de octava; pero le daba miedo la acogida que le dispensaría mi antiguo maestro, y con su generosidad acostumbrada, decidió mandar un giro telegráfico a nombre de la hermanita y a su convento.

Brigitte me pedía consejo; pensaba en voz alta ante mí como si no se hubiera dado cuenta de mi frialdad.

—¡Si no me hubieran tenido a mí! —repetía, recordando todo lo que había hecho ya por los Puybaraud —. Yo se lo había advertido; todo sucede punto por punto tal como yo lo había anunciado. Y este accidente y esta muerte casi segura, de lo que yo no me había atrevido a hablar, Dios sabe que yo los había previsto… Pero no era yo, una pobre mujer, la que había de poner los puntos sobre las íes: su director ha obrado con mucha ligereza. Él sólo hubiese podido retenerlos al borde del abismo y, en cambio, los ha precipitado en él… Pero tú verás cómo monsieur Puybaraud me hace responsable de ello. Ya tu hermana me imputa la muerte de vuestro padre e incluso el robo con fractura cometido por Mirbel… ¡Es increíble!

Me miraba y su risa ansiosa mendigaba una palabra, una protesta, pero el obstinado silencio que yo le oponía expresaba con demasiada claridad que estaba de acuerdo en todos esos puntos con monsieur Puybaraud y con Michèle.

Y no tuvo ya otro recurso que el de sí misma: erraba de una habitación a otra o en torno a la mesa, reemprendiendo para ella misma su sistema de defensa. A esa mujer flagelada por las Erinias de la Nueva Alianza, por los escrúpulos que después de la venida de Cristo hostigaban las conciencias atormentadas, ¿la cargaría aún hoy con el peso de tantas desgracias? Aquellas que desgarraban a Brigitte Pian la impulsaban a ir a la capital lo antes posible para interrogar personalmente a monsieur Puybaraud y conseguir de sus propios labios las palabras consoladoras. Pero como sólo había un tren diario, tuvimos que esperar al día siguiente.

Tuvimos que levantarnos por la noche. Durante el viaje, Brigitte Pian hubo de soportar la presencia de Michèle, que, mientras estuvimos en Larjuzon, se había apartado constantemente de ella. Durante las tres horas que permanecimos encerrados en un compartimiento de segunda clase, la adolescente entenebrecida por los crespones jugó el juego de no encontrar ni una sola vez la mirada de nuestra madrastra que imploraba la suya. De la piedad que hoy experimento por esta mujer, polvo ya desde hace tantos años, nada sentía entonces en aquel tren ómnibus mal calentado por los calentadores que los empleados habían puesto bajo los pies, y en el que yo me había puesto de rodillas sobre el asiento para calentar mis pies helados. Pero comenzaba a darme cuenta de lo que ocurría en el ánimo de Brigitte… Observaba con curiosidad a aquella criatura imponente, aquella enorme estatua de acero cuya sombra había llenado mi infancia y que ya vacilaba ante mis ojos. Imaginaba ver grietas por doquier; quizá la vería desmoronarse. Cuando se levantó para descender del vagón, me pareció pequeña, y me asombró pensar que sin duda era yo quien la había engrandecido.

No dio nuestra dirección al cochero, sino la de los Puybaraud. En aquella mañana sombría, el ruido del simón llenaba la triste calle Mirail. Levantamos la vista hacia el piso que ocupaba mi antiguo maestro y cuyas persianas estaban cerradas. La portera mostró su descarnada cara fuera de la garita que le servía de

portería. Supimos que todo había terminado la víspera por la tarde, que monsieur Puybaraud no quería recibir a nadie y que no sabían cuándo se celebraban las exequias. Comprendimos que había dado las más severas órdenes por lo que a nosotros se refería. La portera nos dijo que había tenido ocasión de comprobar con frecuencia que «la desgracia hace ingrata a la gente». Cuando volvimos a encontrarnos en el simón, Michèle, de pronto, dejó de evitar la mirada de nuestra madrastra y la miró con tan dura y larga fijeza que Brigitte hubo de volver la cara y mirar a la portería. A pesar de que sus labios apenas se movieron, comprendí que ya había empezado a rezar por la muerta. Sin duda, no podía evitar el decirle más allá del silencio eterno: «¿Y bien? ¿Quién tenía razón, Octavie?».

Posiblemente, se entregó a la pasajera euforia de esta evidente conformidad entre sus propios puntos de vista y los de la Providencia. Pero aún no habíamos recorrido el trayecto del paseo de la Intendance cuando ya se había ensombrecido. Michèle se retiró a sus habitaciones y no la vimos durante el día. Brigitte fue a acosarme en la mía y, como yo apenas le contestara, dejó abierta la puerta de comunicación. Aun cuando hostil, mi presencia le era necesaria. Volvió al cabo de un instante, y me contó la historia de los Puybaraud desde hacía dos años, no perdiendo ocasión de elogiarse, salvo en lo que se refería a la última entrevista a la cabecera de Octavie. ¡Con tal que monsieur Puybaraud no se emperrara en que la pequeña discusión de aquel día había agravado el estado de la enferma…! Se esforzaba en darme cuenta de las peripecias y buscaba en su recuerdo los términos exactos de que había usado. Yo escuchaba con una helada cortesía y sin pronunciar una palabra de aprobación o de consuelo.

Por último, no sabiendo qué decir, me rogó que fuera solo a la calle Mirail: sin duda alguna monsieur Puybaraud me recibiría y me informaría de la hora en que se celebrarían las exequias. Pero la portera no me dejó subir a pesar de mi insistencia y hube de ir a informarme en la iglesia de Saint-Eloi, donde me enteré de que no se celebraría ninguna misa; sólo se diría un responso, al día siguiente, a las ocho.

Allí no nos encontramos solos, como mi madrastra había creído. Muchas antiguas alumnas de Octavie estaban presentes y también varias profesoras de la escuela libre. Casi todas lloraban y estaba el ambiente tan saturado de plegarias que se tenía de ello una sensación física. Monsieur Puybaraud, vestido con la levita negra que en otro tiempo había llevado durante el invierno, en nuestras horas de recreo, estaba de pie y no se arrodillaba ni lloraba. Tenía la cara tan blanca como debió de estarlo la de Octavie entre las cuatro tablas. Como parecía no ver a nadie, hubiésemos podido convencernos por su actitud de que no abrigaba ningún sentimiento hostil hacia nosotros. Pero a la puerta del cementerio, no pareció ver la mano que yo le tendía y hube de estrechar la suya, que retiró inmediatamente. En cuanto a mi madrastra, ni se atrevió a intentarlo, porque él se inclinó ante ella sin mirarla y sin mover el brazo.

Aquella noche, después de cenar, me dijo en mi habitación, a la que ella me había seguido, que dudaba mucho de que monsieur Puybaraud no hubiera podido resistir al espíritu de rebeldía y que era muy lamentable que ella no pudiera llegar a él para inducirlo a la resignación y a la sumisión espirituales. Yo le objeté que la hostilidad que nos había demostrado no quería decir que experimentara los mismos sentimientos hacia Dios, y añadía, pérfidamente, que como él había sido el esposo de una santa, mi madrastra podría rogarle a ella que intercediera por él.

—¿Una santa? —preguntó Brigitte Pian—. ¿Una santa? Me miró sin cólera, pero con una especie de atención que parecía la de la estupidez, se movió un momento en tomo a mi mesa y se retiró por último, llevándose, sin duda, para toda la noche, un exceso de turbación y de angustia.

En los días que siguieron al entierro de Octavie, no intentó volver a ver al viudo, pero continuó socorriéndolo sin que lo supiera, gracias a la complicidad de la hermana enfermera. Michèle había vuelto al convento de las corazonistas y comenzamos otra vez a vivir uno frente a otro, mi madrastra y yo, ella atenta a complacerme, solícita hasta la humildad, como si no hubiese tenido otra humana ayuda que aquel muchacho de exasperante corrección.

Yo había seguido la sugestión del abate Calou y escribí desde Larjuzon a la condesa de Mirbel para pedirle noticias de Jean. Hallé la respuesta en Burdeos: una carta en la que cada palabra había sido cuidadosamente pesada a fin de quitarle toda importancia al escándalo. «*No me asombra, mi querido y joven amigo, que sienta usted inquietud por Jean y que se haya usted sentido impresionado por las absurdas murmuraciones que han circulado por todo el país con respecto a él. Está aquí, con nosotros, muy asombrado él mismo y muy avergonzado a causa del ruido armado en torno a su calaverada. El cura y el farmacéutico son los principales responsables: uno y otro han amotinado el país, y si el segundo de estos señores tenía algún motivo de excusa, el primero ha obrado sin ninguna clase de juicio ni de ponderación, por encima de lo que se puede tolerar en un eclesiástico, sobre todo, cuando se pretende ser un educador. Yo se lo dije así cuando le reembolsé ese adelanto de dinero hecho a mi hijo, y a propósito del cual las malas lenguas han hecho circular una historia rocambolesca que espero no haya usted creído. El sacerdote no ha sabido qué responder a las acusaciones que he*

lanzado contra él con la vehemencia, quizás excesiva, de mi corazón maternal…».

Mucho más tarde, supe el verdadero valor de este sublime silencio: el abate Calou, con una sola palabra, hubiese podido aniquilar a aquella mujer que lo ultrajaba, porque ella ignoraba entonces que su hijo había estado muerto de frío durante toda una noche bajo las ventanas del hotel de Balauze, que había creído morir y que ya para siempre se sentiría herido y envenenado por lo que sus ojos habían visto y lo que sus oídos habían escuchado.

Por último, me advertía la condesa que Jean iría a terminar sus estudios a Inglaterra y que los preparativos de su viaje le obligarían a pasar unos días en Burdeos; por esta razón, esperaba que no se le prohibiera decirnos adiós.

Esta carta de la condesa me dejó muy embarazado y confuso. ¿Debía comunicársela al abate Calou como se lo había prometido? Me vi obligado a salir de mi reserva con respecto a mi madrastra para consultárselo. No me preocupaba saber cómo reaccionaría. Pero si había esperado que lo haría violentamente, su proceder me sorprendió. Según ella, había que evitar herir inútilmente a un hombre que ya había tenido demasiados disgustos; como, por otra parte, este documento le sería útil, me aconsejó que se lo transmitiera, pero asegurándole que ninguno de nosotros creía en los alegatos de la condesa. A mi entender, ésta fue la primera vez que mi madrastra se descubrió. Cuando escribí al abate Calou, no dejé de hacer hincapié en este cambio extraordinario. Lo hice con una ironía que el sacerdote no aprobó. Recibí su respuesta al cabo de una semana. Esta carta, que copio aquí con respeto y cariño, me convirtió, después de haberla leído, en otro muchacho diferente.

«*Mi querido Louis: He tardado algún tiempo en contestarte porque tu carta no me halló en Baluzac y tuvieron que enviármela a casa de mi hermano, donde me he instalado por algún tiempo. No iré con rodeos contigo. Estás demasiado al corriente de lo que ha pasado para que intente ahora contarte las cosas de otra manera. Ya no soy cura de Baluzac e incluso he recibido la orden de abandonar inmediatamente la parroquia y retirarme en el seno de mi familia. Creo que he tenido desgracia y, al mismo tiempo, algo más de lo que esta palabra significa. Los Mirbel y el viejo Voyod se pusieron de acuerdo para señalarme como el responsable del escándalo. Además, el pequeño trabajo que madame Pian me hizo el honor de dedicarme hace ya varios meses, y que los vicarios generales tenían muy a mano, dice, punto por punto, todo cuanto ha ocurrido. Los acontecimientos han dado demasiadas alas a la crítica estrecha y, por otra parte, muy dura, que tu querida madrastra hizo de mi carácter y mis tendencias. Me expreso aquí sin ninguna clase de ironía, querido Louis, y te confieso que me gusta muy poco la que te ha servido para redactar tu carta. Sabes perfectamente que no creo en la casualidad: no creo que haya sido casualidad el que se cumplieran las previsiones de madame Pian. No me atreveré a decir que interpreta siempre rectamente ni los hechos ni las circunstancias de los demás, pero posee una especie de don para adivinar su oculta malicia. Quizá le asombraría que le dijera que, por diferentes caminos, mi error se ha unido al suyo: uno y otro, ella con su sola razón y yo con mi corazón, hemos creído que nos correspondía intervenir en el destino de los demás. Y sin duda lo esencial de nuestro ministerio, como deber de todo cristiano, es proclamar el Evangelio; pero esto no sería capaz de transformar al prójimo según nuestra manera de ser y según nuestros puntos de vista particulares, porque nada podemos por nosotros mismos, y sólo podemos ir ante la Gracia como el perro precede al cazador invisible, con más o menos eficacia según prestemos mayor o menor atención a la voluntad del Maestro y seamos indiferentes a la nuestra. En lo que a mí respecta, madame Pian ha visto claro: el defecto de medida y de juicio que ella denuncia en mí y del que ha dicho, en una fórmula sorprendente, que en un sacerdote corre el riesgo de suscitar peores desastres que la pasión más criminal es, precisamente, lo que me ha precipitado en intervenciones temerarias mal preparadas y, sin duda, imprudentes. ¡Ah! Indudablemente, la Gracia se ha aprovechado de ello porque tal es el amor de Dios que, para aquellos a quienes ama, todo lo transforma en el mayor de los bienes. Pero a los estragos que se acumulan en tomo a lo que creemos es nuestro apostolado, debemos tener en cuenta los intereses inconfesados que se mezclan en ello y las codicias secretas de las que, por otra parte, sólo tenemos un vago conocimiento, y es porque debemos esperarlo todo de la misericordia*.

»*Todo esto te parecerá muy oscuro, Louis; hablaremos de ello dentro de algunos años si el Padre no ha llamado a su seno al servidor no solamente inútil, sino peligroso que soy yo. Mientras tanto, me permito prevenirte por lo que respecta a madame Pian: no debes burlarte de lo que ahora le ocurre, ni considerar ínfima la prueba por la que está pasando. Después de haber visto durante toda la vida solamente el aspecto edificante de sus actos, todos ellos surgirán ante ella de súbito y todos, a la vez, volverán sus terribles rostros ante ella. Cuando Cristo nos abre los ojos y de pronto nuestras acciones nos rodean y estrechan, nos asombran de tal modo como aquellos hombres que vio el ciego del Evangelio una vez fue curado y que le parecieron "árboles que caminan". Pero yo quisiera que madame Pian comprendiera eso mismo de lo que estoy persuadido en la postergación en que me encuentro y que es*

peor de lo que podrías imaginar: porque no es la calumnia la que me ha sido escatimada; la gente puede creer lo que quiera, y lo mismo el arzobispo y quien sea. Puedo decir que, habiendo ya alcanzado los comienzos de la vejez, he perdido mi modesto honor humano y he dejado ultrajar en mi persona a ese Jesús que me había marcado con su signo. Mi familia se siente humillada e irritada por esta vergüenza que he precipitado sobre ella, sin contar con el malestar material de mi presencia en la casa. El más pequeño de mis sobrinos ha tenido que cederme su habitación y compartir la de su hermano. Todos son muy buenos conmigo, no hay que decirlo; pero mi cuñada me pregunta con demasiada frecuencia qué pienso hacer en el futuro, y no tengo más remedio que responder que no lo sé, porque, realmente, no sirvo para nada ni para nadie… ¡Ah! Cuidado ahora con equivocarse: ahora estoy ante Dios, más desnudo y desprovisto de méritos y más desarmado que nadie en el mundo. He aquí, tal vez, el estado que deben alcanzar los hombres en quienes la virtud, me atrevo a decirlo, es una profesión. Es casi inevitable que los virtuosos de profesión se hagan una idea exagerada del valor de sus actos, que se constituyan en jueces de su propio progreso y que se comparen a los demás para que su propia virtud no les ocasione vértigo alguna vez. Yo quisiera que madame Pian, en la prueba por la que está pasando, se convenciera de que se halla en el camino de un gran descubrimiento…».

Quizá se crea que al confiarse de este modo a un muchacho que iba a cumplir sus diecisiete años, el abate Calou confesaba que no había hecho progreso alguno en cuanto a juicio se refiere. No me atreví a comunicar esta carta a mi madrastra, a pesar de que ella buscase la oportunidad de que lo hiciera y no obstante vivir yo en la insoportable atmósfera que creaba su angustia. En aquel entonces, un diario anarquista titulado *La Bataille*, que no vivía más que de escándalos, había publicado venenosos entrefiletes sobre «el rapto de la farmacéutica». Me asombró que Brigitte me pidiera cada semana esta hoja abyecta que ella misma no se atrevía a comprar o a pedir a un criado, y no comprendía la especie de deleite que parecía proporcionarle su lectura, hasta que supe en el colegio que monsieur Puybaraud desempeñaba en *La Bataille* el cargo de secretario y que, con razón o sin ella, la gente le atribuía todos los sueltos antirreligiosos que se publicaban en ese periódico.

Cada sábado, asistía a esta lectura, que requería toda la velada, y que Brigitte Pian reemprendía a solas cada noche para compenetrarse bien del envilecimiento de un alma lanzada por ella —estaba convencida de ello— a la rebeldía y a un odio desesperado. Ni los niños ni los adolescentes acostumbran a darse cuenta de los cambios físicos de las personas mayores entre quienes viven. Pero, de día en día, veía aniquilarse a Brigitte Pian; la bata amatista flotaba ahora sobre su cuerpo, como si la enorme serpiente de sus cabellos trenzados se hubiese alimentado de su propia sustancia. Lo más extraño es que después de algunos meses, no sólo monsieur Puybaraud hubo de abandonar el periódico y encerrarse en el convento de trapenses de Septfonts para su retiro espiritual, sino que se quedó finalmente allí, vistiendo el hábito de novicio, cumpliendo lo que mi madrastra había esperado siempre de él: incluso en esto las previsiones de Brigitte parecían haber obedecido a un designio providencial… Pero ella no podía entonces prever esta salida inesperada; y si algunas veces su afanoso espíritu se apartaba del renegado, era para volverse a otra de sus víctimas: su esposo, Octave, que, según creía, viviría aún si no la hubiese encontrado en su camino. Pensaba también en Michèle, en Jean y en el abate Calou, a quien había denunciado…

Un punto que permanece oscuro para mí es el apoyo que hubiese podido esperar en esta ocasión de un director espiritual. Pero no conocía el suyo y ni siquiera estaba seguro de que lo tuviera. Por otra parte, me parece que ni incluso en la época en que ella se vanagloriaba de sus progresos espirituales, y en la que nada dejaba presagiar que un día habría de entregarse a todas las furias del escrúpulo, no frecuentaba los sacramentos tanto como podía esperarse de una persona como ella.

Lo cierto es que aquel año, cuando entramos en Cuaresma y se aproximaban las fiestas de Pascua, la angustia de Brigitte Pian se convirtió en terror. Una noche, entró, sin llamar, en mi alcoba. Yo ya estaba acostado y leía *Dominique*: y levanté hacia la intrusa los ojos aún llenos del mundo imaginario del que salía.

—¿No duermes? —me preguntó Brigitte con una expresión tímida y suplicante.

Trataba de descubrir en mi semblante el disgusto de haber sido importunado. Si no hubiera estado en la cama, habría apoyado la cabeza entre mis manos y, tapándome los oídos, inclinado sobre mi libro en una actitud que hubiese malogrado todo propósito suyo de seguir adelante. Pero entre las sábanas, me encontraba indefenso.

—Escucha, Louis. He de pedirte un consejo… Te parecerá extraño. Pero hay momentos en que una sola no consigue ver claro…

Y, acto seguido, me expuso las dudas que la atormentaban respecto a los medios para hallar el estado de gracia.

Le respondí diciendo que no tenía necesidad de reflexionar demasiado y que no había problema alguno, puesto que bastaba la confesión de nuestros pecados para alcanzar tal estado.

—Para ti, quizá, Louis. Para un corazón infantil, qué duda cabe…

Pesadamente, se sentó al borde de mi lecho. ¡Ya se había instalado! Debía, pues, renunciar a la compañía de *Dominique* para escuchar a aquella vieja huraña.

—En primer lugar, los pecados deberían serlo de un modo simple, bien claros, fáciles de delimitar y que pudieran contenerse en una fórmula. Pero, por más que lo intente, no alcanzo a expresar claramente lo que atormenta mi conciencia. Quizá sólo sean escrúpulos. El hecho de que se experimente esta tortura no significa que proceda de faltas ilusorias…

—En este caso —interrumpí con pedantería—, no se trataría de escrúpulos, sino de remordimientos…

—Pones el dedo en la llaga, Louis. Intentamos tranquilizarnos usando palabras menos duras. Es cierto que no soy escrupulosa; tengo remordimientos, sí, los tengo. Pero lo que tú has comprendido desde el primer momento, con esa prontitud que causaba la admiración del pobre monsieur Puybaraud, yo desespero de hacérselo entender a esos hombres sin experiencia, para quienes los pecados son actitudes fáciles de ser definidas y que no comprenden que el mal infecta a veces a toda una vida, que el mal puede ser multiforme, invisible, indescifrable e, incluso, inexpresable. Es decir, innominado…

Cesó de hablar, me oprimió un poco con su peso y la oí respirar agitadamente.

—Tengo una idea —dije. Desde el tiempo en que monsieur Puybaraud me había interrogado como un oráculo y en que yo intentaba deslumbrarlo con una respuesta a la vez desesperada y llena de sabiduría, no había vuelto a sentir aquella especie de excitación que sentía entonces—. El sacerdote que podría devolverte la paz es aquél que no solamente te conozca desde hace tiempo, sino aquél que no ignora ninguno de los acontecimientos que son la causa de todo este tormento tuyo. Sí —insistí mientras ella me contemplaba con esa atención de los enfermos graves al escuchar a un médico—, el abate Calou lo sabe ya todo. En su última carta me ha contado la enfermedad que sufres. Escrúpulo o remordimiento, el nombre no hace al caso. Te dará la absolución con conocimiento de causa.

—¿El abate Calou? ¡Cómo se te ha ocurrido semejante cosa! Confesarme a él después de lo que le he hecho… —Precisamente, después de lo que le has hecho.

Brigitte se levantó y comenzó a pasear por mi alcoba. Empezó a lamentarse, diciendo que ya no podía más.

—Indudablemente, no será agradable —insinué—, pero los merecimientos…

La palabra «merecimientos» le hizo levantar la cabeza.

—Esto sería muy difícil para la mayoría de la gente —añadí—, pero para ti…

Todavía volvió a erguirse.

—Después de todo… —murmuró—. Sería necesario ir a verle en casa de su hermano…

¿Podría confesar aún? —se preguntaba—. Sí, seguramente dentro de los límites que le habría señalado la diócesis.

Volvió a caminar de un lado a otro. Intencionadamente, bostecé con ruido y me metí entre las sábanas.

—¿Tienes sueño, Louis? Dichoso tú que puedes dormir tranquilo.

Se inclinó sobre mí, y sus agrietados labios rozaron mi frente.

—¿No crees que te he dado una excelente idea? —le pregunté con tono satisfecho.

Ella permaneció muda, mientras le daba vueltas mentalmente a aquella idea. Apagó la luz, pero yo volví a encenderla en cuanto se hubo ido, y *Dominique* me llevó muy lejos de aquella mujer atormentada.

Capítulo quince

Al descender del tren que la devolvía de su visita al abate Calou, y como aún faltaban dos horas para la comida, Brigitte no tomó el coche y subió a pie por el triste paseo de Saint-Jean, bajo la niebla, codeada por la gente, indiferente a todo lo que solía aborrecer, segura de ser perdonada. Caminaba con rapidez y, por primera vez, se mezclaba una muy humilde y humana ternura al impulso que la elevaba hacia Dios. Se había quitado su mal; ya no sufría, podía respirar con libertad. En algún instante, a modo de una aguda llamada, le asaltaba una inquietud: ¿Lo había confesado todo? Sí. Por otra parte, aquel que la había escuchado lo sabía ya todo…

Recordaba lo que le había dicho en aquella habitación que carecía de fuego, enjalbegada y amueblada apenas, en la que el abate le había recibido. No había intentado siquiera tranquilizarla, pero le había hecho avergonzarse de la importancia que concedía a sus faltas, como si ignorase que Dios se sirve, para sus propósitos, incluso de nuestros pecados. Él le había suplicado que se perpetrara de su propia insignificancia y de no sustituir la ilusión de haber sido una persona muy avanzada en la vida de perfección, por la de creerse una pecadora insigne. Había añadido que ella aún podía hacer mucho por aquellos a quienes debía reparación, no había ni que hablar de los muertos; en cuanto a los que vivían, también era posible hacerlo.

—Así —le había dicho—, puede usted ayudarme mucho cerca del cardenal…

Y ella había comprendido que esto se lo pedía por ella, impulsado por un sentimiento de caridad…

No ambicionaba siquiera la gracia, sino que se le permitiera instalarse, a su costa, entre la Bastide y la Souys, en el barrio más pobre y más abandonado que conocía, y alquilar allí un local en el que se le autorizara para dar clases de catecismo y celebrar la misa. Por aquellas calles húmedas de niebla a través de la que avanzaba, Brigitte Pian decidió hacerse cargo de todos los gastos, e imaginaba ya una nueva parroquia surgiendo en torno al abate Calou.

Todavía tuvo tiempo de detenerse en la catedral antes de que las puertas se cerrasen, y permaneció unos minutos inmóvil, como alguien que, objeto de un milagro, no hallara palabras con que explicarse; salió, luego, y llegó a la puerta de su casa sin saber cómo había llegado a ella. Al entrar en la antesala, le chocó un desacostumbrado olor a tabaco. ¿Quién se permitiría fumar en su casa? Reconoció una voz, la de Michèle, mezclándose con otra que desconocía y, sin embargo, supo inmediatamente quién era el que estaba en el salón, ¡quién se había atrevido a estar allí! La carta de la condesa había hecho prever una visita de Mirbel, pero Brigitte nunca creyó que aquel ladrón tuviera la osadía de presentarse en su casa. ¡Y había ido! Tras aquella puerta, hablaba tranquilamente con Michèle. Brigitte Pian se había erguido. En la antesala, iluminada por una mariposa de gas en un globo de cristal esmerilado, despertaba en ella aquella mujer fortalecida por el estado de gracia, convencida de su derecho a intervenir en la vida de aquellos sobre quienes ejercía su autoridad. Pero, al mismo tiempo, rugía en ella aquel justo furor contra el que se hallaba él tan mal defendido, porque se había atrevido a desafiar sus órdenes y sustraerse a lo que ella había resuelto y prescrito.

En el momento de apoyar la mano en el pestillo de la puerta, sus dedos vacilaron, no obstante. A pesar de su cólera, la paz interior reconquistada, la calma de las profundidades no la habían abandonado. Sabía que aquellos que se hallaban en el salón la acusaban también de haberles hecho daño. Sin embargo, su conciencia nada le reprochaba sobre este punto. ¿Qué otra actitud hubiera podido adoptar? Había protegido a Michèle, que era una niña, lo mismo que lo hubieran hecho otras madres. Sin embargo, el abate Calou veía las cosas desde otro punto de vista, y ella sabía lo que el pequeño Mirbel era para él, a pesar de que él no hubiese pronunciado su nombre ante ella. Pero recordaba que algunas de sus palabras habían sido inspiradas sin duda por el recuerdo del niño perdido: cada destino, había dicho él, es particular, y quizás es uno de los secretos de la misericordiosa justicia de la que nos reanimamos, que no exista ley universal para

juzgar y condenar a los hombres: cada uno es un heredero despreciable, cargado con los méritos y pecados de su raza, en una medida que escapa a nuestra comprensión, libre siempre de decir sí o no cuando el amor de su Dios franquea el umbral de su puerta; pero ¿quién se atrevería a erigirse en juez de todo lo que influye y pesa en esta elección? Y a propósito de los Puybaraud, el abate Calou había dicho:

«No hay que intervenir como un ciego o como un sordo entre dos seres que se aman, aun cuando sea para mal. Lo que hay que comprender primero es lo que su encuentro significa, porque ninguno de los caminos humanos se cruza con otro por casualidad…».

Brigitte Pian escuchaba detrás de la puerta dos voces alteradas, la de una muchacha un poco afligida, y otra, viril, no formada del todo, con sordas resonancias. Ya no irritada, pero vacilante, Brigitte se sentó en el arcón. Para no parecer que escuchaba detrás de la puerta —a pesar de que no entendía lo que se decía en el salón—, un poco más tarde se dirigió a su habitación y permaneció largo rato sola en la oscuridad, arrodillada.

Jean de Mirbel había elegido un jueves para intentar encontrarse con Michèle: sabía que ella estaría desde el mediodía. Preguntó por mí. Mi primer pensamiento fue ir en busca de Michèle y comprendí inmediatamente que ella sabía que Jean había llegado. Su uniforme de colegiala la afeaba; sus cabellos, semirrecogidos sobre el cráneo, estaban atados por una gran cinta de color malva. Las largas cañas de sus botinas hacían que sus tobillos parecieran un poco grandes. No me convenció la calma que aparentaba. Como no había necesidad de que nuestra madrastra pudiera deducir de esta visita el menor pretexto, convinimos entre ella y yo que, aun cuando Jean me lo pidiera, yo no la dejaría a solas con él durante el tiempo que durase la visita.

Nos dirigimos al salón. Aún no eran las cuatro, pero los estores de gruesa tela y bordados ingleses ensombrecían la estancia y hubo de encenderse un lampadario. El olor del petróleo se había enseñoreado de los grabados llenos de niños, de las pantallas pintadas y de los butacones sobredorados. A pesar de que Mirbel había crecido y robustecido, su cara se había demacrado. Sus hundidas mejillas destacaban su nariz, que nosotros habíamos conocido arremangada, pero pequeña. En su frente había más surcos de los que correspondían a un muchacho de dieciocho años. Vestía un traje de confección nuevo, pero demasiado relleno de guata en los hombros.

Aquellos que se habían amado en la época en que sus cuerpos no se habían formado aún, se miraron con asombro y en un silencio que me pareció muy largo. Era necesario que ambos insectos siguiesen a la inversa las etapas de su metamorfosis para llegar al niño que cada uno de ellos había amado. Aquellos ojos que en nada habían cambiado fueron, sin duda, lo que primero se reconocieron mutuamente.

Ya nada quedaba en mí de mis pueriles celos: no pensaba en otra cosa que en dejarlos solos, en hacerme invisible. Pero no tuve que preocuparme demasiado. A las primeras palabras, desapareció todo lo que no fueran ellos mismos. Sin embargo, la conversación languidecía; parecía que no sabían qué decirse, ella sentada y él de pie, a contraluz. Jean había encendido un cigarrillo sin pedirle permiso. Desde el rincón en que me encontraba, escapábame alguna de sus contestaciones, sobre todo, por parte de Jean, que repetía con irritada impaciencia: «No se trata de esto…». Y Michèle le preguntaba con tono burlón: «¿Lo crees así?». Comprendí que ella aludía a la farmacéutica. Jean, con las manos en los bolsillos y los hombros levantados, se balanceaba ya sobre un pie, ya sobre otro. A su juicio, el resultado de todo aquello era que Michèle no le quería y que ella había echado mano del primer pretexto que se le había ocurrido para rechazarlo; por otra parte, era demasiado natural. ¿Cómo podía ella haber creído que él la amaba? Michèle le interrumpió con el mismo tono de sus disputas infantiles:

—¿Eres tú quien me acusa? ¡Ya es demasiado! Como si tú no hubieses sido el primero…

Y Jean, exasperado, replicaba:

—Te emperras en esa historia estúpida. Intenta comprender que todo eso no tuvo nada que ver con nada que no haya sido romper los barrotes y huir a escape… Había que salir del presbiterio… Por tu causa, porque la vida me era inaguantable sin ti… Eres tú quien tiene la culpa de todo. ¿Esa mujer…? Te hubieras reído si nos hubieses visto en Biarritz, en el hotel, donde me tomaron por hijo suyo. Ni se atrevió a decir lo contrario… ¡Ah! Te aseguro que se ha reído de mí… Pero no puedo explicarte…

Y como Michèle le dijera que «en efecto, era mejor no intentarlo», él le aseguró que a Hortense Voyod sólo le había interesado perjudicar al cura.

—No me hablaba más que de él —dijo—. «A esta hora, vuelve, me decía; ahora, debe haberse dado cuenta…

¿Cuál será la primera reacción? ¿Es un hombre capaz de llorar? ¿Le has visto llorar alguna vez?». Esto es todo lo que me preguntaba. Ella deseaba hacerle una mala jugada, o quizá vengarse… Pero ¿de qué? ¡Oh! Era suficiente que llevara sotana para que deseara hacerle daño… Sea como fuera, yo no significué

demasiado…

Michèle respondió que era muy posible que aquella mujer se hubiese burlado de él, pero que no le perdonaría nunca que él hubiese caído en sus redes. Ante esta explosión de rabia, Jean opuso una inesperada dulzura que traicionaba, sobre todo, su inmensa lasitud.

—¿Por qué, entonces, disputar más?

Sabía que todo estaba terminado. Ella ignoraba lo que él se había visto obligado a soportar, y no podía decírselo. Se había apoyado en su afecto por la seguridad que ella le había dado de serle fiel, sucediera lo que sucediera… Pero, claro está, comprendía que ella había juzgado equivocadamente la medida de sus fuerzas: una muchacha no se une jamás a un tipo como Jean de Mirbel. Ella corría el riesgo de hacerlo y perderse.

—Te apartas de la cuestión —insistía Michèle, que, obstinadamente, veía a Hortense Voyod, a esa mujer.

Y Jean gemía:

—No comprendes…

Yo, no inclinado ni por uno ni por otro bando, era el único que veía las cosas con claridad. Michèle sufría el mismo mal que yo había sufrido por causa de ellos cuando aún era un niño. Ella hubiese podido dudar de que amaba a aquel muchacho enflaquecido, a quien apenas reconocía, sin esa angustia que él le había infligido durante las últimas semanas. Y él, indiferente a los celos de Michèle, la llamaba desde el fondo de su soledad: «Tómame tal como soy, acepta a este muchacho enfermo». Pero ella no oía este grito: era ya una mujer, una de esas mujeres que nada ven más allá de sus rencores carnales. Una mujer ya, práctica, positiva.

—Realmente, tienes razón en quejarte —decía ella—. Se diría al oírte que tú, Jean de Mirbel, eres un hombre fuera de la ley.

Él no sabía qué responder, o no podía hallar las palabras que hubiesen podido conmover a aquella muchacha testaruda. Le asombraba que le hablase de las ventajas de su nacimiento y de su fortuna… ¿Cómo hacer que comprendiera todo lo que había en él? Una exigencia y una denegación a la vez, el alcance de cuya ley aún no podía comprender.

—Explícame, Michèle, por qué he sido ese muchacho a quien había que pegar, a quien se señalaba con el dedo, a quien mi tío quería meter en vereda… Y, además, te repito que hay cosas que tú no sabes.

—¿Cuáles? —preguntó ella.

Él sacudió la cabeza, no para indicar su deseo de no responder, como yo creí, sino para alejar una imagen que, más tarde, cuando nos convertimos en amigos inseparables, me confesó le obsesionaba entonces: aquella callejuela de Balauze, aquellas ortigas que crecían contra la pared de la catedral, la figura de un hombre en la ventana y aquella frágil forma blanca que apenas cabía entre aquellos anchos hombros y la pared. Y añadió al cabo de una pausa:

—Debo devolverte… ¿Sabes de qué se trata?

Pensaba en el medallón.

—No, no, quédatelo —protestó ella.

Pero él ya se había desabrochado el cuello e intentaba soltar la cadena. Renunció a ello después de inútiles esfuerzos, volvió a sentarse y permaneció sin decir nada, con la cabeza baja. Al principio, no me di cuenta de que estaba llorando. Pero Michèle se rindió a sus lágrimas; ninguno de los dos había dado un paso para acercarse el uno al otro: ese signo material de un dolor cuya causa no comprendía venció la resistencia de Michèle, que, hasta entonces, no había cedido en nada. Ni uno solo de sus agravios había sido olvidado; tenía por delante toda la vida para referirse a ellos, para añadirlos a los que fueran provocados por las circunstancias, y para alimentar sus disputas futuras. Pero él estaba llorando, y ella, físicamente, no podía soportarlo. Se acercó, pues, a él e inclinándose un poco le secó los ojos con su pañuelo. Al mismo tiempo, posó una de sus manos sobre los cabellos de Jean.

Yo me había vuelto de espaldas, pero, reflejados en el cristal, veía todos sus movimientos. También vi abrirse la puerta que daba al vestíbulo; pero se quedó abierta y no entró nadie. Jean de Mirbel se había levantado. Apareció entonces Brigitte Pian llevando una bandeja llena de tazas y tostadas. Comprendí que debía haber colocado la bandeja sobre el arcón para poder abrir la puerta. Sus labios sonreían, pero nos miraba sombríamente.

Capítulo dieciséis

Nos sirvió con una oficiosidad que nunca había usado hasta entonces cuando deseaba edificamos; o si subsistía en su actitud alguna inquietud de edificación, desde entonces no fui menos sensible a la reaparición de esta naturaleza. Las personas no cambian, es ésta una verdad de la que no puede dudarse a mi edad; pero con frecuencia vuelven a la inclinación que durante toda una vida se han esforzado en combatir. Lo que no significa que terminen siempre por ceder a lo peor de sí mismas: Dios es la buena tentación a la cual muchos hombres acababan por sucumbir.

Al principio, no fue este el caso de Brigitte, aun cuando bajo la influencia de los consejos de monsieur Calou, vimos su derrumbamiento y la búsqueda de las fuentes de una religión interior. Pero lo que ella iba a suprimir de su vida era precisamente todo aquello que, a sus ojos, había constituido su religión: todo lo que satisfacía su afán de dominación, de dirigir y de no doblegarse a nada, en bien de la pureza o de la perfección.

Vuelvo a verla de pie, en medio de aquel horrible salón, con una taza de té en cada mano. Durante aquellos minutos en que nos impuso su presencia, fue abolido todo lo que nos separaba a Jean de Mirbel y a mí; formamos un apretado bloque de juventud ante aquella mujer que envejecía. Tres estrellas separadas por los abismos parecen muy próximas entre sí con relación a otra más lejana.

Brigitte nos contemplaba con una ávida atención cuyo significado no pude comprender al principio.

—La hemos domado —dijo Michèle en cuanto hubo salido—. Ahora, se va a desahogar su rabia.

Pero no, no se trataba de esto. Sin duda, Jean había sido encargado por su madre de un mensaje amable. Incluso Brigitte había dicho que tuviera a bien enviarnos noticias suyas desde Inglaterra, lo que equivalía a una autorización para escribir a mi hermana. Esta aparente derrota adquirió todo su verdadero sentido a lo largo de los dos o tres años que precedieron a mi ida a París. Durante este invierno, Jean escribió a Michèle desde Cambridge, varias veces por semana. No hay que decir que nuestra madrastra había consentido en que lo hiciera: cada día, espiaba a mi hermana, tratando de adivinar si había recibido carta y, si a consecuencia de ella, sufría o estaba contenta. Brigitte no perdía el menor detalle de este amor, de esta tempestad interminable, cuya historia habré de contar algún día.

«Está contenta cuando sufro», se decía Michèle.

Pero no, Brigitte no estaba contenta: interesada tan sólo, pero apasionadamente.

Michèle llegó a decir aún:

—Ahora que no tiene el poder de atormentar a nadie, se ha convertido en una especie de espectadora libidinosa.

Y esto ya me parecía menos falso. Para Brigitte, el interés de la vida había cambiado de sitio. El tejido de falsa perfección en el que ya no trabajaba le dejaba, de ahora en adelante, ocio para contemplar a los demás y observar ese extraño juego llamado amor que ellos jugaban y al que ella misma había servido con horror, y durante tantos años, sin tratar de descubrir el misterio que encierra esa palabra.

Michèle, muy lejos de sentirse conmovida por el interés que le demostraba nuestra madrastra, le atribuía una malévola segunda intención y ponía todo su cuidado en no revelarle nada de sus relaciones con Jean. Pero Brigitte interpretaba sus cambios de humor y hacía la exégesis de las confidencias que se le escapaban, del menor suspiro y de los silencios.

Sin duda, se mostraba muy regular en su vida religiosa y quizás incluso se acercaba más a menudo a los sacramentos porque sus escrúpulos habían desaparecido. Pero, a partir de entonces, vivió dos vidas: una vez salida de la iglesia, penetraba en otro mundo que carecía de comunicación con el de la gracia. A los

cincuenta años, había descubierto la literatura de imaginación y la sorprendí frecuentemente en mi alcoba, ocupada en elegir un libro. Leía como si comiera, con la avidez de un niño que come a dos carrillos: recuperaba las horas perdidas en naderías, respecto a las cuales era demasiado inteligente para no haberlas despreciado siempre. Recuerdo su actitud cuando abría el paquete de «buenos libros». Elegía un volumen al azar, comenzaba a leer y pasaba dos o tres páginas a la vez, suspiraba y levantaba los hombros. Con el mismo fervor leía ahora *Adolfo, El lirio del valle* y *Anna Karenina*. Yo elogiaba su gusto por la exacta pintura de los sentimientos. Cualquier historia de amor la atraía, con tal de que no falseara la realidad. Del mismo modo que un hombre condenado a una vida sedentaria se satura de historias de viajes, pero se muestra mucho más exigente en cuanto a la veracidad del viajero.

Apenas veía al abate Calou. Las gestiones efectuadas para que se permitiera al abate «ejercer su ministerio» en el Souys aún no habían terminado. Al pobre sacerdote, se le atribuían falsamente ciertos venenosos entrefiletes alusivos a la dirección de la diócesis y que habían sido publicados en *La Bataille*. El abate Calou era de esos inocentes que no saben siempre contener una palabra poco oportuna y que antes de tragarse un exabrupto se dejaría ahorcar. Para su desgracia, un hombre implacable, porque no era inteligente, había sucedido al cardenal Lécot en la ilustre silla de los primados de Aquitania. Quizá cuente algún día la subida al calvario del santo abate Calou. Ya había llegado el momento de ser privado de sus funciones y fatigaba a Brigitte Pian con el relato de sus miserias; pero no para hablar de él sino de ella, había tomado mi madrastra el tren: volvía decepcionada, pero a partir del día siguiente ya no pensaba en ello, entregada por completo a la pasión de Michèle y ocupaba con cualquier novela cuya lectura prolongaba hasta altas horas de la noche.

No quería decir esto que la farisea hubiese muerto en ella; la lucidez que le había permitido juzgarse y condenarse, la había hecho altiva. No creía que pudieran citarse muchos ejemplos de una cristiana capaz de reconocer, a los cincuenta años, que había seguido un camino equivocado. No se confesaba que ahora le era agradable no dirigir a nadie. A veces, cuando pensaba en los años ya terminados, una profunda nostalgia se apoderaba de ella.

Volvíamos, un día, del entierro de nuestro tutor monsieur Malbec. Con la boca torcida, habían tenido que llevárselo de la casa de su amante. Dejaba una sucesión difícil, habiendo llevado secretamente una vida muy disoluta.

—Ese Malbec —me dijo Brigitte, de pronto, en el coche que nos llevaba a casa—, cuando menos habrá vivido.

Yo protesté. ¿Era eso vivir? Mi madrastra pareció molesta; aseguró que no la había comprendido bien; se refería al hombre que ha vivido en sí, que ha vivido con mucha prodigalidad; esto era lo que quería decir. Sin duda, era sincera; esto no impidió que mi vida de estudio la asombrara: «todos los hombres son unos canallas», solía decirme, pero no con el tono áspero de antes, sino con una sonrisa. Cuando fijé residencia en París para seguir la disciplina de Ciencias Políticas, durante las breves estadías que efectué en Burdeos hube de pasar por estrechos y sutiles interrogatorios. Mi madrastra no dudaba de que en la capital me había entregado a una vida de intrigas amorosas, y mantenía con la condesa de Mirbel una correspondencia en la que Jean y yo representábamos los temas más importantes, ya que a partir de 1910 había vuelto a encontrarme con mi amigo en París. No es mi deseo anticipar nada sobre el relato que haré más tarde de mi vida durante aquellos años en la capital. No me referiré más que a una aventura, puesto que Brigitte estuvo mezclada en ella y porque en esa ocasión se produjo el increíble cambio experimentado por esa mujer.

Muy pronto me dejé arrastrar por la idea del matrimonio. Desde mi primera juventud y cuando, para intentar la experiencia de la felicidad, me encontraba en esas condiciones que no posee un hombre entre mil, esta obsesión nació de los oscuros tormentos de un corazón en que temí perderme. Hubiera podido hacer mío lo que Nietzsche escribió con tal profundidad sobre el siglo XVII francés: «Mucho de fiera en él, mucho de ejercicio ascético para conservar su superioridad…».

Cuando un amigo me hubo hablado de su prima, nacida en un medio artístico, pero rico, y cuyas gracias puso él por las nubes, mordí el anzuelo apenas la vi.

Esta familiaridad en la que yo vivía con Dios, esta creencia de que nada había de sucederme sin que Él estuviera mezclado en ello, y de que nadie se mezclaría a mi vida sin que, en cierto modo, fuese un delegado del infinito, todo me predisponía a acoger a aquella muchacha como a un ángel liberador. *Ante mí caminan esos ojos llenos de luz…* A decir verdad, esta mujer virginal y esta musa se mostraba más vacilante y

reacia de lo que hubiese podido desear. Antes de decidir nada, exigió viajar a través de Europa. Pero mi amor se avenía muy bien con estas separaciones y estas perplejidades, y les daba el crédito que hubiese concedido a una joven sublimizada.

Al amparo de esta sublimidad, yo no había sabido adivinar a esos grandes burgueses vacilando antes de comprometerse, pesando el pro y el contra y juzgándome de una forma circunspecta. Pasaba por rico, pero mi familia era provinciana y nada más. ¿Representaría yo algo con lo que se pudiese contar? Ellos pertenecían a la categoría de parisienses ilustrados que saben que el arte y la literatura ofrecen a los especuladores un valor con respecto al porvenir… Arriesgábanse ya a comprar obras de Matisse. Pero ¿era yo un valor seguro? Incapaces de decidir nada, temían mi impaciencia y se ingeniaban en alentar al gran tonto que yo era. Si hablaba de mandarlo todo al diablo, ellos redoblaban sus concesiones hasta el punto de que, a causa de que mi madrastra tuvo muy malos informes con respecto a la salud de esta familia, me rogaron que visitara a un médico a quien pretendían haber autorizado a romper, en este caso, el secreto profesional.

A veces, se cree haber soñado estos actos, estos pasos ridículos e innobles. Volví a verme, separado, por una mesa, de ese frío medicastro, dispuesto a responder a cuantas preguntas quisiera hacerle. Todo esto terminó con una suprema entrevista de la que salí convertido en novio y con una carta delirante de la muchacha. Pero, a partir del día siguiente, ¡qué cambio! Fui despedido sin excusas ni explicaciones. Pensé en lo peor; a pesar de todas las pruebas de que, por otra parte, podía disponer, era incapaz de gustar. Un fracaso de esta naturaleza aniquilaba a mis ojos cualquier otro signo favorable. Había en mí un no sé qué que había alejado al ángel. ¡Incurable romanticismo de la juventud! ¡Cómo llevamos en la sangre esta creencia en una reprobación personal, en una vocación de soledad y desesperanza!

Brevemente, había dado cuenta a mi madrastra de la ruptura de mi noviazgo. En lugar de la carta de condolencia que esperaba, tuve la sorpresa de verla llegar. Mi desventura parecía haberla herido en lo vivo. Me manifestó una compasión excesiva y me dio a entender que había temido tomara una resolución desesperada. Sus consuelos indiscretos me abrumaron y despertaron en mí la convicción de que era menos desgraciado de lo que me había parecido al principio y que, más que nada, había sido herido en mi amor propio. Brigitte me llevó a Larjuzon. Me daba cuenta de que estaba decepcionada al verme tan razonable. Pero durante aquél tórrido verano de 1911, se vio en la necesidad de aceptar la evidencia: lejos de sentirme herido de muerte por mi desengaño amoroso, experimenté una furiosa excitación por exigir de la vida toda clase de desquites. Aquel verano, la lectura de las obras de Balzac fue para mí un antídoto peligroso. Un autor no es en sí moral o inmoral; es nuestra propia disposición de ánimo la que impone su influencia en nosotros. En la situación en que me encontraba, Balzac me devolvía a la vida, pero inclinando al cinismo mi espíritu todavía infantil; y me encantaba con los proyectos y ardides de los jóvenes personajes ambiciosos.

Fue entonces cuando Brigitte comenzó a desligarse de mí. Yo hacía peligrar la idea que ella tenía del amor. Nada se le hacía tan antipático en una persona como la ausencia de pasión. Le era insoportable que me hubiese consolado tan pronto. No se atrevió a decírmelo con estas palabras, pero comprendí que me despreciaba por no pertenecer a la raza de los torturados. Yo mismo ignoré entonces hasta qué punto me engañaba. Durante las vacaciones de 1911, Michèle estuvo en La Devize, con los Mirbel. Lo mismo a mi madrastra que a mí, no nos quedaba otro recurso que los libros. Su tristeza se acrecentó. Mostraba ya cierta falta de interés en la práctica religiosa. Sus conversaciones tendían, invenciblemente, al mismo tema: la pasión humana la obsesionaba. Con una hostilidad hecha de admiración o de envidia, me hablaba algunas veces de mi madre. Pero, frecuentemente, estaba silenciosa, postrada, en el vestíbulo a oscuras, donde bruscas oleadas de sangre besaban sus blandas mejillas.

Siempre he tenido horror a las neurasténicas; por esta razón el regreso a la capital representó una liberación para mí. Sólo cambiaba con mi madrastra breves cartas sin interés. Michèle, que esperaba para casarse a que Jean hubiese terminado sus dos años de servicio, vivía siempre en el paseo de la Intendance. En sus cartas, aludía a una «historia increíble de Brigitte», pero esperaba contármela de viva voz cuando fuera a París, pues había de ir a casa de los La Mirandieuze.

Historia increíble, en efecto, hasta el punto de que, al principio, me encogí de hombros. Me pareció un absurdo de Michèle el que mi madrastra se hubiera convertido en la amante de su médico, que había cumplido ya los sesenta años. Pero, en Burdeos, hube de rendirme a la evidencia. No se trataba del interés de una mujer enferma por el hombre que la cuida, sino de una pasión feroz, exclusiva y —esto era, sin duda, lo más extraño—, feliz y absoluta. Naturalmente, nada había entre ellos que pudiera considerarse como reprensible. El doctor Gellis, ferviente hugonote, y que tenía como clientela a toda la alta sociedad

protestante de la ciudad, estaba por encima de toda murmuración; pero separado de una mujer que en otro tiempo lo había cubierto de ludibrio, expuesto a las exigencias de numerosos hijos, la mayor parte de los cuales estaban casados, necesitados, y eran de mal carácter, descubría con delicia en el crepúsculo de su vida la felicidad de haberse convertido en el único pensamiento de una criatura más fuerte y mejor armada de lo que estaba él mismo. La veía a diario y nada decidía sin su consejo.

En aquellos dos solitarios, ningún pudor atenuaba la expresión verbal de su intimidad, ni siquiera el menor sentimiento del ridículo. Ninguno de los dos veía a un anciano en el rostro lleno de ternura que se inclinaba hacia el suyo. Vivían uno para otro como dos inocentes, en medio de sus familias irritadas y burlonas, y de la ciudad que murmuraba a costa de ellos.

Era el último año del servicio militar de Jean, cuyo matrimonio había de celebrarse en octubre. Las familias cambiaban los banquetes del noviazgo. Brigitte Pian, que hacía las veces de madre de Michèle, se prestó a ello con disgusto. El amor de su hijastra no le interesaba ya; pero, sobre todo, se quejaba de sus imprudentes promesas de donación entre vivos por los que poco antes se había jactado de reparar sus errores. La fortuna personal de Brigitte Pian era menor que la nuestra; apenas le quedaba —¡tarde se había dado cuenta de ello!— el capital necesario para la compra de una pequeña finca al lado de la clínica del doctor Gellis. La condesa de Mirbel consideraba que «esto cambiaba por completo los términos del problema…». A sus ojos, medio millón de menos agravaba más la boda.

Brigitte se hacía la sorda, fingiendo no comprender las alusiones, pero evitaba la guerra, todo cuanto hubiese podido turbar su extraña y profunda felicidad. Esa felicidad, ateniéndonos a su apariencia corporal, era, bajo una ajustada levita, un sexagenario barrigudo y de piernas cortas; una barba teñida daba a su austero semblante, bajo un cráneo calvo, un cierto parecido con el canciller Michel de
l'Hôpital;
hablaba mucho y no escuchaba a nadie salvo a Brigitte, pero ella prefería callarse y no perder una palabra del bienamado. Sus conversaciones se referían a los temas más graves e incluso a la Teología. Ella se descubría interesada por la lógica del calvinismo, a pesar de que ninguno tuviese la ambición de convertir al otro, sea porque experimentasen una especie de mutua ternura por sus respectivas creencias, sea porque estas cuestiones no les afectaban demasiado los sentimientos. La edad les hacía comprender el valor de cada minuto, del que nadie debía apartar lo único necesario, su amor.

A partir de entonces, Brigitte se alejó de nuestras vidas. Cuando atravesaba Burdeos, perdí la costumbre de pasar por el paseo de la Intendance: mi habitación se había convertido en la alcoba del doctor Gellis las noches en que se quedaba en la ciudad para acompañar a Brigitte al teatro o al concierto, porque él le había comunicado su pasión por la música. El doctor no tenía coche, pero sí una de esas viejas y anticuadas berlinas en las que al primer golpe de vista se reconocía el vehículo de un médico, y que empleaba mucho tiempo en recorrer el trayecto de la ciudad a la clínica.

Los viejos no se enamoran siempre de las jovencitas, y tampoco las viejas, de los adolescentes. Sucede que un hombre y una mujer después de haber buscado durante toda la vida, se encuentran por azar en las semitinieblas del crepúsculo. Su pasión gana con ello en desprendimiento y en indiferencia hacia todo lo demás. ¡Disponen de tan poco tiempo! Puede reírse quien no conozca el fondo del corazón humano. Durante mis raras visitas al paseo de la Intendance, Brigitte me miraba con una especie de lástima; de nosotros dos, yo era el pobre. Los tremendos aspectos de su carácter se traicionaban a veces cuando evocaba el recuerdo de mi madre o de los Puybaraud, de aquellas personas a quienes ella nada tenía que envidiar, que no habían conocido, como ella, las delicias de un amor igualmente compartido.

Me irritaba ver encenderse de nuevo bajo las espesas cejas juntas de Brigitte aquella llama cruel. Entonces, me atrevía a aludir a esa especie de amor que ella no conocería jamás. Yo había descubierto una grieta en su pasión orgullosa y satisfecha; la pasión no es más que un fantasma si no puede encarnarse, le insinuaba. Mientras no nos hemos hallado y perdido en la persona amada, sólo podemos embriagarnos con las palabras y los ademanes, pero no sabremos jamás nada de ella si realmente no la hemos poseído. Brigitte me interrumpía:

—No sabes lo que dices. No sabes ni de lo que estás hablando…

Recobraba la misma expresión de horror que le había sido familiar en otro tiempo, cuando, delante de ella, se aludía a este tema prohibido.

Siento remordimientos al pensar que por estas insinuaciones hubiese podido turbar su alegría; porque en aquella época en que había tenido estas conversaciones, supe por Michèle que algunas tormentas habían estallado algunas veces entre Filemón y Baucis. ¿Manifestó Brigitte algún pesar, alguna exigencia? No es posible imaginar estas pobres tentaciones, estos estremecimientos del cuerpo que carece de la edad del corazón que los anima. La juventud que sufre —y yo sufría— odia a estos ancianos que se sienten felices.

El doctor Gellis tenía a sus hijos y a los primogénitos de sus hijos, pisándole constantemente los talones. La compra de la finca próxima a la clínica, que Brigitte Pian concluyó la víspera del matrimonio de Michèle, prendió fuego a la mecha. Mientras uno de los pastores de Burdeos se dirigía a la casa del doctor, la familia Gellis suplicaba a Michèle que entrevistara a su madrastra con un sacerdote en quien tuviera confianza y que pudiera obligarla a obrar con sensatez. Era ésta precisamente la época en que el abate Calou se vio en la amargura de que le fuera retirado el permiso para decir misa. Como quiera que le hubieran suspendido en sus funciones, pero no prohibido, cada mañana, en una capilla cerca de la Facultad de Letras, en el momento de la comunión, mezclaba su sotana con los trajes negros de las viejas. Volvía luego a su puesto bajo las miradas curiosas o compasivas de la gente, y su rostro era el de un ángel.

La familia Gellis no tuvo tiempo de recurrir a él. Para utilizar la frase de una crueldad fútil de que se servía la condesa de Mirbel, las cosas se resolvieron por sí solas: una noche, en los alrededores de la clínica, un automóvil arrolló la berlina del doctor, quien murió a consecuencia del golpe. Mi madrastra lo supo al día siguiente, por el periódico. Versiones, sin duda muy novelescas, recorrieron la ciudad con respecto a la llegada de Brigitte Pian, feroz y sin sombrero, al pabellón que habitaban los Gellis; se pretendió que el primogénito le prohibiera el acceso a la cámara mortuoria, pero ella lo empujó y franqueó varias barreras familiares, se dejó caer a los pies del cadáver, sin una lágrima, sin un sollozo, y fue necesario usar de la violencia para apartarla de él.

Yo vivía entonces en casa de unos amigos en el Cap Martin y lo consideré un duelo tan poco oficial como para que no valiera la pena de un viaje. Me contenté con escribir una carta muy difícil que permaneció sin respuesta. Sin embargo, como Michèle y Jean continuaran en Argelia su viaje de novios, el recuerdo de Brigitte no dejó un momento de atormentarme. No pude volver a París sin pasar antes por Burdeos para asegurarme de que mi madrastra no se había vuelto loca. Hice esa visita a principios de la primavera.

La criada, que no me conocía, me dejó solo en la sala. Oí decir a mi madrastra:

—Pues claro, que entre.

Constituyó para mí un gran alivio no sorprender nada extraño en su voz. Estaba sentada en su sitio acostumbrado, cerca del escritorio, vacío, esta vez, de circulares y boletos de tómbolas. No había envejecido. Al poco rato, me di cuenta de que había vuelto a peinarse como antes: sus cabellos levantados, hinchados por los tirabuzones, descubrían sus largas orejas y la frente bien modelada. Sobre la chimenea, al lado de un jarrón de lilas, había un retrato del doctor Gellis. Nada en Brigitte descubría trastorno mental de ninguna clase. Una simple esclavina de lana color violeta cubría sus hombros. Cuando entré, debió dejar sobre el escritorio aquel rosario de que se había servido ya cuando era niña. Se excusó primero por no haber contestado a mi carta y, sin tratar de engañarme, me dijo que durante varios días se había encontrado en un estado de postración tal, que creyó no poder resistirlo.

—¿Y ahora? —le pregunté.

Me miró pensativamente.

—Si monsieur Puybaraud estuviera aquí, diría que tú eres el único que podrías comprender… —Y sonrió dulcemente—. El secreto de todo —continuó— es que no lo he perdido… No puedo hablar a nadie… Mi querido Gellis jamás ha estado tan cerca de mí como ahora, ni siquiera durante su vida. Cuando vivía, comenzó a ejercer su misión para conmigo, pero nosotros somos pobres cuerpos… Sí, nuestros cuerpos nos separaban. Nada nos separa ahora…

Habló largo rato sobre este particular y creí al principio en un ardid del dolor para arrebatar a la muerte al querido monsieur Gellis. Pero, al cabo de unos días, me di cuenta de que el amor humano no se había despertado demasiado tarde en el árido destino de la farisea, y que los sellos del «sepulcro blanqueado» se habían roto, y que éste se había abierto, por fin. Quizá subsistían algunos huesos y algo de podredumbre. Aquellas cejas espantables se acercarían aún sobre aquellos ojos de brasa. Alguna ofensa largo tiempo meditada sería capaz de producir una palabra amarga. Pero «el querido monsieur Gellis» ya no estaba lejos y conducía a Brigitte a la calma del Señor.

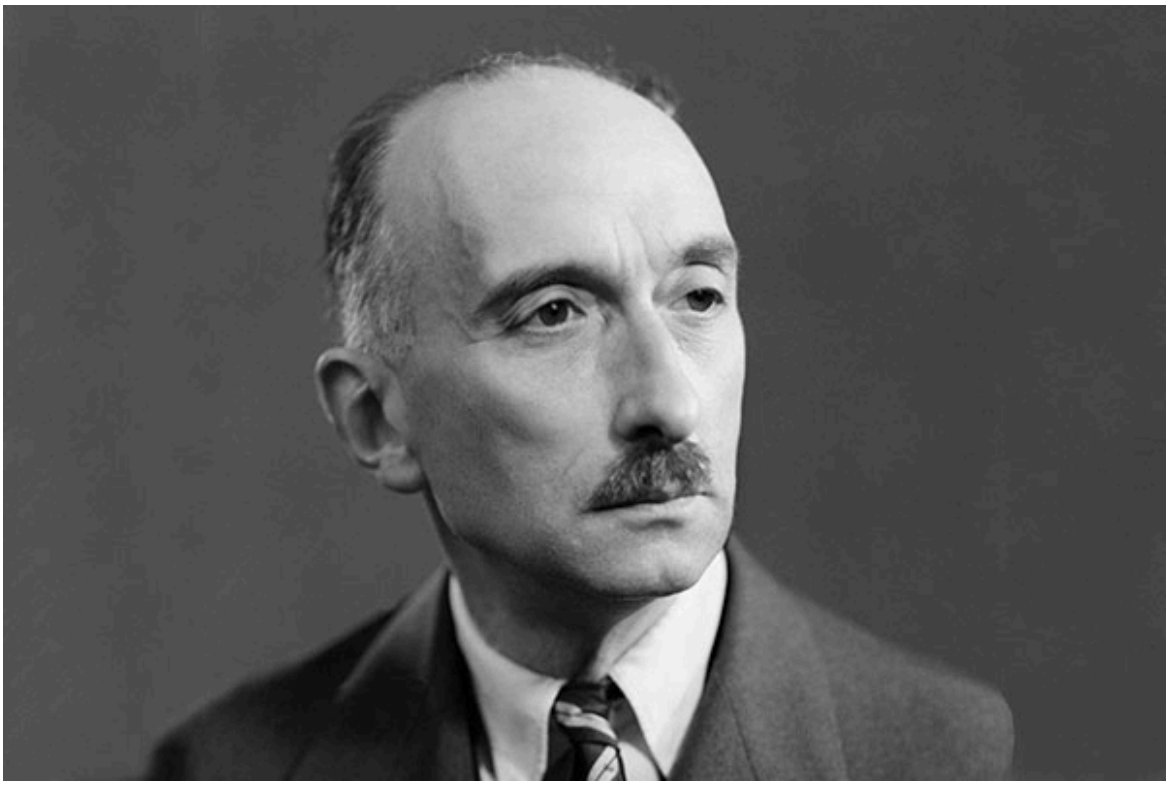
Una carta urgente de la condesa de Mirbel me llamó a La Devize adonde acababan de llegar Michèle y Jean, mucho antes de la fecha que habían fijado para su regreso. Me inquietó este retorno precipitado. Partí inmediatamente y me sentí engullido por el drama de estos recién casados, que contaré algún día. Me convertí en un satélite; me arrastró en su órbita, mezclándome en el torbellino de sus luchas y de sus reconciliaciones; y la vieja mujer a quien había dejado en el paseo de la Intendance, encerrada en la adoración póstuma de su «querido Gellis», permaneció muy lejos de mi pensamiento. Mi extraño destino fue ir constantemente de Jean a Michèle y de parar los golpes que se asestaban aquellos dos ciegos, extraño sobre todo para un joven que, como yo, sufría, pero solo y sin que nadie me amparara.

La movilización del 2 de agosto de 1914 nos despertó de nuestro sueño. Aquel cañonazo interrumpió los millares de dramas particulares como el nuestro. Con todas nuestras zapas destruidas surgimos desde el fondo de nuestras oscuras pasiones, con los ojos deslumbrados por aquella desgracia sin medida, sin proporción posible, con la que nos heríamos a nosotros mismos. Dejé a Jean y Michèle, que no podían hacerse daño en el momento en que iban a perderse, y medí mi soledad al ver que no tenía nadie de quien despedirme, excepto Brigitte.

Se había encorvado y adelgazado. Me atrajo contra sí y sus lágrimas me sorprendieron. No pronunció ni una sola vez el nombre de monsieur Gellis, y se preocupó de mí como lo hubiera hecho una madre. Supe más tarde que ella, en aquella época, había visto y ayudado mucho a monsieur Calou, que había recobrado el favor de la autoridad diocesana, pero ya cerca de su fin.

En el frente, no dejé de recibir paquetes y cartas en las que me preguntaba sin cesar por mi salud, y se interesaba por numerosos objetos que necesitaba. Pasé el tiempo de mi primer permiso al lado de Brigitte. Pocos días antes, monsieur Calou había muerto en sus brazos, y ella me contó secamente las circunstancias de su muerte y sin tratar de que tomara ejemplo de ella. Dijo que no era que monsieur Calou hubiera empeorado, sino que no pertenecía ya a este mundo. Sus crisis, ocasionadas por la angina de pecho, se habían hecho horribles…, crisis de esas que lanzan a un enfermo hacia la ventana abierta, tanto es lo que sufre. Pero en cuanto recobra el aliento, decía que aún podía sufrir. Tenía sobre su mesa una fotografía que yo había tomado años atrás en el huerto de Baluzac y donde Jean y Michèle, descalzos, llevaban la misma regadera. Brigitte añadió que, a pesar de sus terribles sufrimientos, no inspiró lástima.

Brigitte no escurría el bulto cuando yo aludía a acontecimientos del pasado; pero comprendí que se había desasido incluso de sus pecados y que se abandonaba enteramente en manos de la Misericordia. En el atardecer de su vida, Brigitte Pian había descubierto, por fin, que no es preciso ser semejante a un servidor altivo y cuidadoso de deslumbrar al amo, pagándole su deuda hasta el último céntimo, y que Nuestro Padre no espera de nosotros que seamos los contables minuciosos de nuestros propios méritos. Ella sabía ahora que no hay que merecer, que lo que importa es amar.



FRANÇOIS MAURIAC (Burdeos, 1885 - París, 1970). Escritor francés que abordó en sus obras, de raigambre católica, el tema del hombre sin Dios. Huérfano de padre, se educó en el clima de fervor católico propiciado por su madre. Licenciado en letras en París, en 1907, sus comienzos fueron clásicos: dos volúmenes de versos intimistas, *Les mains jointes* (1909) y *à*
L'adieu
l'adolescence
(1911).

Al terminar la Primera Guerra Mundial, en la que participó como conductor de ambulancias, prosiguió su carrera en periódico mundano *Le Gaulois*. En París, en 1918, conoció a Marcel Proust, a quien dedicó *Proust* (1926) y *Du côté de chez Proust* (1947). Después de diez años de intentos, el triunfo de su novela *El beso al leproso* (1922), un estudio del daño causado por el anhelo de amor, lo consagró por fin. La audacia del tema (un «malentendido físico» entre esposos) lo indispuso con la crítica católica.

Pero el éxito de Mauriac se debió precisamente a la fuerza de los tipos que inmortalizó: madres austeras y posesivas, esposos desunidos, adolescentes en conflicto. En 1923 publicó *Genitrix*, al año siguiente *El mal* y en 1925 *El desierto del amor*. En 1927 obtuvo un gran éxito con *Thérèse Desqueyroux*, lo cual lo impulsó a desarrollar un ciclo que comprendió las novelas *Lo que estaba perdido* (1930) y *La fin de la nuit* (1935), así como las obras breves *Thérèse chez le docteur* (1932) y *Thérèse à*
l'hôtel
(1933).

En 1928, año en que publicó la novela *Destins*, Mauriac atravesó una crisis religiosa que marcó un momento esencial de su vida. En este período apareció *Souffrances du chrétien* (1928), luego *Bonheur du chrétien* (1929), ensayos que mostraban los desgarramientos y luego la reconciliación de un alma perturbada por el deseo. Superada la grave crisis moral, intentó confrontar sus novelas con las exigencias de la fe.

En 1932 apareció *Nudo de víboras*, novela en la que fustigaba el conformismo del medio burgués del que había salido. Paralelamente a su obra novelesca, cultivó el género autobiográfico con memorias reales, como *Commencements vie*
d'une
(1932), o imaginarias, como *Le Mystère Frontenac* (1933), al mismo tiempo que proseguía su obra de ensayista con *Blaise Pascal et sa soeur Jacqueline* (1931) y *Le romancier et ses personnages* (1933). En 1933 fue elegido miembro de la Academia Francesa.

Por otra parte, retomó su actividad de cronista en *de Paris*
L'Écho
, y luego en *Le Figaro*, a partir de junio de 1934. Se comprometió políticamente tomando partido por los débiles y los vencidos en una Europa en vías de hitlerización, como testimoniaron sus novelas *La fin de la nuit* (1935) y *Les anges noirs* (1936), así como *Vida de Jesús* (1936). Abordó por primera vez el teatro con *Asmodeo* (1937), obra en la que se reencarnaba Tartufo. Después del poema *Le sang*
d'Atys
(1940) y la novela *La farisea* (1941), escribió *Le cahier noir*, publicado en 1943.

Participó en la Resistencia y proclamó la caridad hacia los condenados de la depuración. Gaullista inicialmente, combatió a De Gaulle cuando lo juzgó infiel a su vocación cristiana. En esos mismos años escribió nuevamente teatro: *Los mal amados* (1945), *Passage du Malin* (1947) y *Le feu sur la terre* (1951), obras que no fueron bien recibidas por el público y que lo llevaron a abandonar la vía dramática. En 1951 publicó una novela corta, *Le Sagouin*. En 1952, el premio Nobel marcó el apogeo de su carrera literaria. Ese mismo año publicó el comienzo de *Bloc-Notes*, un testimonio en forma de crónica.

En el plano político, tomó posición en contra de las guerras coloniales en Indochina y Argelia. En 1954 publicó la novela *El cordero*, luego *Mémoires intérieurs* (1959), y posteriormente Nouveaux Mémoires intérieurs (1965). Entretanto habían aparecido su *Nouveau Bloc-Notes* en 1961, *Ce que je crois* (1962) y *De Gaulle* (1964). En 1967 aparecieron sus *Mémoires politiques*; en 1968, su *Nouveau Bloc-Notes*
(1961-1964).
La novela *Un adolescente de otros tiempos* (1969) tuvo su continuación en *Maltaverne*, iniciada ese mismo año y publicada póstumamente en 1972.